

A close-up photograph of a person's legs wearing pink high-heeled shoes, walking on wooden stairs. The person is wearing a light purple skirt. The background is a blurred outdoor setting with green grass and a wooden railing.

*Un paseo
por
Alaska*

S.GINER

Un paseo por Alaska

S.Giner

Contenido

[Un paseo por Alaska](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin previo aviso.

Copyright © S. Giner. Noviembre 2.019

Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en esta historia son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Correo electrónico: susi_giner@hotmail.com

Twitter: @sginerwriter

Otras de mis novelas publicadas:

- Una esposa para Stanford
- Adiós, señor Stanford
- Una pelirroja indomable

Capítulo 1

Paige abandonó su apartamento y bajó a la calle donde la esperaba Ralph, su novio, para llevarla al aeropuerto. Era una nublada tarde de junio, y no estaba especialmente contenta de tener que viajar, pero tenía que ir a Boston a reunirse con un cliente. Ralph estaba apoyado en el coche de Paige cuando ella salió. Subieron al coche y se marcharon.

Cuando llegaron al aeropuerto, él la dejó en la puerta y se fue.

Ni siquiera ha tenido la delicadeza de entrar conmigo para despedirme, pensó Paige.

Cuando pasó el control se detuvo en una de las pantallas y vio que el vuelo estaba retrasado. Se sentó en una cafetería, desde donde podía ver la pantalla y pidió un café con leche. Después de una hora, el vuelo seguía retrasado. Abrió el portátil y se puso a trabajar. Y el tiempo se le pasó sin sentir. Su vuelo estaba previsto para las siete de la tarde y eran las diez de la noche. Miró la pantalla y comprobó que habían cancelado todos los vuelos. Oyó por megafonía que había sido a causa del viento, que alcanzaba ráfagas de más de cien kilómetros por hora.

Llamó a su jefe, que ya estaba al corriente porque lo había oído las noticias, y él le dijo que estuviera en la oficina al día siguiente antes de las nueve y que tendrían la reunión con el cliente de Boston vía Internet.

Pensó en llamar a su novio para que fuera a recogerla, pero le dio lástima que saliera de casa con ese tiempo, y tan tarde. Había un tráfico horrible para salir del aeropuerto y tuvo que esperar casi una hora para conseguir un taxi.

Paige llegó a casa después de medianoche. Las luces estaban apagadas cuando entró en el apartamento y pensó que Ralph estaría durmiendo.

Se dirigió al salón y al encender la luz se quedó de piedra. Había unos zapatos de tacón en el suelo, junto al sofá. Los cojines estaban desordenados y algunos en el suelo. Y un vestido reposaba sobre uno de los sillones.

No será verdad, se dijo algo preocupada.

Caminó hasta el dormitorio y se detuvo frente a la puerta, que estaba cerrada. Respiró hondo, imaginando lo que iba a encontrar y abrió. Y allí estaba su novio, encima de una rubia, follándosela.

—¡Hostia! —dijo él, echándose a un lado de la cama.

La rubia se quedó petrificada, cogió la sábana y se cubrió con ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él.

—Han cancelado el vuelo. Salid los dos de mi casa ahora mismo.

—Paige, no es lo que piensas —dijo él.

—Me temo que sí. ¡Largo de mi casa! —dijo Paige, dando media vuelta y volviendo al salón.

Ralph salió a los diez minutos con la chica a su lado. Él se disponía a decir algo, pero Paige lo detuvo.

—Dame las llaves de mi casa y las de mi coche. No quiero volver a verte. ¡Eres un cabrón! Mañana enviaré tus cosas a casa de tus padres.

Ralph dejó sobre el mueble de la entrada las llaves y se marcharon.

—Ha sido un día fantástico —dijo Paige irónicamente sentándose en el sofá.

Se sirvió un whisky doble y se lo tomó en tres tragos.

Después de lavarse los dientes y desmaquillarse, se acostó en la habitación de invitados. No

se encontraba en condiciones de ponerse a cambiar las sábanas.

Cuando Paige salió del trabajo al día siguiente llamó a su amigo Jason y le dijo que fuera a su casa a cenar. Paige dejó el coche en el garaje de su casa y subió en el ascensor. Se detuvo en la planta baja y se dirigió a recepción.

—Hola, Alfred.

—Hola, Paige, ¿ya ha vuelto?

—Cancelaron todos los vuelos debido a la tormenta.

—No me extraña. Parecía un huracán.

—¿Puede encargarse de que cambien la cerradura de mi casa?

—Por supuesto. ¿No funciona bien?

—Funciona perfectamente, pero ayer rompí con mi novio. Me devolvió la llave, pero por si acaso tiene una copia.

—Llamaré al cerrajero.

—Anoche lo cogí en la cama con otra —dijo ella sonriendo.

—No sabe cómo lo siento.

—Mejor que haya pasado antes de ir más lejos en nuestra relación.

—Eso es cierto. De todas formas, tengo que decirle que no hacían buena pareja. Siempre he pensado que no era lo bastante bueno para usted.

—Gracias. ¿No tendrá por casualidad algunas cajas? Tengo que empaquetar sus cosas.

—En el trastero hay algunas, ¿cuántas necesita?

—No estoy segura.

—Le subiré unas cuantas en unos minutos, y si le faltan, me lo dice.

—Gracias. En un par de horas vendrán de una agencia de transportes a recogerlas.

—De acuerdo.

—Ah, y mi novio no tiene que subir a mi casa, nunca más.

—No se preocupe. Se lo diré a Bill cuando hagamos el cambio de turno.

Nada más entrar en casa se dirigió a su dormitorio. Se puso ropa cómoda y, después de cambiar las sábanas se acercó a la ventana y miró hacia el exterior. Vivía en el piso dieciocho, frente a Central Park. Compró el apartamento poco después de empezar a trabajar. Paige era asesora y analista financiera y tenía un salario increíblemente alto. Además, recibía unas gratificantes comisiones por las transacciones que realizaba. Y no había que olvidar, la cifra del bonus que recibía a final del año, que era escalofriante.

Paige estudió Económicas en Harvard y terminó a los veintitrés años, con las calificaciones más altas. Para las chicas de su edad, divertirse significaba salir, ir de compras, a fiestas..., en cambio, para Paige, era estudiar el mercado de valores de Wall Street. Encontraba fascinante la forma en que el dinero cambiaba de manos en décimas de segundo.

Nada más terminar la universidad, recibió una oferta de empleo, antes incluso de que hubiera empezado a buscar trabajo. Sus aptitudes no pasaron desapercibidas para su jefe, que tenía contactos en Harvard. Dos meses después de dejar la universidad, estaba trabajando.

Llamaron a la puerta y Paige abrió.

—Hola.

Paige miró a su amigo. No se había permitido llorar hasta ese momento, pero tan pronto abrazó a Jason se derrumbó y las lágrimas empezaron a fluir.

—¿Qué pasa? —dijo él separándola para mirarla preocupado.

Jason era su mejor amigo, tenía otros amigos y amigas, pero él era especial. Se conocieron

en el primer año de universidad y siempre habían estado muy unidos. Ambos se contaban todo lo que les sucedía, por insignificante que fuera.

—He cortado con Ralph.

—¿Cuándo?

—Anoche —dijo ella secándose las lágrimas con las manos.

Él la cogió de la mano y la llevó al sofá para que se sentara. Luego fue a la cocina y cogió dos trozos del rollo de papel y se los dio para que se secase las lágrimas.

—Papel de cocina, muy delicado por tu parte.

—El cabrón ese no se merece nada mejor.

Paige no podía dejar de llorar. Jason la abrazó muy fuerte.

—¿Esas son sus cosas? —dijo él mirando las cajas del recibidor.

Paige asintió sonándose la nariz. Luego le contó lo sucedido.

—¡Joder! Y en tu casa. La verdad es que no me ha sorprendido. Te dije muchas veces que no me gustaba ese tío y que era un aprovechado.

—Sé que me lo advertiste, pero le quería.

—Lo sé. Aunque siempre me he preguntado qué veías en él.

—Era guapo —dijo ella sonriendo.

—Esa era su única cualidad.

—Lo que más me fastidia es, que he perdido más de un año de mi vida —dijo secándose las lágrimas.

—Eres joven. Todavía puedes permitirte perder tiempo haciendo alguna que otra tontería.

Paige lo miró con una tierna sonrisa.

—¿Salimos a cenar?

—Ya he preparado la cena.

—Estupendo, porque estoy hambriento. Luego saldremos a tomar una copa. No voy a permitir que te quedes aquí, llorando por ese gilipollas. Espero que no vuelvas con él.

—No lo haré. Puede que no sea la primera vez que me engaña.

Unos minutos después llegaron los de la agencia y se llevaron las cajas.

—Ya se ha ido Ralph, para siempre —dijo ella mirando a su amigo y él la abrazó.

Estuvieron hablando mientras cenaban y al terminar Paige se dio cuenta de que no habían mencionado a su novio ni una sola vez. Era como si nunca hubiera existido.

Jason tenía el coche aparcado en el garaje de Paige, porque cada apartamento disponía de dos plazas y él tenía el mando del garaje, y también las llaves del apartamento. Pero cogieron un taxi, porque los viernes por la noche era bastante complicado aparcar.

Paige volvió a casa a las tres de la mañana, completamente recuperada. Se desnudó y se puso la camiseta de su ex, con la que solía dormir. Cuando entró en el baño para lavarse los dientes, se miró en el espejo, se quitó la camiseta, y la tiró a la papelera. Luego fue al dormitorio, se puso una suya y volvió al baño.

—Mucho mejor. Ese cabrón se acabó —dijo sonriendo a su imagen en el espejo.

Cuando el cerrajero se marchó al día siguiente, Paige se sintió mejor. El cambiar la cerradura fue el último paso para asegurarse de que lo suyo con Ralph había terminado.

De pronto se sintió sola y sin saber qué hacer, porque Jason había ido a ver a sus padres. Los fines de semana, Ralph y ella los pasaban juntos. Ahora tenía que volver atrás en su memoria, para recordar qué hacía antes de conocerlo. Se preparó un café y salió a la terraza a tomarlo. Se sentía confusa. No tenía ganas de hacer nada y además, no se le ocurría nada para hacer. Pensó que debería salir a comprar algo de comida, pero la idea de ir al supermercado no la atraía lo más

mínimo.

Poco después estaba metida en la cama. Encendió la pantalla gigante de televisión que tenía en la pared y empezó a pasar los canales, buscando algo interesante con qué distraerse. Se detuvo en uno que emitían un documental sobre Alaska. Los paisajes eran fascinantes, aunque le dio la impresión de que allí hacía bastante frío. Cuando el documental terminó, cogió el portátil que tenía en el suelo. Se colocó la otra almohada en la espalda y lo abrió. Leyó todo lo que pudo encontrar sobre Alaska. Le gustó todo lo que descubrió sobre ese Estado. Estuvo mirando las fotos de los paisajes y de los pueblos. Lo que más le llamó la atención fue que decían, que allí, la gente se tomaba la vida con más tranquilidad que en el resto del país.

Paige llamó a Ed, un amigo suyo que tenía una librería y le pidió que le buscara lo que tuviera sobre Alaska y que ella iría en media hora.

—Buenos días, Ed —dijo al entrar en la librería.

—Hola. Benditos los ojos que te ven —dijo el chico, acercándose a ella para abrazarla.

—Es cierto que hace mucho que no nos vemos, pero es porque tú no sales mucho.

—Yo creo que eres tú la culpable, porque desde que tienes novio, tienes a los amigos abandonados.

—Eso cambiará desde ahora, porque he cortado con Ralph.

—Te diría que lo siento, pero te mentaría. Esto es lo que he encontrado sobre Alaska —dijo el chico señalando el montón de libros que estaban a un lado del mostrador.

—Bien, les echaré un vistazo.

El chico fue a atender a un cliente y Paige se sentó en una de las mesas con los libros.

Su amigo se acercó a ella veinte minutos después.

—Me llevo estos tres.

—Muy bien —dijo él cogiéndolos y dejándolos sobre el mostrador—. ¿Cuándo has cortado con Ralph?

—El jueves por la noche.

—Para hacer menos de dos días, no te veo muy afectada. ¡Dios! Ese tío es gilipollas. La verdad es que nunca me gustó.

—Eres la sexta persona que me lo dice.

—Eso debería decirte algo.

Cuando Paige llegó al coche metió las bolsas en el maletero. Ya que estaba en la calle, decidió ir al supermercado a comprar algunas cosas, porque había decidido pasar el fin de semana en casa.

Paige devoró los libros que había comprado. Cuando se acostó el domingo por la noche, cogió uno de ellos y fue pasando hoja tras hoja, admirando los paisajes de las fotos.

Había apagado la luz, dispuesta a dormir, cuando se le pasó una idea absurda por la cabeza. De pronto sintió la necesidad imperiosa de ver todos esos lugares que tanto la habían impresionado.

¿Y si me fuera a vivir a Alaska?, se preguntó.

Podría conseguir trabajo allí. Aunque sabía que a Frank, su jefe, le daría un patatús. Podría decirle que estaba agobiada y necesitaba un tiempo de descanso. Aunque nunca se había sentido saturada por el trabajo, y su jefe lo sabía.

¿Qué tendría que llevarme si me fuera a vivir allí?, pensó de pronto, sin apartar la idea de su mente.

Suponía que sería suficiente algo de ropa. Y si no le gustaba aquello, o no encontraba

trabajo, siempre podría regresar.

¿Estoy planteándome en serio ir a vivir a Alaska...?

Pensando en ello se quedó dormida.

La Alarma del móvil sonó a las seis y media de la mañana. Era lunes y Paige odiaba los lunes. Se levantó, se preparó el desayuno y salió a desayunar a la terraza. Después de hacer la cama, se ducho y se maquilló. Se miró al espejo con determinación.

—Me voy a Alaska —dijo de pronto, a la persona que había frente a ella en el espejo.

Se observó detenidamente y se encontró radiante, y supo que era por la excitación de marcharse de Nueva York por un tiempo. Antes de bajar al sótano, se dirigió a la portería para darle al portero la llave de su apartamento. Eran las normas del edificio. En recepción tenían que tener las llaves de todos los apartamentos, por si ocurría algo y tenían que entrar.

Tengo que hacer una copia de la llave para dársela a Jason, pensaba mientras bajaba al garaje a coger el coche.

De camino al trabajo especulaba en cómo se lo tomaría su padre, cuando le dijera que se marchaba a vivir a Alaska.

Paige dejó el coche en su reservado del trabajo y subió a la planta veintiocho.

Se detuvo en la puerta del despacho de su jefe, respiró hondo y llamó a la puerta, antes de abrirla.

—Buenos días —dijo Frank con una sonrisa, que expresaba claramente la debilidad que sentía por ella.

—Buenos días, Frank —dijo ella entrando y cerrando la puerta.

—Has llegado temprano.

—Es que quiero hablar contigo.

—Bien. Siéntate. ¿Qué sucede?

Paige se sentó en una de las sillas frente a la mesa y respiró profundamente.

—¿Tienes algún problema? —preguntó al verla nerviosa.

—Iré directamente al grano.

—Será lo mejor —dijo él, echándose hacia atrás en el sillón para prestarle toda su atención.

—He pasado el fin de semana pensando en algo. Puede que te sorprenda, pero he tomado una decisión. Quiero dejar el trabajo.

—¿Qué?

—Me gusta trabajar para ti, eres un jefe fantástico y sabes que me gusta mi trabajo. Pero necesito un cambio.

—Puedes tomarte unas vacaciones. Sé que este trabajo es estresante.

—Frank, no estoy estresada y no necesito unas vacaciones. He decidido trasladarme a otro lugar.

—¿Y has pensado dónde vas a ir?

—Sí, a Alaska.

Frank se rio, pero de pronto se dio cuenta de que no bromeaba.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

—¿Tienes trabajo allí?

—De momento no trabajaré. Necesito un tiempo para recapacitar. Hasta ahora siempre he pensado en los demás, en ti, en los clientes..., y me he olvidado de mí.

—¿Te ha sucedido algo recientemente?

—Bueno. El jueves por la noche pesqué a mi novio con una en mi cama.

—Entonces, ese es el problema.

—Es posible que eso haya influido en mi decisión, no lo niego. Firmaré mi dimisión y te la traeré.

—No voy a aceptar tu dimisión —dijo él levantándose y apoyándose en el borde de la mesa frente a ella.

—Pero yo quiero irme.

—Yo no voy a impedir que te vayas. Márchate a Alaska y tómate todo el tiempo que necesites para pensar y aclarar tus ideas. Hablaremos cuando estés más relajada y hayas olvidado a tu novio. No quiero perderte, Paige. No puedo permitirme perderte. Eres la mejor en tu trabajo. Además, sabes que nuestros clientes más importantes sólo aceptan tu asesoramiento.

—De acuerdo, pensaré en ello. Pero quiero que sepas que si aquello me gusta, me quedaré a vivir allí.

—Hablaremos más adelante. ¿Cuándo quieres marcharte?

—Cuanto antes. De todas formas, no voy a dejarte en la estacada. Tendré el mismo teléfono, y estaré en contacto contigo y con mis clientes.

—En ese caso, puedes irte cuando quieras.

—¿En serio?

—Por supuesto. Cómo si quieres marcharte ahora mismo.

—Perfecto. Revisaré todo lo de hoy y me pondré al día para no dejar cabos sueltos. Si no te importa, haré copias de los informes de mis clientes y me los llevaré.

—Dile a Bill que haga las copias de lo que necesites.

—Vale.

—¿Qué opina tu padre de tu decisión?

—No he hablado con él. Sólo lo sabes tú.

—¡Qué honor! Bien. Lárgate para que tengas tiempo de organizarlo todo.

—Gracias, Frank —dijo ella levantándose y abrazándolo.

Paige pasó toda la mañana haciendo llamadas, contestando correos y revisando papeles. Comió en su despacho con dos de sus compañeros y aprovechó para decirles que se iba a tomar un descanso. Eran las ocho y media de la noche cuando se despidió de su jefe.

Camino de su casa llamó a su padre y puso el manos libres.

—Hola, cariño.

—Hola, papá.

—¿Va todo bien?

—Sí, todo bien.

—¿Cuándo vendrás por aquí? Tengo ganas de verte.

—Precisamente te llamo por eso. Voy a cogerme unas vacaciones y visitaré Alaska. Tengo una amiga allí y me quedaré en su casa.

—Nunca tienes vacaciones por estas fechas.

—Lo sé, pero necesito un descanso. Frank me ha dicho que necesito desconectar por un tiempo. Iré a pasar unos días contigo antes de marcharme.

—Lláname y te recogeré en el aeropuerto.

—Vale. Hasta pronto. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuando colgó llamó a su amigo Jason y le pidió que fuera a cenar a su casa porque tenía que decirle algo importante. De camino compró comida preparada en un restaurante.

Paige entró en casa ilusionada, porque las cosas le estaban saliendo bien. De repente le entraron prisas por abandonar la ciudad.

Mientras cenaban, Paige le dio la noticia a su amigo. A él no le gustó la idea de que se marchara tan lejos, pero respetaba su decisión. Cuando ella le dijo que en Alaska alcanzaban los cuarenta y seis grados bajo cero Jason pensó: *bien, estará de vuelta antes del invierno.*

Tan pronto Jason se marchó, Paige cogió papel y lápiz y empezó anotar las cosas que tenía que llevarse. No serían muchas, porque llevaría sólo una maleta y una bolsa de mano con el portátil y los informes de sus clientes.

Al día siguiente, la alarma del móvil de Paige sonó a las siete de la mañana. Después de desayunar llamó a todos sus amigos para quedar a tomar una copa después del trabajo y así poder despedirse de ellos.

Se sentó frente al ordenador y compró el pasaje, sólo de ida, para ir a Florida al día siguiente a ver a su padre. Y ya puesta, compró también el vuelo desde allí a Anchorage. Saldría el viernes, en tres días. Así que pasaría un par de días con su padre y llegaría a Alaska el sábado por la tarde.

Se sentía extrañamente tranquila y relajada, aunque también excitada por la expectativa de su futuro cercano. Cogió la lista que estaba haciendo de las cosas que pensaba llevarse y fue al dormitorio. Entró en el vestidor y fue revisando la ropa concienzudamente y anotando las prendas que se llevaría. Era junio, pero era consciente de que en Alaska no haría en verano tanto calor como en Nueva York. A continuación añadió a la lista las cosas de aseo. Luego cerró el bloc.

El resto del día lo ocupó llamando a sus clientes, haciendo una copia de la llave de su casa para dársela a Jason y comprando algunas cosas que necesitaba. Y luego habló con el portero sobre su marcha.

Cuando volvió por la noche de ver a sus amigos llamó a la señora que limpiaba su casa, que era hermana de Alfred, el portero, y le dijo que se marchaba por un tiempo, pero que quería que siguiera yendo como siempre, para tener la casa en condiciones. Luego se preparó la cena y se acostó.

A las tres y media de la mañana se levantó, intranquila y cansada de dar vueltas en la cama sin poder dormir. Colocó la maleta sobre la cama y la abrió. Empezó a meter en ella todo lo que tenía anotado en la lista y a las cinco tenía el equipaje listo y en el recibidor.

De pronto sintió la necesidad de salir a la calle, quería pasear por la ciudad por última vez. Se puso un vaquero y una camiseta y abandonó el apartamento. Estuvo deambulando por la Quinta Avenida, mirando los escaparates de las tiendas, que le eran tan familiares. Vio la apertura de los bares y saludó a las personas que conocía. Luego dio un largo paseo por Central Park.

Antes de volver a casa entró en la cafetería que solía ir y pidió un café con leche y una magdalena de arándanos, preguntándose mientras le servían, si habrían magdalenas en Alaska.

A las nueve y media volvió a casa. Se preparó otro café con leche y salió a la terraza a tomárselo, como hacía cada día.

Se tomó su tiempo para ducharse y ponerse crema en el cuerpo. Se puso un vaquero, una camiseta y deportivos. El viaje sería largo, con una escala entre medio, y quería sentirse cómoda.

A las doce del medio día Jason la llamó para decirle que la esperaba en la puerta. El portero le cogió la maleta tan pronto la vio salir del ascensor. La acompañó a la calle y metió el equipaje en el maletero del coche. Paige abrazó al hombre y él le devolvió el abrazo deseándole lo mejor.

Jason permaneció con ella en el aeropuerto hasta el último momento, y Paige no pudo reprimir las lágrimas al despedirse.

Estaba emocionada cuando estaban a punto de despegar. No por ver a su padre, a quien sin duda tenía ganas de ver, sino porque cada vez faltaba menos para que comenzase su gran aventura.

Cuando vio a Henry, su padre, se dio cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

Pasaron dos días fantásticos. Henry había decidido no trabajar mientras su hija estuviera allí. Quería pasar el mayor tiempo posible con ella, porque no sabía cuándo la volvería a ver.

Paige retuvo en su mente los momentos que quería recordar; las cenas con su padre, que tanto añoraba; los paseos por el parque; las salidas con Ranger, su perro, después de cenar...

La última noche antes de su partida, Henry y ella estaban hablando, sentados en el porche de la casa, como solían hacer antes de irse a la cama. Paige acababa de hablarle de su amiga imaginaria de Alaska. Nunca le había mentido a su padre, y se sentía culpable por ello. Desde que recordaba, en momentos de crisis o con el más mínimo problema que se le presentara, Paige siempre había recurrido a su padre. El amor y la confianza que él le inspiraba había sido siempre una constante en su naturaleza. Él siempre estaba allí para ayudarla, para apoyarla. Sabía que podía aferrarse a él, pasara lo que pasase. De pronto sintió una presión en el pecho y empezaron a aflorar las lágrimas. Henry le giró la cabeza y la miró, y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Se sentó en el regazo de su padre y lloró desconsoladamente abrazándolo. Ninguno dijo nada hasta que Paige se tranquilizó.

—No tengo ninguna amiga en Alaska, papá.

—Lo sé. Si la tuvieras, me habrías hablado de ella.

—No quería preocuparte.

—Antes de que digas nada, tengo que decirte que Ralph no me gustaba. Siempre pensé que no era bueno para ti.

—Nunca me lo dijiste.

—Te pregunté si le querías y dijiste que sí. Para mí, eso era suficiente.

—Estaba convencida de que le quería. Ahora tengo mis dudas, porque no lo he echado de menos desde que terminamos. Y sólo lloré diez minutos por su pérdida. Me he dado cuenta de que nunca sentí por él nada de lo que me habías contado que tú sentiste por la mamá.

—Todas las personas no sienten de igual forma. Aunque, si hubieras estado enamorada, te aseguro que estarías destrozada. Y te veo de lo más tranquila.

—Me siento rara desde que rompimos. Me he sentido muy sola y no he sabido qué hacer sin él.

—Habéis vivido mucho tiempo juntos, es normal que te sientas confusa. Las personas somos animales de costumbres. ¿Por eso has decidido irte a Alaska? —preguntó él sonriendo.

Paige le contó lo sucedido desde que vio aquel documental sobre ese Estado y lo fascinada que se sintió al ver todas las fotografías. Y luego le habló de la necesidad que experimentó de ver todo aquello en persona.

—Un cambio te irá bien. Puede que estés preocupada por encontrarte con Ralph.

—Es posible que sea eso. Pero ha sucedido algo dentro de mí, algo que no puedo explicar. Necesito ir allí.

—Entonces, eso es lo que debes hacer.

—¿Estás de acuerdo en que me marche?

—Cariño, yo siempre te apoyaré en las decisiones que tomes, y esta me parece una decisión lógica. A veces hay que hacer caso al corazón y a los impulsos. Y sabes que cuando quieras, podrás volver a casa.

—Para mí es muy importante tener tu apoyo.

—¿Qué piensas hacer allí?

—No tengo ni idea.

—Sabes, cariño. La vida es para vivirla, para disfrutar de ella, para exprimirla al máximo, aunque en ocasiones las circunstancias no sean las más favorables. A pesar de todo, no hay que rendirse, y tú no eres de las que se rinden fácilmente. Nunca hay que dejar de luchar, porque la vida es de los valientes y tú eres una superviviente. Me siento muy orgulloso de ti, y no por lo que has conseguido en tu trabajo, que es notable, sino siempre, desde que eras pequeña. Has sido una persona valiente y segura de ti misma. Ve a Alaska, tal vez allí encuentres lo que necesitas, a veces el destino obra de forma extraña. Es cierto que viviremos más lejos, pero eso no importa. Lo importante es que tú te sientas bien.

—No sabes cuánto me han ayudado tus palabras. Te quiero, papá.

—Lo sé, cariño. Yo también te quiero.

Su padre la llevó al aeropuerto y se abrazaron muy fuerte al despedirse. Ella rompió a llorar e hizo que su padre también soltara unas lágrimas.

Paige se sentó en una de las butacas a esperar hasta que tuviera que ir a la puerta de embarque, sacó de la bolsa la novela que le había regalado su amigo Ed para el viaje y empezó a leer. Minutos después la cerró porque no lograba concentrarse en la lectura. La guardó en la bolsa y se recostó en el sillón. Y en ese momento se preguntó, por primera vez, si era buena idea ir a un lugar tan alejado de todo lo que conocía.

El hombre que estaba sentado a su lado en el avión no era muy sociable, así que, tan pronto despegaron, cogió la novela y empezó a leer.

Hicieron una escala de una hora y media y Paige aprovechó para sentarse en una cafetería y tomar un café con leche.

Cuando volvieron al avión, siguió con la lectura de la novela, que era realmente interesante. Y cuando llegó a la última página, estaban a punto de aterrizar.

Empezó a sentirse emocionada con lo que veía desde la ventanilla. De pronto sintió en su interior que se apiñaba un extraño terror que nunca antes había experimentado.

Eran las seis menos cuarto de la tarde cuando salió de la terminal.

—Es sábado, 25 de junio del 2.016. Acabo de llegar a Alaska y hoy empieza mi aventura — dijo Paige en voz baja y sonriendo al salir a la calle.

Respiró profundamente, algo aturdida, porque ese aire que se respiraba allí, no se parecía en nada al de Nueva York.

Capítulo 2

Al salir del aeropuerto, Paige preguntó a un policía que había en la puerta por la parada del autobús para ir a Kenai. Ese era el nombre del pueblo que Paige había elegido para vivir. El agente le indicó donde estaba. Cogió el asa de la maleta y se dirigió hacia allí.

Al llegar fue a la taquilla y compró un billete. El próximo salía en media hora. Se sentó a esperar en uno de los bancos y mientras llamó a su padre, a Jason y a Frank, su jefe, para decirles que había llegado bien.

El recorrido no fue largo y no hicieron ninguna parada hasta el pueblo. Al llegar, bajaron las seis personas que viajaban con ella en el autobús. Todos se marcharon y Paige se quedó allí, parada. Había llovido recientemente, y bastante, porque había grandes charcos en la carretera. Un coche pasó junto a la acera, por encima de un charco, levantando el agua sucia y lanzándola hacia Paige, mojándola de arriba abajo. El vehículo que iba detrás de ese vio lo sucedido y reconoció al culpable, porque en ese pueblo se conocían todos.

—Venga, Peter, para y discúlpate con la chica. Vas a hacer que perdamos turistas —dijo Jay Hammond, el conductor del coche que iba detrás, como si el hombre del vehículo que lo precedía pudiera escucharlo.

Jay se giró para mirar a Paige, algo avergonzado, por el mal recibimiento que había tenido y luego siguió su camino.

—A esto le llamo yo una buena bienvenida —dijo ella sonriendo y mirándose la ropa empapada.

Paige miró a un lado y otro buscando un taxi. No había prácticamente tráfico en la calle, ni gente caminando. Vio acercarse un coche por la calle y le hizo una señal con la mano para que se detuviera. El vehículo se paró junto a la acera. Conducía un hombre mayor. Bajó la ventanilla del lado del copiloto.

—Hola. ¿Necesita ayuda?

—Hola. Muchísimas gracias por parar. Disculpe que le moleste.

—No me molesta en absoluto. ¿Qué le sucede?

—Vengo del aeropuerto. Acabo de bajar del autobús y no veo ningún taxi. ¿Podría decirme dónde hay una parada?

El hombre sonrió.

—Sólo hay dos taxis en el pueblo y la verdad es que con uno tendríamos suficiente, es un pueblo pequeño. A estas horas, los dos habrán dado por finalizada la jornada. ¿Hacia dónde se dirige?

Paige sacó un papel del bolsillo trasero del vaquero.

—Tengo una habitación reservada en el hotel Alente.

—Esa calificación me parece algo exagerada, no es precisamente un hotel. Es la casa de una señora que alquila habitaciones por noches. Ella es agradable y la casa está limpia.

—Eso es suficiente para mí. ¿Puede indicarme dónde está?

—Si quiere la llevaré. Me coge de camino a casa y voy a pasar por la puerta.

—Es usted muy amable. Se lo agradezco.

El hombre bajó del coche y se dirigió a la parte trasera del vehículo para abrir el maletero. Cogió la maleta y la bolsa de Paige y las metió en él.

—Gracias. Me ha salvado la vida.

—Tenemos que tratar bien a los turistas. Por cierto, soy Charles —dijo el hombre tendiéndole la mano.

—Paige —dijo ella estrechándosela fuertemente.

Al hombre le gustó ese apretón tan firme, y supo que era una chica segura de sí misma.

—Tal vez no debería subir en su coche, estoy mojada y no me gustaría mancharle el asiento.

—No se preocupe por eso. Suba. ¿Por qué está mojada? Hace horas que dejó de llover —dijo el hombre mientras conducía.

—Un coche ha pisado un charco mientras esperaba en la acera y me ha salpicado el agua. Pero sólo es por delante —dijo ella mirándole y sonriendo.

—Confío en que habrá parado a disculparse.

—Parece que no todos son tan amables como usted.

—Lo siento. ¿Puedo preguntarle qué hace en este pueblo? Los turistas suelen ir a Anchorage o a la capital.

—Buscaba un sitio tranquilo para pasar un tiempo.

—Bueno, en lo de tranquilo, ha acertado. ¿Ha venido sola?

—Sí.

—¿No le da miedo viajar sola?.

—¿Por qué lo dice? ¿No es un pueblo seguro?

—Es un pueblo completamente seguro —dijo él sonriendo—, aquí nos conocemos todos. ¿Dónde vive?

—En Nueva York.

—Entonces no durará mucho por aquí. No hay muchas cosas para hacer en este pueblo y se aburrirá pronto.

—Tengo entendido que Anchorage está muy cerca, y que es una gran ciudad.

—Es cierto. ¿Cuánto tiempo tiene previsto quedarse?

—No estoy segura, depende. No he comprado pasaje de vuelta.

—¿De qué depende?

—De si me siento bien aquí. En ese caso, puede que me quede una temporada.

—¿Ha venido huyendo de algo?

—Huyendo no, pero hace unos días me sucedió algo y pensé que me vendría bien alejarme por un tiempo.

—¿Tenía trabajo en Nueva York?

—Todavía lo tengo. Mi jefe me ha dicho que me tome un tiempo. Es un buen tipo.

—Ese es su *hotel* —dijo él enfatizando la palabra y señalando la casa a la que se estaban acercando y deteniéndose en la puerta.

—¿Cree que debería alquilar un coche?

—Depende de dónde quiera ir. Si pretende quedarse en el pueblo no lo necesitará. De todas formas, tampoco tenemos ningún negocio de coches de alquiler —dijo mirándola y sonriendo.

—Si que parece un pueblo tranquilo —dijo ella devolviéndole la sonrisa—. Muchas gracias por todo. No hace falta que baje, yo sacaré la maleta.

—Faltaría más —dijo él bajando del coche y sacando el equipaje—. Le llevaré la maleta hasta la casa.

—No, por favor, no se moleste, ya ha hecho bastante por mí.

—De acuerdo. La dueña se llama Kate.

—Gracias de nuevo. Supongo que nos veremos por ahí.

—Puede estar segura de ello. Suerte.

—Gracias.

La dueña de la casa era simpática y muy agradable.

La estancia no era muy grande, pero sólo estaría allí unos días, hasta que encontrase una casa para alquilar. Abrió la maleta y sacó dos pares de vaqueros, unas camisetas y la bolsa de aseo. Luego volvió a cerrarla y la dejó en un rincón. No le gustaba que el baño estuviera en el pasillo pero, al menos, no lo compartiría con nadie porque Kate le había dicho que no había más clientes en la casa.

Después de ducharse se metió en la cama y estaba tan cansada que se durmió enseguida, sin tener tiempo de pensar en nada.

Paige se despertó a las nueve menos cuarto del día siguiente. Abrió la ventana y sintió el fresco de la mañana. Después de hacer la cama y comprobar que la habitación estuviera ordenada, salió de la casa en busca de la cafetería de la que le había hablado Kate, porque estaba hambrienta. Cuando salió a la calle respiró profundamente. Hacía un día soleado y el ambiente olía a limpio y fresco.

Abrió la puerta de la cafetería y entró. El local no era muy grande y todas las mesas estaban vacías. Había dos hombres sentados en la barra que se volvieron a mirarla cuando entró. Paige se sentó en una de las mesas y dos minutos después se acercó una chica, que era la hija del dueño, para anotar lo que iba a tomar. Unos minutos después le llevó el desayuno. La chica se sentó unos minutos con ella y le habló del pueblo y de los dos restaurantes que había.

Después de desayunar, Paige salió a la calle. No tenía nada que hacer, de manera que decidió recorrer la calle principal. Le llamó la atención que no hubieran locales comerciales, los comercios eran, simplemente, parte de las viviendas. Era una calle pintoresca. No había edificios, sino casas separadas unas de otras por unos metros y con un pequeño jardín en la parte de delante. Le gustaban las casas, pintadas de colores diferentes, desde los más conservadores a los más atrevidos. Y decidió que, en ese detalle residía el encanto del pueblo.

Instaló el GPS en su móvil para localizar el punto de información turística más cercano y fue siguiendo la señal, hasta que se detuvo donde se suponía que estaba la oficina. Dio una vuelta a sí misma y sonrió al ver el logotipo de turismo en la parte superior de un cubículo que estaba situado entre dos casas y que era poco más grande que una cabina telefónica. Se dirigió hacia allí divertida, pensando que, cuando abriese la puerta, no cabría, si había alguien dentro. Cuando abrió la puerta sonrió, porque allí no podría estar más de una persona. Cerró la puerta tras de sí, echándose a un lado para poder cerrarla y volvió a sonreír porque casi no había espacio para moverse. Había un expositor metálico en una de las paredes con varios folletos. Cogió uno de cada y volvió a la calle. Respiró hondo y se rio pensando que, de haber tenido claustrofobia, no habría podido estar allí dentro.

Guardó los folletos en el bolso, excepto el plano del pueblo. Empezó a caminar por la acera. Encontró una peluquería, una tintorería, una mercería y una tienda de ropa y accesorios. Después de comprobar el plano, cruzó la calle y bajó por otra más estrecha por donde se suponía estaba el mar. Al llegar la fascinó lo que vio. Había un puerto pesquero, no muy grande. Le recordó el pueblo donde nació y donde pasó su infancia y adolescencia. De repente añoró a su padre. Se sentó sobre una barca que había boca abajo, sacó el móvil del bolso y lo llamó. Después de hablar con él durante unos minutos hizo unas fotos y se las envió. Fue caminando hacia el otro lado del espigón donde se encontraban amarrados los barcos de pesca y descubrió una pequeña playa. Le impresionó la vista con las montañas erguidas al fondo de manera majestuosa. Estaban tapizadas de bosques que se elevaban hacia un cielo azul y despejado.

Se sentó sobre una roca un rato, inmóvil, observando la magnífica vista. Era relajante estar al

aire libre y sentir la brisa helada.

Volvió a examinar el mapa. Al otro lado de la calle principal había un lago, pero al comprobar el móvil vio que era la hora de comer. Volvió a la calle principal. Decidió ir al restaurante sencillo que le había dicho la chica de la cafetería, porque iba con vaquero y no sabía si el otro era demasiado elegante.

El local estaba casi lleno cuando entró. En una de las mesas reconoció a Charles, el hombre que la llevó a casa de Kate, pero estaba acompañado por otro hombre e hizo como si no lo hubiera visto. Se sentó en una mesa y empezó a leer el menú. El hombre la vio y se acercó a su mesa.

—Hola, Paige.

—Hola, Charles.

—¿Va a comer sola o espera a alguien?

—Es mi primer día aquí, no he tenido tiempo de hacer amistades —dijo ella sonriendo.

—Me conoce a mí. Voy a comer con un amigo. ¿Quiere acompañarnos?

—No quisiera molestar.

—No va a molestar, y a mi amigo le gustará conocerla, es un poco cotilla.

—En ese caso comeré con ustedes, si pago lo mío.

—De acuerdo.

Paige se levantó y lo siguió hasta la mesa. El hombre que había sentado se levantó cuando llegaron.

—Sam, esta chica tan guapa es Paige, es nueva en el pueblo —dijo Charles sonriendo—. Paige, él es Sam, el dueño del supermercado.

—Un placer conocerlo.

—El placer es mío. Y tutéame, por favor.

—De acuerdo.

Charles le retiró la silla para que se sentara y ella le dio las gracias tomando asiento.

—A mí también puedes tutearme, y puedes llamarme Charlie.

—¿Qué quieres comer Paige? —preguntó Sam.

—Es la primera vez que vengo a Alaska y todavía no sé nada sobre la comida, así que comeré lo mismo que uno de vosotros. A mí me gusta todo.

—Los dos comeremos salmón —dijo Charlie.

—Pues comeremos los tres lo mismo.

Cuando llegó el camarero Charlie pidió una ensalada grande, salmón para los tres y una botella de vino de la casa.

—¿Dónde vives? —preguntó Sam cuando el camarero se retiró.

—En Nueva York.

—¿Qué tal tu primer día? —preguntó Charlie.

—Bien. He paseado por la calle principal, y he ido al puerto. Me encanta lo que he visto hasta ahora. Aunque me siento un poco extraña.

—¿Por no tener que trabajar?

—No, más bien, por estar sola. Y por no saber qué hacer con mi tiempo —dijo ella sonriendo.

—Por aquí hay cosas muy interesantes para ver —dijo Sam.

—Lo sé. Creo que iré al aeropuerto y alquilaré un coche.

—Los coches de alquiler son caros —dijo Charlie.

—De momento, no tengo problemas de dinero. También he pensado en alquilar un

apartamento o una casa. En casa de Kate no estoy mal, pero necesito más espacio y poder cocinar. Ahora tengo que salir a comer siempre fuera.

—Aquí no se alquila ninguna casa —dijo Charlie.

—Eso no es posible.

—Sí, lo es —dijo Sam—. Charlie, ¿por qué no le alquilas una habitación? Tu casa es muy grande y vives solo, así podría cocinar para los dos.

—No sé...

—Charlie no le hagas caso. Encontraré algún sitio, si no aquí, en otro pueblo.

—Sabes, Paige. Pensándolo bien, no es mala idea. ¿Sabes cocinar?

—Sí, pero no quiero molestarte.

—No vas a molestarme. Me gustaría que vinieras a vivir a casa, así no estaría solo.

—Iré a vivir contigo, siempre que pague un alquiler.

—Paige, yo tampoco tengo problemas de dinero. Que cocines para mí será más que suficiente.

—En ese caso, acepto.

—Estupendo. Iremos a recoger tus cosas después de comer.

—¿Por qué vives solo? ¿No tienes familia?

—Mi mujer murió hace cuatro años.

—Lo siento.

—Gracias. Tengo dos hijos. Parker es arquitecto y vive en Los Ángeles. Está divorciado. Susan está casada y vive en San Francisco. Mi yerno tiene una tienda de antigüedades y la llevan entre los dos. Tienen dos hijos.

Sam se marchó nada más terminar de comer porque iban a ir unos familiares a su casa. Paige y Charlie se quedaron a tomar café. Cuando pidieron la cuenta, el camarero les dijo que la había pagado Sam.

—Charlie, ahora no está Sam con nosotros, así que puedes echarte atrás en lo de hospedarme en tu casa. Te aseguro que no me ofenderé.

—No te he ofrecido mi casa por cumplir. Además, no quiero que te vayas a vivir a otro pueblo.

—¿Y eso por qué?

—Estoy intrigado contigo y quiero saber cómo vas a resolver tus problemas.

—¿Por qué piensas que tengo problemas?

—Porque nadie viene de vacaciones a Alaska, y menos aún sola.

Charlie la miró y los dos se rieron.

—Vamos a casa a por el coche e iremos a por tus cosas.

Iban caminando, hablando y riendo. Pasó Jay Hammond con su Mercedes e hizo sonar el claxon para saludar a Charlie. Jay era el hombre que iba detrás del coche que la salpicó en la estación de autobuses. Charlie levantó la mano para saludarlo.

—Bonito coche —dijo ella.

—Sí, el más bonito y el más caro del pueblo. Algún día te presentaré a Jay, es un buen amigo mío y creo que te gustará.

—No te molestes, lo último que deseo es conocer a hombres.

—Este te interesará, te lo aseguro. De todas formas, aunque no quieras conocerlo, lo harás. Aquí nos conocemos todos.

Después de recoger el equipaje de Paige subieron al coche.

—¿Por qué no te has casado de nuevo?

—Soy demasiado mayor.
—Supongo que habrá mujeres viudas o divorciadas.
—No me convence la idea de meter a otra mujer en mi casa.
—Te entiendo. Mi madre murió cuando yo era pequeña y mi padre no se ha casado. ¿A qué te dedicabas antes de jubilarte?
—Era profesor de Historia en la Universidad de Anchorage. ¿A qué te dedicas tú?
—Soy asesora y analista financiera.
—Tienes un trabajo importante.
—Sí. Me gusta mucho mi trabajo.
—¿Por eso lo has dejado?
—Sólo será por un tiempo —dijo ella dedicándole una cálida sonrisa—, y en realidad, no lo he dejado. Me he tomado un descanso, pero estaré en contacto con mis clientes y con mi jefe.
—¿Qué estudiaste?
—Económicas.
Charlie la miró sorprendido.
—Me gustan los números.
—Ya deben gustarte. ¿Dónde estudiaste?
—En Harvard.
—Eso me lleva a pensar que eras una excelente estudiante.
—Y no te equivocas.
—Aunque pareces muy joven para haber terminado una carrera.
—Tengo veintiocho años.
—¿En serio? No te echaba más de veinte o veintiuno.

—Te enseñaré primero la casa y luego podrás instalarte- dijo Charlie al entrar en la vivienda con la maleta.
—Vale —dijo ella siguiéndolo a la cocina.
Era una cocina moderna, muy grande y con todos los adelantos. A un lado había una mesa con seis sillas y un gran ventanal sobre el fregadero.
—Es preciosa —dijo ella adentrándose en la estancia—, y eres ordenado.
—Sí, así sé donde está todo. ¿Tú eres ordenada?
—Me temo que el orden es una obsesión para mí —dijo ella riendo.
—Aquí están la lavadora, la secadora, lo de la plancha y lo de la limpieza —dijo abriendo la puerta para que viera la pequeña habitación.
Luego le enseñó el salón. Era una estancia bastante grande, con dos sofás jaspeados en tonos marrones y beis. Había un sillón, que parecía muy cómodo, junto a una mesita sobre la que había una lámpara y el teléfono. A un lado estaba la mesa de comedor con ocho sillas y junto a ella un aparador con dos figuras de exquisita belleza. En un rincón había una gran chimenea. Había muchísima luz que entraba por los dos ventanales.
—Es un salón muy acogedor. Me gustan las chimeneas.
—Hay calefacción en toda la casa, pero no hay nada como una buena chimenea.
—¿Crees que yo soportaría los inviernos de aquí?
—Los inviernos son muy crudos, pero yo sigo vivo.
—Entonces no hará tanto frío.
Él la miró y se rio.
—Hablaemos del invierno si decides quedarte, no antes.
—De acuerdo.

Salieron del salón. La puerta de al lado era un baño completo. Luego entraron en la estancia que había a continuación.

—Este era mi estudio. Hace unas semanas saqué todos los papeles que tenía relacionados con mi trabajo y los llevé al contenedor de reciclaje. De manera que, si necesitas un sitio donde trabajar, es tuyo. Yo sólo entro para coger o dejar algún libro.

—Gracias. Dejaré aquí los informes de mis clientes, me será útil tener una mesa cuando hable con ellos.

—Subamos a ver los dormitorios.

Había cuatro habitaciones, la de Charlie, con baño interior, la de su hijo, la de su hija y otra donde dormían sus nietos. Todas tenían cama doble.

—Puedes quedarte con esta, si te parece bien, porque el armario está vacío.

—Es perfecta.

—Elige el baño que prefieras —dijo él, después de enseñarle los dos del pasillo.

—Gracias. Es una casa preciosa y está decorada con mucho gusto.

—Muy amable. Mira, en este armario está la ropa de las camas. Todas son del mismo tamaño así que no puedes confundirte. Y las toallas están en los baños. Me temo que tendrás que hacer la cama.

—No hay problema.

—Los viernes viene una señora a limpiar. Tú no tienes que limpiar, ¿entendido?

—Entendido.

—Ahora te dejo que te instales. Te subiré la maleta.

—Charlie, yo la subiré.

—De acuerdo. Estaré en el salón.

—Cuando termine bajaré el portátil y te enseñaré fotos de mis padres y mis amigos. Así podrás conocer un poco de mi vida. Si tienes tiempo, claro.

—Paige, tiempo es de lo que más dispongo, y me gustará verlas.

El armario era enorme y había, además, una cómoda con cajones. Tenía muchísimo espacio y Paige tenía poca ropa. En media hora la tuvo toda colocada en su sitio. Antes de hacer la cama bajó al salón.

—¿Qué tengo que poner en la cama, edredón o manta?

—Edredón. Por la noche hace frío.

—Vale —dijo ella saliendo y subiendo la escalera corriendo.

Creo que me va a gustar tener a esta chica en casa, pensó Charlie.

Sonó el teléfono del salón y contestó.

—¿Diga?

—Hola, Charlie, soy Jay.

—Hola, ¿va todo bien?

—Muy bien, ¿cómo estás?

—Bien también.

—La chica que iba por la calle contigo no es de por aquí.

—Muy observador —dijo Charlie riendo—, sabía que te fijarías en ella. Es guapa, ¿eh?

—La verdad es que no la he visto muy bien. ¿Ha venido a verte?

—No, está de vacaciones. Se hospedaba en casa de Kate, pero ahora está en mi casa.

—¿Has metido en casa a una desconocida? ¿Sabes algo de ella? ¿Ha venido sola? ¿Cuándo ha llegado?

—Es una buena chica y sí, ha venido sola. La encontré ayer en la parada del autobús.

Era la chica que vi ayer, pensó Jay.

—Cuando tengas sus datos, me los das para que averigüe algo de ella.

—Lo que quiera saber, se lo preguntaré yo directamente.

—A Parker le gustaría que yo me ocupara.

—A mi hijo le gustará esta chica. Voy a ver si lo convenzo para que venga, antes de que ella se marche.

—¿Le estás buscando pareja a tu hijo?

—No me importaría que encontrara a alguien como ella. A ti también te va a gustar.

—¿No crees que es un poco joven para nosotros? ¿Cuánto tiempo se quedará por aquí?

—Todavía no lo sabe.

—Llámame si sucede algo. Te dejo que tengo que ver a un cliente.

—Vale. Adiós.

—Ya tengo la habitación organizada. Bien, hablemos de las condiciones —dijo Paige cuando entró en el salón y se sentó en el sofá.

—¿De qué condiciones hablas?

—Has dejado claro que no vas a permitir que te pague alquiler.

—Ni alquiler ni gastos de la casa. Ya es bastante con que cocines para mí.

—En ese caso, yo me haré cargo de comprar la comida.

—De acuerdo.

—Voy a echar un vistazo a la nevera a ver que puedo preparar para cenar.

—Bien.

Paige salió del salón y Charlie volvió a abrir la novela para seguir leyendo. Quince minutos después entró de nuevo.

—¿Sabes ya lo que cenaremos?

—Croquetas de pollo, patatas al horno y una ensalada, ¿te parece bien?

—Me parece estupendo. Por cierto, estas son las llaves de casa —dijo él dándoselas.

—Gracias.

—Veamos esas fotos —dijo el hombre sentándose en el sofá, a su lado.

Paige colocó el portátil sobre sus piernas, girándolo un poco hacia él.

—Esta es la vista desde la terraza de mi casa.

—¿Eso es un parque?

—Sí, es Central Park. Yo vivo enfrente

—Pagarás bastante alquiler.

—No pago alquiler. Compré la casa hace cuatro años, con una hipoteca, por supuesto.

—No sabía que se ganaba tanto dinero en el trabajo que haces.

—Todo depende de las transacciones que hagas. Además, mi jefe es un hombre poco común y tengo un buen sueldo.

—Señal de que eres buena.

Paige le enseñó fotos de sus padres y le habló de su vida, a grandes rasgos. Luego le enseñó fotos de Jason y le contó cosas de él. Se dio cuenta que todavía conservaba las fotos de su ex, se las enseñó a Charlie y luego las eliminó. Y le dijo la razón de cortar con él.

—¿Te parece que cenemos todos los días sobre las ocho y media o las nueve?

—Me parece bien.

—Pues voy a preparar la cena —dijo cerrando el portátil y levantándose.

Una hora después estaban cenando en la cocina.

—Estas croquetas están de muerte.

—Gracias.

Cuando terminaron de cenar Charlie contestó al teléfono mientras Paige recogía la cocina.

—¿El que ha llamado era Sam, el dueño del supermercado?

—Sí. Tiene un problema y me ha dicho que hablara contigo.

—¿Sobre qué?

—Una de sus empleadas se marcha de vacaciones y la que iba a sustituirla no puede porque acaban de ingresar a su madre en el hospital. Y necesita encontrar a alguien urgentemente. El puesto es de cajera. Su hijo puede ir por las tardes, pero necesita a alguien por las mañanas. Como le dijiste que tenías tiempo libre y no sabías qué hacer...

—Dile que yo ocuparé su puesto.

—Pensaba que habías venido aquí para decidir qué hacer con tu vida. ¿Vas a trabajar de cajera en un supermercado, dedicándote a lo que te dedicas?

—No se me van a caer los anillos por trabajar allí. Y necesito ocupar mi tiempo, no estoy acostumbrada a estar sin hacer nada. Y si me aburro, apuesto a que me marcharé en menos de una semana. Además, sólo será por las mañanas y por unos pocos días.

Capítulo 3

Paige fue al supermercado al día siguiente, como había acordado con Sam, el propietario. Hablaron unos minutos y quedaron en que se presentaría en el trabajo al día siguiente a las ocho y media de la mañana.

Cuando llegó a casa llamó por teléfono a su jefe de Nueva York y le dijo que si tenía que ponerse en contacto con ella que lo hiciera por la tarde. Luego llamó a las secretarias de sus clientes para decirles lo mismo.

Paige colocó en su sitio la compra y se puso a preparar la comida. Comieron estofado de cordero, y Charlie lo encontró delicioso.

Por la tarde estuvo en el estudio trabajando. Y luego decidió ir a pasear por el pueblo.

Cuando llegó al borde del lago se quedó alucinada con la vista. Aquel lugar abierto era lo que necesitaba, con aquel inmenso cielo y las montañas que se elevaban imponentes. Levantó la vista, incapaz de reaccionar ante tal belleza. Jamás había visto tantas estrellas juntas. Parecían tan cercanas, que bastaría simplemente con alargar el brazo para alcanzar una. Se dio la vuelta y miró las casas cuyas terrazas daban al lago y pensó que sería agradable sentarse allí y deleitarse con la vista, y sobre todo, sentir el silencio.

Charlie se levantó cuando oyó la alarma del móvil de Paige. Quería desayunar con ella y deseársle suerte en su primer día de trabajo.

Paige llegó al supermercado puntual. El establecimiento abría al público a las nueve. Sam le pidió que le acompañara a una de las cajas para ver si se aclaraba con ella. Paige sonrió al verse delante de la máquina, porque le pareció de lo más simple, comparada con los sofisticados ordenadores, faxes, impresoras y demás aparatos de última generación que acostumbraba a utilizar en su empresa.

El supermercado abrió las puertas y los clientes empezaron a entrar. Sam decidió quedarse al lado de Paige mientras cobraba a los primeros clientes, por si necesitaba ayuda, pero enseguida se dio cuenta de que podía valerse por sí misma.

La mañana se le pasó volando y se dio cuenta de que lo había pasado bien. Todos los clientes habían sido amables con ella y le contaban cosas mientras pasaba los artículos por el escáner. Volvió a casa satisfecha de su trabajo.

Después de comer y tomar café, Charlie la llevó a ver una cascada preciosa que no estaba muy lejos. Paige hizo algunas fotos y se las envió a su padre y a Jason.

El día siguiente fue similar. A Paige le gustaba seguir una rutina, de lo contrario, perdería mucho tiempo sin hacer nada. Quería saber del tiempo del que disponía para organizarse y aprovecharlo al máximo.

Esa noche, después de preparar la cena le dijo a Charlie que iba a salir a tomar una cerveza con un compañero del trabajo y que cenarían cuando volviera.

Se encontró con él en el pub del restaurante y se sentaron en una de las mesas. Jay, el amigo de Charlie, estaba en la barra tomando un whisky con el director del banco. Se fijó en Paige tan pronto entró y desde que se sentó en la mesa, dirigió la mirada hacia ella varias veces. No sabía la razón, pero esa chica le intrigaba. Tal vez fuera porque conocía la vida de todos los del pueblo, excepto la de ella.

Paige volvió a ir al lago unos días después, tras pasar horas delante del ordenador y hablando por teléfono. Se sentó en el mismo banco que la última vez. Allí sentía una paz que no había experimentado nunca.

Jay estaba tomando una copa en la terraza del estudio que tenía junto al lago, cuando vio llegar a Paige. Al principio no la reconoció y le extrañó que hubiera alguien allí sentada, a pesar del frío. Pero poco después se dio cuenta de que era ella. Permaneció allí, contemplándola hasta que Paige se marchó.

Era sábado, su quinto día de trabajo. Paige se encontraba en la caja registradora a punto de finalizar su jornada. Estaba atendiendo a una cliente y hablaba con ella mientras pasaba los artículos por el escáner. Cuando le cobró y la señora se marchó, Paige levantó la vista hacia el siguiente cliente. Era Jay, el amigo de Charlie. Se quedó absorta mirando, fascinada con el hombre que tenía delante. Un pelo moreno enmarcaba un rostro que le hizo perder el sentido. Su boca perfectamente delineada, sus pómulos bien marchados y unos ojos de un azul intenso le hacían increíblemente atractivo. A Paige se le aceleró el corazón y notó que le costaba respirar. Él la miró fijamente y ella tuvo que apartar la mirada porque se sintió aturdida.

—Hola —dijo Paige a la joven que lo acompañaba, porque necesitaba pensar en otra cosa, que no fuera él.

—Hola —dijo la chica.

—Tienes un pelo precioso, ¿te peinas sola o lo hace tu madre? —dijo Paige empezando a pasar los artículos por el escáner.

—Mi madre nos abandonó.

Paige vio el parecido entre el hombre y la chica y pensó que parecían hermanos.

—Lo siento.

—No importa. Me peino yo sola.

—A mí no se me da muy bien, soy un desastre con el pelo. Esas trenzas te quedan genial.

—A ti también te quedarían bien. Tienes un pelo muy bonito.

—Gracias. A mí me gusta el tuyo.

—Podemos vernos un día y te enseño a hacerte las trenzas, o te las hago yo.

—Eso estaría bien.

—Si no le importa, tenemos prisa —le dijo Jay a Paige taladrándola con la mirada.

Paige había evitado mirarlo hasta ese momento. La chica miró a su padre avergonzada.

—Pensaba que la gente aquí se tomaba las cosas con más tranquilidad —dijo Paige mirándolo e intentando serenarse.

—Algunos tenemos que trabajar para sobrevivir.

—Lo siento por usted. Yo trabajo para distraerme. Bueno, y para llevar este ridículo uniforme con esta plaquita con mi nombre, para que todos sepan cómo me llamo.

—Seguro que sí —dijo él en tono seco.

—Ahora entiendo por qué lo abandonó su mujer. Son cuarenta y tres dólares —dijo después de escanear el último artículo y sin dirigirle la mirada.

Jay la miró algo desconcertado. No esperaba que ella le dijera algo así. Metió la tarjeta del banco en la ranura, tecleó el PIN y la sacó.

—Me ha gustado conocerte —dijo Paige a la chica.

—Y a mí. Hasta la vista.

—Que pases un buen día. Aunque con esa compañía... —dijo Paige sonriéndole.

—Tú también —dijo la chica sonriendo también.

Jay cogió las bolsas y se marcharon.

—Has sido un poco grosero con ella, ¿no crees? —dijo la chica a su padre mientras se dirigían al coche.

—Yo creo que la grosera ha sido ella.

—Ella se ha limitado a contestar a tu desprecio. Ha sido amable y simpática. Porque estés enfadado conmigo, no tienes que pagarlo con los demás.

—Tal vez tengas razón. Cuando vuelva por aquí me disculparé.

—Sí, deberías hacerlo.

Cuando Paige llegó a casa Charlie le dijo que comerían fuera.

—¿Tenemos algo que celebrar?

—Has finalizado tu primera semana de trabajo.

—De acuerdo.

—¿Qué tal te ha ido el trabajo hoy? —preguntó Charlie cuando estaban sentados en el restaurante.

—Bien, como siempre.

—¿Has conocido a alguien nuevo o ya conoces a todo el pueblo?

—He conocido..., bueno, no puedo decir que lo he conocido, simplemente le he cobrado lo que ha comprado. Pero cuando lo he visto, se me ha cortado la respiración. Es el hombre más atractivo que he visto en mucho tiempo. En realidad, creo que es el hombre más atractivo del planeta. No lo había visto antes, puede que no sea del pueblo. Me he sentido fascinada, hasta que ha hablado y he sabido que era un engreído gilipollas.

Charlie soltó una carcajada. Paige le contó lo sucedido.

—¿Dices que iba con una joven?

—Sí, una adolescente, muy guapa, por cierto. Se parecían mucho.

—¿Él mide casi un metro noventa, tiene el pelo moreno, con un corte desenfadado y los ojos azules?

—Exacto, ese es el engreído gilipollas. Que está para hacerle un favor, todo hay que decirlo —dijo ella riendo.

Charlie se rio de nuevo.

—Ese es, sin duda alguna, Jay, a quien te dije que te presentaría.

—Pues olvídale. A ese tipo no quiero verlo de nuevo.

—Es extraño, porque es un hombre simpático y muy amable.

—Te aseguro que conmigo no ha sido amable.

Después de comer volvieron a casa. Paige subió a cambiarse y luego bajó al salón. Charlie estaba viendo la televisión. Ella se echó en uno de los sofás y se tapó con la manta que había en el respaldo. Poco después estaba dormida. El hombre la despertó a las ocho porque sabía que había quedado con unos compañeros del trabajo para ir a bailar después de cenar.

—No tengo ganas de salir.

—Tienes que distraerte el fin de semana.

—Mañana me llevarás a todos esos sitios que me dijiste y me distraeré.

—No me refiero a distraerte conmigo sino con gente de tu edad.

—Sabes, Charlie. No tengo muchas cosas en común con mis compañeros de trabajo, más bien nada. No es que los menosprecie, pero todos mis amigos son gente de carrera y nuestras conversaciones son interesantes, ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, sé lo que quieres decir. Pero las personas que han ido a la universidad no se quedan en un pueblo como este. Si quieres puedo llamar a Jay y pedirle que te invite a cenar y a ir a bailar a

la ciudad. Te aseguro que con él no te aburrirás.

Ella lo miró seria.

—Vale, veo que no te parece buena idea —dijo Charlie sonriendo—. Esa era la principal razón por la que quería que lo conocieras. Jay es un buen conversador y un hombre de mundo. Y además, creo que tenéis muchas cosas en común.

—Él es el único al que no me interesa conocer. A mí no me disgusta la gente de aquí, son muy amables. Y me gusta que todos nos conozcamos, como si fuéramos una gran familia —dijo ignorando lo que le había dicho Charlie.

—Jay y tú necesitáis tiempo. Empezasteis con mal pie. En este pueblo, la gente no puede estar enfadada, tú misma has dicho que somos como una gran familia.

—No estoy enfadada con él, simplemente, no volveré a verlo.

—¿Y qué harás si te lo encuentras por la calle, o en el bar o en una cafetería?

—Como no nos han presentado, no nos conocemos. Así que lo ignoraré.

Charlie se rio.

—Creo que ese hombre te gusta.

—Por supuesto, me vuelve loca.

Al final, Paige decidió quedarse en casa, con la excusa de que tenía que levantarse temprano para ir con Charlie de excursión.

Paige se levantó temprano al día siguiente y preparó unos bocadillos. A las siete de la mañana estaban de camino. Charlie condujo más de cien kilómetros. Dejaron el coche en un pequeño pueblo y caminaron un buen trozo hasta llegar a un impresionante lago y un valle, al pie de las montañas. Paige estaba fascinada con el paisaje. Charlie le habló sobre la historia de ese lugar. A Paige le gustaba hablar con él. Era un hombre muy culto y se podía hablar con él de cualquier tema. Cuando sintieron hambre se sentaron sobre la hierba.

—¿Cuándo te trasladaste a vivir aquí?

—Hace más de cuarenta años. Cuando terminé la carrera vi que había una plaza en la Universidad de Anchorage. Ya salía con la que después fue mi mujer. Se lo comenté y nos gustó la idea de empezar una vida juntos en otro lugar. Acepté el trabajo y nos casamos un mes antes de empezar el curso. Vinimos aquí de luna de miel y nos encantó esto. Poco después quedó una vacante en Literatura. Ella estudió literatura y consiguió el puesto y entonces compramos esta casa.

—¿Dónde vivíais antes de mudaros aquí?

—En Boston. Todavía tengo allí la casa de mis padres.

—¿Cerrada?

—No, está alquilada. Jay se encarga de todo.

—¿Jay? ¿El Jay ese tan simpático?

—El mismo. Y te aseguro que es muy simpático y agradable. Y por cierto, la chica que lo acompañaba cuando los viste es su hija, Elizabeth.

—Lo supuse, aunque me pareció demasiado joven para tener una hija de esa edad.

—Sí, es joven, pero hablaremos de eso en otro momento.

—Vale. Sigue.

—Los padres de Jay eran amigos nuestros desde hacía mucho tiempo. Ellos también eran de Boston. Cuando vinieron a vernos les encantó esto y decidieron venir a vivir aquí.

—¿Eran profesores también?

—No, Matthew era arquitecto y Sophie, pintora. Él montó su estudio de Arquitectura en Anchorage. Y ella trabajaba en un estudio que le construyó su marido junto al lago. Era muy buena

y expuso sus obras en las mejores galerías del país. Jay tiene un montón de cuadros suyos en su casa. Cuando fallecieron, estaba a punto de hacer una exposición, pero Jay la canceló, prefirió quedarse los cuadros, que eran los últimos que había pintado su madre.

—¿Fallecieron los dos?

—Sí, en un trágico accidente. Jay estaba muy unido a ellos y estuvo destrozado durante mucho tiempo. Jay tiene una inmobiliaria en el local donde su padre tenía el estudio de arquitectura. Y la casa en la que vive es la de sus padres.

—Entonces tu hijo y él son amigos porque sus padres y vosotros también lo erais.

—Supongo que sí. Se criaron juntos. Fueron a la misma guardería, al colegio y al instituto. Incluso a la misma universidad. Por cierto, ellos también estudiaron en Harvard.

—¿Qué estudió el hijo de tus amigos?

—No va a pasarte nada por pronunciar su nombre.

Paige lo miró sonriendo.

—Jay estudió derecho.

—¿Los dos tienen la misma edad?

—Sí, tienen treinta y cinco años.

—Antes has dicho que los que estudian una carrera no se quedan aquí. ¿Por qué se ha quedado él?

—Se casó nada más irse a la universidad. Ella se quedó embarazada. Ni siquiera eran novios, sólo habían salido una vez. Unos años más tarde, durante una discusión, Jay descubrió que le había engañado. Le había dicho que tomaba anticonceptivos y no era cierto.

—¿Por qué hizo algo así?

—Tú misma has dicho lo atractivo que te había parecido cuando lo viste. Añádele que sus padres tenían mucho dinero. Leslie decidió pescarlo y lo consiguió.

—Hay que ser mala para hacer algo así.

—A los padres de Jay no les gustaba y a nosotros tampoco. Y él no tenía intención de salir con nadie. Quería centrarse en los estudios. Pero al quedarse embarazada quiso hacerse cargo de ella. Siempre ha sido muy responsable. Cuando terminó la carrera se mudaron a Nueva York y montó una inmobiliaria, luego abrió otra y otra más. Ahora tiene negocios allí, en Boston, en Los Ángeles y en Anchorage. Y hace poco me dijo que pensaba abrir otra oficina en Miami. Cuando terminó la universidad se trasladaron a Nueva York. Han vivido allí hasta hace poco más de un año, cuando se divorciaron.

—¿Por qué se separaron?

—Ella se enamoró de otro. Jay tuvo que pagarle un montón de dinero con lo del divorcio. Pero, por suerte, ella volvió a casarse y no tiene que pasarle manutención ya que él tiene la custodia total de Elizabeth.

—¿No quiso llevarse a su hija con ella?

—Dijo que iba a empezar una nueva vida y Elizabeth no encajaba en ella.

—No me puedo creer que una mujer haga eso con su hija.

—Yo tampoco. La casa de Jay de Nueva York es fantástica, está en la Quinta Avenida.

—¿Qué? ¿He tenido a ese hombre viviendo cerca de mi casa y no lo he visto nunca?

—Puede que lo hayas visto, pero como no lo conocías...

—Charlie, si lo hubiera visto, no me habría pasado desapercibido —dijo sonriendo.

—Lo que yo digo. A ti te gusta Jay. Por eso te interesa todo lo que te cuento sobre él.

—No digas tonterías. Continua.

Charlie se rio.

—Se trasladaron aquí cuando Elizabeth terminó el curso pasado. Y este año no lo ha llevado muy bien. Le afectó mucho que su madre los abandonara. Si no ocurre un milagro, suspenderá, y será la primera vez, porque siempre ha sido una buena estudiante. Fue muy difícil para ella. Jay lo pasó muy mal porque Elizabeth culpaba a su madre por haberlos abandonado, y a él, por haberlo permitido.

—¡Madre mía! Y yo le dije que entendía por qué su mujer lo había abandonado. Esperaré a que él se disculpe por la forma tan brusca que me trató y, si lo hace, me disculparé por lo que le dije. Aunque puede que no se disculpe.

—A lo mejor no se dio cuenta de que fue brusco contigo.

—Pero si hasta su hija se lo reprochó con la mirada. ¿Sabes cuándo son los exámenes en el instituto?

—Ya estarán terminando. ¿Por qué lo preguntas?

—Tal vez pueda ayudarla con alguna asignatura. ¿Estudia ciencias o letras?

—Ciencias. La llamaré mañana y le pediré que venga, así podrás hablar con ella.

Elizabeth bajó del autobús en la parada más cercana a la casa de Charlie y caminó hacia allí. Llamó a la puerta.

—Hola, Charlie —dijo la chica abrazándolo.

—Hola, pequeña, ¿va todo bien?

—Bueno... ¡Qué bien huele!

—Paige ha preparado algo para merendar.

—¿Quién es Paige?

—La mujer que vive conmigo.

—¿Tienes novia?

—¡No! Paige necesitaba una casa para vivir por un tiempo y a mí me sobraba espacio.

Entraron en la cocina. Un bizcocho reposaba sobre la bancada de la cocina.

—Hola —dijo Paige al levantar la vista.

—Hola. Eres la chica del supermercado.

—La misma. Charlie y yo íbamos a tomar un café con leche, ¿nos acompañas?

—Claro, estoy muerta de hambre.

—Paige, ella es Elizabeth, la nieta de mis mejores amigos, de quien te hablé.

—Nos conocimos en el supermercado. ¿Quieres café con la leche?

—Sí, pero muy poco café.

Paige puso sobre la mesa las tazas y los platos con bizcocho. Elizabeth cortó un trozo con los dedos y lo probó.

—Esto está muy bueno.

—Gracias. Te daré un trozo para que te lo lleves a casa.

—Te lo agradezco.

—Supongo que estás en exámenes —dijo Charlie-. ¿Qué tal los llevas?

—Mal, voy a suspender Matemáticas y Física. Mi padre se enfadará cuando le dé las notas, no está acostumbrado a que suspenda.

—Tu padre lo entenderá. Sabe que este año ha sido duro para ti —dijo Charlie.

—Eso espero. A final de mes son las recuperaciones, veré qué puedo hacer.

—Yo podría ayudarte, si quieres. Se me dan bien esas asignaturas.

—¿En serio?

Paige asintió sonriendo mientras comía un trozo de bizcocho.

—¿Cuándo terminas los exámenes?

—Mañana tengo el último y el viernes nos darán las notas.

—Yo trabajo por las mañanas, pero las tardes las tengo libres. Ya sabes que tu padre y yo tuvimos una corta y tensa conversación, así que tendrás que venir aquí.

—No me importa venir. Siento lo que pasó. Estaba enfadado conmigo y lo pagaste tú. ¿No se ha disculpado contigo?

—No, pero no te preocupes.

—Me dijo que lo haría, y él siempre cumple su palabra.

—En ese caso lo hará, no habrá encontrado el momento. ¿Estás segura de que te quedarán esas dos asignaturas?

—Completamente.

—Entonces empezaremos cuanto antes. ¿Te parece bien mañana, cuando vuelvas del instituto? Los demás días puedes venir antes, ya que no tienes más exámenes.

—Perfecto.

—Charlie y yo comemos sobre las dos. ¿Tú comes con tu padre?

—No, el no vuelve a casa hasta la hora de cenar.

—Entonces comerás con nosotros. Trabajaremos todos los días. Empezaremos después de comer y te quedarás aquí hasta que tengas que irte a cenar. No tenemos mucho tiempo, así que lo aprovecharemos al máximo.

—¿Tienes otros alumnos?

—Yo no soy profesora.

—Dime cuánto dinero tengo que pedirle a mi padre para las clases.

—No voy a cobrarte. Eso sí, tengo que decirte que recibiré alguna llamada de trabajo y tendremos que interrumpir la clase por unos minutos.

—No me importa.

Siguieron hablando un rato mientras merendaban. Elizabeth no tardó en marcharse porque quería repasar para el examen del día siguiente.

—Espero que su padre no se enfade mucho con ella, cuando le entregue las notas.

—No se enfadará, Jay es una buena persona y adora a su hija.

Ella miró a Charlie y sonrió.

—Necesito una pizarra de buen tamaño, como las de los colegios.

—Mañana tengo que ir a la ciudad a por unas cosas, yo te la traeré. ¿Dónde daréis las clases?

—Creo que el mejor sitio es aquí en la cocina. Hay bastante espacio.

—Yo también lo creo. Te agradezco que ayudes a Elizabeth.

—No me lo agradezcas, me cae bien esa chica.

—Tú también eres una buena persona.

—Veremos cómo le sienta a tu amigo que le dé clases a su hija.

—Estará encantado. Y míralo por el lado bueno, tendrá algo que agradecerte.

Jay fue al supermercado cuando volvió a última hora de la tarde y compró algunas cosas que sabía que necesitaban. Tenía intención de disculparse con Paige por su comportamiento. Al no verla en las cajas se puso en la que menos cola había.

—Hola, Sally.

—Hola, Jay.

—¿Hoy no trabaja la chica nueva?

—¿Quién, Paige?

—No creo que haya muchas chicas nuevas trabajando aquí —dijo él sonriendo.

—Es cierto. Sólo te estaba dando conversación, los hombres como tú escasean por aquí — dijo la chica sonriendo—. Ella trabaja sólo por las mañanas, de nueve a una y media.

—Gracias.

Jay volvió a ver a Charlie con Paige cuando iba camino de casa, pero esa vez no hizo sonar el claxon. Los dos iban hablando animadamente.

—Esa chica está cogiendo confianzas con Charlie —dijo Jay al ver que ella lo cogía del brazo—, tal vez debería averiguar su nombre e investigarla un poco.

Elizabeth estaba estudiando en la cocina cuando su padre llegó a casa.

—Hola, cariño —dijo él acercándose por detrás y besándola en la cabeza.

—Hola, papá.

—¿Has tenido un buen día?

—Aburrido, como todos los días. ¿Y tú?

—Igual que el tuyo. Tenía ganas de volver a casa, y estoy muerto de hambre. ¿Te molesto si voy preparando la cena? —dijo él sacándose la chaqueta y dejándola sobre una silla.

—No, sólo estoy repasando.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó remangándose las mangas de la camisa.

—Bien.

Jay levantó la campana de cristal del plato donde guardaban los dulces, cortó un trozo del bizcocho con un cuchillo y se lo comió.

—Esto está buenísimo. ¿Dónde lo has comprado?

—Lo ha hecho Paige, la chica que vive con Charlie. He merendado con ellos y me ha dado un trozo. ¿Sabías que ella es la chica del supermercado?

—¿Qué chica? —preguntó él, intentando disimular que estaba al corriente.

—La cajera del supermercado. Aquella con la que fuiste tan amable —dijo de manera sarcástica.

Él se volvió a mirarla y le sonrió.

—Le he preguntado si te habías disculpado y ha dicho que no. Dijiste que lo harías.

—Precisamente vengo del supermercado. He ido a disculparme, pero no estaba.

—Sólo trabaja por las mañanas.

—Eso me han dicho. ¿Está esperando que me disculpe?

—No, me ha dicho que no le importaba.

—De todas formas lo haré. Iré esta semana, te lo prometo.

—Vale. Voy a ducharme.

Paige se encontró a su compañera en la entrada cuando llegó al trabajo al día siguiente.

—Hola, Sally.

—Hola, Paige. Ayer vino alguien y preguntó por ti.

—¿Quién?

—Jay Hammond.

—No lo conozco, aunque lo vi en una ocasión mientras le cobraba. ¿Qué quería?

—No lo sé, pero parecía muy interesado en verte.

—Pues que bien.

—¿Sabes que Jay puede conseguir a la mujer que quiera?

—¿En serio?

—Sí. ¿No lo encuentras guapo?

—Sí, es muy atractivo.

—Me da la impresión de que ha puesto el punto de mira en ti.
Paige se rio mientras se dirigían hacia las taquillas.

Cuando Paige volvió a casa, Charlie ya había comprado la pizarra y estaba colgada en la pared de la cocina. Lo abrazó para darle las gracias. Insistió en pagársela, pero él no consintió.

Esa tarde Elizabeth se presentó en casa de Charlie con los libros y los apuntes que tenía de todo el curso. La noche anterior no le dijo nada a su padre sobre las clases, porque habría tenido que decirle que había suspendido y prefería esperar a que le dieran las notas.

Se sentaron las dos en la mesa de la cocina. Paige se levantó y empezó a escribir en la pizarra las cosas básicas para saber el nivel que tenía la chica. Cuando terminaron la clase, Paige le pidió que le dejara los libros y los apuntes para hacer el plan de estudios.

Después de cenar y de que recogieran la cocina entre los dos, Charlie y Paige fueron al salón. Mientras él veía las noticias, ella revisó los apuntes y los libros y fue tomando notas en un cuaderno. Antes de acostarse tenía completamente organizado el plan a seguir.

—He oído cómo le explicabas las cosas a Elizabeth. Serías una buena profesora. Tal vez deberías dedicarte a eso, en vez de trabajar en el supermercado. Hay muchos chicos que necesitan apoyo, sobre todo, en las asignaturas que tú dominas.

—No puedo dejar el supermercado, dejaría a Sam colgado. Y sabes que no he dejado mi trabajo. Lo de Elizabeth lo hago como un favor.

Al día siguiente Jay decidió volver al pueblo para disculparse con Paige. Entró en el supermercado y cogió una botella de whisky, lo primero que se le ocurrió. Era la una y cuarto y sabía que ella terminaría en quince minutos. Comprobó en qué caja estaba y se puso en la cola. Ella levantó la mirada y al verlo su respiración se alteró y las pulsaciones se le aceleraron. No sabía qué hacer, estaba nerviosa. Sabía que cuando lo tuviera delante, él notaría su intranquilidad. Lo único que se le ocurrió fue llamar para que vinieran a sustituirla. El dueño del local llegó a la caja un minuto después y Paige le dijo que necesitaba ir al servicio. Levantó la mirada hacia Jay y comprobó que él la miraba con una ligera sonrisa. Jay supo que se había puesto nerviosa sólo con su presencia y estaba seguro que él había sido la causa de que abandonara la caja. Paige fue rápidamente a la sala de empleados y entró en el aseo. Se apoyó en el lavabo y se miró en el espejo.

—¿Qué coño me pasa con ese tío? Ya sé que me cae mal, muy mal, pero, ¿por qué me siento así? —dijo mirando su reflejo, intentando serenarse.

Al ver que era la una y media, la hora de marcharse, respiró aliviada y salió.

Paige abandonó el supermercado por la puerta de empleados. Se quedó de piedra al ver el Mercedes negro y a Jay apoyado en él, con el teléfono en la mano. Lo encontró guapísimo. Llevaba un traje negro y una camisa azul, del color de sus ojos, sin corbata. Parecía seguro de sí mismo, y tan sexy, que el corazón de Paige se le subió a la garganta. Paige miró hacia la izquierda, pero no había salida. Miró hacia la derecha y vio el aparcamiento. Decidió ir hacia allí, antes de que él la viese.

Demasiado tarde. Jay levantó la vista del móvil y al verla lo guardó en el bolsillo. La miró fijamente, con aquellos increíbles ojos azules y Paige se quedó sin respiración. Los labios de Jay se curvaron en una sonrisa lenta, de infarto. Paige respiró hondo. Deseaba desesperadamente no parecer nerviosa, pero se encontraba como un flan. Se preguntaba por qué se sentía así, mientras intentaba calmar su acelerada respiración.

—¿Puedo hablar un momento contigo?

—Tengo prisa —dijo ella mirándolo desde lejos.

—Me da la impresión de que me estás esquivando —dijo él sin despegarse del coche.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Me tienes miedo? —dijo desafiándola.

El corazón de Paige le latía tan deprisa que pensaba que se le iba a salir del pecho. A pesar de ello no se amedrentó y caminó hasta colocarse frente a él.

—¿Usted es tonto o qué? ¿Por qué iba a tenerle miedo?

—Eso me pregunto yo —dijo él sonriendo.

—Bien, ¿de qué quiere hablar?

—Quiero disculparme por cómo te hablé el otro día.

—Acepto sus disculpas. ¿Algo más?

—¡Vaya! Creía que eras más dura.

—Escuche, señor Hammond.

—Sabes mi nombre.

—Este pueblo es muy pequeño y he oído hablar sobre usted.

—¿Y qué se dice sobre mí?

—Mis compañeras dicen que siempre consigue lo que quiere y a quien quiere. Y que ha puesto su punto de mira en mí.

Jay se rio, cosa que aún la enfadó más.

—Así que le ahorraré tiempo y esfuerzo. Si eso es cierto, que sepa que no me interesa lo más mínimo. Nunca, y digo nunca, me acostaré con usted.

Jay volvió a reír.

—Estoy de acuerdo contigo, porque a mí no me interesas en absoluto. Eres demasiado joven y yo no me acuesto con niñas. Aunque he de admitir que eres preciosa.

—¿Cree que soy una niña?

—Sí, y con muchos humos, por cierto.

—¿Ha terminado?

—Sí, por el momento.

Ella se dio la vuelta para marcharse, pero de pronto se giró de nuevo hacia él.

—A propósito, yo también quiero disculparme por lo que le dije.

—¿Qué me dijiste? —preguntó él sonriendo.

—Que entendía por qué lo abandonó su mujer.

—Acepto tus disculpas.

—¿Puedo saber por qué me tutea, cuando yo le estoy hablando de usted?

—Porque eres una niña, y yo no hablo a las niñas de usted.

—¿Sabe que es un arrogante gilipollas?

Jay soltó una carcajada.

—Eso no me lo habían dicho nunca.

—¿Y sabe otra cosa? —dijo cabreada porque sabía que se estaba riendo de ella.

Él la miró con una sonrisa en los labios.

—No voy a aceptar sus disculpas, y además, retiro las mías. Ahora estoy segura que su mujer lo abandonó por se un gilipollas engreído.

—Arrogante, gilipollas, engreído.... Si fueras mi hija no emplearías esos términos para hablar con nadie. Y menos aún, con alguien que casi te dobla la edad —dijo él irritado.

—Por suerte para mí no soy su hija. Tengo que marcharme. No puedo decir que ha sido un placer verle de nuevo —dijo ella girándose y empezando a caminar.

—Nos veremos.

—No, si puedo evitarlo. ¡Capullo! —dijo Paige en voz baja. Aunque él lo oyó perfectamente. Jay se quedó mirándola y sonrió por el último insulto. Subió al coche y lo puso en marcha.

—No entiendo cómo he permitido que esa mocosa me hable así. ¿Por qué se ha enfadado tanto? Puede que porque le he dicho que era una niña. Pero, es que es una niña... Creo que será mejor que yo también evite verla. Aunque es divertido hablar con ella. Tiene temperamento y eso me gusta. Me da la impresión de que a ella me costaría seducirla. Y ahora que lo pienso, he venido a disculparme, pero no ha aceptado mis disculpas, porque la he cabreado. A Elizabeth no le va a gustar —dijo sonriendo mientras conducía de vuelta a Anchorage.

Paige entró en casa echando chispas. Dijo un seco hola a Charlie, que estaba en el salón y se dirigió a la cocina. Se lavó las manos y sacó de la nevera la comida que tenía medio preparada. Charlie entró poco después. Sabía que le pasaba algo porque siempre, cuando volvía del trabajo, se sentaba unos minutos a hablar con él.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien, como siempre. Cuando he salido del trabajo, tu amigo Jay me estaba esperando en la puerta.

—Qué raro, él nunca viene a casa al medio día.

—Pues hoy lo ha hecho.

Paige le contó lo sucedido textualmente mientras ponía la mesa. Y Charlie empezó a reír mientras ella lo miraba seria.

—Perdona. No me río porque sea gracioso sino porque no puedo imaginarme a Jay, escuchando todas esas calificaciones de tu boca.

—La verdad es que no le ha gustado. Si las miradas mataran, hoy no habría vuelto a casa. Pero es que ese hombre me pone de los nervios. Nunca me he sentido así con nadie y no le he hablado a nadie en mi vida como le he hablado a él. Es verle y me intranquilizo.

—¿Te has preguntado por qué te sucede eso, sólo con él? Tú misma has dicho que no es normal. ¿No crees que el que te sientas así es porque te gusta?

Ella lo miró seria.

Elizabeth llegó a casa de Charlie poco después de las dos de la tarde. Estaba contenta porque el último examen le había salido muy bien. Paige sirvió la comida nada más llegar la chica. Después de comer y tomar un café, empezaron la clase.

Al día siguiente, a las ocho de la noche, Paige se encontró con sus compañeras del trabajo en el bar. Habían quedado para tomar una cerveza.

—Ayer te vieron hablando con Jay Hammond en el aparcamiento del supermercado —dijo una de las chicas a Paige.

—¿Y?

—¿Estás saliendo con él?

—¿Qué? ¡No!

—El otro día fue a buscarte al supermercado y al no verte se sintió contrariado. Parece que le interesas —dijo otra de ellas.

—No digas tonterías. No es un delito hablar con alguien —dijo Paige sonriendo.

—¿Te gusta Jay?

—La verdad es que no me cae muy bien. No creo que sea un hombre muy amable.

—Jay es el hombre más guapo del pueblo.

—Eso no te lo voy a discutir.

—De vez en cuando sale con Julie, ella está enamorada de él desde que iban al instituto. No

se ha casado porque siempre ha dicho que se casaría con él.

—Pues perfecto, ahora está divorciado y podrán casarse —dijo Paige.

—Jay no sale sólo con ella, aunque a Julie le gusta pensar que sí. Se rumorea que ve a otras mujeres en la ciudad.

—¿Eso tiene que preocuparme? Ya os he dicho que Jay no me interesa.

El viernes Jay llegó a casa poco antes de las ocho de la tarde y saludó a su hija.

—¿Qué tal todo? ¿Has recogido las notas?

Elizabeth lo miró y empezó a llorar.

—Eh, eh, ¿qué pasa? —dijo abrazándola.

—Papá, he suspendido dos —dijo ella rodeándolo por la cintura y apoyando la cabeza en su pecho.

—No te preocupes, cariño.

—¿No estás enfadado?

—No voy a llevarte a cenar para celebrarlo, pero tampoco enfadado —dijo secándole las lágrimas con los dedos—, buscaremos un profesor para que te ayude a recuperarlas.

—Ya me está ayudando alguien, empecé las clases el martes.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque sabía que había suspendido dos y tenía miedo de que te enfadaras.

—Te he dicho muchas veces que puedes hablar conmigo siempre que lo necesites, con toda libertad. Enséñame las notas.

La chica le dio el sobre y él lo abrió.

—Has suspendido las dos asignaturas más fuertes.

—Lo sé, pero las recuperaré. Tengo hasta final de mes para prepararlas.

—¿Qué días vas a clase?

—Todos los días, cuatro o cinco horas cada día.

—Eso son muchas horas. ¿El profesor está aquí en el pueblo? No recuerdo a nadie que dé clases particulares. Dime cuánto te cobra y te haré un talón para que se lo des.

—No va a cobrarme nada. Y no es un profesor, es Paige, la chica que vive con Charlie. Sólo lo va a hacer por ayudarme.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que la cajera de un supermercado te está dando clases de Matemáticas y Física?

—Sí, y te aseguro que es muy buena.

—¿Estás segura? Porque de no ser así, perderás el tiempo.

—Papá, confía en mí.

—De acuerdo, pero no irás a clases sin pagar.

—A partir de ahora tendremos clases los siete días de la semana. Paige dice que no tenemos mucho tiempo.

—Luego te haré un talón y se lo das.

—Vale.

—¿Me ayudas con la cena?

—Claro. Te quiero, papá.

—Y yo a ti. Y a partir de ahora no quiero que me ocultes nada.

—No lo haré.

El sábado Jay y su hija fueron al supermercado a hacer la compra para la semana. Jay comprobó la caja en la que estaba Paige y se colocaron en la cola de la que estaba más alejada.

Sabía que ella no se sentía cómoda con él y prefirió evitarla.

Después de comer llevó a su hija a casa de Charlie. Por un momento pensó en entrar, pero la idea de encontrarse con Paige no lo atraía lo más mínimo.

La cajera de un supermercado dando clases a mi hija. Cómo me gustaría asistir a una de esas clases, pensó Jay arrancando el coche y marchándose.

Paige se alegró cuando Elizabeth le dijo que su padre no le riñó.

Antes de marcharse, Elizabeth le dio a Paige un sobre.

—Mi padre me ha dado esto para ti.

Cuando Paige se quedó sola se sentó a la mesa y abrió el sobre. En su interior había un talón por quinientos dólares y una nota. Desdobló el papel y lo leyó.

Hola.

Mi hija me dijo anoche que estabas ayudándola con las asignaturas que ha suspendido. Lo cierto es que estoy un poco intranquilo, de que la cajera de un supermercado la ayude con ello (creo que yo podría hacerlo, y tal vez mejor), pero me ha asegurado que la estás ayudando, y yo confío en ella.

Me ha dicho que le darás clase todos los días de la semana y eso es de agradecer. Lo que no voy a permitir es que lo hagas sin cobrar. Sé que empezasteis las clases el martes, así que te adjunto un talón de quinientos dólares para pagarte esta semana. No sé exactamente cuánto cobran por las clases particulares, porque es la primera vez que mi hija las necesita. Así que, por favor, dime cuánto tengo que pagarte a la semana y te enviaré un talón, en caso de que te haya pagado menos.

Jay.

Paige cogió un folio de la mesa y le escribió la contestación. Luego la metió en un sobre y lo cerró.

Elizabeth subió al coche de su padre.

—¿Qué tal han ido las clases?

—Muy bien. En el instituto las clases son aburridas, pero con ella son divertidas.

—¿Hace divertidas las clases de Matemáticas?

—Sí. Por cierto, ¿le pediste disculpas?

—Sí, lo hice, pero no las aceptó. Creo que a esa chica le caigo mal.

—Tú no le caes mal a nadie.

—A ella sí, te lo aseguro. No me preguntes cuál es el motivo, pero sé que me odia.

Charlie vio sobre la mesa de la cocina la nota de Jay y no pudo evitar leerla. Supuso que a Paige no le habrían gustado sus palabras.

Jay llevó a su hija a casa de Charlie al día siguiente después de comer. Charlie abrió la puerta y cuando Elizabeth entró, él salió porque iba a tomar café con Jay.

—Hola —dijo Charlie entrando en el coche.

—Hola, Charlie. ¿Qué tal todo?

—Muy bien. Mi vida ha cambiado desde que Paige está en casa, es como si volviera a tener una hija. Fíjate que anoche fue a la ciudad a bailar con unos amigos y la esperé levantado hasta que volvió a las tres de la mañana.

—Vaya, estás desconocido —dijo Jay mirando al hombre y riendo.

—Es una chica fantástica. Cariñosa, divertida, inteligente.

—Me alegro de que te sientas tan bien con ella.

Entraron en el bar y pidieron dos cafés y dos copas de coñac.

—Me temo que las cosas entre vosotros no van muy bien, ¿verdad? Cada vez que te vuelve a casa con un humor de perros.

—Debería ser yo quien se sintiera así.

—Sí, ya me habló de las cosas que te había dicho —dijo Charlie riendo.

Jay se rio también.

—Leí la nota que le enviaste con tu hija. ¿Qué pasa entre vosotros?

—No lo sé. Esa chica hace que me comporte así y tengo que decirte que me divierte hablar con ella.

—¿No será que te gusta?

—Charlie, es una niña.

—Menos mal que no está aquí para oírlo de nuevo. Paige tiene veintiocho años.

—¿Qué? Pensaba que tendría unos veinte. Ahora entiendo por qué le sentó mal.

—Creo que no te estás portando bien con ella. Tú no eres así.

—Eso me digo a mí mismo. Pero te aseguro que me provoca.

—Y tú a ella. Dice que la desafías.

Jay se rio.

—¿Crees que está ayudando a Elizabeth? Porque no creo que, con su trabajo, tenga conocimientos para dar clases de secundaria, y menos aún de esas asignaturas.

Charlie no tenía intención de decirle cuál era realmente el trabajo de Paige, ni lo que había estudiado. A él también le divertía la relación que había entre esos dos, y prefería que Jay lo averiguara por su cuenta.

—Te aseguro que sabe lo que hace.

—¿Pasan cinco o seis horas seguidas en clase?

—Hacen un descanso cada hora y media, más o menos. Meriendan. A veces ponen música y bailan. Van a dar un paseo. Se peinan. Se maquillan. Juegan a la consola... Por cierto, hoy le ha pedido a Paige que la maquillara porque iba a cenar contigo.

—Eso no me hace mucha gracia, creo que mi hija ya se maquilla demasiado.

—Deberías tener fe en las personas. ¿No crees que Paige merece un voto de confianza por tu parte? Está ayudando a tu hija.

Jay estaba en la puerta de la casa de Charlie. Elizabeth salió y subió al coche.

En el restaurante Jay miró a su hija detenidamente y algo sorprendido.

—¿Por qué me miras así?

—Sueles ir más maquillada, hoy vas muy natural.

—Paige me ha dicho que el maquillaje no tiene que llamar la atención, porque de lo contrario, sólo se fijarían en él y no me verían a mí. Y dice que a los hombres no les gustan las mujeres que van muy maquilladas, porque cuando las ven sin maquillar se sorprenden.

—Pues creo que Paige tiene razón, y me gustas mucho más así.

—Dice que cuando te maquillas de forma natural, es como si no fueras maquillada e impactas más en los hombres.

—Vaya con Paige.

—Es una lástima que os llevéis tan mal, porque creo que, si la conocieras, te gustaría.

—¿Estás buscándome novia?

—No, pero ella me gusta mucho más que Julie.

—Julie no es mi novia, sólo nos vemos de vez en cuando.

—Todo el pueblo sabe que está enamorada de ti, desde siempre. Y supongo que, si sales con

ella es porque te gusta. Y fuisteis novios en el instituto.

—De eso hace mucho tiempo, ahora sólo somos amigos.

Dos horas después entraron en su casa.

—Paige me ha dado esto para ti. Me voy a la cama. Buenas noches, papá —dijo ella dándole el sobre y un beso.

—Buenas noches, cariño. A propósito, ya no tienes que ir al instituto y supongo que no madrugarás para desayunar conmigo. Portate bien. En la nevera hay comida.

—Paige me ha dicho que vaya a comer con ellos todos los días.

—Qué suerte tienes. Te veré mañana por la noche.

Jay se dirigió al salón y se sentó en el sofá. Abrió el sobre y desdobló la hoja que había en su interior y cayó el talón que él le había enviado con su hija cortado por la mitad. Lo dejó sobre el sofá y sonrió. A continuación leyó la nota.

Antes de abrir el sobre, sabía que me ofendería con sus palabras. ¡Me saca de quicio!

Ahora sé que, además de todo lo que le dije, es un prepotente que juzga a las personas sin ni siquiera conocerlas. Lo único positivo que he leído en su nota es que confía en su hija.

Tengo que decirle que yo no movería un dedo, si fuera usted quien me hubiera pedido ayuda, a no ser que me necesitara realmente. Pero le aseguro que le costaría bastante más de quinientos dólares a la semana. Su hija me cae bien, así que sólo lo hago por ella. ¡No lo olvide! Sé que puedo ayudarla y le aseguro que recuperará esas dos asignaturas, aunque tenga que retenerla aquí quince horas al día.

Si lo que pretende es restregarme por la cara su dinero, conmigo, eso no funciona. Y si quiero dar clases gratis, lo haré, porque con mi tiempo hago lo que me da la gana.

Le agradecería que no volviera a dirigirse a mí. Me molesta, incluso, que lo haga por escrito.

Que pase una buena noche.

Paige.

—No entiendo por qué esta chica me odia, ¿qué le he hecho? Haga lo que haga, siempre logro cabrearla —dijo Jay riendo.

El jueves Elizabeth le dijo a Paige que su padre se iba a Nueva York el próximo domingo y que estaría allí una semana.

—¿Te ayudo? —preguntó Charlie entrando en la cocina.

—Puedes ir poniendo la mesa.

—Vale.

—Charlie, ¿puedes darme el móvil del padre de Elizabeth?

—Claro, ¿quieres comentarle algo de su hija?

—No, Elizabeth me ha dicho que el domingo se va a Nueva York y quiero pedirle un favor. ¿Crees que le importará que me des su móvil? Sólo le enviaré un mensaje.

—A mí no me preocupa si le importa o no. ¿Vas a pedirle un favor, después de todo lo que le dijiste? —preguntó él riendo.

—Puede que no quiera hacerlo, pero no pierdo nada por intentarlo.

—Espero que seas amable con él —dijo leyendo el número de la agenda y dándoselo.

—Lo intentaré —dijo ella añadiéndolo a sus contactos.

Capítulo 4

Jay estaba en su despacho cuando oyó el sonido del mensaje. Su hija era la única que le enviaba WhatsApps. Al ver que era un número desconocido lo volvió a dejar sobre la mesa para leerlo más tarde. A la una y media entró en el restaurante que había enfrente de su inmobiliaria, donde comía casi todos los días. Mientras esperaba que le sirvieran la comida tomando un whisky, cogió el móvil y leyó el mensaje.

Buenos días.

Soy esa NIÑA impertinente y maleducada que vive en su pueblo. Apuesto a que ha adivinado quien soy. Tal vez usted me definiría como “su peor pesadilla”

He pensado que podríamos hacer una tregua, sólo por esta vez.

Estoy segura de que me odia, pero no más de lo que yo le odio a usted. Así que iré al grano para no hacerle perder tiempo.

He sabido por su hija que va a ir a Nueva York y quisiera pedirle un favor. Necesito algo de allí y me gustaría que me lo trajera.

Le he pedido a Charlie su número pero, por favor, no le culpe por habérmelo dado. No se preocupe porque no volveré a utilizarlo, y lo eliminaré de mis contactos para que no le incomode.

Sé que le he dicho cosas horribles, pero no crea que me arrepiento de ello, porque sigo pensando exactamente lo mismo de usted.

Si está de acuerdo con la tregua, y quiere complacerme, por favor, póngase en contacto conmigo, a ser posible por mensaje, porque no creo que pudiera contenerme de decirle otra barbaridad, si lo tuviera delante, y estoy segura de que me desafiaría para que lo hiciera, como hace siempre. Le he enviado este mensaje porque no quería hablar con usted en persona, ni por teléfono. No sé lo que me sucede, pero apuesto a que me intranquilizaría únicamente con el simple hecho de escuchar su voz al otro lado de la línea.

Se preguntará qué puedo querer de usted. Bueno... En otras circunstancias podría querer muchas cosas...

Ha sido muy amable leyendo mi mensaje, si es que lo ha hecho. Espero noticias tuyas.

Un cordial saludo.

Paige

Una despedida muy formal, pensó Jay sonriendo. No sabes cuánto me gustaría echarte un polvo, ahora que sé que no eres una niña.

Jay la añadió a sus contactos. Luego contestó al mensaje y se lo envió.

Paige y Elizabeth estaban preparando la comida juntas mientras Charlie ponía la mesa. A Paige le gustó la sensación que sintió, era como si viviera en familia. A pesar de la diferencia de edad, sentía un cariño especial por Elizabeth. Últimamente habían hablado mucho sobre chicos, maquillaje, el futuro... La chica le habló incluso de su madre, un tema del que no hablaba con nadie.

Jay estaba preparando la cena cuando su hija entró en casa. Lo besó y luego se sacó la chaqueta.

—Voy a llamar a la mamá.

Él se giró para mirarla, sorprendido, porque desde que su madre se marchó, no había hablado con ella, y de eso hacía más de un año.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Algo que me ha dicho Paige. Esa chica es fantástica. Me cae genial.

—¿Qué te ha dicho para que de pronto quieras hablar con tu madre?

—Le he dicho que nos abandonó, porque ya no nos quería, y ha dicho que, puede que a ti haya dejado de quererte, pero no a mí. Y que una hija es lo más importante para sus padres. Le he dicho que ese no era mi caso, porque había preferido marcharse con otro hombre y olvidarse de mí.

—Sabes que tu madre no se ha olvidado de ti, llama muchas veces. Eres tú quien no quiere hablar con ella.

—Yo no lo entendía, pero Paige ha hecho que recapacite.

—¿Cómo te ha convencido? Yo lo he intentado muchas veces.

—Será más persuasiva que tú con las palabras. Me ha hablado del significado del amor entre un hombre y una mujer, bajo su punto de vista, claro.

Jay la miró sonriendo.

—Creo que esa chica es muy joven para tratar ese tema en profundidad.

—Ella cortó con su novio recientemente, porque la engañó con otra. Así que supongo que sabe de lo que habla. Dice que cuando dos personas se enamoran, el resto del mundo desaparece para ellos y que no lo pueden evitar. Ha dicho que, sin duda, yo soy lo más importante para la mamá, pero que ni ella misma podría luchar por el amor que siente por ese hombre. Dice que el corazón trabaja por su cuenta y hace caso omiso a lo que puedan pensar o sentir los que hay a su alrededor.

—¡Vaya! Paige me tiene sorprendido, aunque no creo que yo obrase así.

—¿Te has enamorado de alguna mujer después de divorciarte? —dijo ella mirándolo.

—No. *Ni siquiera estaba enamorado de tu madre*, pensó.

—Entonces no lo puedes saber.

—Sé que tú eres lo más importante para mí, y eso nunca cambiará.

—Lo sé, ella me lo ha dicho. Dice que tú nunca me abandonarías. Que eres especial y que no hay muchos hombres como tú. Y también ha dicho que yo lleno tu vida y que no necesitas nada más.

—¿Todo eso te ha dicho? —dijo él sonriendo.

—Sí. Parece que te conoce bien.

—Si tienes que llamar a tu madre, hazlo ya, en Nueva York son las once y media de la noche.

—Vale. Hablaré con ella en mi habitación.

Esa chica está solucionando algunos de mis problemas. Por las cosas que le ha dicho, podría pensar que tiene algún interés en mí, pensó Jay.

Jay recordó que Paige tenía que contestar a su mensaje y cogió el móvil para comprobarlo. No tenía ninguno.

Paige había tenido un día duro. Después de la mañana del supermercado y de la clase de cinco horas con Elizabeth, tuvo que encerrarse en el estudio y trabajar un buen rato. Cuando se fue a la cama vio el mensaje de Jay y lo leyó.

Hola.

He de admitir que tu calificación sobre que “eres mi peor pesadilla” se acerca mucho a la realidad porque, últimamente, miro a mi alrededor cuando voy a algún sitio, para

asegurarme de que no estás cerca. Lo cierto es que desde nuestra última conversación, me intimida un poco encontrarme contigo.

Te pido disculpas por haberte llamado “niña”, ahora sé la edad que tienes, aunque aparentas mucho más joven.

Siento que pienses que te intranquilizaría oír mi voz, incluso por teléfono. Te aseguro que no soy el ogro que piensas que soy.

No me importa, en absoluto, que tengas mi teléfono, y menos aún, sabiendo que es la única forma de comunicarnos, sin que nos matemos. Además, no necesitas eliminar mi número de tus contactos, porque yo no lo haré, y puede que un día nos necesitemos. Y quiero que sepas, que siempre contestaré a tus mensajes.

No me ha quedado claro lo que has dicho al referirte a “lo que quieres de mí”. Has dicho que, en otras circunstancias, podrías querer muchas cosas. ¿A qué cosas te refieres?

Parece ser que, de momento, no hay forma de solucionar nuestras diferencias, así que, de acuerdo, haremos una tregua y luego podrás continuar con tu odio y tus calificaciones despectivas hacia mí.

No entiendo por qué piensas que te desafío. Eres tú y tu comportamiento, los que hacen que me saques de mis casillas.

Pídemelo que quieras y te complaceré en todo lo que precises. Jajaja. Esa última frase no suena muy bien, pero bueno, ya está escrita.

Te deseo un buen día.

Jay

—Incluso cuando es amable me pone de los nervios. Dice que me complacerá. Ya me gustaría que alguien como él me complaciera —dijo Paige sonriendo.

Ella le contestó, a pesar de ser tarde. Jay estaba en la cama leyendo, cogió el móvil de la mesita de noche y lo leyó.

Siento que se preocupe por encontrarse conmigo. Le aseguro que jamás habría pensado algo así de usted. Le veo muy seguro de sí mismo y parece que su autocontrol es perfecto. Tal vez sea esa la razón de que me irrite cuando lo veo, porque lo encuentro relajado, incluso cuando me dice cosas fuera de tono.

Ha averiguado mi edad. ¿Va preguntando por ahí sobre mí?

Me da igual que sea un ogro o no, no pretendo tener ningún tipo de relación con usted.

De acuerdo, conservaré su teléfono, aunque sólo lo utilizaré en caso extremo.

¿Cómo puedo saber lo que querría de usted, en otras circunstancias? Antes tenían que presentarse esas circunstancias.

Me alegra que acepte la tregua, y después de ella, podrá seguir desafiándome, aunque estaré preparada, no lo dude. De todas formas, no creo que volvamos a encontrarnos. Yo también miro a mi alrededor cada vez que salgo a la calle, para asegurarme de que no anda cerca.

Siento que yo y mi comportamiento, le saquemos de sus casillas. Aunque he de admitir que me alegra ser la causa de que su control se resquebraje.

Si alguien leyese su última frase, se haría una idea equivocada sobre nuestra relación.

Bien, dejemos la parafernalia. Hablando con su hija sobre Nueva York, nos dimos cuenta de que su casa y la mía están muy cerca. Olvidé traer mis joyas y, si no le importa, le agradecería que fuera a mi casa a por ellas. No porque piense que las vayan a robar, es sólo por si decido quedarme a vivir aquí. Le enviaré con su hija mi dirección, las llaves de

mi casa y la combinación de la caja fuerte. Le diré al portero que irá por allí la próxima semana. Así y todo, me temo que le pedirán que se identifique.

Algunas de las joyas están en mi dormitorio, en el primer cajón de la cómoda. Y el resto en la caja fuerte, que se encuentra en el vestidor, detrás de los vestidos. No hace falta que las traiga con los estuches, con que las meta en un sobre o una bolsa será suficiente.

Puede quedarse en mi casa el tiempo que quiera y disponer de todo lo que hay en ella. Menos mal que no estoy allí, jajaja.

Si tiene algún problema durante su estancia, comuníquelo en recepción y ellos lo solucionarán.

Gracias anticipadas.

Jay le contestó sobre la marcha. Le parecía gracioso que se estuviera divirtiendo, sólo con unos simples mensajes. Era la primera vez que se comunicaba con una mujer de esa forma.

Paige lo leyó tan pronto lo recibió.

No, no voy por ahí preguntando por ti, pero no es mi culpa haber estado en el lugar y el momento que te mencionaban.

Va a ser divertido que tengamos que evitarnos.

Es un poco cruel de tu parte que te regodees de ser la causa de que pierda el control.

He escrito esa última frase, con todo lo que conlleva, en todos los aspectos y sentidos. Ahora sé que no eres una niña, y me pareces incluso más atractiva que antes de saber tu edad. Así que, interprétala como quieras.

¿¡Has dicho “si te quedas a vivir aquí”!? ¿Voy a tener que estar preocupado el resto de mis días de encontrarte por la calle?

Te enviaré un mensaje cuando esté en tu casa, por si necesitas que te lleve algo más.

Yo también quiero pedirte algo, y así me habrás pagado el favor. Elizabeth siempre se queda con Charlie cuando estoy de viaje, pero dice que ya no es una niña y puede quedarse sola. He pensado en pedirle a una amiga que se quede por las noches con ella, pero a mi hija no le cae muy bien. Pero parece que tú le gustas ¿Podrías ir a dormir a mi casa mientras esté fuera?

Estaban cada uno en su cama. A Paige también le divertía hablar con él y volvió a escribirle.

No sé por qué encuentra divertido que tengamos que evitarnos. Yo estoy siempre en tensión, pensando en usted, y eso no me gusta.

¿Está flirteando conmigo? De ser así, puede olvidarlo porque no estoy interesada y no conseguirá nada de mí.

No es seguro que me quede aquí. Me gusta la gente del pueblo, excepto usted, claro. Pero con un poco de esfuerzo por ambas partes, evitaríamos vernos.

Pensaré si quiero algo más de mi casa y se lo haré saber. Gracias.

Le haré el favor que me pide, aunque sólo sea para no tener que debérselo, porque lo cierto es que no me gustaría estar en deuda con alguien como usted.

¿Cómo se le ocurre pensar que una de sus amantes cuide de su hija?

Para mí no será un trabajo extra ocuparme de Elizabeth, porque mañana es mi último día de trabajo y podré pasar con ella las veinticuatro horas del día. Pero no dormiré en su casa, porque me temo que se me revolvería el cuerpo, sólo de pensar que estoy en su

territorio. Así que traiga a su hija cuando vaya camino del aeropuerto y me encargaré de ella.

No sé si sabe que la gente tiene que trabajar para vivir. Y si no recuerdo mal, esas fueron las primeras palabras que usted me dedicó. Tengo que levantarme temprano y me está robando sueño. Así que, no vuelva a escribirme.

Buenas noches.

Paige dejó el móvil sobre la mesita de noche y apagó la luz.

Ese tío me pone enferma, pero he de admitir que está realmente bueno. ¡Qué digo! Está buenísimo. Lo que no entiendo es por qué siento ese nerviosismo e intranquilidad cuando estamos cerca. Nunca me había sucedido algo así. ¿Será porque le odio? ¿le odio realmente? Charlie dice que es una buena persona y que a todos les cae bien. ¿Soy la única persona del pueblo que piensa mal de él?, pensaba Paige con los ojos cerrados.

Jay se despertó temprano y contestó el último mensaje de Paige.

Ella no comprobó el móvil antes de ir al trabajo. Era su último día y estaba contenta. No es que lo hubiera pasado mal trabajando, pero era un trabajo aburrido.

Leyó el mensaje de Jay cuando regresó a casa.

Buenos días.

Yo siempre contesto los mensajes, los correos y las llamadas. No lo hice anoche porque era tarde y además me pediste que no lo hiciera.

Me gusta lo que has dicho de que estás siempre en tensión, sobre todo, al saber que es porque piensas en mí.

Y no, no estoy flirteando contigo. En otras circunstancias, posiblemente lo hiciera, pero te aseguro que no sería por mensaje. Y no estés tan segura de que no fuera a conseguir nada de ti.

Me alegra saber que lo único que te disgusta de este pueblo soy yo. Si hay una sola cosa en contra, puede que realmente te quedas aquí. Sería divertido que te quedaras, seríamos las únicas personas de todo el pueblo que se caen mal y no se hablan, jaja.

¿Ya te han despedido del trabajo? Has durado poco.

Muy bien, llevaré a mi hija a tu casa mañana, cuando salga para el aeropuerto. Y si quieres que te traiga algo de Nueva York, cualquier cosa que se te ocurra, dímelo.

Te agradezco, sinceramente, que te ocupes de ella esos días, así estaré tranquilo.

¿Cómo sabes que me acuesto con esa mujer? Yo no te lo he dicho.

Que pases un buen día.

Paige subió a su cuarto a las once de la noche, agotada. Se lavó los dientes y se metió en la cama. Sin quererlo, empezó a pensar en Jay. Le gustaba el juego que se llevaban entre manos, y sus mensajes. Se dio cuenta de que últimamente pensaba mucho en él, tal vez demasiado, y no comprendía la razón. Pero sí sabía que se sentía realmente atraída por él. Cogió el móvil y contestó el mensaje.

Hola, de nuevo.

Yo también contesto siempre. Aunque, me he dado cuenta de que esto es un círculo sin fin. ¿Qué mensaje se supone ha de ser el último?

Es usted un presuntuoso. Un calificativo más para añadir a su colección. ¿Qué le hace

pensar que, de proponérselo, conseguiría algo de mí? Puede que las mujeres a las que conquista sean fáciles. Creame, yo no lo soy. A pesar de que sé positivamente que se le dan bien esas cosas. Sé que es totalmente frívolo pensar en la apariencia física de una persona, pero... ¡Dios! Es tan atractivo.

No hacía falta que me dijera que se acuesta con esa “amiga” suya, es de dominio público.

Me atrae quedarme a vivir aquí, sólo por ver su autocontrol desmoronarse, evitando verme. Eso me llenaría de satisfacción.

No me han despedido del trabajo. En realidad trabajé allí por hacerle un favor a Sam, el dueño, para sustituir a una cajera, y como estaba aburrida... Y quiero que sepa que me han ofrecido quedarme, pero lo he rechazado, porque tengo que conseguir que alguien, a quien aprecio, apruebe dos asignaturas y me quedan sólo dos semanas para conseguirlo. Pero voy a demostrarle al padre de mi alumna, que soy buena en lo que hago, cosa que él no cree.

Gracias por ofrecerse a traerme cualquier cosa de Nueva York. Lo cierto es que echo de menos tantas cosas, que la lista sería demasiado larga, y supongo que su viaje es de negocios. Porque va a trabajar, ¿no? Espero que no vaya sólo para hacer una escapada y librarse de su hija, mientras alguien se ocupa de ella.

Incluso si su viaje es de placer, puede estar tranquilo, que cuidaré de Elizabeth, como si fuera mi propia hija.

Buenas noches.

Jay leyó el mensaje cuando se metió en la cama por la noche. Había estado esperándolo durante todo el día. No sabía lo que le pasaba, pero no podía quitarse a esa chica de la cabeza. Sospechaba que era una mujer problemática, con temperamento, de las que no acostumbran a aguantar nada y muy segura de sí misma, menos cuando él estaba cerca. Eso le hizo sonreír. Hacía mucho que no se sentía así. De hecho, nunca se había sentido así. Se sentía fascinado por ella. Por otra parte, sabía que era una mujer sensata y responsable, y que le gustaba ayudar a los demás, desinteresadamente. Y sobre todo, le gustaba porque sabía tratar a su hija, con sus acertados consejos.

Jay le contestó al mensaje y Paige lo leyó.

Hola.

Ante todo decirte que mi hija me ha dado el sobre que le has entregado.

No sé cuál tiene que ser el último mensaje, pero, como te he dicho, yo siempre contesto.

Estoy seguro que lograría seducirte, a pesar de no ser una mujer fácil, como bien presumes de ello, y no lo pongo en duda. Pero a mí me gustan las cosas difíciles. Y después de lo que has escrito sobre mi aspecto, estoy seguro de que conseguiría conquistarte. Saber que me encuentras atractivo, es un punto a mi favor, tienes que reconocerlo.

Elizabeth es inteligente, así y todo, vas a necesitar un milagro para que apruebe.

Voy a Nueva York por trabajo, pero aprovecharé para ver a algunas “amigas”.

Si la lista de lo que echas de menos es muy grande, no tendré tiempo, pero puedes intentar reducirla a las cosas más importantes y decírmelas por orden de prioridad, y te aseguro que intentaré complacerte.

Gracias de nuevo por cuidar de mi hija.

Cuídate.

Paige sonrió después de leer el mensaje. No debería contestarle, pero él se marcharía al día siguiente a Nueva York y no se escribirían. Además, él acababa de escribirle, lo que significaba que no había salido, a pesar de ser sábado por la noche. Así que le contestó. Y Jay leyó el mensaje nada más recibirlo.

Hay muchos hombres con su físico, además de otras cualidades, que posiblemente, usted no posea, que han intentado seducirme y no lo han conseguido. ¿Qué le hace pensar que para usted será diferente?

Nunca he sido cruel con nadie. Creo que esa palabra es muy fuerte para definirme. Pero he de admitir que sí me gustaría verle descontrolado, eso me produciría cierto placer.

Me dijo que no estaba flirteando conmigo y que de hacerlo, no lo haría por mensaje. Sigue haciéndolo, y por mensaje.

Debería tener un poco más de fe en las personas. Cuando su hija le entregue las notas de las recuperaciones, me deberá una disculpa. Y puede que un regalo tampoco estaría mal, algo sencillo y de poco valor. Sólo para que cada vez que lo vea me acuerde de que se ha disculpado ante mí.

Disfrute todo lo que pueda en Nueva York, porque en este pueblo no creo que se pueda hacer nada, sin que se enteren todos. Yo para echar un polvo tengo que ir a la ciudad.

Después de pensar detenidamente en la lista de las cosas que me gustaría tener de Nueva York, la he reducido, a lo que realmente añoro: desayunar en la terraza de mi casa; sentarme en el sofá después de una larga jornada de trabajo y tomar una copa de buen vino frente al televisor; viendo algún programa de esos que te hacen reír, de lo malos que son, para relajarme y desconectar; dormir en mi cama; conducir mi coche; y a Jason, un amigo muy especial para mí. Esas son las cosas que más echo de menos. Así que, se lo agradezco, pero no puede hacer nada al respecto. Supongo que dejaré de añorarlas cuando tenga aquí mi propia casa y mi coche.

Ocuparme de su hija será un verdadero placer.

Cuidese.

Buenas noches.

Jay terminó de leer el mensaje. Sabía que ella esperaba la contestación, pero no iba a contestarle, prefería dejarla con ganas, al menos, para darle motivos de que pensara en él, una vez más.

Y es lo que consiguió, porque ella permaneció despierta, esperando el mensaje hasta que al fin se durmió por agotamiento.

Paige se sintió decepcionada al comprobar que Jay no le había contestado.

Acababa de despertarse y empezó a pensar en Elizabeth, para quitarse de la cabeza al padre de la chica. Tenía un reto por delante con ella. Iba a pasar una semana con ellos y Paige tenía intención de intensificar las clases y aprovechar el tiempo al máximo.

Jay hizo sonar el claxon cuando llegó a casa de Charlie. Bajó del coche y se dirigió al maletero para sacar las cosas de Elizabeth. Charlie abrió la puerta y se acercó al coche. Jay se apoyó en el vehículo mientras hablaba con él.

Paige salió de la casa y se quedó apoyada en el marco de la puerta. No pudo evitar salir porque sentía un deseo irrefrenable de verlo. Miró a Jay y él dirigió la mirada hacia ella. Paige sintió que algo la azotó y le recorrió el cuerpo en décimas de segundo. No podía explicarse lo que le había sucedido, porque era la primera vez que experimentaba algo similar. Elizabeth cogió sus

cosas, se despidió de su padre y se dirigió a la entrada de la casa. Se quedó al lado de Paige.

Jay las miró y pensó que podrían ser hermanas. Las dos llevaban vaquero y una camiseta. Las dos eran altas y delgadas, aunque las curvas de Paige eran más significativas. Las dos morenas, con el pelo liso. Paige con los ojos verde esmeralda y Elizabeth con los ojos de su padre, de un azul intenso.

Jay miró a Paige y ella a él, como si se desafiaran.

—Deberías invitar a Paige a cenar algún día —dijo Charlie.

Jay lo miró y se rio. Cuando volvió la mirada hacia la puerta ellas ya no estaban.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Charlie.

—Porque esa chica me odia.

—Supongo que tú podrías solucionar eso.

—No estés tan seguro. ¿Qué pasa? ¿No encuentra con quien salir?

—No es eso. Ha salido dos o tres veces, pero creo que no lo pasó muy bien. Apuesto a que se aburrió. Ya sabes que aquí no hay hombres muy interesantes, excepto tú. Dice que lo pasa mejor viendo una película o leyendo.

—Olvidalo, Charlie. Esa chica no me interesa.

—Al menos lo he intentado. Que tengas un buen viaje.

—Gracias. Y gracias por cuidar de Elizabeth.

—Eso siempre es un placer. Además, ahora está Paige y las dos se llevan muy bien.

—Ya lo he notado.

Jay pasó el trayecto hasta el aeropuerto pensando en lo que le había dicho Charlie y se dio cuenta de que no le importaría ir a cenar con ella. Esa chica era preciosa.

Ése día no habían tenido clase. Paige prefirió que Elizabeth pasara el día con su padre. Y tenía previsto llevarla a cenar y al cine esa noche, cuando Jay se marchara, para que desconectara un poco de la presión de las clases.

Mientras se vestían para salir Paige comprobó el móvil para ver si Jay le había contestado, pero no había recibido nada de él. Así y todo le envió un mensaje corto, deseándole que tuviera buen vuelo.

Jay estaba sentado en una cafetería en el aeropuerto tomando un café. Le extrañó ver un mensaje de ella, porque él no le había contestado el último y sonrió al leerlo. Pensó que ese era un buen momento para contestarle.

Paige leyó el mensaje cuando volvieron del cine y se metió en la cama.

Ante todo, gracias por desearme buen viaje. Eres muy amable, cuando quieres.

Parece que piensas mucho en mí. ¿Cómo sabes que soy como esos hombres que han intentado seducirte? No me conoces.

No me gusta pensar que sentirías placer por verme descontrolado, preferiría que sintieras placer, simplemente, pensando en mí.

Tu cuerpo se altera cuando me ves, ¿por qué crees que puede ser?

Tengo que aclararte algo. Me has dicho, en dos ocasiones, que estoy flirteando contigo. Es posible, casi cierto, que lo hago, pero creo que tú también lo haces conmigo. Y he de añadir, que eres mucho más atrevida que yo. Y eso no quiere decir que me disguste.

Hace unos minutos me preguntaba si sería capaz de seducirte a través de mensajes. Eso nunca lo he hecho y me gusta experimentar cosas nuevas.

Si consigues que mi hija apruebe, me disculparé ante ti. Y además, como has sugerido, te compraré un regalo, para que cada vez que lo veas pienses en mí.

Yo casi siempre voy a la ciudad cuando tengo que echar un polvo, como tú, y cuando lo

hago en el pueblo, procuro ser discreto porque, en eso también tienes razón, allí es imposible hacer nada sin que se sepa. ¿Dónde consigues los hombres en Anchorage?

No eres una mujer muy exigente. Todo lo que me has dicho que echas de menos está en tu casa, excepto tu “amigo”.

Seguramente ya sabes que trabajo en el sector inmobiliario. Y tengo que decirte, que en el pueblo no hay ninguna casa en alquiler disponible. ¿Qué pasa? ¿Te ha insinuado ya Charlie que te largues?

Gracias de nuevo por ocuparte de mi hija. Llamaré cada noche para saber cómo va todo. Me refiero a mi hija, no a ti.

Creo que voy a echar de menos tus mensajes, y el estar siempre alerta, por si apareces delante de mí al doblar una esquina.

Apostaría a que eres una de esas chicas con las que un hombre no puede aburrirse.

Te dejo, tenemos que subir al avión.

Cuídate. Y no olvides pensar en mí, porque yo estoy seguro que pensaré en ti.

Buenas noches.

Paige llamó a la portería de su casa de Nueva York tan pronto se levantó para comunicarles que Jay iría por allí y le dio su nombre y apellido. Tenía el móvil en la mano y pensó en contestar al mensaje de Jay. Se había dado cuenta de que le gustaba hablar con él, aunque fuera de esa forma. Pero Charlie entró en la cocina, y poco después Elizabeth y tuvo que dejarlo para otro momento.

Cuando terminaron de comer Elizabeth le preguntó si podía ir a tomar una Coca Cola con sus amigas y le dijo que sí. Paige fue al salón y se echó en el sofá. Estaba sola porque Charlie había ido a tomar café con unos amigos y decidió contestar al mensaje de Jay. Volvió a leer lo que él le había escrito y sonrió. Después de escribirlo, lo envió.

Jay estaba revisando papeles cuando oyó el sonido del mensaje y dejó todo lo que estaba haciendo para leerlo.

Hola.

Espero que tuviera un buen vuelo y todo vaya bien por ahí.

Dejaré que intente conquistarme a través de mensajes. Puede que sea divertido, aunque yo de usted, no confiaría mucho en su intuición.

Es cierto que pienso mucho en usted, porque me pongo enferma cada vez que leo uno de sus mensajes. Además, no sé si se ha dado cuenta, o si alguien le ha dicho, que es el único hombre del pueblo que merece la pena. Me refiero al físico. Y he de admitir que, a veces pienso en algunas cosas... Cosas que podría pensar con cualquier otro, el problema es que no hay otro, como usted. Además, cuando hablo con algunas mujeres, siempre le mencionan en la conversación y eso llega a aburrirme.

¿Por qué ha dicho que mi cuerpo se altera al verle? ¿Cómo puede saber eso? ¿Es evidente y sabe lo que pienso y cómo reacciona mi cuerpo? Porque yo no he notado nada. Tal vez es lo que le sucede a usted cuando me ve y le gustaría que me sucediera lo mismo a mí.

Tengo que aclararle que no estoy flirteando con usted, es sólo que... puede que sea un poco más atrevida que el resto de las mujeres.

¿Va a seducirme por medio de mensajes? Eso también será nuevo para mí. ¿Será algo así como las líneas calientes? Sea lo que sea, a mí me sucede como a usted, me gusta experimentar cosas nuevas.

Siento que no sepa nada sobre mí, pero sabe, de haber sido yo del pueblo y usted el intruso, habría averiguado, en unos minutos, hasta cuantos polvos echa a la semana.

Cuando le he dicho que iba a Anchorage en busca de hombres, era en sentido figurativo. Lo cierto es que todavía no estoy preparada para estar con un hombre.

Puede que no sea exigente en cuanto a las cosas que echo de menos, porque soy una mujer sencilla. En cuanto a los hombres..., esa es otra historia.

¿Quién le ha dicho que busco una casa en alquiler? Seguro que el precio de las casas aquí no es muy elevado. De todas formas, me refería a un futuro. De momento estoy muy bien en casa de Charlie y estoy acompañada. En estos momentos no me apetece estar sola.

¿En serio va a echarme de menos? Yo sólo echo de menos sus mensajes, puede que sea un poco masoquista. Sus mensajes hacen que me sienta viva. Además, es un hombre con el que hay que tener cuidado, y eso es excitante.

Hablemos de su retoño. Ha salido a tomar un refresco con sus amigas. Creo que estoy siendo algo dura con ella. Pero prefiero que nos sobre tiempo a que nos falte. Tiene una hija fantástica y muy inteligente. Conseguirá lo que quiera en la vida, puede estar seguro. Está trabajando muy duro porque dice que le prometió a usted que aprobaría y quiere cumplir su palabra. Como usted siempre hace, según ella.

A propósito, alguien se ocupa de que mi casa esté limpia y en condiciones, así y todo, mañana irán para comprobar que todo está bien y cambiarán las sábanas. Quería que lo supiera por si decide pasar alguna noche allí.

Cuídese. Y no olvide que estamos aquí. Así que, vuelva, por favor.

Jay leyó el mensaje dos veces y luego una tercera vez más sonriendo casi todo el tiempo.

Escribió la contestación, pero antes de pulsar la tecla de enviar, no lo hizo. Ella le había dicho que ansiaba sus mensajes y prefirió hacerla esperar, otra vez.

Paige espero y esperó, pero la contestación no llegó.

Pasaron dos días desde que ella le envió su último WhatsApp, pero Jay no había dado señales de vida. Cuando se acostó pensó que posiblemente él estuviera con alguna mujer y no tuviera tiempo para ella. Esa idea hizo que se sintiera realmente mal. Pensaba que se había olvidado de ella y eso la estaba consumiendo. Se preguntaba una y otra vez, qué le estaba sucediendo con ese hombre que apenas conocía. Estaba cabreada porque llamaba a su hija cada noche y hablaban durante un buen rato y sin embargo no tenía unos minutos para ella. Y de pronto reconoció que lo deseaba y se moría de ganas por hacer el amor con él. Sabía que no podía decírselo, de lo contrario, él habría ganado y se reiría de ella. No podía ceder. Era cierto que lo deseaba, pero no estaba tan desesperada. ¿O sí?

A las ocho de la mañana sonó la alarma del móvil de Paige. Después de apagarla comprobó si tenía algún mensaje y su pulso se aceleró al ver que había uno de él. Se incorporó en la cama y se puso las almohadas en la espalda. Respiró hondo para tranquilizarse. No entendía por qué coño estaba tan nerviosa, simplemente por ver un mensaje de él en el móvil. Abrió el WhatsApp y lo leyó.

Hola.

Antes de nada tengo que decirte que estoy harto de escribir en este teclado tan pequeño. Al principio, los mensajes eran cortos, pero ahora son interminables. ¿No crees que deberíamos vernos y decirnos las cosas en persona? ¿O al menos, llamarnos por teléfono? No me importa ser quien te llame siempre, así no gastarás dinero. Pero si

ninguna de esas opciones te agradan, ¿qué tal usar el correo electrónico? Al menos podré escribir en un teclado más grande. Mi correo es: JayAlaska@gmail.com.

Bien, veamos. Dios, creo que tu último mensaje es el más largo de todos.

¿Tengo tu permiso para intentar seducirte? ¿No será que es eso lo que quieres?

Vaya, vaya. Dices que piensas mucho en mí y que soy el único hombre del pueblo que merece la pena. ¿Y ahora dices que piensas cosas... sobre mí?

¿Estás segura de que te aburre que las mujeres me mencionen en vuestras conversaciones? ¿O acaso no te gusta que lo hagan porque estás celosa?

Resérvate el placer que pudieras sentir, para otro momento más adecuado. Tal vez para nuestra cita, porque puedes estar segura de que, al menos, tendremos una.

No sé si creerme que no has sentido placer pensando en mí. Tu cuerpo se estremece sólo con verme. Te pongo nerviosa y estabas tensa las veces que nos hemos visto. Y no, a mí no me sucede lo mismo. Como ves, mi control sigue intacto.

Ya he empezado a seducirte y ni siquiera te has dado cuenta.

Tal vez no deberías ser tan franca al decir lo que piensas, sobre todo cuando hablas con un hombre. Podría malinterpretarte.

Tú encárgate de que mi hija apruebe y quedaremos un día para disculparme y darte mi regalo. ¿Porque supongo que querrás que nos veamos?

Jaja, lo de que averiguarías cuantos polvos echo a la semana ha sido genial.

¿Qué quieres decir con que no estas preparada para estar con un hombre? ¿No serás virgen?

¿Quién es ahora el prepotente? ¿Vas a hacerme creer que vas a comprar una casa, con el sueldo del supermercado?

Puedes estar tranquila, porque Charlie está encantado de tenerte en su casa, y no entiendo la razón.

Si mis mensajes hacen que te sientas viva, no dejaré de escribirte.

¿Soy un hombre con el que hay que tener cuidado? ¿Y eso te parece excitante? Yo creo que soy una buena persona y un hombre sencillo. ¿No me tendrás miedo?

Sabré si eres una mujer divertida, en nuestra cita.

Me alegra saber que mi hija es una persona de palabra, eso es muy importante.

¿Has encontrado en el pueblo algún sitio interesante al que ir? Ya sabes, un lugar donde relajarte y pensar.

Me ha gustado mucho tu despedida. Y puedes estar segura de que volveré.

Hasta pronto.

Paige se dio cuenta de que el simple hecho de leer el mensaje la hacía feliz.

A continuación le contestó, pero igual que había hecho él, ella tampoco lo envió. Esperaría unos días.

Jay estaba teniendo una semana muy ocupada, sin hacer nada que no fuese trabajo.

Trabajaba de la mañana a la noche casi sin descanso para dejar, todo lo que tenía previsto hacer, solucionado ese día. Porque pensaba ir a casa de Paige y quedarse allí hasta que tuviera que ir al aeropuerto el día siguiente por la tarde. Y quería tener tiempo suficiente para hacer lo que había planeado para ella.

Jay estaba comiendo en un restaurante con un cliente y oyó un pitido en su móvil. Lo comprobó y al ver que era un correo no lo relacionó con Paige y siguió hablando.

Después de comer fue a su casa a recoger la maleta. Cogió un taxi para ir a casa de Paige sin

ni siquiera prestar atención a la dirección que le dio al taxista. Al oír la dirección que le había dado, el hombre lo miró por el retrovisor sonriendo porque estaba a menos de un minuto de allí. Puso el coche en marcha y lo detuvo a doscientos metros. El hombre se volvió para mirarlo y Jay sonrió al ver la estupidez que había cometido.

Capítulo 5

Jay abrió la puerta del apartamento de Paige, entró y la cerró. Dejó las llaves sobre el mueble de la entrada donde había un increíble ramo de flores. No pudo menos que sonreír, pensando que las flores eran para él. Al entrar en el salón se quedó boquiabierto. La estancia era enorme, con una increíble pantalla de televisión en una de las paredes. Y frente a ella, dos sofás marrones de piel. A un lado había una mesita con una lámpara y junto a ella, un sillón color amarillo apagado. Había cuadros fantásticos en las paredes. Y al otro lado una mesa rectangular con un precioso ramo de rosas amarillas en el centro y ocho sillas a su alrededor. Una barra de desayuno separaba la cocina, que también era muy grande y preciosa, del salón. Abrió el ventanal, que ocupaba toda una pared y salió a la terraza. La vista era sensacional, la misma vista que veía desde su propio apartamento. Se dirigió al pasillo y abrió la primera puerta. Era un dormitorio con una cama doble y un precioso lienzo sobre ella. No había muchos muebles: un armario empotrado, una cómoda y dos sencillas mesitas de noche. La encontró demasiado impersonal para que fuera la habitación de Paige. Al lado había un baño completo y bastante grande. Y junto a él, otro dormitorio. Jay supo que esa era la habitación de ella. Era mucho más grande que la otra, con una cama de dos por dos metros. Los muebles del apartamento eran exquisitos. Todas las ventanas daban al exterior y había una claridad increíble. Frente a la cama había una cómoda y sobre ella un ramo de flores multicolores, un reproductor de DVD y tres portarretratos. Uno de ellos estaba boca abajo y lo puso de pie. En una de las fotos había un hombre y una mujer. Paige se parecía mucho a ella, por lo que dedujo que serían sus padres. En otra, Paige estaba con un chico, ambos parecían felices. Y la última, la que había encontrado boca abajo era de Paige con un hombre, muy atractivo, que la rodeaba por los hombros con el brazo. Había otra pantalla de televisión en la pared, sobre la cómoda y sobre la cama un fabuloso cuadro. Dentro del dormitorio había un baño enorme, con un ramo de flores sobre la repisa de la ventana. Y junto al baño, un vestidor grandísimo lleno de ropa. Todo estaba en perfecto orden. Había un montón de trajes de fiesta, bastante atrevidos, como pudo apreciar y al ver el nombre de los diseñadores, supo que también muy caros.

Salió del dormitorio, atravesó el salón y entró en otro pequeño pasillo en donde sólo había una puerta. La abrió y se quedó allí, sin saber qué pensar. Había una mesa de despacho muy grande con un precioso ramo de flores a un lado y un ordenador, y de la pared que había frente a ella colgaban tres pantallas. Otra de las paredes estaba ocupada por estanterías repletas de libros de economía y novelas.

¿Quién es esta chica? Me temo que la he subestimado, se dijo Jay sonriendo.

Salió del despacho y cerró la puerta. Llevó la maleta al dormitorio de Paige y sacó de ella la bolsa de aseo para llevarla al baño. En él estaban todas las cosas de ella, como si todavía viviera allí. Luego se puso el pantalón del pijama y una camiseta y fue al salón. Llamaron al teléfono que había sobre la barra de desayuno, que comunicaba con la portería y contestó.

—¿Sí?

—Señor Hammond, la señorita Stanton dejó orden de que, mientras usted estuviera aquí, tenía que anunciarle cualquier visita. Acaba de llegar el señor Hunt, es amigo de la señorita Stanton. ¿Quiere que suba?

—Por supuesto. Gracias

—Eres muy considerada, Paige. Veamos quién es ese señor Hunt y qué quiere.

Al abrir la puerta lo reconoció, era quien estaba en una de las fotos con Paige.

—Hola, soy Jason, amigo de Paige —dijo tendiéndole la mano.

Y ahora, al saber su nombre, supo que era ese *amigo* de Paige que tanto echaba de menos.

—Yo soy Jay —dijo estrechándose—, pasa, por favor. Perdona que te reciba así, acabo de llegar y quería quitarme el traje.

—No te preocupes, yo es lo primero que hago al llegar a casa.

—Siéntate, por favor.

Jason se sentó en uno de los sofás y Jay en el otro.

—Suelo venir de vez en cuando a echar un vistazo para comprobar que todo está bien. Acostumbro a subir directamente desde el garaje, pero Paige me dijo que si venía esta semana, tenía que pasar por la portería, por si estabas aquí.

—Muy considerada —dijo Jay sonriendo.

—Le gusta tener todo bajo control.

Pues cuando está conmigo no lo tiene todo controlado, pensó Jay.

—Esta casa es increíble. Se ha encargado, incluso, de que haya flores.

—Supongo que quería que la encontraras tal y como ella solía tenerla.

—Ha sido un detalle por su parte, pero no tenía que hacerlo.

—Ella es así. ¿Salís juntos? —preguntó Jason sin rodeos.

—No. Se enteró de que venía a Nueva York y me pidió que le llevara algo que olvidó llevarse.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—Me marcho mañana por la tarde. Tengo un apartamento en esta misma calle y he estado allí unos días, pero Paige me dijo que echaba de menos algunas cosas y he venido para complacerla, aunque ella no esté aquí. ¿Te apetece una copa? Aunque, ni siquiera sé si tiene alcohol.

—Sí tiene. Yo me encargo, si no te importa.

—Adelante. Yo me tomaría un whisky, si tiene, con hielo.

—Paige siempre suele tomar eso —dijo Jason levantándose y yendo a la cocina.

Jay lo observó mientras sacaba las cosas de los armarios, sin dudar y supo que estaba familiarizado con la casa. Jason volvió al salón y le dio el vaso. Luego se sentó.

—¿Paige y tú sois algo más que amigos?

—No, somos buenos amigos, desde hace diez u once años. ¿Y vosotros?

—¿Nosotros? Nosotros ni siquiera somos amigos, no le caigo bien. Nos hemos visto un par de veces y lo cierto es que me evita —dijo Jay riendo.

—¿Y eso? Ese no es su estilo. A Paige le gusta la gente y se lleva bien con todos. ¿Por qué crees que no le caes bien?

—La primera vez que nos vimos en el supermercado no fui muy amable. Acababa de discutir con mi hija de dieciséis años, ya sabes como son los adolescentes. Estaba enfadado y la pagué con ella.

—¿Tienes una hija de dieciséis años?

—Pronto cumplirá diecisiete. Te enseñaré una foto —dijo buscándola en el móvil y mostrándosele.

—Es muy guapa, se parece a ti. Sólo hay dos posibilidades de que tengas una hija de su edad, que te casaras muy joven o que hayas hecho un pacto con el diablo.

—Dejé a una chica embarazada cuando tenía diecisiete años y me casé con ella. Nos divorciamos hace un año y mi hija y yo nos fuimos a vivir a Alaska.

—Pensé que Paige era la única a la que se le había ocurrido marcharse allí

—Mis padres se trasladaron allí poco después de casarse. Yo nací y me crié allí.

—Entonces, Paige y tú os conocisteis comprando en un supermercado.

—Yo compraba, ella trabajaba allí, de cajera.

Jason soltó una carcajada.

—¿Dices que trabajaba de cajera? —dijo Jason volviendo a reír.

—¿Por qué te ríes? ¿Sabes algo que yo debería saber?

—Supongo que si Paige trabaja en un supermercado tendrá sus razones.

—¿A qué se dedicaba cuando vivía aquí?

—Mejor pregúntaselo a ella. Si no te lo ha dicho será por algo. ¿Cómo está?

—Bien.

—¿Crees que es feliz allí?

—Creo que es feliz, cuando yo no estoy presente.

Los dos se rieron.

—¿Qué es lo que olvidó llevarse de aquí?

—Las joyas.

—¿Y te ha pedido a ti, que no le caes bien, que se las lleves? Parece que, a pesar de todo, confía en ti.

—Y yo en ella. De hecho, mi hija se ha quedado en su casa mientras estoy fuera.

—Tenéis una extraña relación. ¿Te gusta Paige?

—Tengo que admitir que es guapa, de hecho, muy guapa, pero no busco una relación.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en el sector inmobiliario, ¿y tú?

—Soy profesor de Informática en Columbia. ¿Puedes hablarme de las cosas que te ha dicho Paige que echa de menos? ¿Quiere que le compres algo de aquí?

—Me dijo que lo que más echaba de menos era: desayunar en su terraza; tomar una copa de buen vino frente al televisor, viendo algún programa basura después del trabajo; dormir en su cama; conducir su coche; y a su amigo Jason, que supongo que eres tú.

—¿Eso es lo que más echa de menos?

—Parece ser que sí. He pensado grabar unos vídeos, precisamente haciendo esas cosas.

—Buena idea. Creo que a ti sí que te importa Paige. Si quieres yo te grabo.

—La verdad es que no me importaría que lo hicieras.

—Ahora podríamos grabar el de la televisión, tomando la copa de vino. Luego grabamos el de la cama. Y mañana desayunando en la terraza.

—Me parece bien.

—¿Has quedado con alguien para cenar?

—No, pero parece ser que Paige también ha pensado en eso porque hay cosas en la nevera.

—¿Por qué no salimos a cenar? Podemos ir a su restaurante favorito y conduces su coche mientras te grabo. Puedo llamar a los amigos que tenemos en común y quedar después de cenar, así los conoces y pueden dedicarle algunas palabras a Paige en el vídeo.

—Es una idea genial.

—Hagamos el vídeo de la televisión. Voy a por el vino.

Poco después volvió al salón con el vino y dos copas.

—Este es su vino preferido, así que procuraré que salga en el vídeo la botella.

—Es un vino excelente —dijo Jay después de ver la etiqueta.

—Paige es una mujer con un gusto exquisito, para todo.

Jason cogió el móvil de Jay y encendió el televisor.

—Ponte cómodo. Que se note que estás relajado viendo un programa que da pena.

Jay se echó hacia atrás en el sofá y cogió la copa de vino.

—Tal vez deberías decir algo —dijo girando la botella para que se viera la etiqueta—. Ya puedes hablar.

—Hola, Paige. Espero que todo vaya bien por ahí. Tienes una casa preciosa. Como puedes ver, estoy en tu sofá, tomando una copa de vino y viendo un terrorífico programa en la televisión —dijo Jay riendo—. Y tenías razón, ahora me siento completamente relajado. Por cierto, he abierto una de tus botellas de vino y es excelente. Sé que te sientes intranquila cada vez que me ves, pero supongo que no será lo mismo si me ves en un vídeo. Hasta luego.

—Ha salido genial. Vamos a grabar el de la cama y luego me voy a casa a cambiarme. ¿Por qué has dicho que se siente intranquila cuando te ve?

—Porque es cierto —dijo Jay mientras caminaban hacia el dormitorio.

—Paige no se pone nerviosa ante nada.

—Te aseguro que conmigo se siente muy, muy intranquila.

—Eso es raro.

Al entrar en la habitación Jason vio de pie el portarretratos de Paige con su novio y lo puso boca abajo.

—Lo siento. He sido yo quien lo ha puesto de pie, pensaba que se había caído.

—De hecho, debe estar en la basura —dijo cogiéndolo, sacando la foto y tirándola a la papelera —Es su ex. Muy atractivo, pero un auténtico cabrón. Ya se habrá arrepentido de haberla perdido. Paige llegó un día a casa, inesperadamente, y lo encontró haciendo el amor con una en su cama.

—¡Hostia! Qué palo.

—Es un cretino, a mí nunca me gustó. Bien, acuéstate. Espera, ella saca la colcha para dormir —dijo retirándola y dejándola sobre el sillón—. Tienes que parecer natural. Coge el libro que hay en la mesita de noche. Es su preferido y cada noche lee una línea.

—Orgullo y prejuicio —dijo Jay cogiéndolo.

—Es romántica y sensible, aunque intente aparentar dura. Ya puedes hablar.

—Seguro que ya has deducido que estoy grabando las cosas que echas de menos. Eso sí, tendrás que conformarte con verme a mí hacerlas. Y puede que al hacerlo te des cuenta de que también me echas a mí de menos. Seguro que lo que acabo de decir te cabrea, otra vez, pero ya estoy acostumbrado a que te cabrees por todo lo que digo. Estoy en tu cama, y si con ello consigo que puedas imaginar, aunque sólo sea por un instante, que eres tú la que está en ella, habrá merecido la pena.

—Ha quedado perfecto. ¿Le cabrea todo lo que dices?

—Sí. Y me habla de usted —dijo Jay riendo.

—Lo que me cuentas de ella es algo nuevo para mí. Pensaba que la conocía bien. Bueno, me marchó. No le envíes el vídeo hasta esta noche.

—Lo sé —dijo Jay levantándose y acompañándolo a la puerta—. Me ha gustado conocerte.

—A mí también. Deberías arreglar las cosas con Paige. No te arrepentirás de tenerla, aunque sólo sea como amiga.

—Lo intentaré.

—Ponte traje, el restaurante es muy elegante.

Cuando Jason se marchó Jay cogió el portátil y volvió al salón.

Lo abrió para comprobar de quién era el correo que recibió durante la comida y sonrió al ver que era de Paige. Había echado de menos su mensaje. Lo leyó.

Hola.

¿Ha visto que obediente soy? Le he escrito un correo, como me pidió.

Perdone que haya tardado tanto en contestarle, pero estos días he estado muy ocupada, hasta altas horas de la noche.

Si piensa que mis mensajes son largos, no conteste a este correo y así habremos roto la cadena y no tendremos que comunicarnos de nuevo. Es algo que no me preocupa.

No creo que nadie necesite permiso para seducir a otra persona. Aunque puede que para usted sea diferente y necesite tenerlo todo pensado con antelación.

Y ahora me pregunto. ¿Por qué se le ha metido en la cabeza seducirme? No lo conseguiría, aunque fuese el último hombre sobre la tierra. En primer lugar, no es mi tipo de hombre. En segundo lugar, no me gustan los divorciados, porque las ex siempre traen problemas. Y en tercer lugar, no me gustan los divorciados, con hijos adolescentes, aunque su hija sea un encanto. Así que, no pierda el tiempo conmigo y busque alguien que esté interesada en usted. Y dese prisa, porque los años pasan rápido y se está haciendo mayor.

Es cierto que pienso en usted a veces, puede que demasiadas, jaja. Ya sabe lo que el cuerpo experimenta al ver a alguien que le atrae físicamente. Pero es algo involuntario e inexorable.

¿Me está preguntando si estoy celosa? ¿Cómo puede ser tan vanidoso?

Es posible que tenga algunos pensamientos traviosos, o que imagine algo relacionado con su cuerpo y el mío, juntos. Pero sabe, su imagen o la de cualquier otro, es sólo un medio para llegar a un fin, en lugar de usar un vibrador.

Voy a hacer que me desee de tal forma, que no lo pueda soportar. Y me llenará de satisfacción cuando lo tenga babeando a mis pies. ¿Y sabe otra cosa? Por mucho que llegue a desearme, jamás me tendrá.

¡Bravo señor Hammond! Acaba de ganarse el premio especial "PREPOTENTE", con mayúscula. ¿Piensa que voy a concederle una cita?

¿Ha empezado a seducirme? ¿O soy yo la que ha empezado a seducirlo a usted y no se ha dado cuenta?

¿Por qué no voy a decir lo que pienso? ¿Y a usted qué más le da lo que diga o deje de decir? Ha dicho que no le importa que sea franca con usted, ¿cuál es el problema entonces?

Haré que su hija apruebe, porque confío en ella y en mí. Y supongo que nos veremos para que se disculpe y me dé mi recompensa. No sé si soportaré estar con usted, pero haré un esfuerzo.

¿Qué pasa? ¿Le molestaría que fuera virgen? Pero le diré que no lo soy. No quiero que aumente su placer imaginando que podría ser el primero, cuando piense en mí.

¿Les llama prepotentes a los clientes que van a su oficina buscando una casa para comprar? Creo que me ha subestimado.

Tengo que decirle que soy buena en todo lo que hago. Y cuando digo todo, me refiero a TODO.

Por supuesto que quiero que vuelva, de lo contrario, tendría que responsabilizarme de su hija de por vida. Eso me convertiría en una especie de madre, pero no me hago a la idea de tener una hija de su edad.

Me ha preguntado algo que no está relacionado con mi último mensaje, pero le contestaré. Sí, he encontrado el lugar perfecto para relajarme. Se trata del lago, y ya he ido allí un par de veces a última hora de la tarde. Allí me siento realmente bien. La

primera vez que fui me impresionó aquel paisaje, las montañas, las aguas oscuras, la luna reflejada en ellas... Pero lo más destacable para mí es el cielo. Es increíblemente hermoso ver todas esas estrellas. Nunca había visto tantas. Me gusta echarme en uno de los bancos y contemplarlas. Es tan relajante como tomar un baño muy caliente o echar un polvo cuando estás desesperada. Allí siento una paz que no he sentido en otro lugar. Ya le he contestado.

Cuidese, que Nueva York es una ciudad muy peligrosa, y las neoyorquinas no se andan con rodeos, como las de aquí.

A Jay cada vez le divertían más los mensajes o correos que compartía con Paige. Le contestó, apretó la tecla de enviar y cerró el portátil. Cogió el móvil y le envió el vídeo que habían grabado en el salón. Luego se sirvió una copa de vino y salió a la terraza a tomársela.

Pensó en Paige. Le ocurría algo con esa chica. Se sentía más joven desde que se había cruzado en su camino. Sonrió pensando que el correo que acaba de enviarle la enfadaría de nuevo.

Jay bajó cuando el portero le dijo que Jason le esperaba en la puerta. Salió del edificio y subió al BMW de Jason y entraron en el sótano del edificio.

—Ese es el coche de Paige —dijo Jason señalando el Corvette blanco y aparcando el vehículo junto al de ella

—Bonito coche —dijo Jay sorprendido.

—Te haré una foto junto a él y sacaré la matrícula para que sepa que es el suyo.

—Vale —dijo Jay sonriendo.

Jay se apoyó en la parte de delante del coche, se desabrochó la chaqueta y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Ya está. Conduce tú, así te grabaré.

Jay se sentó al volante y Jason a su lado.

—Este coche es fantástico.

—Sí, un coche fantástico para una chica fantástica.

Jay lo miró sonriendo.

—¿Dónde vamos? —preguntó Jay al salir del sótano.

—A West Village. El restaurante se llama Rafele, ¿Lo conoces?

—No.

Cuando llegaron a la zona Jason le indicó por donde tenía que ir.

—Dame tu móvil, te grabaré conduciendo —Jay se lo dio—. Pondremos de fondo la música que Paige escuchaba la última vez que cogió el coche.

La música los envolvió tan pronto Jason encendió el equipo de música.

—George Michael, uno de sus favoritos.

—No lo conozco.

—Es británico, bueno, era, porque falleció hace unos años. Ya puedes empezar a hablar.

—Hola de nuevo. Estoy conduciendo tu precioso coche, ahora entiendo que lo eches de menos, es fantástico. Voy a ir a cenar a un restaurante italiano y grabaré algo allí también. Me gusta la música que tienes en el coche. Hasta luego.

—Busca a Paige en el WhatsApp y envíaselo, por favor. Háblame de Paige.

—¿Sobre qué?

—De lo que quieras, no sé nada de ella. Háblame de su trabajo.

—Paige es la persona a quien más quiero, después de mi familia y no me gustaría que se enfadase conmigo. Si ella no te ha hablado de su trabajo, yo no voy a hacerlo. Pero podrías

averiguarlo en Internet. Luego te daré el nombre de la empresa donde trabaja, para ahorrarte tiempo.

—Gracias. Y no me lo ha dicho porque nunca hemos hablado y no nos conocemos.

—Lo entiendo. Te hablaré de su vida, a grandes rasgos. A pesar de lo que hayas podido ver, su casa, su coche, su vestidor..., es una chica sencilla que nunca ha olvidado de donde proviene y no se avergüenza de ello. No siempre ha tenido dinero. Ha tenido una vida difícil. Perdió a su madre cuando era una cría y su padre se ocupó de ella. Adora a su padre. Es pescador y gana lo suficiente para vivir, pero sin lujos. Todo lo que tiene Paige se lo ha ganado a pulso. Es muy buena en lo que hace. Y te aseguro que no trabaja como cajera de un supermercado —Jason lo miró y los dos sonrieron—. Es una chica increíble, amable, educada, cariñosa, solidaria y ayuda a todo el que lo necesita. Yo diría que tiene todo lo que un hombre desearía en una mujer.

—Entonces, ¿por qué no sales con ella?

—Nos conocemos desde que teníamos diecisiete años. Desde el principio supimos que sólo seríamos amigos. Ninguno de los dos sentíamos esa atracción física que debe sentir una pareja. Sé que es preciosa y tiene un cuerpo impresionante, pero nunca hemos sido más que amigos. ¿Tú sientes por ella atracción física?

—No la conozco lo suficiente. ¿Conoces a su padre?

—Sí. He ido muchas veces a verlo con ella. Es un hombre que, desde el primer momento que lo ves, te hace sentir bien. Es honrado y muy trabajador. No tiene estudios pero le gusta mucho leer y puedes hablar con él de cualquier tema. Adora a su hija y ella es su tema preferido de conversación. Está muy orgulloso de Paige y tiene motivos para ello.

Estaban en el restaurante leyendo la carta.

—¿Qué suele pedir Paige cuando venís a comer aquí?

—Tagliatelle con tartufo.

—Suena bien, tomaré eso —dijo Jay.

Cuando les llevaron la comida Jason cogió el móvil y le dijo a Jay que podía hablar.

—Hola, Paige. Estoy cenando en Rafele, un restaurante italiano. He pedido tagliatelle con tartufo, porque me lo han aconsejado. Me gustaría que estuvieras aquí, cenando conmigo. Hasta el próximo vídeo.

Jason le dio el móvil a Jay y le envió el vídeo a Paige.

—Háblame de ella.

—Yo no la conozco —dijo Jay sonriendo.

Jay le habló de todo lo que sabía y estaba relacionado con ella.

—¿Por qué fue a vivir precisamente a ese pueblo? —preguntó Jay.

—Puede que el destino la llevara hasta allí, para que se encontrara contigo —dijo Jason sonriendo.

—No creo que el destino sea tan cruel.

—Ella cree en el destino. Después de lo que le pasó con su novio, necesitaba alejarse de aquí por un tiempo. Yo creo que eligió ese pueblo porque le recordaba al pueblo donde se crió. Me tiene intrigado que se ponga nerviosa cuando está contigo. Es la mujer más segura de sí misma que conozco. ¿Podría ser porque le gustas?

Jay soltó una carcajada.

—Podría darte muchas razones, pero esa no sería una de ellas.

Jay le habló de su matrimonio y del divorcio, y de cómo le afectó a su hija. Luego Jason le habló de su familia. Y para terminar hablaron de sus trabajos.

Después de cenar se reunieron con los amigos en una discoteca. A Jay le gustó conocerlos, parecían simpáticos y se notaba que apreciaban a Paige.

Desde que Rosie, una de las amigas de Paige, vio a Jay, no pudo apartar la mirada de él. Cuando estuvieron a solas ella le preguntó si estaba saliendo con Paige y Jay le dijo que no, que apenas se conocían. Y desde ese instante, la chica desplegó todas sus dotes de persuasión y lo acaparó.

Jason estaba grabando a todos los amigos, que le dedicaron unas palabras a Paige. También grabó a Rosie y a Jay mientras bailaban y él le besuqueaba el cuello. Y más tarde los grabó cuando Jay la besaba en el sofá. Mientras Jason tenía el teléfono de Jay, recibió un mensaje de Paige.

—Jay, la niñera de tu hija acaba de enviarte un mensaje —le dijo Jason.

—Dame el teléfono. Perdona, Rosie, pero tengo que leerlo. Traeré unas copas.

Jay se levantó y fue a la barra. Mientras le preparaban las copas leyó el mensaje.

Hola.

Son casi las tres de la mañana en Nueva York así que, supongo que estará durmiendo. Pero en este momento me apetece decirle algo. Y, pensándolo bien, mejor que esté durmiendo, porque mañana cuando lo lea ya estará repuesta y será como si no le hubiera dicho nada. Además, sé que no le gustan los mensajes en el móvil, así que, puede que ni lo lea.

Estoy en la cama y acabo de ver los vídeos que me ha enviado. Y menos mal que no los he visto por la tarde, cuando he oído los pitidos en el móvil, porque su hija y Charlie habrían notado algo extraño en mí. Cuando he visto el que está en el salón de mi casa y en el restaurante, se me ha acelerado el pulso. Eran las primeras imágenes que tenía de usted en mi móvil y algo en mí se ha alterado. Pero eso no ha sido nada, comparado con lo que he sentido al ver la foto donde está apoyado en mi coche, de esa manera tan informal. ¡Oh, Dios mío! Me he sentido intranquila, excitada y fuera de mí. Casi me da un patatús. Me recordó la segunda vez que lo vi, en el aparcamiento del supermercado. Ese día, casi me da un infarto al verlo porque estaba para comérselo. Si antes pensaba que era sexy, ahora creo que me quedé corta. Jamás me he sentido así, y menos aún, viendo una simple foto. Por un momento se me ha ocurrido que podría tener un orgasmo simplemente con mirarlo. No sólo es guapísimo, es... fascinante. Ha sido como si estuviera viendo al dios del sexo. Y en ese instante sólo he podido pensar que, un hombre como usted, tiene que follar de puta madre.

Santo Dios, pero... ¿cómo puede decirme esas cosas? pensó Jay riéndose. Volvió a leerlo nuevamente y se sintió intranquilo, sin saber la razón. Sabía que Paige era atrevida, al menos por mensaje, pero no sabía hasta qué punto. Contestó al mensaje y lo envió.

Paige seguía despierta, pensando en él. Al oír el sonido del móvil lo cogió. Su respiración se alteró al ver el nombre de Jay en la pantalla y de pronto se preocupó por lo que había escrito. Leyó el mensaje.

Hola.

Como puedes ver, no estoy durmiendo. Supongo que me has dicho todo eso porque eres consciente de que estoy a siete mil kilómetros de ti. Hay que ser muy valiente para decirle todas esas cosas a un hombre, que no conoces. A ver si eres tan atrevida como pareces, y me vuelves a decir lo que has escrito, cara a cara, cuando estemos un día a solas.

Paige se rio y le escribió otro. Y Jay, que seguía en la barra, algo aturdido, lo leyó.

¿Por qué no está durmiendo?

¿Cree que estoy loca? Por supuesto que se lo he enviado porque está lejos. Si lo tuviera delante, o incluso si estuviera en el mismo pueblo, no se me habría ocurrido enviárselo, porque estoy segura de que vendría a por mí.

Ha sido un simple calentón. Eso sí, provocado por usted. Supongo que algo así le puede ocurrir a cualquiera, ¿no?

Por favor, olvídalo.

Paige pulsó la tecla de enviar y esperó, porque sabía que él le contestaría.

Jay leyó el mensaje y volvió a escribirle. Y Paige lo leyó.

Estoy en una discoteca y tu mensaje ha hecho que se desmorone el plan que tenía para esta noche. Porque sabes, cielo. En este instante, lo único que deseo, eres tú.

Y ya puedes estar asustada, porque no voy a olvidar ese mensaje. Mañana estaré allí y te aseguro que voy a ir a por ti. Y tendremos una cita, y si no quieres una cita, simplemente nos veremos en algún sitio para follar. Lo estás deseando.

Paige leyó el mensaje sonriendo, pero se sentía algo nerviosa, porque no sabía si Jay hablaba en serio o bromeaba. Le contestó de nuevo.

Jay le pagó al camarero y antes de coger los vasos recibió otro mensaje, Volvió a sacar el móvil del bolsillo para leerlo.

No sea pretencioso, Hammond. He estado ofuscada unos minutos, pero todavía no quiero lo que quiere usted.

Por favor, por favor, por favor, perdóneme. Sé que no debí decirle nada de lo que sentía, pero no he podido evitarlo. No sabía que era de los hombres que se asustan por un poco de atrevimiento.

Por favor, señor Hammond. Se lo ruego. Se lo suplico. Olvide el mensaje. Podría hacerle algunas concesiones, si llegáramos a un acuerdo.

Vaya a acostarse con quien había planeado hacerlo y olvídese de lo ocurrido. Una noche de sexo intenso le irá bien y le hará olvidar.

No le molesto más. Que se divierta.

Esa chica me está volviendo loco, pensaba Jay mientras volvía al sofá con Rosie.

Cuando terminó de grabar, Jason le envió a Paige los vídeos que había grabado.

A las tres y media de la mañana, Jason y Jay entraron en el sótano del edificio de Paige y bajaron del coche.

—¿A qué hora te levantarás mañana?

—No muy tarde. Tengo que salir a comprar unos regalos.

—Nos queda grabar el vídeo del desayuno. Y además, tienes que grabarme a mí, soy una de las cosas que Paige echa de menos. ¿Te parece que venga con el desayuno a las diez?

—Estupendo. No olvides enviarme el nombre de la empresa donde trabaja Paige.

—Ahora te la envío. Buenas noches.

—Buenas noches, y gracias por todo.

Paige estaba inquieta en la cama porque de pronto recordó que en el vídeo que le envió Jay

de su salón había una segunda copa de vino sobre la mesa y supo que estaba acompañado. Además, el vídeo lo había grabado otra persona. Pensó que estaba con una mujer.

¿Me preocupa que esté con una mujer? ¡Mierda! Él tiene razón, estoy celosa.

No dejaba de dar vueltas en la cama pensando en ello. Volvió a encender la luz, cogió el portátil y lo encendió. Buscó el correo que él le había enviado y que lo había dejado para el día siguiente porque estaba cansada, y lo leyó.

Hola.

He llegado a tu casa hace un par de horas y como estaba cansado he hecho una de las cosas que echas de menos y la he grabado. Supongo que habrás recibido el vídeo.

Dices que no quieres verme, pero creo que no es cierto.

¡Dios santo! Tus correos también son muy largos.

Prefiero el portátil para comunicarme contigo, y me alegra saber que sólo vives para complacerme. Pronto me complacerás en otras cosas.

Puede que te creas eso de que no deseas verme, pero sé que te mueres de ganas de estar conmigo.

Esta noche voy a quedarme en tu precioso apartamento y dormiré en tu cama. Esa es otra de las cosas que echas de menos. Lástima que no estés aquí, porque me gustaría que la compartieras conmigo.

Lo de de las flores ha sido todo un detalle de tu parte. Al igual que la comida y la bebida que hay en la nevera. Aunque me temo que no cenaré en casa porque he quedado con alguien para ir a cenar y luego a bailar. Pero lo comeré mañana al medio día.

A veces he pensado en no contestarte a tu correo para terminar con esta historia, pero a medida que vamos hablando, me interesas más. Y como este es el único medio que permites para que estemos en contacto, tendré que conformarme, hasta que quedemos de una puta vez, como hace la gente normal. Además, no creo que soportases no recibir mensajes míos.

Voy a conseguírte, aunque sea lo último que haga en la vida.

No creo que estar divorciado sea un impedimento. Mi exmujer no será un problema, porque se ha casado con un tío más rico que yo. Y tampoco creo que tener una hija adolescente sea otro problema, porque sé que te gusta mi hija.

¿Piensas que soy demasiado mayor? Porque yo me encuentro en plena forma. Además, hablas como si tuvieras intención de casarte conmigo... Yo sólo quiero follar contigo, no quiero nada serio.

Sé lo que el cuerpo experimenta cuando deseas a alguien, y me da la sensación de que tú me deseas desesperadamente.

Cariño, no digas que tu control es perfecto, porque cuando estás cerca de mí, estás descontrolada. Y he de admitir, que eso me gusta.

Sigue teniendo esos pensamientos traviosos e imagina que estamos juntos.

Sí, creo que quieres echar un polvo conmigo. Y te aseguro que haré que te sientas mejor que cuando usas tu vibrador, si es que lo usas.

Me has sorprendido al saber que te das placer pensando en mí. Yo no he llegado tan lejos.

¿Vas a hacer que te desee hasta que no lo pueda soportar? Jajaja. No pienso en ti tanto como imaginas. Y no estoy desesperado, hay otras mujeres, además de ti. De momento no te deseo tanto como crees, pero te aseguro, que si llega el caso, te tendré.

Puede que no sepa mucho sobre ti, pero conozco bien como se comporta el cuerpo de

una mujer. Y las dos veces que nos hemos visto, o las tres, porque la última también cuenta, has sido un libro abierto para mí. Cuando fui a llevar a mi hija a tu casa cuando iba camino del aeropuerto, pude ver el deseo en tu mirada.

Puede que tarde en conseguirla, pero tendremos esa cita, puedes estar segura.

Sí, he notado que has empezado a intentar seducirme. Y también he notado que nuestros mensajes han cambiado y giran entorno al sexo, y a mí se me da bien ese tema.

Si mi hija aprueba y tengo que disculparme, ¿cómo lo haremos? ¿iremos a cenar?

No me importa en absoluto que me digas lo que piensas. Y tengo que decirte que, aunque me pareces muy atrevida, me gusta.

La única diferencia que habría en echar un polvo contigo, en caso de que fueras virgen, sería que me tomaría algo más de tiempo en los preliminares. La primera vez es importante para una mujer.

Te aconsejaré una inmobiliaria seria cuando decidas comprar una casa. No sería ético que me ocupara yo, sabiendo que te gusto.

Después de ver tu casa y tu coche, sí, creo que te he subestimado.

¿Ese TODO significa que eres buena también en la cama?

Otra vez vuelves a darle vueltas al asunto de casarnos. Ya te imaginas siendo la madre de mi hija. ¡Olvídalo! No me interesas para eso.

Por cierto, piensa si quieres algo más de tu casa, porque me marcharé mañana.

Todo en tu casa es de mi agrado. Me ha llamado la atención tu despacho. No sé a qué te dedicas, pero ahora tengo claro, que no eres cajera en un supermercado.

Tengo que decirte que a mí no se me ha revuelto el cuerpo por estar en tu casa, en tu territorio, como lo has llamado. Lo cierto es que me encuentro muy cómodo aquí.

¿Celosa otra vez? ¿Ahora te preocupa que me pesque una neoyorquina? No te preocupes, que no soy un hombre fácil.

Parece ser que tenemos algo en común, porque mi lugar especial también es el lago y voy algunas veces allí para relajarme cuando termino pronto en el trabajo. Y entiendo lo que sientes cuando estás allí. Pensaba que no habría nada que nos gustase a los dos.

Tengo que dejarte. He quedado con alguien y tengo que meterme en la ducha.

Hasta pronto.

Paige se tomó su tiempo para leer el correo una segunda vez. Lo contestó y se metió en la cama dispuesta a dormir. Se sentía bien cuando recibía unas palabras de él.

Jay vio que tenía un correo de Paige cuando entró en la casa de madrugada. Sonrió imaginando lo que le habría escrito. Antes de leerlo le envió el vídeo de la cama. Después de lavarse los dientes cogió el portátil y se sentó en la cama. Jason le había dado el nombre de la empresa donde trabajaba Paige y quería saber sobre ella.

Descubrió que era analista y asesora financiera, y la número uno de su empresa. Que trabajaba allí desde los veintitrés años, tan pronto termino la carrera de Económicas en Harvard. Jay se rio al recordar que se había burlado de ella *porque la cajera de un supermercado iba a dar clases a su hija*. Después de leer todo lo que le interesaba buscó el correo de paige y lo leyó.

Hola.

Cuando le dije que echaba de menos esas cosas, me refería a mí, no a usted. De todas formas, ha sido un detalle por su parte. Gracias. Y es cierto que no me apetece verle, pero a nadie le amarga un dulce.

No sé la idea que se ha formado en su cabeza de cómo puedo complacerle, pero le

aseguro que, sea lo que sea que tiene en mente, debería olvidarlo, porque no va a disfrutar de ese tipo de placer conmigo.

Yo también pienso que mi casa es fantástica. Y aunque me gusta mi casa y mi cama, no está en mi pensamiento compartirla con usted, ni siquiera en la imaginación.

Me alegro de que salga a divertirse, aproveche ahora que no tiene que cuidar de su hija. Elizabeth me ha dicho que no suele salir por la noche para no dejarla sola. Y eso me lleva a preguntarme si queda con mujeres durante el día. ¿Sale del trabajo para echar un polvo? ¿Dónde está el romanticismo de una cena y luego una copa, antes del sexo?

Usted y yo nunca haremos las cosas que hace la gente normal y corriente. Más que nada, porque ninguno de los dos somos corrientes. Y no creo que quedemos nunca, a no ser que sea estrictamente necesario.

¿Dice que va a conseguirme? Ja Ja Ja. ¿Qué pasa? ¿Ya empieza a desearme?

El que su mujer lo abandonara por alguien más rico que usted, sería un golpe para su orgullo.

¿Cree que pienso en casarme? ¿Y además con usted? Puede que sea usted a quien le gustaría casarse con alguien como yo.

Como me dijo en uno de sus mensajes, hay muchas mujeres para echar un polvo. Puede hacerlo con cualquiera de las que tiene en su agenda, pero yo no estoy en ella, y nunca lo estaré.

No se confunda con lo que le sucede a mi cuerpo. He de admitir que lo encuentro increíblemente atractivo y el hombre más sexy con quien me he encontrado. Pero, a pesar de lo que piensa de mí, mi control funciona de maravilla. Usted sólo es una atracción fisiológica, algo que puedo controlar sin esfuerzo.

¡Por el amor de Dios! Quítese de la cabeza eso de que quiero echar un polvo con usted. Puede que sea usted quien lo necesite. ¿Hace mucho que no ha estado con una mujer?

Puede que no sea tan bueno en la cama como presume. Y no necesito un vibrador para sentir placer. Ya le dije que puedo tener lo que deseo. No crea que mis pensamientos se reducen a usted, hay otros hombres.

Creo que todas las cosas que piensa que me suceden a mí, son las que le suceden a usted, sólo pensando en mí. Apostaría que ha llegado muy, muy, muy lejos pensando en mí.

Es un iluso al pensar que me conseguirá. Pero nunca hay que perder la esperanza.

Es cierto, nuestros mensajes han cambiado. Empiezan a parecerse a las líneas calientes, jajaja. Yo también soy experta en sexo. Y como ve, también soy un poco presuntuosa al respecto.

Tiene razón, en ninguna de las ocasiones que nos hemos visto lo he encontrado intranquilo, pero llegará el momento. La intranquilidad y el deseo van cogidos de la mano.

¿Por qué íbamos a ir a cenar? ¿necesita una cena para disculparse y darme la recompensa? Aunque, si piensa que es imprescindible, puedo arreglarlo. A fin de cuentas, será una especie de negocio y también soy buena en eso. Esperaremos a que Elizabeth se examine. Aunque he de decirle, que yo siempre gano.

Al menos me ha gustado algo de lo que ha dicho. Que se tomaría más tiempo en los preliminares con una virgen. Todos los hombres deberían hacerlo. Puede que usted vaya al grano y se salte todos esos preliminares, cuando no está con una virgen.

Cierto, no sabe a qué me dedico, pero no es asunto suyo. Y como en el pueblo no me conocen, no le pueden informar. Pero creo que es un tío listo, y apuesto a que puede hacer maravillas con un ordenador.

¿No es un hombre fácil? Permítame dudarle. Y le voy a demostrar lo fácil que es. Aunque necesitaré algún tiempo, no me gusta precipitarme en ciertas cosas. Y además, ahora, estoy muy ocupada.

¡Maldita sea! ¿Me está diciendo que su lugar especial para relajarse es el lago? ¡Joder! ¿No podía haberse buscado otro sitio? Ahora tendré que dejar de ir por allí.

¡Umm, la ducha...!

El día siguiente Paige estuvo de mala leche todo el día. Había recibido los vídeos que Jay le envió y no se sentía bien. No comprendía lo que le pasaba. Nunca se había sentido así, y no le gustaba la sensación que estaba experimentando. No podía apartar de su mente el vídeo en que Jay y su amiga Rosie estaban bailando y luego besándose en el sofá. Era consciente de que algo le ocurría. El sentimiento de posesión que Jay le hacía sentir la tenía aturdida, y cabreada. En Nueva York era de madrugada y sabía que él estaría durmiendo y con toda seguridad, acompañado, en su cama. Y eso aún la cabreó más.

Jason se presentó en casa de Paige a las diez con el desayuno. Lo prepararon todo en la mesa de la terraza dispuestos a grabar el último vídeo. Jason cogió el móvil.

—Vamos allá, ya puedes hablar.

—Hola, Paige. Hace un día precioso, y tenías razón. Es muy agradable desayunar en esta maravillosa terraza. Y como otra de las cosas que echabas de menos era a tu amigo Jason, me he permitido invitarlo a desayunar. Bueno, él ha traído el desayuno.

Jason se sentó al lado de Jay y los grabó a los dos.

—Hola, preciosa. No sabes cuánto te echo de menos. He comprado el desayuno en tu cafetería preferida, café con leche y magdalenas de arándanos. Te habrás dado cuenta de que estoy hecho un artista al grabar todos esos vídeos. Jay es un tío fantástico y me ha contado lo que sabe de tu vida allí, que no ha sido mucho, por cierto, porque parece ser que no te conoce. Y sabes, después de conocerlo me apetece ir a verte y conocer a Elizabeth. Así que nos veremos pronto. Te quiero.

Mientras Jay esperaba en el aeropuerto haciendo tiempo en una cafetería contestó al correo de Paige y lo envió.

Después de cenar, Paige y Elizabeth recogieron la cocina y subieron a acostarse, las dos estaban muy cansadas.

Paige había recibido el vídeo del desayuno con Jason y se alegró, más que nada porque ahora sabía que era Jason quien había estado con Jay en todo momento. Aunque no podía olvidar a su amiga Rosie besándose con Jay. Abrió el ordenador para leer el correo que había recibido de él y que no había tenido tiempo de leer.

Hola.

Me alegra saber que soy un dulce para tu vista.

Te equivocas, cielo. No he pensado en ti en todo el tiempo que he estado en Nueva York, hasta que llegué a tu casa ayer. Desde entonces, he de admitir, que no he podido evitarlo, pero sólo porque quería grabar lo que tanto echabas de menos. Bueno, tengo que añadir que, desde que recibí tu mensaje de anoche, no pude dejar de pensar en ti durante un buen rato.

¿Estás segura de que no te gustaría complacerme, teniéndome a tu lado, en lugar de en tu mente?

Creo que para echar un polvo no hay horario establecido. Simplemente tienes que aprovechar el momento en el que deseas estar con alguien. Tienes razón en cuanto a que, una cena, una copa y sexo, es mas romántico. Eso lo reservo para nuestra cita.

De momento no quiero terminar con nuestra historia. Puede que lo haga, después de echar un polvo contigo. Además, quiero comprobar hasta dónde llega tu atrevimiento con las palabras. De todas formas, creo que necesitas mis mensajes y por el momento, puedes contar con ellos.

No sé realmente lo que estás haciendo para que te desee, pero no funciona. Tendrás que esforzarte más. Rectifico. Tu mensaje hizo que sintiera algo extraño en mí.

Yo me alegro de que mi mujer me abandonara por alguien más rico que yo, así sé, que nunca interferirá en mis asuntos.

Cuando estemos juntos comprobarás que estoy en plena forma. Y te darás cuenta de que estás confundida en cuanto a la edad.

No te conozco, de manera que no puedo saber si me gustaría casarme con alguien como tú. Pero el sexo es importante para mí. Si eres en la cama, o fuera de ella, tan buena como dices, lo sabré cuando estemos juntos y entonces tendrás una posibilidad conmigo, aunque bastante pequeña. Un matrimonio no se basa sólo en el sexo.

En cuanto a tu pregunta de “cuándo fue la última vez que estuve con una mujer”, fue el día antes de salir de viaje. ¿Y tú?

¡Vaya! Ahora también me encuentras sexy. Yo no he tenido tiempo suficiente para prestar atención a tu cuerpo. Pero sí sé que eres muy, muy guapa y parece que tienes un cuerpo perfecto, vestida. ¿Por qué crees que quiero follar contigo?

Me alegra que seas experta en sexo, aunque apuesto que podré enseñarte algunas cosas.

Tengo ganas de que hagas que pierda el control por ti y te desee desesperadamente. Eso no me ha sucedido con ninguna mujer.

Me ha gustado que aceptes cenar conmigo. Pensaba que me tenías miedo. Y si quieres que sea una cena “como de negocios”, me pondré traje y te llevaré a un restaurante elegante.

Quiero que sepas que los preliminares son muy importantes para mí. En alguna ocasión, han sido suficientes.

Voy a veces al lago, pero a una de las casas que lo rodean y me siento en la terraza. Así que no nos encontraremos.

No voy a entrar en discusión sobre dónde me gusta practicar sexo. No sé dónde lo haré contigo. Puede que te empotre en una pared en una calle desierta. Todo depende de dónde estemos en ese momento y de lo desesperada que estés.

Tu mensaje de anoche todavía me tiene distraído, no puedo apartarlo de mi mente. Tal vez ese sea el motivo de que tenga tantas ganas de verte.

¿Puedes explicarme que has querido decir con ese “Umm... la ducha”? Hasta que no me digas lo contrario, pensaré que significa que te gustaría ducharte conmigo.

Hasta pronto.

¡Dios! Cómo me gusta esta estúpida relación. Si él supiera cuánto lo deseo..., pensó Paige sonriendo.

Volvió a ver los vídeos que él le envió. Y cuando volvió a verlo besando a su amiga, se cabreó. En esos momentos no deseaba volver a verlo ni escribirle nunca más. Apagó la luz y se metió en la cama.

Capítulo 6

Paige se despertó temprano la mañana del domingo, después de una noche de sueño asombrosamente reparador. Se quedó mirando fijamente al techo. Jay llegaría ese día, aunque no sabía la hora. La expectación se cernía sobre ella como una oscura nube de tormenta. Se sintió intranquila al tratar de imaginar cómo se sentiría al verlo de nuevo.

Jay llegó a casa a las cuatro de la mañana. Estaba cansado y se acostó.

Se despertó a las diez. Después de ducharse y vestirse bajó a la cocina a desayunar. Estaba hambriento, pero no encontró nada de comer. Cogió los regalos y se fue a casa de Charlie. Por el camino escribió un mensaje a Paige.

Llamaron a la puerta y Charlie abrió.

—Hombre, ya de vuelta. Me alegro de verte.

—Yo también. Echaba de menos estar aquí.

—¿Has tenido un buen vuelo?

—Sí. ¿Elizabeth está levantada?

—Jay, las dos se levantan temprano para empezar con la clase. Acompáñame, están en la cocina. ¿Has desayunado?

—No había nada en casa. Ahora iré a la cafetería.

Al llegar a la puerta de la cocina Jay cogió del brazo a Charlie para que se detuviera y no hablara. Quería oír a Paige durante un instante. Estaba de espaldas a la puerta escribiendo en la pizarra mientras explicaba algo. Y Elizabeth estaba de lado, de manera que no los vieron.

—Estoy completamente segura de que esto te saldrá en el examen. Te mostraré las tres formas que hay de resolver el problema. Tu profesor esperará que lo resuelvas de la forma que él os ha enseñado, pero yo prefiero que emplees esta, aunque sea la más sofisticada y elaborada.

Paige iba resolviendo el problema en la pizarra mientras la chica le hacía preguntas y tomaba notas.

—Los profesores ponen los exámenes a mala leche, sólo para que los alumnos se sientan confundidos. Así que lo confundiremos a él con tus respuestas. En el examen no debes estar nerviosa, porque vas a saber la respuesta a todo, pregunten lo que pregunten. El autocontrol es lo más importante, debes estar controlada en todo momento, porque de lo contrario, puedes confundirte en algo y en Matemáticas, un número o un simple signo, es suficiente para que todo esté mal —dijo Paige sin dejar de escribir.

Jay sonrió al oír sus palabras sobre mantener el control. Le hizo una señal a Charlie para que entrara en la cocina.

—Creo que deberíais hacer un descanso de unos minutos —dijo Charlie.

Paige se volvió y al ver a Jay perdió totalmente el control de su mano, y de todo su cuerpo. Se le cayó al suelo el rotulador. Una sacudida le recorrió el cuerpo en décimas de segundo. No podía hablar. No podía moverse. Estaba completamente paralizada. Jay la miró fijamente durante un instante esbozando una ligera sonrisa. Luego volvió la mirada hacia su hija.

—¡Papá! —dijo Elizabeth levantándose y abrazándolo.

—No puedes imaginar cuánto te he echado de menos —dijo abrazándola también.

—Y yo a ti. ¿Cuándo has llegado?

—A las cuatro de la madrugada. Veo que seguís con las clases, en domingo.

—Sí, nos queda poco tiempo.

—Hola —dijo Jay mirando a Paige.

—Hola.

—Me ha gustado lo último que le has dicho, que nunca hay que perder el control ni ponerse nerviosa —dijo Jay, mirándola con una sonrisa perversa que le decía claramente que había notado lo nerviosa que se había puesto al verlo.

—Muy gracioso —dijo ella sonriendo también.

—Elizabeth prepara a tu padre algo para desayunar, por favor —dijo Charlie.

—Claro.

—No te molestes, cariño. Luego iré a la cafetería. No quería interrumpiros, pero tenía tantas ganas de verte.

Jay le lanzó una rápida mirada a Paige por encima del hombro de su hija.

—Sigue abrazada a tu padre, yo le prepararé el desayuno —dijo Paige, que recobró el habla con la emoción de verlos abrazados.

Paige miró a Jay y se dio cuenta de que él la estaba mirando.

—Te he enviado un mensaje —dijo Jay.

—¿A mí? —preguntó Paige aparentando sorprendida, como si enviar un mensaje fuera lo más extraño entre ellos.

—Sí, a ti.

—Cuando estamos en clase no presto atención al móvil. ¿Qué decía el mensaje?

—Que venía de camino hacia aquí. Quería darte tiempo, por si querías esconderte.

Paige lo miró y se rio. Y él le dedicó una sensual sonrisa que hizo que casi se derritiera.

Jay y Charlie se sentaron junto a la chica y hablaron del viaje.

—¿Cómo van las clases? —preguntó Jay.

—Muy bien, ¿verdad Paige?

—Sí —contestó sin volverse.

—Ya hemos terminado los dos asignaturas y estamos repasando. Paige me está enseñando diferentes posibilidades de resolver algunos problemas. Pretende que impresione a mis profesores y obtenga los mejores resultados.

—¿Lo harás?

—Al menos lo intentaré. Paige está perdiendo muchas horas conmigo.

—No digas eso, me ha venido bien recordar algunas cosas que había olvidado.

—No has dudado ni un segundo en nada de lo que me explicabas —dijo Elizabeth.

Paige llevó a la mesa el desayuno de Jay y un café para Charlie. Miró a Jay un instante y sus miradas se encontraron.

—Gracias —dijo él mirándola de nuevo a los ojos. Esa mirada larga e intensa la hizo estremecer—. Estas galletas están muy buenas.

—Las ha hecho Paige. Yo también sé hacerlas. Me está enseñando a cocinar y ya tengo un montón de recetas anotadas —dijo la chica.

—¿Vas a experimentar conmigo? No sé si eso me va a gustar.

—No hagas caso. Los hombres son un poco escépticos, pero se lo comen todo.

Jay y Charlie se rieron.

—¿Qué pensarán los profesores cuando corrijan los exámenes y vean que Elizabeth ha resuelto los problemas de forma diferente a como los han explicado en clase? —preguntó Jay.

—Que es más inteligente que el resto de los alumnos —dijo Paige—. A los profesores les gustan los alumnos inteligentes, los mediocres les aburren.

—Paige tiene razón —añadió Charlie sonriendo.

—¿Qué hay en esas bolsas, papá?

—Regalos.

—¿Para mí?

—Para ti, para Paige y para Charlie.

—¿Por qué ha comprado un regalo para mí?

—Estás ayudando a mi hija, es lo menos que podía hacer. Y hay algo de Jason y de una amiga tuya también.

Paige recordó de repente el vídeo del beso con su amiga y le dirigió una mirada fría que a Jay desconcertó por un momento.

—¿Puedo ver mi regalo?

—Claro. Saca lo de las bolsas y te diré cuál es.

Elizabeth colocó los paquetes sobre la mesa junto con una bolsa con botellas.

—El vino es para Charlie. Lo compré en el aeropuerto.

—Gracias, Jay.

—De nada. Elizabeth, esas magdalenas son para Paige. Jason me dijo que eran tus preferidas y fui a la cafetería a comprarlas.

—Gracias —dijo Paige mirándolo algo confundida.

—No hay de qué —dijo él guiñándole un ojo. Paige se ruborizó ligeramente y apartó la mirada —Elizabeth, la bolsa violeta es lo que te he comprado y el paquete rosa es de Jason, para ti. Los otros dos son de Paige.

—¿Jason me ha comprado un regalo?

—Sí.

—¿Cómo lo conociste?

—Coincidió que fue a casa de Paige cuando yo estaba allí. Salimos a cenar y luego nos reunimos con los amigos de Paige en una discoteca. Por cierto. Todos me han dado recuerdos para ti y Jason dice que te echa mucho de menos.

—Gracias.

—En esa caja está lo que me pediste que te trajera.

—Se lo agradezco.

Charlie los miró. Estaba seguro de que había algo entre esos dos.

—¿Me has comprado un vestido!

—Muy observadora —dijo Jay a su hija con ironía.

—Es muy bonito. Tu padre es un hombre con gusto.

—Y mira, Jason me ha regalado un perfume de Chanel.

—Apuesto que a mí también, es el perfume que uso.

—Es cierto, huele a ti —dijo la chica abriendo la botella y oliéndola—. ¿No abres tus regalos?

—Claro —dijo Paige abriendo el de Jason, que era un set de la línea de perfume de Chanel. Luego abrió otro—. Este es de Rosie, una amiga mía. Era una bufanda.

Paige le echó una rápida mirada a Jay. Y él supo por qué lo había mirado así. Jason le envió los vídeos a Paige, sin enseñárselos antes. Y ella sabía que había besado a su amiga.

—Es bonita —dijo Elizabeth.

—Sí, lo es.

—Has guardado el de mi padre para el final. Siempre se deja para el final el regalo más importante.

—¿En serio? Porque yo hago todo lo contrario. Además, no sabía de quién eran los regalos.

Ha sido coincidencia —dijo Paige abriendo el paquete.

Era un vestido de cóctel negro con tirantes muy finos. Era sencillo, pero al mismo tiempo, elegante y muy sexy.

—Es muy bonito —dijo Elizabeth.

—Bonito no, es precioso. Pero no puedo aceptarlo —dijo guardándolo en la bolsa.

—Como comprenderás, no voy a volver a Nueva York para devolverlo.

—De acuerdo, lo aceptaré. Ahora es como si le hubiera cobrado las clases a su hija.

—Ese vestido no compensa ni siquiera un día de lo que estás haciendo por ella.

—Gracias. Subiré todo a mi cuarto —dijo cogiendo las cosas y saliendo de la cocina.

Cuando Paige entró en su habitación dejó todo sobre la cama, se sentó en el borde y respiró hondo. Se había sentido intranquila desde que él había aparecido. Llevaba en la habitación casi diez minutos y no quería que él pensara que se había escondido porque estaba nerviosa. Aunque ya estaba nerviosa antes de que abriera los regalos y él lo había notado. Cuando volvió a la cocina Jay se levantó.

—Tengo que marcharme. ¿Te quedas o vienes a casa conmigo?

—Iré cuando terminemos —dijo Elizabeth— Paige, ¿te importa que le dé a mi padre unas galletas?

—Por supuesto que no, las pondré en un recipiente.

Paige se lo dio a Jay y él le rozó los dedos, conscientemente, al cogerlo.

—Gracias —dijo él mirándola a los ojos y sonriendo.

Ella se limitó a mirarlo. Había perdido el habla de nuevo, sólo por el simple roce.

—Elizabeth, vete con tu padre. Y come con él. Seguro que tenéis muchas cosas de qué hablar.

—Vale. Volveré después de comer.

—Gracias de nuevo por el regalo —dijo Paige mirando a Jay.

Charlie notó la tensión en Paige el tiempo que Jay permaneció en la casa. Estaba completamente seguro de que esos dos sentían algo el uno por el otro.

Ahora que tenía unas horas libres, Paige aprovechó para preparar unos canelones para comer y preparó otra fuente para Jay. Luego le envió un mensaje a Elizabeth diciéndole que cuando su padre la trajera, que no se marchara, porque tenía que darle algo.

A las tres de la tarde Jay aparcó el coche en la puerta de la casa de Charlie. Elizabeth entró y poco después el hombre salió. Jay bajó del vehículo.

—Paige me ha dicho que te dé esto para cenar y que lo metas en el horno media hora. Y esto es una ensalada.

—¿Me ha preparado la cena?

—Eso parece.

—Dale las gracias.

A las ocho y media de la tarde, cuando terminaron la clase, Paige le dijo a Elizabeth que se marchara a casa a cenar con su padre y que pasara la noche con él. A la chica le gustó la idea. Charlie la acercó.

Después de cenar Paige fue al salón y se echó en el sofá. Charlie estaba viendo las noticias.

—¿Te ha molestado que viniera Jay a casa?

—Por supuesto que no. Deseaba ver a su hija.

—Puede que también quisiera verte a ti.

Paige lo miró sonriendo.

—El vestido que te ha comprado es muy bonito.

—Sí. Y muy caro. Aunque no creo que tenga oportunidad de usarlo aquí. Me señalarían con

el dedo. Este pueblo es muy pequeño.

—Todos saben que eres de Nueva York y que allí se viste de forma diferente. Puedes ponértelo cuando salgas a cenar con alguien.

—Sí. Ahora sólo tengo que encontrar a un acompañante adecuado, que vista a tono con mi vestido.

—Jay sería el más adecuado del pueblo. El único adecuado, de hecho.

Paige lo miró sonriendo. Luego cerró los ojos. La imagen de Jay de pie en la puerta de la cocina volvió a su mente y se estremeció. Sabía que le debía la contestación del último correo, pero no quería hacerlo ahora. No podía olvidar el vídeo del beso. Sabía que ni Rosie ni Jay tenían la culpa, los dos eran solteros y sin compromiso. Y entre Jay y ella no había nada. Era consciente de que el problema residía en ella, pero se sentía fatal. Pensando en ello se quedó dormida. Cuando Charlie se dio cuenta la tapó con una manta.

Charlie la despertó a las once de la noche y Paige subió a acostarse. Cuando se metió en la cama vio que tenía un WhatsApp de Jay y lo leyó.

Muchísimas gracias por la cena. Estaba deliciosa.

¿Vas a seducirme con comida? ¿No se te ocurre nada mejor? Eso no te va a funcionar como técnica de seducción.

No olvides que el siguiente correo ha de ser el tuyo.

Jay estaba en el salón de su casa cuando recibió la contestación al mensaje y lo leyó.

No me dé las gracias. Había hecho demasiados canelones e iban a sobrar. Si no se los hubiese enviado estarían en la basura. Aunque dicen que a los hombres se les conquista por el estómago, el cocinar no entra en mis técnicas de seducción. Y he de decirle que no necesito esforzarme en hacer nada especial para seducirle. Ser yo misma será suficiente.

Y le contestaré a su correo cuando me apetezca. Parece desesperado por recibir unas palabras mías.

Él se rio y escribió la contestación.

Es cierto que dicen que a los hombres se nos conquista con una buena comida, pero eso es válido, cuando la mujer piensa en un futuro marido. ¿Otra vez estás dándole vueltas al asunto de que nos casemos? Yo sólo quiero acostarme contigo.

¿Crees que me seducirás siendo tú misma? Pareces muy segura. No olvides que conmigo no eres precisamente simpática.

No tengo prisa por recibir tu correo, tómate tu tiempo. Aunque apostaría a que lo escribiste tan pronto recibiste el mío, a falta de apretar el botón de enviar. ¿Qué pasa? ¿Por qué lo retrasas? ¿He hecho algo más que te haya cabreado? ¿Tal vez en tu casa de Nueva York? ¿O cuando estaba en la discoteca con tus amigos? O..., puede que no te gustara el vídeo con tu amiga Rosie. ¿Estás celosa otra vez?

Los siguientes tres días, Paige y Elizabeth se dedicaron a repasar a fondo lo más importante. Se sentía satisfecha y estaba convencida de que Elizabeth bordaría los exámenes. Le pidió a la chica que al día siguiente cuando su padre la llevara a la ciudad, hiciera sonar el claxon y ella saldría.

A las ocho y media del día siguiente Paige salió de la casa con pijama y el pelo recogido de cualquier manera con una pinza, seguida por Charlie. Jay la miró mientras caminaba hacia el coche. Le hacía gracia que a ella no le preocupara que él la viera sin arreglar. Elizabeth se acercó a ella para abrazarla.

—Ha llegado el momento. ¿Has tomado un buen desayuno como te pedí?

—Sí.

Estaban junto al coche. La ventanilla estaba bajada y Jay podía oír la conversación.

—Quiero que recuerdes todo lo que te he dicho. Cuando te den el examen, respira hondo varias veces y no empieces a leer las preguntas hasta que te sientas completamente relajada. Luego las lees con toda tranquilidad. Te darás cuenta que puedes responder a todo. Si en alguna de las preguntas dudas, que no lo creo, piensa en ese problema y recuerda cuando yo te lo explicaba en la pizarra.

—Vale.

—Quiero que hagas el examen con lápiz, así podrás borrar las veces que lo necesites y no tendrás nada tachado. A los profesores les gustan los exámenes limpios.

—Bien.

—Y cuando termines, tómate tu tiempo para volver a comprobarlo todo detenidamente.

—De acuerdo.

—Demuéstrales lo que es capaz de conseguir una mujer en menos de tres semanas.

Elizabeth se rio.

—Cuando te den las notas, tú y yo, lo celebraremos por todo lo alto. Pasaremos un día en la ciudad, gastando el dinero de tu padre a espaldas.

Jay se rio dentro del coche.

—Eso será estupendo.

—Te quiero—dijo Paige.

—Y yo a ti.

Charlie se acercó a la chica para darle unos pequeños consejos y mientras, Paige fue hasta a la ventanilla del coche. Apoyó los antebrazos en ella y se inclinó para hablar con Jay. Él sonrió al verle la parte superior de los pechos, porque la camiseta tenía un gran escote.

—¿Le has dicho a mi hija que la quieres?

—¿Algún problema con eso?

—En absoluto —dijo él riendo.

—Si no tiene aún mi recompensa, vaya comprándola.

—Ya la tengo.

—¡Vaya! Parece que, además de confiar en su hija, también confía en mí.

—Y no te equivocas.

—¿Le parece bien que quedemos el lunes por la noche? ¿O tiene alguna cita precia?

—Si tuviera alguna, la cancelaría. Te llevaré a cenar.

—Una cena..., tendríamos que hablar demasiado. Una copa será suficiente.

—¿En la ciudad?

—No quiero que se moleste tanto después de un duro día de trabajo. Nos veremos en el restaurante de Tom, en la parte del pub. ¿Le va bien a las ocho?

—Me parece bien. Estás muy segura de ti misma.

—Ya le dije que soy buena en todo lo que hago.

Jay sonrió.

—Conduzca con cuidado.

—¿Te preocupas por mí?
—Elizabeth irá en el coche con usted.
—Una cosa más.
—¿Sí? —dijo ella asomándose de nuevo a la ventanilla y mostrándole sus atributos.
—¿Por qué sigues hablándome de usted?
—Nadie nos ha presentado. He oído por ahí su nombre, nada más. No olvide que no será una cita sino una especie de negocio.
—De acuerdo.
—Lo anotaré en mi agenda, de lo contrario seguro que me olvido de usted.
—Yo también.
—Usted no hace falta que lo haga, tendrá tantas ganas de verme que no lo olvidará.
Jay se rio. Elizabeth abrazó a Paige y luego subió al coche.
Charlie y Paige entraron en la casa.
—He quedado con Jay para tomar una copa el lunes. Nos veremos en el restaurante de Tom.
—Parece que las cosas se van arreglando entre vosotros.
—No es lo que piensas. Me ofendí cuando supo que era yo quien daba clases a su hija y le dije que tendría que disculparse si aprobaba.
—Todavía no sabes si aprobará.
—Aprobará, puedes estar seguro.

Elizabeth llegó a casa de Charlie a la una y media. Paige estaba en la cocina.
—Hola.
—Hola, ¿ha ido todo bien? —preguntó Paige abrazándola.
—Muy bien. He contestado a todo sin dudar. Como me ha sobrado tiempo he copiado el examen para enseñártelo.
—Déjame verlo.
Elizabeth sacó el papel de la mochila y se lo dio.
—Tenías razón, han preguntado todo lo que tú dijiste.
—Los profesores no tienen mucha imaginación —dijo Paige mirando a Charlie y sonriendo—. ¿Has llamado a tu padre?
—Lo llamaré en unos minutos, suele salir a comer a esta hora. ¿Puedo comer aquí?
—Ya contábamos contigo. Pon la mesa que la comida está casi lista. Después de comer daremos un repaso a lo más importante para el examen de mañana. Luego quiero que te marches y te olvides de las clases y de mí, hasta que tengas el examen delante.
—Entonces iré a casa y veré una película con mi padre mientras comemos palomitas.
Jay había pensado en Paige muchas veces durante ese día. Ansiaba que le contestara al correo, pero ella no lo hacía. Pensó en su cita del lunes. Habría preferido llevarla a cenar, pero parecía que ella no estaba muy interesada en él. Era la primera vez que invitaba a una mujer a cenar y ella declinaba la invitación. Y eso lo desconcertaba.
Paige fue al salón y se sentó en el sofá. Charlie la miró.
—Ya se acabaron las clases.
—Sí, ha sido divertido —dijo ella sonriendo.
—Si tu lo dices... —dijo él pensando que las Matemáticas eran aburridas.
—Me gusta esa chica.
—Su padre también te gustaría, si le dieras una oportunidad.
Ella se limitó a sonreírle.
Paige contestó al mensaje de Jay de hacía unos días. Él se encontraba en el trabajo, y al oír el

sonido del móvil, lo cogió rápidamente. Al comprobar que el mensaje era de Paige sonrió y lo leyó.

Elizabeth me ha dicho que ha bordado el examen. Parece ser que hay posibilidades de que nos veamos el lunes.

Le he repetido varias veces que usted no me interesa, y menos aún para casarme. Y jamás practicaré sexo conmigo.

Sí, creo que lo conquistaré siendo yo misma. Soy guapa, inteligente y tengo un cuerpo bonito. ¿Qué más podría necesitar para seducir a un hombre?

Puede que tenga escrito su correo a falta de enviarlo, pero no puede estar seguro.

¿Por qué me ha preguntado si me molestó algo de lo que hizo en la discoteca con mis amigos? ¿Y por qué mencionó a Rosie? A mí me trae sin cuidado con quien se acueste, independientemente de que sea amiga mía o no.

Me gustaría que este fuera el último mensaje entre nosotros. Si me apetece, le contestaré al correo. Pero sólo si me apetece.

Qué mujer tan difícil. La verdad es que no sé por qué me interesa. Bueno..., es guapa, tiene un cuerpo increíble, cocina de maravilla y es inteligente. Hay pocas mujeres que reúnan todas esas cualidades. Y además, quiere a mi hija. ¡Un momento! ¿Estoy pensando en ella como candidata a esposa? Pensaba que únicamente deseaba hacer el amor con ella, pensó Jay.

Al día siguiente Elizabeth tuvo su segundo examen y, según ella, le salió muy bien.

Paige había estado ocupada con las clases durante las tres últimas semanas y ahora que habían terminado y con dos semanas de vacaciones por delante, se encontraba sin saber qué hacer.

Jay no contestó a su mensaje, porque ella se lo pidió, en un momento de ofuscación, y lo echaba de menos.

El sábado siguiente Charlie y Paige fueron de excursión. Cogieron un barco para ir a conocer dos islas y volvieron a casa a última hora de la tarde. Paige se sentía feliz. Los paisajes le parecieron increíblemente bellos y había hecho un montón de fotos que le había enviado a su padre, a Jason y a Elizabeth.

Preparó unas tostadas con queso y tomate y unos cafés con leche y Charlie y ella comieron en el salón.

—Estoy muerto, creo que esto ya no es para mí.

—Yo estoy tan cansada como tú. Aunque ha merecido la pena. Tan pronto terminemos de comer me meteré en la cama y no me levantaré hasta mañana al mediodía.

—Yo he quedado para desayunar.

—Bien. He cogido dos semanas de vacaciones. La que viene y la siguiente.

—¿Irás a algún sitio?

—Miraré los vuelos para ir a ver a mi padre. Luego puede que vaya a Nueva York, me gustaría traer mi coche y la ropa de invierno.

—¿Eso significa que vas a quedarte?

—Sí, me siento bien aquí.

—Y aburrida.

—Eso es porque prácticamente no estoy trabajando. Cuando vuelva de las vacaciones empezaré en serio. Charlie, cuando vine a vivir contigo te dije que me quedaría unas semanas. ¿Te importa que me quede más tiempo?

—Por mí puedes quedarte indefinidamente.

Elizabeth llamó a su padre al mediodía del lunes para decirle que había aprobado las dos asignaturas y con sobresalientes. Jay se alegró diciéndole lo orgulloso que estaba con ella y también, porque eso le aseguraba su cita con Paige para esa noche.

Cuando Jay llegó a casa por la tarde y vio a su hija no cabía en sí mismo de orgullo y la abrazó muy fuerte.

—Voy a salir a tomar una copa.

—¿Con Julie?

—No, con Paige.

—¿En serio? —dijo Elizabeth mirándolo sorprendida —¿Puedo ir contigo?

—Por supuesto que no. Y no es lo que piensas. La ofendí cuando supe que ella te estaba dando clases. Pensé que la cajera de un supermercado no estaba cualificada para ello, y se lo dije. Ella dijo que tendría que disculparme si aprobabas. Y es lo que voy a hacer.

—En ese caso, mejor que estéis solos. Pero no lo estropees, por favor. No sé lo que te sucede, pero con ella siempre lo estropeas todo.

—Intentaré portarme bien. Os he comprado algo a las dos. A ti por aprobar y a ella, por ayudarte a que aprobaras. Acompáñame arriba y te lo daré, así podrás decirme si crees que le gustará.

Entraron en la habitación de Jay. Él sacó del cajón de la mesita de noche dos estuches pequeños de terciopelo, uno verde y el otro azul oscuro.

—¿Los compraste en Tiffany's?

—Sí, en la tienda que está cerca de casa. Este es el tuyo —dijo dándole el estuche azul.

Elizabeth lo abrió. Era un anillo de oro blanco con una hilera de zafiros.

—¡Papá, es precioso!

—Los he comprado finos. Eres muy joven y quería algo sencillo.

—Me encanta. Gracias —dijo abrazándolo.

—De nada, cariño. Te has esforzado mucho para aprobar. Y la nota que han añadido tus profesores ha hecho que me sienta mucho más orgulloso de ti.

—No lo habría conseguido sin Paige.

—Lo sé. Echa un vistazo al de ella.

Elizabeth abrió el estuche verde. Los dos anillos eran idénticos, pero el de Paige tenía esmeraldas, en vez de zafiros.

—¿Crees que le gustará? Tal vez sea demasiado sencillo para ella.

—Le va a encantar. Ahora seremos como dos hermanas, con el mismo anillo.

Jay puso los ojos en blanco pensando que él no la imaginaba como a una hija.

—¿A qué hora habéis quedado?

—A las ocho.

—¿Para cenar?

—La invité a cenar, pero no aceptó. Dijo que una copa sería suficiente.

—Sigue enfadada contigo. A ver si lo arreglas de una vez.

Elizabeth volvió a entrar en el cuarto de su padre poco después. Jay llevaba traje azul marino y camisa blanca. Se estaba anudando la corbata.

—¿Vas a ir así?

—¿Por qué? ¿Voy mal?

—Tú nunca vas mal, pero me gustas más con el traje gris y la camisa negra.

—¿Segura?

—Sí. Y no te pongas corbata.

—¿Ahora eres experta en ropa masculina?

—No, pero vas a ver a Paige y a ella le gustan los hombres con traje, pero sin corbata. Elegantes, pero al mismo tiempo informales.

—En ese caso, me cambiaré.

—Un día que estábamos hablando de chicos dijo algo de ti que me gustó.

—¿Qué dijo?

—Que eres el prototipo de hombre sexy con traje.

Jay se rio.

—Yo creo que le gustas, aunque puede que ni siquiera ella lo sepa.

Es posible que eso sea lo que me sucede a mí, pensó Jay sonriendo.

—¿A ti te gusta Paige?

—Claro que no —dijo él sonriendo.

Paige se pintó las uñas de las manos y de los pies, con gran dificultad, porque estaba nerviosa. Charlie se acercó a la puerta del baño, que estaba abierta, cuando se estaba maquillando.

—¿Todo bien?

—Estoy un poco nerviosa.

—Supongo que no es la primera vez que vas a tomar una copa con un hombre.

—Es la primera vez, con él. Voy a ponerme el vestido que me regaló.

—Le gustará el detalle.

—Puede que no le parezca bien, es muy atrevido.

—¿Te preocupa si le gusta o no la ropa que te pones? No olvides que Jay ha vivido muchos años en Nueva York. Le gustará verte con ese vestido. No sé si sabes que son las ocho menos veinte. ¿Te queda mucho?

—Sólo vestirme y ponerme los zapatos.

—Voy a sacar el coche.

—Charlie, puedo ir caminando.

—De eso nada. Te espero bajo.

Paige se metió el vestido por la cabeza, con cuidado de no rozar los labios.

—Esto va a ser un bombazo en este pueblo —dijo riendo mirándose en el espejo.

El vestido era negro entallado y se amoldaba perfectamente a sus curvas. El escote era bastante descarado. Se puso una gargantilla fina de brillantes con la pulsera y los pendientes a juego. Cogió el abrigo y salió del cuarto.

Charlie se dirigió al pie de la escalera cuando la oyó bajar.

—¡Madre mía! A Jay le va a dar un infarto, y puede que también a todos los que haya en el pub. Lástima que no esté allí para verles las caras.

—Qué tonto eres. Me pondré el abrigo y pasaré desapercibida.

—Eso no te lo crees ni tú, estás realmente preciosa.

Jay entró en el salón. Elizabeth estaba viendo una película.

—Me marchó, cariño.

—Pórtate bien.

—Eso se lo dicen los padres a los hijos.

—Hoy no. Que te diviertas.

—Gracias. No creo que tarde más de una hora.

—Prepararé la cena, pero si la convences para que cene contigo no me importará.

—Vale —dijo acercándose a ella y besándola.

Charlie paró el coche detrás del de Jay.

—Jay ya está dentro, ese es su coche. Espera, te abriré la puerta.

Charlie la ayudó a ponerse el abrigo de Chanel, que era entallado y con botones grandes y ella se lo abrochó.

—¿Mejor con el abrigo?

—Para hacer la entrada, sí. Ve desabrochándolo cuando camines hacia Jay y quítatelo cuando estés llegando a él.

Paige se rio.

—Mi mujer lo hizo una vez. La esperaba en un restaurante muy elegante para cenar. Iba desprendiéndose del abrigo mientras se acercaba a mi mesa. Debajo llevaba un traje de noche increíble. La imagen de ese momento jamás se borró de mi mente.

—Vaya, qué romántico. Me he emocionado.

—Perfecto. Con los ojos brillantes todavía será mejor.

Ella volvió a reír.

—Tu amigo no me gusta.

—Ya, es lo que dices siempre.

Cuando Paige entró en el local todos los que estaban en la barra se volvieron a mirarla. Ella los saludó sin dejar de caminar hacia la zona del pub. Vio a Jay y él a ella. Entonces sonrió, pensando en las palabras de Charlie y aminoró el paso. Empezó a desabrocharse el abrigo y se lo bajó por los hombros cuando prácticamente llegaba a la mesa donde se encontraba Jay. A él se le aceleró la respiración. De pronto se sintió intranquilo. Era la primera vez que le sucedía al ver a una mujer. Se levantó del sofá.

—Hola.

—Señor Hammond —dijo ella a modo de saludo.

—¿No piensas tutearme?

—Sería inapropiado que me dirigiera a usted de un modo tan informal.

Jay esbozó una divertida sonrisa que hizo que a Paige se le erizara el vello de todo el cuerpo.

—Te doy permiso para que actúes de manera inapropiada conmigo siempre que quieras. A decir verdad, siempre he disfrutado mucho de tus actitudes inapropiadas.

—En ese caso no hay problema. Aunque no nos han presentado.

—Hola, soy Jay Hammond —dijo tendiéndole la mano.

—Paige Stanton —dijo ella estrechándose la firmemente.

Paige sintió un temblor que le recorrió el cuerpo al notar la mano de él presionar la suya.

—¿Me devuelves la mano? —dijo ella sonriendo.

—Lo siento —dijo él sonriendo también—. Es que...

—¿Estás nervioso?

—No tanto como tú, pero sí, un poco. Creo que tu entrada me ha afectado.

—Cielo santo, eres el hombre más sexy que he visto nunca.

—Veo que eres valiente.

—Siempre lo he sido. Sobre todo, si estoy rodeada de gente —dijo ella con una cálida sonrisa.

—Eres la mujer más inteligente, ingeniosa, valiente y preciosa que he conocido jamás.

Y me estás poniendo a cien, pensó Jay.

—Gracias. Me he puesto tu vestido —dijo dando la vuelta para que lo viera—. Bonito, ¿eh?

—Cuando lo compré no me parecía tan bonito, pero sobre tu cuerpo... Estás preciosa.

Paige se sentó en el sofá y él en el otro, frente a ella. Tom, el dueño del local se acercó.

—Hola. Hoy estás muy guapa.

—Gracias. Luego le diré a tu mujer que me lo has dicho.

—Ha sido ella quien ha dicho que estás despampanante. ¿Vais a cenar aquí? ¿No preferís el comedor?

Jay la miró para que ella decidiera.

—Vamos a tomar una copa. Tenemos que hablar de negocios.

Tom miró a Jay, pero él seguía sin apartar la mirada de Paige, quien cada vez se encontraba más azorada, y él lo notaba.

—¿Qué vais a tomar... para hablar de negocios?

—Yo tomaré un whisky doble con hielo. El mejor que tengas. Va a pagar él —dijo ella con una radiante sonrisa.

Jay le dedicó una sonrisa de infarto, que es lo que estuvo a punto de producirle a ella.

—Yo tomaré lo mismo.

El hombre se retiró.

—¿Sueles tomar whisky doble o es porque necesitas tranquilizarte también?

—Yo estoy tranquilo. Estás deslumbrante.

—Tú estás increíble. Ese traje te sienta de puta madre.

Tom apareció con las bebidas y las dejó sobre la mesa.

—¿Has venido caminando?

—No, me ha traído Charlie.

—¿Por qué no has querido que te recogiera en casa?

—Porque esto no es una cita. Y será mejor que empecemos. Charlie me espera para cenar, y supongo que tu hija también.

—Elizabeth me ha pedido que arregle lo nuestro.

—No sabía que había un *nuestro*. Además, no hay nada que arreglar.

—No has contestado mi correo. No vas a hacerlo, ¿verdad? Mi mensaje fue el último y también mi correo, ¿es eso?

—¿Qué importa? Supongo que tienes algo que decirme.

—Por supuesto. Pero antes quiero que veas las notas de mi hija y la nota que me han escrito sus dos profesores —dijo sacando los sobres del bolsillo y entregándoselos.

Paige sacó del primer sobre los resultados de las notas, lo leyó y sonrió. Cruzó las piernas y Jay bajó la mirada hacia ellas, y sintió un deseo incontrolable de acariciarlas.

—No te quejarás, ha obtenido los resultados más altos.

—No lo habría conseguido sin ti.

—Todos necesitamos una pequeña ayuda de vez en cuando —dijo ella metiendo las hojas en el sobre y sacando la nota que había en el otro.

—¿Pequeña ayuda? Nadie habría hecho por ella lo que has hecho tú.

—Agradezco tus palabras. Vaya. Esto sí es algo inusual. Los profesores no suelen alabar de esta forma a sus alumnos. Me alegro muchísimo por ella, y por ti. Esto hará que no haya ninguna mancha en su expediente y podrá ir a la universidad que elija. Felicidades. Tienes una hija fantástica —dijo ella con los ojos brillantes por la emoción.

—También me siento orgulloso de ti.

—Gracias.

Jay vio que las lágrimas estaban a punto de desbordarse, estaba emocionada.

—Bien. ¿Tienes algo que decirme?

—De acuerdo. Siento muchísimo haber pensado que no estabas capacitada para ayudar a mi

hija. Te he subestimado. Y te pido disculpas de todo corazón.

—Disculpas aceptadas.

—He traído tu recompensa. Pero, después de ver los resultados de los exámenes, y las joyas que llevas, no sé si dártela o no.

—¿Qué tiene eso que ver con las joyas que llevo? Quedamos en que sería un detalle.

—Y te he comprado un detalle. Y como dijiste que cada vez que lo vieses recordarías su significado..., pensé que las manos eran lo más cercano a la vista.

—¿Me has comprado unos guantes?

—Eres muy graciosa —dijo él sonriendo. Sacó el estuche del bolsillo de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa.

—¿Tiffany's?

—Estaba cerca de mi casa, y de la tuya. Además, no creo que te importe donde lo haya comprado.

Ella cogió el estuche y lo abrió. Luego lo cerró de nuevo y lo dejó sobre la mesa.

—Jay, no puedo aceptar algo así.

—Es la primera vez que pronuncias mi nombre.

—¿Eso es importante?

—Para mí, sí.

—En serio, no puedo aceptarlo.

—¿No es suficiente para ti?

—¿Qué dices! Es demasiado. Cuando te dije que compraras algo me refería a algo sencillo y sin valor. Ya gastaste mucho dinero en este vestido.

—Eso fue como agradecimiento por todas las horas que le dedicaste a mi hija. Y después de verte con él, mereció la pena comprarlo.

—No pensaba cobrarte. Lo hice por ella, no por ti.

—Lo sé. De acuerdo. Si no lo quieres, tíralo a la primera papelería que encuentres al salir. Elizabeth no se sentirá muy contenta de que no lo hayas aceptado.

—¿Qué tiene que ver ella en esto?

—Compré dos anillos iguales. Quería que tuvierais algo que a ambas os recordara todas esas horas que habéis pasado juntas. Con un final increíble, por cierto. A ella le ha gustado el detalle. Ha dicho que ahora seríais como hermanas, con el mismo anillo.

—Hermanas —dijo Paige riendo—, eso te habrá gustado.

—Eso me convertiría en padre tuyo y no me ha hecho mucha gracia, la verdad —dijo sonriendo.

—Me has convencido. Lo aceptaré.

Jay la miró con una cálida sonrisa y sacó el anillo del estuche.

—Lo suponía. Dame la mano.

Paige lo miró indecisa.

—Por favor.

Ella miró a ambos lados para comprobar si alguien los miraba. Que Jay le pusiera un anillo en el dedo podía dar pie a muchas especulaciones.

Tendió la mano y él se la cogió. Paige sintió otra sacudida que le atravesó el cuerpo en décimas de segundo. Su pulso se aceleró y sentía su corazón descontrolado.

—Estás nerviosa. Sé lo que estás pensando —dijo él notando el cambio en ella mientras le ponía el anillo en el dedo anular.

—¿Lo sabes?

—Has pensado que te iba a pedir que te casaras conmigo. Pero no lo voy a hacer.

—Estás confundido en cuanto a eso.

—¿En cuanto a que no te lo voy a pedir?

Paige lo miró con una sonrisa nerviosa.

—Estaba bromeando. Sabes, para mí, ponerle un anillo en el dedo a una mujer es algo aterrador. Ya lo hice una vez y no me salió bien.

—Yo pienso lo mismo, y más aún, si el que me lo pone eres tú. Tengo que irme.

—No has terminado la copa.

—Es que no tenemos nada más de qué hablar.

—Bien. ¿Vendrá Charlie a recogerte?

—No, volveré caminando. A no ser que quieras acercarme tú.

—Te llevaré a casa. ¿Seguro que no quieres que vayamos a cenar? Podemos ir a la ciudad. Ese vestido es demasiado elegante para cenar aquí.

—Me lo has comprado tú.

—Y no me arrepiento. Habría ido a Nueva York sólo para comprártelo. Me has impresionado al verte y no suelo impresionarme al ver a una mujer.

—Eres muy amable. ¿Te importa llevarme a casa ahora? —dijo ella porque, si esperaba más, empezaría a temblar.

Los dos se pusieron de pie. Jay le cogió el abrigo de la mano y lo sujetó para ayudarla a ponérselo. Le rozó los brazos y los hombros al subírselo y ella se estremeció. Jay fue a la barra a pagar y luego salieron a la calle. Ninguno de los dos dijo nada en el corto trayecto. Jay detuvo el coche delante de la casa y bajó para abrirle la puerta y ayudarla a bajar.

—¿No pensarás acompañarme hasta la puerta? Esto no ha sido una cita.

—Desde luego que no. De haber sido una cita, no terminaría aquí.

Jay se acercó a ella despacio. Estaba muy seguro de sí mismo, muy sexy y le brillaban los ojos. Paige estaba frente a él, junto al coche. Jay se acercó más a ella y le pasó la lengua por los labios. Él notó lo alterada que estaba.

—Tranquila, sólo quiero provocarte un poco. Bésame, Paige.

Ella le miró la boca.

—¿Por qué no te dejas llevar si sabes que te va a gustar?

Paige seguía mirándolo.

—Bésame y veremos qué pasa.

Se acercó a él. Metió las manos en el interior de su chaqueta y las llevó hasta su espalda, acariciándolo suavemente. Todos los músculos de Jay se tensaron con el contacto. Luego posó los labios sobre los de él y lo besó. Y no con un ligero beso.

Jay no había esperado aquello. Un beso en la mejilla no le habría extrañado. Incluso un roce en los labios le habría parecido adecuado en ella. Pero aquel beso fue una clara invitación. Una intimidad seductora que podría hacer caer a un hombre por un precipicio en el que ni siquiera supiera que se encontraba.

Paige sintió un calor en el vientre que se propagaba hacia abajo y eso la hizo detenerse.

—Gracias por la copa —dijo separándose de él—. Ya nos veremos por ahí.

—Supongo que sí —dijo todavía aturdido.

Paige caminó hacia la casa, abrió la puerta y entró, cerrándola tras de sí. Durante un instante se quedó apoyada en ella, intentando recuperar el dominio de sí misma.

Al oír la puerta, Charlie fue al recibidor.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre preocupado al verla allí.

—Sí —dijo ella reaccionando y sacándose el abrigo.

—¿Habéis arreglado las cosas entre vosotros?

—Charlie, no había nada que arreglar. Me ha regalado un anillo —dijo ella mostrándole la mano.

—Eso ya es algo. Muy bonito.

—Voy a cambiarme y cenaremos —dijo dirigiéndose a la escalera.

Mientras Paige recogía la mesa de la cena Charlie llamó por teléfono a su amigo Will. Tenía que haberse reunido con él y unos amigos esa tarde y no apareció.

—Hola, Will, soy Charlie.

—Hola, Charlie. Perdona que no haya ido a la cafetería, pero tengo un serio problema.

—¿Qué pasa?

—Ed se ha puesto enfermo. Por lo visto ha cogido un virus y está en el hospital. He perdido el día y voy a perder toda la semana. He estado buscando a alguien que me acompañe, incluso en los pueblos de los alrededores, pero ya sabes que en esta época todos están trabajando.

—No sabes cuánto lo siento.

—Gracias. ¿Nos vemos mañana para tomar una cerveza?

—Claro. Buenas noches, Will.

—¿Quién era?

—Will, el pescador que te presenté el otro día. Tenía que haber salido a pescar esta madrugada, pero Ed, el chico que siempre le acompaña está en el hospital y estará unos cuantos días allí. Ha cogido un virus. Los pescadores tienen que aprovechar el verano. En invierno, las temperaturas no permiten hacerse a la mar. No encuentra a nadie para que lo acompañe y está preocupado porque perderá la semana.

—Lámalo y dile que yo sustituiré a Ed.

—¿Tú?

—He salido a pescar con mi padre desde que tenía tres años. Sé lo que tengo que hacer. Lámalo. Estaré preparada a la hora que él me diga.

—Pero te ibas de vacaciones.

—Esto es una emergencia. Aunque, no tengo ropa adecuada.

—Eso lo arreglaré yo —dijo Charlie cogiendo el teléfono.

Después de hablar con Will colgó.

—Ha estado un poco reacio al principio, pero como está desesperado, ha aceptado. Ha dicho que te espera a las cuatro de la mañana en el barco. Haréis una parada en una isla para descargar unas mercancías. Paige, no volveréis hasta el sábado por la tarde.

—No es problema.

—Voy a llamar a Lauren, la de la tienda y le diré que te prepare la ropa que necesitas.

—Dile que necesito de todo. Ed es mucho más alto y corpulento que yo y no me servirá nada.

—Lauren te traerá lo necesario en media hora —dijo después de colgar el teléfono.

—Estupendo. Charlie, ¿te importaría dejarme el coche? Tengo que decirle a Elizabeth que mañana no estaré aquí.

—Sabes que no necesitas pedírmelo. Las llaves están puestas.

Paige se dirigió a la puerta.

—¿Vas a ir con pijama y zapatillas?

—Voy a ir en coche, no me verá nadie.

Charlie sonrió cuando salió porque pensó que Jay sí la vería.

Paige llamó a la puerta. Ni siquiera se le había ocurrido pensar que Jay estaría allí.

—Eres la última persona que pensé encontrar en mi casa.

—En teoría no estoy en tu casa.

Él la cogió de la mano y tiró de ella para que entrase.

—Ahora sí —dijo sonriendo y cerrando la puerta.

—Qué gracioso.

—¿Eres la misma mujer con la que he tomado una copa hace un rato? —dijo mirándola de arriba abajo— ¿Has venido con pijama?

—He venido con coche y no me ha visto nadie.

—¿Vas a dormir aquí?

—Eso no estaría mal, aunque no estaría de acuerdo en lo de *dormir*.

Jay se rio.

—¿Está tu hija?

—Está duchándose. Pasa, por favor —dijo él dirigiéndose a la cocina—. ¿Has cenado?

—Sí.

—¿Quieres un café o cualquier otra cosa?

—No, gracias.

—Elizabeth me ha dicho que mañana pasaríais el día en la ciudad.

—Por eso estoy aquí. Ha surgido un imprevisto y tenemos que aplazarlo. ¿Puedo subir a hablar con ella? Tengo prisa.

—Está en la ducha.

—Nos hemos visto desnudas, no le importará.

—En ese caso, adelante. Su baño es la primera puerta de la derecha.

—Gracias —dijo ella subiendo la escalera corriendo.

A los diez minutos volvió a bajar.

—Me marchó —dijo ella dirigiéndose al recibidor.

—¿Siempre tienes prisa? —dijo él caminando detrás de ella.

—En el bar no tenía prisa, sólo necesitaba marcharme. Pero ahora sí, tengo que levantarme a las tres.

—¿Vas a pescar?

—¡Esto es la leche! Aquí no se puede hacer nada sin que se entere todo el mundo. ¿Cómo te has enterado tan pronto?

—Lo he dicho porque a esa hora suelen levantarse los pescadores.

—Buenas noches —dijo ella al llegar a la puerta.

—¿Esta vez no hay beso?

—Si quieres un beso, tendrás que besarme tú.

Jay se acercó a ella. Paige levantó el rostro y los ardientes ojos azules de Jay la miraron. Colocó una mano en su nuca y ella se estremeció por el contacto. Acercó sus labios a los de ella, se los lamió, como había hecho Paige con él, y metió la lengua entre ellos. La lengua de Jay era insistente y sus labios persuasivos. A los dos se les aceleró el pulso. Jay la empujó contra la puerta para devorarle la boca y ella le correspondió de igual forma. Paige tuvo que separarse de él para coger aire porque se ahogaba. Ella lo miró a los ojos y vio que a él le había afectado el beso tanto como a ella.

—Buenas noches —dijo Paige abriendo la puerta.

—Buenas noches. Que pesques mucho.

—Haré lo que pueda —dijo corriendo hacia el coche.

¡Dios! Cómo besa ese hombre. Nunca he sentido nada igual con nadie, pensó Paige.

Paige se había encargado de un montón de cosas antes de meterse en la cama. Pero antes de dormir contestó al mensaje de Jay y a su correo, pero se los enviaría al día siguiente.

Capítulo 7

A las tres de la mañana sonó la alarma del móvil de Paige. La apagó y llamó a su padre, quería oír su voz antes de embarcarse, por si le pasaba algo. Luego llamó a Jason para decirle que le quería. Y por último le envió a Jay el mensaje y el correo.

Charlie tenía el desayuno preparado cuando entró en la cocina

—¿Por qué te has levantado?

—Quería desayunar contigo.

—¿A las tres y veinte de la mañana?

—Tenía hambre.

—Seguro que sí.

—Te he preparado un termo grande con café con leche. En el barco hará mucho frío.

—Gracias.

Will ya estaba en el puerto cuando Charlie llevó a Paige.

—Hola, Will.

—Hola, Paige. Esto no me convence mucho.

—Trabajaré tan duro como tú.

—No voy a exigirte tanto. Dame tus cosas, las subiré al barco.

—Charlie, te veo el sábado —dijo ella abrazándolo.

—Estaré aquí esperándote. Ten cuidado.

—Lo tendré.

—Will, cuida de ella.

—La cuidaré bien. Llamaré a Toni por radio cada tarde.

Quince minutos después, Paige soltó amarras y zarparon.

Jay se levantó a las siete y media y bajó a desayunar. Luego subió a vestirse. Antes de marcharse comprobó el móvil por si tenía algo del trabajo. Vio un mensaje y dos correos, y se extrañó al ver que todos eran de Paige. Abrió el mensaje, extrañado porque se lo había enviado a las tres de la mañana, y lo leyó.

Te pedí que no contestaras a mi último mensaje y no sabes cuánto me he arrepentido y me he maldecido por ello, porque he echado muchísimo de menos tu contestación.

A las cuatro de la mañana zarparé en un barco de pesca, para trabajar. No sé si eso significará para ti, subir de categoría o bajar, comparándolo con lo del supermercado. No volveré a casa hasta el sábado por la tarde. Sé que no te importará que esté fuera, porque entre tú y yo no hay nada, pero quería escribirte, por si sucede algo y no vuelvo. No me gusta dejar cosas pendientes.

Esto no quiere decir que me arrepienta de todo lo que te he dicho, porque no me arrepiento, ni siquiera de lo de anoche. El que nos besáramos no entraba en mis planes, aunque, supongo que fue inevitable. Y he de admitir que me gustó muchísimo besarte y que me besaras. Con el primer beso fue un arrebató. No tenía intención de hacerlo. Aunque he de decirte que deseé besarte durante todo el tiempo que estuvimos en el pub. Tienes una sonrisa matadora y unos labios irresistibles. Cada vez que los miraba sentía deseos de lamerlos, morderlos y sentirlos deslizándose por mi piel. Y en cuanto al beso de tu casa...

¡Madre mía! No sé si voy a poder resistirme a ti cuando vuelva a verte. Perdona, no pretendía hablarte de eso. Me tienes tan distraída, que pierdo el hilo de la conversación.

Si me sucede algo y no volvemos a vernos, por favor, dile a Elizabeth que la quiero muchísimo, y dale el anillo que me regalaste, que he dejado en el cajón de mi mesita de noche, para que se lo ponga junto al suyo, así me recordará de vez en cuando.

Y pásate por casa de Charlie a menudo para ver si está bien. Y dile que le quiero.

No me llevo el móvil ni el ordenador, pero quiero que sepas que echaré muchísimo de menos tus mensajes.

Cuidate.

Jay salió de casa lo más rápidamente posible, ni siquiera leyó los dos correos que había recibido, también de Paige. Sacó el coche del garaje y se fue a casa de Charlie. Llamó a la puerta.

—Hola, Jay. Es algo temprano, ¿no?

—Hola. ¿Qué significa eso de que se ha ido a trabajar en un barco?

Charlie sonrió al darse cuenta de que su amigo estaba preocupado por Paige. Le contó lo sucedido.

—¿Cómo la has dejado ir?

—Yo no soy nadie para prohibírselo. Fue ella quien se ofreció a ayudar a Will, fue decisión suya. Sabes, tiene dos semanas de vacaciones y pensaba ir a Florida a ver a su padre. Sin embargo, ha preferido pasar la mitad de sus vacaciones ayudando a alguien.

—Sabes que ese trabajo es muy duro.

—Lo sé. Pero su padre también es pescador y ella ha ido con él muchas veces.

—Pero...

—Ahora me doy cuenta de que estás interesado en ella.

—No es eso, pero...

—Will llamará cada tarde por radio. Hablaré cada día con la central y te informaré de si Paige está bien.

A las ocho y diez de la mañana el barco atracó en una isla para descargar unas mercancías. Will le dijo a Paige que les llevaría, al menos, tres horas y ella decidió bajar del barco para dar una vuelta.

Era una isla pequeña. Recorrió el pueblo y se paró delante de una joyería al ver algo que le llamó la atención. Entró en el local y le pidió al propietario que le enseñara los delfines que había en el escaparate. El hombre sacó una bandeja y la dejó sobre el mostrador. Le dijo que eran gemelos y que no se vendían mucho, excepto a algunos turistas, porque allí nadie llevaba traje. A Paige le encantaron. Eligió tres juegos de diferentes colores y el hombre los puso en un estuche de manera que los delfines quedaban expuestos perfectamente. Luego eligió una pulsera de oro con colgantes marinos para Elizabeth. Paige le preguntó si podría enviarlos al pueblo donde vivía y él le dijo que sí, que salía un barco al amanecer cada día. Le dio el nombre de Jay y de Elizabeth y el nombre de la calle, aunque no sabía el número. Él le dijo que no se preocupara, porque lo recibirían incluso sólo con el nombre. Paige escribió dos notas y las metió en los sobres que el hombre le dio.

Cuando Jay terminó de hablar con el cliente y éste se marchó, volvió a sentarse en su mesa de despacho y abrió el portátil para leer los correos de Paige. Leyó el primero.

¿Me has llamado “cielo”? Eso es nuevo.

El que grabaras esos vídeos para mí de las cosas que echo de menos, fue todo un detalle. Y sabes, me intranquiliza tener todos esos vídeos tuyos en mi móvil.

Parece que le esté escribiendo a otra persona. Estaba acostumbrada a tratarte de manera más formal. El “usted” era como una barrera para guardar las distancias, y ahora no existe.

Aunque me cueste admitirlo, tengo que decir que, en un par de ocasiones, he imaginado que estábamos juntos. Pero sólo eso, no he llegado más lejos.

¿Cena, copa y sexo? ¿Eso es lo que tienes pensado para mí? ¡Sigue soñando!

¿Dices que puede que nuestra historia termine después de que me eches un polvo? Pues entonces, me temo que la historia durará mucho, porque no pienso acostarme contigo.

Me alegra que quieras seguir con nuestra “relación”. He de reconocer que a veces añoro tus palabras escritas. Qué masoquista, ¿eh?

Sé que has empezado a desearme y, tal vez puedas sobrevivir sin conseguirme, pero llegará el momento en que necesites estar conmigo más que respirar.

Te dije que no pienso utilizar ningún método de seducción. Eso hará que me lleve algún tiempo extra, pero no tengo prisa.

¡Eres un creído! Aunque con lo condenadamente guapo que eres, tienes motivos para serlo.

Me gusta que seas un buen padre, porque Elizabeth merece lo mejor y me gusta tu hija. Pero sigues sin ser mi tipo.

Experimento una extraña atracción física cuando te veo. A veces, incluso sin verte.

Es verdad que te encuentro sexy. Muy, muy sexy. Y dudo mucho que no te hayas fijado en mí. Lo pude comprobar ayer por la tarde, cuando quedamos para tomar esa copa. Tengo que añadir que, cuando vi la foto en la que estás apoyado en mi coche, me pareciste sexy y seductor, como uno de esos modelos de Armani. Aunque eso, mejor no volverlo a mencionar.

Ayer no hiciste nada respecto a tus amenazas... Menos mal, eso me tenía intranquila. Veo que no reaccionas ante mis provocaciones.

Sé que me deseas. Conozco la mirada de un hombre, cuando mira a una mujer como si se la quisiera tragar de un solo bocado. Esa era la mirada que tenías ayer, cuando estabas sentado frente a mí.

¿Sigues pensando que no merezco la pena o has cambiado de opinión? Y parece que haces caso omiso a mis desafíos.

Sé que podrías seducir a cualquier mujer. El problema es, que yo no soy cualquier mujer, y a mí no me conseguirás.

Estoy ansiosa por ver cómo fracasas, intentando seducirme, y me reiré cuando te rindas. Y te aseguro que preferirás morir si no puedes tenerme.

Puedo adelantarte que no hay nada que tú puedas enseñarme. Creo.

No entiendo cómo tu hija te ha salido tan perfecta. Puede que se parezca a su madre. ¡Qué estoy diciendo! Si es tu vivo retrato. A veces, me siento intranquila al verla porque es como si te tuviera delante.

Es cierto que me pongo nerviosa cuando te veo. No consigo relajarme contigo cerca, y no creas que no lo intento.

En cuanto a lo de la ducha... Tenías razón en tus sospechas, lo dije en ese sentido. Pero fue un simple pensamiento que se desvaneció al momento.

No sabía que tenías una casa en el lago, pero me alegro, así sé que no me encontraré contigo en mis paseos.

En cuanto a tu pregunta de “cuándo fue la última vez que estuve con un hombre”, tengo que decirte que hace bastante, a mediados de junio. Puede que por eso me atraigas tanto. No había echado de menos el sexo, hasta que te vi, jajaja.

—Me gusta esta chica, y mucho. Ojalá se pase pronto la semana para volver a verla. Me gustaría volver a besarla. ¿Por qué me habrá escrito otro correo? —dijo Jay abriéndolo para leerlo.

Seguro que te estás preguntando, por qué te he escrito otro correo.

Me alegro de haberme retirado a tiempo cuando me besaste en tu casa porque, de haber seguido un segundo más, me habría lanzado sobre ti, y no sólo para besarte. Mientras me besabas, en décimas de segundo pasaron por mi mente terribles pensamientos. Pensé que pudiera haber una gran tormenta en el mar y perdiera la vida. Y me habría gustado hacer el amor, una última vez. Y tú estabas ahí. Pero de repente, la imagen de tu hija llegó a mi mente y no podía hacer algo así, ni a ti ni a ella. Como verás, mi autocontrol sigue siendo perfecto. Y no sabes cuánto te deseé en ese instante, casi desesperadamente.

Y cambiando de tema. Mi padre es pescador y siempre me ha dicho que cuando uno se hace a la mar, tiene que tener sus asuntos en orden, porque el mar es imprevisible. Como no tenía planes de trabajar en un barco, no me he preocupado de tener todas mis cosas en orden. Así que voy a pedirte un gran favor. Acabo de escribir un testamento y he puesto como hora las nueve de la noche de ayer. A esa hora estábamos en la puerta de casa de Charlie y él estaba dentro. He puesto su nombre y el tuyo como testigos. Ven a mi casa y dile que tienes que subir a mi habitación a por unos papeles. Y si no vuelvo los firmáis. He dejado el sobre en el cajón de mi mesita de noche y sobre él el anillo que me regalaste, que tengo que decir que me encanta. Hay otro sobre para mi padre y en él están escritos sus datos. ¿Te importaría hacérselo llegar? Espero que no te importe que me haya tomado estas confianzas contigo, pero confío plenamente en ti.

Me alegro de haberos visto a Elizabeth y a ti, por última vez. Y tienes que saber que he estado excitada desde el momento en que has abierto la puerta.

He dejado otro sobre con tu nombre. En él están las llaves de mi casa y el contrato y las llaves de una caja de seguridad de un banco de Nueva York. Tendrás que ir allí y coger las joyas que hay en su interior. También te he dejado anotada la combinación de la caja fuerte de mi casa. En ella encontrarás los documentos de la hipoteca y el seguro que contraté con ella que, en caso de fallecimiento, quedaría cancelada. En ella también encontrarás la póliza de mi seguro de vida.

Siento pedirte todo esto, sé que no nos conocemos lo suficiente, pero estoy segura de que te ocuparás de todo y mi padre se encontraría perdido sin ti.

También he redactado unos poderes a tu nombre para que tengas acceso a todo lo que es mío y a cualquier situación que se te presente, sólo tendrás que firmarlo con otro testigo.

Voy a echar de menos tus mensajes estos días. Y no olvides que el siguiente tienes que escribirlo tú.

Ojalá vuelva y podamos seguir con nuestra extraña relación. Siento no haber tenido tiempo de seducirte, pero que sepas, que lo habría conseguido. Y si vuelvo, lo haré.

Pensaré en ti estos días.

—¡Hostia puta! —dijo Jay echándose hacia atrás en la butaca.

Jay tenía una cita ineludible con un cliente a las tres y media, pero le dijo a su secretaria que cancelase todo lo del resto de la tarde, después de ella.

A las cinco se presentó en casa de Charlie y le dijo que Paige le había pedido que leyera algo que había dejado para él en su habitación. Charlie le indicó cual era su cuarto y subió.

Abrió el cajón de la mesita de noche y cogió el anillo. Luego sacó todos los sobres que había en el cajón y comprobó el contenido de los mismos. Sacó de uno de los sobres el testamento y lo leyó.

Yo, Paige Stanton, en pleno uso de mis facultades, escribo este testamento ológrafo, en caso de mi inesperada muerte.

Jay Hammond será quien se encargue de todos mis asuntos de la forma que crea más conveniente.

A Jay Hammond no voy a dejarle dinero, porque tengo entendido que tiene suficiente para vivir más de una vida, holgadamente. Pero quiero que conserve mi coche, sé que le gustó cuando lo vio y creo que es perfecto para él. Un coche sofisticado para el hombre más sexy y sofisticado que he conocido. Así podrá acordarse de mí, durante el tiempo que lo conserve. Si estuviera absolutamente segura de que mi vida iba a terminar en breve, le diría algunas cosas, pero como no es así, me las reservaré.

A su hija, Elizabeth Hammond, le dejo las joyas que tengo en la casa en la que vivo en Alaska y las que tengo en la caja de seguridad de un banco de Nueva York. El señor Hammond tiene el contrato y la llave de dicha caja. Además, le dejo el vestuario y complementos que tengo en la casa de Alaska y también en mi casa de Nueva York. Elizabeth es muy joven y no podrá utilizarlos todavía, pero llegará el momento. Y quiero que me recuerde cada vez que lleve una prenda mía. He llegado a quererla en el poco tiempo que nos conocemos, tanto como si fuera una hermana o una hija. No sabría decir cuál de las dos porque no tengo hermanas ni hijas. Pero sí sé que la quiero muchísimo.

Cuando se cobre el dinero de mi seguro de vida, quiero que se le entregue a su padre, Jay Hammond, un millón de dólares, para cubrir todos los gastos de Harvard, la Universidad a la que Elizabeth desea ir. Sé que el señor Hammond podría ocuparse, pero quiero que Elizabeth sepa que he sido yo quien se ha hecho cargo y me recuerde por ello.

A mi querido amigo, Jason Hunt le dejo todo el equipo de informática que hay en mi casa de Nueva York y que es de mi propiedad. Siempre me ha dicho que mi equipo es superior al suyo, siendo él profesor de informática de una prestigiosa universidad. A Jason también le dejo el cuadro que hay sobre mi cama, en mi casa de Nueva York, que siempre que lo ve me dice que le gusta y quiero que se acuerde de mí cada vez que lo contemple. Y además se le entregará un millón de dólares. Jason ha sido mi apoyo en todos los momentos delicados de mi vida. Ha estado siempre conmigo cuando lo he necesitado. Siento no haber escuchado todos sus consejos. Le quiero con locura.

A mi jefe, Frank Dickinson, no le dejo dinero, porque tampoco lo necesita. Pero sí quiero que tenga el cuadro que hay detrás del sofá, en mi casa de Nueva York. Estábamos juntos en la galería de arte cuando lo compré y siempre me ha dicho que lo tenía yo porque me había adelantado al comprarlo. Además se le entregará todo el equipo informático que hay en la casa en la que vivo ahora en Alaska, que es de su propiedad. Frank ha sido más que un jefe para mí y el mejor jefe que uno pueda desear. Le quiero

muchísimo, y también a su mujer.

A Charles Martin, con quien vivo en estos momentos en Alaska, le dejo todas mis acciones, que al día de hoy están valoradas en unos doscientos noventa y cinco mil dólares. Y en caso de querer venderlas le sugiero que se ponga en contacto con mi jefe y él le asesorará tan bien como yo. También le dejo a Charlie mi móvil y mi portátil, con la condición de que aprenda a utilizarlos. Y quiero que se le entregue un millón de dólares para que disfrute de una buena jubilación. Charlie me ofreció su casa cuando llegué a Alaska, sin ni siquiera conocerme y se ha portado conmigo como si fuera un padre y le quiero muchísimo. Lástima no haber conocido a su hijo Parker, que siempre bromeaba con que quería casarlo conmigo.

A Alfred Dilon, el portero de mi casa de Nueva York, le dejo cien mil dólares. Siempre se ha portado conmigo amablemente y ha sido cariñoso y servicial. He llegado a apreciarlo muchísimo.

A su hermana, Laura Dilon, le dejo también cien mil dólares para que tenga una ayuda con las niñas. Y le doy las gracias por ocuparse de mi casa, tan bien o mejor que yo. Su ayuda ha sido esencial para mí.

Y por fin a mi querido padre, Henry Stanton, le dejo mi casa de Nueva York, para que tenga un lugar donde pasar sus vacaciones. Además del dinero que reste. Ha trabajado muy duro durante toda su vida para sacarme adelante y me ha dado una vida maravillosa. Mi padre ha sido lo más importante en mi corta vida. Desde que mi madre falleció cuando tenía tres años, él ha sido mi padre y mi madre, y no podría haberlo hecho mejor. Hemos estado muy unidos durante toda nuestra vida y lo estaremos hasta el final. El consiguió que tuviera una infancia y una adolescencia feliz, a pesar de los pocos recursos con que contábamos. Lo quiero como nunca hubiera pensado que se podría querer a una persona. En parte me alegro de haber hecho yo antes este viaje no deseado, porque si yo lo perdiera, no lo podría soportar.

Al pie del testamento Paige había escrito la fecha, y debajo de ella había firmado. Más abajo había escrito el nombre de Jay y el de Charlie, uno junto al otro, a falta de firmar. Había dejado dentro del sobre, incluso, el bolígrafo con el que había redactado el documento para que ellos lo firmasen con el mismo.

Jay volvió a meter todos los papeles en los sobres. Los metió en el cajón y colocó el anillo sobre ellos, como lo había encontrado.

No le va a pasar nada, volverá el sábado, pensó Jay mientras salía de la habitación.

—¿Todo bien? —preguntó Charlie cuando Jay entró en el salón.

—No, nada está bien.

—¿Qué ocurre?

—Lo que Paige quería que leyera era un testamento. Lo redactó anoche, por si le sucedía algo.

—¡Joder! Tan organizada como siempre. No te preocupes, cuando vuelva lo romperá y listo

—Charlie, no le comentes nada a ella. No te lo dijo para que no te preocuparas.

—Tranquilo.

Jay recordaba todo lo que había leído en el testamento mientras conducía a casa. Se preguntaba por que le dejaba a él el coche, si ni siquiera eran amigos. Y las joyas a su hija y el dinero para la universidad... No pensaba mencionarle a Paige que había leído el documento, a no ser que sucediera algo y tuviera que ocuparse de todo.

Pero además de todo eso, se preguntaba cuáles eran esas cosas que Paige le diría a él, si realmente supiera que iba a morir, como había escrito en el testamento.

Jay y Elizabeth prepararon juntos un bizcocho, con la receta de Paige. Cuando lo metieron en el horno, Jay contestó al teléfono.

—Hola, Charlie.

—Hola, Jay. Acabo de hablar con la central de radio y Paige está bien. Will les ha dicho que es una fuera de serie y que no tiene que explicarle nada, porque siempre sabe lo que ha de hacer. Y que es simpática y divertida. Dice que está planteándose pedirle que trabaje con él.

—Que se olvide de eso. Una cosa es ayudar unos días.

—Ya se lo he dicho —dijo Charlie sonriendo al ver que estaba preocupado por ella.

—Gracias por llamar. Hasta luego, Charlie.

Jay contestó el mensaje de Paige y a continuación los dos correos y los envió.

Cuando Jay regresó a casa al día siguiente Elizabeth estaba terminando de preparar la cena.

—Hola, cariño —dijo Jay entrando en la cocina y besando a su hija.

—Hola, papá. Han traído ese paquete que hay en la mesa.

—¿Qué es? ¿Has comprado algo por Internet?

—No. Además, va dirigido a los dos.

—Es verdad.

—Es alguien que no sabe nuestra dirección, porque sólo pone la calle, sin número ni código postal. No lleva remite, ni franqueo, lo que quiere decir que lo han traído en mano. A ver si es una bomba. Por eso no lo he abierto.

—Muy graciosa. Además, ¿una bomba en este pueblo?

—Sí, sería un poco raro, aunque no imposible. ¿Conoces a alguien que te odie? ¿Alguna mujer descontenta? —dijo ella mirando a su padre y sonriendo.

—Creo que Paige me odia —dijo él sonriendo también.

—No te odia. Pero tendría sentido que fuera ella. Sabe la calle, porque ella vive en la misma, pero no el número. Ábrelo.

Jay abrió el paquete. Dentro habían dos sobres y dos estuches.

—Este sobre es para ti —dijo él dándoselo.

—Es de Paige —dijo la chica al abrirlo y ver la firma. Leyó la nota en voz alta.

Hola, Elizabeth. Espero que todo vaya bien por ahí.

Nos hemos detenido en una isla para descargar unas mercancías y he bajado del barco para dar una vuelta por el pueblo. He visto una pulsera en el escaparate de una joyería y he pensado en ti. A mí me encanta, por eso he comprado una para cada una. Te envío también la mía, no vaya a ser que suceda algo y la pierda. Ya me la darás cuando vuelva.

Tu regalo es el del estuche rojo.

Te quiero.

Paige

Jay pensó que le había enviado las dos pulseras, por si ella no volvía y un calofrío le recorrió el cuerpo. Elizabeth abrió el estuche.

—Mira, papá. Siempre he querido tener una pulsera con colgantes. Me encanta.

—Es muy bonita.

—¿Por qué no abres tu sobre?

—Puede que sea personal.

—¿Tienes algo con Paige que yo no sepa?

Jay no le contestó, no quería mentirle. Se limitó a abrir el sobre. Sabía lo atrevida que era Paige y temía que le hubiera escrito algo comprometedor. Abrió la nota y la leyó rápidamente para él mismo. Luego lo hizo en voz alta

Hola, Jay. Espero que estés bien.

Ojalá hubiera traído la máquina de fotos, porque por aquí hay unas vistas increíbles.

Como me trajiste un regalo de Nueva York, me has obligado a hacer lo mismo contigo.

Me han gustado los delfines tan pronto los he visto. Me ha parecido un diseño precioso y muy original. Y para un hombre como tú, que ha nacido en un pueblo de pescadores, supongo que será un regalo acertado. Aunque no creo que en estas aguas abunden los delfines. Bueno, los haya aquí o no, los delfines me gustan.

El dueño de la joyería me ha dicho que él se encargaría de hacer el paquete y de que lo recibirais, porque yo tengo que volver en diez minutos al barco y no tengo tiempo.

Cuídate.

Paige

Jay abrió el estuche. Realmente, el diseño era precioso. Habían tres juegos de gemelos de cristal. En el primer juego los delfines eran negros con diamantes por ojos. En el segundo eran gris oscuro y los ojos eran esmeraldas. Y en el último era, azul oscuro con dos rubíes por ojos. Jay cogió uno de los gemelos para admirarlo.

Elizabeth leyó la tarjeta que estaba en el estuche.

—El diseño es de un artista italiano. Los delfines están hechos en Venecia, en Murano. Son de cristal engarzados en platino y los ojos son piedras preciosas. Este es el certificado de garantía —dijo dándole a su padre la tarjeta.

—Son preciosos. Se ha gastado mucho dinero con nosotros.

—Eso es porque le importamos —dijo mirándolo y sonriendo.

Llegó el sábado, el día que regresaba Paige. Charlie recogió a Elizabeth en casa y fueron al puerto a esperarla. Jay estaba en casa y salió diez minutos después de ellos y se dirigió también al puerto, pero no quería que ellos lo supieran, y tampoco Paige. Sólo necesitaba verla, para comprobar con sus propios ojos, que había llegado y estaba bien.

Había muchas personas en el puerto, como cada día. Los familiares iban a esperar a sus padres o maridos, después de una jornada de trabajo, o de varios días sin verlos.

El barco de Will estaba atracando en el puerto. Paige subió a cubierta. De pronto, como si algo le dijera hacia dónde tenía que dirigir la mirada, vio a Jay. Estaba a bastantes metros del puerto.

Cuando la vio, Jay se marchó a casa. Ahora se sentía tranquilo. Los temores de ella lo habían alcanzado y había estado preocupado toda la semana. Se había dado cuenta de que necesitaba verla. La deseaba, y nunca había deseado a una mujer con esa intensidad.

Paige y Charlie iban de camino a dejar a Elizabeth en casa.

—¿Va todo bien? —preguntó Paige a Elizabeth.

—Sí. Mi padre no ha podido venir a recibirte porque tenía una reunión por Skype, precisamente a la hora que llegaba el barco.

Paige sonrió, al pensar que lo había visto en el puerto.

—Cariño no somos tan amigos como para que tenga que venir a recibirme.

Después de dejar a Elizabeth se marcharon a casa. Paige subió a su habitación a coger el móvil. Bajó a la cocina y lo puso a cargar. Llamó a su padre para decirle que ya estaba de vuelta. Vio que tenía un WhatsApp de Jay, pero Charlie estaba calentando la cena que había comprado en un restaurante y estaba muerta de hambre. Así que lo dejó para más tarde.

—Mañana por la mañana llega mi hija con los niños.

—Estupendo, tengo ganas de conocerlos. ¿Se quedarán mucho tiempo?

—Diez días. Sé que va a ser un infierno tenerlos aquí, pero los he echado de menos.

—¿Vendrá también tu hijo?

—De momento no, tiene bastante trabajo, pero vendrá antes del invierno.

Después de cenar fueron al salón. Paige le dio el suéter que le había comprado en la isla. Y luego le contó, con pelos y señales todo lo del viaje.

Era cerca de la una de la mañana cuando Paige subió a su habitación. Se duchó y se metió en la cama. Estaba muerta de cansancio. Cogió el anillo de Jay del cajón de la mesita de noche y se lo puso. Luego cogió el móvil para leer el mensaje de Jay. Unas palabras suyas eran todo lo que deseaba en ese momento.

Hoy no vas a conseguir cabrearme con tus palabras, porque me siento completamente feliz al saber que has ido al puerto para verme, pensó Paige sonriendo mientras abría el mensaje.

Te he escrito este mensaje porque me dijiste que lo echaste de menos. ¿Únicamente el mensaje, no a mí?

No sabía que lo de ir a pescar iba en serio, pensaba que estabas bromeando. ¿Cómo se te ha ocurrido esa idea tan estúpida? Ese trabajo no es para ti. Lo del supermercado podía pasar, pero ¿trabajar en un barco de pesca? ¿Estás loca?

No sabía que mis labios te gustaban tanto. Has dicho cosas muy bonitas sobre ellos. Pero lo que más me ha gustado ha sido lo de “que te gustaría sentir mis labios deslizándose por tu cuerpo”. ¡Dios! Eso me ha puesto a cien y algún día lo haré realidad. Parece que te gustan muchas cosas de mí.

Me gusta que tengas esa clase de arrebatos y creo que tan pronto te besé, te largaste porque estabas aterrada.

No digas tonterías. Ese anillo es tuyo y volverás. Quiero vértelo en la mano de nuevo. Si estás leyendo esto significa que estás de vuelta. Así que nos veremos por ahí.

Paige sonrió mirándose el anillo de la mano. Cogió el portátil del suelo y buscó los correos de Jay. Leyó el primero.

No puedes decir que soy un dulce apetitoso sin probarme, y aún no lo has hecho.

Cielo es una forma de hablar y no eres a la única que se lo digo.

¿Puedo saber por qué te intranquiliza tener mis vídeos en tu móvil? Y gracias por pensar que el enviártelos fuera un detalle. Así soy yo, detallista y romántico.

Sé que imaginas que hacemos algunas cosas... juntos. Y no estoy seguro de que no hayas ido más lejos. Apuesto a que te has corrido, pensando en mí.

Es cierto que pensaba en ti cuando estaba en tu cama, pero sólo porque la cama era tuya. Pensar en algo agradable es la mejor terapia para dormir. Y no se me ocurre nada más agradable que una noche de sexo intenso, contigo. Y tengo que añadir, que después del mensaje que me enviaste cuando estaba en la discoteca, estaba muy caliente.

Sí, cena, copa y sexo. Seguiré pensando en ello, porque voy a follar contigo.

Sabes, me he dado cuenta de que me gusta recibir tus mensajes. ¡Son excitantes!

Yo creo que sí tienes prisa por estar conmigo. Y seguro que vas a hacer malabarismos para llevarme a la cama cuanto antes.

¿Ahora soy condenadamente guapo!? ¿Cómo pretendes que no esté creído con todos esos piropos que me lanzas?

Es posible que no sea tu tipo, pero puede que cambies de gustos. Además, para echar un polvo no hace falta ser tan exigente.

No sabes cómo me gusta que sientas esa atracción física por mí. ¡Me lo estás poniendo muy fácil! Y he de admitir que yo siento la misma atracción por ti. Creo que eres la mujer más atractiva con la que me he encontrado.

Vaya, llevas mucho tiempo sin estar con un hombre, ¿quieres que lo solucionemos?

¿Sólo has hecho el amor con tu novio? ¿No has tenido sexo esporádico?

Tengo que aclararte que soy agradable, amable, educado y muy romántico. Aunque no creo que necesite romanticismo contigo.

Ahí me has pillado. El día que quedamos en el pub de Tom te encontré muy sexy, puede que fuera por el vestido. Tus palabras me intimidaron, pero al mismo tiempo me excitaron. Tengo que decirte, para ser franco, que te habría echado un polvo allí mismo.

Por supuesto que sigues mereciendo la pena, no he cambiado de opinión. Pero sabes, me gustaría que fueras tú quien me pidiera hacer el amor.

¿Piensas que podría seducir a cualquier mujer? Me tienes alucinado. En lo de “cualquier mujer” entran todas, incluida tú.

Me gusta que digas que no hay nada que pueda enseñarte. Me agrada que las mujeres se comporten como zorras en la cama.

Espero con ansia que vuelvas de tu nuevo trabajo, que no me parece muy femenino, por cierto, para que hagas que pierda el control.

No me digas que te intranquiliza estar con mi hija, porque nos parecemos. ¿Estás obsesionada conmigo?

Yo tuve un lapsus parecido al tuyo, cuando te describí donde podría follarte, porque me excité. Pero sólo fue por unos segundos.

Yo sí sé porque te pones nerviosa. Se llama deseo, el mismo que sentí yo, cuando te tenía delante con ese vestido tan sensual. Siento que se me notara tanto que deseaba comerte, jaja.

En cuanto a que no cumplí mis amenazas, respecto a tu erótico mensaje, no he encontrado el momento adecuado, siempre estás rodeada de gente. Y parece ser, que ya no te limitas únicamente a decir cosas atrevidas en los mensajes. Me da la impresión de que te gusta provocar a los hombres.

A mí también me gustaría hacerlo en la ducha, contigo.

¡Madre mía! En verdad necesito echar un polvo. Cada vez me gusta más este tío, pensó Paige sonriendo. Luego leyó el segundo correo.

La verdad es que no me he preguntado el por qué de escribirme un segundo correo, porque sabía la respuesta. Te mueres de ganas de que te escriba y sabes que te contestaré siempre. Así que, cuantos más correos me envíes, más recibirás.

Parece que te estés disculpando por haberme besado. No lo hagas, porque lo haces de maravilla. Me ha gustado mucho que me besaras, y besarte. Me gusta mucho tu boca.

Si tanto deseabas estar conmigo, tal vez tengas razón y tu autocontrol sea perfecto. Quiero que sepas que me habría gustado pasar la noche besándote.

Lo que más me ha gustado ha sido que dijeras que deseabas verme. Seguiremos con nuestros correos y mensajes durante mucho tiempo.

Paige abrió sorprendida el tercer correo y lo leyó.

Hola.

Este no es el correo de alguien a quien odias. Piensa que soy sólo "yo". Nuestros correos son como una broma larga, muy agradable para mí, por cierto. Pero este es diferente. Es un correo especial, para alguien muy especial.

Quiero que sepas que has conseguido preocuparme con tus suposiciones infundadas, de lo que pudiera pasarte. No va a sucederte nada, porque no voy a permitir que me abandones, antes de conseguir mi propósito.

No sé si serás capaz de soportar el crudo invierno, que está a la vuelta de la esquina, pero quiero que sepas, que deseo de todo corazón que te quedes a vivir aquí. Tú también has logrado, con tus mensajes, tus correos y tu comportamiento inapropiado conmigo, que me sienta vivo. Me he sentido vacío desde que vine a vivir aquí y tú has logrado dar sentido a mi vida y tener ilusión por algo que no es trabajo.

Dicho esto. Puedes estar segura de confiar en mí. Si te sucede algo, que no va a ser el caso, firmaré tu testamento como testigo y haré que Charlie también lo firme. Y luego se lo llevaré personalmente a tu padre. Y me encargaré de todo, como parece ser que deseas. Y además, me ocuparé de que tu padre esté bien, aunque tenga que traerlo a vivir conmigo. Me alegro de que confíes en mí hasta ese punto.

Y procura que no te pase nada porque mi hija ya no podría vivir sin ti. Y me temo que yo tampoco.

En esta ocasión tengo que decirte que deseo desesperadamente tus contestaciones.

Jay.

Paige apagó la alarma del despertador. Se sentía cansada. Si por ella fuera se quedaría todo el día en la cama, pero la familia de Charlie llegaría esa mañana y quería tener la casa ordenada.

Cuando Charlie y su familia entraron en la cocina, el desayuno estaba preparado en la mesa. El hombre le presentó a su hija y a los niños y todos se sentaron a desayunar. Y mientras lo hacían hablaron un poco para conocerse.

Después de desayunar, Susan llamó a Jay para que fueran a tomar café ese día. Cuando Jay colgó pensó que tal vez a Paige no le gustaría verlo en su casa y sonrió. Pero él estaba ansioso por verla.

Paige salió a dar un paseo para dejar a la familia que se instalara. Fue al puerto y luego al lago y estuvo un buen rato sentada en el mismo banco de siempre, pensando.

Cuando volvió a casa preparó la comida. Rezaba para que quisieran comer temprano porque quería subir a echarse una buena siesta y así evitaría encontrarse con Jay, a pesar de las ganas que tenía de verlo.

Después de comer, Charlie y sus nietos fueron al salón y las dos mujeres se quedaron recogiendo la cocina. Al terminar Paige se disculpó con ellos diciéndoles que todavía estaba cansada de lo del barco y subiría a dormir un rato.

Paige se lavó los dientes y se puso el pijama. Cogió el móvil y el portátil y se echó sobre la cama. Contestó el mensaje de Jay y luego los correos, antes de meterse en la cama.

Jay y su hija llegaron a casa de Charlie a las cuatro de la tarde. Él no se sorprendió que, al

preguntar Elizabeth por Paige, le dijeran que había subido a acostarse porque estaba cansada.

Cuando estaban tomando café Jay oyó el sonido de un correo en su móvil. Hizo caso omiso, a pesar de que sabía que era de Paige y se moría de ganas por leerlo. A las seis menos cuarto habían terminado el café y todas las conversaciones para ponerse al día. Susan y Elizabeth recogieron todo lo de la mesa y lo llevaron a la cocina.

—Charlie, voy a subir al cuarto de Paige —dijo Jay abandonando el salón.

Jay llamó a la puerta de la habitación y al no recibir contestación la abrió. Paige estaba profundamente dormida boca arriba, con un brazo por encima de la cabeza apoyado sobre la almohada y el otro sobre su pecho. Jay vio que llevaba puesto su anillo y sonrió. El portátil estaba a un lado de la cama y supo que le había escrito a él antes de dormirse. Se inclinó sobre ella y la besó ligeramente en los labios.

—Bienvenida a casa —le dijo en voz baja. Luego salió de la habitación.

Jay y su hija se marcharon. Llevó a Elizabeth a casa de una amiga y le dijo que volvería a la hora de cenar. Al llegar a casa, Jay pensó en salir a tomar una copa más tarde, pero no le apetecía. Luego pensó en llamar a Julie, quien le había llamado insistentemente para que se vieran ese fin de semana, pero desechó la idea. No le apetecía acostarse con ella y eso le sorprendió, porque lo pasaban bien juntos. Decidió quedarse en casa, leer todos los correos de Paige y contestarlos, lo que le llevaría bastante tiempo. Y luego se prepararía algo para cenar y tal vez viera una película. O, simplemente se acostaría. Subió a su cuarto, se puso ropa cómoda y bajó al salón. Encendió el equipo de música, se sentó en el sofá con el móvil y el portátil. Comprobó que no tenía ningún mensaje y leyó el correo.

Tu peor pesadilla ha vuelto. Apuesto a que has pensado en mí esta semana.

Yo nunca bromeo con el trabajo. Te dije que iba a pescar y es lo que hice. ¿Quién eres tú para decirme la clase de trabajo que debo hacer? ¿Acaso no te ha quedado claro de que yo siempre hago lo que quiero?

¿Me llamas loca por ayudar a alguien que necesitaba ayuda? No recuerdo que, cuando ayudaba a tu hija con las clases, dijeras que estaba loca. Bueno, dijiste que era una inepta, y no sé qué es peor.

Sabía que echarías de menos mis mensajes y apuesto que, aunque no lo reconozcas, también a mí.

Por supuesto que no me arrepentí de besarte. Tú me lo pediste y yo soy muy obediente.

Cierto que podría haber ignorado tu petición, pero tenía tantas ganas de saborear tu boca que no pude reprimirme. Además, yo nunca me arrepiento de lo que hago.

No te creas todas las cosas que te dicen. Es verdad que me gusta tu sonrisa, pero no para volverme loca. A veces exagero un poco al escribir.

Sí, he vuelto, pero no llevo puesto tu anillo. En parte deseo llevarlo, por el significado que tiene para mí. Pero... no sé, no me gusta la idea de llevar puesto algo que tú has comprado, especialmente para mí

Admito que tienes razón, hay muchas cosas de ti que me gustan. Pero sigues sin tener ninguna posibilidad conmigo.

Yo calo bien a los hombres, excepto a mi ex, y sé que eres un dulce de lo más apetitoso para saborear. Y lo que más me jode es, que tú lo sabes, por eso estás tan creído.

Nunca me han gustado los apelativos como cielo, tesoro..., pero he de admitir que cuando leí lo de cielo, viniendo de ti, me gustó. Jajaja.

Puede que le dijeras a mi amigo Jason las cosas que yo echaba de menos y él te

sugiriera lo de los vídeos. De él sí que esperaría algo así.

Sé que piensas mucho en mí, pero ¿me deseas ya desesperadamente?

Respondiendo a tu pregunta, te diré que me intranquiliza tener vídeos tuyos en mi móvil, porque puedo verlos cada vez que quiera. Será mejor que los borre, así no me sentiré intranquila. Sabes, tu físico me está matando.

Yo, cuando necesito algo para excitarme, siempre pienso en lo mejor, en lo más atractivo. Y en este pueblo, sólo tú reúnes esas cualidades. Así que, no es que piense realmente en ti, es sólo que, aquí no hay otro como tú.

Respecto a lo de correrme, pensando en ti..., es posible que me haya sucedido alguna vez, jajaja. Aunque no estoy segura, porque no lo recuerdo.

¡Vaya! Así que tuviste una noche de sexo intenso en mi casa y en mi cama. ¿Pensando en mí, dices? ¿O tenías a una mujer real? ¿Tal vez alguna conocida mía?

Te vas a quedar con las ganas de echarme un polvo. Seguro que no estás acostumbrado a que te rechacen y por eso te duele tanto que yo lo haga.

Dios mío. Los términos de nuestros correos o mensajes están cambiando a la carrera. Empezamos con ingenuas e inocentes palabras, seguimos con la seducción, hacer el amor... ¡Y ahora me vas a follar! Estás muy pagado de ti mismo.

No son piropos, ¿acaso no te miras en el espejo? Eres condenadamente atractivo y tu cuerpo quita el hipo. Como verás, no tengo problemas de hablar de lo que veo. Así que creo que tienes razones para estar creído, pero deberías disimularlo.

He de admitir que soy muy exigente con los hombres, aunque sólo sea para echar un polvo. Pero tengo que matizar, que no suelo echar polvos, no soy de las que van con unos y con otros, como tú. Prefiero dedicarme en exclusiva a un hombre mientras dure lo que hay entre nosotros. Eso sí, si no es bueno en lo que hace, puerta y otro.

¿Piensas que te lo estoy poniendo fácil? ¿No podría ser que quiero que pienses que te lo estoy poniendo fácil?

¿Crees que sólo he tenido sexo con mi ex? ¡Por favor! Tengo veintiocho años.

En cuanto a lo de romántico... Si uno es romántico, lo es siempre, no cuando lo requiere el momento. Y tienes razón, conmigo no necesitas ser romántico, porque no soy "un cierto momento". Así que, guárdate tu romanticismo ocasional para las otras.

Me gustó que me encontraras sexy, aunque sólo fuera por el vestido. Pero estoy segura de que, en el instante en que me viste, me deseaste más que a cualquier mujer que hayas conocido.

Al menos has reconocido que deseaste echarme un polvo allí mismo. A mí también se me pasó por la cabeza la idea de que me arrancarás el vestido y me follarás sobre la mesa. Por cierto, el traje que llevabas te sienta realmente bien.

Dices que te gusta que las mujeres se comporten como zorras en la cama. Pues tengo que decirte que yo soy una súper zorra.

¿Qué tiene que ver el trabajo que una desempeña con ser femenina? Cuando una mujer es femenina, lo es, haga lo que haga.

Acabo de volver de mi último trabajo y no sé si me dará tiempo a conseguir que pierdas el control, porque voy a volver a marcharme tan pronto haya un vuelo para salir de aquí y estaré fuera un par de semanas, tal vez más.

Apuesto a que tú sí entras en el grupo de "cualquier hombre" y, como todos, no te resistirías a un buen polvo, aunque la mujer no te volviera loco.

Sí, sé que tu hija se parece a ti. Esa es la razón de que sea preciosa. Y se llevará a los

chicos de calle, aunque creo que ya tiene cola. Deberías hablar con ella sobre sexo, si no lo has hecho aún. Lo habría hecho yo, pero es tu responsabilidad.

¡¡La ducha es un sitio fantástico para eso!!!

He simplificado la contestación a tu mensaje y tus correos en uno solo, para demostrarte que, aunque me gusta recibir tus palabras, no estoy obsesionada con ellas. Así que, sólo tienes que contestar a un correo, aunque es terroríficamente largo.

Me gustó besarte y sé que a ti también te gustó que lo hiciera. Lo que me extrañó fue que, en ese momento no intentarás nada más, otro no me habría dejado escapar tan fácilmente. Y cuando me besaste en tu casa sucedió más de lo mismo y entonces supe que eras un hombre frío y esa clase de hombres no me van.

Sí, me excité al verte en la puerta, y eso que ibas con pantalón de chándal y una camiseta. Eso es lo que consigues hacer conmigo. Hacerme sentir intranquila cuando estás cerca. ¿Algún problema al respecto?

No me gusta provocar a los hombres en general, sólo me gusta hacerlo contigo.

Sí, sé que te dije que deseaba verte, pero fue porque pensaba que me quedaba poco tiempo, y ahora he vuelto a la realidad. Pero sí te diré que me encantó que me besaras con esa pasión que casi me abrasa, y no por tratarse de ti, sino porque quería que alguien me besara por última vez. Y ese beso estuvo en mi mente el tiempo que permanecí en el barco.

¿No has cumplido tus amenazas, respecto al mensaje que te escribí cuando estabas en la discoteca, porque siempre estoy rodeada de gente? Venga ya... Pensaba que se te daban bien las mujeres.

Sí, me gustan tus labios, y la idea de ellos deslizándose por mi cuerpo me tiene inquieta.

¿Ahora resulta que me estoy escribiendo con dos tipos diferentes a la vez, que son una misma persona? ¡No me jodas!

Hola, "Yo".

¿Has dicho que soy alguien especial?!

Me ha gustado que dijeras que "no permitirías que te abandonara". Aunque la has cagado al final de la frase.

¿Deseas de todo corazón que me quede aquí? Eso me ha llegado a lo más hondo.

Me alegro de haber contribuido a dar un propósito a tu vida.

Sabía que podía confiar en ti. Nunca he pensado que fueras una mala persona. Creo que eres un hombre íntegro y digno de admirar. Pero, a pesar de ello, sigues sin ser mi tipo.

Tu hija sobreviviría sin mí, porque te tiene a ti. Y tú sobrevivirías sin mí, porque nadie es imprescindible. Puede que dejemos en el camino a seres queridos, pero la vida sigue y tenemos que vivirla. Y sabes, Dios aprieta, pero no ahoga.

Me ha gustado tu último correo. Y ahora se me plantea un dilema. No sé si me gusta más "Jay", el hombre sexy, sensual, carismático y agresivo, o "Yo", el hombre sensible, dulce y tierno. Y sólo pensar que tú puedas reunir todo eso, me pone los pelos de punta.

He de decirte algo para terminar. Cuando el barco llegó a puerto y subí a cubierta, no sé porque razón miré a lo lejos, pero cuando te vi allí, apoyado en la pared, sentí un latigazo que recorrió mi cuerpo en unos segundos y me abordó una excitación que jamás había experimentado. Me gustó pensar que, precisamente tú, el más deseado del pueblo, estuvieras allí, sólo para verme. Así que, ve pensando en el motivo por el que lo hiciste, porque creo que te vas acercando a la línea del máximo deseo.

Buenas noches.

¿Cómo se me ha metido tan hondo esa chica? La deseo más que a cualquier mujer que haya conocido. ¿Por qué fui al puerto realmente si sabía por Charlie que ella estaba bien? Porque tenía que comprobarlo por mí mismo. No me gustó que me viera allí, ahora sabe que me importa. ¿Será por eso que no me apetece estar con otras mujeres? Dios, ella tiene razón, estoy enganchedo a sus correos, y tal vez también a ella. Deseo verla a todas horas. Quiero besarla y acariciarla, pensaba Jay recostado en el sofá.

Fue a la cocina y empezó a preparar la cena. Recibió un mensaje de Paige y lo leyó.

Hola, espero no haber interrumpido nada importante con el sonido de mi mensaje. Sólo quería decirte que he quedado con tu hija para ir mañana a la ciudad y pasar el día juntas. Seguro que ya te habrá informado, pero he pensado que debías saberlo por mí. Espero que no te importe. Cuidaré bien de ella.

Jay le contestó dos minutos después. Pulsó la tecla de enviar y dejó el móvil sobre la mesa de la cocina.

Paige recibió el mensaje y lo leyó.

Hola, no me has molestado en absoluto. La verdad es que estoy en casa solo y aburrido. Elizabeth se ha ido a casa de una amiga y volverá tarde. Estoy preparando la cena, más que nada, para estar entretenido. Y ahora luego contestaré a un, seguro que interminable, correo que he recibido esta tarde.

No me importa que paséis el día juntas y sé que os cuidaréis mutuamente. Y si os sucede algo, yo estaré en la ciudad.

No he tenido oportunidad de verte desde que has vuelto. Bueno, ya no puedo ocultarte que estuve en el puerto, me refiero a que no hemos hablado. Así que aprovecho ahora para darte las gracias por tu regalo, los gemelos son preciosos. No pudiste evitar pensar en mí, ni siquiera estando trabajando tan lejos, ¿eh? Me gusta saberlo.

Paige le contestó después de leer el mensaje.

Jay iba a seguir con la cena. Oyó otro mensaje y deseó que fuera ella. Al comprobar que era Paige se sentó en la mesa y lo leyó.

No me des las gracias por el regalo, no significa nada, pero cuando vi los delfines me encantaron y no sé por qué pensé en ti.

Lástima que no nos llevemos bien, de lo contrario, podríamos quedar. Yo estoy tan aburrida como tú.

Después de comer he subido a mi habitación a contestar unos correos y ha sido interminable, y luego me he dormido. El tiempo que estuve en el barco no dormí demasiado bien y encima, esta mañana me he levantado temprano porque llegaba la hija de Charlie, y estaba realmente cansada.

He bajado al salón hace unos minutos y me he sentido como una intrusa con Charlie y su familia. Así que he venido al despacho a trabajar un poco, pero tampoco tengo ganas de trabajar. Si al menos hubiera recibido un correo para contestar, pero ni eso.

Charlie y su familia van a ir a la ciudad a cenar. Me han invitado, pero me he excusado diciendo que había quedado con alguien.

Voy a ducharme y puede que vaya a tomar una copa.

Me siento fuera de lugar con la familia de Charlie aquí. No es que no me guste sino que pienso que, como no se ven a menudo, les gustaría estar solos. Voy a mirar los vuelos para largarme cuanto antes. Susan y los niños se quedarán aquí diez días, así que desapareceré durante ese tiempo.

A ti también te vendrá bien descansar de mí. No tendrás que preocuparte por encontrarme por la calle.

Que pases una buena tarde.

Jay volvió a contestarle.

¿Crees que habría algún problema si fuésemos a tomar esa copa, juntos?

O si lo prefieres, podrías venir a mi casa, estoy preparando la cena. Podemos cenar y luego hacer lo que te apetezca.

Tú no eres una intrusa en casa de Charlie y a él no le gustaría que te marcharas.

Siento no haber contestado a tu correo, pensaba hacerlo después de cenar.

No tienes que marcharte de viaje, sólo porque la familia de Charlie esté ahí. Si necesitas un sitio para quedarte unos días, puedes venir a casa.

No me importaría encontrarte por la calle. Creo que me gustaría.

Que pases también una buena tarde.

Paige se sentía feliz y deseaba verlo más que nada. Le contestó de nuevo.

Jay se preguntó si ella aceptaría ir a tomar esa copa con él. Leyó el mensaje sin perder la esperanza.

Veo que me deseas más por momentos.

La oferta de pasar unos días en tu casa es muy tentadora, pero no puedo aceptar.

Sé que no soy una intrusa, pero no es lo mismo estar sola con Charlie.

No creo que haya problema en tomar esa copa. De acuerdo, si quieres nos vemos en el pub de Tom a las ocho y media. Pero con una condición. No mencionaremos la relación que hay entre nosotros, me refiero a los correos.

Si estás de acuerdo, nos vemos luego. Yo voy a ir con vaquero, así que si decides acompañarme, olvídate del traje.

No hace falta que me contestes, si quieres vas y si no quieres, no vayas. Me trae sin cuidado.

Capítulo 8

Jay aparcó en la puerta del restaurante. Vio a Paige acercarse por la acera de enfrente, bajó del coche y se quedó esperando junto a él. Cuando ella lo vio respiró hondo para tranquilizarse. Un deseo intenso y caliente la invadió y se sumergió en su bajo vientre.

—Hola —dijo ella tendiéndole la mano.

—Hola —dijo él estrechándosela.

—¡Hostia! ¿Has notado eso?

—¿El qué? —preguntó abriendo la puerta y dejándola pasar delante.

—Gracias.

Al verlos Tom se acercó a ellos.

—Hola, pareja.

—Hola, Tom —dijeron los dos al mismo tiempo.

—Hoy vestís de manera informal, por lo que deduzco que no vais a hablar de negocios. ¿Vais a cenar?

Jay miró a Paige.

—¿Tú has cenado? —preguntó ella.

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

—Podemos tomar una copa mientras esperamos la cena, ¿te parece bien?

—Sí.

—Seguidme, os daré una mesa tranquila —dijo el hombre empezando a caminar.

—Tom, no vamos a meternos mano —dijo Paige.

Los labios de Jay intentaron disimular una sonrisa.

—Eso espero, este es un local decente —dijo Tom bromeando.

Jay la ayudó a quitarse la cazadora. Le rozó los hombros desnudos al bajársela y ella se estremeció. Él se quitó la suya y la colgó en el respaldo de la silla. Luego se subió las mangas del suéter y se sentaron. Paige no pudo evitar mirarlo. El suéter se le pegaba a los brazos y podía apreciar sus increíbles bíceps. La voz de Tom la hizo volver a la realidad.

—¿Tomamos una copa mientras esperamos?

—Sí —dijo Paige.

—Tráenos dos whiskys con hielo. La misma marca de la otra vez.

A continuación le pidieron la cena y el vino y el hombre se retiró.

—Esta invitación te va a salir cara, y yo no pienso pagar.

—Ni yo te lo permitiría —dijo él mirándola con una cálida sonrisa—. ¿Qué has querido decir antes de entrar al preguntarme si había notado eso?

—Cuando nos hemos estrechado la mano he sentido como una descarga eléctrica deslizándose bajo mi piel. Ha sido como si algo entrara en mi torrente sanguíneo y me hubiera recorrido el cuerpo entero, calentándolo todo a su paso. ¿Qué? Preguntó ella al ver su insistente mirada.

—No dejas de sorprenderme —dijo él riendo.

—¿Habrías preferido que no te dijera lo que he sentido?

—No, me gusta que me digas lo que sientes. Eres lo bastante atrevida para hacerlo. Aunque pensaba que eso sólo lo hacías por escrito.

—¿De qué estás hablando? Esto no tiene que ver con el atrevimiento. Me ha llamado la atención porque nunca me ha sucedido algo así. ¿Tú no has notado nada?

—No.

—Habrá sido corriente estática. Hubo una época que me daba la corriente muy a menudo cuando tocaba mi coche. Me daba miedo coger la manecilla de la puerta. Investigué en Internet y descubrí que eran los zapatos.

—¿Los zapatos?

—Sí.

—Estás muy guapa.

—Gracias, tú también —dijo ella desplazando la mirada hasta el cuello de pico del suéter, donde podía verse parte del suave vello.

Paige se mordió el labio inferior y apartó la mirada de él. Jay sonrió al ver que estaba intranquila.

—Voy a dejar que seas tú quien hable primero, así me aseguro de no meter la pata —dijo Paige.

Tom llevó las bebidas y después de darle ellos las gracias se retiró.

—Tienes unos hombros muy bonitos. Píden a gritos que los acaricien con los labios.

—Eso es lo más sexy que me han dicho nunca.

—¿Te han sorprendido mis palabras?

—Suelo ser yo quien te dice cosas atrevidas y me ha cogido por sorpresa.

—Tendré que decirte cosas atrevidas más a menudo. Me tienes fascinado.

—¿Estás flirteando conmigo? —preguntó ella con una sonrisa traviesa.

—Tú lo haces continuamente conmigo. ¿Te importa?

—En absoluto.

—Normalmente te irrito, ¿verdad?

—Creo que eres consciente de ello y que te satisface hacerlo.

—De hecho, es así —dijo él con completa naturalidad.

—¿Es sólo conmigo o lo haces con todas las mujeres?

—Sólo contigo. Me gusta verte perder el control —dijo él con una sonrisa perversa.

—Te gusta provocarme para que lo pierda.

—Eso lo resume bastante bien.

—¿Por qué?

—Supongo que si te hago perder el control es por alguna razón. Jason me dijo que tú nunca perdías el control. ¿Es sólo conmigo?

—Mi amigo Jason es un bocazas.

—A mí me cae muy bien. Cambiemos de tema, no quiero irritarte y que te largues. ¿Cómo te sientes viviendo aquí?

—Me siento realmente bien. Esto es muy parecido al pueblo en el que nací. Es como si hubiera vuelto a casa. Me gusta todo aquí.

Él la miró sonriendo, pensando que él era lo único que le disgustaba del pueblo. Ella le miró la boca y rápidamente apartó la mirada porque él la perturbaba.

—¿Dónde está el pueblo donde naciste?

—En la costa de Florida.

—Pero vivías en Nueva York y esto es muy diferente.

—Sí, allí hay muchas cosas que no hay aquí. Echo de menos mi casa y mis cosas, pero estoy a gusto con Charlie.

—Cuando su familia no está en casa.

—Sí. Charlie es una gran persona. Y agradecí que me ofreciera su casa, porque cuando llegué aquí lo último que me apetecía era estar sola. Él ha hecho que me sienta muy bien todo este tiempo.

—Tú también has hecho que él se sienta bien. Dice que le has dado vida a su casa. Que siempre estás contenta. Cuando no aparezco yo, claro —dijo él sonriendo.

—Es cierto —dijo ella sonriendo también—. Pero no puedo olvidar que esa no es mi casa, que no somos familia. Necesito una casa propia.

—Charlie ya no podría vivir sin ti.

—Por supuesto que lo haría. Hoy me he sentido rara con su familia en casa. Si en vez de venir Susan con los niños hubiera sido Parker, tal vez no me habría sentido así. Creo que me llevo mejor con los hombres.

—Si hubiera venido Parker, tú y yo no estaríamos aquí. Te habría acaparado para él. Cuando te conozca le gustarás mucho. Y él es irresistible.

—¿Más que tú? Le pregunté a Charlie sobre el invierno y me dijo que hablaríamos cuando llegara el momento —dijo ella para no darle opción a que hiciera ningún comentario sobre sus palabras—, me dio la impresión de que le preocupaba hablarme de ello. ¿El invierno es tan duro como imagino? Sabes que en Nueva York hace mucho frío en invierno.

—Allí no hace frío, comparado con el que hace aquí.

—¡Venga ya!

—Pero no tendrás ningún problema, si sigues la norma más importante.

—¿Cuál es?

—No salir de casa en todo el invierno.

Paige soltó una carcajada y luego lo miró con cierta preocupación. Jay no pudo menos que reír.

—Es broma. Pero sí hace muchísimo frío. ¿Estás pensando en quedarte?

—Todavía no lo he decidido. Elizabeth me ha dicho que en invierno hay que llevar medias de lana debajo del pantalón, y además, camisetas interiores debajo del suéter. Y me pregunto qué hacen las mujeres cuando se les presenta echar un polvo, porque si tienen que sacarse toda esa ropa, cuando acaben, el tío se ha largado.

Ahora fue Jay quien soltó una carcajada.

—No te rías, hablo en serio. ¿En invierno puede una ponerse un vestido con un abrigo encima para ir a cenar?

—Si te llevan en coche hasta la puerta del restaurante, no hay problema —dijo él riendo de nuevo.

—¿Vosotros pasáis aquí todo el invierno?

—Solemos pasar las navidades en California, así Elizabeth descansa un poco del frío y disfruta de la playa, mientras yo trabajo.

—¿La dejas sola mientras trabajas?

—La señora que se encarga de la casa durante todo el año se queda con ella hasta que yo llego. Además, Parker vive allí. Viene a pasar con Charlie las fiestas, pero el resto del tiempo lo pasa con nosotros.

—O sea que tú no tienes vacaciones, excepto los días festivos.

—Para mí, estar con mi hija son vacaciones. Así que tengo vacaciones durante todo el año.

—Estás loco por ella, ¿eh?

—Supongo que no lo puedo disimular. Estoy dándole vueltas a la cabeza a la idea de que

pronto se irá a la universidad.

—Y estás pensando trasladarte para vivir con ella, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mi padre me dijo lo mismo poco antes de terminar el instituto. Pero sabes, yo creo que los hijos necesitan aprender lo que es la independencia, a organizar su vida y su casa, a valorar el dinero del que disponen, a ser responsables de sus actos sin tener a sus padres detrás diciéndoles lo que está bien o mal. Si vas a vivir con ella estando en la universidad, no cambiará nada para ella. Elizabeth necesita pensar, estar sola, sin ti. Debe centrarse en los estudios, pero al mismo tiempo salir con los amigos, ir a fiestas, emborracharse alguna vez. Jay, debe aprender a sobrevivir sin su papá. Y no te preocupes porque estará deseando que lleguen las vacaciones para volver a casa contigo.

—Hablas como si tuvieras hijos y das buenos consejos.

—Supongo que es fácil dar consejos cuando tú misma has experimentado esos momentos. ¿Fue duro para tu hija aceptar venir a vivir aquí?

—Cuando mi mujer se largó pasé mucho tiempo pensando qué hacer. Se me planteaba vivir en Nueva York, con una hija adolescente, que pasaría el día sola, con todos los peligros que la ciudad encierra. Yo tenía que trabajar y viajar para atender los negocios que tengo en otros Estados. Se me ocurrió la idea de venir a vivir aquí y cada vez me convencía más de que esa era la solución. Este pueblo es tranquilo, todos nos conocemos y son buena gente. Y Elizabeth no crecería tan rápidamente. En Nueva York las chicas empiezan a salir con chicos demasiado pronto. Y viviendo aquí no tendría problema a la hora de viajar, porque sabía que podía dejar a mi hija con Charlie. Luego pensé que no debía forzarla a venir. Una noche se lo comenté cenando y me sorprendió cuando me dijo que le parecía una buena idea. Yo sabía la razón. Su madre vivía allí, con otro hombre y quería alejarse de ella. Y además, veníamos a pasar los veranos aquí y Elizabeth tenía amigas.

—¿Cuándo os trasladasteis aquí?

—En julio del año pasado.

—¿Y llevó bien lo del invierno?

Él sonrió.

—Sigues dándole vueltas al asunto del frío. Sigue viva, ¿no?

—¿Puedo preguntarte cuál fue el motivo de vuestra separación? No me ofenderé si no contestas.

—No me importa contestar a cualquier pregunta que me hagas. Ella conoció a alguien. Cuando me lo dijo ya hacía varios meses que se veían.

—¿Cómo te lo tomaste?

—No muy bien. Yo no estaba enamorado de ella, nunca lo estuve. Pero le fui fiel, por respeto, era mi mujer y la madre de mi hija. Lo que me jodió fue que no aproveché ninguna de las oportunidades que se me presentaron, sin embargo ella aprovechó la primera, si es que era la primera. A Elizabeth es a quien más le afectó. Se me partía el corazón verla rogando a su madre que no nos abandonara y llorando desconsoladamente. Un día, cuando volvió del colegio, vio que se había marchado y se había llevado todas sus cosas. Me llamó al trabajo llorando y pidiéndome que volviera a casa. No puede decirse que estuvieran muy unidas, porque a ella no le gustaban los niños, pero era su madre, y se marchó sin ni siquiera despedirse de su hija. Recuerdo que era un viernes y pasamos el fin de semana en casa, solos. Ella encerrada en su habitación llorando, y yo en el salón, sin saber qué hacer. Lástima no haberte conocido por aquel entonces, seguro que habrías salvado la situación —dijo él sonriendo. Jay la miró y vio que tenía los ojos brillantes.

—¿No irás a llorar?

—Espero que no.

—Elizabeth estuvo mucho tiempo sin hablarme y yo me sentía fatal. Impotente de no poder hacer nada. Presentía que se estaba alejando de mí. Cuando me dirigía la palabra era para culparme de que su madre se marchara. Me dijo que yo también encontraría a una mujer y la abandonaría. Eso me dolió profundamente. Elizabeth no podía saber que ella era mi vida, mi razón de vivir, todo lo que tenía. Por suerte las cosas se fueron suavizando y empezamos a hablar, eso sí, nunca hemos hablado de su madre. Supongo que, poco a poco fue dándose cuenta de que yo no iba a ir a ningún sitio y que estaba ahí siempre que me necesitaba.

—¿No ha hablado con su madre ni la ha visto desde que se marchó?

—No. Ella sabe que si quiere ir a verla la llevaré, pero nunca lo ha mencionado. Puede que ahora que ha hablado con ella quiera verla, aunque no me ha dicho nada al respecto.

—Has dicho que nunca estuviste enamorado de ella.

—Yo acababa de ir a la universidad cuando se quedó embarazada y ella estaba en el último año de instituto. Sólo nos habíamos visto una vez. No tenía preservativos y ella dijo que tomaba la píldora. Pensaba que era un adolescente responsable, pero no lo fui. Cuando se quedó embarazada dijo que los anticonceptivos no eran seguros al cien por cien. Así que decidí casarme con ella. En la primera discusión que tuvimos me dijo que nunca había tomado anticonceptivos hasta después de tener a Elizabeth.

—¿Te arrepentiste de haberte casado?

—De haberme casado, sí, pero no de tener a Elizabeth. Me gusta tener una hija de su edad, siendo yo tan joven —dijo sonriendo.

—Lo sé. Yo te envidio, no por la edad, sino por tener a Elizabeth. ¿Cómo os las arreglasteis para estudiar con un bebé?

—Dirás cómo me las arreglé, porque ella dejó el instituto cuando supo que estaba embarazada.

—Cuéntame qué hicisteis desde ese momento.

—Al principio no fue fácil. Vivíamos en el apartamento que mis padres me alquilaron cuando fui a la universidad. Nos casamos por el juzgado cuando estaba embarazada de tres meses. Sólo asistieron a la boda mis padres, los de ella, Charlie con su mujer y Parker. Mi padre nos invitó a comer y luego nos fuimos los dos a mi apartamento.

—¿Por qué dejó el instituto?

—Dijo que no quería que la vieran gorda. Yo encontré trabajo por las tardes en la biblioteca de la universidad y nos manteníamos con eso. Las mañanas las pasaba en la universidad, las tardes en el trabajo y se suponía que tenía que estudiar por las noches. Pero ella empezó a quejarse de que pasaba todo el día con la niña y que debería ser yo quien se ocupara de ella cuando volviera a casa. Cuando mi madre se enteró de que no tenía tiempo de estudiar me dijo que dejara el trabajo y me centrara en los estudios y que ella se encargaría de mantenernos. A partir de ese momento llegaba a casa a la hora de comer. Pero entonces ella empezó a decir que si yo estaba en casa, podía ocuparme de la niña, por que, al fin y al cabo, siempre estaba durmiendo y no me molestaría. Y empezó a salir con sus amigos por las tardes y volvía a la hora de cenar. Pero sabes, me acostumbré a estar con Elizabeth y me gustaba estudiar con ella. La ponía sobre mi pecho y me echaba hacia atrás en la butaca y estudiaba así. Le daba los biberones, le cambiaba los pañales..., y cuando lloraba la cogía en brazos, ponía música y bailaba con ella, y se callaba al instante.

Jay la miró sonriendo y ella le devolvió la sonrisa.

—¿Y cuando empezó a crecer?

—Entonces fue más divertido. La sentaba en mis piernas, mientras yo estudiaba. Parecía que supiese cuando podía hablar o cuando estar callada. No me molestaba en absoluto, yo estudiaba y ella se conformaba con estar en mis brazos. Cuando tenía tres o cuatro años le compré un ordenador de juguete y lo ponía al lado del mío. La sentaba en la trona y hacía lo mismo que yo. Tecleaba el ordenador cuando yo lo hacía, garabateaba en una libreta cuando yo escribía, hacía como que leía un cuento cuando yo leía un libro de texto... No puedo decir que lo pasara mal, porque fueron los mejores años de mi vida. Por suerte, cuando tuvo que ir al colegio yo ya había terminado la carrera, de lo contrario, seguro que no habría podido estudiar sin tenerla a mi lado.

Jay siguió contándole cosas de cuando su hija era pequeña.

—Parece que a tu mujer no le importaba mucho su hija.

—Supongo que la quería, a su manera. Decía que no iba a perder su juventud cuidando de ella.

—¿Y por qué se quedó embarazada?

—Parece ser que quería pescarme. Aunque para ti sea algo difícil de entender.

Los dos se miraron y rieron.

—¿Cómo pudiste vivir con ella y hacer vida marital durante tantos años, sin quererla? ¿Por qué no os divorciasteis antes?

—Los jueces, normalmente, dan la custodia a las madres. Yo no podía permitir que me quitara a mi hija, no lo habría soportado.

—Podrías haber rehecho tu vida.

—Elizabeth es mi vida y lo más importante para mí. Cuando se marchó, mi abogado me aconsejó que la denunciara por abandono y eso es lo que hizo posible que me dieran la custodia absoluta.

—¿Tuviste que darle mucho para divorciarte?

—Le dí todo lo que me pidió, pero le habría dado todo lo que tenía a cambio de quedarme a mi hija.

—¿Elizabeth está al corriente de lo que me has contado?

—Sabe que dejé embarazada a su madre y que nos casamos.

—Ya es mayor, debería saber todo lo ocurrido. Si yo fuera ella, me gustaría estar al corriente.

—Ya no merece la pena, ¿no crees?

—¿Parker y tú fuisteis juntos al colegio?

—A parvulario, al colegio, al instituto y a la universidad. Hemos estado juntos desde que nacimos. Es cómo un hermano para mí.

—Sé que es arquitecto. ¿Qué estudiaste tú?

—Derecho.

Jay le habló de la vida de su amigo y de lo unidos que seguían, a pesar de vivir lejos.

—Charlie me ha dicho que vendrá en unas semanas. ¿Cómo es? Me refiero al físico.

—Muy atractivo y tiene mucho éxito con las mujeres.

—¿Qué te dijo cuando le dijiste que tenías que casarte?

—Me aconsejó que no lo hiciera, porque sabía que ella se había quedado embarazada a propósito. Me dijo que no hacía falta que me casase con ella, y que si quería quedarme con la niña, que me la daría a cambio de dinero. A él no le caía bien, la caló desde el principio.

—En dos minutos os traigo la cena —dijo Tom sirviendo el vino en las copas.

—Desde que nos hemos sentado sólo hemos hablado de mí.

—¿Te molesta? —dijo ella tomando un sorbo de vino.

—No, pero es la primera vez que hablo con una mujer sobre mi vida. Y la verdad es que me gustaría saber cosas sobre ti.

—Tú también puedes preguntarme lo que quieras —dijo ella aliñando la ensalada que acababan de llevarles.

—¿Qué estudiaste?

—Económicas. Los números son mi pasión. Y también estudié en Harvard.

—De haber sido un poco más mayor nos habríamos encontrado allí.

—Y me habrías dejado embarazada a mí.

—Eres demasiado lista para eso. Y apuesto a que sólo pensabas en los estudios.

—Sí, porque a mi padre y a mí nos costó mucho esfuerzo que yo lograra ir a Harvard. Aunque también me divertí, me emborraché y fumé porros. Ya sabes, para probar.

—Háblame de tu exnovio.

Tom les llevó la cena y ellos les dieron las gracias.

—Se llamaba Ralph.

—Hablas en pasado, ¿te lo cargaste?

—No merecía la pena que me manchara de sangre por él. Lo conocí en una exposición de arte. Lo vi caminando por la sala. Era guapísimo. Se acercó a mí y me dijo si quería ir a tomar una copa.

—¿No salías con nadie en ese momento?

—Había salido un par de semanas con un tipo, pero no le gustaba lo suficiente para llevarme a la cama. De todas formas, era aburrido. Hacía varias semanas que no estaba con un hombre y Ralph me pareció perfecto para desahogarme. Me llevó a cenar, luego tomamos una copa y terminamos en su casa. Su casa dejaba mucho que desear. Estábamos tomando otra copa cuando me llamó mi jefe y con la excusa de que tenía que ir a buscar unos papeles al despacho me largué. Pero le di el teléfono.

—¿Se te quitaron las ganas de acostarte con él?

—Se me quitaron las ganas de hacerlo, en su casa. No estaba muy limpia que digamos y me imaginé que las sábanas estarían igual. Soy un poco escrupulosa para esas cosas. Al día siguiente me llamó y le dije que viniera a casa. No suelo llevar hombres a casa, pero ya sabes que es segura y si no quería que volviera por allí no lo haría. Le preparé la cena y luego... ya sabes. Era bueno en la cama.

—Eso es importante —dijo él sonriendo.

—Empezamos a vernos más a menudo y cuatro meses después le pedí que viniera a vivir conmigo. A Jason lo le gustaba. Me dijo muchas veces que no era el hombre adecuado, pero no hice caso. Parece que los que nos rodean ven más que uno mismo. Cuando llevábamos viviendo juntos ocho meses me acompañó a Florida a ver a mi padre. No pienses que quería que lo conociera porque quería casarme con él. Yo sólo me casaré con un tío con quien me escribo, cuando él me lo pida, claro.

—Pensaba que no podíamos hablar de nuestra relación.

—Perdona, lo había olvidado.

—De todas formas, tengo que decirte, que ese tío no te lo pedirá.

—Nunca se sabe.

—¿Te gustaría que te lo pidiese?

—No podemos hablar de nuestra relación. ¿Me dejas que termine?

—Claro —dijo él con una cálida sonrisa.

—Mi padre no me dijo que no le gustaba, él no suele meterse en mis asuntos, pero lo conozco y lo sabía. Me disgustó que hablara de la casa de mis padres con desprecio, decía que se notaba que era la casa de un simple obrero. Sabes, cuando empecé a ganar dinero le dije a mi padre que le compraría una casa o que reformaría la suya y me dijo que la habían decorado mi madre y él y no iba a cambiar nada. Y a mí me gusta su casa, tal vez porque crecí en ella. Él es feliz allí y yo lo soy cuando voy.

—¿A qué se dedicaba tu novio?

—Me dijo que trabajaba en una empresa de informática. Aunque no estoy segura. Jason es profesor y un día, después de hablar con Ralph me dijo: *ese tío no tiene ni puta idea de informática*. Cuando salíamos, a veces, muchas veces, tenía que pagar yo porque decía que le debían dinero en el trabajo. A mí no me importaba pagar, pero no me gustaba. Cuando salgo con un hombre tiene que pagar él. En eso soy tradicional.

—¿Dónde está la igualdad de derechos? —dijo él sonriendo.

—Para mí, no hay igualdad de derechos en ese asunto, el hombre se hace cargo. Si puede permitírselo, claro. Si no es así, no me importa pagar a medias, como hacemos cuando vamos varios amigos.

—Yo también pienso así, jamás permitiría que pagase una mujer.

—Luego empezó a preguntarme sobre mi trabajo y yo le hablaba de él sin problema, sin dar los nombres de mis clientes, claro.

—¿A qué te dedicas? Además de cajera de supermercado y pescadora —dijo él riendo.

—Soy analista y asesora financiera en Wall Street. Y que sepas que, esos trabajos los hice porque esas personas necesitaban ayuda.

—¿Ayudas a todos los que lo necesitan?

—Sí, si está en mi mano hacerlo. Entonces empezó a decirme que cuando cobrase lo que le debían, me lo diría para que le aconsejara donde invertir. Seguramente esperaba que le dijese que yo le adelantaría el dinero, pero yo no mezclo los negocios con el placer. Unas semanas después me dijo que había vendido el coche y me pedía el mío a menudo. Esos detalles me estaban indicando que algo no iba bien. La mayoría de las veces eran cosas sin importancia, pero a veces, las cosas más simples son las más importantes. El caso es que, a pesar de saber todo eso, estaba un poco ciega. Jason me advertía sobre él una y otra vez, pero yo lo ignoraba. Un día tuve que ir a Boston por trabajo y él me llevó al aeropuerto. Después de esperar varias horas cancelaron todos los vuelos y tuve que volver a casa. Llegué a media noche y me lo encontré follándose a una en mi cama.

—¡Joder!

—Uno siempre piensa que esas cosas le pasan a otros. Lo eché de casa. Pensé que me afectaría más, la verdad. Fue una buena lección y no cometeré el mismo error.

—¿Por eso viniste aquí?

—El motivo no fue ese en realidad, pero a razón de ello pasé todo el fin de semana sola en casa con pijama, sin ducharme, comiendo comida basura y viendo la tele. Vi un documental sobre Alaska y me fascinó. Pasé los dos días viendo fotos y leyendo sobre este Estado. Y cuando me metí en la cama se me ocurrió la idea de venir a vivir aquí.

—¿Así, sin más?

—Sí. El lunes fui a hablar con mi jefe, él era el problema más grande que se me presentaba. Estaba completamente decidida a dejar el trabajo. Mi jefe es un tío estupendo y le hablé sin rodeos. Le dije que iba a dimitir y me dijo que no aceptaría mi dimisión y que no podía abandonarlo. Cuando le dije que iba a venir a vivir aquí me dijo: *¿Qué se te ha perdido en*

Alaska? Luego me dijo que me marchara y que me tomara el tiempo necesario para aclarar mis ideas. Y añadió: *De todas formas, antes del invierno estarás de vuelta.*

Jay soltó una carcajada.

—Me marché ese mismo día con los expedientes de mis clientes.

—¿Has aclarado ya tus ideas?

—¿Qué ideas? Siempre lo he tenido todo muy claro.

—¿Estás trabajando ahora?

—Me he tomado un par de semanas de vacaciones, de las que ya he consumido una, pescando. De todas formas, estoy en contacto con algunos clientes que sólo quieren hablar conmigo, del resto se encargará mi jefe.

—Entonces estás planeando irte de vacaciones.

—Sí, cuanto antes. Iré a Florida a ver a mi padre y luego a Nueva York.

—¿Volverás?

—Por supuesto que volveré.

—La cena está llegando a su fin —dijo Jay cuando les llevaron el postre.

—Y hemos sobrevivido. Lo he pasado bien —dijo ella sonriendo.

—Yo también. Deberíamos repetir.

—Quedaremos otro día que los dos estemos aburridos, cuando vuelva de las vacaciones.

—Estupendo. Háblame de tu trabajo.

—No es por presumir, pero yo llevo los clientes más importantes de la empresa. Mi trabajo consiste en que su dinero aumente.

—Y parece ser que lo haces bien.

—Mi intuición es buena. Básicamente consiste en saber el estado de las empresas, el crecimiento de las mismas y averiguar las que tienen problemas. Procuro estar al día y tengo fuentes que me ayudan. Les doy a ganar mucho dinero a los clientes. Bueno, yo también gano bastante. Las comisiones son bajas, pero ellos invierten grandes cantidades y entonces mis comisiones se disparan. También invierto por mi cuenta. Además del dinero que obtengo de las comisiones, mis clientes agradecen mis servicios con muy buenos regalos. Y hay uno en particular que me envía un regalo cada vez que le hago una buena inversión. Para él, gastarse cien o doscientos mil dólares en un regalo es una cantidad insignificante, comparado con lo que le doy a ganar. Al principio me avergonzaba de recibir regalos de esa índole, pero Frank, mi jefe, me dijo que no tenía que avergonzarme porque ganaban mucho dinero gracias a mí. Así que me limito a invitarles a cenar cuando me hacen un regalo, cena que nunca pago, por supuesto. Yo no suelo llevar joyas, a no ser que el vestido y la ocasión las requieran. Por suerte, saben que no me gustan las cosas recargadas y sus regalos son sencillos y elegantes, a la vez que muy valiosos. Cuando tenga una hija puede que no le deje mucho dinero, pero tendrá unas joyas increíbles.

Jay sonrió pensando en el testamento que Paige redactó, dejándoselas a Elizabeth.

—¿Piensas tener una hija?

—Tú tienes una, ¿por qué no puedo tener yo una también? Después de verte con ella, me habría gustado tener una hace diez años. Eres tan joven.

—Serás una madre fantástica.

—Eso espero. ¿Qué? —dijo Paige al darse cuenta de que la miraba insistentemente.

—Las mujeres no suelen comer tanto cuando un hombre las invita a cenar.

—Puede que lo hagan para que no pienses que comen demasiado, o porque no quieren engordar. A mí, lo que pienses tú me importa un comino.

Jay se rio.

—Además, cuando estoy nerviosa, se me abre el apetito, y he estado nerviosa durante toda la cena.

—Lo siento.

—Tú no eres el culpable. Bueno, en parte sí —dijo ella riendo.

—A Elizabeth la tienes impresionada. No hay día que no te mencione.

—Pues estarás contento —dijo con una radiante sonrisa.

—No creas que es broma. Le gusta cómo vistes, tus zapatos, tu pelo, tu trabajo...

—¿Mi trabajo?

—A veces te ha oído hablar con tus clientes y le fascina la autoridad con que les hablas. Dice que eres la mujer perfecta y que le gustaría ser como tú.

—Eso es lo que te faltaba, tener a una como yo en tu casa. Sería para suicidarse.

Los dos volvieron a reír.

—¿Te apetece un café, un licor, un coñac, champán?

—No, gracias. Prefiero ir a casa a acostarme, estoy cansada.

—Entonces te llevaré a casa.

Jay le hizo una señal a Tom para que trajese la cuenta.

—No soy capaz de averiguar por qué tengo tantas ganas de besarte.

—Porque soy muy buena besando —dijo ella sonriendo.

El trayecto duró cinco minutos escasos. Jay bajó y rodeó el coche para abrirle la puerta. Le dio la mano para ayudarla a bajar y ella se la cogió. Y Jay sintió la tensión en ella.

Jay se acercó a Paige y le dio un ligero beso en los labios. Al ver que ella no se apartaba, le rodeó la cintura con el brazo para acercarla más a él y metió la lengua en su boca. La besó dulcemente. Ella, tímidamente, le devolvió el beso y se dejó llevar. Paige le acariciaba los brazos con sus manos. Al sentir las manos de ella Jay profundizó el beso. Y Paige le rodeó el cuello y lo besó con desesperación. Luego se separó un poco de él, pero Jay no la soltó.

—Upps, creo que me he pasado un poco —dijo Paige sonriendo.

—Hola, pareja —dijo una vecina que paseaba al perro.

—Hola, Agnes —dijo Jay.

—Hola —añadió Paige contrariada—. ¡Perfecto! Mañana todo el pueblo sabrá que nos hemos besado.

Él se rio. Y volvió a besarla.

—Creo que entre nosotros hay algo que requiere de una atención más exhaustiva.

—Es mejor que olvides lo que tienes en mente, sigo sin querer lo mismo que tú.

—Pues a mí me da la impresión de que lo que hay entre nosotros va a llegar muy lejos.

—No estoy interesada en nada de lo que puedas ofrecerme.

—Ya nos hemos besado tres veces.

—No sabía que llevaras la cuenta. Los dos somos buenos besando, y sólo han sido simples besos. Gracias por la cena.

—Gracias por cenar conmigo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Jay subió al coche, esperó a que ella entrara en casa y se marchó.

Elizabeth estaba en el salón cuando él entro.

—Hola, cariño.

—Hola, papá.

—Perdona que no te haya avisado de que cenaría fuera. Se me presentó algo y...

—No importa, he cenado lo que dejaste preparado. ¿Te has divertido?
—La verdad es que sí, lo he pasado realmente bien.
—Mañana he quedado con Paige a las ocho y media en su casa.
—¿Con qué iréis a la ciudad?
—No lo sé, puede que en autobús o en taxi.
—Os llevaré yo, al fin y al cabo me voy sobre esa hora.
—No sé si será buena idea. Ya sabes que Paige y tú no os lleváis muy bien.
—No digas eso. La semana pasada fuimos a tomar una copa juntos, y hoy hemos ido a cenar.
—¿Habéis ido a cenar..., juntos? —preguntó sorprendida.
—Sí. Y no hemos discutido.
—Sabía que lo arreglarías. Lástima que ahora que os van bien las cosas, ella tenga que irse.
—Volverá, sólo va de vacaciones.
—Lo sé. Pero también sé que echará de menos Nueva York y se marchará antes de que llegue el invierno. ¿Podrás retenerla aquí?
—Paige no es un negocio, si decide marcharse, lo hará.
—¿No podrías hacer que se enamorara de ti?
Jay se rio y su hija lo miró fijamente.
—¿Hablas en serio? ¿Quieres que me case? Ni siquiera te gusta Julie.
—¿Cómo puedes compararlas?
—¿Estás diciendo que te gustaría que me casara con Paige?
—No me importaría. Me gusta y tenemos muchas cosas en común.
—Será mejor que no comentes con ella esta conversación, porque te aseguro que se largaría. A ninguna mujer le atrae la idea de casarse con un divorciado, con una hija adolescente.
—Pero yo le gusto, lo sé.
—Yo también lo sé. Esta noche me ha dicho que me envidia por tener una hija tan mayor.
—Entonces, haz que sus deseos se hagan realidad. Si os casáis ya tendrá una hija de mi edad. No vas a decirme que no te gusta. ¿La has mirado bien?
—Sí, la he mirado. Es una mujer preciosa, inteligente y cariñosa.
—Si no haces nada se te adelantarán y la perderás.
—Pensaba que querías que viviéramos solos.
—Me he dado cuenta de que soy un poco egoísta. Sólo sales de casa cuando yo quedo con mis amigas, para que no me quede sola.
—Eso no es problema tuyo.
—Sí es problema mío, porque cuando me vaya a la universidad, te quedarás solo. Sé que sales con Julie, pero si en algo te importa mi opinión, no hacéis buena pareja. Julie no me gusta. Finge que le caigo bien y no es así. Y no la culpo, porque a mí tampoco me cae bien ella. Así que, si tienes planes de casarte con Julie, cuando esté en la universidad, pasaré las vacaciones con mamá, o me quedaré en el campus.
—¿Qué?
—Tú eres la persona que más quiero, pero si te casas con ella, no volveré a casa, porque ella haría que tú y yo nos distanciáramos.
—Eso no sucederá porque no me casaré con ella.
—Yo creo que las mujeres tienen poder para convencer a un hombre.
—¿Confías en mí?
—Sabes que sí.
—Entonces te diré algo. No voy a dejar de ver a Julie porque somos amigos desde el

colegio. Somos sólo amigos y yo jamás le he hablado de matrimonio. Voy a hacerte una promesa, y sabes que yo siempre cumplo mi palabra. Te prometo que nunca me casaré con Julie. ¿Hay alguna mujer más por los alrededores que no te guste?, puedo extender mi promesa a ellas.

—Te estás burlando de mí.

—Para nada. No me casaré con ninguna mujer del pueblo.

—Que te casaras con Paige no me importaría.

—Entonces, no me casaré con ninguna, excepto con Paige.

Paige estaba en la cama leyendo. Era bastante tarde cuando oyó el sonido del mensaje que esperaba con ansia y lo leyó.

No creas que he pensado tanto en ti el tiempo que has estado fuera.

Presumes de hacer siempre lo que quieres, pero conmigo deseas hacer algunas cosas que no haces, ¿por qué?

Me has demostrado que eres una buena persona y que harías cualquier cosa para ayudar a la gente. Yo también necesito ayuda, necesito echar un polvo contigo.

Cuando me besaste la primera vez me cogiste por sorpresa, no esperaba que me demostraras, tan claramente, tu interés por mí.

Me gusta que exageres las cosas cuando escribes, así es más excitante. Y sé que no te gusta sólo mi sonrisa, creo que te gusta el lote completo.

Lástima que no te sucedan esos arrebatos más a menudo. El primer beso tuyo me dejó asombrado y aturdido. Pero los otros... ¡Madre mía! No me cansaría nunca de besarte

No puedo apartar de mi mente lo de “deslizar mi boca por tu cuerpo”. Desde que me lo dijiste, no puedo pensar en otra cosa.

Me has mentido. Has dicho que no llevabas puesto mi anillo, pero esta tarde, cuando fui a tu casa subí a tu habitación. Estabas dormida y mi anillo lucía en tu mano. Creo que ese anillo te atrae más de lo que piensas, precisamente, porque lo compré para ti. Y creo que vuelves a imaginar que es un anillo de compromiso.

Me gusta que hayas saboreado mi boca, aunque también me gustaría que saboreases otras partes de mi cuerpo.

¿Cuántas veces has visto mis vídeos? Apuesto a que muchas. Y estoy seguro de que no los has borrado, y de haberlo hecho, estarían en tu ordenador. Te intereso demasiado para deshacerte de ellos. Y seguro que los utilizas para imaginar ciertas cosas.

Vaya, me encuentras sexy y seductor, como un modelo de Armani. ¿Cómo sabías que el traje que llevaba en esa foto era de Armani?

Me halaga que pienses que soy lo mejor y lo más atractivo de este pueblo. Y sabes, últimamente, y después de pensarlo detenidamente, creo que tú eres lo más bonito y valioso que hay aquí. Y a mí también me gusta lo mejor, sobre todo para el sexo.

¿Cómo es posible que no sepas si alguna vez te has corrido pensando en mí?

Me gusta que me utilices para darte placer, pero si necesitas algo de mí que pueda servirte de ayuda, sólo tienes que pedírmelo. Estaré encantado de ayudarte.

Yo jamás habría llevado a una mujer a tu casa. Y quiero que sepas, aunque no es asunto tuyo, que no me acosté con Rosie, sólo fueron unos besos sin importancia, como cuando tú y yo nos besamos. Aunque sí he de precisar que sus besos no tienen nada que ver con los tuyos.

Yo no suelo elegir a mujeres mediocres. Me pasa como a ti, me gusta lo mejor, y en estos momentos, tú eres lo mejor que tengo a mi alcance.

Me alegro de que no tengas sexo esporádico. No me gusta acostarme con mujeres que pasan de mano en mano así como así.

No sé con cuantos te has acostado, pero apuesto a que puedes contarlos con los dedos de una mano, y no es que eso me disguste, precisamente.

¿Pensaste que te arrancaba el vestido y te follaba sobre la mesa? ¡Santo Dios! Cómo me habría gustado hacer eso.

Si ninguno de los dos se rinde nunca, no sé lo que pasará con nosotros. ¿Crees que podremos seguir así, sólo con los correos, durante toda nuestra vida? ¿Sin besarnos, sin tocarnos, sin acariciarnos? Aunque lo de besarnos lo llevamos bien. Y podría decirse que tú sí me has acariciado, mientras me besabas.

Me gusta lo de súper zorra.

Cariño, desprendes femineidad por cada poro de tu piel. Incluso con pijama te encuentro sexy.

¿Ya vas a marcharte? ¿Huyes de mí?

Sí, soy algo selectivo con las mujeres, aunque sólo sea para echar un polvo. A ti ya te he elegido, sólo me queda pasar a la acción.

¿Mi hija ya sale con chicos?! No me había planteado esa posibilidad todavía. La verdad es que no sé cómo hablarle sobre ello, puede que a ti se te ocurra algo, parece que escucha tus consejos. Si hablas con ella te haré un regalo, cualquier cosa que desees. Y si prefieres que el regalo sea yo, estaré encantado de complacerte.

¿Crees que no voy a poder conciliar el sueño sólo por pensar en conseguirte? ¿Quién es la arrogante ahora?

¿Piensas que soy un hombre frío? ¿Estás segura de eso? Porque cada vez que te he besado, he deseado muchas cosas, cosas que, posiblemente, no podrías imaginar.

Dices que tu control es perfecto, sin embargo, esta noche te has derretido en mis brazos.

Me alegro de que te excites cuando me ves, aunque me gustaría excitarte más a fondo.

¿Por qué nos escribimos? ¿No podríamos decirnos todas estas cosas en persona?

Sí, pienso que eres una mujer especial y, después de la cena de hoy, me reafirmo en ello. Creo que eres fascinante.

Gracias por pensar que soy una gran persona. ¿Me estás haciendo la pelota por alguna razón? ¿Quieres algo de mí? Pide por esa boca.

Ahora sí pienso que te gustan demasiadas cosas de mí. Parece que desees tenerme como marido. Lástima que no me interese para eso.

Sexy, carismático, sensual, agresivo, tierno y sensible... ¿Soy todo eso para ti? No sé si pedirte que te cases conmigo.

Tengo unas ganas locas de besarte de nuevo.

—¡Qué guapa! —dijo Elizabeth al ver a Paige cuando pasaron a recogerla la mañana siguiente.

Llevaba un vestido negro estrecho muy corto con un gran escote y sandalias altas.

—Tú también estás muy guapa.

—Mi padre está fuera, tiene que ir al trabajo, así que nos llevará.

Cuando Paige salió de la casa y lo vio se le alteró el pulso. Y a su mente volvieron los besos de la noche anterior.

Jay levantó la mirada al oírlas y se le cortó la respiración al ver a Paige. Aunque no le gustó aquel vestido tan corto. No es que no le gustara sino que le molestaba que otros vieran esas

increíbles piernas.

Después de saludarse cordialmente, Paige ignoró que Elizabeth le dijera que subiera delante, así que Jay abrió la puerta trasera para que subiera y luego la cerró, no sin antes echar un buen vistazo a sus piernas. Luego se sentó en el asiento del conductor

—Papá, vamos a ir a la cafetería italiana que solemos ir nosotros.

—¿Os importa que desayune con vosotros?

—Por supuesto que no —dijo su hija.

Elizabeth les estaba diciendo que las clases empezaban el cinco de septiembre y que le quedaba un mes de vacaciones. Y que era un aburrimiento pasarlas en el pueblo. Sonó el móvil de Paige.

—¿Os importa que conteste? Es mi jefe, no tardaré.

—Paige, tómate el tiempo que necesites —dijo Jay.

—Hola, Frank.

—Hola, Paige, ¿va todo bien?

—Muy bien, gracias. ¿Cómo estás?

—Te echo muchísimo de menos.

—Seguro que sí, aunque yo si te echo de menos. ¿Por qué me llamas? ¿Has olvidado que estoy de vacaciones?

—No te habría llamado si no fuera importante. Me ha llamado Ronald, está preocupado porque su abogado le ha dicho que ha oído rumores sobre una compañía en la que ha invertido muchos millones y que tiene que vender las acciones. Dice que anoche te llamó varias veces y no le contestaste. Necesita hablar urgentemente contigo. Sabes que tus clientes no quieren hablar conmigo, en especial él.

—Vale, le llamaré tan pronto cuelgue. Por cierto, quería decirte que necesito alargar un poco las vacaciones.

—Pero si no has pegado golpe desde que te fuiste.

—¿Y tú qué sabes lo que he trabajado? Mis clientes son un coñazo y no me dejan respirar.

—¿Crees que soy estúpido?

Paige se rio.

—En serio, Frank, necesito unos días más.

—Si quieres puedes alargarlas y las juntas con las vacaciones de Navidad.

Paige volvió a reír.

—Un momento que coja la agenda y ponga el manos libres —dijo ella comprobando el calendario—. Frank, quiero ir a ver a mi padre, pero anoche miré los vuelos y sólo hay tres a la semana. El próximo es el jueves, pero está todo completo.

—Claro que está completo. Todo el mundo quiere largarse de Alaska, menos tú.

Paige se rio otra vez.

—El siguiente es el domingo y espero ir en ese. Después de pasar unos días en Florida iré a Nueva York.

—Dime que te quedarás aquí definitivamente.

—No, Frank, he decidido quedarme a vivir aquí.

—¿Qué coño se te ha perdido en Alaska? ¿Has conocido a alguien? ¿Es eso?

Jay la miró por el retrovisor y sus miradas se encontraron.

—No es eso, pero estoy decidida.

—Me estás causando muchos problemas.

—Cuando te dije que iba a dejar el trabajo dijiste que no aceptarías mi dimisión. Si la

quieres ahora, te la enviaré por fax.

—No digas tonterías. Bueno, lo arreglaremos, aunque vivas allí. De todas formas, no vas a soportar el invierno, me he informado de las temperaturas. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Nueva York?

—Dos o tres días. Quiero que vayamos de compras, necesito un equipo nuevo.

—Pero si el año pasado te compré lo último que había en el mercado. Puedo enviarte todo lo que compramos.

—Frank, ese equipo se ha quedado obsoleto, pásaselo a David. Imagina que vas a abrir una nueva sucursal aquí. Yo me encargaré de buscar los clientes. Cuando llegue a Nueva York nos vamos un día de compras los dos. Y no te quejes, sé que te gusta ir a comprar conmigo.

—Oh sí, me apasiona. Me sales más cara que mi mujer.

—A mí me gusta ir contigo. No hay nada como ir de compras con un millonario.

—Te aprovechas de mí porque sabes que te quiero.

—Y yo a ti. He pensado volver desde Nueva York conduciendo. Necesito mi coche.

—¿Estás loca? Tendrías que atravesar todo el país y te llevaría casi una semana.

—Por eso te he dicho que necesitaba alargar las vacaciones. Frank, tengo que colgar. Te llamaré tan pronto llegue. Te quiero.

—Y yo a ti. Cuídate. Y llama a Ronald, no vayamos a perderlo.

—Lo llamaré tan pronto cuelgue.

Paige colgó el teléfono.

—Siento haberme enrollado.

—No te preocupes —dijo Jay.

—¿Quieres a tu jefe? —preguntó Elizabeth sorprendida.

—Sí, mucho. Es un hombre increíble.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y ocho. Lo siento, tengo que hacer otra llamada. Después apagaré el teléfono y me olvidaré de él todo el día.

—Paige no te disculpes, el trabajo es el trabajo.

Ella marcó el número de su cliente. Seguía con el manos libres.

—Hola, preciosa. Te llamé anoche un montón de veces.

—Hola, Ronald. Lo siento, tenía una cena muy importante y desconecté el móvil. Además, sabes que estoy de vacaciones.

—En los negocios no hay vacaciones.

—¿Quién habló! ¿Has vuelto ya del Caribe?

—Estoy en Nueva York.

—Pues yo en Alaska.

—Ni me lo nombres. ¿Qué demonios estás haciendo allí?

—Ronald tengo prisa.

—¿Ahora vas con prisas? Quien diría que no te doy a ganar un buen dinero.

—Yo podría decirte lo mismo. ¿Cuál es la emergencia?

—Mi abogado me ha dicho que tenemos que vender las acciones de metalúrgica.

—No sabía que te habías buscado otro asesor, pero si confías en él, vende. Tienes acciones de las tres empresas que se unieron, y si no recuerdo mal, invertiste nueve millones trescientos mil. Si vendes ahora perderás más de medio millón.

—Pero él dice que las acciones bajarán en picado.

—Y es cierto, pero pensaba que confiabas en mí.

—Confío en ti.

—En este momento, eso no lo tengo muy claro, pero si confías en mí, te aconsejo que no vendas. Las acciones bajarán uno o dos puntos en los próximos días, pero eso cambiará en unos meses. Te diré cuando hay que vender y te daré a ganar unos cuantos millones.

—De acuerdo.

—Como vuelvas a dudar de mí, pasaré tu expediente a otro asesor. Ronald, puedo estar de vacaciones, pero estoy al corriente de lo que sucede en el mercado. Y tú eres mi cliente favorito.

—Me alegro de haber hablado contigo, pero quiero verte. Quiero ir a cenar un día contigo y que hablemos de cosas que no tengan nada que ver con los negocios.

—Voy a ir a pasar unos días con mi padre y luego iré a Nueva York.

—¿Qué día llegarás?

—No estoy segura, desde aquí no salen vuelos diarios. Todos no disponemos de un Jet privado, como tú, y tenemos que volar en línea regular y amoldarnos a los horarios.

—¿Cuándo quieres salir para Florida?

—Si por mí fuera, me marcharía hoy mismo, pero el próximo vuelo en el que quedan plazas es el domingo.

—¿Cuál es el aeropuerto que está más cerca de donde vives?

—Ted Stevens, en Anchorage.

—Mi avión saldrá esta noche. Te llamaré para confirmarte la hora.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. Te llevará a Florida. Y cuando quieras venir a Nueva York me llamas el día antes y lo organizaré para que te traigan aquí, así me aseguraré de que vienes. Y de Nueva York te llevará de vuelta a Alaska.

—Hasta aquí no hará falta porque voy a traer mi coche por carretera.

—¿Por qué no lo envías?

—¿Puedo meterlo en tu avión?

—No, pero si quieres, puedo comprar un avión especial para que lleve tu coche a Alaska.

Paige soltó una carcajada.

—Eres el mejor. Gracias, cuídate.

—Tú también. Te llamaré esta noche.

—¿Vas a ir en un avión privado? —preguntó Elizabeth cuando colgó.

—Ya he ido otras veces.

—Parece que ese cliente no puede vivir sin ti —dijo Jay.

—Cuido bien de sus intereses.

Entraron en la cafetería italiana y se sentaron en una de las mesas. Jay se había quitado la chaqueta del traje antes de sentarse frente a Paige. Ella le miró los pectorales y los brazos y rápidamente desvió la mirada hacia Elizabeth. Jay se dio cuenta y sonrió ligeramente.

—Cuando venimos a la ciudad, mi padre me trae aquí porque me gustan los gofres que preparan —dijo la chica.

Paige miró a Jay con una cálida sonrisa. Después de pedir el desayuno la camarera se retiró.

—Entonces, ¿te marchas mañana? —preguntó Jay.

—Eso parece. Y cuando vuelva empezaré a trabajar en serio, porque, he de reconocer que mi jefe tiene razón y no he pegado golpe desde que estoy aquí.

—Qué suerte tienes de irte de vacaciones —dijo Elizabeth.

—Quiero ver a mi padre. Todos no tienen la suerte que tienes tú de vivir con él —dijo ella mirando a Jay y sonriendo.

—Lo sé. Nosotros no salimos en verano, porque mi padre tiene trabajo aquí.

—En Alaska hay que aprovechar el verano porque en invierno, puede que haga frío.

Los tres se rieron. Hablaron del invierno hasta que la camarera les trajo el desayuno.

—A esa camarera le gustas —dijo Paige cuando la mujer se retiró— te ha lanzado una mirada suplicante.

—A mi padre lo miran muchas mujeres. Algunas de las chicas del instituto están locas por él.

—No me extraña, incluso a mí me tiene fascinada. ¡Madre mía! Estos gofres son enormes

—¿Piensas venir conduciendo desde Nueva York?

—Sí. Sé que me llevará unos cuantos días, pero será divertido.

—¿Pero, sola...?

—No conozco a nadie que quiera venir a Alaska.

Jay y Elizabeth se rieron. Él las miraba a las dos, encantado de tenerlas con él.

—Bonitos gemelos —dijo Paige.

—Últimamente son los que más me gustan —dijo él mirándola.

—Creo que son más bonitos llevándolos tú que cuando los vi en la joyería.

Elizabeth miró a su padre y sonrió.

—¿Estás flirteando conmigo delante de mi hija?

—Puede. Y que tu hija esté delante no me preocupa lo más mínimo. Además no tengo secretos para ella. Umm, tienes razón, estos gofres están de muerte.

—¿Qué vais a hacer hoy?

—Lo que suelen hacer las mujeres cuando salen. Gastar dinero —dijo Paige con una radiante sonrisa.

—Hablando de dinero —dijo él sacando la cartera— ¿Cuánto crees que necesitará Elizabeth?

—Guárdate tu dinero.

—No voy a permitir que gaste dinero con ella.

—¿No vas a permitir? ¿Y qué harás, perseguirnos? —dijo Paige riendo.

Elizabeth soltó una carcajada.

—Cuando sales con tu hija lo pagas tú todo. Cuando salga conmigo yo me haré cargo.

—Pero tú no eres su madre.

—En ese caso, imagina que lo soy.

—Eso no me gusta.

—¿No te gusta imaginar que soy su madre?

—No, que gastes dinero con ella.

—A ti no te importa lo que hagamos.

Al salir del local caminaron hasta el coche.

—¿Os llevo a algún sitio?

—No, gracias.

Elizabeth besó a su padre. Y luego se acercó a ver algo que le había llamado la atención en un escaparate.

—Hoy no hay beso de despedida —dijo Paige.

—¿Y eso por qué? —dijo él acercándose a ella y besándola en los labios.

—Gracias por el desayuno.

—Me ha gustado mucho desayunar con vosotras.

Elizabeth se acercó a ellos.

—Terminaré sobre las siete y media. Si queréis que os lleve a casa, llamadme.

—Vale —dijeron las dos.
Jay subió al coche y se marchó.

Al final de la mañana iban muy cargadas y como la inmobiliaria de Jay estaba cerca, Elizabeth dijo de ir a dejarle las bolsas para que él las llevara a casa.

Elizabeth saludó a los empleados que estaban sentados en sus mesas. Luego se dirigió a la mesa donde había sentada una chica de unos treinta años.

—Hola, Elizabeth.

—Hola, Laura. Ella es mi amiga Paige. Paige, ella es Laura, la secretaria de mi padre.

—Mucho gusto —dijo Paige.

—Encantada.

—¿Mi padre está ocupado?

—Creo que está hablando por teléfono, pero podéis pasar.

Elizabeth llamó suavemente a la puerta y abrió, sin esperar contestación. Jay estaba de pie junto a la ventana, hablando por teléfono. Al verlas sonrió y les señaló las butacas que había delante de la mesa para que se sentaran. Cuando terminó la llamada, se apoyó en el borde de la mesa, delante de su hija.

—Qué grata sorpresa. Veo que habéis comprado algunas cosas, bueno, muchas cosas. ¿Qué os trae por aquí?

—¿Te importaría que te dejáramos las bolsas para que las lleves a casa?

—Claro que no. Tengo el coche en la puerta, las meteré en el maletero cuando salga. Os invitaría a comer, pero ya he quedado.

—No hemos venido para comer contigo —dijo Paige— Elizabeth, me gustaría hablar con tu padre. ¿Podrías dejarnos solos unos minutos?

—Te esperaré fuera. Hasta la noche, papá.

Jay se sentó en la butaca que había junto a Paige cuando su hija salió.

—Me pregunto qué tendrás que decirme, que no puede escuchar mi hija, cuando en el desayuno has dicho que no tienes secretos para ella.

Paige se giró hacia él y cruzó las piernas. Jay desplazó la mirada hacia ellas y luego la miró a los ojos sonriendo.

—Tenías razón, estoy desesperada y no puedo soportarlo más. ¿Tienes un condón aquí? Me muero de ganas por echar un polvo contigo —dijo Paige mirándolo.

Jay se quedó un instante paralizado.

—¡Vaya! Sabía que me lo pedirías, pero pensé que tardarías más.

Ella seguía sin apartar la mirada de él. Vio preocupación en su rostro. Tal vez porque su hija estaba fuera.

—Es broma —dijo Paige riendo.

—No me has engañado ni por un instante.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¿Qué ocurre?

—Llevo toda la mañana pensando en algo. No lo he comentado con Elizabeth, porque antes tenía que hablarlo contigo.

—¿De qué se trata?

—Elizabeth ha dicho esta mañana que le gustaría subir en un avión privado. Y me pregunto si te importaría que la llevara a Florida conmigo.

—Pero vas a ir a ver a tu padre.

—A él le gustará Elizabeth, y a ella él. Luego iremos a Nueva York y pasaremos allí unos

días. Y tendré a alguien que me acompañe en el largo viaje de vuelta.

—Paige...

—Míralo por el lado bueno. Te librarás de ella durante bastantes días y podrás salir por las noches, incluso llevar a mujeres a tu casa.

—Yo no llevo mujeres a mi casa, aunque no esté mi hija.

—Vale. Otra ventaja sería que pasaríamos mucho tiempo juntas y hablaríamos de muchas cosas. Puedo incluso hablarle de sexo y así no tendrás que hacerlo tú. Y puedo acompañarla, si decide ir a ver a su madre.

—Paige, he visto a mi hija muy poco últimamente, con las clases vuestras, mi viaje a Nueva York...

—Lo sé. Pero si se queda aquí, sólo la verás por las noches. Podrá hablar contigo cada día, todas las veces que quiera. Serán unas dos semanas. Y cuando volvamos, todavía le quedarán dos semanas de vacaciones. Sabes que cuidaré de ella.

—Lo sé, pero...

—No tienes que decidirlo ahora. Piénsalo, y si aceptas, le preguntas si quiere venir conmigo. Y si no aceptas, no pasará nada, porque ella nunca lo sabrá. Pero tengo que saberlo esta noche, para decirle a mi cliente que llevaré a alguien.

—De acuerdo. Lo pensaré. Y gracias por no comentarlo con ella.

Cuando Paige salió del despacho, Jay pensó en lo que le había dicho sobre que quería echar un polvo con él. Había pensado que iba en serio. Incluso se había planteado cómo hacerlo, estando su hija fuera y Julie a punto de llegar.

Paige y Elizabeth salieron de la inmobiliaria y se encontraron con Julie a pocos metros de allí.

—Hola —dijo Julie.

—Hola —dijeron las dos a la vez.

—¿Habéis venido a ver a tu padre?

—Sí.

—He quedado con él para comer. Me alegro de haberte encontrado porque quería decirte algo —le dijo a Paige, aunque a ella le extrañó, porque se habían visto una sola vez en el supermercado.

—Dime.

—Me han dicho que anoche cenaste con Jay.

—Es cierto.

—Y que os vieron besaros delante de la casa de Charlie.

—No fue exactamente eso sino un beso de despedida.

—¿En la boca?

Elizabeth miró a Paige disimulando una sonrisa.

—Yo no tengo que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer, de manera que, a quien yo bese, no es asunto tuyo.

—Es asunto mío, si se trata de Jay, ¿no sabes que salimos juntos y que vamos a casarnos?

—Pues..., la verdad es que no tenía ni idea.

—Deberías informarte mejor. ¿Crees que él iba a fijarse en la empleada de un supermercado. Eres una buscona. Sabes que es rico y quieres pescarlo.

—Julie, tú y yo no nos conocemos de nada y me estás insultando. Y te confundes conmigo, no estoy interesada en Jay.

—¿Crees que voy a tragarme eso? Él es mejor partido que todos los hombres de por aquí y

no vas a conformarte con menos, ¿verdad?

—Voy a buscar a mi padre.

—Esto no tiene nada que ver con tu padre —dijo Paige cogiendo a la chica del brazo.

—Te lo advierto. Si sigues incitando a Jay para que os veáis, tendrás que buscarte otro sitio para vivir, porque me encargaré de que todos en el pueblo sepan que eres una zorra.

—Ahora vas a escucharme tú. No tenía conocimiento de la relación que tenéis Jay y tú. De haber sabido que tenía novia no habría cenado con él. Pero si tienes que pedir explicaciones a alguien, deberías hablar con *tu* novio, porque fue él quien me invitó a cenar y quien me besó. Y puedes estar tranquila porque jamás volveré a salir con él, yo no me entrometo entre una pareja.

—No creas que me convencen tus palabras. Ya sabes lo que te he dicho. Si vuelves a verle, todo el pueblo sabrá que eres una puta.

—A mí me da igual que te convenzan o no. Y sabes, yo no suelo discutir con nadie, pero tampoco permito que nadie me insulte. De ahora en adelante, no vuelvas a dirigirte a mí, bajo ningún concepto.

—No pensaba hacerlo —dijo Julie caminando hacia la inmobiliaria.

Paige y Elizabeth empezaron a caminar.

—¿Cómo estás?

—No muy bien. Es la primera vez que me encuentro en una situación como esta.

—Vamos a comer. ¿Por que no has dejado que fuera a buscar a mi padre?

—Porque no era asunto suyo.

—Sí lo era. Sabía que esa mujer era mala. Mi padre no la conoce y cuando se lo cuente se enfadará.

—Elizabeth, no quiero que lo comentes con él. Ya tiene bastante con su trabajo para preocuparse por lo que hace su novia.

—Julie no es su novia.

—Pues parece que ella no lo sabe. No me gustan estas situaciones. Por favor, no le digas nada a tu padre.

—De acuerdo. ¿Os besasteis?

—Tu padre y yo tenemos una relación extraña.

—¿A qué te refieres?

—Te hablaré más adelante de ello. De todas formas, voy a terminar con él.

—¿Por qué?

—El pueblo es muy pequeño y ya has oído lo que ha dicho. No quiero que me califiquen de algo que no soy. Y si Julie hablara mal de mí tendría que marcharme.

—No diré nada, porque sabe que si mi padre se entera cortará con ella.

—Por eso no vas a decirle nada. No quiero malos rollos.

—Es una ilusa al pensar que va a casarse con mi padre.

Pasaron una tarde estupenda, comprando algunas cosas más y no volvieron a pensar en Julie. Después de cenar volvieron a casa en taxi y fueron a casa de Elizabeth primero. Paige le dijo que se llevara todas las bolsas y que al día siguiente, cuando viniera a despedirse, se las llevaría.

—¿Por qué no ha entrado Paige?

—Supongo que tendrá que preparar el equipaje, ya sabes que se marcha mañana. Tiene que estar en el aeropuerto a las cuatro y media.

Elizabeth entró las compras al salón y separó las de Paige. Mientras le enseñaba a su padre todo lo que habían comprado iba contándole lo que habían hecho en todo el día. Jay vio que estaba contenta por haber pasado el día con Paige.

—Nos hemos encontrado con Julie cuando salíamos de la inmobiliaria.

—No me ha dicho nada. Quiero preguntarte algo.

—¿Qué?

—¿Te gustaría ir de vacaciones con Paige?

—Me encantaría, pero es posible que a ella no le guste la idea.

—La idea ha sido suya. Es de lo que quería hablarme, a solas, en mi despacho.

—¿Quiere que vaya con ella? ¿Y tú me dejas ir?

—Sí.

Elizabeth se echó sobre su padre para abrazarlo.

—Gracias, papá.

—Será mejor que la llames para decirle que la acompañarás. Y dile que la recogeremos a las cuatro menos cuarto.

—A lo mejor no quiere que nos lleves tú —dijo ella, pensando en lo que le había dicho Paige de que iba a cortar con él.

—Si no os llevo, no irás con ella.

—Vale, tú nos llevas. Voy a llamarla.

Paige fue a casa de Elizabeth al día siguiente a media mañana. La chica le enseñó la casa y le dijo que había sido la casa de sus abuelos.

—Desde que mis abuelos murieron, mi padre sólo me tiene a mí.

—Tú eres su vida.

—No exageres.

—Tu padre no vendrá, ¿verdad?

—Él nunca viene por la mañana. Es una lástima que hayas decidido cortar con él porque, si le conocieras, te gustaría. ¿Seguro que no te gusta, aunque sólo sea un poco?

—Es un hombre inteligente, divertido, increíblemente atractivo y un buen padre. No se encuentran fácilmente hombres como él. Pero sale con Julie.

—¿Me hablarás de esa relación extraña que dices que tenéis, aunque cortes con él?

—Te hablaré de ello, tan pronto le envíe un correo para terminar lo nuestro.

Fueron a la habitación de Elizabeth a preparar el equipaje. Paige le dijo que ella no llevaría nada porque, tanto en casa de su padre como en Nueva York tenía ropa, pero le aconsejó lo que debía llevar.

—Mi padre ha dicho que vendría temprano y traería la comida.

—Entonces me voy, no quiero encontrármelo.

Bajaron la escalera y se dirigieron a la puerta de la calle.

—Quiero pedirte algo —dijo Paige, metiendo las bolsas en el maletero del coche.

—Lo que quieras.

—Cuando estemos en la pista, ¿te importaría despedirte de tu padre y subir al avión? Me gustaría hablar con él a solas, por última vez.

—Desapareceré, descuida.

Paige se despidió de Charlie y de su familia y subió al coche de Jay. En el trayecto hacia el aeropuerto Elizabeth estuvo intercambiando mensajes con sus amigas por WhatsApp. Paige se recostó en el asiento del copiloto en silencio.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo Paige mirándole y sonriendo. Aunque no estaba bien. No podía quitarse de la cabeza que tal vez esa fuese la última vez que se vieran.

Jay paró el coche detrás de un todoterreno negro en la puerta de la terminal. Paige bajó del vehículo para hablar con el hombre que estaba de pie junto a él. Se presentó y le mostró los pasaportes de Elizabeth y de ella. El hombre dijo que lo siguieran. Y fueron detrás de él hasta que llegaron a la pista. Se detuvieron a unos metros del avión. Los tres bajaron del coche y Elizabeth hizo varias fotos al avión para enviárselas a sus amigas. El hombre bajó del todoterreno y se acercó a ellos.

—Ese es su avión, despegará en media hora. Pueden subir cuando lo deseen. Señor, tiene que salir por el mismo sitio que hemos entrado —le dijo el hombre a Jay.

—Muy bien. Muchas gracias. Ha llegado la hora. Esta va a ser una buena experiencia, ¿eh? —dijo Jay a su hija cuando el hombre se marchó.

—Y que lo digas. Te quiero, papá,—dijo la chica abrazándolo.

—Y yo a ti. Llámame.

—Lo haré. Paige, te espero en el avión.

—Mírala, qué decidida —dijo Jay sonriendo.

Elizabeth cogió su pequeña maleta y se dirigió a la escalera del avión, subió y desapareció en su interior.

—Tu hija te llamará todas las noches. Vamos a pasar mucho tiempo juntas, ¿quieres que le hable de algo en particular?

—Si le hablas de sexo, te lo agradeceré —dijo él sonriendo.

—Eso está hecho. Por cierto, este es el número del móvil de mi padre y del hijo de su casa —dijo anotándolos en un papel y dándoselo—, por si en algún momento no nos localizas

—Vale —dijo él guardando el papel en el bolsillo.

—¿Puedo besarte?

—¿Tienes que pedirme permiso?

—Voy a darte un beso devastador. Te va a gustar tanto que no vas a querer dejarme marchar —dijo ella con una tierna sonrisa.

—Estoy impaciente —dijo mirándola con ojos audaces y brillantes.

Paige metió las manos en el interior de su chaqueta y las llevó hasta la espalda de él. Quería sentir nuevamente el contacto con su cuerpo. Le acarició la espalda y notó como los músculos de Jay se tensaban.

Luego acercó los labios a los de él, los lamió y metió la lengua en su boca. Empezó a besarlo suavemente. Le temblaban las piernas y el corazón le latía a quinientos por hora. Lo acercó más hacia ella. Paige apenas podía contener las sensaciones desenfrenadas que le asolaban el cuerpo. La ansiedad de Jay fue tal que le colocó una mano en la nuca y la otra en la cintura para atraerla más a él, y con lujuria y desenfreno, le devolvió el beso devastándolos a los dos hasta quedar sin aliento.

Cuando se separaron, cada centímetro del cuerpo de Jay vibraba. Paige cogió aire porque se estaba ahogando. Jay escondió el rostro en el cuello de ella y permaneció allí hasta que su furia calmó.

—Me gustan tus besos devastadores —dijo él sonriendo.

Paige no tenía la menor duda de que Jay la deseaba. Su respuesta al beso no había dejado lugar a dudas. Nadie era capaz de fingir cuando besaba de aquella manera. A Paige le sorprendió y al mismo tiempo le complació descubrir que él tenía el pulso tan acelerado como el de ella.

—Tú no has estado nada mal. Estoy completamente húmeda. Y parece ser que tú también te has excitado —dijo ella dándole a entender que había notado su erección.

—Es difícil no perder el control con un beso como ese.

—Ha sido un verdadero placer conocerte. No lo olvides.

—Eso suena a despedida seria.

—Es porque me voy.

Esa chica es la hostia besando. Cada vez me gusta más, pensaba Jay mientras salía del aeropuerto.

Capítulo 9

Elizabeth estaba alucinada con el avión. Le hizo algunas fotos a Paige y la azafata les hizo algunas a las dos juntas. Pensaba enviárselas a su padre. Presentía que había algo especial entre él y Paige y no estaba dispuesta a aceptar que su relación terminará por la estúpida de Julie. Cada vez que le hablaba a su padre de Paige, él sonreía y estaba casi segura de que ella le gustaba, y mucho.

—¿Diga?

—Papá, soy yo. Te estoy llamando desde el avión. No te puedes imaginar como es esto. Hay un salón enorme con sofás y un comedor. El dormitorio es como la suite de un hotel de cinco estrellas y el baño es increíble. He hecho un montón de fotos, te las enviaré más tarde.

—Hola, cielo. Acabas de irte y ya te echo de menos. Ahora me siento solo en casa. ¿Paige está bien?

—Sí, aunque creo que te echa de menos. Ahora vamos a dormir, así no se nos hará tan largo el viaje. Llegaremos a Florida a las ocho y media de la mañana. Te enviaré un mensaje cuando aterricemos. Te dejo, papá. Te quiero. Buenas noches.

—Buenas noches. Yo también te quiero.

Paige se levantó a las siete y media de la mañana para llamar a su padre y decirle la hora de llegada, porque se había empeñado en ir a recogerlas. Luego despertó a Elizabeth. Después de vestirse salieron a desayunar. Y cuando acabaron el desayuno estaban aterrizando.

Paige sonrió al bajar del avión. Su cliente había tenido la delicadeza de enviarles un coche y no un coche normal sino una limusina. Elizabeth estaba loca de contento porque era la primera vez que subía en una. Aunque sólo las llevarían hasta la terminal.

Jay se despertó porque los sonidos de las entradas de mensajes en su móvil no cesaban. Se sentó en la cama. Primero leyó el mensaje de su hija diciéndole que acababan de aterrizar y luego fue viendo las fotos una a una. Le gustó la que les había hecho la azafata a las dos juntas. Las dos se estaban riendo y él sonrió.

Ahora también te tengo yo en mi móvil, pensó Jay al recordar cuando Paige le dijo que se sentía intranquila por tener fotos y vídeos de él en el móvil.

Henry, el padre de Paige la abrazó cuando se acercó a él.

—Hola, papá.

—Hola, cariño. No sabes cuánto te he echado de menos.

—Y yo a ti. Esta es mi amiga Elizabeth. Él es Henry, mi padre.

El hombre abrazó a la chica y ella a él.

—Paige me ha hablado mucho de ti y tenía ganas de conocerte.

—Y yo a usted.

—Nada de usted, Henry es suficiente.

Durante el trayecto Elizabeth no paró de hablar. Le contó a Henry lo del avión con todo detalle y luego lo de la limusina. Al hombre le cayó bien esa chica desde el momento que la vio.

Al llegar a la casa a Elizabeth casi le da un infarto al ver el perro de Henry, un precioso Collie marrón y blanco llamado Ranger, que se volvió loco al ver a Paige.

—Yo siempre he querido tener un perro, pero a mi madre no le gustaban.

—¿Y a tu padre? —preguntó Henry.

—A él sí le gustan, pero dice que no sería justo tener uno porque él pasa el día fuera de casa y yo en el colegio y se sentiría solo.

—Tu padre tiene razón. A Ranger tampoco le gusta estar solo. Bueno, estos días los pasarás con él y será como si fuera tuyo.

—Vale.

—¿Qué planes tenéis para estos días?

—No tenemos planes, iremos sobre la marcha.

Henry sabía que su hija había decidido quedarse a vivir en Alaska. Ahora sólo le quedaba averiguar, qué era lo que la retenía allí.

Las dos chicas subieron a deshacer el equipaje y luego se pusieron el bañador. Y cuando salieron del dormitorio que compartirían, Paige le enseñó las otras habitaciones.

—Aquí es donde mi madre trabajaba. Diseñaba ropa para una modista del pueblo. Se hacía todos sus vestidos. Mi padre aún los conserva. Un día te los enseñaré.

—Me gustará verlos.

—Mi madre tenía veintidós años cuando murió y no le dio tiempo a hacer gran cosa, pero estoy segura que habría triunfado como diseñadora. Sus vestidos son espectaculares. A veces me los he probado, uso su misma talla, pero nunca me los he puesto. Siempre he pensado que para mi padre sería duro verme con ellos.

—A lo mejor le gustaría que los usases.

—Es posible.

Henry se disculpó por no poder acompañarlas a la playa, porque tenía que ir a ayudar a un amigo con el barco. Aunque se reunió con ellas a la hora de comer.

Por la tarde volvieron a la playa y cuando se cansaron del sol, Paige le enseñó el pueblo, que era pequeño, y volvieron a casa comiendo un helado. Henry estaba preparando la cena y ellas subieron a ducharse y cambiarse.

Durante la cena les contaron a Henry lo que habían hecho durante el día. Y después de cenar salieron a dar un paseo con el perro. Al regresar, Paige le dio el móvil a Elizabeth para que llamara a Jay y ella entró en la casa para tener intimidad. Henry se sentó en la mecedora y Paige se sentó en su regazo, como hacía desde que era una niña.

—Hola, qué raro que me llames tú, ¿sucede algo? —dijo Jay al ver que era el número de Paige.

—Hola, papa, soy yo.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien también. ¿Por qué me llamas con el móvil de Paige?

—Me ha dicho que te llame siempre con el suyo, que tiene las llamadas gratis.

—Vale.

Elizabeth le habló del avión, de la limusina...

—Henry es muy amable y muy cariñoso, no sólo con Paige, sino también conmigo. Se nota que están muy unidos.

—¿Cómo tú y yo?

—Creo que están más unidos que nosotros. Henry tiene un perro precioso que quiere muchísimo a Paige. Ella lo encontró herido en una cuneta, era un cachorro y lo llevó a casa.

Elizabeth le contó durante un buen rato lo que habían hecho durante el día.

Cuando colgó le envió a su padre todas las fotos que había hecho. Y Jay pasó un buen rato

viéndolas, antes de pasarlas al ordenador.

Después de lavarse los dientes, Paige y Elizabeth se metieron en la cama. Paige cogió el portátil.

—¿Vas a trabajar?

—No, estoy de vacaciones. Pero tengo que contestar a un correo.

—¿De mi padre?

—Sí, de tu padre —dijo Paige mirándola y sonriendo.

—¿Vas a terminar con él?

—Duérmete, ha sido un día largo y estarás cansada.

Paige contestó el largo correo y lo envió. Y luego le escribió otro y, a pesar de que no era lo que deseaba, apretó la tecla de enviar. Luego apagó la luz y poco después estaba dormida.

Jay estaba en el salón viendo las noticias y no oyó el sonido del móvil, pero cuando iba a acostarse comprobó si tenía algo y vio los correos de Paige. Cuando se metió en la cama cogió el portátil y leyó el primero.

Eres muy considerado al responder a todos mis correos. Sé que son muy largos y no tendrías porque hacerlo. Gracias.

Es verdad que suelo hacer lo que quiero, y es posible que desee hacer algunas cosas contigo, pero no las haré, porque tú deseas que las haga y esperas que me lance a tus brazos como una desesperada.

Sé que soy una buena persona y es cierto que me gusta ayudar a los demás. Pero no suelo ofrecer mi ayuda para echar un polvo y menos, contigo, que creo que me deseas, si no desesperadamente, sí lo suficiente para que no puedas apartarme de tus pensamientos.

Creo que no quieres aceptar cuánto me echas de menos, y en estos momentos apuesto a que me añoras mucho más porque estoy muy lejos de ti.

Tengo que decirte que no acostumbro a mentir. Cuando te envié el correo no llevaba el anillo, pero me lo puse cuando te lo envié. Y tienes razón, me gusta llevarlo, pero sólo por el significado que tiene para mí. Y nunca he pensado en él como en un anillo de compromiso, más que nada, porque creo que tienes demasiada clase, para regalar a una mujer un anillo de pedida de ese tipo.

Sí, mi última experiencia con un hombre fue deplorable, lo admito. Me dejé llevar por su físico, pero yo no tropiezo dos veces con la misma piedra.

Jajaja. Esto ya pasa de castaño oscuro. ¿Quieres que saboree otras partes de tu cuerpo? Eres un fantasioso que tomas sus deseos por realidad. Aunque ese pensamiento me está volviendo loca.

He de informarte que tus fotos desaparecieron de mi móvil hace tiempo. Y tus vídeos sólo los vi una vez, o dos, o puede que alguna más, la verdad es que no recuerdo cuantas fueron. ¿Piensas que ahora estás en mi ordenador? ¿Acaso crees que me masturbo mirando tu imagen? Deberías pedir hora en el psiquiatra.

Yo también pienso que lo que tenga que pasar pasará, el futuro es imprevisible. Puede que desaparezcan los seres humanos de la tierra y sólo quedemos tú y yo. En ese caso y muy a pesar mío, cedería a tus caprichos, porque me gusta demasiado el sexo para prescindir de él.

Tengo que admitirlo. Me he corrido pensando en ti, en la cama, fuera de ella, en la ducha... ¡Soy humana!

Mis deseos no van a incrementarse por recibir unos términos más excitantes. Lo cierto

es, que no puedo desearte más de lo que te deseo.

Yo sí estoy enganchada a tus correos y mensajes. Y cada vez que recibo uno, te deseo un poco más.

No te preocupes, podré detenerte. Porque no eres de los hombres que fuerzan a una mujer. Eres íntegro y eso no va a cambiar (aunque tu deseo sea insoportable), preferirías morir deseándome, que faltar a tus principios.

¿Ya no me deseas tanto, por haber pasado por las manos de muchos hombres?

Yo creo que sí te gustaría casarte conmigo, porque mencionas muy a menudo lo del matrimonio y el compromiso.

¿Piensas que sólo me he acostado con cinco hombres? Pues estás equivocado, porque han sido seis.

Algunas veces pienso en algunas cosas que me gustaría hacer o que me hicieran, y en ese momento, deseé con todo mi corazón que me arrancarás el vestido y me follaras. Y que sepas que tengo vestidos mucho más atrevidos que ese.

El beso del aeropuerto fue “espectacular”. Sé que fui yo quien te besó, pero sabía que me corresponderías de ese modo. Me gustó acariciarte los brazos y la espalda.

Es tentador que te ofrezcas como premio, simplemente por hablar con tu hija de sexo.

Creo que tratas y piensas en tu hija como si fuera una niña. Piensa en la edad que tenía tu mujer cuando la dejaste embarazada y compara.

Estoy dándole vueltas a tu oferta de tenerte como premio por hablar con Elizabeth sobre sexo. ¡Qué estoy pensando...! Olvídalo.

Puedo imaginar todo lo que has querido hacerme mientras me besabas. Aunque apuesto a que yo he deseado lo mismo.

Yo no podría decirte en persona lo que te escribo, me moriría de vergüenza. No soy tan frívola y lanzada. Los correos son emocionantes por eso precisamente, porque puedo decirte lo que quiera y tú no estás a mi lado para escucharlo.

Sigo dándole vueltas a tu anterior oferta. Pensar que podría tenerte todo para mí... No sé lo que me pasa, no puedo quitármelo de la cabeza. De hacerlo, ¿cómo lo haríamos? Iríamos a un hotel, ¿no?

Todos me asustan con lo del invierno. Ya no estoy segura de haber tomado la decisión acertada de quedarme a vivir allí.

Volviendo a tu oferta. Lo haríamos en la ciudad, ¿verdad? No me gustaría que nos vieses juntos en el pueblo.

Me temo que no habrá una próxima cena. Pero quiero que sepas que lo pasé muy bien contigo. Esa noche perdurará en mis recuerdos, junto con tus besos.

Estoy pensando que, puede que te ofrecieras como recompensa, pero que sólo hablaras por hablar. Aunque tengo entendido que siempre cumples lo que dices, ¿no?

Después de recapacitar, exhaustivamente, sí, te quiero a ti como recompensa. Si estás interesado, me envías un mensaje cuando vuelva, con la hora y el hotel y acudiré a la cita. No quiero cena ni copa, sólo te quiero a ti. Necesito quitarme, de una vez por todas, esta tensión sexual que tengo acumulada por tu culpa.

¡Vaya, vaya! Quiere acostarse conmigo, eso no me lo esperaba. ¿Hablará en serio o será otra de sus bromas? Pues, sea broma o no, le enviaré ese mensaje. Creo que yo también la deseo desesperadamente. ¿Por qué me habrá escrito otro correo? Puede que sea sólo para decirme que era broma, pensó Jay riendo. Lo abrió y lo leyó.

Hola de nuevo.

Ante todo, tengo que decirte que tu hija está perfectamente. Te llamará cada noche sobre las ocho y media, hora de allí. Y tienes que saber que te echa muchísimo de menos, porque se pasa el día hablando de ti.

Tal vez no debí contestar a tu correo, porque quiero terminar con nuestra relación. Así que, no hace falta que contestes a ninguno de los dos.

Siento ser yo quien rompa la cadena que nos une. Este será mi último correo.

Quiero que sepas que me he divertido mucho con lo nuestro. Puede que para ti no haya significado nada, pero yo nunca lo olvidaré.

Has hecho que me excite muchas veces y te he deseado hasta casi no soportarlo. Pero he conocido a alguien y no soy una mujer que engañe a un hombre.

En el aeropuerto ya sabía que tenía que cortar contigo, pero quería besarte, por última vez.

A partir de ahora no tendremos ninguna relación. Y si nos vemos por el pueblo, que sin duda sucederá, me portaré de forma educada, como con cualquier otra persona, y confío en que tú hagas lo mismo.

Espero poder controlarme cuando te vea, pero si no lo logro, me marcharé de allí. Y eso no es lo que quiero, porque echaría mucho de menos a Elizabeth. Entre ella y yo ha surgido algo muy especial, algo que nunca había experimentado y no me gustaría alejarme de ella.

No sé qué decirte. Estoy acostumbrada a que nuestros correos sean picantes y atrevidos y ahora me siento como si no fuera yo quien te escribe, como si fuera una desconocida. Bueno, en realidad, es lo que soy para ti.

No puedo prohibirte que me escribas, pero no te molestes porque no leeré tus correos. Aunque, si quieres, puedes escribirme unas letras de despedida.

Ha sido un verdadero placer conocerte. Cuidate.

Paige

¿Ya está? ¿Ha terminado todo entre nosotros? Tal vez sea lo mejor..., aunque no creas que te voy a echar de menos, pensó Jay cerrando el portátil y metiéndose en la cama.

Una hora más tarde seguía despierto y preguntándose quién sería ese hombre que había conocido.

Jay cogió el portátil que había dejado en el suelo y contestó el primer correo. Luego contestó el segundo y lo envió también. A continuación vio todas las fotos que le había enviado su hija, mirándolas detenidamente. Pasó a un USB la foto del avión en la que las dos estaban riendo y preciosas, porque había decidido que la iba a imprimir y la pondría sobre la mesa de su despacho.

Eran las once y media de la noche en Florida cuando Paige le dijo a Elizabeth que llamara a su padre y ella fue al salón.

—Hola, cielo.

—Hola, papá. ¿Cómo estás?

—Bien, acabo de llegar a casa. ¿Cómo estás tú?

—Muy bien, muy morena. Hoy hemos pasado el día en el yate de un amigo de Paige.

—¿Alguien que acaba de conocer?

—No, son amigos desde pequeños. Es médico, cardiólogo y trabaja en Miami. Al saber que Paige estaba aquí se ha tomado el día libre para pasarlo con ella. Se llama David. Elizabeth le contó todo sobre ese hombre y su barco. Cosa que a Jay no le gustó. Luego le dijo lo que habían

hecho durante el día. Le habló de Henry, y de todo lo que él le había contado de Paige, que ella desconocía.

—La madre de Paige murió cuando ella tenía tres años. Ella no quería ir a la guardería porque se sentía muy triste, así que Henry decidió llevarla con el barco a trabajar con él. Henry me ha dicho que fue allí donde Paige empezó a interesarse por los números, que lo contaba todo, los peces, las redes, las herramientas... Él la enseñó a leer y a escribir y a sumar y restar. Y pasaba las vacaciones trabajando con su padre hasta que se fue a Nueva York.

Siguieron hablando unos minutos más y cuando colgó, Elizabeth le envió las fotos que habían hecho ese día. Jay pasó mucho tiempo viéndolas. No le gustó la confianza que había entre el tío del yate y Paige. En todas las fotos estaba tocándola, abrazándola o besándola.

Mientras Elizabeth hablaba con su padre, Paige aprovechó para leer los correos de Jay.

Hola.

Sé que me has pedido que no conteste a tus correos, pero sabes que siempre lo hago, decide tú si quieres leerlos o no.

Es posible que pensara en ti un par de veces cuando estabas lejos, pero tú también pensaste en mí. No llevabas ni un día en el mar y ya estabas en una joyería comprándome un regalo.

A mí también me gustan algunas cosas de tu físico. Bueno, en realidad, me gustas de la cabeza a los pies.

Ese anillo te encanta, precisamente, porque te lo he regalado yo y te recuerda a mí.

Y tienes razón, de haber sido un anillo de compromiso no habría elegido ese, porque tú te mereces algo espectacular.

No necesito un psiquiatra, lo que necesito es follarte.

Lástima que no vaya a desaparecer la especie humana, esa sería una forma muy sencilla de conseguirte, y tú a mi, porque yo tampoco podría prescindir del sexo.

Ahora entiendo porque quieres terminar conmigo. Ya no soportas estar sin mí y no quieres rendirte. ¿Ese es tu estilo? ¿Huir?

Si pensara en ti como en algo serio, sí me importaría que hubieras estado con muchos hombres, pero has estado con seis, no son muchos. Yo he estado con más mujeres, y en sólo un año.

Puedes estar tranquila, porque mi comportamiento contigo, en público, siempre será ejemplar.

Besas de puta madre. He pensado en tu beso del aeropuerto en varias ocasiones. Nuestras bocas trabajan muy bien juntas. Puede que el resto del cuerpo también, ¿quieres averiguarlo?

¡Madre mía! Tienes razón, cuando mi mujer se quedó embarazada tenía la edad de mi hija.

Yo también deseé muchas cosas cuando nos besamos. Estaba muy excitado y en ese momento, me habría gustado besar cada centímetro de tu cuerpo.

A veces sí me apetece verte, lo admito. Y después de lo del aeropuerto, he de reconocer, que pienso un poco más en ti.

¿Te estás planteando en serio lo de acostarte conmigo como recompensa? Si no quieres que nos vean iremos a la ciudad, y si crees que está muy cerca del pueblo, podemos ir a otro Estado. Aunque no entiendo qué importa que nos vean juntos.

Yo también lo pasé bien en la cena. Y dijiste que lo repetiríamos a tu vuelta. Veo que no eres una mujer de palabra.

¿En serio quieres tenerme a mí, como pago a un servicio prestado!? Pensaba que era broma. Gracias por admitir que me deseas desesperadamente.

Esperaré a que hables con mi hija, y si lo haces, te enviaré ese mensaje.

Me ha gustado que dijese que no quieres cena ni copa, que sólo me quieres a mí.

Jay

Cuando Paige terminó de leer el correo tenía los ojos brillantes y unos terribles deseos de llorar. Leyó el siguiente correo.

Hola de nuevo.

Supongo que no te hará mucha gracia que Elizabeth os hable tanto de mí, lo siento.

Hasta ahora he contestado todos tus correos y, que me hayas pedido que no lo haga no cambia nada, porque yo también hago siempre lo que quiero. Parece ser que no vas a ser tú quien rompa la cadena que nos une, seré yo, y eso me satisface.

Supongo que nuestra relación ha significado lo mismo para ti que para mí. Yo también me he divertido. Pero no ha sido una relación tan larga, como para que tengamos que echarnos de menos. Puede que añorem los mensajes durante unos días, pero luego lo olvidaremos.

Me alegra que hayas admitido que me has deseado hasta casi no soportarlo. Siento que no me suceda lo mismo.

¿Crees que si siguiéramos con nuestros correos sería como engañar a ese hombre que has conocido? ¿Vas a cortar con todos tus amigos, o sólo conmigo?

Si sabías en el aeropuerto que ibas a terminar conmigo, significa que lo has conocido aquí. ¿Por qué no me lo dijiste entonces? ¿Por qué me besaste?

Escucha. Si quieres marcharte de aquí, hazlo. No te preocupes por mi hija. Ya la abandonó su madre, y lo tuyo no será nada, comparado con eso.

A partir de ahora evitaré verte y tener cualquier contacto contigo, así que no tienes que preocuparte de controlarte, porque no nos veremos nunca más.

Sólo voy a pedirte una cosa. Por favor, no hagas que mi hija se sienta mal mientras esté contigo, porque tú y yo hayamos roto. Si no quieres que siga ahí, pon alguna excusa y la metes en un avión, o me lo dices e iré a recogerla.

Este mensaje también ha sido para mí como si le escribiera a una desconocida. Aunque, en realidad, eres una desconocida, y mejor así, de esa manera me olvidaré rápidamente de ti.

Lo cierto es que no me importa lo más mínimo si lees estos correos o no. Yo no suelo interponerme entre una pareja, así que, para mí, también hemos terminado.

Te deseo lo mejor.

Jay

Paige se sentía fatal. Nunca habría cortado con él, de no ser por Julie. Pero no podía permitir que hablara mal de ella, y la creía muy capaz. Y en el fondo entendía su postura. Estaba enamorada de él desde que eran unos críos y tenía que hacer cualquier cosa para que no le arrebatasen de nuevo, lo que creía que era suyo.

Paige le escribió un corto mensaje y se lo envió.

Jay estaba cenando cuando oyó el sonido del móvil y leyó el mensaje.

Eres un gilipollas. ¿Cómo puedes pensar que vaya a comportarme con Elizabeth de

diferente forma por el simple hecho de que tú y yo hayamos terminado? Veo que no me tienes en mucha estima. Te has portado como un capullo hasta el final. Puede que alargue las vacaciones y retenga a tu hija conmigo durante más tiempo, sólo para joderme.

Jay apagó el móvil después de leer el mensaje y siguió cenando, intentando no pensar en Paige. Pero se sentía fatal porque sabía que ella se comportaría con Elizabeth como siempre. Volvió a coger el móvil y contestó al mensaje.

Paige comprobó el móvil antes de meterse en la cama y leyó el mensaje de Jay.

Perdona lo que te he dicho. Estaba cabreado contigo y he escrito el mensaje sin pensar. Quiero que sepas que te aprecio más de lo que imaginas. Lo siento.

Paige apagó el móvil y lo dejó en la mesita de noche.

—¿Has terminado ya con mi padre?

—Sí. Ya no hay nada entre nosotros. Aunque no es que hubiera nada importante.

—¿Puedes hablarme ahora de vuestra relación?

—Sí, te lo contaré.

Paige le contó lo que había habido entre ellos, sin entrar en los detalles embarazosos.

—¿Dices que no había nada entre vosotros? Pensé que mi padre te atraía.

—Eso no lo puedo negar. De hecho, acordamos que si te hablaba de sexo, me acostaría con él.

—¿Vas a acostarte con él?

—Todavía no te he hablado de sexo —dijo Paige sonriendo—. De todas formas, eso lo acordamos antes de terminar, así que, no, no me acostaré con él.

El día siguiente lo pasaron en el barco de Henry, trabajando. A las once y media de la noche Elizabeth recibió una llamada mientras estaban los tres hablando en el porche.

—Es mi padre, entraré en casa para hablar con él.

—Muy bien —dijo Paige.

—Hola, papá.

—Hola, cariño. ¿Qué tal habéis pasado el día?

—Ha sido un día fantástico. He de admitir que cuando nos hemos levantado a las cinco de la mañana, tenía mis dudas de que fuera una buena idea, pero lo he pasado realmente bien. No puedes imaginar lo duro que es ese trabajo. Yo sólo he hecho las cosas sencillas, pero Paige trabaja como si fuera su oficio.

—Bueno, ha ido con su padre muchas veces. ¿Cómo está Paige?

—Triste. Sé que habéis terminado y creo que te echa de menos.

—¿Te ha hablado de lo que había entre nosotros?

—Yo hablo con ella de chicos y ella también tiene que hacerlo, aunque el chico sea mi padre.

Tendrás que arreglar las cosas con ella, otra vez.

—Fue ella quien quiso cortar, porque había conocido a un hombre.

—Buena excusa, así se asegura de que no insistas. Ella no quería terminar, pero sucedió algo y se vio obligada.

—¿De qué hablas? ¿Qué es lo que sucedió?

—No puedo hablarte de ello, le di mi palabra. Pero sí voy a decirte que, si te olvidas de ella, te arrepentirás toda la vida. Deberías seguir escribiéndole.

—Cariño, Paige no es la única mujer en el mundo, además, no ha habido nada entre nosotros.

Y si quiere que vuelva a escribirle, tendrá que pedírmelo. Cambiemos de tema.

Elizabeth le habló de la madre de Paige y a lo que se dedicaba. Le contó sobre la ropa que tenía de su madre y que Henry le había dicho que se la llevara si le gustaba.

—Paige me dijo anoche que lo que hay entre nosotras no tiene nada que ver contigo, y que aunque se marchara de Alaska iría a verme y también me visitaría en la universidad.

—Sé que te quiere, y lo hará.

—Me dijo que podía venir a pasar unos días aquí, cuando ella viniese, pero le dije que, si ella no vivía en Alaska, tú no me dejarías.

—¿Y qué dijo?

—Que si no me dejabas, iría a pedírtelo en persona.

—Perfecto. Cuando te invite diré que no te dejes ir, así tendré oportunidad de hablar con ella en persona.

Cuando terminaron de hablar, Elizabeth le envió la fotos que habían hecho durante el día, como hacía cada noche.

El día siguiente, sábado, lo pasaron en la playa y Henry las acompañó. Era el último día de su estancia allí, porque al día siguiente se marcharían a Nueva York.

Después de cenar Paige y Elizabeth salieron a dar un paseo con Ranger, el perro, y a tomar un helado. Jay llamó a su hija y luego a Paige, pero ninguna de las dos contestaron. Esperó quince minutos y volvió a llamar, y al no contestar llamó al teléfono fijo de la casa.

—¿Diga?

—¿El señor Stanton?

—El mismo.

—Buenas noches, soy Jay Hammond, el padre de Elizabeth.

—¡Hola! Me alegro de hablar contigo, es como si te conociera porque tu hija me ha hablado mucho de ti. Y llámame Henry.

—A mí también me habla de usted.

—Jay, puedes tutearme.

—De acuerdo. He llamado a los móviles de las dos, pero no contestan.

—Se los habrán dejado aquí. Han salido a dar un paseo con el perro y a tomar un helado. ¿Por qué no viniste con ellas?

—Tengo trabajo.

—Yo también, pero me he tomado unos días libres para estar con ellas.

—Henry, no sé si tu hija te ha hablado de mí. Hasta hace unos días podría decirse que éramos amigos, pero decidió terminar con eso.

—No se puede decir que haya hablado mucho de ti, pero sí ha contestado a alguna de mis preguntas. ¿Tú querías cortar también con ella?

—No.

—Me gustaría conocerte. Podríais venir en Navidad y así descansaríais del frío.

—A Paige no le gustaría tenerme allí.

—Esta es mi casa, así que la invitación seguirá en pie.

—Gracias. Y tú puedes venir aquí siempre que quieras. Mi casa es grande. Aunque en invierno hace frío.

—Si vosotros venís en Navidad, digamos un par de semanas, yo iré en verano.

—De acuerdo. Lo pensaré.

—Jay, me gustaría pedirte algo.

—Lo que quieras.

—Cuida de mi hija, por favor.

—Tu hija no quiere verme. Pero no tienes que preocuparte, vive en casa del padre de un amigo mío y se llevan muy bien. Hablo con él a diario y le preguntaré por ella.

—Te lo agradezco. Es que se ha ido tan lejos...

—Puedes estar tranquilo, me ocuparé de ella, indirectamente.

—Gracias. Tienes una hija fantástica.

—Tú también. Me alegra haber hablado contigo. Llamaré más tarde.

—Le diré a Elizabeth que te llame cuando lleguen.

—Vale, buenas noches, Henry.

Cuando las chicas regresaron Henry le dijo a Elizabeth que llamase a su padre y ella entró en la casa. Paige se sentó en la mecedora junto a su padre.

—He hablado con Jay. Ha llamado mientras estabais fuera. Parece un hombre muy agradable.

—Y lo es.

—Me ha dicho que antes erais amigos, pero que has cortado con él. ¿Quieres hablarme de ello?

Paige le había hablado sobre la vida de Jay, pero no de lo que había entre ellos. Y entonces le contó todo y la razón por la que había terminado con él.

—¿Te gusta Jay?

—Me siento muy atraída por él. Es muy atractivo. Me siento rara, simplemente con que esté cerca de mí, y se me acelera el pulso —dijo ella mirándolo y sonriendo—, y nunca me había sucedido algo así con un hombre. Pero hemos terminado y no volveremos a vernos.

—Me ha dicho que has terminado tú, que él no quería.

—Él sale con algunas mujeres y con Julie en particular. Y yo no voy a entrometerme entre ellos.

—Está divorciado, es libre y puede salir con quien quiera.

—Lo sé.

—Le he pedido que vengan en Navidad.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque quiero conocerlo.

—No vendrá.

—¿Por qué? ¿Porque sabe que tú no quieres que venga?

—Sí. No sabes cuánto echo de menos sus mensajes.

—¿Sólo los mensajes? Me has dicho que lo pasaste bien cenando con él y que os besasteis, unas cuantas veces.

—Es cierto, pero dejaré que pase el tiempo a ver qué sucede. No puedo poner mi reputación en peligro. ¿No te preocuparía que saliese con un divorciado con una hija?

—Me gusta Elizabeth.

—¡Mierda! A mí también.

Elizabeth se sentó en el sofá del salón y llamó a su padre.

—Hola, cariño.

—Hola, papá. Siento no haberte contestado. Hemos ido a dar un paseo con Ranger.

—No importa, me ha gustado hablar con Henry. Nos ha invitado a ir en Navidad.

—¿Vamos a venir?

—No lo sé. Esperaremos a ver qué pasa en los próximos meses.

Elizabeth le contó lo que había hecho durante el día y comentaron las fotos que ella le había enviado. Luego le dijo que habían pasado la tarde probándose los vestidos de su madre y que

Henry había llorado al verla con alguno de ellos, sobre todo, cuando se había probado el de novia. Le dijo que Paige había decidido que se casaría con él. Elizabeth le dijo que le enviaría las fotos, menos con la que iba vestida de novia, porque traía mala suerte que el novio viera a la novia con el vestido antes de la boda.

—¿Piensas que me voy a casar con ella?

—No lo sé, pero me gustaría. ¿Te gustaría casarte con ella?

—Deberías olvidar esa idea.

—Lo olvidaré, por el momento.

—De acuerdo.

—Por cierto, mañana nos vamos a Nueva York. El cliente de Paige tiene que llamarla para confirmar la hora del vuelo. Te llamaré cuando llegemos. Jason, el amigo de Paige, irá mañana a su casa y llevará la cena.

—Jason te gustará, es un tío estupendo y quiere mucho a Paige.

—La quieren todos, menos tú. Te dejo, papá, que vamos a costarnos.

—Vale. Te quiero.

—Y yo a ti.

Paige estaba en la cama despierta desde las seis de la mañana. Echaba de menos los mensajes de Jay y le echaba de menos a él. Desde que acabó su relación se sentía perdida. Se preguntaba qué sería de su vida si no volvía a verle. En esos momentos, se conformaría tan sólo comunicándose con él por correo, aunque no volviera a verle nunca más. También se preguntaba si debería quedarse en Alaska o volver a casa.

Pasaron la mañana en la playa con unos amigos de Paige y volvieron a casa para comer con Henry porque sería la última comida que hicieran juntos.

A las cuatro y media de la tarde una limusina las recogió. Y Elizabeth le envió a su padre una foto de ellas dos junto al vehículo y le dijo que se iban al aeropuerto.

La limusina se detuvo en la puerta de la casa de Paige. El portero salió a saludarla y les ayudó con el equipaje. El ascensor se detuvo en su planta y cuando las puertas se abrieron, Jason estaba allí. El portero le había llamado para informarle de la llegada.

—¡Hola! Qué ganas tenía de verte —dijo Paige abrazándolo.

—Yo también.

Jason sacó las maletas del ascensor y miró a Elizabeth.

—Jason, ella es mi amiga Elizabeth. Elizabeth, él es Jason, mi mejor amigo.

—Tenía ganas de conocerte. Paige y tu padre me han hablado mucho de ti —dijo Jason abrazándola.

—Y a mí de ti. Me alegro de conocerte.

—Dios, cómo te pareces a tu padre... Entrad en casa, yo llevaré las maletas.

—¡Vaya! Mi padre tenía razón, tu casa es preciosa.

—Gracias.

—Estáis muy morenas. Apuesto a que habéis ido todos los días a la playa —dijo Jason cuando entró con el equipaje.

—Sí. Mi padre me ha dicho que te dé recuerdos —dijo Elizabeth.

—Muchas gracias. Le llamaré luego para decirle que eres más guapa en persona que en la foto que me enseñó.

—¿Hablas con Jay por teléfono? —preguntó Paige sorprendida.

—Sí, hablamos a menudo. Hicimos amistad cuando estuvo aquí.

—A mi padre le caes muy bien.

—Y a mí él. Tenía pensado ir a veros a final de mes, pero ya que habéis venido...

—Puedes ir de todas formas, así verás a mi padre.

—También es verdad.

—Nosotras vamos a volver a Alaska en coche. Podrías venir con nosotras.

—Me habría gustado, pero tengo la boda de un familiar y no puedo faltar. Paige, enséñale la casa a Elizabeth mientras caliento la cena y pongo la mesa.

Durante la cena le contaron a Jason sus pequeñas vacaciones con Henry. Jason comprobó que las dos se llevaban muy bien y se convenció, aún más, de que Jay era el hombre adecuado para su amiga.

Jay llamó a su hija a las once y cuarto de la noche y ella fue al dormitorio para no molestarlos mientras hablaban.

Elizabeth le dijo que acababan de cenar y que, posiblemente, Jason fuera a verlos a Alaska. Luego le habló de la casa de Paige, que era de ensueño. A continuación le dijo que habían ido a Florida con su mini maleta y habían llegado a Nueva York con ella y dos maletas grandes con la ropa de la madre de Paige.

—Mañana, después de desayunar, llevaremos el coche al taller para que le hagan una buena revisión, antes del viaje. Paige ha quedado con unos amigos para comer y me ha dicho que la acompañe porque quiere que los conozca. Y por la noche iremos a cenar con su cliente. Le ha dicho que quiere conocer a quien ha viajado en su avión, y que vayamos elegantes. Papá, estaba pensando que podría llamar a la mamá y quedar con ella para comer o cenar. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

—¿Crees que si quedo con ella llevará a su nuevo marido? No quiero conocerlo.

—Puedes decirle que quieres verla a solas. Pero cariño, quiero que hagas lo que te apetezca. Si quieres verla, me parece bien. Pero si crees que no te vas a sentir bien, puedes verla más adelante, cuando estés preparada.

—Lo hablaré con Paige esta noche. ¿Te ha escrito algún correo?

—No, y no lo hará. Y yo tampoco, a no ser que me escriba ella, entonces le contestaré.

Cuando colgó, Elizabeth le envió las fotos del día. Luego se disculpó con Paige y Jason y dijo que iba a acostarse porque estaba cansada.

—Bien, hablemos de ti y de Jay —dijo Jason llevando dos whiskys al salón.

—¿Qué tenemos que hablar? —dijo ella sonriendo.

—Cada vez que hablamos evitas hablarme de él. Así que empieza a hablar.

Paige le contó todo, de principio a fin y con pelos y señales.

—¿Y has terminado con él por eso? No irás a decirme que te asusta esa mujer.

—No es eso.

—Deberías hablar con Jay de la conversación que tuviste con ella. Si está interesado en ti, lo solucionará enseguida.

—Jason, yo no quiero que corte con ella por lo que me dijo, quiero que lo haga, porque quiere hacerlo.

—Piensas demasiado en los demás. Me gusta Jay, creo que es el hombre adecuado para ti.

—Un hombre con una hija adolescente —dijo ella sonriendo—. Aunque la quiero muchísimo. ¿Me imaginas con una hija de su edad?

—Yo envidio a Jay, al verlo tan joven y con una hija tan mayor.

—No sabes las ganas que tengo de acostarme con él.

—Puede que te envíe ese mensaje y lo consigas.

—No creo que sea de los hombres que llaman a una puerta, cuando se la han cerrado en las narices.

—Puede que sea de los hombres que, la segunda vez entren sin llamar.

Paige y Elizabeth se levantaron temprano al día siguiente. Decidieron que Elizabeth llamaría a su madre para quedar un día. Fueron a desayunar a la cafetería preferida de Paige, que resultó que también era la favorita de Jay, según palabras de Elizabeth. Después llevaron el coche al taller y lo dejaron allí. Cogieron un taxi y fueron al centro porque tenían que comprar algunas cosas y Paige tenía que ir al banco.

Jason las recogió en casa para ir a reunirse con los amigos para comer. A Elizabeth le cayeron todos bien. Después de comer Jason las llevó al taller a recoger el coche y se despidieron de él porque tenían que volver a casa a arreglarse para la cena.

Cuando Elizabeth vio a Paige vestida se quedó con la boca abierta. Llevaba un vestido verde largo del color de sus ojos y con un escote escandaloso. Lucía una gargantilla de esmeraldas con los pendientes y pulsera a juego. Lo que más le gustó a la chica fue que nunca se quitaba el anillo que le regaló su padre.

Elizabeth se puso el vestido que le compró Paige, que le sentaba genial. Paige le había prestado un colgante con un brillante y unos sencillos pendientes, también de brillantes, para que los llevara esa noche.

Al salir a la calle Elizabeth sonrió al ver la limusina en la puerta y un hombre muy elegante y atractivo junto a ella.

—Hola, Ronald —dijo Paige besando al hombre en la mejilla.

—Hola, preciosa.

—Ronald, ella es Elizabeth. Elizabeth, él es Ronald, mi cliente favorito.

—Un placer conocerte —dijo él besándola.

—El placer es mío. Paige me ha hablado mucho de usted.

—Nada de usted, las amigas de Paige son amigas mías. Voy a ir a cenar con las dos mujeres más guapas de la ciudad.

El chófer abrió la puerta del coche para que subieran.

—Ronald, un momento. Quiero que nos hagamos una foto los tres delante de la limusina. Elizabeth quiere tener recuerdos de este viaje.

—Estupendo. Simon, haznos una foto —le dijo Ronald al chófer.

Cenaron en el restaurante más selecto de Nueva York. Ronald era muy simpático y a Elizabeth le cayó genial. Hablaron de negocios durante los entrantes, pero el resto de la cena lo dedicaron a hablar de su vida en Alaska y de su viaje a Florida. Los tres disfrutaron de la cena.

Cuando volvieron a casa, casi a medianoche, Paige le dio el móvil a la chica para que llamara a su padre. Y Paige fue a cambiarse y desmaquillarse mientras hablaba con él.

—Hola, cariño. ¿Qué tal la cena?

—¡Dios mío! Creo que podría acostumbrarme a esta vida de lujo. Acabamos de llegar a casa.

—Pareces impresionada. ¿Te has divertido?

—Sí, mucho. El restaurante era muy elegante y las mujeres vestían trajes de fiesta.

—¿Y qué te has puesto tú?

—Paige me ha comprado esta mañana un vestido precioso. Y cuando la veas a ella en las fotos te vas a morir del susto. Estaba guapísima. Llevaba un vestido increíble y las joyas... para

qué te voy a contar. Se las regaló Ronald, su cliente.

—¿Cómo es ese hombre?

A Jay no le gustó saber que ese tío le había regalado las joyas.

—Muy simpático, muy elegante, muy atractivo.

Elizabeth le contó lo que habían hecho durante la mañana. Luego le habló de la comida con los amigos de Paige.

—¿Te han caído bien sus amigos?

—Sí, excepto una tal Rosie, que creo que la conoces, porque me ha acosado a preguntas sobre ti. Estaba tan harta del interrogatorio que le he dicho que tenías novia. Por cierto, he llamado a la mamá y hemos quedado para cenar mañana en un restaurante cerca de casa de Paige. Ella cenará con Jason en un restaurante que hay al lado. Me ha dicho que la llame cuando terminemos y me recogerá.

—Bien. Si no te sientes cómoda con tu madre, le dices que tienes que marcharte y vas al restaurante en el que estará Paige.

—Eso me ha dicho ella. Y mañana dormiremos en nuestra casa.

—Ya me he encargado de que la casa esté limpia.

—Estupendo. ¿Has tenido noticias de Paige?

—No, pero no tienes que preocuparte por eso.

Después de hablar unos minutos más se despidieron.

Paige abrazó a Frank, su jefe, durante un buen rato cuando las dos entraron en su despacho. Después de presentarle a Elizabeth y hablar unos minutos fueron a desayunar los tres. Y luego de compras, esta vez, a tiendas de informática. El hombre compró todo lo que Paige le pidió.

Frank las llevó a comer al restaurante que solía ir a veces con Paige. Estaban tomando una copa mientras esperaban la comida.

—¿Sabes de algo o alguien en Alaska, que retenga a Paige allí?

—Puede que mi padre tenga algo que ver con eso —dijo Elizabeth tranquilamente.

Paige la miró y se rio.

Como ya no tenían que dormir en casa de Paige, decidieron dejar sobre la cama la ropa que tenían que llevarse a Alaska.

Metieron en una maleta pequeña los pijamas, las cosas de aseo y la ropa que se pondrían al día siguiente, porque dormirían en casa de Elizabeth.

Jason y Paige llevaron a Elizabeth al restaurante donde había quedado con su madre y luego fueron al que ellos habían reservado mesa.

Elizabeth llamó a Paige a las once menos cuarto y le dijo que la esperaba en casa. A Paige le extrañó, porque habían quedado en que la recogerían. Jason la llevó a casa de Jay y ella entró en el elegante hall del edificio con la pequeña maleta. El portero ya sabía por Elizabeth que llegaría y la dejó subir.

Cuando la chica abrió la puerta Paige supo que las cosas no habían ido bien con su madre, porque tenía los ojos rojos de llorar.

—¿Qué ha pasado? —dijo Paige entrando en el apartamento y cerrando la puerta.

—Me siento muy mal. Creo que no volveré a hablar nunca más con mi padre —dijo sollozando.

—¿Y eso por qué? —dijo dirigiéndola al salón y sentándose las dos en el sofá.

—Mi madre me ha hablado de mi infancia. Yo no sabía nada... —dijo llorando.

—¿Qué es lo que no sabías?

—Pensé que le importaba a mi padre. Ahora sé que nunca se preocupó de mí. Sólo lo hizo desde que se divorciaron y seguramente porque no tuvo más remedio.

—¿Qué estás diciendo?!

—Le dije a mi padre que le llamaría cuando llegara a casa, pero no puedo hablar con él. No quiero hablar con él. No me encuentro bien. Él nunca me ha querido —dijo llorando desconsoladamente.

—Le enviaré un mensaje y le diré que estamos fuera y que le llamarás más tarde.

Tan pronto le envió el mensaje y Jay lo leyó, le contestó diciendo: *De acuerdo*.

—Tú y yo tenemos que hablar. Vamos a ponernos el pijama y hablaremos en la cama. ¿En qué habitación dormiremos?

—En la de mi padre —dijo Elizabeth dirigiéndose al cuarto de Jay.

Al entrar en el dormitorio a Paige le dio un vuelco el corazón al pensar en él. Miró a su alrededor. Era una habitación preciosa. Después de cambiarse, desmaquillarse y lavarse los dientes subieron a la cama y se sentaron una frente a la otra. Elizabeth empezó a llorar de nuevo y eso hizo que a Paige también se le saltaran las lágrimas. Paige se levantó para ir al baño y volvió con un rollo de papel higiénico.

—Quiero que te tranquilices, porque cuando te diga todo lo que tengo que decirte, te sentirás muy bien.

—Vale —dijo secándose las lágrimas.

—Ahora quiero que me cuentes todo lo que te ha dicho tu madre para que te sientas tan mal.

—Me ha dicho que ella siempre tuvo que ocuparse de mí porque mi padre nunca tenía tiempo. Que cuando la dejó embarazada insistió en que abortara porque no me quería. Que ella tuvo que dejar el instituto para cuidar de mí porque él tenía que estudiar y no quería dedicarme su tiempo, que cuando acabó la carrera empezó a trabajar y se desentendió de mí... —dijo Elizabeth secándose las lágrimas y sonándose la nariz.

—¿Recuerdas la noche que tu padre y yo fuimos a cenar?

—Sí.

—Pasamos la cena hablando de ti. Me contó su vida, desde que tu madre se quedó embarazada. Le pregunté si te había hablado de ello y me dijo que no, que como estabais juntos, ya no importaba. Voy a decirte algo que no te va a gustar. Tu madre no es una buena persona. Te ha hablado mal de tu padre, sabiendo que vives con él. Y sabiendo, además, que todo lo que te ha dicho son mentiras y que te sentirías mal al oírlo.

—¿De qué hablas?

—Para empezar, tu padre no la dejó embarazada, no conscientemente.

Paige le contó cómo lo había engañado para que no utilizara protección al tener sexo. Y que se casó con ella, a pesar de que no la conocía, sólo por el bebé. Y luego le habló de cómo había sido él quien había cuidado de ella desde que nació hasta que fue al colegio y que fue su madre quien se despreocupó de ella.

—Pero, ¿sabes lo mejor? Que tu padre era feliz cuidando de ti. Porque desde que naciste fuiste su vida y desde entonces, sólo ha vivido por ti y para ti.

Paige siguió hablándole de todo lo que le había contado Jay.

—A veces él le decía a tu madre que debería pasar más tiempo contigo y ella le contestaba que no iba a perder su juventud por haber tenido una hija.

—Mi padre no te mentaría, ¿verdad?

—Tu padre puede tener algunos defectos, pero no es un mentiroso. Elizabeth, tu padre fue el único que se ocupó de ti. Te daba de comer, te bañaba, te contaba cuentos al acostarte. Él era

quien te llevaba siempre al parque, al zoo, al parque de atracciones. Él era quien te compraba la ropa, mientras tu madre estaba durmiendo porque había salido la noche anterior o estaba con los amigos. A él tu madre no le importaba, lo único que le importaba, eras tú.

Elizabeth se secaba continuamente las lágrimas.

—No te llevó al colegio hasta los seis años porque no quería separarse de ti, por eso te enseñó a leer y a escribir. Fue tu padre quien te llevó al colegio el primer día. Tu madre le dijo que no quería levantarse temprano porque estaba cansada. Acordó con ella que él te llevaría por las mañanas y ella te recogería al terminar. Pero el segundo día se olvidó de recogerte porque estaba con sus amigos y llamaron a tu padre del colegio para que fuera a por ti. Desde entonces te recogió cada día, te daba la merienda y te llevaba con él al trabajo. Y dormías la siesta en la habitación que había en su despacho, mientras él trabajaba. Y cuando te despertabas te sentaba en la mesa junto a él y te daba algo para entretenerte. Programó su agenda para salir con los clientes mientras tú estabas en el colegio. Él fue quien te ayudó siempre con los deberes y quien asistió a las reuniones del colegio.

—¿Cómo puedo haberla creído?

—Porque es tu madre.

—¿Y qué hacía mi madre?

—Gastarse el dinero de tu padre, ¿te parece poco?

—Yo nunca los oí discutir.

—Tu padre no quería que te sintieras mal. Podría haberse divorciado mucho antes y haber rehecho su vida, pero tenía miedo de perderte. Cuando tu madre os abandonó, se le presentó la oportunidad que esperaba, librarse de ella y tener la custodia absoluta. Y no creas que no le costó, porque tengo entendido que le dio una buena suma, a pesar de los consejos de su abogado. Lo único que quería era que se largase y os dejara solos.

—Y yo lo culpé a él cuando mi madre nos abandonó.

—Eso es el pasado, no te preocupes.

Elizabeth empezó a llorar desconsoladamente.

—¿No te ha gustado saber la verdad? —dijo Paige llorando también.

—He creído todo lo que me ha dicho mi madre, sin ni siquiera preguntárselo a él.

—Bien. Has oído toda la historia por mí. Ahora quiero que llames a tu madre y quedéis para desayunar mañana.

—No quiero verla.

—Quiero que te diga que todo lo que te contó anoche fue mentira y tú estés segura de que lo que te he dicho es cierto. Dile que quieres que conozca a la chica con quien te irás a Alaska en coche, y que quieres despedirte de ella.

Después de que llamara a su madre, se quedaron un rato hablando de lo sucedido.

—Sabes, cariño, tu padre es un hombre increíble, hay pocos hombres como él. Puedes estar orgullosa de tenerle.

Eran las dos de la madrugada cuando Elizabeth se durmió, sollozando.

Paige se levantó de la cama, cogió el móvil y fue al salón. Llamó a Jay.

—Hola, cariño.

—Hola, soy Paige.

—No esperaba que me llamases tú. Habéis llegado tarde a casa.

—Hemos llegado cuando te envié el mensaje. Elizabeth no estaba en condiciones de hablar contigo, ni de escribir.

—¿Está enferma?

—No, pero la cena con su madre no fue como ella esperaba.

Paige le contó todo lo que le había dicho Elizabeth.

—¡La muy zorra!

—La noche que cenamos juntos, te pregunté si le habías contado lo sucedido, y me dijiste que ya no merecía la pena. Si lo hubieras hecho, tu hija podría haberle dicho que estaba al corriente de todo. Hemos pasado tres horas en la cama hablando y llorando, y tú eres el culpable de todo. Has permitido que sufra y eso no está bien —dijo ella llorando.

—Paige, siento haberte hecho pasar por esto. Por favor, no llores.

—Le he contado todo lo que me dijiste y ahora se siente avergonzada y culpable, porque piensa que te ha traicionado —dijo ella sin dejar de llorar.

—Paige, cálmate, por favor. Voy a llamar a esa zorra y le diré unas cuantas cosas.

—No lo hagas, porque mañana desayunaremos con ella. Esta vez yo la acompañaré.

—Paige, no tienes que hacerlo. No es responsabilidad tuya.

—Elizabeth fue responsabilidad mía, desde el momento que subió al avión para venir conmigo. Te dije que cuidaría de ella y no voy a romper mi palabra. Además, yo no permito que hagan daño a alguien a quien quiero. A ver si aprendes a comunicarte con ella. Parece mentira que hayáis pasado la vida juntos y no le hayas hablado de las cosas más esenciales. Eres un cretino. Perdona que te hable así, pero me has cabreado.

—Cuando se trata de ti, es mi especialidad. Por favor, dile que me llame mañana, tan pronto se despierte.

—Allí serán las cinco de la mañana.

—No importa, quiero hablar con ella.

—De acuerdo, se lo diré. Perdona que te haya llamado tan tarde.

—Tú puedes llamarme a cualquier hora. Te agradezco lo que has hecho por mi hija.

—No me lo agradezcas todavía. Puede que mañana le dé un puñetazo a la zorra de tu mujer y tengas que venir para sacarme de la cárcel.

Jay sonrió.

Nada más despertarse, Paige le dijo a Elizabeth que llamara a su padre.

Elizabeth empezó a llorar tan pronto oyó la voz de su padre. A Jay le costó un buen rato conseguir que se tranquilizara.

Poco después se reunieron con la madre de Elizabeth en una cafetería.

Elizabeth las presentó. Luego sacó el móvil del bolsillo y lo dejó sobre la mesa, grabando.

Una camarera se acercó a la mesa y Paige le dijo que todavía no habían decidido qué tomar y que la avisarían cuando lo supiesen.

—¿Por qué no hemos pedido el desayuno? —preguntó Leslie.

—Porque antes quiero hablar con usted.

—Está bien. ¿Está saliendo con mi marido?

—Querrá decir su exmarido. No, sólo somos amigos, buenos amigos.

—Lo supongo, de lo contrario no habría dejado a nuestra hija a su cuidado. ¿De qué tenemos que hablar?

—Ayer le habló a su hija sobre su infancia y lo que habían hecho usted y su *exmarido* por ella —dijo Paige, enfatizando la palabra *exmarido*, para que quedara claro que ya no era nada suyo.

—¿Algún problema al respecto?

—No habría ningún problema, si le hubiera contado las cosas tal como ocurrieron, pero usted se hizo la mártir, haciéndola creer que sacrificó su vida por ella, y dejando a su padre, como

si a él nunca le hubiese importado su hija.

—A usted no le importa nada de lo que yo hable con mi hija.

—En eso se equivoca. Le prometí a Jay que cuidaría de ella. Anoche pasamos mucho tiempo hablando de lo que usted le contó, y llorando por ello. La hizo creer que su padre nunca la había querido y que no se había preocupado por ella, cuando fue al contrario.

—Usted no sabe nada de nuestra vida.

—Sé lo suficiente para afirmar, que todo lo que le dijo a Elizabeth es mentira.

—Es su palabra contra la mía. ¿A quién cree que va a creer mi hija?

—A usted, por supuesto, por eso estamos aquí. Quiero que le diga que nada de lo que le contó anoche es cierto.

—¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Pretende hacerse la importante con ella porque quiere pescar a su padre? Jay es un buen partido, ¿verdad?

—Es un buen partido en todos los sentidos. Es increíblemente atractivo, inteligente, tiene un cuerpo impresionante, es sexy y sofisticado. Vaya, que está para comérselo.

—Yo ya me lo comí.

—Eso tengo entendido, aunque él no estaba interesado en usted, porque nunca la quiso. Puede que yo me lo coma algún día. Sabe, últimamente no puedo quitarme de la cabeza, cómo me sentiría haciendo el amor con él. Perdona, Elizabeth, esto son cosas de mujeres, aunque tú ya eres una mujer —dijo Paige poniendo la mano encima de la de Elizabeth.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir.

—Y sabe, Leslie, Jay sería mejor partido, si usted no le hubiera sacado todo ese dinero al divorciarse de él.

—Él me lo debía, no soy estúpida.

—Él no le debía nada. Para Jay fue una simple transacción, él quería a su hija y usted quería dinero. Fue un negocio y él es bueno negociando, así que se la compró. Aunque, en mi opinión, no debió darle ni un céntimo. Él quería a su hija y el dinero no le importó. Y le aseguro que habría dado todo lo que tenía para conseguirla. Lo único que deseaba era librarse de usted cuanto antes. Pero usted sabe, tan bien como yo, que no merecía ni un céntimo de ese dinero.

—No sabe lo que dice.

—Elizabeth y yo tenemos un largo camino por delante y no quiero perder mucho tiempo. Si no desmiente todo lo que le dijo anoche, llamaré a su padre, que está al corriente de todo y esperando mi llamada. Cogerá el avión que sale de Alaska en un par de horas y estará aquí esta noche. Y le aseguro que está muy, muy cabreado por haberle hecho daño a su hija. Tengo que decirle que él es un hombre paciente y puede soportar muchas cosas, pero su hija es sagrada. Así que, usted decide.

La mujer miró a Paige con rabia y odio. Luego desplazó la vista hasta su hija. Pero no dijo nada.

—Elizabeth lo sabe todo, incluido el que se quedara embarazada, engañando a su padre, porque usted sí quería pescarlo. No hace falta que mencione nada. Sólo tiene que decirle que ella lo fue todo para su padre desde el día que nació. Y que fue él quien se ocupó y se preocupó de ella durante toda su vida, y no usted.

Elizabeth miraba insistentemente a su madre para que dijese algo.

—¿Tendrá que hacer esa llamada para que mi padre tenga que venir a aclararlo todo? —preguntó Elizabeth a su madre.

—Bueno, tu amiga tiene razón. No he sido una buena madre, pero no porque no te quiera. Es sólo que lo de ser madre..., nunca me han gustado los niños.

—¿Por qué te quedaste embarazada entonces?

—Mi familia era muy pobre y la de tu padre tenía mucho dinero. Él estudiaba en Harvard y sabía que tendría éxito en el futuro.

—Le engañaste para conseguir una posición. Y cuando os divorciasteis, no te importó llevarte su dinero. El dinero que él consiguió con su esfuerzo. ¿Por qué le pediste dinero? El hombre con quien ibas a casarte era muy rico. ¿Crees que mi padre no te dio lo suficiente en todo el tiempo que viviste con él?

Elizabeth se secó las lágrimas con una servilleta de papel. Su madre la miraba avergonzada.

—¿Por qué nunca te ocupaste de mí? He estado pensando y recordando cosas de mi vida y me he dado cuenta de algo en lo que no había prestado atención hasta ahora. Mi padre está presente en todos mis recuerdos, pero tú en ninguno.

—Pero yo te quiero.

—Es posible que me quieras, a tu manera. Pero para mí, no has sido una madre. Una madre sacrifica la vida por sus hijos, y eso es lo que ha hecho mi padre durante toda mi existencia. No le importó perder su juventud para cuidar de mí. Y tú, con tus palabras de anoche, hiciste que dudara de él. Me hiciste mucho daño. No estoy segura de que volvamos a vernos. Al menos, de momento. Cuando nos abandonaste culpé a mi padre de ello y le hice sufrir, y todo por tu culpa. Estoy segura de que si él te hubiese ofrecido una cantidad para comprarme cuando nació, la habrías aceptado.

—Estás siendo muy cruel conmigo.

—Tú lo fuiste conmigo anoche y me demostraste que eres una mala persona. Mi padre no tenía que haberte dado un céntimo cuando os divorciasteis. Tú no aportaste nada al matrimonio, ni a mí. Si sintieras un mínimo de cariño hacia mí y de decencia, le devolverías el dinero que le sacaste. No es que le haga falta, por supuesto, pero es suyo. Y mientras no lo hagas, siempre pensaré que me vendiste por esa cantidad. Y ahora nos vamos. La verdad es que no me apetece desayunar contigo —dijo Elizabeth levantándose y cogiendo el móvil.

Las dos salieron de la cafetería y caminaron hasta la siguiente esquina sin decir nada. De pronto las dos se abrazaron y empezaron a llorar.

—Mi padre es el culpable de todo. Si me lo hubiera contado, ninguna de las dos habríamos tenido que soportar esto.

—No culpes a tu padre. No te habló de ello porque sabía que sufrirías al saberlo. Él sólo pretendía protegerte. ¡Dios! No sabes cuánto te quiere —dijo Paige rompiendo a llorar.

—Si seguimos así, no pararemos de llorar en todo el día —dijo Elizabeth llorando también

—Tienes razón. Vamos a desayunar.

—Le has dicho a mi madre que mi padre está para comérselo.

—Bueno. Todavía no hemos hablado de sexo, pero..., considéralo un adelanto. Tu padre es un bombón y sí, está para comérselo de un solo bocado —dijo Paige riendo.

Elizabeth se dio cuenta de que llevaba el móvil en la mano, todavía grabando. Lo apagó y lo guardó en el bolsillo.

Jason entró en la habitación y vio la montaña de ropa sobre la cama.

—¡Santo Dios! Decíme que no tenéis que meter todo eso en el coche.

—Pues sí —dijo Paige riendo.

—No creo que quepa. A no ser que lo metáis en el maletero, sin maletas. Tu maletero está tan limpio como en interior del coche y es grande.

—A mí me da igual llevar maletas o no.

Los tres pasaron un rato muy divertido metiendo todas las prendas en las maletas para bajarlas al sótano y luego colocándolas extendidas en el maletero. Y pudieron meterlo todo.

Habían metido en dos maletas pequeñas las cosas de aseo y lo que necesitarían para el viaje y así no tendrían que tocar nada del maletero.

—Sólo nos queda marcharnos —dijo Paige cuando estaban en la calle junto al coche.

—Os voy a echar mucho de menos, a las dos —dijo Jason abrazándolas.

—Y nosotras a ti.

—Te llamaré para decirte el día que voy a veros. Tened mucho cuidado en la carretera.

Volvieron a abrazarse y se marcharon. Jason subió a su coche y llamó a Jay para decirle que ellas acababan de salir.

Antes de abandonar la ciudad Elizabeth le envió un mensaje a su padre. Y luego le envió la grabación de la conversación que habían mantenido con su madre.

—Tú vas a ser la copiloto, así que, coge el mapa y empieza a dirigirnos.

—Eso está hecho —dijo Elizabeth.

—Tenemos por delante siete mil kilómetros.

—Va a ser toda una aventura.

Jay había tenido una mañana muy ocupada y no había prestado atención al móvil. Cuando fue a comer lo comprobó. Vio las fotos que le había enviado su hija y pensó que Paige estaba preciosa. Luego leyó el mensaje que le había enviado.

Hola, papá. Acabamos de dejar Nueva York.

Esta mañana fuimos a reunirnos con tu exmujer, pero no hemos desayunado con ella. No voy a explicarte lo sucedido porque te acabo de enviar una grabación que te pondrá al corriente de todo.

Luego hemos ido a desayunar a la cafetería que le gusta a Paige, que ha resultado ser la misma que la tuya. Vamos a adelantar una cuantas horas en la carretera porque hemos desayunado como cerdas y pararemos tarde a comer.

Te hemos comprado regalos. Bueno, los ha pagado ella. Creo que te echa de menos.

Te llamaré esta noche cuando estemos en el hotel, aunque será más pronto de lo que suelo hacerlo, porque Paige no quiere estar en la carretera cuando oscurezca.

No puedes imaginar cuánto te quiero.

Jay sonrió al ver que su hija se refería a su madre como su *ex*. A continuación escuchó la grabación que le había enviado.

Se sintió orgulloso de ellas, de las dos. Sonrió al escuchar todas las cosas que le había dicho a su exmujer de él y se rio cuando le dijo que estaba para comérselo. Pero cuando la escuchó decir que no podía apartar de su mente cómo se sentiría al hacer el amor con él, soltó una carcajada. Y también le agradó cuando le dijo a su hija que era un bombón y que estaba para comérselo de un solo bocado. Se dio cuenta de que Paige estaba interesada en él, aunque, posiblemente, sólo en el aspecto sexual. A pesar de ser una grabación muy dura, Paige había estado a la altura y había obrado, tal vez, mejor de lo que lo hubiera hecho él.

A Jay le alegró el día saber que Paige seguía pensando en él... de una manera tan traviesa.

A las ocho y media llegaron al hotel. Nada más entrar en la habitación Paige sacó de la maleta los pijamas y las cosas de aseo y fue al baño. Elizabeth aprovechó para llamar a su padre.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el viaje? ¿Se te está haciendo pesado?

—Hola, papá. Para nada. Es divertido viajar con Paige. Estamos en Pittsburgh, Pensilvania. Acabamos de llegar al hotel y en media hora nos subirán la cena.

—¿Es un buen hotel?

—Sí, de los que tienen aparcacoches en la entrada. Y tenemos una suite preciosa. A Paige le gusta lo mejor. Por eso estoy convencida de que podrías gustarle.

Jay se rio pensando que su hija no se daba por vencida.

—¿Has recibido todo lo que te he enviado?

—Sí. Y tenías razón, Paige estaba preciosa con el vestido de fiesta, y tú también. Y he escuchado la grabación. Estoy orgulloso de vosotras. ¿Es cierto que Paige me ha comprado regalos? Dejó bien claro que no quería nada conmigo.

—Te ha comprado varias cosas. Y que no quiera nada contigo no quiere decir que no se acuerde de ti y que te eche de menos. Creo que tus mensajes la hacían sentir bien. Me pregunto qué pasará, cuando volvamos a casa y no te tenga.

—Cariño, ha sido ella quien ha tomado la decisión y yo tengo que respetarla.

—Lo sé. Pero también sé que si no te tiene se marchará de Alaska. Y tengo que decirte que, si ella vuelve a Nueva York, quiero que nosotros también lo hagamos.

—Siempre te he dicho que viviremos donde tú quieras.

Hablaron unos minutos más y cuando Paige salió del baño se despidieron.

Esa noche Paige le dio una charla sobre sexo y contestó a todas sus preguntas.

Paige apagó la alarma del móvil a las cinco y cuarto de la mañana del día siguiente. Y a las seis estaban en la carretera camino de Illinois. A las nueve pararon a tomar un café y estirar las piernas. Dieron un rápido paseo turístico e hicieron algunas fotos y compraron imanes para las neveras, como venían haciendo en cada ciudad por la que pasaban.

Pararon en otra ocasión para comer y visitar los lugares más emblemáticos de la ciudad. Luego volvieron a la carretera y no se detuvieron hasta las ocho de la tarde que llegaron al hotel de Chicago. Y sin llegar a subir a la suite, volvieron a salir a la calle para visitar algunos sitios que el recepcionista les había marcado en el mapa. Cenaron en un restaurante muy acogedor y a las once regresaron al hotel. Elizabeth llamó a su padre mientras Paige se relajaba en la bañera.

—Hola, cariño. ¿Por dónde andáis? Ya he visto las fotos de las ciudades por las que estáis pasando.

—Hola, papá. Estamos en Chicago. Acabamos de volver de cenar.

—Parece que lo estás pasando bien.

—Y no te equivocas. A veces, cuando estamos en la carretera, me pregunto cómo habría sido este viaje, acompañándonos tú. Como una familia.

—Deberías quitarte esa idea de la cabeza. No quiero que te hagas ilusiones.

—Yo no pierdo la esperanza. Anoche Paige me dio una larga charla sobre sexo.

—¿En serio? —dijo él sonriendo.

—Sí, y puedo asegurarte que, cuando se me presente la ocasión de estar con un chico, sabré cómo actuar.

—Espero que pase mucho tiempo hasta entonces.

—¿Has olvidado que cumpliré diecisiete años en dos semanas? Si viviéramos en Nueva York, ya no sería virgen.

—Y por eso me alegro de que vivamos aquí —dijo él sonriendo.

—Paige te ha quitado un gran peso de encima, ¿eh? Apuesto a que no me lo habrías explicado igual que ella. Paige ha hecho lo que tenía que haber hecho tu exmujer, o tú.

Estuvieron hablando un rato sobre cómo le había explicado Paige las relaciones entre hombre y mujer y de la forma tan natural que le hablaba del sexo, como si le estuviera explicando una receta de cocina.

Cuando Jay colgó se paró a pensar en Paige un instante. Ella había cumplido su trato al hablar de sexo con su hija. Ahora él debía cumplir su parte, enviándole un mensaje con el hotel, la fecha y la hora, para entregarle su recompensa, que era él. Eso le hizo sonreír. Aunque de pronto se sintió confuso, porque lo habían acordado antes de que ella cortara la relación y no estaba seguro de que su acuerdo siguiera en pie.

Todavía no eran las seis de la mañana cuando salieron del aparcamiento del hotel. Y para la cena estaban en Minneapolis, Minnesota. Cenaron en un restaurante y luego dieron un largo paseo por la ciudad.

—¿Echas de menos a mi padre?

Paige la miró sonriendo.

—Echo de menos sus correos, me hacían sentir muy bien.

—No entiendo por qué has puesto fin a eso. Comprendo que no quieras verlo, por lo que te dijo Julie, pero ella no se enteraría si os escribieseis.

—Es mejor así.

—¿Te gusta mi padre?

—A cualquier mujer le gustaría tu padre. Por él siento... atracción física.

—Pero te ha besado, y tú a él.

—Eso fue parte de la atracción, parece que él siente lo mismo.

Paige estaba sumergida en la bañera rodeada de burbujas. Pensaba en lo que le había dicho a Elizabeth sobre Jay. Y de pronto se encontró preguntándose qué sentía por él. ¿Era únicamente deseo?

Elizabeth llamó a su padre como cada noche.

—Hola, cielo.

—Hola, papá. Hoy he pensado mucho en ti.

—Yo pienso mucho en ti, cada día.

—Has sacrificado tu vida por mí.

—Ha sido un placer, y volvería a hacerlo.

—Podrías haberte divorciado hace muchos años y habrías encontrado a una mujer que te quisiera.

—Cariño, no he echado de menos nada, porque tú has llenado mi vida. Y todavía soy joven y puedo encontrar a esa mujer que me quiera. ¿Dónde estáis?

—En Minneapolis.

—Ya estáis cerca. Tengo muchas ganas de verte.

—Y yo a ti.

Elizabeth le contó todo lo que habían hecho desde que abandonaron el hotel hasta que tuvieron que parar porque habían pinchado una rueda. Le contó que habían tenido que sacar toda la ropa del maletero para ponerla en el asiento de atrás para sacar la rueda de recambio. Y de que habían ido a dar una vuelta y Paige había comprado los imanes y una camiseta para él.

—¿Para mí?

—Sí. Creo que deberías regalarle algo. Podías enviarle a casa un ramo de flores el día que lleguemos, con una tarjeta de agradecimiento. Compra algo bonito en una joyería y lo dejas junto al ramo. Algo sencillo, pero valioso. Con clase.

—Lo compraré mañana.

Elizabeth siguió contándole lo que habían hecho el resto del día.

—¿Estás dándole recuerdos míos a Paige?

—Cada noche.

—¿Y qué dice?

—Siempre decía *gracias*, pero anoche dijo: *dale también recuerdos de mi parte*, pero luego añadió: *mejor no le digas nada*.

—Al menos sabemos que quería decirlo.

Al día siguiente, sábado, Jay fue a la ciudad a comprar el regalo de Paige. Había una pequeña joyería en el pueblo, pero si lo compraba allí, todo el mundo lo sabría.

Esa noche, cuando estaban en el hotel, Paige recibió un WhatsApp y se puso nerviosa al ver que era de Jay. Lo leyó.

Hola. Sé que me pediste que no te escribiera, y no pensaba hacerlo, pero echo de menos tus mensajes y correos. Puede que ni siquiera te molestes en leerlo y no reciba contestación, pero no importa, tenía que decírtelo.

No entiendo qué problema hay en que tengamos una relación, sólo escribiéndonos. Entiendo que no quieras verme. Bueno, en realidad no lo entiendo, pero puedo respetar que no quieras hacerlo. Pero que hayas conocido a alguien no me parece motivo suficiente para no querer comunicarte conmigo.

Elizabeth me dijo que hablaste con ella sobre sexo, de manera que te enviaré un mensaje con el hotel, el día y la hora, y esperaré en la habitación hasta que llegues. Podrás hacer conmigo lo que quieras, como me pediste. Te di mi palabra de que lo haría y lo haré. Y espero que cumplas tu parte.

Mi hija lo está pasando muy bien contigo. Has hecho muchas cosas por ella y por mí y nunca podré agradecértelo lo suficiente.

No estoy acostumbrado a rogar ni suplicar, pero si hace falta lo haré, para conseguir que me escribas unas palabras, sólo como amigos.

Te echo mucho de menos.

Paige estaba delante del ordenador intentando trabajar. Al ver que no podía concentrarse, lo cerró y se metió en la cama. No dejaba de darle vueltas a la cabeza, pensando en el mensaje de Jay.

A las tres de la mañana se levantó, cansada de dar vueltas en la cama sin poder dormir. Cogió el móvil y salió a la terraza. Se sentó en una de las butacas y contestó el mensaje de Jay. Luego volvió a la cama. Escribirle había sido como un somnífero porque se quedó rápidamente dormida.

Al día siguiente se levantaron temprano, como siempre y antes de las seis estaban de camino.

—Anoche recibí un mensaje de tu padre. Dijo que me echaba de menos

—¿Vas a contestarle?

—Lo hice anoche. No podía dormir pensando en su mensaje —dijo Paige sonriendo.

—¿Vais a seguir escribiéndoos?

—Supongo que sí. Pero estoy preocupada. Ya sabes que le dije que había conocido a alguien y ahora no sabré qué decirle. No me gusta mentir.

—Deberías decirle lo que te dijo Julie.

—No puedo hacerlo. ¿Sabes otra cosa?

—¿Qué?

—Creo que no sólo siento por él atracción física. No sé si estoy enamorada, porque nunca he sentido lo que siento por él, pero sí sé que no es sólo atracción.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. A veces, las cosas se solucionan solas. Y no sé si él siente algo por mí.

—Sí, puede que el tiempo lo solucione todo.

—Supongo que lo que hablamos tú y yo, queda entre nosotras.

—Por supuesto. No tenías ni que haberlo mencionado.

—Tu padre me ha dicho algo más. Me enviará un mensaje para citarme y darme la recompensa por haberte hablado sobre sexo.

—Eso es estupendo. Supongo que acudirás a la cita.

—Suelo cumplir mi palabra. Pero sólo será sexo.

—Algo es algo, ¿no crees?

Paige giró la cabeza para mirarla y las dos se rieron.

Jay apagó la alarma del móvil la mañana siguiente. El pulso se le aceleró al ver que Paige le había contestado. Se apoyó en el cabecero y leyó el mensaje.

Hola.

Me has enviado un mensaje y con ello has conseguido que falte a mi palabra. Echaba tanto de menos recibir unas palabras tuyas que, cuando he visto que el mensaje era tuyo, casi me da un infarto. En un principio no pensaba leerlo, pero no he podido resistirme. No tenía intención de contestarte, pero cuando me he acostado he empezado a dar vueltas en la cama, sin poder apartarte de mi mente y he estado así hasta ahora. Y estoy en la terraza del hotel a las tres de la mañana, escribiéndote.

Creí que me volvería loca estos días, sin noticias tuyas. Me he dado cuenta de que soy adicta a tus palabras, y te aseguro que estaba al borde de la desesperación. De no haberlo hecho tú, te habría escrito yo, puedes estar seguro.

Tengo que hablarte de algo delicado. Es respecto a ese “alguien” que te dije que conocí. Jay, te mentí. No conocí a nadie. Me sentí muy mal por mentirte, porque era la primera vez que lo hacía, pero tenía que encontrar una razón convincente para terminar contigo y pensé que esa era la mejor para que no me hicieras preguntas. Tengo que añadir que, si hubiese habido otro hombre, no te habría besado en el aeropuerto, creo. Dicho esto. Siento haberte mentido, y nunca más lo haré.

Si decidimos seguir en contacto, tengo que poner una condición. Si no la aceptas, lo entenderé y, en ese caso, terminaremos definitivamente.

Seguiremos escribiéndonos, pero esa será la única relación que habrá entre nosotros. No puedo permitirme que nos vean juntos. Y no me preguntes la razón porque, de contestarte, tendría que mentirte de nuevo y no quiero hacerlo. De manera que, no volveremos a vernos. Nada de cenas, nada de copas..., a no ser que sea algo ineludible.

Imaginemos que somos dos personas que se han conocido en la red y que viven muy lejos el uno del otro y deciden mantener una relación a larga distancia, sin conocerse en persona. Siento no poder explicarte la razón, aunque puede que un día la descubras.

Sí, hablé con Elizabeth sobre sexo y fue muy interesante. Ahora tenemos plena libertad para hablar de chicos, tanto ella como yo.

Me gusta saber que estabas dispuesto a rogarme y suplicarme y tengo que decirte que yo pensaba hacer lo mismo, en caso de que no quisieras volver a nuestra relación.

Yo siempre cumplo mi palabra e iré al hotel cuando me lo digas. Pero, si no te importa, dame un par de días, después de que llegemos, porque tendré que organizar un montón de cosas y además, estoy muerta de cansancio.

No tienes que agradecerme nada, todo lo que he hecho por Elizabeth ha sido un placer. Y lo que he hecho por ti, me lo vas a pagar con creces.

Cuida de que no te pase nada antes de nuestra cita sexual, porque tengo que decirte, de nuevo, que te deseo desesperadamente.

Cuando termine este viaje contestaré a tu último correo y lo retomaremos desde ahí, si te parece bien.

A pesar de no entender por qué Paige no quería que los viesen juntos, la inquietud que Jay había sentido desde hacía días por perderla, había desaparecido.

Capítulo 10

Paige y Elizabeth llegaron a Anchorage a las cuatro y veinte de la tarde.

—Estamos llegando al final de nuestra aventura —dijo Paige mirándola y sonriendo.

—Ha sido una experiencia fantástica.

—Para mi también. Puede que la repitamos.

—¿Te importa si pasamos por el trabajo de mi padre? No te preocupes, entraré sola. Sólo quiero darle un abrazo.

—No te lo puedo negar. A mí también me gustaría abrazarlo.

—Puedes entrar conmigo —dijo Elizabeth sonriendo.

—Mejor no.

Paige aparcó el coche a pocos metros de la inmobiliaria. Elizabeth bajó del vehículo y se dirigió hacia allí. Paige bajó también para estirar las piernas. Se apoyó en el coche a esperar. Levantó la vista y vio a Jay y a su hija dirigirse hacia ella. Paige se puso tensa sin poder apartar la vista de él. Por un momento pensó en volver a subir al coche, pero estaba paralizada. Cuando él estuvo frente a ella se miraron a los ojos. Se acercó a ella y la besó en los labios, luego la abrazó.

—Me alegro de teneros de vuelta —dijo al separarse de ella, y sonriendo porque había notado lo tensa que estaba.

Paige miró a ambos lados de la acera, por si había alguien del pueblo. Jay se dio cuenta que le preocupaba que alguien los viera juntos y se preguntó qué coño pasaba.

—Tenemos que irnos, estoy muy cansada.

—No me extraña. Gracias por todo.

—No las merece —dijo Paige rodeando el coche y subiendo al volante.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Elizabeth cuando se sentó a su lado.

—Bien. Espero que no nos haya visto nadie.

—Lo siento. Le he dicho que no saliera, pero ha dicho que quería verte. Te ha besado.

—¡No me digas! No me había dado cuenta —dijo Paige irónicamente.

Elizabeth se rio.

Pararon en casa de Charlie para que Elizabeth lo saludara y Paige subió a su cuarto a coger su maleta grande. Luego fueron a casa de la chica y bajaron toda la ropa del coche, dejándola en los sofás. Elizabeth subió a coger otra maleta porque no cabía todo en una. Tan pronto terminaron de separar la ropa y los regalos Paige se marchó a casa. Y en el corto trayecto se preguntaba dónde iba a meter toda esa ropa.

Paige llegó a casa y Charlie salió con ella para ayudarla con el equipaje.

—El coche de Jay era el más bonito del pueblo, pero el tuyo lo ha superado.

—Me alegro. Puedes cogerlo cuando quieras.

—Gracias.

Paige le dio los regalos que le había comprado y los imanes para la nevera. Después de abrirlos y darle las gracias subieron las maletas al dormitorio.

—En tu despacho hay un montón de cajas que trajeron el sábado. Las dejé allí porque me dijeron que eran cosas de informática.

—Mi jefe me ha comprado un equipo nuevo. Sin duda para que empiece a trabajar en serio.

—Y en la cocina hay algo que han enviado hoy para ti. ¿Has comido?

—Sí, pero me tomaría un café.

Sobre la mesa de la cocina había un precioso ramo de rosas amarillas de tallo alto en un jarrón de cristal y junto a él un pequeño paquete de regalo.

—Prepararé el café.

—Seguramente será de mi jefe. Pero, ¿por qué iba a enviarme mi jefe flores y un regalo? —dijo ella cogiendo la tarjeta que estaba adherida al jarrón y leyéndola.

Espero que las flores y el detalle compensen parte de lo que has hecho por mi hija, porque nunca podré agradecértelo suficiente.

Gracias.

—Qué amable es Jay —dijo ella sonriendo.

Charlie la miraba mientras abría el regalo.

—¡Hostia! —dijo al ver la gargantilla de esmeraldas y los pendientes a juego.

—¿Qué pasa?

—Creo que se ha pasado con su detalle —dijo mostrándole el estuche abierto a Charlie.

—Jay tiene buen gusto.

—Sí.

Paige colocó los imanes en la nevera.

—Qué nevera más bonita.

—Hemos comprado los mismos para la nevera de Jay.

—Ese también ha sido un detalle de tu parte, así cada vez que la abra pensará en ti.

Paige le contó lo del viaje a grandes rasgos mientras tomaban el café. Luego fueron al salón. Elizabeth acababa de enviarle las fotos de su móvil. Paige las pasó todas del móvil al portátil y las vieron mientras Paige le hablaba de cada una de ellas.

Charlie no permitió que se pusiera a cocinar y la invitó a cenar fuera.

—El jueves de la semana que viene es el cumpleaños de Elizabeth. Me gustaría prepararle una fiesta sorpresa —dijo Paige cuando estaban cenando.

—Esa es una buena idea.

—¿Crees que Jay aceptaría que la hiciera en su casa?

—Estará encantado.

—Iré a hablar con él. Voy a ver si consigo contratar a un grupo de música que le gusta a Elizabeth. Sé que tocan de vez en cuando en un pub de la ciudad.

—Seguro que lo consigues.

—Voy a regalarle el juego de gargantilla y pendientes que me regaló mi padre cuando terminé la carrera. Es el que te he dicho que llevaba Elizabeth en la foto.

—¿Estás segura de que quieres regalárselo?

—Sí, quiero que lo tenga ella. Crees que Albert, el de la joyería, me vendería un estuche vacío para ponerlo.

—Por supuesto. Te acompañaré cuando vayas.

—Pues mañana te invito a desayunar y luego vamos a la joyería. Después iré a la ciudad a ver si localizo al grupo de música.

Al día siguiente, Paige fue a la ciudad.

Le fue muy sencillo localizar a los músicos porque cuando fue al pub donde solían tocar, uno de los camareros le dijo que el cantante del grupo era hermano de su jefe. Así que habló con el

dueño del local y a la media hora llegó el cantante y firmaron el contrato para que actuaran una noche en un cumpleaños y Paige le pagó la mitad de lo acordado.

Era la una de la tarde cuando Paige salió del pub. Sabía que Jay solía ir a comer a la una y media. Subió al coche y se dirigió a la inmobiliaria.

Cuando la secretaria anunció su visita a Jay, este le dijo que la hiciera pasar.

Paige abrió la puerta y Jay se levantó de la mesa para ir hacia ella. Estaba tan nerviosa que ni siquiera se había dado cuenta de que lo había mirado de arriba abajo. Respiró hondo intentando tranquilizarse.

—Qué grata sorpresa —dijo acercándose a ella y besándola en los labios.

—He venido a la ciudad a resolver unos asuntos. Tenía que haberte llamado para preguntarte si podías recibirme, pero... ¿Puedes dedicarme unos minutos?

—Tú no necesitas llamarme para venir a verme. Siéntate, por favor.

Paige se sentó en una de las butacas, frente a la mesa y él se sentó en la de al lado.

—Gracias por todos tus regalos.

—No hay de qué. Gracias por los tuyos.

Jay le retiró un mechón de pelo de la cara y a Paige le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo al sentir el roce de sus dedos.

—¿Estás nerviosa?

—Por supuesto que no.

—¿Qué necesitas de mí?

Ella entreabrió los labios para poder respirar mejor porque le faltaba la respiración. Lo miró fijamente y se aclaró la garganta. Jay notó que estaba como un flan.

—Quería preguntarte si sería posible que me dejaras tu casa un día, digamos desde después de comer hasta las dos o tres de la madrugada. Al vivir con Charlie, no me siento libre de disponer de su casa.

Jay se echó hacia atrás en la butaca. La expresión de su rostro cambió y se tornó seria.

—¿Tienes una cita y me pides mi casa para llevar a un tío?

—¿Qué? —dijo ella riendo al ver cómo lo había interpretado él.

—¿Lo encuentras gracioso?

—La verdad es que sí. ¿Crees que te pediría tu casa para algo así? Hay hoteles.

—¿Y entonces?

—Supongo que sabes que la semana que viene es el cumpleaños de tu hija. He pensado darle una fiesta sorpresa y he contratado a un grupo de música que sé que le gusta. Charlie me ha dicho que en el pueblo no hay locales disponibles. Si tuviera mi propia casa no te lo pediría, pero... Te prometo que no habrá alcohol, ni drogas. Yo me encargaré de retirar las cosas de valor y apartaré los muebles que puedan estropearse. Además, no dejaré a los chicos solos, estaré con ellos desde que lleguen hasta que se haya ido el último. Y cuando la fiesta termine, colocaré de nuevo todo en su sitio y limpiaré.

Jay la miraba en silencio, con una sonrisa que estaba haciendo que Paige se derritiera.

—Si no quieres que sea en tu casa, no te preocupes, encontraré un sitio. Hablaré con el alcalde y le preguntaré si dispone de un local. O le reservaré a Tom la zona del pub, o el restaurante entero. Al fin y al cabo, pienso encargarme a él la cena.

—Yo no he dicho nada de que no quiera dejarte mi casa.

—Cierto. No has dicho nada de nada.

—Estaba escuchándote. Me gusta oírte hablar —dijo él sonriendo—. No me importa en absoluto dejarte mi casa, pero tengo un estudio en el pueblo que sería aún mejor.

Sonó el intercomunicador.

—Perdona. Dime Laura —dijo Jay levantándose y contestando.

—La señorita Julie ha venido a verle.

—Por favor, no quiero que me vea —dijo Paige cogiéndole de la mano y hablándole al oído.

—Dígale que tan pronto termine con el cliente la recibiré.

Jay volvió a sentarse.

—¿Qué ocurre?

—Por favor, escóndeme. O vete y déjame aquí.

—No entiendo lo que te pasa —dijo él al verla tan apurada—. De acuerdo. Entra en esa habitación y no hagas ruido.

—Vale —dijo ella entrando y cerrando la puerta.

Jay le dijo a su secretaria que hiciera pasar a Julie.

—Hola —dijo la chica entrando y besándolo en los labios ¿Dónde está tu cliente?

—Estaba en el teléfono. Has llegado pronto. Y tengo que ver a un cliente en unos minutos. ¿Por qué no me esperas en el restaurante?

—¿Qué te parece si quedamos en el hotel de siempre en media hora?

—De acuerdo. Adelántate y coge la habitación.

—Fantástico, no te retrases. Tengo ganas de hacer el amor contigo —dijo besándolo y abandonando el despacho.

Paige oyó toda la conversación. Tenía un nudo y la garganta y presentía que iba a llorar y no podía permitirse que las lágrimas aparecieran en sus ojos. Jay abrió la puerta.

—¿Puedo saber qué pasa?

—No pasa nada. Ya te dije que no quiero que nadie del pueblo me vea contigo.

—Parece que no tienes muy buen concepto de mí.

—No es eso. Terminemos, no quiero que llegues tarde a tu cita. Has dicho que tienes un sitio para prestarme.

—Es el estudio de mi madre. Tiene dos plantas y hay mucho espacio. Podemos quedar allí un día y lo ves —dijo el anotando la dirección y dándosela.

—Pero ha de ser cuanto antes, tengo que preparar muchas cosas y no tengo mucho tiempo. ¿Podríamos verlo hoy cuando termines el trabajo? Si no tienes otra cita, claro.

—Te llamaré cuando esté llegando y quedamos allí. Porque imagino que no querrás que te recoja.

—Te veré allí, gracias —dijo Paige abriendo la puerta y saliendo.

Charlie entró en la cocina cuando Paige estaba preparando la comida.

—Ya he solucionado lo de los músicos. Y he ido a hablar con Jay. Me dejará el estudio de su madre, iremos a verlo hoy, cuando vuelva de la ciudad. ¿Se puede aparcar allí?

—Sí, es una calle ancha. ¿Por qué no te recoge él aquí? Tiene que pasar por la puerta.

—No quiero que me vean con él. ¡Mierda! —dijo Paige al darse cuenta que lo había dicho en voz alta.

—¿Qué pasa?

—No es nada.

Charlie la cogió de la barbilla y la giró hacia él. Paige tenía los ojos brillantes.

—¿Te ha dicho Jay algo que te haya molestado? ¿Por que no te recogerá aquí?

—No ha dicho nada que me haya molestado. Y no quiero que me recoja porque no quiero que me vean con él. Hace unas semanas ocurrió algo... Pero no tiene importancia.

—Eso que no tiene importancia ha hecho que estés a punto de llorar. ¿De qué se trata?

—Dame tu palabra de que quedará entre nosotros.

—Tienes mi palabra.

Paige le contó el encontronazo que tuvieron con Julie.

—¿Y te dijo todo eso delante de Elizabeth? Creía que era más lista. Elizabeth se lo habrá contado a Jay.

—Le pedí que no lo hiciera.

—Jay debería saberlo. Y deberías ser tú quien se lo diga.

—No soy una chivata.

Paige le contó lo de ese día en la inmobiliaria.

—¿No se ha extrañado Jay cuando le has dicho que te escondiera y que no querías que te vieran con él?

—Sí, le ha molestado. Tengo un problema muy grande, Charlie —dijo ella rompiendo a llorar.

—¿Qué clase de problema?

—Creo que me gusta Jay. Me he dado cuenta durante el viaje.

—Yo lo sé desde hace mucho. ¿Por qué es un problema?

—Jay sale con Julie y creo que con algunas otras.

—No está casado, puede salir con quien quiera. Y que salga con mujeres, en plural, significa que no está enamorado.

—Con Julie sale más que con las demás. Puede que esté enamorado de ella.

—Si estuviera enamorado de Julie, no saldría con otras mujeres. Jay no es así.

—Ella está enamorada de él, cree que es su novia y que van a casarse.

—Que Julie lo crea no quiere decir nada. ¿Qué piensas hacer?

—Voy a procurar no verlo. Charlie, quiero quedarme a vivir aquí, pero no puedo permitir que hablen mal de mí.

—La gente te conoce y no creería nada de lo que Julie pudiera decir. Además, ¿crees que Jay no descubrirá lo que te sucede? Ya estará volviéndose loco, pensando por qué no quieres que te vean con él.

—No lo va a descubrir, si tienes el pico cerrado. Sabes, Charlie. Me sucede algo extraño con él. ¡Dios! Cada vez que lo veo tiemblo y estoy intranquila. Nunca había sentido algo así, ni siquiera con mi novio. No me puedo concentrar, sólo lo tengo a él en la cabeza.

Charlie se rio.

—El amor, a veces es cruel y despiadado. Y si no has sentido lo que sientes con él antes, es porque no estabas enamorada. Tienes que darle a Jay una explicación. No se merece que piense que te avergüenzas de que te vean con él. Y es lo que estará haciendo.

—¿Crees que a mí me gusta hacerle daño?

—No llores, Paige. Todo se arreglará —dijo el hombre abrazándola.

Paige vació las maletas en la cama y pensó cómo organizar el espacio. Charlie se asomó a su habitación y se asustó al ver toda esa ropa. Le dijo que podía ocupar el armario del cuarto de su hijo, que estaba vacío.

—Charlie, estoy invadiendo tu casa. Debería buscar otro sitio donde vivir.

—Puedes invadir mi casa, y no quiero que te marches. Ya no podría vivir solo.

—No me iré. No te preocupes, me amoldaré e invadiré el cuarto de tu hijo.

—Sé que un día te marcharás porque te canses de vivir aquí o porque te cases. Pero hasta que llegue ese momento, me gustaría que vivieras conmigo.

Paige se acercó a él y lo abrazó.

—Bien, déjame que me organice.

Paige recibió una llamada y al ver el nombre de Jay en la pantalla se alteró el ritmo de su respiración.

—Hola, Jay.

—Hola, estoy entrando en el pueblo, ¿te recojo?

—No, te veré en el estudio. Estaré allí en quince minutos.

Paige respiró hondo y expulsó el aire lentamente para intentar tranquilizarse. Luego llamó a la puerta y Jay abrió.

—Hola.

—Hola. Pasa, por favor —dijo él haciéndose a un lado para que entrara. Luego cerró la puerta.

Entraron en un increíble salón con una cocina al lado, separada por una barra de desayuno.

—Es precioso. Y muy grande.

—Mi padre lo diseñó para mi madre —dijo dirigiéndose por un corto pasillo y entrando en un dormitorio con baño interior.

—Este es un buen picadero —dijo mirándolo y sonriendo.

—Es posible, aunque nunca he traído a nadie aquí. De vez en cuando vengo a tomar una copa, pero sólo eso.

Paige se dio cuenta de que estaba serio. Frío. Volvieron al salón y salieron a la terraza que daba al lago.

—¡Dios! Esta vista es fantástica. Mira, en ese banco es donde suelo sentarme cuando vengo aquí.

—Lo sé. Vamos, te enseñaré la planta de arriba.

Subieron a la planta superior por una escalera que había detrás del sofá.

—¡Dios mío! Es enorme. Hay tanto espacio y tantas ventanas. Seguro que hay una luz increíble.

—Sí. Aquí es donde trabajaba mi madre.

—Jay, es...

—¿Crees que te servirá? —dijo él interrumpiéndola.

—No podría encontrar un sitio más perfecto.

—¿Te apetece una copa? Aquí no puede vernos nadie.

—Claro.

Volviéron a la planta inferior. Paige se sentó en el sofá.

—Lo siento, no tengo nada para picar.

—No quiero nada, Charlie me espera para cenar. No estarás interesado en alquilar esto, ¿verdad?

—No. De todas formas, este estudio es de mi hija, mis padres se lo dejaron a ella.

—Creo que tengo alguna influencia con tu hija, si se lo pido puede que me lo alquile.

—No lo dudo, pero no me haría gracia —dijo él cruzando las piernas y colocando el brazo en el respaldo del sofá.

Paige lo miró. Lo encontró guapísimo, y sexy. En ese instante sólo podía pensar que pronto tendrían esa cita y podría hacer lo que quisiera con él.

—Puedes estar tranquilo. Aunque este sitio es un sueño y me encantaría vivir aquí, no puedo marcharme de casa de Charlie.

—¿Tienes un contrato con él que no puedes cancelar?

Paige sonrió. Él seguía serio. Ella le contó lo que había hablado con Charlie respecto a lo de

marcharse por no tener espacio y Jay sonrió por primera vez.

—Así que ahora dispongo de mi cuarto, del de Parker y del despacho. Sé que no le importa, pero no tengo dieciocho años y debería tener mi propia casa.

—Todo lo que deseas lo tienes en Nueva York, ¿por qué no vuelves allí?

Paige lo miró fijamente, algo contrariada. Parecía que le estuviera pidiendo que se largara.

—Sí, tal vez esa sea la solución perfecta, puede que lo haga. Tengo que marcharme —dijo tomando el último sorbo de whisky. Se levantó y se dirigió a la puerta.

¿Por qué coño le he dicho eso?, pensó Jay intranquilo levantándose y siguiéndola.

—Toma, esta es la llave. Y este el mando del garaje.

—Gracias. Te mantendré al corriente de lo que haga.

—De acuerdo —dijo acercándose a ella y rodeándole la cintura.

Paige lo miró, sus ojos seguían fríos y distantes. Jay acercó los labios a los de ella y los acarició con la lengua. Paige colocó las manos en el pecho de él para frenarlo y lo apartó.

—¿Pretendías besarme?

—Por supuesto. No estamos en la calle y nadie puede verme contigo.

—No me gusta que lo hagas.

—Tu cuerpo me dice lo contrario.

—Será mejor que, cuando estemos juntos, pienses en mí y no en mi cuerpo.

Él le dedicó una amplia sonrisa.

—Puede que te vean salir de aquí, y todos saben que es mi casa.

—No es tuya sino de tu hija. Y sólo por joderte, puede que le pida que me la alquile. Aunque no creo que me quede mucho tiempo aquí —dijo saliendo a la calle furiosa.

Jay cerró la puerta sonriendo. Aunque estaba preocupado y cabreado.

A las nueve de la mañana llegaron dos chicos para instalar las pantallas en el despacho de Charlie. Mientras ellos trabajaban, Paige contrató una extensión más ancha de Internet. Y a continuación llamó a la mejor amiga de Elizabeth para decirle lo de la fiesta, sin hablarle del conjunto de música, y que le diera los teléfonos de los amigos para invitarlos. Y por último llamó a Elizabeth y le dijo que fuera a comer con ellos siempre que quisiese.

Después de comer Charlie y Paige fueron a tomar café al restaurante de Tom para hablar con él y su mujer sobre la cena de la fiesta. El restaurante se ocuparía de llevar las mesas, las sillas, la cena y un par de camareros. Antes de marcharse les pidieron que no comentaran con nadie lo de la fiesta para que no llegara a oídos de Elizabeth.

Paige pasó el resto de la tarde instalando el equipo de informática en el despacho y hablando con su jefe y sus clientes.

Cuando subió a acostarse decidió contestar al correo que Jay le escribió cuando estaba de vacaciones. Lo envió y se metió en la cama.

Jay estaba en la cama pensando en Paige, cuando oyó la entrada del correo en el móvil.

A pesar de estar cabreado con ella, no pudo evitar sonreír al comprobar que era suyo. Cogió el ordenador que tenía en el suelo y lo leyó.

Hola.

No sabes las veces que estuve tentada de contestar este correo. Y cuántas veces me arrepentí de cortar contigo. Doy gracias de que me escribieras, y así tener la excusa para contestarte.

Después de todo, si voy a echar un polvo contigo. Pero quiero que sepas que va a ser sólo para cobrarme una deuda.

Es cierto que me gustaría volver a salir contigo, a cenar o a tomar una copa, porque lo pasé muy bien. Pero ha sucedido algo que me impide hacerlo. Lo siento.

Te aseguro que, de habernos conocido en otras circunstancias, no habrías tenido que esforzarte en seducirme. Te lo habría pedido yo directamente.

Nunca he querido que lo nuestro terminara. Puede que si supieras la causa, te parecería una estupidez, pero para mí es algo muy serio.

No sólo sentí interés por ti cuando nos besamos en el aeropuerto, lo he sentido cada vez que nos hemos besado y cada vez que nos hemos visto.

¿Me preguntas qué quiero decir con “que me gusta el lote completo”? Pensaba que eras más listo. Significa, que no tienes ni un centímetro de desperdicio. Tienes un físico increíble. Desnudo no lo sé, pero vestido eres elegante, sofisticado, seductor y terriblemente sexy. Además, tienes un aire de peligro, y eso me excita todavía más, si cabe. Que conste que te digo todo esto, porque hemos acordado que la nuestra sería una relación por Internet y que no volveremos a vernos. De lo contrario, te aseguro que no sería tan atrevida.

Sí, ya sé que te he dicho que te deseo desesperadamente, pero es sólo porque hace mucho que no estoy con un hombre. Exactamente desde mediados de junio. Y como comprenderás, verte una y otra vez, ha prendido la mecha.

Vale, me has pillado, tengo tus vídeos en el ordenador, pero te juro que hace mucho que no los he visto.

Tienes razón, no puedo desearte más de lo que te deseo. Si no consigo estar pronto contigo me dará algo. Ya no consigo concentrarme en nada más de diez minutos seguidos, porque siempre acabas por aparecer en mi mente.

Yo no me avergüenzo de decirte las cosas que te digo, sobre todo, porque no te tengo delante, jajaja. Y ahora que lo pienso, tú no me dices cosas que halaguen mi vanidad. Puede que yo te desee más de lo que tú me desees a mí.

Es cierto, lo había olvidado, señor romántico, “usted sólo quiere follarme”.

Ya sabes que no he pasado por muchas manos, aunque apuesto a que tú también las puedes contar con los dedos de las manos. Bueno, puede que me equivoque y necesites los dedos de algunas manos más...

Me alegra que no vayas a pedirme que me case contigo porque, esta vez sí te digo, con toda sinceridad, que no aceptaría.

Ahora ya no necesitamos una tregua para experimentar lo de la ducha, podemos probarlo en nuestra cita.

No pienso huir con la excusa del frío, al menos, hasta que resuelva los problemas que me acechan. Aunque parece ser que tú sí quieres que me largue, lo has dejado muy claro hoy en tu estudio. Y te aseguro que me lo estoy planteando seriamente. Tomaré la decisión, después del cumpleaños de tu hija.

A continuación contesto a tu segundo correo.

No me importó, en absoluto, que tu hija nos hablara a mi padre y a mí de ti. La verdad es que lo agradecí, porque te echaba tanto de menos, que me aliviaba cuando nos contaba cosas tuyas.

Parece que lo nuestro no significó mucho para ti, al menos es lo que me diste a entender, y te aseguro que me dolió.

Siento haberte mentado al decirte que había conocido a alguien, fue lo más sensato que se me ocurrió. Y no te dije de terminar en el aeropuerto, porque sabía que iba a perderte y

estaba aterrada.

Siento cualquier molestia que te haya causado. Puedes estar seguro de que nunca, jamás, he querido hacerte daño y no he deseado que te sintieras mal.

Y ahora quiero comentarte lo de esta tarde. Has hecho que me sienta muy mal. Sé que estás enfadado porque te dije que no quería que me vieran contigo. Y a pesar de ello, querías besarme. Eso me ha desconcertado. Por favor, no pienses que es por ti y no te enfades. Con pasarlo mal uno de los dos es suficiente, y esa he de ser yo.

Si sigues enfadado no te apetecerá estar conmigo, así que, es mejor que nos olvidemos de nuestra cita. Desde este momento queda cancelada y tu deuda olvidada.

Nada más terminar de leer el correo Jay reservó una suite en un hotel de la ciudad. Luego le envió a Paige un mensaje.

Paige seguía en la cama viendo las fotos del viaje. Al oír el sonido del mensaje cogió el móvil y lo leyó.

Yo siempre pago mis deudas.

Te espero en el hotel Alakaute el viernes veintiséis a las ocho de la noche.

Paige salió de la ducha envuelta en una toalla y descalza y bajó a la cocina a comprobar la cena que tenía al fuego. Oyó cerrarse la puerta de la calle.

—Has vuelto pronto —dijo desde la cocina.

Al no oír a Charlie decir nada salió y se encontró a Jay con un hombre, muy atractivo.

—¿Qué demonios! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? Podías haber llamado a la puerta. No me digas que tienes llave. Podría haber estado desnuda, ¿sabes?

—A mí no me habría importado —dijo el desconocido sonriendo.

Paige lo miró y luego miró a Jay desconcertada.

—Sí que tengo llave, pero no he abierto con ella. Ha abierto él con la suya.

—¿Y él quién es? ¿Y por qué tiene llave de mi casa?

—Bueno, también es mi casa.

—¿Disculpe?

—Paige, él es Parker. Parker, ella es Paige.

—¡Oh, Dios mío! Eres el hijo de Charlie.

—El mismo.

Paige se acercó a él y lo abrazó, y él la abrazó a ella. Jay los miró, molesto porque su amigo la abrazara, estando medio desnuda.

—Tu padre no me ha dicho nada de que vendrías —dijo separándose de él.

—Él no lo sabía, quería darle una sorpresa.

—Dadme dos minutos a que me vista, porque si llega tu padre y me ve así me reñirá. Bajo enseguida —dijo caminando hacia la escalera.

Parker se quedó quieto, mirando cómo subía. Jay lo empujó hacia el salón.

—¿Pensabas quedarte embobado mirándola mucho tiempo?

—Pero, ¿tú has visto bien a esa chica?

—Sí, la he visto muchas veces.

—¿Voy a vivir en la misma casa que ella? Creo que me he enamorado.

—No digas tonterías.

—Creo que le gusto.

—Seguro que sí.

—¿Estás saliendo con ella?

—Por supuesto que no.

—¿Por qué no?

—Pues porque no.

—Buena respuesta, ¿no te gusta?

—Yo no he dicho eso.

Paige entró en el salón a los diez minutos.

—Tu padre me ha hablado mucho de ti. Eres más atractivo al natural que en las fotos.

—Tu eres igual de guapa vestida que medio desnuda —dijo Parker sonriéndole.

—Te diré lo que pienso de ti, cuando te vea salir del baño envuelto en una simple toalla —dijo ella sonriendo también—. Tu padre ha ido a tomar una cerveza con unos amigos. Voy a enviarle un mensaje para que venga. No quiero molestarle llamándole. A veces dice que lo tengo controlado.

—¿Mi padre tiene móvil y envía mensajes? Nunca ha consentido que le compráramos uno.

—Yo no se lo he comprado, le di el mío cuando compré otro. Y seguro que lo aceptó, porque él sí quiere tenerme controlada.

Charlie entró como una tromba en la casa.

—Paige, ¿qué pasa? ¿estás bien?

—Estoy en el salón.

—¡Vaya! Esto sí es una sorpresa —dijo al ver a su hijo y acercándose a él para abrazarlo.

—Tenía ganas de verte y compré el pasaje sin pensarlo. Me ha recogido Jay. ¿Salimos a cenar? Estoy hambriento.

—Tengo la cena preparada.

—¿Cenas con nosotros Jay? —preguntó Charlie.

—Gracias, pero mi hija me ha enviado un mensaje. Por lo visto ha preparado la cena con una receta de Paige y me necesita como conejillo de indias.

—No digas eso, tu hija cocina muy bien.

—Gracias a ti. Me marcho —dijo Jay levantándose.

—¿Salimos a tomar una copa los tres después de cenar?

—Id vosotros, yo tengo que trabajar —dijo Paige.

—Te recogeré yo, así veré a Elizabeth.

—De acuerdo —dijo Jay.

—Te acompaño —dijo Paige saliendo del salón con él.

—Podrías venir con nosotros. Supongo que si no vas sola conmigo, no tendrás problemas. ¿Qué te ha parecido Parker?

—Muy guapo, guapísimo. Veo que sigues enfadado conmigo —dijo ella al verlo serio—, yo también lo estoy contigo.

—Se me pasará.

—A mí también —dijo ella acercándose para besarlo en los labios.

—Pensaba que no querías tener contacto conmigo.

—Estamos dentro de casa, nadie puede vernos.

—Te veo mañana.

—¿Mañana? ¡Oh! —dijo ella al recordar el mensaje y la cita.

—Si quieres, claro.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Paige se despertó a las siete de la mañana, antes de que sonara la alarma. Había soñado con

Jay y se sentía algo rara. Desactivó la alarma para que no sonara y vio que tenía un correo. Lo abrió y sonrió al ver que era de Jay. Se preguntó si sería capaz de vivir sin sus palabras. Se apoyó en el cabecero de la cama y lo leyó.

Pensé mucho en ti durante tus largas vacaciones. Y sabes, también me he vuelto loco pensando en ello, porque no encontraba una razón para pensar tanto en ti.

¿Cómo puedes pensar que haya cambiado de opinión y no quiera acostarme contigo? Lo deseo desde el día que hablamos, o mejor, discutimos en el aparcamiento del supermercado. Mientras veía como te ibas cabreando por momentos, me preguntaba cómo sería follarte contigo.

Me pregunto si acudirás a la cita o la cancelarás en el último momento.

Espero que soluciones pronto eso inesperado que te ha sucedido, porque me gustaría salir a cenar contigo o a tomar una copa o a bailar o, simplemente, salir juntos. Si necesitas ayuda para resolverlo, dímelo.

Quiero que sepas que, la primera vez que te vi te encontré preciosa, a pesar de la ridícula camiseta del supermercado. Pero sólo pensé en ello un instante porque aún no sabía tu edad y me pareciste muy joven para permitirme pensar en ti. Pero cuando supe tu edad fue como si en mi mente se hubiera desbloqueado algo, y cuando te vi días después, te miré de forma distinta y no pude evitar desearte.

Eres elegante, sofisticada, sexy y atrevida, y todas esas cosas juntas son como una bomba de relojería a punto de estallar.

A veces, cuando te miro, y me refiero cuando te miro de arriba abajo, se me altera la respiración. Eres un bombón de mujer. De esas que los hombres pensamos que es mejor no acercarse a ellas, porque son peligrosas. El problema es que, todos tus insultos, rechazos y desafíos, han contribuido a que pierda un poco la razón, y te desee desesperadamente.

¿No crees que deberías hablarme de tu problema? Dices que, de saberlo, pensaría que es una estupidez. Además, hemos acordado que nuestra relación será sólo a través de correos y que nunca nos veremos. De manera que no veo el problema.

¿A que te refieres al decir que siempre que nos hemos visto has sentido interés por mí?

Tú también empleas el término "follar". ¿Es lo que te inspiro cuando me ves? Y me alegro de haber sido la causa de que esa mecha se haya prendido. Mañana la apagaremos.

Tengo que reconocer que te deseo demasiado, y eso me tiene algo preocupado, porque no he deseado a nadie tanto en mi vida.

Sabía que tenías mis vídeos bien guardados, pero no te preocupes, porque yo tengo cientos de fotos tuyas en mi ordenador. Además de un vídeo en el que hacías de modelo con los vestidos de tu madre y he de decir que son espectaculares.

Me gusta saber que tú no huyes y solventas tus problemas, porque no voy a conformarme con estar contigo sólo una vez, únicamente porque tú lo digas.

No importa con cuantas mujeres haya estado yo o con cuantos hombres hayas estado tú. Mañana sólo estaremos tú y yo.

Si te gusto, me gustaría saberlo. Yo te lo diría, si me sucediese.

Siento haberte dado la impresión de que no significas nada para mí. Estaba cabreado. Tus palabras siempre me han importado mucho.

¿Estabas aterrada por terminar conmigo?

No puedo evitar estar molesto. Y no estoy sólo molesto, estoy muy cabreado contigo. No es agradable saber que te avergüenzas de que te vean conmigo. Necesito una explicación, de lo contrario, mi actitud no cambiará. Lo siento.

*Intenté besarte, porque quería hacerlo, porque lo deseaba desde hacía semanas.
No entiendo por qué tienes que pasarlo mal tú sola. A mí no me importaría pasarlo mal contigo. Y más aún, sabiendo que es algo en lo que estoy implicado. Piénsalo, por favor.
Jay.*

Cuando Paige terminó de leer el correo le escribió un WhatsApp y se lo envió.
El sonido del mensaje sonó en el móvil de Jay dos minutos después de que sonara la alarma para levantarse.

*Buenos días.
Acabo de leer tu correo. Anoche me acosté a las tres de la mañana hablando y bebiendo con tu amigo.
Me he despertado hace un buen rato, porque soñaba contigo.
Ahora no puedo contestar a tu correo.
Me encuentro nerviosa desde que me he despertado y sé que tú eres la causa de mi intranquilidad. Pensar en lo de esta noche me está volviendo loca.
Tengo que trabajar durante unas horas y sé, positivamente, que no voy a poder concentrarme. Y en mi trabajo no puedo cometer errores.
Que pases un buen día.*

Jay sonrió y le contestó al mensaje. Y Paige lo leyó nada más recibirlo.

*Buenos días.
Siento crearte tantos problemas, aunque me gusta que sueñes conmigo.
Ya contestarás al correo cuando puedas. Esta noche estaré ocupado y no lo echaré de menos.
No tienes que preocuparte por lo de esta noche. Voy a ser yo quien te vuelva loca, así que, no pienses en ello y relájate.
No has dormido mucho, y me gustaría que esta noche no estuvieras cansada. Duerme una buena siesta.
¡Alejate de Parker! No es una buena influencia.
Sigo muy cabreado contigo
Que pases también un buen día.*

—Buenos días —dijo Paige entrando en la cocina y dándole un beso a Charlie que leía el periódico.

—Buenos días. Te has levantado temprano.

—Tengo que hacer algunas llamadas.

—¿Cómo llevas lo de la fiesta?

—Bien. Hoy iré a la ciudad a comprar algunas cosas para decorar el estudio. Si tu hijo no tiene nada que hacer, tal vez quiera acompañarme.

—Irá contigo. Aquí no tiene nada que hacer, y Jay tiene que trabajar.

Parker entró en la cocina a las diez de la mañana y encontró a su padre con el tostador desmontado.

—Buenos días, papá.

—Buenos días.

—¿Has desayunado?

—Sí, desayuné con Paige hace un par de horas.

—¿Cómo se ha levantado tan temprano? Anoche nos acostamos después de las tres.

—Tenía que trabajar. En ese armario hay bizcocho y galletas.

Parker se preparó un café con leche y llevó el bizcocho y las galletas a la mesa. Se sentó frente a su padre.

—¿Por qué intentas arreglar el tostador? Sabes que nunca consigues arreglar nada —dijo Parker riendo.

—Lo sé, pero así me entretengo.

—Este bizcocho está de muerte.

—Paige es una buena cocinera. Creo que a Jay le interesa Paige, ¿te lo ha dicho él?

—No ha tenido que decírmelo, he visto cómo la mira. ¿A Paige le gusta él?

—No lo sé.

—Anoche me contó su aventura de venir a vivir aquí y de vivir contigo.

—Pedirle que viniera a casa es la mejor decisión que he tomado en la vida. Creo que ya no podría volver a vivir solo.

—No entiendo por qué Jay no sale con ella, si está interesado.

—Empezaron con mal pie, aunque han salido un par de veces. Por cierto, Paige me ha dicho que va a ir a la ciudad y me ha preguntado si querrías ir con ella.

—Sí, la acompañaré, no tengo nada mejor que hacer. ¿Dónde está?

—En mi despacho, que ahora es el suyo.

Parker terminó de desayunar y fue al despacho. Llamó a la puerta.

—Pasa.

—Buenos días —dijo Parker al entrar—. ¿Te molesto?

—Por supuesto que no.

—¡Vaya! —dijo mirando las pantallas de las paredes y sentándose delante de la mesa.

—Sólo son unas pantallas —dijo ella sonriendo—. Parker, tengo que hacer una llamada. No hace falta que te vayas, siéntate, sólo serán unos minutos.

Paige llamó a un cliente y empezaron a hablar de número, de acciones y de millones, como si hablaran de tomates. Poco después colgó.

—Jay me dijo anoche a qué te dedicas. Tu trabajo es como un juego.

—Sí, y lo mejor es que juego con el dinero de los demás —dijo ella sonriendo.

—Mi padre me ha dicho que vas a ir a la ciudad, ¿quieres que te acompañe?

—Sí, me gustaría. Terminaré en veinte minutos.

—Voy a ducharme y vestirme.

A las once se marcharon. Paige le pidió que condujera él porque conocía la ciudad. Parker abrió el garaje.

—Vaya, menudo coche. Es fantástico.

—Gracias.

—Aunque te sería útil tener un todoterreno, aquí es necesario en invierno. Aunque puedes coger el de mi padre.

—Tampoco es que salga mucho, más bien nada. Y supongo que en invierno saldré menos.

Los dos subieron al coche y se marcharon.

—¿Por qué no sales?

—No conozco a mucha gente.

—No puedes conocer gente si no sales.

—Tienes razón. Supongo que Jay te ha dicho que voy a preparar una fiesta sorpresa para

Elizabeth. Quiero comprar unos farolillos para poner en el techo. Y algo para las paredes.

—Sí, algo me comentó. Me dijo que Elizabeth y tú os lleváis muy bien.

—Es cierto. Hemos pasado unas vacaciones fantásticas juntas. Y vinimos desde Nueva York por carretera.

—Elizabeth me contó vuestra hazaña con pelos y señales. Y me enseñó un millón de fotos y vídeos. Se ha encariñado contigo.

—Y yo con ella.

Sonó el teléfono de Parker y él pidió que contestara. Era Jay.

—Hola.

—Hola. ¿Por qué tienes el teléfono de Parker?

—Porque hemos pasado la noche juntos y está a mi lado durmiendo.

—¿Qué?

—Es broma. Está conduciendo y me ha pedido que contestara. Espera que ponga el manos libres.

—Hola, Jay. Qué chica tan graciosa, ¿eh? —dijo Parker.

—No sabes lo graciosa que es. ¿Dónde estáis?

—Llegando a la ciudad. Vamos a comprar unas cosas para la fiesta de tu hija. ¿Comes con nosotros luego?

—No creo que a Paige le guste la idea.

—Jay, no me importa que comas con nosotros —dijo ella maldiciendo para sus adentros.

—¿Quedamos en el restaurante de enfrente de la inmobiliaria sobre la una y media? Después de comer tengo que volver al trabajo.

—Vale.

—Si llegáis antes, tengo la mesa reservada.

Paige colgó. Parker la llevó a una tienda y compraron unos pósteres.

—Me han hablado de tus trabajos, en el supermercado y en el barco de Will —dijo Parker cuando volvieron al coche, mirándola y sonriendo.

—Vienes a pasar aquí unos días y sales un rato con tu amigo, al que no has visto desde hace meses, ¿y yo soy vuestro tema de conversación?

—En el pueblo no suceden cosas fuera de lo normal, y tú eres la novedad. —dijo él riendo.

—Me alegra que te diviertas a mi costa.

—También me dijo que pusiste a su exmujer en su sitio, y que se emocionó al oír la grabación.

—¿Qué grabación?

—No tengo ni idea.

—Perdona un momento —dijo ella sacando el móvil del bolso y llamando a Elizabeth.

—Hola, Paige.

—Hola. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿Decirte qué?

—Que habías grabado la conversación que mantuvimos con tu madre.

—Es que quería que mi padre supiera lo que hablábamos, por si no salía bien y tenía que enfrentarse a ella.

—¿No me podías haber dicho que pensabas grabarla?

—Es que se me ocurrió de momento.

—Dije algunas cosas sobre tu padre, pero iban dirigidas exclusivamente a tu madre.

—Lo sé, pero no pensé que dirías esas cosas de él. Aunque no me importaron.

—Pero le enviaste a tu padre la grabación, y no me gusta que haya oído lo que dije.
—Pero, ¿cuál es el problema?
—El problema es que tu padre no debería saber lo que yo pienso de él.
—Lo siento. Perdóname, por favor —dijo la chica avergonzada.
—No importa, cariño. Ahora ya está hecho. ¿Te importaría enviarme la grabación? Me gustaría recordar, al menos, qué es lo que dije, por si en algún momento lo menciona.
—Te la envío ahora.
—Vale. Y no te preocupes por habérsela enviado, no pasa nada.
—De acuerdo.
Segundos después se oyó el sonido del móvil y Paige comprobó que era la grabación.
—¿Te importa que la escuche? —preguntó Parker.
—Por supuesto que no. Pero te contaré primero lo que sucedió antes de reunirnos con la zorra de su ex.
—¿La zorra? —dijo él riendo.
Paige le contó todo lo que la madre de Elizabeth le había dicho a su hija sobre su padre.
—¡Será hija de puta!
—¿Ves cómo tenía razón al llamarla zorra? Ahora escucharás nuestra conversación, pero por favor, no te rías.
—No lo haré.
Cuando Parker oyó lo que le dijo a la exmujer de Jay soltó una carcajada.
—Menos mal que has dicho que no te ibas a reír.
—Lo siento. Déjame escuchar el resto.
Luego volvió a reír, cuando Paige le dijo a Elizabeth en la calle, lo que pensaba de Jay.
—Imagínate a Jay escuchando esto.
—Jay no me enseñó la grabación.
—Porque sentiría vergüenza de mí.
Parker la llevó a otra tienda y compraron lo que Paige necesitaba.
—Jay ha sido muy amable al dejarme el estudio de su madre.
—¡Por Dios! Vas a organizar la fiesta de su hija.

A la una y media entraron en el restaurante y se sentaron en la mesa que Jay tenía reservada. Pidieron dos whisky mientras esperaban. Jay llegó a los diez minutos.
—Hola —dijo Jay acariciando el Pelo a Paige a modo de saludo. A ella se le aceleró la respiración con el leve contacto.
—Hola —dijeron Parker y ella al mismo tiempo.
Un camarero se acercó a llevarle a Jay un whisky, y pidieron la comida.
—¿A qué hora tienes que volver al trabajo? —preguntó Parker.
—A las tres y media. He tenido que adelantar todas las citas de hoy para poder terminar antes. Tengo que ver a un cliente a las ocho. ¿Qué habéis hecho en la ciudad?
—Hemos comprado unos cuantas cosas para las paredes y unos farolillos para atenuar la luz —dijo Paige.
—Para que los chavales se metan mano sin que los vean —añadió Parker sonriendo.
—De eso nada. Ya me encargaré de leerles la cartilla tan pronto lleguen —dijo Paige.
—¿Has olvidado lo que hacías en las fiestas cuando tenías diecisiete años?
—No lo he olvidado, por eso les leeré la cartilla —dijo ella riendo—. Menos mal que hemos comprado las luces, porque esta tarde he quedado con el electricista para que las instale.
—¿Cómo te sentiste al trabajar en el supermercado? —preguntó Parker—. Porque no tiene

nada que ver con tu trabajo.

—Me sentí bien. En ese momento necesitaba distraerme. Allí conocí a casi todos los del pueblo, incluso a Jay.

Paige le contó cómo se habían conocido y que no se habían caído muy bien.

—¿Te has integrado con los del pueblo?

—Bueno..., me llevo bien con casi todos. El problema es que no tengo amigos y eso hace que a veces me plantee alguna duda. Salí un par de veces con mis compañeros del supermercado, pero no tenía muchas cosas en común con ellos. Y las chicas sólo hablaban de hombres, como si no hubiera otra cosa en el mundo. Y encima, Jay aparecía en la mayoría de las conversaciones. Según ellas, el mejor partido del pueblo, el más guapo, el más simpático, el más rico..., chorradas como esa. Parece ser que todas están locas por él. Y a mí se me encendía la sangre cada vez que lo nombraban, porque no veía en él nada de lo que ellas veían. Un día se me ocurrió decirles que por qué no se acercaban ellas a él y me decían: *si se enterase Julie acabaría con nosotras*. Tu novia tiene a las mujeres del pueblo acojonadas -dijo ella sonriendo.

—Julie no es mi novia.

—Puede que ella no lo sepa —dijo apartando la mirada de él—. Tuve una relación con un hombre hasta unos días antes de venir a vivir aquí. Vivimos juntos más de un año. Y cuando me vi sin él, me sentí rara. Fue como si hubiera estado encerrada y de repente, volviera a estar en circulación. Y ahora, creo que no sé cómo comportarme cuando tengo a un hombre delante. Se me da bien alejarlos de mí, pero no lo contrario. Tal vez piense que todos son unos cabrones, como mi ex.

—Los que hemos estado casados hemos pasado por eso, pero se supera.

—Lo último que me dijo un tío en la discoteca que fui con mis compañeros aquí fue: *Eres tan perfecta que das miedo* —dijo riendo—. No supe interpretar ese comentario, o piropo, si es que lo era. Pero te aseguro que esa frase me dejó traumatizada. Me preguntaba qué tenía yo de malo. De todas formas, sé que el problema no está en los hombres sino en mí. Creo que soy un poco exigente.

—Antes me has dicho que no sales, ¿qué haces para divertirte?

—Me quedo en casa con tu padre. Me gusta hablar con él. Salimos de vez en cuando a comer o a cenar. Y cuando siente mucha lástima por mí, organiza alguna excursión para que conozca los alrededores. A veces voy al periódico y hablo con unos y otros. O al banco y hablo con el director. Voy al puerto y hablo con los pescadores. A pasear al lago. Y últimamente paso mucho tiempo con Elizabeth.

—¿Eso es lo que haces para divertirte?

—Y salí a cenar un día con Jay y otro a tomar una copa —dijo sonriendo.

—No creo que te quedes aquí mucho tiempo.

—Yo también lo creo. Jay me ha dicho que me largue, pero no voy a marcharme porque lo diga él. A mí, lo que él diga, me importa un pimiento. Lo bueno de esta aventura es, que tengo una casa en Nueva York y puedo irme cuando quiera.

—Ahora estoy yo aquí y podemos salir. Hoy iremos a cenar tú y yo. Y luego te introduciré en la pecaminosa vida de la noche.

Jay la miró, esperando oír la excusa que ponía. Por un momento pensó que aceptaría salir con Parker.

—Eso me encantaría, pero tendrá que ser otro día. Esta noche tengo una cena de trabajo.

—El trabajo es el trabajo. ¿Qué planes tienes para mañana?

—Tú padre nos llevará a Elizabeth y a mí de excursión. A un lugar donde hay unas aguas

termales y podremos bañarnos.

—¿Por qué mi hija no me informa de nada?

—Tendrás que preguntárselo a ella.

—¿Salimos mañana por la noche? —preguntó Parker.

—Por mí sí.

—¿Jay?

—Ahora está preguntándose si a mi me importará que nos acompañe —dijo Paige sonriendo a Parker—. No me importa, Jay. No voy a ir sola contigo. Pero si has quedado con tu novia, no te preocupes por nosotros.

Jay la miró irritado por decir, nuevamente que Julie era su novia. Y además, por haberle dicho que no le importaba que los acompañara, porque no irían solos.

—No he quedado con nadie.

—Estupendo —dijo Parker.

—Si no tienes nada que hacer podrías ayudarme esta tarde en el estudio de Jay.

—¿A hacer qué?

—Podríamos colocar los pósteres en las paredes mientras el electricista instala las luces, y mover algunos muebles.

—No tengo nada que hacer, y será divertido.

—Voy al aseo —dijo Parker levantándose.

—Pareces enfadado conmigo —dijo Paige a Jay cuando se quedaron solos.

—Enfadado es poco.

—¿He hecho o dicho algo que te haya disgustado, más de lo que estabas?

—No me hace gracia que no quieras que te vean conmigo. Nadie me ha despreciado de esa forma. ¿Te avergüenzas de mí?

—¿Cómo puedes pensar eso?

—No encuentro otra explicación. Has dejado claro que puedes salir conmigo, siempre que no vayamos solos. Y ahora le pides a Parker que te ayude con lo de la fiesta, pero no a mí. Estoy decepcionado. Creo que realmente me odias. Y sabes, voy a joderte. A partir de ahora no te voy a evitar como te dije. Voy a intentar verte todo lo posible, a ver si te hartas de mí y te largas de una puta vez. Aquí no necesitamos gente como tú.

Paige se quedó en silencio. Estaba confundida porque las palabras de Jay la habían desconcertado. Jay la miró, tenía las lágrimas a punto de desbordarse.

—Tengo que marcharme —dijo Jay levantándose cuando Parker llegó.

—¿Qué os pasa? —preguntó Parker al ver que ella tenía los ojos brillantes.

—Nada, no tiene importancia —dijo Paige esforzándose por sonreír.

Los deseos que Jay sentía por Paige se esfumaron de repente. Cruzó la calle irritado.

Paige llevaba un vestido de gasa negro por encima de la rodilla y el corpiño sin tirantes. Lucía las esmeraldas que le regaló Jay. Subió al coche e introdujo en el GPS la dirección del hotel. Se sentía nerviosa y un par de veces pensó en dar la vuelta y volver a casa. Pero deseaba estar con él, no había nada que deseara más. Sabía que él estaba muy enfadado, y no podía olvidar las palabras que le había dicho en el restaurante. Se preguntó si acudiría a la cita. Detuvo el coche en la puerta del hotel y le dio las llaves al aparcacoches.

Al cerrarse las puertas del ascensor se dio cuenta de que estaba temblando. Cuando las puertas se abrieron se dirigió a la habitación. Al estar frente a ella volvió a dudar. No sabía si llamar o largarse. Se armó de valor y llamó a la puerta. Jay abrió.

—Hola. Eres puntual.

—Hola. Tú también.

—Pasa, por favor.

—Gracias. ¿Hace mucho que has llegado?

—Una media hora. Quería ducharme —dijo cerrando la puerta—. ¿Quieres una copa?

—Sí, por favor. Al menos estás siendo amable —dijo ella al notar la frialdad.

—No tengo porque ser maleducado —dijo él dirigiéndose al mueble bar—. ¿Estás nerviosa por mí?

—Puede —dijo abriendo la puerta de la terraza y saliendo al exterior.

Jay salió a la terraza para darle la copa.

—Gracias —dijo ella tomando un sorbo y mirándolo por encima del vaso.

—Será mejor que entremos, hace fresco.

Paige volvió a la suite y él cerró la puerta. Paige se quitó la chaqueta.

—Bien, ya estamos aquí. Puedes empezar cuando quieras —dijo él serio.

—¿Yo? ¿Tú no vas a hacer nada?

—Eras tú quien quería hacer algunas cosas conmigo. Yo he venido a pagar una deuda.

—Sigues enfadado conmigo. A mí no me gustó lo que me dijiste en la comida. Fuiste cruel conmigo.

—Eso me resulta familiar. Acabemos con esto.

—De acuerdo —dijo ella dejando el vaso sobre la mesa y acercándose a él—. Yo también estoy aquí para cobrar una deuda.

—¿Quieres que me desnude? —dijo mirándola. Su mirada era puro hielo.

—Si no te importa, prefiero hacerlo yo.

Paige se acercó a él y lo besó en los labios. Le pasó la lengua perfilándolos. El corazón de Paige se disparó por el contacto. Introdujo la lengua en la boca de él y sintió un escalofrío al no hacer él ningún movimiento. Paige le deslizó la chaqueta por los hombros lentamente, sin dejar de mirarlo a los ojos y se la quitó lanzándola sobre la cama. Empezó a desabrocharle la camisa de seda sin apartar la mirada de él ni él de ella. Estiró hacia arriba para sacar la camisa de dentro del pantalón, terminó de desabrocharla y se la sacó echándola sobre la cama. Paige le acarició los brazos, los hombros y los pectorales. Los músculos de Jay se iban tensando por donde ella los rozaba. Paige volvió a mirarlo. Él seguía con la mirada fija en ella y vio lágrimas en sus ojos. De pronto se sintió avergonzada.

—Ya he terminado. Tu deuda está saldada —dijo con un nudo en la garganta.

—No eres tan exigente como imaginaba —dijo él cogiendo la camisa para ponérsela.

Paige se puso la chaqueta, abrió la puerta de la terraza y salió. Necesitaba sentir el aire fresco en el rostro para que se disiparan las lágrimas que amenazaban por salir. Apoyó las manos en la barandilla y respiró hondo. Estaba más nerviosa que cuando llegó.

Jay se puso la chaqueta y se acercó a la puerta de la terraza.

—La habitación está pagada. Puedes quedarte a pasar la noche.

—Gracias —dijo ella volviéndose y dedicándole una tímida sonrisa.

Cuando Jay se marchó, Paige se derrumbó y rompió a llorar. En ese momento comprendió que todo había terminado entre ellos. Pensaba que él la deseaba, se lo había dicho en sus correos, pero habían sido palabras vacías. De pronto sintió la necesidad de marcharse de allí. Se retocó los ojos y los labios, cogió la llave de la suite y se marchó.

Salió del hotel y le preguntó al portero si había algún bar cerca para tomar una copa y el hombre le indicó uno que estaba a menos de cincuenta metros. Y empezó a caminar por la acera.

Cuando Jay bajaba en el ascensor pensó en volver a la habitación y disculparse con ella,

pero su orgullo se lo impidió. Y en vez de eso estaba aparcado frente al hotel esperando, no sabía qué.

De pronto la vio salir y caminar por la acera. La vio entrar en el bar, que él conocía bien porque era un local donde la gente iba a buscar plan. Por un momento pensó en ir y sacarla de allí, pero ¿qué derecho tenía a hacer algo así? Se maldijo por cómo se había comportado con ella, despreciándola.

Quince minutos después la vio salir, acompañada por un hombre que la rodeaba por los hombros. Su enfado se incrementaba a medida que se acercaban al hotel. Y al verlos entrar le pareció hasta gracioso. Paige iba a echar un polvo con un tío que acababa de conocer y él les había pagado el hotel. Y en vez de marcharse, siguió allí, esperando.

Paige salió media hora después, sola.

Cuando le llevaron el coche, Paige subió y se marchó. Y Jay arrancó y fue tras ella.

Cuando estuvo en la carretera que la llevaba al pueblo Paige pisó a fondo el acelerador ya que no había tráfico. Cuando entró en el pueblo vio que no eran ni las nueve y media y no quería encontrarse con Charlie o con Parker y que notasen que había llorado. Así que, como tenía las llaves del estudio de Jay se dirigió hacia allí.

Jay se sorprendió al ver que se dirigía a su estudio. Esperó en la puerta hasta que las luces del salón se apagaron y sólo permanecían encendidas las de la habitación. Y entonces se marchó a casa.

Paige cogió una botella de whisky y un vaso y fue al dormitorio. Cogió el móvil para contestar al correo de Jay. Lo escribió y lo envió, y luego se acostó.

Jay estaba en el salón, cabreado y preocupado a partes iguales. Al oír el sonido de móvil lo cogió y le extrañó que fuera de ella. Sin duda iba a terminar con él. Lo leyó.

Hola.

He decidido contestar a tu correo ahora. Aunque he de admitir que me siento muy desorientada y no sé realmente cómo comportarme.

No te preocupes por las razones que pueda tener para comportarme contigo de esta forma, no tiene que ver contigo. Es un problema personal y se solucionará con el tiempo. Así que, por favor, no te lo tomes a mal.

Tengo que decirte, aunque seguro que no te importa lo más mínimo, que lo del hotel me ha jodido, pero no tanto como las palabras que me has dedicado en el restaurante.

Parece ser que sí cambiaste de opinión y no has querido hacer el amor conmigo. Y te aseguro que, después de lo del hotel, me das miedo. Al menos, he podido darme cuenta de que tu deseo por mí no era cierto. Aunque, he de admitir, que eres bueno con las palabras, porque me lo había creído.

Ahora sé que en tus correos hablas por hablar, pero no me importa. Supongo que a todos nos gusta pensar que le interesamos a alguien, sin importar para qué.

He conseguido quitarte la chaqueta y la camisa y, tratándose de ti, que ahora sé que no eres un hombre fácil, tiene su mérito.

Tu presentimiento no iba desencaminado, porque desde que salí de casa hasta que llegué a la puerta de la habitación del hotel, pensé en darme la vuelta y salir corriendo. Y ahora me arrepiento de no haberlo hecho. A veces deberíamos hacer caso a la intuición. Pero es bueno recibir un palo de vez en cuando. Es parte de la vida y del aprendizaje.

Creo que no voy a volver a salir de casa. Únicamente saldré con Charlie, con Parker o con tu hija, porque me moriría de vergüenza si volviera a verte. Así que he decidido recluirme en casa y me centraré en el trabajo, que lo tengo bastante abandonado.

Puedes olvidar esas malas intenciones que tienes para conmigo, para que me sienta agobiada y abandone Alaska, porque no volverás a verme.

Me siento humillada, y tú serías la última persona a la que acudiese, en caso de necesitar ayuda. Ahora ya no quiero nada de ti.

Sí, he podido comprobar, de primera mano, la desesperación que tenías por estar conmigo. La verdad es que fue una situación chocante, incómoda por mi parte, pero al mismo tiempo graciosa. Sabes, no debí haberte sacado la chaqueta ni la camisa, eso aún me avergüenza más. Y lo que más me jode es que pensé llegar hasta el final, incluso con tu indiferencia. ¿Se puede caer más bajo? Pero de pronto, y como por arte de magia, me di cuenta de que mi deseo por ti se había esfumado y pensé que un hombre que se comportaba así con una mujer, no merecía la pena. Eso sí, tengo que reconocer que estás buenísimo.

Puede que en algún momento pensara en la posibilidad de hablar contigo sobre el problema que tengo. Ahora estoy segura de que jamás lo haré.

En tu último correo prometiste que nunca mencionarías nada de la noche que íbamos a hacer el amor. Por favor, cumple tu promesa, no quiero sentir más vergüenza.

Después de lo de hoy, me reafirmo en que eres un hombre peligroso, y tienes una sangre fría envidiable.

Ya he descubierto, y te doy la razón, de que no eres un hombre fácil. Pocos hombres se resisten a una mujer, cuando están besándolos y desnudándolos.

Nuestro encuentro ha tenido algo positivo para mí. Ya no siento esa atracción física que sentía por ti, se ha evaporado por arte de magia. Y te aseguro que es un alivio, porque no podía apartarte de mi mente.

En parte, agradezco tu comportamiento de esta noche, porque última mente estaba un poco trastornada y no podía concentrarme. Pero ahora, aunque me siento un poco decepcionada como mujer, por no ser capaz de excitar a un hombre, estoy relajada. Te aseguro que necesitaba desconectar mi cerebro de ti, para sentirme tranquila.

Dices que no te vas a conformar con hacer el amor una sola vez. Aunque no creo que quieras repetir conmigo, ¿verdad? Jajaja. A mí se me han quitado las ganas de estar con un hombre y pienso olvidarme de ellos por una larga temporada.

Ahora ya no estoy aterrada porque lo nuestro termine, así que, si quieres acabar, adelante. En parte me gustaría, porque me siento tan avergonzada, que no sé si podría volver a mirarte a la cara. Creo que este es un buen momento para plantearme marcharme de aquí.

Cuando corté contigo pensaba que moriría si no volvía a verte. Y ahora pienso, que si volviera a verte, me moriría. Un juego de palabras interesante, ¿eh?

Tengo que decirte que cuando he llegado al pueblo no quería ir a casa, porque sabía que Charlie y Parker me harían preguntas sobre por qué había llegado tan temprano y no quería volver a mentir. Estoy en tu estudio y pasaré aquí la noche. Y además, tengo que informarte de que, cuando me meta en la cama, me habré terminado la botella de whisky que tenías en la cocina. Necesito olvidar lo ocurrido. Necesito olvidarme de ti. Y necesito olvidar que haya llevado a un desconocido al hotel, que tú has pagado, para echar un polvo. Quería demostrarme a mí misma, que era capaz de llevarme a la cama a un hombre. Es la primera vez que he hecho algo así, pero no ha estado mal.

Mañana repondré la botella de whisky.

Estoy casi borracha y las cosas me parecen incluso graciosas, pero mañana, cuando me despierte con resaca y vuelva a recordar lo sucedido, me voy a morir.

Jay estaba intranquilo, porque sabía que ella no lo perdonaría. Estaba indeciso, no sabía si contestar al correo u olvidarlo. Le dolió que Paige tuviera que recurrir al alcohol para olvidarse de él y de lo que le había hecho. Contestó al correo y lo envió.

Capítulo 11

El móvil de Paige sonó a las siete y cuarto de la mañana. Al ver que era Jason contestó. De pronto se evaporaron todas sus inquietudes. Su amigo, la persona que había estado siempre a su lado para ayudarla a resolver sus problemas iba a venir a verla, y llegaría al día siguiente.

Cuando finalizó la llamada vio que tenía un correo y comprobó que era de Jay, pero no tenía tiempo de leerlo, ni ganas. Llamó a Elizabeth y le dijo que la recogería en casa en diez minutos.

Hizo sonar el claxon y Elizabeth bajó la escalera corriendo. Jay se asomó a la ventana y vio a Paige con el codo en la ventanilla y la cabeza apoyada en la mano.

—Vas muy elegante para ser tan temprano. Aunque se te ha corrido la máscara de pestañas — dijo la chica riendo cuando subió al coche.

—Anoche bebí demasiado y no estaba en condiciones de conducir. Me quedé en un hotel y no tenía nada para desmaquillarme. De hecho, ni siquiera me he lavado la cara.

La dos entraron en la casa y se dirigieron a la cocina. Parker estaba tomando un café y se acercaron a él para besarlo. Charlie entró.

—Por fin has llegado, estaba preocupado.

—Estoy bien, papá —dijo Paige besando al hombre.

—¿Qué le pasa a tu maquillaje? —preguntó Parker.

—Baja un poco el tono de voz, la cabeza me va a estallar.

—Tiene resaca —dijo Elizabeth.

Charlie salió de la casa para sacar el coche del garaje y dejar algunas cosas en él. Elizabeth recibió la llamada de una amiga y fue al salón para hablar con ella. Paige se sirvió un café y se tomó dos aspirinas con él. Luego se sentó con Parker.

—¿Por qué tienes resaca?

—Hice caso de tu consejo. Después de cenar con mi cliente reservé una habitación en un hotel y fui a tomar una copa a un bar. Elegí al tío que más me gustó y me lo llevé al hotel. Echamos un polvo y cuando terminó le dije que se largara.

—¿No cumplió?

—Según él, fue fantástico. Para mí, dejó mucho que desear. Y cuando se fue me bebí todo el alcohol que había en la habitación.

—Todos los hombres no son iguales.

—Lo sé.

Elizabeth entró en la cocina. Paige subió a cambiarse y poco después se reunieron con Charlie. Parker las acompañó.

—Parker, si quieres coger mi coche, en cualquier momento, las llaves están puestas.

—Gracias.

Cuando se marcharon Parker llamó a Jay y quedaron para ir a desayunar.

Parker subió al coche de Jay y se dirigieron al bar de Tom.

—¿Quieres que vayamos a ver a tu padre y a las chicas?

—Vale. Total, no tenemos nada que hacer.

Entraron en el bar y se sentaron en la barra.

—Hola, pareja.

—Hola, Tom —dijeron los dos al mismo tiempo.

—¿Vais a desayunar?

—Sí.

Mientras el hombre les preparaba el desayuno, Claire, la mujer de Tom salió de la cocina y se acercó a ellos.

—¡Vaya! Los hombres más guapos del pueblo, y solos.

—Claire, son las nueve de la mañana, no querrás que ya estemos acompañados —dijo Parker.

—Charlie, Paige y Elizabeth han desayunado aquí. Y tu chica acaba de irse.

—¿Mi chica?

—Julie. Ha dicho que, como sabía que estabas solo, iba a ir a tu casa.

—Pues la encontrará vacía. Y Julie no es mi chica.

—Tal vez deberías informarla a ella de eso.

—¿Puedes prepararnos algo para comer y un par de termos de café?

—Claro. Y sabes, Jay, Julie y tú no hacéis buena pareja. Sin embargo, con Paige..., esa es otra historia.

—¿Me estás buscando novia?

—No, de eso tienes que encargarte tú solito. Lo único que digo es que esa chica y tú hacéis muy buena pareja.

—A mí también me gusta más Paige —dijo Parker sonriendo.

—¡Madre mía! Ni se os ocurra poner la mira en la misma mujer.

—No te preocupes, eso no sucederá —dijo Jay.

—Ninguno de los dos estamos interesados en ella —añadió Parker.

—¿Estáis perdiendo facultades? ¿O estáis ciegos?

Los cuatro se rieron.

—Os prepararé la comida mientras desayunáis.

Dejaron las bolsas de la comida en el maletero y subieron al coche.

—Me temo que Julie se ha enterado por mí de que hoy no estaría tu hija en casa. Ayer salí a cenar y me la encontré, así que la invité.

—¿Te divertiste?

—Bueno... Julie es un poco cotilla, no sé cómo la soportas.

—Sólo la veo de vez en cuando.

—Cuando necesitas desahogarte.

—No lo hago sólo con ella, pero somos amigos y lo pasamos bien juntos.

—¿Te ha dicho que no traga a Paige?

—No solemos hablar de ella.

—La odia a muerte. Fuimos con el coche de Paige y le molestó. Creo que le tiene envidia. Y lo entiendo, porque es un bombón. ¿Te gusta Paige?

—No sabría decirte.

—Quiero saber si estás interesado en ella, porque si no lo estás, puede que a mí sí me interese. He visto cómo la miras.

—¿Y cómo la miro?

—Jay, no soy estúpido y te conozco bien. Esa chica te gusta, y mucho.

—No voy a negar que me gusta, pero te aseguro que no es recíproco.

—Y estás cabreado porque tú no le gustas.

—Claro que no. No sé lo que me pasa, pero cada vez meto la pata más hondo con ella.

—Eso es nuevo. Siempre se te han dado bien las mujeres.

—Ella no es como las demás. He de admitir que no lo estoy haciendo muy bien. Cuando me vea te darás cuenta de que su odio por mí se ha incrementado desde ayer. No me perdonará lo que le he hecho.

—Cuéntame lo que os pasa. Siempre hemos hablado de nuestras cosas.

—Ayer, en la comida, cuando te fuiste al baño le dije algo que no me perdonará. Y por la noche le hice algo que ninguna mujer perdonaría.

—¿Anoche? Paige cenó con un cliente. ¡Hostia! No había cliente, había quedado contigo. Tenía que haberlo sospechado.

—Será mejor que te hable de la relación que hay entre nosotros, de lo contrario, no entenderás nada.

Jay le contó todo lo que había ocurrido entre ellos desde que se conocieron.

—O sea que vuestra relación es prácticamente por Internet. Porque, aparte de la cena y la copa esa que tomasteis, y de unos cuantos besos, no habéis tenido más contacto.

—Eso es.

—¿Y qué piensas que puede haberle sucedido para que no quiera que la vean contigo?

—No tengo ni idea, pero eso me tiene muy cabreado. Y ayer en la comida le dije que se largase del pueblo de una puta vez y que no queríamos gente como ella.

—¿Y no te mandó a la mierda?

—Fue peor ver el odio en su mirada.

—Entonces, ¿lo de la cita de anoche sólo era para pagar una deuda? —dijo divertido.

—No tiene gracia.

—Sí la tiene. Jamás pensé que te vería colgado por una tía y desorientado.

—Has dado en el clavo, así es como me siento. Y anoche terminé de cagarla. Porque además de lo cabreado que estaba con ella, me enfadó que te pidiera a ti que la ayudaras con la fiesta y a mí, ni siquiera me lo mencionó.

—¿Estás celoso de mí?

—Sí..., no..., bueno, tal vez un poco. Es la fiesta de mi hija, joder. Podía habérmelo pedido.

—Jay, desde el primer día que conocí a Paige supe que te gustaba y para mí eso es sagrado. Y está organizando esa fiesta para tu hija, porque la quiere.

—Lo sé.

—Bien. Dime qué hiciste para terminarla de cagar.

Jay le contó lo que sucedió en la suite del hotel.

—Hostia, Jay, ese no eres tú. ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto gilipollas? Te comportaste como un cretino.

—No he terminado.

—¿Aún hay más?

Jay le contó cuando la vio salir del hotel y luego volver con un hombre.

—Esto ha sido lo mejor. Echó un polvo con un tío y tú les pagaste la habitación —dijo Parker riendo.

Luego le contó que la siguió hasta el pueblo y hasta su estudio. Y lo del correo que recibió.

—¿Te escribió? No pensé que sería de las que se rebajan ante un desprecio como el que le hiciste.

—Me dijo que se sentía avergonzada y que se moriría si me viese de nuevo.

—Creo que no deberíamos ir a verlas. Volvamos a casa.

—No puedo, necesito verla. No hablaré con ella, a no ser que me dirija la palabra.

—Jay, has perdido cualquier oportunidad que tuvieras con ella.

—Espero que te equivoques, porque si no consigo estar con ella, me moriré.

Parker se rio.

—En cuanto a ese problema que dices que tiene y que no quiere que os vean juntos, puede que sea algo serio. Lo que le pasa suena a amenaza.

—¿Por qué iba nadie a amenazarla? Paige es una buena persona y se desvive por ayudar a los demás.

Jay detuvo el coche detrás del de Charlie y bajaron. Caminaron hasta el hombre. Charlie estaba leyendo tranquilamente sentado sobre una manta y apoyado en un árbol. Se oía gritar y reír a las chicas en el agua, pero no las veían a causa de la vegetación.

—Hola, Charlie —dijo Jay.

—Hola, papá.

—Hola, chicos, ¿qué hacéis por aquí?

—No sabíamos qué hacer. Estábamos aburridos y hemos pensado venir a pasar el día con vosotros. Hemos traído comida —dijo Parker.

—Estupendo.

—Parece que las chicas se están divirtiendo —dijo Jay sentándose sobre la manta.

—Sí. Aunque cuando salgan estarán heladas. Mañana llega un amigo de Paige de Nueva York.

—Sí, Jason. Hablé con él ayer y me lo dijo. Le ofrecí mi casa, pero más tarde me llamó para decirme que se quedaría con vosotros.

—Sí. El cuarto de mi hija está disponible y me va a gustar tener la casa llena.

Paige y Elizabeth salieron del agua y fueron corriendo hacia donde estaba Charlie para coger las toallas.

—¡Papá! ¿Qué hacéis aquí? —dijo Elizabeth acercándose a su padre contenta.

—Hola —dijo Paige que se había quedado casi sin habla al verle.

—Estábamos aburridos y le he propuesto a Jay venir a comer con vosotros —dijo Parker.

Paige se dio la vuelta y empezó a secarse el pelo con una toalla.

—Secaos y vestios no os vayáis a enfriar. —dijo Charlie.

Las chicas fueron hacia los coches para cambiarse allí.

—Sé que no te ha gustado que viniera mi padre. Lo siento.

—No lo sientas —dijo Paige besándola en la mejilla—, además, no debería quejarme de tener para nosotras solas, a los dos hombres más atractivos del pueblo.

—¡Mierda! Se me ha olvidado la ropa interior —dijo Elizabeth.

—¡Joder! A mí también.

Las dos empezaron a reír de forma escandalosa. Se vistieron y volvieron con los hombres.

—¿Qué os pasa? —preguntó Charlie.

—A las dos se nos ha olvidado traer la ropa interior —dijo Elizabeth riendo.

—Es raro que yo olvide algo así. —dijo Paige

—Eso es lo que hace estar de resaca —añadió Parker.

—Supongo. Tú, al menos, llevas pantalón, pero a mí se me ha ocurrido ponerme esta ridícula minifalda y me siento desnuda. Dios, estoy congelada.

Jay se levantó y fue al coche a coger dos mantas y se las dio a ellas, que se envolvieron rápidamente. Las dos se sentaron sobre la manta que había en el suelo.

—Ven aquí conmigo, haré que entres en calor —dijo Jay a su hija.

La chica se sentó entre las piernas de su padre envuelta en la manta y él la rodeó con los brazos. Paige los miró y bajó la vista sujetando la manta fuertemente.

—Encenderé un fuego. Paige tiene los labios morados. —dijo Charlie.

—¿Quieres que te abrace para que entres en calor? —preguntó Parker a Paige sonriendo.

—Creo que nunca he deseado tanto algo —dijo ella devolviéndole la sonrisa.

—Tal vez debería tomar un café caliente —dijo Jay.

—Buena idea —dijo Parker dirigiéndose al coche—. Enseguida vuelvo para abrazarte.

Elizabeth, ¿quieres café?

—No, gracias.

—Paige, ¿quieres azúcar?

—Me da igual. Lo que quiero es que vengas rápido o me moriré de frío.

Parker le dio la taza y Paige la cogió con ambas manos para calentarlas. Él se sentó tras ella y la rodeó con los brazos.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

Parker le retiró el pelo mojado del cuello y colocó la cara junto a la de ella.

—No te pondrás enferma, ¿verdad? —le preguntó él.

—No. Pero sigue hablándome en el cuello, tu aliento caliente me reconforta.

Después de tomarse el café Paige se acurrucó en los brazos de Parker y él la abrazó fuertemente por encima de la manta. Paige cerró los ojos e imaginó que estaba en los brazos de Jay. De pronto recordó que no llevaba bragas y notó que su entrepierna se humedecía.

—Papa, supongo que no habrás olvidado que la semana que viene es mi cumpleaños.

—¿Cómo iba a olvidarlo? De hecho, he pensado que este año voy a ocuparme yo de prepararte una fiesta.

—¿Tú? Pero si no tienes tiempo.

—No tendría tiempo si fuera entre semana, pero lo celebraremos el sábado después de tu cumpleaños. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Qué piensas preparar?

—Todavía no lo sé, pero intentaré sorprenderte.

—Va a ser estupendo porque estarán aquí Parker y Jason. Los tres hombres más guapos del pueblo estarán en mi fiesta.

—Gracias por lo que me toca —dijo Parker—, Paige, ¿tú piensas lo mismo?

—Sin lugar a dudas.

—Mis amigas se van a morir de envidia. A menudo comentan lo guapos que son Parker y mi padre y lo buenos que están, y si añadimos a Jason...

—Es la primera vez que te oigo hablar en esos términos de los hombres —dijo Jay a su hija.

—Papá, voy a cumplir diecisiete años. Y Paige va a volver locos a los chicos. Os aseguro que muchos están enamorados de ella.

—No sabía que eras una rompecorazones —le dijo Parker a Paige abrazándola más fuerte y sonriendo.

—Qué interesante. Unos adolescentes con las hormonas revolucionadas —dijo Paige.

—Seguro que no vas a poder estar a solas en la fiesta —dijo Elizabeth.

—Les diré a Parker y a Jason que no se despeguen de mí. Los adolescentes son imprevisibles.

Jay la miró, reprochándole que no lo hubiera mencionado también a él. Ella le devolvió una fría mirada.

Mientras comían Paige se portó como siempre, hablando con todos, incluso con Jay, aunque no lo miró a los ojos ni una sola vez.

—¿Quieres que cenemos fuera antes de ir a la discoteca o prefieres que salgamos después de cenar? —preguntó Parker a Paige cuando entraron en la casa.

—No voy a salir con vosotros.

—¿Qué?

—Que esta noche no iré con vosotros. Estoy cansada. Voy a tomar un baño a ver si por fin entro en calor —dijo ella dirigiéndose a la escalera.

—¿Por qué no quieres venir? Y no vuelvas a decir que estás cansada, porque tienes tiempo de descansar.

Parker subió la escalera con ella. Paige entró en su habitación y él entró detrás de ella.

—¿Qué haces? —preguntó Paige sonriendo al ver que Parker se echaba sobre la cama.

—Jay tenía razón. Ha dicho que no vendrías con nosotros. Parece que te conoce bien.

—Jay no me conoce en absoluto.

—Te pones tensa cuando él está cerca. ¿Crees que no lo he notado? ¿Le tienes miedo?

—¿Miedo? ¿Por qué iba a tenerle miedo? Y no me pongo tensa.

—Si tú lo dices... Dame una razón para no salir con nosotros esta noche.

—Las cosas entre Jay y yo no van bien. Si vais los dos solos os divertiréis, ligaréis y pasaréis una buena noche.

—Que estés con nosotros no va a impedir que Jay y yo liguemos. Y la verdad es que hoy no me apetece estar con una mujer, quiero divertirme con dos amigos. Ven con nosotros, por favor.

—Vale. Y como has dicho que hoy no vas a ligar, estarás conmigo toda la noche.

—Tampoco te pases —dijo él sonriendo.

—O eso o no voy.

—De acuerdo. ¿Quieres que vayamos a cenar los tres?

—Si no te importa yo cenaré aquí. Id vosotros y me recogéis más tarde. Y si os lleváis a tu padre, me ahorraré cocinar.

—Vale.

—Llámame cuando estéis terminando de cenar y estaré vestida cuando volváis.

—Bien —dijo él levantándose y saliendo de la habitación.

Después de tomar un baño, Paige se sentó en la cama y cogió el portátil para leer el correo de Jay.

Entiendo perfectamente cómo te sientes y, he de admitir, que no esperaba recibir ningún correo más tuyo, pero me alegro de que me hayas contestado.

Sé que fui cruel contigo en el restaurante. Y lo del hotel..., mejor no mencionarlo.

Tu problema me está matando. Y más aún sabiendo que ver conmigo, de lo contrario, no tendrías problema de que nos vieses juntos. ¿Cómo pretendes que no me lo tome a mal, si te avergüenzas de que te vean conmigo?

Quiero que sepas que no he cambiado de opinión. Te deseo desesperadamente. Pero cuando llegaste al hotel, (que por cierto, estabas preciosa), estaba ofuscado y cabreado. Y al cabreo que ya tenía se unió al recordar que le pediste a Parker que te ayudara con lo de la fiesta. Pensé que me lo pedirías a mí. ¡Joder, Paige! Es mi hija. Y me hacía ilusión ayudarte.

Ya sé que nada de lo que pueda decirte va a hacer que olvides lo que te hice y te dije, pero te aseguro que estoy totalmente arrepentido. Necesito otra oportunidad.

Quiero que sepas que jamás te he mentado en mis correos o mensajes y mis deseos por ti no son infundados. No puedes imaginar lo que supuso para mí, no devolvarte el beso y no acariciarte. Necesito verte, hablar contigo, explicarte lo que sentí en aquel momento, y

por qué reaccioné de esa forma. Necesito que me des otra oportunidad para que estemos a solas. Me gustaría que olvidaras aquella noche, y aquella comida.

No tienes que recluirte en casa. No nos veremos hasta que tú me lo pidas. Así que puedes salir tranquila. No me gusta la idea de que estés encerrada por mi culpa.

Ahora sí puedo decirte que soy un hombre fácil y podrás tenerme cuando quieras.

Siento que haya desaparecido la atracción física que sentías por mí. La mía sigue intacta.

No quiero que me apartes de tu mente. Quiero que vuelvas a desearme. Quiero que nuestros correos vuelvan a ser como antes, divertidos y atrevidos. Quiero que olvidemos ese fatídico día en que lo jodí todo. Por favor, perdóname.

Para mí no fue una situación graciosa y chocante. Fue tensa y terrorífica. Jamás había hecho algo así a una mujer y me sentí fatal.

No puedes sentirte decepcionada como mujer, porque tú serías capaz de excitar a un muerto.

Prefiero que te sientas intranquila y desasosegada, si ello significa que sigo en tu mente.

Estás equivocada. Quiero hacer el amor contigo y nunca lo he deseado más. Y no digas que se te han quitado las ganas de estar con un hombre, únicamente porque un gilipollas haya sido frío y cruel contigo.

Paige no tienes por qué avergonzarte de esa noche, porque estuviste fantástica. Y aunque no lo notaste, sólo con acariciarme los brazos y el pecho, tuve una erección. Y no te avergüences si nos vemos porque el único que tiene que sentir vergüenza, soy yo.

Me habría gustado ir al estudio anoche, cuando estabas allí. Podríamos haber hablado, a solas. Por cierto, ya he repuesto la botella de whisky.

Paige, necesito hablar contigo.

Paige contestó al correo y lo envió. Luego se metió en la cama pensando qué sucedería esa noche cuando salieran juntos.

Jay estaba en su habitación cuando oyó la entrada del correo en su móvil. Cogió el portátil y se sentó en la cama para leerlo.

Es cierto que tú tienes algo que ver con lo que me sucede, pero no voy a compartirlo contigo. Y ya te dije que no me avergüenzo de ti, así que no me lo vuelvas a repetir.

Que digas que tu comportamiento en el hotel se debía a que estabas enfadado, no es un excusa válida para mí. De todas formas, ahora ya lo he asimilado. Y tengo claro que tú y yo, no volveremos a estar a solas, nunca.

Un poco tarde para que vengas con la historia de que me deseas, ¿no crees? No vuelvas a decirme algo así, porque hace que me sienta todavía peor.

Desde que te dije que pensaba organizar una fiesta para tu hija, no recuerdo que me hayas ofrecido tu ayuda en ningún momento.

No necesito darte ninguna oportunidad. Para mí estás muerto, en el sentido sexual.

Dices que eres el mismo. ¿El mismo de qué? Yo no te conozco lo suficiente para saber cómo eres así que, para mí, tu comportamiento de ayer fue el normal en ti.

En el hotel pude apreciar el odio en tus ojos. Eso fue lo que hizo que me detuviera.

¿Crees que alguna mujer te daría otra oportunidad después de lo de anoche? Y tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

¡¿Quieres que volvamos a estar solos?! Ja Ja Ja. Me gusta tu sentido del humor. No

olvidaré esa noche mientras viva.

Si hubieras sabido todo lo que sentí cuando salí de esa maldita habitación, te aseguro que no me pedirías otra oportunidad. Jay, sigue con tu vida y olvídate de que un día nos conocimos.

En tu correo dices que no volvería a verte, pero, por lo pronto, ya nos hemos visto hoy y parece ser que nos volveremos a ver esta noche. Te aseguro que no tenía intención de acompañaros, pero Parker me ha dicho que te tengo miedo y tengo que demostrarle que no es el caso. Espero no arrepentirme. Y ahora que llega Jason seguro que nos veremos en más ocasiones. Así que, me pondré la máscara y fingiré que tú y yo somos los mejores amigos del mundo.

Apuesto a que en algún momento has pensado que quería pescarte, cómo hizo tu mujer. ¿Es por eso que estás asustado?

Me pregunto si merece la pena seguir con nuestros correos.

Puede que seas un hombre que merezca la pena, pero para mí, ya no.

Puedo entender que estuvieras cabreado conmigo, todos nos hemos sentido así en algún momento. Pero yo jamás he pagado mi enfado con nadie, haciéndole daño. No te habría costado nada enviarme un mensaje anulando la cita, cualquier excusa habría servido.

Yo no tengo idea de cómo eres. Me dejé engañar por tu faceta de padre, y tengo que admitir, que me deslumbró. Pero sólo fue eso.

No te molestes en intentar averiguar nada de lo que me sucede. Es mejor que creas que no soy una mujer adecuada para ti, en ningún sentido. Olvídate de que existo.

No creo que nuestros correos vuelvan a ser como antes. Si quieres podemos terminar con ellos y volver a empezar desde cero, como dos perfectos desconocidos. O simplemente terminarlos y no empezar.

Lo cierto es que ahora me siento muy tranquila, y es porque ya no estás en mi mente.

Me alegro de que hayas repuesto la botella de whisky, así podrás ir a tomarte unas copas en el estudio de tu madre. Seguro que ella se sentiría orgullosa de tu comportamiento.

Jay se sintió muy mal después de leer el correo. Necesitaba hablar con ella y tenía que encontrar un momento para que estuvieran a solas.

Después de cenar llevaron a Elizabeth a casa de una amiga con quien se quedaría a dormir. Luego se dirigieron a casa de Charlie. Entraron los tres pensando que Paige no estaría arreglada, pero se sorprendieron al encontrarla esperando en el salón.

Paige miró a Jay y apartó la mirada rápidamente.

—Ya estoy lista. Cuando queráis nos vamos. Charlie, hoy tengo canguros para cuidar de mí, así que no hace falta que me esperes levantado —dijo Paige dándole un beso.

—Cuidad de ella, ¿eh? No dejéis que beba mucho. Y vigíladla, a ver si un desaprensivo se la va a llevar.

—¿Crees que con estos dos a mi lado se me va a acercar alguien? Van a pensar que son mis guardaespaldas. ¿Vosotros vais a beber? —les preguntó Paige antes de salir.

—Por supuesto —dijo Parker.

—Entonces yo no beberé y así podré traernos de vuelta —dijo Paige.

—De acuerdo. ¿Quieres conducir para acostumbrarte al coche? —dijo Jay.

—Vale.

Jay le dio las llaves y ella subió al volante. Ajustó el asiento a su medida mientras Parker subía en el asiento trasero y Jay en el del copiloto. Se abrocharon los cinturones.

Paige encendió el equipo de música y se pusieron en marcha. Jay y Parker estaban hablando, pero Jay no perdía de vista la carretera.

—Vas demasiado deprisa.

—No hay tráfico —dijo ella.

—Pero hay un límite de velocidad. Si nos para la policía nos multarán —dijo de nuevo Jay.

—No es mi coche, así que pagarás tú la multa.

—Paga quien conduce.

—Esas serán tus normas, pero no las mías.

Unos minutos después Jay la advirtió de nuevo.

—Ten cuidado con la siguiente curva, es bastante cerrada.

Paige miró por el retrovisor y al ver que no venía ningún coche detrás, apretó el embrague y el freno al mismo tiempo y paró en seco entrando en la cuneta. Bajó del coche y se dirigió a la puerta del copiloto y la abrió.

—Conduce tú.

—¿Por qué? —dijo Jay sorprendido.

—Parece ser que no te gusta cómo lo hago yo.

—Conduces muy bien.

—Baja del coche, por favor.

Parker se reía en el asiento de atrás. Jay bajó y Paige se sentó en el asiento del copiloto. Jay rodeó el coche por delante y se sentó al volante.

—No entiendo lo que te pasa.

—No necesito que nadie me diga cómo debo conducir, ni si viene una curva o si voy muy rápido. Odio que hagan eso. ¿Piensas que por ser mujer no puedo conducir tan bien como tú?

—Te he dicho que conduces bien.

—Una cosa es decirlo y otra pensarlo. Deberíamos haber venido con mi coche.

—Lo siento.

—Olvidalo. ¡Vamos! ¡Arranca de una puta vez!

Parker volvió a reír.

—¿Has estado en alguna discoteca de la ciudad? —preguntó Parker poco después.

—Estuve en una con mis compañeros del supermercado. Creo que se llamaba Spider. La música era horrorosa y sólo habían críos.

—Esta vez iremos a una que te va a gustar. ¿Te gusta bailar?

—Sí, mucho.

Entraron en la discoteca que estaba a tope. Parker iba delante, caminando entre la gente y Paige detrás de él. Jay la seguía de cerca.

Parker vio que una pareja se levantaba de uno de los sofás y se dirigió hacia allí.

—Hemos tenido suerte. Siéntate, Paige —dijo Parker.

—Iremos a por las bebidas. ¿Qué quieres tomar? —preguntó Jay.

—Una tónica con hielo y limón.

Ellos dos se dirigieron a la barra. Jay miró hacia ella mientras esperaban las bebidas y vio que dos hombres se sentaban a ambos lados de ella.

—Creo que vamos a pasar la noche apartando a los tíos de su lado —dijo Jay.

—La dejaremos que respire y que baile con quien quiera —dijo Parker mirándola.

Jay y Parker se pararon frente al sofá y miraron a los dos hombres.

—Os he dicho que estaba acompañada —le dijo Paige a los desconocidos sonriendo.

Los hombres los miraron y se levantaron para alejarse.

—¿Ligando? —preguntó Parker.

—Yo no, puede que ellos sí.

Dejaron las bebidas en la mesa que había frente a ellos y se sentaron.

—Supongo que podré bailar con alguien, ¿o sólo podré hacerlo con vosotros?

—Podemos bailar con quien queramos —dijo Parker—, pero mejor nos turnamos, de lo contrario, perderemos el sofá.

Una chica muy joven se acercó a ellos e invitó a Jay a bailar. Él aceptó y se levantó. La cogió de la mano y fueron hacia la pista. Paige vio cómo Jay la abrazaba. De pronto sintió unos celos incontrolables y apartó la mirada de ellos.

—¿Te gusta el sitio?

—Sí, y la música es buena.

—Parece que más de uno está embobado contigo —dijo Parker señalando con la cabeza a un grupo de hombres que no apartaban la mirada de ella.

—Creo que en esta discoteca es fácil ligar. A lo mejor encuentro a alguien para echar un polvo esta noche.

—De eso nada. Hemos venido juntos y nos marcharemos juntos. Puedes bailar y enrollarte con quien quieras, pero lo que hagas, tendrás que hacerlo en la discoteca.

—Parker, ya soy mayorcita.

—No te lo discuto. Pero hoy has venido con nosotros.

—Hace casi tres meses que no estoy con un tío.

—¿Por qué no has estado con nadie.

—No lo sé. Puede que no haya encontrado a nadie que me atraiga lo suficiente. Tal vez sea demasiado exigente.

—Pues después de tanto tiempo sin un hombre, tal vez no deberías ser tan exigente. Aunque anoche estuviste con uno.

—Ese no cuenta, fue un error. ¿Sales con alguien en Los Ángeles?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres salir conmigo?

—Yo no voy a salir con ningún tío. Los hombres no son de fiar. Pero, tú cumples todas mis exigencias. ¿Quieres acostarte conmigo?

—Si lo hiciera, mi padre me colgaría por los huevos. Lo primero que me dijo cuando llegué fue: *Ni se te ocurra acercarte a Paige.*

—Tampoco estoy tan mal.

—No me lo dijo por ti sino porque me conoce. Sabe que salgo con mujeres, pero que no me complico la vida con ninguna.

—Yo tampoco quiero complicarme la vida con un hombre. De todas formas, no creo que me acostara contigo, por ser hijo de Charlie.

Jay apareció y se sentó al lado de Paige.

—Vamos a bailar —dijo Parker cogiendo a Paige de la mano para que se levantara.

Bailaron dos temas lentos. La música cambió y Paige se quedó bailando con un chico en la pista. Parker y Jay estuvieron hablando por aquí y por allá con algunas chicas, pero turnándose para no perder el sofá. Llevaron a la mesa otra ronda de bebidas. Cuando Paige volvió agradeció la bebida porque estaba acalorada. Parker fue a la pista a bailar con una chica y Jay y ella se quedaron solos.

—Tenemos que hablar —le dijo Jay al oído para que lo oyera con la música.

—Olvidalo.

Una compañera de trabajo de Julie reconoció a Jay y le hizo varias fotos mientras le hablaba a Paige al oído.

Parker llegó acompañado de la chica con la que había bailado y se sentaron en el sofá. Jay se levantó y cogió a Paige de la mano.

—Vamos a bailar, quiero hablar contigo. Por favor.

Paige vio a Parker besarse con la chica y decidió ir a bailar en vez de quedarse allí. Al llegar a la pista Jay la estrechó entre sus brazos. Y todo el cuerpo de Paige se tensó.

—No quiero bailar contigo.

—Lo sé, pero tenemos que hablar —dijo él en su oído.

La amiga de Julie volvió a hacerle unas fotos. Estaban demasiado pegados.

Tenerlo tan cerca hizo que el corazón de Paige se disparara. Creía que todo había acabado entre ellos, pero su intranquilidad seguía con ella. Se sentía nerviosa y alterada y lo último que quería era que él se diera cuenta.

—Jay, no quiero hablar contigo.

—Lo entiendo, pero tengo muchas cosas que decirte y te ruego que me escuches. Aunque con este ruido...

—Este no es el momento, ni el lugar adecuado.

—Estoy de acuerdo. Es la primera vez que bailamos juntos. Me gusta bailar contigo.

—¿No crees que estamos demasiado cerca?

—Me gusta tenerte pegada a mí. Y también me gusta notar lo nerviosa que estás.

—No estoy nerviosa.

—Puedo sentir tu corazón en mi pecho. ¿Qué te parece si cuando volvamos al pueblo dejamos a Parker en casa y tú y yo vamos a algún sitio tranquilo? Sé que has dicho que no quieres hablar conmigo, pero puedo hablar yo y tú escucharme.

—Es que... No quiero que te enfades conmigo más de lo que ya estás, pero tengo que volver a decirte que no quiero que nos vean juntos en el pueblo.

—Buscaré un lugar adecuado —dijo cabreado por lo que acababa de decirle.

—¿Qué pensará Parker?

—¿Por qué ha de pensar nada?

Paige permaneció en silencio.

—Ahora sólo quiero bailar —dijo ella rodeándole el cuello con los brazos y acercándose más a él.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que habían bailado ocho temas seguidos sin despegarse el uno del otro, sin decir ni una palabra, sólo sintiéndose, como si estuvieran solos en la discoteca.

Parker estaba sentado en el sofá hablando con la chica. De vez en cuando los miraba sonriendo.

Cuando la música cambió se separaron un poco y se miraron a los ojos. Paige se apartó de él extrañada por su comportamiento. Había decidido no estar cerca de él y se sentía contrariada. Volvieron al sofá.

—¿Me dais dinero para ir a por algo de beber? —dijo Paige.

—Yo te traeré lo que quieras —dijo Jay.

—Gracias, pero iré yo. Es sólo que no llevo dinero.

Jay le dio veinte dólares y Paige caminó hacia la barra. Jay se sentó con su amigo y las dos chicas que ahora lo acompañaban.

Paige estaba en la esquina de la barra y se volvió a mirarlos. Estaban hablando y riendo con las dos chicas.

¡Santo Dios! Son tan atractivos los dos..., pensaba Paige mientras esperaba que le sirvieran la bebida.

Jay la miraba de vez en cuando. No le gustó cuando un hombre se acercó a ella. Vio a Paige hablarle mientras él anotaba algo en el móvil. Supuso que le estaba dando su teléfono. Luego vio al hombre escribir algo en una servilleta que Paige guardó en el bolsillo trasero del vaquero. Estuvieron hablando en la barra mientras bebían. De pronto Jay tuvo ganas de marcharse. Miró el reloj, era poco más de la una y media. Cuando Paige volvió le dio a Jay los veinte dólares y le dijo que la habían invitado.

—¿Nos marchamos? —preguntó Jay a Paige.

—Vale.

Se despidieron de las chicas, se pusieron las cazadoras y abandonaron el local.

—Ahora tendrás que conducir tú —dijo Jay dándole las llaves.

—No me importa, siempre que no te metas con mi forma de hacerlo.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Parker desde el asiento de atrás.

—Sí, muy bien. Parece que tenéis mucho éxito con las chicas.

—Mira quien habló. ¿Has ligado?

—Tengo el teléfono de un tío que no estaba nada mal.

—¿Le has dado tu teléfono?

—Se lo he dado, aunque he cambiado un número. No me gusta dar el teléfono a los desconocidos. Siempre que me lo piden cambio el último número por un cero.

—¿Por qué?

—Porque si me lo vuelve a preguntar, no me equivocaré y le diré el mismo número.

—Muy lista. Esa es una buena idea.

—¿A qué hora llega Jason mañana? —preguntó Jay.

—A la una del medio día. De todas formas comprobaré antes si lleva retraso.

—Llámame cuando sepas la hora y te recogeremos en casa.

—No hace falta que vayas tú.

—Elizabeth quiere ir y yo también.

—Yo también iré —añadió Parker.

—Vale, pues iremos todos.

Estaban entrando en el pueblo.

—Parker, vamos a dejarte en casa, Paige y yo tenemos que hablar.

—Vale.

—No llevo llave. Abre la puerta y dámela —dijo Paige.

Después de abrir, Parker volvió al coche y le dio la llave.

—Mañana os veo. Buenas noches.

Paige puso el coche en marcha.

—¿Dónde vamos?

—Al estudio. Meteremos el coche en el garaje. No te preocupes que a estas horas no habrá nadie en la calle. Seguro que esta noche no lo has pasado bien por estar yo.

—Lo he pasado bien, incluso estando tú.

Capítulo 12

—Nadie te ha visto conmigo —dijo él serio bajando del coche.

—Jay, no te enfades.

—¿Cómo no voy a enfadarme? No hacemos nada deshonroso, nunca hemos hecho nada impropio cuando hemos estado juntos. De hecho, nunca hemos hecho nada.

—Lo siento.

—Dejésmolo, porque parece ser que no vas a darme una explicación.

Entraron en la casa por la puerta interior del garaje. Jay encendió las luces del salón. Nada más entrar Jay se dispuso a encender la chimenea. Paige salió a la terraza. Poco después lo oyó acercarse y se volvió a mirarlo.

—Esta vista es espectacular.

—Estoy de acuerdo, es una vista fantástica —dijo él, que no miraba el paisaje sino a ella—. Deberías entrar, hace frío.

Paige volvió al salón y él cerró la puerta.

—Ponte cómoda. ¿Quieres una copa? Ya no tienes que conducir.

—Sí, por favor —dijo ella sonriendo.

Paige se sentó en el sofá. Lo veía por encima de la barra de desayuno que separaba el salón de la cocina. Jay tenía el pelo moreno y no del largo convencional del hombre de negocios. Las puntas le rozaban el cuello de la camisa. Paige sintió deseos de acercarse a él, cogerle del pelo y acercarlo a ella para besarlo.

Jay dejó los vasos sobre la mesita que había delante del sofá. Se quitó la cazadora y la dejó sobre el respaldo. Luego se sentó junto a ella.

—Me ha gustado bailar contigo. Me ha gustado mucho —dijo él mirándola.

—Tengo que ir al aseo.

—Adelante, ya sabes donde está.

Paige entró en el baño e hizo pis. Mientras se lavaba las manos se miró en el espejo. Estaba temblando, y no de frío precisamente. Tenía la respiración acelerada. Intentaba tranquilizarse sin conseguirlo. Respiró profundamente varias veces, expulsando el aire lentamente. Abrió la puerta y salió.

—Bien, ¿de qué quieres hablar?

—¿No vas a sentarte?

—Esta es una situación extraña. Estoy con un hombre al que odio con todo mi corazón y no sé qué estoy haciendo aquí.

—Siéntate, por favor. ¿Por qué me odias?

Ella lo miró con una sonrisa irónica. Se sentó en el sofá a su lado y bebió un trago de whisky para ver si se tranquilizaba.

—Jay, dí lo que tengas que decir para que me pueda ir a casa.

—Tengo que disculparme por lo que te dije en el restaurante, no pensaba lo que decía. Que te vayas de aquí es lo último que deseo.

—Hay que pensar antes de hablar. Me hicieron mucho daño tus palabras.

—Lo sé —dijo él pasándose las manos por el pelo— Estaba muy enfadado contigo. Pensé que te avergonzabas de mí. Bueno, sigo pensándolo.

—Jay, yo jamás podría avergonzarme de ti, todo lo contrario, te admiro. Pero tus palabras me

dolieron. Vi el desprecio en tus ojos y eso me hizo sentir muy mal.

Verlo allí, sentado a su lado, estaba haciendo que por la mente de Paige pasaran cosas extrañas. Sentía deseos de abalanzarse sobre él y saborear de nuevo sus labios. Se quitó la cazadora porque le estaban entrando unos calores de muerte. Jay miró su blusa transparente.

—Cuando abrí la puerta del hotel y te vi allí te encontré preciosa.

—Me hiciste sentir tan mal, tan despreciada, tan avergonzada...

—Escúchame, por favor —dijo girándose hacia ella y cogiéndole la mano—. Toda la culpa fue mía. Me porté como un ser despreciable. Necesito que me perdones. Te ruego que me perdones.

Jay le acarició el pelo. Al sentir sus caricias, Paige se alteró de tal forma que no pudo evitarlo y él lo notó. Se acercó a ella y la besó ligeramente en los labios. Eso fue el detonante. Se miraron fijamente y él volvió a besarla.

Todo el caos de energía y emociones que Paige había estado guardando en su interior se desbordó de repente. Llevó su mano hasta el pelo de él y lo sujetó bien fuerte mientras le devolvía el beso. De la boca de Jay salió un sonido tan erótico que hizo que a Paige se le tensara la parte interna de sus muslos. Asombrada por su propia reacción, se separó de él jadeando. Y Jay le pasó la lengua por el cuello haciendo que ella se estremeciera.

—Imaginemos que esta es nuestra cita y olvidemos la noche del hotel —le dijo él al oído mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Paige sentía la calidez del cuerpo de Jay y el aroma de su piel. Abrió la boca para decirle que se detuviera, pero él posó sus labios sobre los de ella callándola con un exquisito y húmedo beso. Él movía la lengua lentamente. Eso hizo que Paige deseara que le hiciera lo mismo entre las piernas. Levantó las manos hasta el pelo de él y lo acarició devolviéndole el beso de forma desesperada. Jay le devoró la boca mientras la estrechaba fuertemente entre sus brazos. Dejaron de besarse porque les faltaba el aire para respirar. Paige metió la mano debajo de su suéter para poder sentir su piel y la dureza de sus increíbles músculos.

—Vamos a la habitación —dijo levantándose y cogiéndola de la mano.

Ella le siguió.

—Quítate la ropa, ya —dijo Jay sacándose el suéter por la cabeza.

—Pensaba que te gustaba desnudar a las mujeres lentamente.

—Si quieres, luego te vistes de nuevo y te desnudo lentamente, pero en estos momentos te necesito demasiado y no puedo perder tiempo —dijo sentándose en la cama para quitarse los zapatos y los calcetines.

Paige soltó una carcajada.

Jay sacó un condón del bolsillo del pantalón y lo dejó en la mesita de noche. Luego se quitó el vaquero y el bóxer al mismo tiempo.

Paige se quedó inmóvil mirándolo, como si hubiera tenido un cortocircuito en su cerebro y no la dejara reaccionar. El cuerpo de Jay era perfecto. No había en él nada que le desagradara.

—¿Qué haces vestida todavía?

Jay se acercó a ella y le quitó la blusa y el sujetador sin que le diera tiempo a reaccionar. Luego le desabrochó el vaquero y se lo bajó junto con las bragas. La empujó con suavidad para que cayera sobre la cama y le quitó los botines y los calcetines. Le siguió el pantalón y se quedó completamente desnuda.

—¡Santo Dios! Tienes un cuerpo espectacular —dijo Jay mirándola con deseo.

Paige apenas había reaccionado cuando ya lo tenía encima. Empezó a acariciarla. El fuego corría por su piel, dejándola entumecida y anhelante, allí donde las manos o los labios de Jay la

rozaban.

La besó con desesperación. Le recorrió el cuello y el hombro y bajó su boca hasta los pechos. El paso de su lengua sobre los pezones hacía que a Paige se le tensara todo entre las piernas. Deslizó las manos para acariciarle los bíceps y luego subieron hasta su pelo, apretándole la cabeza hacia ella para que no se apartara. Jay la miró sonriendo y eso hizo que la excitación se incrementara. Volvió a besarla y se devoraron mutuamente. Paige estaba húmeda y deseaba tenerlo entre sus piernas. Pero Jay volvió a los pezones, chupando, lamiendo y mordiéndolos. Paige arqueó la espalda ardiendo de deseo. Él deslizó la boca hacia abajo, dando pequeños mordiscos debajo de los pechos, en las costillas, en el vientre, en las caderas... ¡Dios! La estaba volviendo loca de placer.

Jay iba diciéndole palabras obscenas en su recorrido que hacían que la excitación de Paige aumentara. Siguió bajando hasta su sexo y hundió la cabeza en él. El cuerpo de ella se agitaba frenéticamente y sus caderas empezaron a balancearse pidiendo más.

—Esto es lo que deseaba hacerte anoche en el hotel —dijo Jay levantando el rostro para mirarla.

—No pares, sigue, sigue.

Poco después Paige empezó a sentir las convulsiones del orgasmo y las piernas le empezaron a temblar. Se corrió pronunciando el nombre de él una y otra vez. Pero Jay no se detuvo, siguió martirizándola sobre su sexo y consiguió tenerla de nuevo excitada en unos segundos. Le introdujo un dedo en la vagina, metiéndolo y sacándolo. Luego introdujo dos, mientras su lengua se deslizaba por su cuerpo. Paige soltó un grito apagado anunciando su siguiente orgasmo. No podía más. Se sentía agotada y ardiendo. No podía mover las piernas y su cuerpo sentía las últimas convulsiones cuando Jay volvió a la carga.

—Jay para. No puedo más y me va a estallar la cabeza. No lo podré soportar.

Pero sus manos, que se aferraban a su pelo, cogiéndolo fuertemente y presionándolo hacia abajo, le decían lo contrario.

Jay seguía insistiendo con sus dedos y su boca y el cuerpo de Paige volvió a reaccionar rápidamente. Sentía su respiración agitada y le faltaba el aire para respirar. Su cuerpo se estremeció y poco después llegó un tercer orgasmo. Se cubrió el rostro con los brazos, pensando que la cabeza le iba a reventar mientras las lágrimas resbalaban por sus sienes sin poder detenerlas.

Jay cogió el condón, desgarró la envoltura con los dientes y se lo puso en su increíble erección.

—Ahora voy a hacer, lo que he deseado desde el día que hablamos en el aparcamiento del supermercado y que ha ido en aumento día tras día.

Se colocó sobre ella. Paige retiró los brazos de su rostro y vio el brillo en los iris azules de Jay, que estaban más oscuros y resplandecientes que nunca. Estaba descontrolado y eso la hizo sentir muy bien.

—Quiero follarte, fuerte —dijo hundiendo la polla de una sola estocada que hizo que ella gritase.

Paige jamás se había sentido tan poseída por un hombre. En ese instante era sólo suyo, y ella de él. Pensó que no podría resistir más, pero su cuerpo reaccionó de nuevo. Arqueó las caderas para acercarse más a él. Jay se movía de manera brutal. Ella se sujetó a sus bíceps, que estaban duros como piedras. Las acometidas eran tan salvajes, que Paige daba un grito ahogado con cada una de ellas. Su cuerpo se alteró de nuevo. Mientras él arremetía, sin tregua ni pausa y diciendo palabras ardientes que hacían que el deseo de ella se incrementara más y más.

Jay nunca había conocido a una mujer que pudiera hacerle temblar. Jamás había conocido a una mujer que pudiera hacerle sufrir de deseo. Pero así era como se sentía.

Paige lo cogió de la nuca y lo acercó para devorarle aquella boca que la volvía loca. Los dos respiraban con dificultad. Jay se apartó de su boca y se centró en meterle la polla hasta el fondo con unas embestidas infernales que hicieron que un tremendo orgasmo se desatara en Paige. Pronunció el nombre de él varias veces mientras se corría. Jay la sujetó fuertemente por las caderas y con un último y fiero empujón, se detuvo dentro de ella y se corrió.

Se echó sobre Paige y permanecieron en silencio durante largo tiempo. Paige notaba las pulsaciones de su corazón en todo su cuerpo. Lo rodeó con sus brazos y le habló al oído.

—Sabes, Jay. Te deseaba desesperadamente.

Él la miró sonriendo.

—Yo también. Esto es lo que debería haber pasado en el hotel.

—Sí. Aunque era yo quien tenía que hacer cosas contigo. Y no has dejado que me mueva.

—La próxima vez te haré trabajar. Estamos sudando, ¿nos duchamos? —dijo besándola dulcemente en los labios.

—No creo que pueda moverme.

Jay sacó el miembro de su interior, se quitó el condón y fue al baño. Abrió el grifo de la ducha para que saliera agua caliente y volvió a la habitación.

—Vamos a la ducha.

—Estoy muy cansada, incluso para ducharme.

—Una ducha caliente te relajará.

Entraron los dos en el plato de ducha.

—Me tiemblan las piernas —dijo ella sujetándose de los brazos de él.

—Lo siento.

—Yo no lo siento. Ha sido el sexo más increíble de mi vida. Y eso que no he hecho nada.

—A mí también me ha gustado muchísimo. Yo te lavaré.

Jay se puso gel de baño en las manos y empezó a acariciarla.

—Umm. Pagaría por esto.

Jay se acercó a ella y la besó. Ella le devolvió el beso, pero hizo una mueca de dolor.

—¿Qué ocurre?

—Me duelen los labios —dijo ella.

—A mí también.

—Me gusta que me duelan.

Jay se agachó para lavarle las piernas. Luego se levantó y pasó los dedos por el sexo de ella. Colocó la mano encima para abarcarlo todo.

—Me ha gustado mucho saborear tu coño.

—¿Qué romántico! —dijo ella sonriendo.

Jay se rio.

—Ahora te lavaré yo, si te parece bien.

—No hay nada que me apetezca más.

Paige se puso jabón en las manos y empezó a deslizarlas por los brazos de él.

—Me encantan tus brazos —dijo mirándolo con una tierna sonrisa.

—Me gusta que te gusten.

—Y tus abdominales..., me vuelven loca —dijo pasando las manos sobre ellos.

—Me gusta estar en forma.

—Y el vello de tus pectorales es muy sexy.

—¿Eso también te gusta?

—Ajá —dijo acariciándolo con las yemas de los dedos.

—Me ha gustado mucho bailar contigo. Aunque estabas muy alterada.

—Es lo que tú provocas en mi cuerpo. Lo intento, pero no consigo tranquilizarme cuando estás cerca.

—Pensaba que ya no me deseabas y que ya no te sentías intranquila al estar conmigo.

—Eso pensaba yo —dijo ella agachándose para lavarle las piernas—. Vuélvete de espaldas.

Él lo hizo y Paige le acarició los glúteos.

—Tienes un culo perfecto. Y me encanta tu espalda y tus hombros tan fuertes.

—Parece que te gustan muchas cosas de mí.

—Te dije que me gustaba el lote completo. Vuélvete, por favor.

Jay se dio la vuelta y se miraron a los ojos.

—Sabes, si no hubiera sido hoy, habría sido otro día, porque no habría podido soportar no probarte, por muy enfadada que estuviera.

—A mí me habría sucedido lo mismo. Me porté como un estúpido en aquel hotel.

—En eso te doy la razón, pero me lo estás compensando con crece —dijo ella acariciándole el miembro y los testículos.

Paige cogió la ducha y los enjuagó a los dos. Lo besó en los labios suavemente y fue repartiendo besos por su cuello, sus brazos, su pecho, su abdomen. Se arrodilló en el plato de la ducha y deslizó la lengua a lo largo de la polla que estaba dura como una piedra.

Paige saboreó su ardiente miembro y su excitación aumentó al notar el primer temblor de Jay, transmitiéndole su deseo urgente y desesperado. Jay le acariciaba el pelo y empujaba la cabeza de ella hacia su erección para hundirla más en su boca.

—¡Dios! ¿Qué me estás haciendo? —murmuraba Jay gimiendo.

—Hacerte perder el control —dijo mirándolo a los ojos con una descarada sonrisa.

—Pues lo estás consiguiendo. Me gusta follarte la boca.

Paige volvió a meterse la polla en la boca mientras le acariciaba los muslos arriba y abajo. Jay colocó las manos detrás de la cabeza de ella, acercándola a él al ritmo de sus suaves embestidas. Con un grito apagado pronunció el nombre de ella y se corrió en su boca. Retiró la polla y apoyó las manos en los azulejos. Miró hacia abajo y sonrió al verla sentada en el plato de ducha. Paige le tendió las manos para que la ayudara a levantarse. Cuando estaban el uno frente al otro se miraron.

—Ha sido fantástico —dijo él.

Paige le rodeó el cuello y lo besó, intercambiando los restos de esperma mientras sus lenguas se movían lentamente.

Jay pasó la mano por el sexo de ella y entonces puso una rodilla en el suelo y colocó una pierna de Paige sobre su hombro. Empezó a pasar la lengua por el clítoris mientras metía y sacaba dos dedos de su vagina. Paige empezó a gemir y a empujar las caderas hacia la boca de él. Su lengua implacable y sus dedos entrando y saliendo bruscamente, provocaron un orgasmo salvaje que apareció con un grito pronunciando ¡Jay!

Nada más correrse, él le bajó la pierna al suelo y se puso de pie. La elevó de las caderas.

—Rodéame con las piernas.

Ella lo hizo y Jay la penetró con una fuerte embestida que la hizo gritar de deseo. La folló fuerte, metiendo la polla hasta el fondo con cada impulso. Paige le rodeó el cuello y lo besó desesperada mientras él recogía en su boca todos sus gemidos.

—Dios, estás buena de cojones. Es una delicia follarte sin protección. No tengo más

preservativos aquí, tendré que sacarla antes de correrme.

—Si te sirve de consuelo, tomo la píldora y estoy limpia. Y yo no soy como tu mujer, no quiero casarme contigo. Pero si no confías en mí...

—Siempre he confiado en ti y yo también estoy limpio. Y me gusta sentirte sin nada entre medio.

Jay aumentó el ritmo de sus embestidas. Paige sintió la primera convulsión y él la apretó contra los azulejos de la pared.

—Córrete para mí —dijo Jay.

Al oír esas tres palabras y como si fuera una orden, Paige gritó el nombre de él y se lanzó a su boca. Jay la embistió una última vez y se detuvo vaciándose dentro de ella. Los gemidos de ambos se unieron en sus bocas. Permanecieron así unos instantes, completamente agotados. Jay sacó el miembro de su interior y la ayudó a bajar las piernas hasta el suelo.

Jay cogió la ducha y los enjuagó a ambos. Luego salieron y se envolvieron en las toallas. Volvieron al dormitorio. Junto a la cama él le quitó la toalla y la miró.

—Eres una preciosidad —dijo él tirando la toalla sobre la butaca.

—Lo mismo digo.

—Vamos a la cama, durmamos un poco —dijo besándola en la punta de la nariz.

Se metieron en la cama bajo el edredón. Paige recorrió suavemente sus manos por el cuerpo de él sin evitar mostrarle sus deseos, con caricias suficientemente atrevidas para dejarle sin aliento. Paige echó el edredón a los pies de la cama. Ahora sus caricias iban seguidas del roce de sus labios y su lengua, haciendo que él no pudiera aplacar sus deseos de poseerla de nuevo. No estaba dispuesta a que Jay tomara de nuevo las riendas. Antes de que él pudiera reaccionar, se tumbó sobre él para saborear su piel.

Se sentó a horcajadas sobre él, le agarró del pelo y posó su boca sobre la suya para poder saborearlo de nuevo. Luego se introdujo la polla y movió las caderas para que entrase hasta lo más hondo de su ser. Paige lo montó con brusquedad. Sabía que su tiempo era limitado y no volverían a estar juntos. Las lágrimas brotaron de sus ojos y resbalaban por sus mejillas mientras lo cabalgaba.

Jay jadeaba, mirándola algo confundido por sus lágrimas. Pero la excitación le hacía centrarse sólo en ella y en darle placer. Los dos lanzaron un grito apagado al correrse al unísono. Paige se derrumbó sobre él y Jay la rodeó con sus brazos. Permanecieron en esa posición, debilitados, satisfechos y exhaustos.

Sólo había sido pasión, deseo, se recordó Jay a sí mismo. Esa chica era apasionada, era pura seducción. No debía sentirse tan desconcertado por lo que había pasado entre ellos, pero se sentía así. No estaba preparado para la intensidad de lo que sentía por ella en esos momentos. Sí, Paige le gustaba, la había deseado durante mucho tiempo, pero lo que sentía en ese instante se le escapaba de las manos. Se preguntaba a sí mismo, ¿por qué su deseo se había multiplicado después de haber sido satisfecho?

Paige se incorporó.

—¿Estás bien?

—Sí, aunque un poco cansada.

—¿Sólo un poco?

—Bueno, bastante cansada. Voy al baño, ahora vuelvo.

Cuando volvió, Paige cogió el reloj de él que estaba en la mesita de noche.

—Son más de las cinco, tengo que marcharme. Charlie se levanta temprano y no quiero que me vea entrar.

—¿También te avergüenza que alguien sepa que has estado conmigo?

—¿Avergonzarme? Ha sido el mejor sexo de mi vida. Jamás había disfrutado tanto.

—Pues he de decirte que para mí, esta ha sido la mejor noche de mi vida.

—Me habría gustado hacer más cosas contigo. La verdad es que me habría gustado experimentar contigo todo lo que se puede hacer respecto al sexo. Así y todo, ha sido increíble. En estos momentos me siento feliz y completamente satisfecha. Pero...

—Sabía que habría un pero.

—Las cosas no han cambiado. Esto sólo ha sido el pago de una deuda que tenías pendiente conmigo, y me alegro de que hayamos tenido otra oportunidad para saldarla. Jay, todo sigue igual que antes de acostarnos. No puedo permitirme que me vean a solas contigo. Lo siento muchísimo. Pero, nunca, jamás, pienses que me avergüenzo de ti.

—¿Qué otra cosa puedo pensar?

—Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de mí. Y no tienes que preocuparte por mi problema, soy mayorcita para ocuparme de mis asuntos.

—Si crees que voy a conformarme con lo de hoy, estás muy equivocada. Podríamos vernos aquí o en un hotel.

—Eso es muy tentador, pero si lo hiciera, pensaría que estoy haciendo algo malo, escondiéndome. Y a mí no me va eso —dijo Paige cogiendo su ropa y dejándola sobre la cama. Se puso la ropa interior.

—Paige, no voy a rendirme.

—Pues lo siento por ti. Va a ser inevitable que nos veamos los próximos días, pero después de que Jason y Parker se marchen quiero que te alejes de mí, de lo contrario, me harás mucho daño —dijo subiéndose el pantalón.

Paige se sentó en la cama para ponerse los calcetines y los botines. Estaba reprimiendo las lágrimas y no quería mirarlo, pero él no apartaba la mirada de ella. Se levantó y se abrochó el vaquero. Luego se puso la blusa.

—Te llevaré a casa —dijo él haciendo mención de levantarse.

Paige colocó la mano sobre la de él. Jay notó que estaba temblando y cuando la miró vio lágrimas en sus ojos.

—No quiero que me lleves a casa.

—¿Por qué lloras?

—Porque me ha encantado follar contigo. Me gustas muchísimo.

—Si tanto te gusto, ¿por qué quieres que desaparezca de tu vida?

—Porque, en estos momentos, mi vida es complicada.

Paige se inclinó para besarlo en los labios. Luego se levantó de la cama.

—Ha sido excitante hacer el amor con usted, señor Hammond. Esta noche jamás la olvidaré.

Paige abrió la puerta de casa y la cerró despacio. Se quitó los botines para no hacer ruido y subió corriendo la escalera. Entró al baño para desmaquillarse y lavarse los dientes. Luego fue a su habitación y se echó sobre la cama llorando desconsolada. No podía dejar de pensar que no volvería a estar con Jay y eso la aterrorizaba. De pronto se incorporó y decidió ir a correr para despejarse. No quería que Charlie supiera que había llorado.

Paige entró en casa a las ocho de la mañana. No se sentía las piernas y se encontraba algo mareada. Parker y su padre estaban en la cocina. Al oír la puerta, Charlie fue al recibidor.

—Pensaba que estabas durmiendo.

—Me he despertado temprano y he salido a correr —dijo sacándose los auriculares.

De pronto sintió un mareo, se le nubló la vista y se desplomó en el suelo.

—¿Parker! —gritó Charlie asustado.

Parker fue corriendo al recibidor. Al ver a Paige en el suelo se acercó rápidamente.

—¿Qué le ha pasado?

—Se ha caído de repente. Cógela en brazos y llévala al sofá.

—Paige, Paige —dijo Parker dándole unas palmaditas en la cara después de dejarla en el sofá.

—¿Qué pasa? —dijo ella abriendo los ojos aturdida.

—Te has desmayado y has caído al suelo.

—Estoy muy cansada —dijo cerrando los ojos de nuevo.

—Llamaré al médico —dijo Charlie abandonando el salón.

Paige intentó incorporarse, pero si sintió mareada y volvió a apoyar la cabeza en el cojín.

—¿A qué hora has salido a correr? —preguntó Parker sentándose junto a ella.

—Sobre las seis.

—Has corrido dos horas, son las ocho. ¿Te has llevado agua?

—Olvidé cogerla.

—¿A qué hora volviste anoche?

—He venido poco antes de las seis.

—Si que teníais asuntos que tratar Jay y tú. Así que, cuando llegaste, en vez de acostarte te fuiste a correr.

Charlie entró en el salón con un vaso de agua y una bolsa con hielo. Parker la ayudó a incorporarse y le sostuvo el vaso para que bebiera. Luego le puso el hielo en el golpe de la cabeza.

—El médico vendrá enseguida. ¿Estás mejor? —preguntó el hombre preocupado.

—Sí, ha sido sólo un mareo. No tenías que haber llamado al médico, aunque me duele mucho la cabeza y el brazo.

—Los golpes en la cabeza pueden ser serios, mejor que James te eche un vistazo. Prepararé el desayuno. Después de comer te sentirás mejor —dijo Charlie.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué has corrido durante tanto tiempo, y sin dormir? —preguntó Parker cuando se quedaron solos.

—No ocurre nada. Necesitaba agotarme para no poder pensar en nada ni en nadie.

—¿Fue todo bien con Jay anoche?

—Sí. Tal vez demasiado bien.

—¿Por eso has corrido dos horas? ¿Para olvidarte de él?

—Parker, todo se arreglará.

Charlie los llamó desde la cocina para que fuesen a desayunar.

—¿Qué tal la cabeza? —preguntó Charlie sentándose a la mesa frente a ella.

—Creo que el brazo me duele más —dijo intentando quitarse la sudadera sin conseguirlo, por lo que Parker tuvo que ayudarla.

—¡Santo Dios! —dijo el hombre al verle el brazo completamente amoratado.

Parker untó dos tostadas con mantequilla y le dio una a ella. Charlie fue a abrir la puerta cuando llamaron.

—¿Que le pasa a la chica más guapa del pueblo? —dijo el médico entrando en la cocina y acercándose a Paige para besarla en la mejilla—. Hola, Parker.

—Hola, doctor.

—Hola, James. Charlie no tenía que haberte molestado un domingo, no es nada serio.

—Creo que te has golpeado la cabeza y, por cómo tienes el brazo, mejor que haya venido —

dijo colocando una silla frente a ella y sentándose.

—¿Quieres desayunar? —preguntó Paige.

—Gracias, ya he desayunado.

Sonó el teléfono y Charlie fue al salón a contestar allí. Era su hija.

—Charlie me ha dicho lo que ha ocurrido. ¿Qué te ha pasado para que te desmayaras?

—He corrido durante bastante tiempo esta mañana y no me he llevado agua.

—Nadie se desmaya por eso. ¿Qué cenaste anoche?

—No cené.

—¿Has dormido bien?

—Todavía no me he acostado.

—¿Has ido a correr sin ni siquiera acostarte?

—Sí.

—¿Hiciste algún esfuerzo físico anoche o esta mañana, antes de ir a correr?

—Sí.

—¿Qué clase de ejercicio?

—Estuve acompañada.

—¿Te refieres a que hiciste ejercicio con un hombre..., en la cama?

—Sí. Practicamos sexo durante... algunas horas.

—¿Y la has dejado ir a correr sin ni siquiera acostarse? —dijo el médico mirando a Parker.

—¡Un momento! No estuvo conmigo —dijo Parker sonriendo.

—James, no estuve con él.

—Esa ha sido la causa de tu desmayo. El estómago vacío; varios orgasmos, imagino; sin dormir; y luego la carrera, sin beber líquido. ¿Puedes decirme por qué coño has ido a correr sin dormir? —preguntó el médico, claramente enfadado

—Pues...

—Los jóvenes no pensáis. No te tenía por una mujer insensata. Por suerte no tienes el brazo roto, y el golpe de la cabeza no parece serio. De todas formas, si notas algo, mareos, dolor fuerte, vómitos, pérdida de visión, cualquier cosa, quiero que me llaméis.

—Lo haré —dijo Parker.

—¿Te encargarás tú de la medicación?

—Sí —dijo Parker de nuevo.

—No tiene herida en la cabeza, así que hielo será suficiente. Tienes que aplicarle esta pomada en todo el hematoma tres veces al día, durante cinco o seis días. Dale una de estas cápsulas cada seis u ocho horas, hasta que desaparezca la hinchazón del brazo. Es un antiinflamatorio.

—¿Puedo ducharme?

—Deberías, porque creo que lo necesitas —dijo el médico sonriendo—. Parker, después de ducharse, se va derecha a la cama, le pones la crema en el brazo, le das el antiinflamatorio y una pastilla de estas. Dormirá durante unas horas. Y esta noche le das otra para que descanse. Mañana que se quede en la cama. Y que no coma cosas pesadas.

—De acuerdo —dijo Parker.

—¿Qué tal está? —preguntó Charlie entrando en la cocina.

—Sobrevivirá. Adiós, preciosa.

—Adiós, James, y gracias por venir.

—Siempre es un placer verte.

—Cuando esté bien te llamaré para invitarte a un café.

—Mejor quedamos para cenar y le echas un vistazo al ordenador de mi casa.

—Bien, llevaré la cena.

Charlie acompañó al médico a la puerta.

—Conozco al médico de toda la vida y siempre le he llamado doctor y le he hablado de usted. Y tú lo conoces desde hace unas semanas y le tuteas y le llamas por su nombre. Estaba flirteando contigo. Creo que eres su objetivo. Sabes que es viudo, ¿no?

—¿No crees que es un poco mayor para mí?

—Parece que él no piensa lo mismo.

—A mí me gustan los hombres más jóvenes, cómo tú.

—¿Ahora vas a flirtear conmigo?

—Desde que me rechazaste en la discoteca estoy un poco mosqueada. Voy a ducharme.

—¿Podrás hacerlo con el brazo?

—¿Quieres ayudarme a ducharme? Cuando te pedí que te acostaras conmigo no aceptaste. No pensé que fueras de los que rechazan a una mujer.

—Sólo a ti.

—Vaya, hombre, gracias. Ahora me siento mejor —dijo Paige con sarcasmo—. Estoy pensando que puede que necesite ayuda para lavarme el pelo. ¿Me ayudarías con eso?

—Por supuesto. Vamos, te acompañaré arriba.

Parker subió la escalera a su lado por si se mareaba. La dejó en el baño y salió.

—Estaré en mi cuarto, llámame cuando me necesites.

—Vale.

Parker llamó a Jay.

—Hola, Parker.

—¿Qué hiciste anoche con Paige? —le dijo en tono brusco.

—¿De qué hablas?

—Cuando llegó a casa se puso la ropa de correr y se fue a la calle. Corrió durante dos horas y cuando ha vuelto a casa se ha desmayado y se ha desplomado en el suelo. A mi padre casi le da un infarto.

—¿Está bien?

—Tiene un aspecto deplorable y un golpe terrible en el brazo. Hemos llamado al médico porque se había golpeado la cabeza pero, después de reconocerla, ha dicho que está fuera de peligro. No va a poder ir al aeropuerto.

—Yo iré al aeropuerto. Voy para tu casa.

—No sé lo que pasó entre vosotros anoche pero, ¿crees que querrá verte?

—Me importa una mierda si quiere verme o no. Hasta ahora.

Paige salió de la ducha y se envolvió una toalla en el cuerpo. Luego llamó a Parker y él entró en el baño.

—¿Me inclino en la bañera y me lavas el pelo?

—Sí.

—¿Le has lavado el pelo alguna vez a una mujer?

—No, pero no creo que haya que estudiar para eso. Además, he ido a Harvard.

Paige lo miró sonriendo.

Después de lavarle el pelo y secárselo con la toalla, Paige se sentó en la banqueta y Parker se lo desenredó. Y luego se lo secó.

—Voy a echarte de menos cuando me marche.

—Yo también, eres un tío fantástico. Lástima que no me gustes.

—Muchas gracias.

—No quería decir eso. Me gustas. ¿A qué mujer no le gustarías?

—Pero no podrías enamorarte de mí porque tu corazón ya está ocupado.

—No te confundas porque Jay y yo nos hayamos acostado. Sólo estaba pagando una deuda que tenía pendiente conmigo.

—Ya me gustaría a mí tener deudas de ese tipo con alguien como tú. Bueno, ya está seco. Ahora vas a tu cuarto, te pones el pijama y te metes en la cama. Voy a bajar a por las medicinas.

—Vale. Gracias.

Parker entró poco después en el dormitorio de Paige y la encontró luchando con la camiseta de tirantes, porque no podía mover el brazo por el dolor. Él le metió con cuidado el brazo herido por el tirante y le bajó la camiseta.

—Gracias de nuevo. Ahora soy una inútil total.

—Una inútil con unos pechos preciosos.

—Vaya, gracias —dijo ella metiéndose en la cama.

Parker le extendió la crema por todo el hematoma y le dejó el brazo fuera de la cama.

—Sabes, estas cosas unen a las personas. Eres prácticamente un desconocido para mí y ya me has lavado el pelo y ahora me estás cuidando.

—En ese caso, me alegro de que estemos más unidos. He de admitir que el día que te conocí, pensé en unirnos de manera diferente. Deseé estar contigo.

—Eso me halaga. ¿Qué te hizo quitártelo de la cabeza? No me lo digas, tu padre.

—Toma la cápsula y la pastilla —dijo dándoselas y acercándole el vaso de agua—. Ahora te dormirás, aunque no quieras.

—Avísame un poco antes de ir al aeropuerto.

—Jay y Elizabeth recogerán a tu amigo. Tú te quedas aquí conmigo y duermes un rato. ¿Te importa que use tu ordenador?

—Claro que no.

Él cogió el portátil de encima de la cómoda y se echó en la cama a su lado.

—No hace falta que te quedes aquí conmigo.

—Me gusta estar contigo. Y mientras duermes, trabajaré un poco.

—Cuéntame algo de ti, ¿por qué te separaste?

—Discutíamos demasiado a menudo.

—¿Cuánto tiempo salisteis antes de casaros?

—Cuatro años.

—Qué pérdida de tiempo. Casi es mejor casarse con un hombre que te guste, sin esperar. Al fin y al cabo, el riesgo es el mismo y no se perdería tiempo.

—Sí. ¿Qué me dices de ti?

—Mi novio y yo vivimos juntos algo más de un año. Fue mi primera relación seria con un hombre. También perdí el tiempo. Lo cogí en mi apartamento tirándose a otra.

—¡Hostia! ¿Lo pasaste mal?

—Me jodió lo que hizo, pero la verdad es que no me afectó. Descubrí que no estaba enamorada. La pastilla empieza a hacer efecto, se me cierran los ojos.

—Duerme, te vendrá bien.

—No voy a volver a perder tiempo. Cuando conozca a un hombre que me guste, le pediré que se case conmigo —dijo adormilada y con los ojos cerrados.

—¿Estás enamorada de Jay?

—Lo nuestro no es posible, a no ser que él...

Paige no pudo terminar la frase porque se había quedado dormida. Jay entró en la habitación veinte minutos después.

—¡Hostia! ¡Joder! Menudo golpe tiene.

—Se ha quedado dormida hace unos minutos. El médico le ha dado algo para dormir.

Parker le contó lo sucedido y lo que Paige le había dicho al médico.

—¿Le dijo eso al médico?

—Sí —dijo Parker sonriendo—. Resumiendo. Tiene agotamiento físico y deshidratación. Parece que tuvisteis una noche salvaje.

—Más o menos.

—¿Sabes a qué se refería cuando me dijo que quería agotarse para no pensar en nada ni en nadie?

—Me temo que ese *nadie* soy yo.

—Lo suponía. Tengo que decirte que el doctor está muy interesado en ella. La ha invitado a cenar cuando se recupere.

—No hablarás en serio.

—Estuvo flirteando con ella desde que llegó hasta que se fue. Y Paige le daba pie.

—No creo que Paige esté interesada en él, tiene cincuenta años.

Elizabeth entró en la habitación. Después de unos minutos, padre e hija se marcharon al aeropuerto y de camino encargaron comida para todos en el restaurante de Tom.

Parker sabía que su amigo estaba enamorado de Paige, aunque no quisiera reconocerlo. Puede que ni siquiera lo supiese. Hacían una buena pareja y tenía el presentimiento de que ella también estaba interesada en él.

Charlie abrió la puerta y Jay le presentó a Jason. Paige le había hablado tanto de él que era como si ya lo conociera. Al oírlos Parker bajó a presentarse. Subieron a ver a Paige, pero seguía dormida y aprovecharon para comer.

Después de comer, Charlie salió a reunirse con unos amigos y Elizabeth se quedó dormida en el sofá. Parker llevó a Jason a su habitación para que deshiciera el equipaje. Y Jay fue al cuarto de Paige y se tumbó junto a ella.

—Pareces la bella durmiente de Disney. Me pregunto si te despertarás si te beso —dijo acercándose a ella y besándola en los labios, pero no se despertó—. Puede que yo no sea el príncipe adecuado.

Cuando Paige abrió los ojos a media tarde sonrió al ver a Jay, Jason y Parker en la cama.

—Ha merecido la pena lo que me ha pasado por tener en mi cama a tres especímenes como vosotros.

—Hola, cariño. Por tu comentario deduzco que no estás muy grave —dijo Jason.

Ella le tendió la mano para que la ayudara a sentarse y poder abrazarlo.

—Me alegro de que estés aquí. Te he echado de menos.

—Y yo a ti, ¿por qué crees que he venido a Alaska? —dijo él abrazándola fuerte.

—Siento estar así.

—Veo que no te puedo dejar sola.

—¿Habéis comido?

—Sí. Jay ha comprado comida en un restaurante y hemos comido todos juntos. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Voy a por tu comida —dijo Parker saliendo de la habitación.

—Me alegro tanto de que estés aquí —dijo llorando.

—Eh, eh, nada de lágrimas.

—Ha tenido que pasarme esto ahora, tengo tantas cosas que hacer...

—¿Qué cosas?

—El jueves es el cumpleaños de Elizabeth y tengo cosas que organizar.

—Jay no va a trabajar esta semana y te ayudaremos los tres.

Paige miró a Jay y él le guiñó un ojo sonriendo.

Los tres se quedaron con ella mientras comía, hablando y riendo.

—Parece que tenías hambre —dijo Jason al ver que se lo había comido todo. Cogió la bandeja para llevarla a la cocina.

—Voy a subirme más agua para que te tomes el antiinflamatorio. Jay, te importa ponerle la crema esa sobre todo el hematoma —dijo Parker señalando el tubo de la mesita de noche y saliendo del cuarto con Jason.

—Claro.

Jay se sentó en la cama junto a ella y la besó, y ella le devolvió el beso.

—Tus labios aún siguen un poco hinchados. Me gusta ser el culpable —dijo Jay abriendo el tubo de crema. Empezó a extenderla suavemente por su brazo—. Tengo que volver a estar contigo. Sé que dijiste que no volvería a suceder, pero yo no soy de los que se rinden fácilmente. Puedo llegar a ser muy insistente. ¿No quieres volver a estar conmigo?

—Yo no he dicho que no quiera, he dicho que no lo haré.

—Encontraré la manera de que cambies de opinión.

—No lo conseguirás. Jay, ¿por qué no me olvidas?

—Eres demasiado buena en la cama. Nunca he disfrutado con nadie como contigo. ¿Qué hay entre tú y el doctor?

—¿Qué?

—¿Estás interesada en él?

—Es un poco mayor para mí, ¿no crees?

—¿Estás interesada en él?

—Eso ya lo has preguntado. Además, ¿a ti qué coño te importa? Entre tú y yo no hay nada. Que nos hayamos acostado una vez, no te da derecho a entrometerte en mi vida. No creo que tengas exclusividad con las mujeres con las que sales. De ser así, sería muy egoísta por tu parte.

Elizabeth entró en la habitación seguida de Jason y Parker. Poco después Jay acercó a su hija a casa a recoger unas cosas porque había decidido que se quedaría a dormir con Paige. Y Jason, Parker y Jay decidieron salir a cenar esa noche y enseñarle a Jason la ciudad.

Jay llegó a la casa a las ocho y diez. Elizabeth había preparado el desayuno y Charlie y ella habían desayunado con Paige en su cama. Jay subió a verla.

—¿Lo pasasteis bien anoche? —le preguntó Paige.

—No estuvo mal. Fuimos a cenar y luego a tomar una copa y terminamos en la discoteca que te llevamos —dijo Jay mientras le extendía la crema por el brazo—. En la discoteca estuve pensando en ti. Me gustaría volver a bailar contigo.

—¿Nunca te rindes?

—Ya te dije que no. ¿No le habrás dicho a Elizabeth que no voy a trabajar estos días?

—Acordamos que nadie se lo diría. Si se enterara no se despegaría de nosotros y sería complicado preparar la fiesta. Yo también le he dicho que esta semana voy a tener mucho trabajo.

—Perfecto. La llevaremos con nosotros sólo cuando vayamos todos a comer o cenar, porque querrá pasar tiempo con Parker y Jason. Anoche te eché de menos en mi cama.

—Yo no puedo decir lo mismo, me quedé frita poco después de que Elizabeth me diera la

pastilla. Además, la relación sexual contigo ha terminado. No voy a pensar más en ti.

—¿Lo que hubo entre nosotros no significó nada para ti?

—Jay, sólo fue sexo.

Elizabeth entró en la habitación, se despidió de Paige y le dijo a su padre que lo esperaba bajo.

—Voy a llevarla a la ciudad y en cuarenta minutos estaré aquí.

Jay se acercó a ella y la besó. Insistió, sin apartarse de sus labios hasta que ella le devolvió el beso.

—Parece ser que me vas a poner las cosas difíciles —dijo cuando Jay se apartó.

—No me rendiré —dijo besándola en los labios.

A las nueve de la mañana Charlie entró en el dormitorio de Paige con un ramo de rosas blancas de tallo alto en un jarrón de cristal.

—¿Quién me envía flores? Nadie de fuera de casa sabe lo ocurrido.

—Parece que sólo uno de nosotros ha pensado en ese detalle —dijo el hombre dejando el jarrón sobre la cómoda y entregándole un sobre.

Ella lo abrió y leyó la tarjeta.

Espero tu pronta recuperación para volver a estar contigo.

Jay

—Son de Jay.

—Lo imaginaba —dijo Charlie saliendo de la habitación.

Este hombre no va a rendirse. Pero, ¿quiero que se rinda?, pensó Paige.

Unos minutos después Charlie entró con otro ramo de flores, esta vez, calas blancas.

—Pero bueno... —dijo ella sonriendo—. ¿No serán tuyas?

—Debí haber pensado en ello ayer, pero no lo hice, así que no, no son mías.

Paige abrió el sobre y leyó la nota.

Pasaré a verte hoy a media mañana. He pensado en lo de la cena que tenemos pendiente y he decidido que mejor salimos a cenar fuera. James.

—Esto no lo esperaba. Son del médico —dijo ella algo preocupada, pensando en lo que le dijo Parker el día anterior. Y en la pregunta que le había hecho Jay al respecto.

—Ha sido un detalle —dijo el hombre saliendo del dormitorio y preguntándose por qué James le había enviado flores.

—Hola —dijo Jay entrando en la habitación y mirando los ramos de flores.

—Hola. Gracias por las flores, son preciosas. Aunque no tenías que haberte molestado.

—No ha sido molestia. Y veo que no he sido el único que ha pensado en ti. ¿Puedo preguntarte de quién son?

—Del médico. Ha sido muy amable de su parte.

—No creo que tenga ese detalle con todos sus pacientes.

—A lo mejor sí.

—Puede que le gustes y piense que estás dándole pie porque a ti también te interesa.

—Yo no estoy dándole pie para nada. Mírate a ti, quiero que me dejes en paz y no dejas de insistir. Debo tener algo que atrae a los hombres, o que soy buena en la cama.

—Cierto, por eso voy a seguir insistiendo. Además, sé que te gusta estar conmigo.

—Nunca he dicho lo contrario. ¿Qué haces aquí? ¿No tienes nada menor que hacer?
—Podría ir a casa a dormir. Con lo de nuestra sesión de sexo de anteanoche y la salida de ayer con tu amigo, tengo bastante sueño atrasado. Me echaré a tu lado y descansaré.
Jay se quitó los zapatos y se echó en la cama a su lado.
—¿Crees que a Charlie le importaría que me metiera en la cama contigo?
—Te diría que sí, pero le caes bien y tengo la impresión de que quiere emparejarnos. Siempre me dice que sea amable contigo y que no te haga enfadar.
—¿Crees que hay alguna posibilidad de que Charlie consiga emparejarnos?
—Por supuesto que no.
Charlie entró en el dormitorio.
—¿Necesitas algo?
—Levantarme. No lo hago ahora porque va a venir James, pero me levantaré tan pronto se marche.
—¿Por qué va a venir? Yo no lo he llamado—dijo Charlie.
—Querrá asegurarse de que estoy bien.
—Ya me parecen muchos detalles de su parte —dijo el hombre mirando las flores y abandonando la habitación.

Parker y Jason entraron en el dormitorio.
—Buenos días —dijo Jason—, ¿cómo estás hoy?
—Bien.
—¿Quién te ha enviado las flores? —preguntó Parker.
—Jay y el médico.
—Jay, nos has hecho quedar mal.
—No era mi intención. Lo siento.
—¿Por qué te ha enviado flores el médico?
—¡Qué se yo! Cuando lo veas se lo preguntas. ¿Por qué no os largáis y me dejáis en paz? Me gustaría levantarme y arreglarme un poco.
—¿Para qué quieres arreglarte? No vas a ir a ningún sitio —dijo Parker.
—El médico vendrá a verla esta mañana —dijo Jay.
—Ahhhhh. Bajaremos a desayunar para que puedas arreglarte.
Después de desayunar, Parker y Jason entraron en los baños a ducharse. Jay fue a la habitación de Paige y volvió a echarse a su lado. Ella se volvió para mirarlo y sonrió.
—Le estás tomando gusto a estar aquí.
—Me gusta estar contigo —dijo Jay entrelazando los dedos con los de ella, lo que provocó que el pulso de Paige se acelerara—. Te has maquillado, y te has puesto perfume. No me lo puedo creer. ¿Eso es porque el médico va a venir a verte?
—Qué tonterías dices.
—Menos mal que estamos dentro de la casa y no puede vernos nadie juntos.
—Sí —dijo ella mirándolo con una ligera sonrisa.
—Tenemos que encontrar la forma de estar juntos sin que nos vean.
—Olvidalo, no volveré a estar contigo.
—No pienso olvidarlo.
—Pues peor para ti. Yo ya lo he olvidado.
—¿En serio? ¿Crees que no me doy cuenta de cómo reacciona tu cuerpo cuando me ves? Me deasas tanto como yo a ti.
Parker entró en la habitación. Y poco después lo hizo Jason. Estaban los cuatro en la cama

sentados o echados cuando Charlie apareció en la puerta seguido del doctor.

—Vaya, no se puede decir que estés sola —dijo el médico acercándose a ella y besándola en la mejilla.

Todos se saludaron y Paige le presentó a Jason, el único a quien no conocía. Este le dejó el sitio para que el médico se sentara junto a ella.

—Estás muy guapa. ¿Cómo te encuentras?

Sus amigos se miraron entre ellos sonriendo. Ella los miró con los ojos entrecerrados.

—Supongo que mejor. Gracias por las flores, son preciosas.

—No hay de qué —dijo mientras le examinaba los ojos y el golpe de la cabeza—. ¿Te estás tomando los antiinflamatorios?

—Sí, y me están poniendo la crema en el brazo —dijo ella mientras el hombre le doblaba el brazo varias veces y lo palpaba. Según Jay, más de la cuenta.

—¿Tienes dolor al doblarlo?

—No, una simple molestia.

—Ya está bajando la hinchazón. En un par de días estarás bien, aunque el hematoma tardará en desaparecer. ¿Duermes bien?

—No he hecho otra cosa desde ayer más que dormir. Puedes llevarte esas pastillas porque no voy a tomar más.

—Vale, pero sigue con el antiinflamatorio y la crema. Quiero que te recuperes pronto, porque tenemos una cita pendiente.

—James, no es una cita sino una cena.

—¿Te duele mucho el golpe de la cabeza? —preguntó el médico, ignorando sus palabras.

—Ayer me dolía más.

—Quiero que te quedes en la cama el resto del día. Si estuvieras sola me quedaría un rato contigo...

—¿Sola? —dijo ella interrumpiéndolo y sonriendo—Estos tres no me dejan sola ni un instante.

—Jay, pensaba que tenías mucho trabajo.

—Y lo tengo, pero me he tomado unos días libres para estar con Paige.

Jay le había dejado claro que estaba interesado en ella, pero el médico no se dio por aludido.

—Bueno, me marchó que tengo que ver a otros pacientes. Llámame cuando estés bien y quedaremos —dijo acariciándole el pelo y la cara.

—Dios mío, el médico está colado por ella —dijo Parker cuando Charlie y el doctor se marcharon.

—No conozco a ese hombre, pero te doy la razón, no lo puede disimular —dijo Jason.

—No digáis eso, el hombre es amable, nada más —añadió Paige.

—¡Venga ya! Si hubieseis estado ayer cuando vino a verla... Estuvo flirteando con ella desde que llegó hasta que se marchó.

—No digas tonterías, Parker.

—Aunque la culpa es de Paige, porque le da pie. Y ahora le envía flores.

—Yo no le doy pie.

—Y no olvidemos la cita que tienen pendiente —dijo esta vez Jason.

—Oye, ¿pero tú de qué lado estás?

—Siempre del tuyo. Pero está bien claro que a ese hombre le gustas, y mucho.

—¿Y que hay de malo que le guste a un hombre?

—Nada, pero es algo mayor y tiene dos hijos, uno de tu edad, por cierto —dijo Parker.

—Ni que fuera a casarme con él. Debería levantarme, he quedado hoy con alguien.

—El médico ha dicho que te quedes en la cama —dijo Jay.

—Que se joda el médico.

—¿Con quién has quedado?

—Con Albert, el joyero. Tengo que recoger el regalo de Elizabeth. Cuando fui el otro día no me gustaba ninguno de los estuches que tenía y he quedado en ir hoy.

—Puedo acercarme yo y te traigo los que tenga para que elijas —dijo Jay.

—Vale, pero puedes elegirlo tú, tienes buen gusto. Dile que pasará mañana a pagarle.

Jay y Jason se levantaron para ir a la joyería porque los dos tenían que comprar el regalo para Elizabeth. Parker se echó en la cama al lado de la chica porque él había traído el regalo desde Los Ángeles.

—Nos marchamos. Traeremos la comida cuando volvamos —dijo Jay mirándola— ¿Hay algo que te apetezca en especial?

Paige le sonrió maliciosamente y Jay lo interpretó como que lo que le apetecía, era él. Y eso lo complació.

Jay se sorprendió al ver el regalo que Paige iba a hacerle a su hija. Jason le compró unos pendientes de oro blanco con dos estrellas colgando. Y Jay una pulsera, un aro de platino con un solo brillante en la parte superior.

Después de la joyería fueron al restaurante de Tom a encargar la comida. Y mientras esperaban se tomaron una cerveza sentados en una de las mesas.

Jason le preguntó la causa del accidente de Paige y Jay le dijo que tenía que ver con él. Le contó que habían estado juntos la noche anterior. Y luego le habló del *problema* que tenía Paige. Problema del que Jason estaba al corriente. Jay le pidió que lo averiguara por él y se lo dijera. Y Jason aceptó, siempre que ella no se lo contara de manera confidencial.

Jason se había dado cuenta de que Jay estaba muy interesado en su amiga e intentaría aconsejarla de manera que los beneficiara a los dos, porque sabía que Paige estaba loca por Jay.

Cuando llegaron a la casa fueron directamente a la cocina a dejar la comida. Luego subieron al cuarto de Paige, acompañados por Charlie.

—Mira que bien, los dos dormidos —dijo Charlie sonriendo.

—Paige —dijo Jay sentado en la cama junto a ella y acariciándole la mejilla. Ella abrió los ojos y al verlo le dio un vuelco el corazón.

—Hola.

—Hola —dijo él sonriéndole y sacando de la bolsa el estuche—. He elegido este.

Paige cogió el estuche y lo abrió. Los pendientes y el colgante lucían preciosos en él.

—Azul, el color que yo quería. Quedan perfectos, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo se te ha ocurrido comprarle algo así? —dijo Jay cogiéndole la mano y jugando con el anillo que él le regaló.

—No los he comprado. Mi padre me los regaló cuando terminé la universidad. Los he llevado a limpiar para que parecieran nuevos.

—¿Le vas a regalar algo que tu padre te compró?

—Sí. Lo he hablado con él y le parece bien. Creo que a él también le cae bien tu hija.

Jason le enseñó los pendientes que le había comprado él a Elizabeth y a Paige le encantaron. Luego Jay le enseñó la pulsera y Paige le dijo que era una auténtica preciosidad. Al verlos animados Parker fue a su habitación a por su regalo, un colgante para el cuello con un zafiro. Y Charlie le había comprado un juego de maletas Samsonite color verde kiwi.

Parker se llevó los regalos a su cuarto para que Elizabeth no los viera.

Jay convenció a Paige para que permaneciera esa tarde en la cama. Y le dijo que por la noche irían todos a cenar a la ciudad y así Jason conocería un poco más de ella.

Después de que Paige comiera en la cama fue al baño a lavarse los dientes y cuando volvió estaba solo Jay en la habitación. Paige se metió en la cama y Jay se sentó en el borde, a su lado. Le dio la medicación y le extendió la crema por el brazo. Posó los labios sobre los de ella y se besaron.

—Gracias por las flores —dijo ella cuando se separaron.

—Ya me has dado las gracias.

—Lo sé, pero me ha gustado mucho que tuvieras ese detalle.

—Te echo de menos.

—Estamos todo el día juntos.

—Te echo de menos por las noches.

—Será mejor que vayas a comer. Voy a dormir un rato.

Cuando llegaron a la ciudad dejaron los coches en el aparcamiento del restaurante y entraron. Paige pidió pasta para no tener que cortar nada. Jay, que estaba sentado a su lado, también pidió pasta. Nada más traerle los platos, Jay colocó su mano sobre la de ella, que tenía en el regazo. Paige lo miró, pero él la ignoró. Jay comió con la mano izquierda para no tener que soltarle la mano. Ella intentó varias veces deshacerse de él, pero Jay lo impidió, entrelazando los dedos con los de ella. La conversación que mantenían era tan animada que nadie se percató de que Jay comía con la mano izquierda, siendo diestro.

Después de cenar fueron a un pub a tomar una copa.

—Piensa en mí esta noche cuando estés en la cama —le dijo Jay a Paige al oído cuando la besó en la mejilla para despedirse en la puerta de la casa de Charlie.

Después de ayudar a Paige a ponerse el pijama, Jason y ella se metieron en la cama. Esa noche dormirían juntos porque Paige quería hablar con él.

—¿Qué te queda por preparar para la fiesta? —preguntó Jason.

—Tengo que colocar en el techo unas gasas que compré para que cuelguen como si fuera una carpa. Lo haré por las noches.

—Te ayudaremos los tres.

—Mañana y pasado mañana podemos llevarte a que conozcas algunos sitios. Quiero que veas las montañas, los bosques, el lago, el puerto...

—Iremos si tú quieres, aunque sólo estoy aquí para asegurarme de que estás bien.

—Lo sé. Pero ya que estás aquí... Dejaremos que ellos decidan donde llevarte.

—Hablemos de ti. ¿Qué ocurre entre tú y Jay?

—No ocurre gran cosa.

—¡Venga ya! Ha comido con la mano izquierda durante la cena para no soltarte la tuya. Y estaba celoso del médico cuando fue a verte.

Paige se rio.

—Cuéntamelo todo.

—De acuerdo, pero lo que hablemos quedará entre nosotros.

Paige le contó lo sucedido desde que se habían visto en Nueva York.

—¡Vaya! Es toda una historia. Parece más bien un culebrón. A Jay le gustas.

—El sexo con él es..., alucinante —dijo con una pícaro sonrisa—. Jamás había experimentado algo así con un hombre. Me gusta Jay, muchísimo.

—¿Y cuál es el problema?

—Julie sigue estando ahí. Y no voy a entrometerme entre ellos.

—Tal vez esa Julie no le guste tanto como crees. Le estás haciendo daño por no querer que os vean juntos, y Jay es un buen tío, no se lo merece. Todo se arreglaría si le hablaras de tu encuentro con Julie. Es tan simple como eso.

—Yo no quiero que terminen su relación porque ella y yo hayamos tenido unas palabras.

—¿Unas palabras? Te amenazó y te llamó zorra. Nunca pensé que permitirías que nadie te dijera algo así.

—No puedo permitir que hable mal de mí. Quiero quedarme aquí.

—¿Y vas a sacrificar por ella?

—Sí. Yo entiendo perfectamente lo que le sucede. Está enamorada de Jay desde que iban al instituto y yo soy una amenaza.

—¡Qué se joda! Puede que Jay sea el hombre de tu vida. Ese hombre que has estado esperando. Y puede que por esto lo pierdas. Mientras no sepa lo sucedido, pensará que sientes vergüenza de que te vean con él. Y además, seguirá acostándose con Julie, porque no sabrá nada de lo ocurrido. ¿Es lo que quieres?

—Yo no puedo hablarle mal de ella, son amigos de toda la vida. Sé que Julie es una mala persona, aunque Jay crea lo contrario, y puede hacerme mucho daño. Y el culpable es Jay.

—¿Por qué piensas eso?

—Él dice que no tiene novia, pero puedes preguntar a cualquier persona del pueblo y te dirán que son novios. Y Julie lo cree porque él no lo desmiente y habla incluso de boda.

—Veo que estás bien jodida, por una zorra.

Los dos se rieron.

—Sabes, no creo que tengas que preocuparte. Jay está muy interesado en ti.

—Eso no es suficiente. Si sintiera algo por mí, no se acostaría con ella, ni con otras.

—Has llegado pronto —dijo Paige al ver a Jay en la puerta de la cocina e intentando tranquilizarse porque la respiración se le había acelerado al verlo.

—Me he despertado pensando en ti y tenía ganas de vete —dijo besándola en los labios—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Charlie ha ido a tu estudio a abrirle a Tom, iba a llevar unas sillas. Y Parker y Jason están duchándose.

Jay se acercó a ella, la rodeó con los brazos y la besó hasta casi hacerla perder el aliento.

—Estoy esperando a que termine Jason para que me ponga la crema y me ayude a vestirme.

—Yo lo haré —dijo él cogiéndola de la mano y llevándola hacia la escalera.

—Pero sólo me pones la crema —dijo ella al llegar al dormitorio.

—¿Has olvidado que ya te he visto desnuda?

—No quiero que me ayudes a vestirme, como si fuera una incapacitada.

—No digas tonterías. Siéntate —dijo Jay cuando entraron en el dormitorio.

Paige se sentó en la cama y él le extendió una capa fina de crema sobre el hematoma.

—El morado del brazo está cambiando de color. En este momento no se puede decir que estés muy sexy, pero mi deseo por ti no ha disminuido. Coge la ropa que quieras ponerte.

Paige cogió las prendas de la cómoda y las dejó sobre la cama. Se bajó el pantalón del pijama con una mano y Jay se lo sacó por los pies.

—Mi especialidad es desnudar a las mujeres. Lo de vestirlas es nuevo para mí, pero me gusta experimentar cosas nuevas —dijo mirándola con una sonrisa divertida.

Paige se levantó algo avergonzada y él le subió las bragas. Luego metió la mano dentro del encaje para acariciarle el sexo.

—No hagas eso —dijo ella soltando un gemido.

—Lo siento, no he podido resistirme —dijo metiéndole el vaquero por los pies.

Ella se levantó para que se lo subiera y abrochara. Luego le puso los calcetines y los deportivos.

—Estoy nerviosa.

—Lo he notado —dijo quitándole la camiseta por la cabeza con cuidado.

—No me gusta ser una inútil.

—Una inútil muy sexy. Joder, tienes unos pechos preciosos —dijo acercándose y cogiendo un pezón con la boca.

—¡Jay!

—Vale, ya paro —dijo metiéndole los tirantes del sujetador y abrochándolo—. ¿Sabes que tienes un cuerpo perfecto?

—Ayúdame con el jersey, por favor.

Cuando tuvo el suéter puesto Jay se acercó a ella, le puso la mano en la nuca y la besó. Y ella no pudo evitar devolverle el beso, porque lo deseaba hasta la desesperación.

—Tenemos que estar juntos cuanto antes. Tú deseas estar conmigo tanto como yo. Sigues estremeciéndote cuando estoy cerca.

—¿Por qué no esperas bajo?

—De acuerdo. Llevaos ropa de abrigo y coge los medicamentos, no volveremos hasta última hora de la tarde.

Desayunaron en la ciudad y luego compraron el papel de regalo que necesitaban para envolver los regalos de todos. Elizabeth los acompañaba, y Jay le dijo que se tomaba el día libre por Jason. Luego emprendieron el viaje.

Fueron algunas horas de camino, pero mereció la pena. Jason y Paige estuvieron encantados con lo que vieron, a pesar del frío que era polar. Paige hizo un montón de fotos de todos ellos, con las montañas culminadas de blanco y los icebergs. Comieron en un parador de montaña.

Cada ocasión que Jay tenía de estar cerca de Paige lo aprovechaba para abrazarla o besarla, o simplemente para decirle que la deseaba. Ella le reprochaba que insistiera, pero en el fondo le agradaba, y no había nada que deseara más, que volver a estar con él.

Cuando volvieron al pueblo dejaron a Elizabeth en casa para que se cambiara porque iba a ir al cine con unas amigas. Charlie se fue con su coche a casa. Los cuatro fueron al restaurante de Tom para que les prepararan algo de cenar y Paige aprovechó para entrar en la cocina y hablar con Claire, la mujer de Tom y ultimar los detalles para la fiesta. Luego fueron al estudio.

Al llegar, Jay preparó unas copas para todos y se sentaron en los sofás a tomarlas.

—Bien, dinos que has pensado para la fiesta y lo que tenemos que hacer —dijo Jay.

—He pensado que esta planta sea para los adultos. Una vez se haya marchado el conjunto, habrá música arriba para que los chicos bailen. Ya me he encargado de que instalen altavoces para que haya música en las dos plantas. Y traeré el reproductor del iPod. No quiere decir que no podamos subir a bailar con los chicos. Además, las amigas de Elizabeth estarán encantadas de teneros entre ellas.

—Veo que has pensado en todo —dijo Jay.

—Eso intento. Tenemos que subir todas estas sillas y estas cajas arriba.

Ellos tres empezaron a subir a la planta superior las sillas plegables que habían llevado esa mañana, por si los chicos querían sentarse. Paige colocó la escalera que estaba en la planta de arriba en el centro de la estancia. Cuando Jay subió con unas sillas la vio en el cuarto escalón y se

acercó a ella. Cogió a Paige de la cintura.

—Suelta la escalera —dijo Jay sin apartar las manos de ella.

—¿Qué? —dijo ella dándose la vuelta para mirarlo.

—Que sueltes la escalera.

Ella lo hizo. Jay la levantó en peso, como si fuera una pluma, y la depositó en el suelo.

—¿Qué pasa?

—Ni se te ocurra subir a esa escalera. No estás bien todavía, por eso estamos aquí, para ayudarte.

—No soy una inválida—dijo ella mirándolo fijamente.

—Ni siquiera puedes vestirte sola. ¿O sí que puedes y sólo querías que yo te vistiera esta mañana?—le dijo Jay.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Limítate a decirnos lo que quieres, y nosotros lo haremos.

—¡Eres un mandón!

Los otros estaban sentados en las sillas escuchándolos divertidos.

—De acuerdo. Quiero que todas las tiras de tela que hay en estas cajas cuelguen desde el centro del techo, distribuidas por colores, del más fuerte al más claro. Luego, cada una de ellas tiene que ir hacia los lados combada, todas a la misma distancia, para que la carpa que formen esté igualada.

—¡Madre mía! Qué exigente —dijo Jay mirándola.

—Nadie te obliga a estar aquí. De hecho, podría hacerlo yo sola.

Ellos la miraron sonriendo.

—Bien, volviendo a lo que estábamos. Todas las tiras tienen el mismo largo. Los tres tenéis estudios superiores así que, no debería ser problema para vosotros.

Ellos se miraron entre sí.

—¡¿Qué hacéis?! ¡Moveos!

Después de colgar todas las tiras de gasa del centro del techo en las dos plantas decidieron cenar.

Jay y Paige intercambiaron muchas miradas cómplices, recordando lo sucedido la última vez que estuvieron allí solos.

Lo pasaron francamente bien. Los cuatro eran divertidos. Estuvieron contando anécdotas de sus vidas. Jason contó algunas cosas sobre las relaciones que había tenido Paige con los hombres. Al principio no le hizo gracia, pero tuvo que reconocer que, algunas cosas de las que le habían sucedido eran divertidas.

Se marcharon pasada la media noche dejándolo todo listo.

Capítulo 13

Era jueves, uno de septiembre y el cumpleaños de Elizabeth. Paige se levantó temprano, se vistió y fue a casa de Jay. Eran las ocho y cuarto cuando llamó a la puerta y Jay abrió.

—¡Vaya! Esta sí es una visita agradable.

—Hola, ¿te he despertado?

—No, y aunque hubiera sido así, habría merecido la pena. Pasa, por favor.

Paige entró y nada más cerrar la puerta, la estrechó en sus brazos y la besó.

—¿Estás loco? —dijo intentando apartarse de él sin conseguirlo.

—Me has devuelto el beso, así que también deseabas besarme. Acompáñame a mi habitación. Mi hija está durmiendo. Y yo estoy desesperado.

—Jay, te dije que tú y yo no volveríamos a estar juntos.

—Y yo te dije que lo nuestro no había terminado. Yo siempre cumplo mi palabra.

—¡Engreído!

Jay se rio y la soltó

—¿Elizabeth está dormida?

—Sí.

—Entonces la despertaré y la felicitaré la primera.

—Vale, pero antes ven a mi cuarto. Necesito tocarte.

—¿Qué parte es la que no has entendido?

—Sé que tú también me deseas.

—Lo que yo desee no importa.

—Ahora estamos solos, nadie puede vernos. Y yo necesito estar contigo.

—No puedo volver a estar contigo. Aléjate de mí, Jay, por favor.

—De acuerdo, lo dejaré estar por el momento. Por cierto, tengo que darte algo —dijo dirigiéndose a la cocina y cogiendo un talón que tenía preparado de cuatro mil dólares—. Esto es lo de los músicos. Ayer dijiste que esa era la cantidad, ¿no?

—La fiesta es cosa mía. Sólo dije la cantidad porque Parker me preguntó.

—No puedo permitir que te ocupes de todo. Tenemos que compartir gastos. ¿Por qué no te encargas tú de la comida y la bebida y yo de esto?

—Vale. Por si no podemos hablar hoy, quiero que tu hija vaya al estudio a las ocho y media. Inventa la excusa que quieras, pero la quiero allí a esa hora.

—¿Es una orden?

—Por supuesto. Y no es porque sea exigente, como dijiste anoche, que no lo soy.

—Sí lo eres. Y una mujer muy difícil y testaruda. Así y todo, no puedo evitar desearte.

Ella puso los ojos en blanco y se dirigió a la escalera. Empezó a subir seguida por él.

Paige llamó a la puerta de Elizabeth y la abrió. La chica se incorporó en la cama.

—Hola, cariño —dijo Paige acercándose y sentándose en la cama junto a ella.

—Buenos días, a los dos —dijo la chica—. ¿Qué pasa? ¿Por qué has venido tan temprano?

—Hoy tengo mucho trabajo y no sabía si podría verte a lo largo del día. He venido a felicitarte. Feliz cumpleaños —dijo Paige abrazándola.

—Muchas gracias.

—Como tu fiesta es el sábado, te daré el regalo entonces. ¿Te parece bien?

—Claro.

—Yo también te lo daré en la fiesta. Felicidades, cariño —dijo Jay besándola.

—Gracias, papá.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó Paige.

—He quedado a las once con unas amigas para ir a la ciudad y comeremos allí. Volveremos sobre las siete y media para cenar con vosotros. Mi padre dice que cenando todos juntos será ya como una celebración de cumpleaños.

Los dos salieron de la habitación y Elizabeth volvió a meterse en la cama.

—Voy a estar genial en la fiesta, el brazo lo tendré en tecnicolor.

—Eso te hará aún más interesante de lo que eres.

Ella lo miró sonriendo.

—¿Te duele todavía?

—Un poco, pero ya puedo moverlo mejor. Tal vez ya pueda vestirme sola.

—Menos mal. Ya estoy harto de que todos te vean desnuda.

—¿Estás celoso? —dijo ella deteniéndose en el recibidor.

—Claro que no. ¿Reservo mesa en el restaurante de Tom para comer?

—Estás gastando mucho dinero. Puedo preparar yo algo.

—Hoy estás muy ocupada y el brazo no lo tienes del todo bien. Además, me gusta invitarte a comer, aunque tenga que invitar a unos cuantos más, ya que no quieres que nos vean juntos, a solas.

—De acuerdo entonces. ¿Has desayunado?

—No.

—En llegar a casa prepararé el desayuno para todos. ¿Desayunas con nosotros?

—Me encantaría. Espera que me dé una ducha rápida y me vista.

—Prefiero ir sola. Ve cuando estés listo.

—Así no te ven conmigo, ¿verdad? Me estás cabreando otra vez.

—Puede que me guste cabrearte.

Paige se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos. Lo besó tímidamente al principio, pero el beso fue convirtiéndose en pura pasión. Se apartó de él sin aliento.

—Lo siento. Es demasiada tentación tenerte cerca.

—Tú también lo eres para mí —dijo él cogiéndola de la nuca y besándola de nuevo. Ella le rodeó la cintura con los brazos.

—No podemos seguir haciendo esto. Tengo ganas de que Jason y Parker se vayan para que te alejes de mí.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que no pienso alejarme?

—Lo del beso ha sido un error, lo sé. Pero no voy a volver a acostarme contigo.

—Eso ya lo veremos. Te contradices a ti misma. Dices que me aleje de ti y a los dos minutos me besas. Me tienes confundido.

—Lo sé. Yo me siento igual, pero...

—No digas nada más. Lo que tenga que pasar pasará. Lo único que quiero que te quede claro es que voy a hacer lo posible para que pase.

—Cuando ellos se marchen no podrás hacer nada porque no saldré sola de casa.

—Soy un hombre paciente.

—Me marchó, de lo contrario, volveré a besarte —dijo ella riendo.

Paige abrió la puerta y salió corriendo hacia el coche.

—Por cierto —dijo deteniéndose junto al coche y volviéndose a mirarlo—, no has contestado a mi último correo

—Te veo todos los días.

—¿Qué tiene que ver eso con los correos?

—Te contestaré. Por cierto, he invitado a Julie a la fiesta.

—Es el cumpleaños de tu hija y tú casa, puedes invitar a quien quieras. Hasta luego.

En vez de ir directamente a casa, Paige dio una vuelta con el coche para tranquilizarse. Julie iba a ir a la fiesta y para ella Jay era su novio. ¿Cómo se comportaría?

Después de desayunar Paige cogió el portátil, la ropa para cambiarse y el maquillaje y se marchó al estudio con la idea de trabajar allí.

Charlie y los tres chicos salieron para enseñarle a Jason algunas cosas interesantes de los alrededores. No querían alejarse mucho porque tenían que volver para comer con Paige.

Los músicos fueron al estudio a las diez y media. Instalaron los instrumentos y comprobaron las luces y el sonido. Paige les dijo que fueran antes de las ocho a cenar.

Poco después fue Tom con unos chicos a llevar unas mesas para las dos plantas y las dejaron listas, a falta de la cena.

A las dos menos cuarto Charlie y ellos fueron al estudio. Jay entró a buscarla.

—¿Lo tienes todo controlado?

—Eso creo —dijo Paige cerrando el portátil—. Han venido los músicos, el cantante es un bombón. Entiendo que le guste a tu hija.

—¿Le gusta a mi hija?

—Sí, y a mí también. ¿Dónde comeremos? Estoy muerta de hambre.

—En el restaurante de Tom.

—Estupendo, así me aseguraré de que lo tengan todo listo.

—No te preocupes, sólo es el cumpleaños de una adolescente.

—Esa adolescente es muy importante para mí.

—¿Y su padre?

—Su padre es un bombón y tengo que hacer un gran esfuerzo para no lanzarme sobre él cada vez que lo veo.

—Eso me gusta —dijo besándola en los labios.

Nada más entrar en el local Paige se dirigió a la cocina a hablar con Claire, la mujer de Tom, quien se encargaría de la cena, mientras ellos se sentaban en la mesa que tenían reservada. Después de decirle que al día siguiente iría a pagar la cena fue a la mesa y se sentó. Paige pasó toda la comida informándoles de lo que harían desde que llegaran todos al estudio. Se notaba que estaba nerviosa por si algo salía mal.

Después de comer fueron a casa de Charlie a envolver los regalos y los metieron en el maletero del coche de Paige. Ella salió poco después y Jay la acompañó.

—¿No quieres que vaya contigo?

—No, tengo que trabajar y hacer algunas llamadas. Y cuando termine me ducharé y me arreglaré allí —dijo ella subiendo al coche que estaba en la puerta del garaje—. Por cierto, esta noche me quedaré en el estudio a pasar la noche. Quiero sacar la basura y mañana irán temprano los músicos a recoger el equipo.

Jay abrió la puerta del copiloto y se sentó en el asiento.

—¿Qué haces?

Jay no dijo nada. Se limitó a hacerle perder el aliento con un beso devastador.

—¿Vas a hacer eso siempre?

—Siempre que pueda. No te preocupes, no nos ha visto nadie —dijo abriendo la puerta y

saliendo del vehículo.

En el corto trayecto Paige pensaba qué sucedería en la fiesta, con Julie allí.

Paige se duchó nada más llegar, antes de que empezaran a llegar con la comida y la bebida. Se puso el vaquero y un suéter y se sentó en el sofá para hacer algunas llamadas.

A las siete empezaron a llevar las bandejas de comida. Paige había colocado en las mesas unos manteles que había comprado color lavanda, a juego con las gasas de los techos y colocaron la comida sobre las mesas, cubiertas con papel de aluminio.

Paige se maquilló y se vistió. Se puso un vestido negro muy corto y con un gran escote. Eligió ese porque las mangas eran largas de tul negro transparente y no se distinguían los hematomas del brazo. Se puso medias negras de seda y unos zapatos, también negros con el tacón de aguja plateado.

Jay le envió un mensaje y lo leyó.

Hola. Mi hija acaba de llegar a casa. Ha subido a arreglarse. Acabo de contestar tu correo. Aunque creo que es una estupidez escribirnos, cuando nos vemos todos los días. Lo he hecho porque me lo has echado en cara, aunque, de todas formas, pensaba hacerlo cuando se fueran nuestros amigos.

Voy a ducharme, y ahora, me gustaría que estuvieras aquí conmigo.

Paige le contestó.

Gracias por contestar a mi correo, aunque ahora no tengo tiempo de leerlo.

Yo me duché cuando llegué, porque sabía que Tom empezaría a enviar la comida y no quería salir a abrir con toalla. Ya me han visto bastantes personas medio desnuda.

Tengo que admitir, aunque no quiera, que he pensado en ti mientras me duchaba. Seguramente porque estuvimos juntos en esta ducha. Pero sólo ha sido un recuerdo absurdo que se me ha pasado por la cabeza. Aunque lo pasé genial.

Te dejo que voy a terminar de ponerme guapa. Voy a pedirle a Parker que sea mi pareja en la fiesta y no quiero decepcionarlo.

El grupo de músicos llegó a las siete y media. Paige abrió la puerta mientras se ponía los pendientes. Llevaba el collar y la pulsera en la mano. Le dijo a los chicos que subieran a la primera planta, que la cena estaba preparada y que un camarero les atendería. El cantante se quedó con ella.

—¿Te importaría abrocharme la pulsera y el collar? —dijo Paige al chico.

—Será un placer —dijo poniéndole la pulsera. Cuando le abrochó el collar le acarició el cuello—. Llevas unas joyas espectaculares, aunque no tanto como tú.

—Muy amable.

—Podríamos salir a cenar un día.

—No creo que sea buena idea.

—Si no quieres una cena, podemos quedar para tomar un café. Eres preciosa.

—Deberías subir a cenar. Tenéis que estar listos a las ocho y media y el camarero tiene que recoger la mesa de vuestra cena antes de que lleguen los demás.

—De acuerdo. De todas formas, te llamaré pronto.

—Muy bien, llámame y hablaremos.

Paige escribió un mensaje a Jay.

El cantante del grupo, el chico que le gusta a Elizabeth, acaba de echarme los tejos.

Él contestó.

Empiezo a pensar que eres tú quien coquetea con los hombres. Primero el médico, ahora el cantante... ¿Por qué no te centras en un sólo hombre?

Paige contestó al mensaje cabreada.

¿En quién voy a centrarme? ¿En ti? ¡Capullo!

Charlie y Kate, la señora de la casa donde había vivido Paige el primer día y que había acompañado a Charlie a la fiesta, se ocuparon de dejar los regalos de Elizabeth sobre la mesa que habían destinado a ello. Ya habían llegado todos excepto Jay y su hija. Paige le pidió a Parker que saliera a la terraza para hablar con él.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro.

—¿Puedes ser mi pareja esta noche? Jay ha invitado a Julie y..., no quiero sentirme incómoda. Si eres mi pareja me centraré sólo en ti y no pensaré en ellos. Además, el cantante del grupo le gusta a Elizabeth y cuando han llegado me ha dejado claro que le gusto y me ha invitado a cenar. No quiero estropearle la noche a Elizabeth. Y si eres mi pareja no se acercará a mí.

—¿No querrás darle celos a Jay?

—Los celos se tienen cuando uno está enamorado y te aseguro que Jay no lo está, al menos, no de mí.

—Por supuesto que seré tu pareja. Estás deslumbrante, y las joyas que llevas son increíbles.

—Gracias.

A las ocho y veinte Jay le envió un mensaje a Paige.

El capullo y su hija van a salir de casa. Entraré yo al estudio cuando lleguemos y ella se quedará en el coche.

Paige se rio después de leerlo.

Jay paró en la puerta del estudio.

—¿Por qué hemos venido aquí? —preguntó Elizabeth.

—El fontanero ha venido a arreglar algo y Parker y Jason han venido a abrirle. Voy a ver si han terminado. Vuelvo enseguida.

—Vale.

Jay abrió la puerta y entró. Cuando vio a Paige fue como si no hubiera nadie más que ella.

—¡Joder! Estás preciosa.

—Gracias.

—Elizabeth está en el coche, voy a por ella.

—Bien.

Paige le pidió a los músicos que no hicieran ruido y luego apagó todas las luces.

—Baja del coche, al fontanero le quedan unos minutos para terminar.

La chica bajó. La puerta de la casa estaba entornada y ella la empujó para entrar. A Elizabeth le extrañó que las luces estuvieran apagadas, pero no le dio más importancia porque pensó que el fontanero estaría en el baño. La chica encendió las luces del salón al entrar y se quedó de piedra

al oír gritar a un montón de gente ¡sorpresa! Se acercó a Paige para abrazarla y luego abrazó a su padre.

Unos minutos después llamaron a la puerta y Jay fue a abrir. Era Julie. Jay la ayudó a sacarse la chaqueta. Ella se acercó a él, le rodeó el cuello y lo besó. Cuando se despegaron Jay miró hacia Paige. Ella estaba mirándolo pero apartó la vista al instante.

—Cariño, no sabes las ganas que tenía de verte.

—¿Cómo está tu madre?

—Mucho mejor. Gracias por invitarme.

—¿No lo hago cada año?

—Hace mucho tiempo que no nos vemos. Te he echado de menos.

—Pasa, por favor.

Se adentraron en el salón. Julie se acercó a Elizabeth para felicitarla y darle el regalo. Jay le presentó a Jason, que era al único que no conocía. Cuando Julie vio a Paige la miró de arriba abajo demostrándole el odio que sentía por ella, y viendo el vestido tan sexy que llevaba. Y se quedó como embobada mirando las joyas que lucía.

Cenaron todos en la planta baja. Paige no se despegó ni un momento de Parker y Jason y se las ingenió para no estar cerca de Jay en ningún momento.

—¿Por qué hay una cinta cerrando el paso a la escalera? —preguntó Elizabeth a su padre mientras cenaban.

—Porque luego vamos a subir arriba a bailar.

—Me gustan todas esas telas de colores en el techo y esos faroles son preciosos. Me da la impresión de que nada de eso ha sido idea tuya —dijo Elizabeth sonriendo a su padre.

—He de admitir que he tenido ayuda, pero me alegro de que te guste.

Julie oyó lo que hablaron y se preguntó por qué Jay no le había pedido ayuda a ella.

Después de cenar, los camareros se pusieron a retirar las bandejas vacías de las mesas.

—Bien, subamos a divertirnos —dijo Jay—. En primer lugar subiremos los adultos. Luego, cuando yo te lo diga, subirás tú seguida de tus amigos —le dijo a su hija.

Empezaron a subir Charlie y Kate, seguidos de Julie, Parker, Jason y Paige. Jay subió detrás de ella.

—¿No habíamos quedado en que tú subirías primero con Elizabeth? —dijo Paige volviéndose para mirar a Jay.

—Quería que tú estuvieras arriba cuando subiera mi hija. O tal vez lo haya hecho para poder subir detrás tuyo y que nadie más que yo te viera las bragas. Vas muy corta.

Cuando estuvieron todos arriba, asegurándose de que verían la expresión del rostro de su hija cuando subiera, Jay llamó a Elizabeth. Sólo estaban encendidos los farolillos del techo iluminando la estancia con una tenue luz. Cuando la chica llegó a la planta superior se encendieron las luces que iluminaban al grupo de músicos. Elizabeth se quedó paralizada al verlos.

—Hola, Elizabeth. Feliz cumpleaños de parte del grupo —dijo el cantante, que tanto le gustaba a la chica, por el micrófono.

Elizabeth les dio las gracias tímidamente y se dirigió a su padre para abrazarlo. Jay miró a Paige, que era quien merecía todo ese agradecimiento y le sonrió. Y ella a él.

—Este es el mejor regalo que podría recibir —dijo Elizabeth al oído de su padre.

—Tal vez debas agradecersele a Paige, ha sido cosa suya.

La chica se volvió a mirar a Paige y fue hacia ella para abrazarla.

¡Qué tierno!, pensó Julie con sarcasmo al verlas abrazadas y emocionadas. Esa puta ha sido quien le ha ayudado con la fiesta.

Los músicos empezaron a tocar el primer tema y los jóvenes se colocaron delante del escenario cantando la canción con ellos.

—Parece que esas adolescentes están más interesadas en vosotros que en sus amigos —dijo Julie a Jay, Parker y Jason poco después.

—Es que, estos tres, son mucho más interesantes que sus amigos —dijo Kate que había oído el comentario.

Todos estuvieron bailando, unos con otros. Jay lo hizo con Julie, pero también con muchas amigas de su hija. Pero Paige se aseguró de que no bailara con ella.

Parker estaba bailando un tema lento con Paige y se dio cuenta de cómo la miraba el cantante. Jay, que estaba bailando con Julie también se dio cuenta del detalle. Eso chico parecía que sólo cantase para ella.

En uno de los intermedios del grupo, el cantante bailó con Elizabeth, como Paige le había pedido, mientras sonaba un tema en el iPod. Bailó dos temas con ella y luego se acercó a Paige, que estaba bailando con uno de los adolescentes y le pidió bailar con ella. Paige no encontró excusa para negarse. Él la rodeó con sus brazos. Jay los miraba mientras bailaba con Julie y no le gustó lo cerca que aquel tío estaba de Paige.

Julie le dijo a Jay de bajar a la planta baja para descansar un poco de la música tan alta. Poco después Paige bajó para ir al baño, porque en el de la planta de arriba había cola, y los vio en el sofá. Julie estaba sentada en el regazo de Jay y se besaban. Paige entró rápidamente en el dormitorio sin que la vieran.

Parker bajó buscando a Paige. Al ver a Jay besando a Julie dudó de que su amigo estuviera interesado en Paige. Llamó a la puerta del dormitorio. Jay dejó de besar a Julie y lo miró. Al no contestar, Parker entró en la habitación y cerró la puerta. Paige salió del baño.

—¿Estás bien?

—¿Tomamos una copa en la terraza? Estoy sudando de tanto bailar.

—Claro, aunque hará frío.

—Cogeré la chaqueta.

Los dos salieron del dormitorio y se dirigieron al recibidor. Paige cogió la chaqueta y Parker la ayudó a ponérsela.

—¿Os marcháis ya? —preguntó Jay preocupado. No podía olvidar que Paige le había dicho que iba a pedirle a Parker que fuera su pareja.

—Vamos a salir a la terraza a tomar una copa —dijo Parker mirándolo mientras se ponía la chaqueta y preguntándose qué estaba haciendo con Julie.

Parker cogió los vasos que le entregó el camarero, salió a la terraza detrás de Paige y cerró las puertas correderas.

—¿Esos dos están juntos? —preguntó Julie.

—No lo sé —dijo Jay intentando parecer indiferente.

Parker se apoyó en la balaustrada y cogió la mano de Paige para que se colocara frente a él, de espaldas al salón.

—Esta vista es preciosa.

—Estás a punto de llorar.

—Lo sé. He de admitir que no esperaba verlos besándose aquí.

—Julie no significa nada para Jay.

—Eso no es lo que parece.

—Son amigos.

—Tú y yo también somos amigos. De hecho, siento como si nos conociéramos de toda la

vida. Pero no por ser amigos nos besamos. Y por supuesto, no nos acostamos.

—Conocemos a Julie desde que éramos pequeños.

—Lo sé. ¿Te has acostado con ella?

—Claro que no.

—Acabas de decirme que ellos sólo son amigos. Y están besándose. ¿Qué significa eso? ¿Podemos hacer tú y yo lo mismo? ¿Qué crees que pasaría si te besara ahora?

—No lo sé. Seguramente de devolvería el beso. He tomado algunas copas y no pienso con claridad. Pero en el fondo me jodería, porque sé que lo harías para que Jay pensara que tú también tienes a alguien que te bese. Eso no sería justo para mí, ¿no crees?

—Tienes razón. ¿Si te hago una pregunta me contestarás sinceramente?

—Por supuesto.

—Cuando me rechazaste, ¿lo hiciste porque tu padre te dijo que no te acercaras a mí? ¿O porque Jay te dijo algo?

—La verdad es que las advertencias de mi padre me traen sin cuidado. Y Jay no tuvo que decirme nada porque, en el momento vi cómo te miraba, supe que le interesabas.

—Bueno, quería acostarse conmigo, y ya lo ha hecho. ¿Crees que sigue interesado en mí? ¿O ahora soy simplemente otra de sus conquistas? En realidad tampoco me interesa mucho tu respuesta, porque él y yo no volveremos a estar juntos.

—No voy a besarte ni acostarme contigo, mientras sospeche que a Jay le interesas. Pero sí podemos bailar juntos, muy juntos, y dejar que él piense lo que quiera sobre nosotros. Estás colada por él, ¿eh? —dijo sonriéndole y cogiéndola de la mano para volver al salón. Paige no dijo nada.

Nada más entrar Parker le cogió el vaso de la mano y dejó los dos sobre la mesa. Luego la ayudó a quitarse la chaqueta y se sacó la suya dejándolas sobre el respaldo de uno de los sofás. La cogió de la mano y la llevó hasta el centro del salón, justo delante de Jay y Julie.

Parker la estrechó entre sus brazos, asegurándose de que ella estuviera de espaldas al sofá donde se encontraba Jay. Este los miraba. Odiaba a su amigo por tener las manos sobre la espalda desnuda de Paige. Y en ese momento se arrepintió de haber invitado a Julie.

—Decididamente, esos dos están juntos —dijo Julie al verlos bailar tan pegados. Jay no dijo nada.

Jay no pudo soportar más verlos bailar tan acaramelados y le dijo a Julie que subieran a la planta superior. Poco después el cantante anunció que el siguiente tema sería el último y Elizabeth quiso bailar con su padre.

Cuando los músicos terminaron, fueron todos a la planta baja donde les esperaba la tarta. Cantaron el cumpleaños feliz y Elizabeth pidió un deseo antes de apagar las velas.

A continuación llegó el turno de los regalos. Los músicos le regalaron, firmados, todos los pósteres que tenían desde que habían formado el conjunto. Abrió los regalos de sus compañeros del colegio. El de Tom y Claire y el de Charlie y Kate. El de Julie, Jason y Parker. Estaba emocionada. Seguidamente abrió el de Paige y fue la gota que colmó el vaso. Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas sin ser capaz de detenerlas. Elizabeth sabía lo importantes que eran esas joyas para Paige, porque cuando se las dejó para asistir a la cena con su cliente le contó que era el regalo más querido para ella porque se lo había regalado su padre, sin poder permitírselo. Se abrazó a Paige muy fuerte y permanecieron abrazadas una eternidad, llorando las dos. Y para terminar abrió el regalo de su padre. Le encantó la pulsera y se abrazó a él, llorando emocionada.

Paige y Jay acompañaron a los músicos a la puerta para despedirlos. Ella le entregó el talón

al cantante por la cantidad que restaba por pagarles.

—Ha sido una fiesta fantástica —dijo Nick, el cantante.

—Gracias.

—Te llamaré la próxima semana para quedar.

—De acuerdo.

—De todas formas, te veré mañana cuando vengamos a por el equipo.

—Lláname media hora antes de venir, por si no estoy aquí.

—Vale. Buenas noches —dijo el chico acercándose a Paige y besándola en los labios.

Jay lo miró con cara de asesino.

Paige le dijo al camarero que retirara las botellas de alcohol del piso superior porque los jóvenes iban a quedarse solos bailando.

Charlie y Kate fueron los primeros en irse. El resto de los adultos se quedaron hablando y bebiendo hasta que los jóvenes decidieron marcharse, dos horas después.

Jay y Julie salieron del estudio, la dejó en el coche y volvió a entrar. Paige seguía en el recibidor.

—Quiero darte las gracias por todo. Ha sido una fiesta fantástica —dijo Jay.

—Sí, no ha estado mal. Creo que a Elizabeth le ha encantado.

—Yo no podría haber hecho lo que tú has conseguido. En serio, gracias.

—No hay de qué. Ya nos veremos. Buenas noches —dijo Paige con una sonrisa.

Jason y Parker se tomaron una última copa con Paige y se marcharon.

Cuando Paige se quedó sola se quitó los zapatos y empezó a meter en una bolsa las latas y botellas vacías. Llamaron a la puerta y pensó que serían sus amigos que habían decidido volver para ayudarla.

Abrió la puerta y se encontró a Jay con la chaqueta desabrochada y las manos en los bolsillos. *Un chico malo y peligroso*. Eso fue lo que se le pasó a Paige por la cabeza al verlo.

—¿Has perdido la llave? ¿Qué haces aquí? ¿Has olvidado algo?

—No tenía un sitio mejor al que ir. Unas amigas de Elizabeth se han quedado en casa a dormir y estoy saturado de ruido y adolescentes.

—Pensé que pasarías la noche con tu novia.

—Como puedes comprobar, no pensabas acertadamente. Dormiré aquí.

—Bien, me marcharé tan pronto saque la basura.

—Yo no te he dicho que te vayas.

—Eres demasiada tentación para estar cerca de ti.

—Yo podría decir lo mismo.

—En ese caso, podrías marcharte a dormir a otro sitio. Tu novia se sentirá decepcionada de que no te hayas quedado con ella.

—Puedo controlar la tentación —dijo él sin prestar atención a sus palabras.

—Perdona, voy arriba a seguir con lo que estaba haciendo.

Paige subió la escalera y él fue detrás de ella. Al llegar arriba se sentó en una silla.

—¿Por qué has invitado a Julie? —dijo ella sin dejar de meter cosas en la bolsa.

—La invito siempre en los cumpleaños de mi hija.

—En esta ocasión, no creo que hayas estado muy acertado. Tú y yo nos hemos acostado e invitas a tu novia, para que estemos en las misma fiesta.

—No sé cómo tengo que decírtelo, Julie no es mi novia sino mi amiga.

—Amigos... con derecho a roce.

—¿Eso te molesta?

—¿Por qué iba a molestarte? Sólo me sorprende porque, para mí, no es el comportamiento normal entre amigos.

—¿Por qué elegiste a Parker de pareja y no a mí?

—¿A ti? ¿Crees que te iba a elegir a ti sabiendo que tu *amiga* estaría aquí? Además, no hace mucho te extrañaste cuando te dije que lo que había entre nosotros sólo era sexo, como si para ti significara algo más. Esta noche me has dejado claro que para ti también significa lo mismo.

—Para mí eres mucho más que eso.

—¿En serio? No es lo que me ha parecido cuando estabas con ella.

—Ese vestido te sienta de muerte. No he podido apartar la vista de ti en toda la noche. ¿Vas a salir con ese cantante?

—¿A ti qué te importa?

—Ese cretino no ha dejado de mirarte en todo el tiempo que ha estado aquí.

—Si vas a pasar la noche aquí, ve al dormitorio y acuéstate, procuraré no hacer ruido.

—Me quedaré aquí, contigo.

—¿Mirándome?

—Me gusta mirarte. Sobre todo vestida así.

—Pues a mí me pones nerviosa.

—Eso también me gusta.

—A mí no me gusta sentirme así.

—Y a mí no me gusta que bailes con Parker de la forma que lo has hecho.

—No creo que estés en situación de decirme lo que te gusta que haga y lo que no. ¿Has olvidado que has estado metiendo la lengua en la boca de otra mujer, delante de mí? ¿Y por qué tiene que importarte cómo bailo con Parker o con quien sea?

—Eso me pregunto yo también.

—Y tienes que saber que no es normal que un hombre que tiene una relación con una mujer, se preocupe por lo que hace otra. ¿O eso también es normal por aquí?

—Por tu tono, parece que no te gusta que salga con Julie.

—¿Ahora sales con ella? Acabas de decirme que no. ¿En qué quedamos? Jay, a mí no me importa lo que hagas con tu vida.

—Desde que estuvimos juntos, no he podido pensar en otra cosa que no sea volver a estar contigo.

—Jay, me estás complicando la vida. Sabes que es difícil para mí controlarme cuando estás cerca.

—Eso me gusta—dijo él sonriendo.

Paige terminó de llenar la segunda bolsa y se dirigió a la escalera con las dos.

—Yo bajaré las bolsas, no te vayas a caer.

Jay las dejó en el recibidor. Paige se puso los zapatos.

—Voy a tirar la basura.

—¡Joder! Tienes unas piernas preciosas. Voy contigo.

—Ni se te ocurra. Sólo me faltaría que me vieran salir de aquí contigo y luego volver a entrar.

—Vamos a sentarnos un rato —dijo él cogiéndola de la mano cuando volvió, lo que hizo que Paige sintiera un latigazo de corriente que le atravesó todo el cuerpo—. Siéntate, prepararé unas copas y hablaremos.

—No tenemos nada de qué hablar, pero me tomaré esa copa para descansar unos minutos, antes de irme a casa. Estoy muerta.

—No hace falta que te vayas. Puedes quedarte a dormir aquí, la cama es grande.

—No lo suficientemente grande.

—Me tienes muy cabreado.

—¿A qué se debe esta vez?

—No hemos bailado juntos en toda la velada.

—No has bailado conmigo porque no has querido. Has preferido bailar con ella, casi toda la noche.

Jay dejó los vasos sobre la mesita del salón.

—Ponte los zapatos.

—¿Por qué? No voy a irme todavía. No me he tomado el whisky.

—Lo sé. Pero quiero bailar contigo. Vamos a hacer lo que los dos hemos deseado durante la fiesta.

—No es una buena idea —dijo ella mirándolo intranquila

—Sólo una canción.

—¿Qué demonios! ¿Sabes lo que te digo? Ahora que nos ha quedado claro, a los dos, que lo nuestro es sólo sexo, bailaré contigo. Además, aquí no puede vernos nadie.

—Estupendo —dijo él poniendo música y tendiéndole la mano para que ella se levantara.

Paige levantó la mirada y se encontró con esos ojos cálidos del azul de las profundidades del Caribe. Se moría de ganar de estar de nuevo entre sus brazos. Cogió la mano de él y se levantó. Jay la rodeó con los brazos y notó lo nerviosa que estaba.

—Con Parker no bailabas tan separada —dijo estrechándola más.

Paige se dejó llevar, aturdida. Le rodeó el cuello hasta que quedaron pegados.

—Ese vestido que llevas me está volviendo loco —dijo besándole el cuello—. Durante la fiesta sólo pensaba en llevarte al dormitorio y arrancártelo.

—Yo he pensado lo mismo cuando he abierto la puerta y te he visto.

—Te deseo tanto como tú a mí —dijo acercando los labios a los de ella.

Paige entreabrió los labios y él la besó de manera dulce y ella le devolvió el beso de igual forma.

—Sabía que pasaría esto cuando te he visto en la puerta.

—Yo también cuando te he visto a ti. Vamos al sofá.

Jay se colocó detrás de ella y le bajó la cremallera del vestido, al mismo tiempo que le acariciaba el hombro con los labios, y se lo bajó con cuidado para no hacerle daño en el brazo herido. Luego se sentó en el sofá y le sacó el vestido por los pies. La contempló. Estaba delante de él con el tanga negro de encaje y las medias también negras que le llegaban a la parte superior de los muslos.

—¡Madre mía! Tienes un cuerpo de escándalo —dijo besándole el vientre.

Paige soltó un gemido de placer al sentir sus labios sobre su cuerpo. Jay deslizó las manos desde las caderas hasta los muslos para subirlas lentamente por la parte de atrás hasta las nalgas.

—Quiero desnudarte.

—Adelante —dijo él apartando las manos de ella.

Paige cogió la camisa por la parte de los botones que estaba abierta y tiró fuertemente con las dos manos hasta que los botones salieron volando.

—¡Vaya! —dijo mirándola y sonriendo.

—Lo siento.

—Yo no lo siento. Es la primera vez que me hacen algo así.

Paige tiró fuertemente de la camisa para sacarla de dentro de los pantalones y volvió a

abrirla, haciendo saltar los tres últimos botones que quedaban por desabrochar.

—¡Ummm! Me está gustando esto —dijo él con una seductora sonrisa.

Paige le desabrochó los gemelos y le sacó la camisa.

—Y a mí —dijo ella arrodillándose entre las piernas de él y acariciándole el pecho y los brazos.

Paige siguió las caricias, ahora con los labios y Jay se tensó al sentir su boca sobre él. Luego lo cogió de la nuca para acercarlo a ella y le dio un beso, que hizo que Jay tuviera que coger aire cuando se separó de ella.

—Tengo hambre de ti —dijo Paige sentándose sobre sus talones y quitándole los zapatos y los calcetines.

—Esta noche podrás comer lo que quieras.

Jay la acercó a él para besarla de nuevo.

—Yo voy a comerte entera, y no dejaré que te vayas hasta que me quede completamente saciado de ti —dijo mirándola con ojos ardientes de deseo.

—Eso me gusta. Ponte de pie, quiero terminar de desnudarte.

Jay se levantó y la cogió de la cintura levantándola con él.

Paige le desabrochó el cinturón tirando fuertemente de él hasta sacarlo de las trabillas del pantalón y lo tiró al suelo. A continuación le desabrochó el botón del pantalón y le bajó la cremallera, sin apartar los ojos de los de él.

—¿Te he dicho que me gusta mucho tu cuerpo? Me vuelven loca esos músculos que se tensan cuando los acaricio.

—Me gusta que te guste.

Paige le bajó los pantalones y el bóxer al mismo tiempo liberando una gran erección. Se los sacó por los pies y los dejó sobre el sofá. Luego se arrodilló de nuevo entre sus pies.

—Esta es una buena vista —dijo mirando la polla y luego a los ojos de él—. Ya que estoy de rodillas, voy a empezar a comerte por aquí.

—Eso va a ser estupendo —dijo él acariciándole el pelo.

Paige empezó a acariciarle la polla con la lengua, besándola y mordisqueándola por todas partes. Se la metió en la boca y jugueteó con la lengua. Jay introdujo los dedos entre el pelo de ella.

—¡Oh, Dios mío! No sabes cuánto he deseado que me hicieras eso.

—Si tanto te gusta, haré que te corras así —dijo cogiéndolo de las nalgas para acercarlo más a su boca.

Poco después Jay sujetaba la cabeza de ella mientras le follaba la boca. Y Paige se cogía de los musculosos muslos de Jay, acariciándolos. Jay empezó a gemir y ella aumentó el ritmo para hacerlo llegar al éxtasis.

Jay empezó a jadear con la respiración agitada, empujando contra la boca de ella hasta que en una embestida se detuvo y eyaculó. Le acarició el pelo y la miró. La ayudó a levantarse del suelo y se sentó en el sofá. Paige se sentó a horcajadas sobre él y lo besó, compartiendo ambos el sabor del esperma.

—Eres fantástica —dijo antes de volver a besarla apasionadamente—. Voy a terminar de desnudarte. Verte así, con las medias, el tanga y los tacones es de lo más sexy, pero necesito tocarte sin ningún impedimento —dijo corriendo la mesa con el pie para poder observarla mejor.

Ella se levantó y se colocó de pie frente a él. Jay cogió el tanga con las dos manos y lo desgarró con un mínimo esfuerzo.

—Lo siento, no quiero perder más tiempo del necesario.

—No importa, me ha gustado.

Jay la separó un poco más de él para contemplarla llevando únicamente las medias negras. Introdujo un dedo en su interior para comprobar que estaba completamente húmeda y Paige cerró los ojos estremecida.

—Pon un pie en el sofá.

Ella lo hizo y él empezó a deslizarle la media siguiendo con sus labios la piel que iba quedando al descubierto tras la seda. Luego repitió la operación con la otra pierna. Y al finalizar le dio un lametón recorriendo los pliegues de su sexo que la hizo estremecer.

Jay la tumbó en el sofá y se echó sobre ella para besarla de nuevo. Empezó a recorrerle el cuerpo con la boca, empezando por los lóbulos de las orejas, el cuello, los hombros.... La hizo gemir con el roce de sus labios y sus dientes. Se detuvo en los pechos para jugar con los pezones. Luego se deslizó hacia las costillas, acariciando cada centímetro de piel con la lengua y los labios. Paige le acariciaba el pelo gimiendo de placer. Jay bajó hasta el ombligo, rozándola ligeramente con las yemas de los dedos y mordisqueó sus caderas, haciendo que se retorciera de deseo. Le acarició el clítoris con la yema de un dedo y luego lo llevó hasta su vagina.

—Umm, estás lista para mi polla.

Jay bajó la boca hasta el sexo de ella y Paige lanzó un gemido, arqueando las caderas y empujándolas hacia él en busca de más. Jay colocó una pierna de ella sobre el respaldo del sofá para tener mejor acceso. Paige no podía resistir más y empezó a jadear. Jay apartó la boca de ella y se centró en sus dedos, le metió uno y luego dos. La penetraba con golpes regulares hasta que los jadeos de Paige cobraron intensidad. Jay llevó la otra mano a uno de sus pechos presionando y estirando del pezón. Bajó su boca para apoderarse del otro pezón y Paige empezó a convulsionarse y arquearse hacia la mano de Jay. Dio un grito y, después de pronunciar el nombre de él se corrió. Jay siguió acariciándole el clítoris al mismo tiempo que recogía los últimos jadeos en su boca, besándola con desesperación. Paige le acarició el pelo con la respiración entrecortada.

—Sabía que eras un chico malo, sexy y peligroso —dijo ella sonriendo—. Y además, estaba segura que sucumbiría a ti. Me es imposible resistirme a ti. Me gusta tu pelo, tus ojos, tu cuerpo, tu masculinidad, tu olor, tu sabor... Me gustan demasiadas cosas de ti. ¿Cómo podría resistirme?

Jay la miró con calidez.

—Cada vez que te veo, desearía que el tiempo pasara despacio, porque no quiero que desaparezcas de mi vista. Pero cuando estoy contigo, como en este momento, ruego para que el tiempo deje de correr, porque no sé si esta será la última vez que estaremos juntos, y eso me aterra.

—Volveremos a estar juntos muchas más veces, puedes estar segura.

—Ahora no quiero pensar en eso. Quiero disfrutar de este momento, sin pensar en nada ni en nadie más. Quiero pensar que sólo existimos tú y yo.

—Me parece bien. Vamos a la cama.

Jay se levantó y la ayudó a levantarse. Paige se puso los tacones.

—¡Dios mío! Estás terriblemente sexy con los tacones y las joyas. Y mi deseo ha aumentado sólo con mirarte.

—Mi deseo por ti no ha disminuido desde que te conocí, todo lo contrario.

Paige entró en el baño a lavarse los dientes y él entró con ella. Jay vio el cepillo de dientes de Paige junto al suyo y se preguntó si le gustaría verlo también en su casa. Cuando él volvió al dormitorio Paige estaba tumbada en la cama.

—Eres preciosa —dijo sentándose junto a ella y acariciándole los labios con los dedos.

Deslizó las manos hacia abajo para acariciarle los pechos. Ella dio un respingo por la punzada de placer que sintió. Jay se echó sobre ella para saborear sus labios con la lengua. La besó en el cuello, en la clavícula, entre los pechos... Estaba completamente excitado sólo por acariciarla.

—Tu cuerpo es espectacular —dijo ella mirándolo a los ojos.

Jay la miró con una radiante sonrisa. Paige hizo que se acostara en la cama y se puso a horcajadas sobre él.

—Me muero por tenerte dentro —dijo ella cogiendo la polla con la mano para restregarla por su vagina.

Jay gimió al sentir la mano de ella apretar su miembro.

—Yo también quiero estar dentro de ti —dijo él con ojos enardecidos.

Paige colocó la polla en su entrada y bajó de golpe hasta que la sintió en lo más profundo de su cuerpo. Colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Jay y empezó a moverse mirándolo fijamente. Se inclinó para besarlo en los labios, pero él la cogió de la nuca y la acercó para besarla de manera desatada.

Paige se incorporó y empezó a moverse mientras le acariciaba los pectorales. Jay llevó las manos a los pechos de ella para jugar con los pezones, que estaban duros como piedras.

Se miraban a los ojos sin apartar la vista ni un segundo. Sus ojos decían todo lo que querían decirse. Paige siguió moviéndose hasta que las respiraciones de ambos cambiaron. Ella empezó a gemir de puro placer. Sus respiraciones se agitaron. Jay bajó su mano para acariciarle el clítoris trazando círculos sobre él. Con la otra mano apretaba y tiraba de uno de los pezones. Paige comenzó a jadear e incrementó el ritmo de subida y bajada.

—Esto es fantástico, no sabes cómo me gusta —dijo descontrolada al sentir la primera convulsión del orgasmo en su cuerpo.

—Lo sé, lo sé, no pares ahora, por favor. Más fuerte.

—¡Oh, Jay! —dijo cuando la alcanzó el devastador orgasmo.

Paige siguió cabalgándolo con movimientos desenfadados hasta que Jay llegó al límite. La cogió de las caderas fuertemente y la detuvo. Paige se inclinó sobre él para encontrar su boca y se besaron como si la vida les fuera en ello.

Ella se separó para coger aire y luego se desplomó sobre él colocando el rostro en su cuello, besándolo suavemente y hablándole al oído.

—Estoy un poco cansada, pero no quiero que esta noche termine. Podríamos cerrar todas las ventanas para que no entren los rayos de luz y será como si la noche no hubiese terminado.

—Podemos hacerlo, si es lo que deseas. ¿Hasta cuando quieres que nos quedemos?

—Hasta que ya no podamos sentir el cansancio.

—Por mí no hay problema, sólo tengo que hacer un par de llamadas.

Paige se rio con la cara hundida en el cuello de él.

—¿No le abriremos a los músicos cuando vengan a recoger su equipo?

—¡Mierda! Me había olvidado de ellos. ¿Por qué has venido esta noche?

—Desde que me dijiste que te quedarías a dormir aquí, en mi mente sólo pensaba en venir a follarte.

—¿Ves como tenía razón? Eres malo y peligroso. De todas formas, no me arrepiento en absoluto de que hayas venido. Puede que seas peligroso, pero follas como un dios. Sabes, no he sentido con ningún hombre lo que siento al hacer el amor contigo.

—¿Con ninguno de los seis? —dijo él sonriendo divertido.

—Creo que fueron siete —dijo ella riendo.

—A mí me sucede lo mismo contigo. Eres increíble en la cama y me encanta follarte.

Jay la colocó poco después a cuatro patas sobre la cama y la penetró fuerte desde atrás. Y cuando decidieron tomar un baño antes de dormir, repitieron en la bañera. Eran casi las seis de la mañana cuando se acostaron, para dormir.

Llamaban insistentemente a la puerta. Paige se despertó y miró la hora en el móvil de Jay que estaba sobre la mesita de noche.

—Mierda, las ocho y media, serán los músicos. Tenían que haber llamado antes.

—Yo abriré —dijo Jay levantándose y saliendo de la habitación.

Cogió el bóxer de encima del sofá y se lo puso, y luego los pantalones. Volvieron a llamar a la puerta. Jay se puso la camisa y se dio cuenta que no tenía botones. No le importó, al fin y al cabo, los músicos eran hombres. Abrió y se encontró a Parker y a Jason.

—¿No tenéis nada mejor que hacer a las ocho y media de la mañana?

—De haber sabido que estabas aquí no habríamos venido. Hemos traído el desayuno. ¿Vas a dejarnos entrar? —dijo Parker.

—Buenos días —dijo Jason sonriendo.

—Claro. Adelante. Buenos días.

Paige se levantó de la cama. Se dio cuenta de que estaba dolorida por todas partes. Se puso el vaquero y la camiseta del día anterior. Todavía seguía llevando las joyas. Se pasó las manos por el pelo para peinárselo y salió del dormitorio.

—¡Mierda! —dijo al ver a los tres.

—No eres muy amable con quienes te traen el desayuno —dijo Parker sonriendo al oír la expresión.

—Pensaba que eran los músicos. Buenos días.

—Tienes un aspecto deplorable —dijo Parker al ver el pelo sin peinar y el maquillaje de los ojos corrido.

—Últimamente eres muy amable conmigo, me tienes fascinada. —dijo ella con sarcasmo dedicándole una traviesa sonrisa.

Jason se agachó y cogió un par de botones del suelo.

—Creo que esto es de tu camisa —dijo Jason mirando la camisa de Jay, sin botones. Los dejó sobre la barra de desayuno.

—¿Qué le ha pasado a tu camisa? —preguntó Parker.

—No preguntes —dijo Jay serio.

—¿No te habías quedado aquí para sacar la basura? —dijo Parker a Paige al ver las botellas vacías que había por todas partes.

—Saqué la basura de la planta de arriba, pero llegó Jay y nos pusimos a hablar...

Parker vio el tanga de Paige destrozado en el suelo y Jay, que siguió su mirada, lo cogió y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

Repartieron los cafés entre los cuatro y los acompañaron con los cruasanes que habían llevado.

—Parece que habéis tenido una noche movida —dijo Jason mirando las medias de Paige, el cinturón de Jay y el vestido que estaban de cualquier manera en el suelo.

—Algo más que movida. Nos hemos acostado hace un rato, recogiendo la basura y demás... —dijo ella.

—Esta nos ha tomado por gilipollas —dijo Parker mirando a Jason sonriendo.

Media hora más tarde llegaron los músicos. Jay no permitió que el cantante estuviera a solas con Paige ni un minuto. Cuando se despidieron, el chico besó a Paige en la mejilla y le dijo que la

llamaría esa semana y ella asintió. A Jay no le hizo mucha gracia oír aquello.

Jay se marchó a casa a ducharse y cambiarse de ropa. Y los otros tres metieron en los coches las fuentes de comida que había sobrado la noche anterior y que les duraría un par de días, y unos cuantos packs de refrescos y cervezas y se fueron a casa.

A medio día se reunieron todos en casa de Charlie para comer juntos. Después de tomar café, Paige dijo que iba a dormir la siesta y Jay y su hija decidieron hacer lo mismo, y se marcharon a casa.

Paige se metió en la cama y cogió el portátil para leer el correo de Jay.

Me ha gustado volver a leer tu correo, ya no me acordaba de lo que decía. Y ahora me he dado cuenta de cuánto echaba de menos tus palabras.

Si no quieres hablarme de tu problema, aunque yo esté implicado, tendré que respetar tu decisión. Así que, no volveré a enfadarme contigo porque no quieras que nos vean juntos. Supongo que algún día, no muy lejano, me hablarás de ello.

Desde que me enviaste tu último correo han cambiado algunas cosas entre nosotros y si estuvimos a solas. Nunca había disfrutado tanto con una mujer como contigo.

No sé si todavía piensas en mí, como hacías antes, pero te aseguro que me gustaría estar en tu mente, como tú estás en la mía, demasiado a menudo.

Estoy seguro de que si estuvieras interesada en mí, me lo dirías abiertamente, como te lo diría yo. Incluso si supieses que iba a rechazarte. Creo que eres una mujer que sabe encajar bien cualquier situación.

Cielo, no hace falta que utilices los correos para tu desahogo sexual. Cada vez que necesites desahogarte sólo tienes que decírmelo y lo arreglaremos para vernos.

¿Cómo pretendes que me olvide de que no existes, fuera de Internet? Después de haber estado contigo, no puedo pensar en otra cosa.

Quiero que seamos amigos, como lo sois Jason y tú. Quiero que podamos tener la suficiente confianza para hablar de cualquier cosa.

Yo no quiero terminar con nuestros correos. Y menos aún, si hablas en serio al decir que vas a encerrarte en casa cuando se vayan nuestros amigos. Al menos nos quedará eso para estar en contacto.

A mí no me interesas como pareja, sólo quiero que seamos amigos. De esa manera tendremos libertad para ver a otras personas y no nos haremos daño.

Eres la mujer más segura de sí misma que conozco, excepto cuando yo estoy cerca, y eso me tiene desconcertado.

Piensa en otro día para que estemos juntos, porque deseo verte a solas de nuevo.

Amigos. Quiere que seamos amigos, para que podamos ver a otras personas..., pensó Paige cuando terminó de leer el correo. Gilipollas.

Paige contestó el correo y lo envió. Luego se metió en la cama.

Jay se despertó de su siesta. Cogió el móvil para comprobar si tenía algún mensaje y al ver el correo de Paige sonrió. Se sentó en la cama apoyándose en el cabecero y lo leyó.

Nos vemos tan a menudo que va a ser difícil para mí, cuando ellos se vayan.

Hablando de correos. Me gustaría que me prometieras que seguirás escribiéndome, aunque sucediera algo terrible. ¿Me escribirías, pasase lo que pasase?

Ningún hombre me ha hecho disfrutar como lo haces tú. Puede que no me mintieras al

decir que me deseabas, porque no creo que nadie pueda fingir tan bien.

Siento no haberte pedido ayuda con la fiesta. Te prometo que el próximo año la organizaremos juntos. Solos tú y yo. Eso, si sigues soltero.

La primera vez que hicimos el amor me compensaste con creces por tu comportamiento en el hotel. Nunca podría haber imaginado que un hombre me haría disfrutar de esa forma. Fue como si conocieras mi cuerpo a la perfección y supieras donde acariciar, besar, morder....

Nunca más te diré que no quiero volver a hacer el amor contigo. Y si lo hago, puedes estar seguro de que miento. Va a ser difícil mantener mis deseos bajo control.

No sé cuál es la razón de sentirme aturdida en tu presencia. Pensaba que era porque te deseaba, pero ya he estado contigo así que, ahora estoy un poco desorientada.

Puede que llegue un día que me odies. Espero que no suceda porque no me gustaría perderte.

No estoy muy segura de que te diría abiertamente si estuviera interesada en ti, porque decirle a un hombre que lo quieres y te diga que él no siente nada por ti, debe ser un palo de la hostia.

¿Me estás diciendo que cada vez que desee estar contigo estarás disponible para mí? ¡¡¡Oh, Dios mío!!! ¿Cómo crees que podría resistirme a eso?

Nunca he dejado de desearte, ni siquiera, después de que me rechazaras en el hotel. Me estaba haciendo la dura contigo. No quería que pensaras que era débil y estaba llorando desconsoladamente. Que es exactamente lo que sucedió, jajaja.

¿Quieres que seamos amigos como lo somos Jason y yo? Pero yo no me acuesto con él. Eso es lo normal aquí, ¿no? ¿Quieres que seamos amigos como lo sois Julie y tú? Así tendrás variedad para elegir, ¿es eso?

Tendré que intentar asimilar la idea que tenéis aquí de la amistad. Puede que tarde un tiempo en procesarla, pero tengo una mente abierta. De hecho, voy a comentarlo con Jason. Tal vez debería probarlo con él...

A estas alturas, creo que ya no podemos comunicarnos sólo como desconocidos en la red. Me temo que, a partir de ahora, nuestros correos van a ser la pura realidad. Cartas entre dos "amigos", jajaja.

Lo de encerrarme en casa sigue en pie. Puede que haya dejado aparcado mi problema a un lado durante estos días, pero sigue ahí.

Ya me has dejado claro que no te intereso como pareja y estoy de acuerdo. Sólo seremos amigos. Pero no olvides que, aunque seamos amigos, no voy a permitir que me hagas daño.

Hasta la noche.

Paige.

Jay terminó de leer el correo y se echó hacia atrás pensando.

Esta chica se me ha metido muy dentro. Deseo verla cada momento del día. Siempre he dejado clara mi posición con las mujeres, y con ella lo he hecho en mi correo. Ahora sabe que no quiero una relación, pero ¿es eso lo que yo quiero? Me ha gustado dormir con ella y despertarme a su lado. Y en la cama es... ¡Dios!, pensó Jay.

Capítulo 14

Cuando Jay y Elizabeth llegaron a casa de Charlie, Jason dijo que los invitaba a todos a cenar como despedida. Y fueron al restaurante de Tom vestidos de manera informal.

Fue una cena inolvidable. Parecían amigos que se conocieran de toda la vida. Estuvieron hablando de todo, contando anécdotas de sus trabajos, de sus relaciones con hombres o mujeres. Incluso Charlie les contó cosas de su mujer que ninguno sabía, ni siquiera su hijo. Elizabeth les contó que estaba locamente enamorada de Nick, el cantante del grupo y que había colocado todos los pósteres del grupo en su habitación.

Cuando pidieron los cafés les pidieron a Tom y a su mujer que se unieran a ellos y, como ya no quedaban clientes aceptaron.

Jay y Paige estaban sentados juntos.

—He leído tu correo. Eres una mujer muy atrevida.

—¿Tú crees?

—Sí —dijo él metiendo la mano por debajo de la mesa para acariciarle el muslo.

—Jay...

—Disimula. Acabo de tener una erección sólo por rozarte.

—Bienvenido al club de la excitación. Yo estoy húmeda sólo por tenerte a mi lado.

—Tengo unas ganas locas de besarte. Y de follarte. Te echo mucho de menos.

—Estuvimos juntos anoche, hasta esta mañana.

—¿Cuándo podremos vernos?

—No lo sé... Jason se marcha mañana a última hora de la tarde.

—Entonces nos veremos mañana, no puedo esperar más. Parker ha dicho que vendrá al aeropuerto con nosotros. Cuando dejemos a Jason, abandonamos a Parker por ahí.

—Pobre Parker —dijo ella sonriendo.

—¿Quieres estar conmigo?

—No hay nada que desee más —dijo Paige susurrándole las palabras al oído.

—Yo tampoco. Iremos al estudio y pasaremos la noche juntos. Y no se te ocurra inventar alguna excusa para no ir. Necesito verte y no voy a esperar más.

—Nada me va a impedir estar mañana contigo.

Después de los cafés, Tom les invitó a unas copas y siguieron hablando hasta entrada la madrugada.

Al día siguiente, sábado, Julie fue a desayunar con una amiga al bar de Tom. Y por supuesto se enteró de que Jay y el resto habían ido a cenar y se habían quedado hasta muy tarde.

Cuando Julie salió de la cafetería llamó a Jay por teléfono, despertándolo, para reprocharle que no la hubiera invitado a ir con ellos la noche anterior y que prefería estar con esas personas que con ella. Le pidió que la llevara a cenar esa noche. Julie no dejaba de llorar y Jay no quería hacerla sufrir, así que le dijo que la recogería a las ocho y media.

Cuando colgó se acordó de la cita que tenía con Paige para esa noche, pero pensó que Julie no se sentía bien y lo necesitaba. Aplazaría la cita con Paige para el día siguiente.

Comieron todos en casa de Charlie. Elizabeth se marchó después de tomar café porque había quedado con sus amigas. Charlie se despidió de Jason porque iba a reunirse con unos amigos y le dijo que podía volver a su casa cuando quisiera. Jay aprovechó que Jason y Parker estaban en la

planta de arriba para hablar con Paige.

—Paige, tenemos que aplazar lo de esta noche. Me ha surgido algo muy importante.

—Vale, no hay problema. Nos veremos otro día —dijo ella sin darle importancia.

Fueron los cuatro al aeropuerto. Cuando regresaron al pueblo Parker dijo de ir a cenar, pero Jay se excusó diciendo que tenía un compromiso. Y Parker y Paige decidieron cenar en casa tranquilos. Pero al decirles Charlie que iba a cenar con unos amigos, Parker le dijo a Paige de salir ellos también.

—¿Quieres cenar en el pueblo o en la ciudad? —preguntó Parker.

—No tengo ganas de ir a la ciudad. Vamos al restaurante de Tom. ¿Cómo quieres que nos vistamos?

—Me gustaría que llevaras algo sexy. No quiero que piensen que he perdido facultades. Y tú eres la chica más guapa del pueblo.

—¿Quieres que piensen que estamos juntos?

—Sólo vamos a cenar. Nadie tiene que saber lo que pasará después. ¿Te preocupa tu reputación?

—No me importa que piensen que salgo contigo. No hay muchos como tú por aquí.

Parker se puso un traje oscuro con una camisa azul y ella un vestido rojo apagado muy ceñido y con un escote muy descarado.

—¡Santo Dios! Estás preciosa.

—Gracias. Las esmeraldas me las regaló Jay.

—Jay tiene buen gusto.

—Sí. ¿Te parece suficientemente sexy?

—Estás fantástica. Lástima que te fijaras en Jay antes de conocerme.

—Sí, es una lástima —dijo ella sonriendo.

Estaban sentados en una de las mesas del restaurante tomando un whisky mientras les preparaban la cena. Jay y Julie entraron en el local. No los vieron hasta que pasaron junto a la mesa en la que estaban sentados.

—Hombre, al final hemos venido a cenar al mismo sitio —dijo Parker levantándose y mirando a Jay, y luego a Julie.

—Hola —dijo Jay algo intranquilo mirando a Parker y dedicándole una rápida mirada a Paige.

—Hola —dijo Paige.

—¿Cenáis con nosotros? —preguntó Parker.

—Si no os importa, preferimos cenar solos. Hace mucho que no nos vemos —dijo Julie—. Hasta luego.

Julie empezó a caminar hacia una de las mesas que estaba vacía. Jay se despidió de ellos y la siguió.

Paige y Parker estuvieron hablando de sus cosas mientras cenaban, sin prestar atención a la mesa donde se encontraba Jay.

Después de tomar café se marcharon. Habían ido caminando y volvieron a casa paseando.

—¿Estás bien?

—Sí. ¡No! Soy una estúpida. Sabes, Jay y yo teníamos una cita esta noche. Íbamos a vernos en el estudio y pasaríamos la noche juntos. Me pidió que no la cancelara por nada del mundo porque deseaba demasiado estar conmigo. Esta tarde me ha dicho que teníamos que aplazar nuestra cita porque tenía que ocuparse de algo muy importante. Pensaba que era trabajo. Pero, eso tan importante era Julie.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa. Soy una gilipollas y una estúpida. Sabes, me dejó muy claro que no quería tener una relación conmigo, que sólo sería sexo y yo estuve de acuerdo. Pero no esperaba que me hiciera esto.

Paige no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas y cogió un pañuelo para limpiarlas.

—Paige, tú no eres estúpida ni gilipollas. El único problema que tienes es que te has enamorado.

—No estoy enamorada.

—Sí lo estás. Vamos a coger el coche e iremos a la ciudad a divertirnos.

—Vale. Supongo que sigues sin querer acostarte conmigo, ¿verdad?

—Cielo, vamos a solucionar esto de una vez por todas. Tú no quieres acostarte conmigo, querrías acostarte con cualquiera que estuviera contigo en estos momentos, porque te sientes dolida.

—Sé sincero. Lo haces porque Jay te advirtió. Seguramente quería acostarse conmigo y te lo dijo. Y ninguno de los dos haríais nada que perjudicara al otro.

—De acuerdo, seré sincero. Si supiera que las otras veces y hoy, me hubieras pedido estar conmigo porque realmente lo desearas, no te rechazaría y Jay me importaría una mierda. Pero tú no quieres estar conmigo, sólo necesitas olvidarte de él durante un rato.

Paige entró en la casa a coger la llaves del coche. Luego subieron al vehículo y se marcharon. Pasaron por delante del pub de Tom cuando Jay y Julie salían y él los vio.

—¿Lo harías? —preguntó Paige.

—¿Si haría qué?

—Si te digo que te deseo desesperadamente y me muero de ganas por estar contigo..., ¿lo harías?

—Puedes estar segura de ello. ¿Quieres que volvamos a casa? —preguntó Parker porque sabía que Paige estaba llorando.

—No, quiero ir a bailar y emborracharme. Le he dejado a tu padre una nota diciéndole que si bebíamos nos quedaríamos a dormir en la ciudad.

—Estupendo.

Eran casi las cinco de la mañana cuando entraron en la habitación del hotel, completamente borrachos. Se desnudaron y se metieron en la cama. Ella se colocó al lado de él y le pasó el brazo por encima del pecho. A los cinco minutos estaban completamente dormidos.

Paige se despertó y al moverse, Parker se despertó también.

—¿Hicimos algo anoche? —preguntó Paige al ver que sólo llevaba las bragas.

—No tengo ni idea, pero teniendo cuenta que llevo puesto el bóxer, supongo que no —dijo Parker sonriendo.

—Menos mal.

—¿Has cambiado de opinión? ¿Ya no quieres acostarte conmigo?

—Sí, he cambiado de opinión. Y te debo una disculpa, o unas cuantas.

—¿Por qué?

—Por pedirte que te acostaras conmigo. Reconozco que quería utilizarte.

—Disculpada.

—Pero que sepas que, cuando ya no sienta nada por Jay, iré a buscarte.

—Estaré esperando ansioso —dijo él sonriendo.

—Tengo un dolor de cabeza..., parece que me va a estallar.

—Yo estoy igual.

—¿Qué hora es?

—La una y cinco —dijo él mirando el reloj.

—Tenemos que ir a casa. Voy a intentar arreglarme el maquillaje para no llamar mucho la atención.

A las dos y cuarto entraron en casa. Se dirigieron al salón porque oían el televisor y supusieron que Charlie estaría allí. Y se encontraron con el hombre y con Jay.

—Hola, Jay —dijo Parker.

—Hola.

—Hola —dijo ella acercándose a Charlie para besarle.

—Casi venís, ¿qué os ha pasado?

—Anoche nos acostamos muy tarde y nos hemos despertado después de la una —dijo Paige.

—¿Lo pasasteis bien? —preguntó Charlie.

—Sí, genial.

—Hemos traído la comida —dijo Parker.

—Esperaremos a que llegue Elizabeth —dijo Charlie.

—Entonces voy a ducharme —dijo Paige.

—Yo También —añadió Parker.

Jay sintió una rabia incontrolable en su interior porque pensaba que habían pasado la noche juntos. Y estaba furioso consigo mismo, porque toda la culpa había sido suya. De todas formas no podía culpar a Paige, porque él había hecho el amor con Julie la noche anterior.

Paige estuvo amable con Jay durante la comida, nadie podría decir que estaba enfadada, ni siquiera molesta, con él.

Jay y Paige fueron al aeropuerto a llevar a Parker, y ella lloró al despedirse.

Cuando volvían al pueblo ninguno de los dos hablaba. Paige se limitaba a mirar por la ventanilla y Jay a conducir.

—¿Te has acostado con Parker?

—Estás de broma, ¿no? —dijo ella girando la cabeza para mirarlo.

—¿Por qué iba a bromear?

—¿Pero tú de qué vas? ¿Crees que tienes algún derecho sobre mí porque nos hayamos acostado? Sólo ha sido sexo.

—¿Eso ha sido para ti? —preguntó él enfadado.

—¿Ha sido algo más?

—Yo pensaba que sí.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? Ayer, cuando cancelaste nuestra cita, pensé que era por asunto de trabajo. Pero ese no era el asunto, ¿verdad? A mí me importa una mierda que estés con tu novia o con doscientas mujeres más, pero podías haber sido un poco más discreto, así no me habría enterado y no habría sabido que cancelaste la cita conmigo, porque te apetecía más estar con ella.

—Yo no te dije que fuera un asunto de trabajo.

—Tienes razón, lo malinterpreté. Escucha, no estoy enfadada contigo, sólo un poco molesta. Todavía no he podido asimilar eso de los *amigos con derecho a roce*. No voy a juzgarte porque hayas preferido estar con ella. Pero no he podido dejar de pensar en lo que me dijiste, que querías ser mi amigo, como lo era Jason y poder confiar el uno en el otro. Y no parece que confiaras mucho en mí al cancelar nuestra cita sin una explicación. Sabes, no tiene sentido seguir dándole vueltas al asunto. Olvídalo.

—¿Quieres que vayamos al estudio a hablar? —preguntó Jay cuando detuvo el coche en la puerta de la casa.

—No, no tenemos nada más que decirnos.

—¿Te has acostado con Parker?

—Tú y yo no tenemos una relación, de manera que no tengo que darte explicaciones de mi vida sexual, y tú tampoco. Pero es tu amigo y creo que debes saberlo para que no pienses mal de él. No me acosté con él. De todas formas, yo no soy como tú. Cuando estoy con un hombre, no me acuesto con otro hasta que termino con él. Supongo que a ti no te preocupa tener relaciones sexuales con varias mujeres, al mismo tiempo.

—Hasta ahora había sido así, pero he de admitir que me gusta mucho estar contigo.

—Parece ser que no lo suficiente como para tener una exclusividad temporal. Quiero salir de dudas. ¿Te acostaste anoche con ella?

—Sí.

—Tengo que entrar en casa —dijo ella acercándose a él y abrazándolo fuertemente.

Jay supo, por esa despedida, que no volverían a estar juntos. Eso lo aterró.

Desde que Jay la había conocido, pensaba que sólo la deseaba, pero ya se había acostado con ella y su deseo no había disminuido. El interés por Paige había aumentado en los últimos días, al pasar tanto tiempo juntos, aunque no estuvieran solos. Pero no dejaba de sentir temor por si se enamoraba de ella y ella no le correspondía. Nunca antes había sentido por nadie lo que sentía por Paige. Deseaba verla más a menudo, porque la echaba de menos cuando no estaba cerca. El sexo con ella era fantástico, era una mujer desinhibida y disfrutaba del placer. El tener un sexo tan excitante lo confundía hasta hacerle pensar que eso era lo único que deseaba de ella.

Jay se despertó temprano, pero Elizabeth seguía dormida. Ese día empezaban las clases después de las largas vacaciones de verano. Y Jay tenía que volver al trabajo tras sus días de ocio. Se metió en la ducha y luego se vistió. Bajó a la cocina y, como era temprano, decidió contestar al correo de Paige que tenía pendiente mientras su hija bajaba. Iban a ir a desayunar porque en casa no había comida.

Cuando terminó de escribir el correo lo envió y cerró el portátil.

Ese día todo iba a volver a la rutina para Jay y para su hija. Para Paige sería diferente. Su relación física con Jay había terminado y había dado paso a su encierro en casa. Se había prometido a sí misma que no volvería a salir a la calle sola. Ahora ya no estaban sus amigos y tenía que evitar, por todos los medios, encontrarse con Jay. Se centraría en el trabajo, que ya era hora de retomarlo seriamente.

Paige había quedado a las nueve con el electricista en el estudio para sacar los farolillos de la fiesta y le pidió a Charlie que la acompañara para ayudarla a sacar las telas que decoraban los techos.

A las doce el estudio estaba como antes de la fiesta. Paige le pidió a Charlie que comprara unas cosas y el hombre se marchó, después de dejarla en casa.

Después de comer y tomar café, Paige se instaló en su mesa de trabajo. Elizabeth pasó a saludarlos cuando volvió del instituto y Paige aprovechó para darle las llaves del estudio para que se las diera a su padre.

Paige subió a su habitación a la una de la mañana. Se sentó en la cama, cogió el portátil y leyó el correo de Jay.

Hola.

Pensé que después de estar contigo ya no volvería a pensar en ti, es lo que suele

ocurrirme con las otras mujeres pero, por alguna razón que desconozco, sigues ocupando mi mente la mayor parte del día.

El próximo año organizaremos la fiesta de mi hija juntos, porque no estaré casado. Me temo que, mientras viva en Alaska, no podré casarme, ya que le prometí a Elizabeth que no me casaría con nadie del pueblo.

Sé que te gusta el estudio y he decidido hablar con mi hija para que te lo alquile. Aunque estoy seguro de que no te cobrará. Quiero que vivas allí y no te marches de Alaska.

Amigas sólo tengo a Julie y sí, me acuesto con ella, pero eso no hace que dejemos de ser amigos. De manera que sí, me gustaría que tú y yo fuéramos amigos, con derecho a roce, como tú lo llamas. Y espero que no hayas hablado con Jason sobre este asunto. No te has acostado con él, ¿verdad?

Voy a respetar lo de tu encierro, porque ha sido tu decisión. Pero podemos vernos algún día que tengas que ir a la ciudad. Sé que te preocupa que nos vean juntos, pero podemos quedar en un hotel y encontrarnos allí, nadie lo sabría. Cenaremos en la habitación y luego disfrutaremos toda la noche. Deseo estar contigo.

No te odiaré jamás, hagas lo que hagas, te doy mi palabra. Y no volveré a hacerte daño, confía en mí.

Piensa en mí durante tu encierro. Yo pensaré en ti.

Jay

Paige se despertó temprano al día siguiente, era martes, su segundo día de encierro. Estaba cansada porque no había podido dormir bien, pensando en Jay. Cuando Charlie bajó a desayunar ya lo tenía todo dispuesto en la mesa.

Después de desayunar fue al despacho a trabajar. Su día no fue diferente al anterior.

Cuando terminaron de cenar llamó a Elizabeth y hablaron un rato. Luego subió a su habitación dispuesta a acostarse. Estaba cansada por no haber dormido la noche anterior, así y todo, cuando se metió en la cama decidió contestar al correo de Jay. Volvió a leerlo y le llamó la atención que el le dijera que le gustaban las cartas, así que pensó en escribirle una, a la antigua usanza, en vez de usar el correo electrónico. Se levantó y bajó al despacho, se sentó a la mesa y escribió la carta. La metió en un sobre y escribió el nombre de Jay en él y en una esquina había escrito *personal*.

Paige se levantó muy temprano al día siguiente, como venía haciendo últimamente. A las seis y media de la mañana salió a correr con la música de su iPod muy alta, para concentrarse sólo en correr. Charlie seguía acostado cuando volvió a casa. Se duchó y bajó a preparar el desayuno. Mientras desayunaban Charlie le dijo que irían a tomar café cada día y darían un paseo después de cenar, porque pasaba muchas horas sentada en el despacho.

Después de desayunar, Paige llamó a una empresa de entrega rápida para que recogieran la carta de Jay. Sí, había decidido escribir una carta en papel, pero cambiaría el sistema de envío. Les dio la dirección de la inmobiliaria de Jay y le dijeron que la recibiría en una hora.

La secretaria de Jay le llevó la carta al despacho y le dijo que la habían entregado por servicio urgente. Cuando la chica salió Jay abrió el sobre y la leyó.

Hola, Jay

Como en tu correo dijiste que te gustaban las cartas, he pensado enviarte una genuina, aunque no haya empleado el sistema tradicional de correos. Pero no te acostumbres, porque sólo recibirás esta.

Supongo que tu hija te daría las llaves del estudio. Gracias por todo.

Tengo que decirte que, desde que nos vimos la última vez, no me he permitido pensar en ti ni un solo instante. Esa ha sido la razón de no contestarte hasta ahora. Voy a ver si consigo que los días trascurren sin tenerte presente en mi mente, excepto cuando me vaya a la cama por la noche, que he decidido que será el momento que dedique a leer y escribir tus correos.

Ha terminado mi tercer día de reclusión y, bueno, no ha sido tan duro como esperaba.

Charlie se encarga de comprar las cosas que necesitamos y yo me centro en el trabajo durante todo el día, como si realmente estuviera en mi despacho de Nueva York. Sólo que, me siento sola. Allí solía hablar con mis compañeros y mi jefe y el tiempo se me pasaba rápidamente.

Me alegro de estar en tu mente la mayor parte del día, así sabrás lo que he sentido yo desde que te conozco. Ahora he encontrado algo de paz al alejarte de mis pensamientos. Te he cambiado por el trabajo. No es fácil, ni tan agradable, pero creo que lo estoy consiguiendo. Procuero estar ocupada para que no aparezcas en mi mente. Pero las noches... ¡Dios! Las noches son horribles. Cuando leo o contesto tus correos, luego no puedo conciliar el sueño, porque mi cabeza y mi cuerpo están saturados por mis recuerdos contigo.

Bueno, si le prometiste a tu hija que no te casarías con nadie del pueblo, puedes hacerlo con alguien de la ciudad, de todas formas pasas más tiempo allí. O puedes casarte con alguien que conozcas en tus viajes de negocios. ¿Por qué le prometiste algo así?

Puede que fuera buena idea que no nos escribiéramos durante mi encierro. No puedes imaginar lo duras que son las noches para mí porque no puedo dormir pensando en ti.

Últimamente echo de menos vivir en Nueva York. Allí pasaría desapercibida y el problema que tengo aquí, no me preocuparía en absoluto.

Me has dado tu palabra de que nunca me odiarás. Haz una nota con letras muy grandes en la que diga “nunca la odiaré” y colócala en un lugar en el que puedas verla a diario, para que no lo olvides, cuando realmente me odies, porque puede que llegue ese día.

Nunca me he declarado a ningún hombre, pero si alguna vez lo hiciera y me diera calabazas, sería bochornoso. Aunque supongo que sería algo similar a lo que me sucedió contigo en el hotel, así que, ya tengo una referencia.

Gracias por decir que estás disponible para mí, pero creo sinceramente que lo mejor es que sigas con tu vida. Tienes otra amiga con derecho a roce, de manera que no me necesitas. Y, si te soy sincera, ya no estoy segura de querer ser tu amiga.

Te agradezco lo del estudio, pero ahora ya no estoy interesada.

No me acosté contigo porque necesitaba estar con un hombre. Lo hice, porque necesitaba estar, precisamente contigo.

No, no me acosté con Jason. Entre él y yo hay algo demasiado importante para fastidiarlo.

Tu proposición de vernos en la ciudad es muy tentadora. Me gusta que me propongas cosas indecentes pero, de momento, creo que voy a pasar. Aunque, si llega un día que no pueda soportar estar sin verte, te lo haré saber para que nos veamos. Eso si sigues estando disponible, claro.

En cuanto a lo que has dicho de que “no volverás a hacerme daño”, inclúyelo en la nota esa que tienes que tener a la vista, porque puede que llegue el día que quieras

hacérmelo. Aunque, estoy recluida para evitar ambas cosas.

No puedes imaginar cuánto te deseo en este momento.

Cuídate.

Paige.

Después de leer la carta Jay le contestó y le dio el sobre a su secretaria para que lo enviara por el mismo sistema que había usado Paige.

Paige recibió la carta en casa a las cuatro de la tarde, pero no la abrió hasta que se retiró a su habitación por la noche. Entonces la leyó.

Hola, preciosa.

Ha sido una grata sorpresa recibir tu carta. Tienes una letra muy bonita.

Te contesto, utilizando el mismo servicio que tú has utilizado, porque he pensado que también te gustaría recibir, al menos una.

Sí, Elizabeth me dio las llaves del estudio. Me habría gustado ir a ayudarte a sacar los adornos de la fiesta, pero supongo que no querías verme.

No me ha gustado que me dijeras que no has pensado en mí los últimos días. A mí me sucede todo lo contrario, y creo que te deseo más que nunca.

No digas que nuestros correos son ridículos, porque yo he disfrutado con cada uno de ellos. Y a estas alturas, si me faltaran, los echaría muchísimo de menos.

No sé cómo has soportado tenerme en tu mente durante tanto tiempo. Yo hace poco que pienso en ti y es horrible, no me puedo concentrar en el trabajo y sólo puedo pensar en las veces que hemos estado juntos, recordando cada momento.

Le prometí a mi hija que no me casaría con Julie, porque no le cae bien. No sé por qué pensó que me casaría con ella.... Pero luego lo amplió e hizo que le prometiera que no me casaría con nadie del pueblo. Aunque tengo que añadir que hizo una excepción. Dijo que no le importaría que me casara contigo. Así que ya ves, le prometí que no me casaría con nadie del pueblo, excepto contigo.

La próxima vez que nos veamos tendremos una cita en toda regla, cena, copa y sexo. Así tendremos tiempo de hablar sobre nosotros para conocernos un poco más.

Bien, escribiré esa nota con las dos promesas y la tendré a la vista.

No pienso seguir con mi vida, sin ti, y no quiero que me apartes de la tuya. Es cierto que tengo a Julie y a algunas amigas a las que veo de vez en cuando, pero te aseguro que, en cuestión de sexo, no están a tu altura. Aunque para una necesidad no están mal, disfrutamos mutuamente. Y me gusta Julie, me divierto con ella.

Dijiste que cuando te acuestas con un hombre, lo haces durante un tiempo y no estás con ningún otro hasta que termináis. No olvides que ahora estás conmigo y no hemos terminado.

Me pregunto si tu reclusión tiene que ver con esas dos frases que tengo que tener a la vista. He decidido ponerlas en la pared de mi despacho.

Me alegro de que me desees. Podríamos vernos esta noche, si quieres.

Espero verte pronto.

Jay.

Paige se echó sobre la cama con la carta sobre el pecho y dejó volar su imaginación durante unos minutos. Luego la contestó, esta vez por correo electrónico.

Jay estuvo ocupado toda la mañana y después de comer, cuando volvió a su despacho comprobó los correos, vio que tenía uno de ella y lo leyó.

Hola, bombón.

Para mí también ha sido una sorpresa recibir tu carta. Tienes una letra bonita, firme, elegante y sexy.

Por las mañanas acostumbro a ir a correr temprano. Paso mucho tiempo sentada en el despacho y necesito hacer ejercicio. Charlie me obliga a salir todas las tarde a tomar café y por las noches damos un paseo después de cenar. La verdad es que me sienta bien porque necesito desconectar de ti, pero también del trabajo.

Tu hija suele pasar por casa cuando vuelve del instituto y merendamos juntas. Es agradable tenerla conmigo. Me gusta hablar de sus estudios y escuchar sus problemas de adolescente. Ahora está enamorada de un profesor que hay nuevo. A mí también me sucedió lo mismo cuando estaba estudiando. El problema es que, como os parecéis tanto, al mirarla te veo a ti y hace que vuelvas a mi mente. Pero no me importa porque, estar con ella lo compensa.

Te aseguro que lo que pienso en ti por la noche cuando me acuesto es tan intenso, que vale como si pensara en ti todo el día. Anoche me masturbé pensando en ti y disfruté imaginando tus manos y tus labios recorriéndome el cuerpo. Es increíble lo que es capaz de hacer la imaginación, jajaja. Tal vez debería comprar un vibrador.

Tiene gracia que tuvieras que prometerle a tu hija que, de todas las mujeres del pueblo, sólo te casarías conmigo. Con la única que nunca te casarías.

Echo mucho de menos a Jason. Con él solía hablar de todo, ya fuera trabajo, hombres... Venía a casa cuando me sentía un poco triste y salíamos a divertirnos, o simplemente nos quedábamos en casa hablando o viendo una película. Él siempre hacía que me olvidara de mis problemas.

También echo de menos mi trabajo, y a mi jefe. Y mi casa, la libertad e independencia. Echo de menos tantas cosas que a veces me pregunto por qué sigo aquí.

Lo de la cita me parece bien, pero no olvides que no pueden vernos juntos.

¿Me estás comparando con tu novia o con las otras? Por cierto, me alegro de que te guste Julie y te diviertas con ella.

¿Me estás pidiendo que no vea a otro hombre mientras me acueste contigo? Tú y yo no tenemos ninguna relación y no hemos firmado ningún acuerdo de exclusividad.

Acabo de darme cuenta de que eres muy posesivo y tengo que aclararte que yo no soy tuya. No te pertenezco. ¿Tengo yo algún derecho sobre ti?

Buenas noches.

Paige

Jay terminó de leer el correo y se quedó allí sentado, pensando en las últimas palabras de Paige. Ella tenía razón, era muy posesivo. Estaba celoso y no quería ni pensar que otro hombre la tocara. Contestó al correo y siguió con el trabajo.

Paige leyó el correo por la noche en la cama.

Hola.

Gracias por lo de bombón.

Me gustaría ser yo quien te acompañara en esos paseos después de cenar. Podríamos ir caminado hasta algún sitio oscuro donde pudiéramos meternos mano.

Ya sé que mi hija va a tu casa cuando vuelve del instituto, y también que habláis por teléfono algunas noches. Me alegro de que te cuente sus problemas, nadie mejor que tú para aconsejarla. Lástima que no resuelvas los tuyos propios.

¡Madre mía! La semana pasada estaba enamorada del cantante de su fiesta y ahora de un profesor... ¿He creado un monstruo?

Me alegra que anoche disfrutaras pensando en mí, eso me honra. Esta noche lo intentaré yo.

¿Por qué has dicho que eres la única con quien no me casaría?

¿Un vibrador? ¿No crees que deberíamos vernos y olvidarte de eso? Yo me encargaré de que disfrutes más que con un aparato eléctrico. Pero, por favor, si vas a comprarlo, no lo hagas en el pueblo o al día siguiente será de dominio público. ¿Quieres que te conozcan como “la chica del vibrador”?

Siento que echas tanto de menos vivir en Nueva York. Si quisieras podría sustituir a Jason haciendo que te diviertas y olvides tus problemas. Dime por qué sigues aquí.

No me gusta que estés triste, y parece que lo estás.

Acordamos que seríamos amigos, como lo sois Jason y tú, de manera que, ¿por qué no hablas conmigo como haces con él? Me gustaría que saliéramos de vez en cuando y pasar tiempo juntos para conocernos.

En cuanto a la cita, yo me encargaré de organizarlo todo.

Es cierto que no hemos firmado ningún acuerdo de exclusividad, tal vez deberíamos hacerlo. Aunque todo dependerá de tu encierro, porque si se alarga mucho...

¿Te importa que me acueste con Julie o con otras?

Espero verte pronto.

Jay.

¿Si se alarga mucho mi encierro?, pensó Paige repitiendo las palabras de Jay. Supongo que significa que no me esperaría. ¡Que se joda! Por mí, como si quiere acostarse con mil mujeres.

Paige se reafirmó en ese instante que para Jay, la relación que mantenían era estrictamente sexual. Contestó el correo, cerró el ordenador y se metió en la cama.

Jay leyó el correo de Paige al día siguiente mientras comía en el restaurante.

Hola, sexy.

Me ha gustado eso de ir a algún sitio oscuro para meternos mano.

Mi problema también lo resolveré, a su debido tiempo.

Elizabeth no tiene nada de monstruo, su comportamiento es el normal en alguien de su edad.

¿Vas a masturbarte pensando en mí? Eso me gusta.

No sé porque he dicho que soy la única con quien no te casarías. Puede que sea porque yo no me casaría contigo.

Precisamente necesitaría tener un vibrador, porque no puedo tenerte a ti. No poder estar contigo, o simplemente verte, me está volviendo loca.

¡La chica del vibrador! Madre mía, eso sería horrible. Si me decido a comprarlo lo haré en la ciudad. Tengo que ir a conocer a un cliente uno de estos días, así que aprovecharé el viaje.

Sé que tú y yo somos una especie de amigos. Pero no compares lo nuestro con lo que tenemos Jason y yo. Nos conocemos sólo desde hace un par de meses. Y con lo que ocurrió

cuando anulaste nuestra cita para ver a tu novia... Dijiste que querías la misma confianza que yo tengo con Jason. ¿Sabes lo que significa confianza?

Puede que llegue el día en que podamos salir, como has mencionado, sin que me preocupe el que nos vean, pero de momento no es posible.

¿Me preguntas por qué sigo aquí? En primer lugar, porque no me gusta rendirme. Les dije a las personas que conozco que me iba a vivir a Alaska y no quiero que piensen que he durado sólo un par de meses. En segundo lugar, por tu hija. La echaría muchísimo de menos. Y en tercer lugar, puede que también te echara de menos a ti. Aunque para lo que nos vamos a ver, podríamos vivir perfectamente a miles de kilómetros. Pero el sexo contigo es increíble y sólo por volver a estar contigo, aunque sea muy de tarde en tarde, sería una poderosa razón a tener en cuenta.

Dejaré la cita en tus manos. Te diré cuando me viene bien para que te organices.

No me importa que te acuestes con Julie ni con otras. Y me imagino que a ella tampoco le importará que tú lo hagas conmigo. Eso es lo normal por aquí, ¿no?

Cariño, no voy a firmar ningún acuerdo contigo, me gusta demasiado mi libertad.

No me ha quedado del todo claro lo que has querido decir con que "si se alarga mucho mi encierro", pero si es lo que pienso, tengo que decirte que eres un hombre libre, como yo, y puedes hacer lo que te plazca, con quien quieras, no tienes que esperar por mí, yo no te lo he pedido y nunca lo haré. Creo recordar que te dije que siguieras con tu vida y yo seguiría con la mía.

Te dejo. Buenas noches.

Paige.

Jay no se sintió bien después de leer el correo. No le gustaba la indiferencia que Paige demostraba por él, cuando no se trataba de sexo. Después de contestar al correo salió del despacho y fue a tomar un café a una cafetería bastante alejada del trabajo, porque quería pasear para aclarar sus ideas y sus pensamientos.

Paige recibió un paquete esa tarde. No había comprado nada por Internet y no esperaba nada de Nueva York. Sospechó que era de Jay y lo subió a su habitación, ya lo abriría por la noche.

Cuando llegó el momento y lo abrió se encontró con la foto de un vibrador color violeta en el frontal de la caja y no pudo menos que reír. Leyó la nota que lo acompañaba.

Si deseas esto a estar conmigo..., que lo disfrutes. Lee las instrucciones no vayas a electrocutarte.

Paige volvió a reírse. Se sentó en la cama dispuesta a leer el correo de Jay.

Hola, preciosa.

Espero que estés disfrutando de tu encierro. Supongo que será así ya que no he recibido noticias tuyas diciéndome cuando quieres que nos veamos.

Anoche me masturbé pensando en ti, no lo hacía desde el instituto y fue interesante revivir recuerdos.

¿Por qué no me llamas y quedamos para tomar una copa después del trabajo? Puede acompañarte Charlie, si quieres, así no estaremos solos. No es lo que deseo, pero me conformaré con verte y hablar un rato contigo.

¿Te has planteado en algún momento salir conmigo, como pareja? Me da la impresión

de que has pensado detenidamente las razones por las que no te casarías conmigo.

No sabes cuánto te deseo. Quiero volverte loca. Quiero que cuando termine contigo, te sientas tan dolorida y exhausta, que no puedas olvidarte de mí en mucho tiempo.

Podríamos vernos el día que quedes con tu cliente. A no ser que entre en tus planes acostarte con él.

Sé que la cagué cuando cancelé nuestra cita. Esa mañana Julie me llamó reprochándome que no la hubiera invitado a cenar con nosotros la noche anterior. Se puso a llorar y..., pensé que me necesitaba. Lo siento.

No me ha gustado mucho eso de ser tu tercera opción para permanecer en Alaska. ¿Sólo me echarías de menos por el sexo?

Ya sé que eres libre y no me perteneces. Al igual que yo tampoco te pertenezco a ti.

Me alegra que no te importe que me acueste con Julie o con otras. Y a ellas no las informo de con quien me acuesto. Eso es asunto mío.

En cuanto a lo de la exclusividad, yo tampoco estoy interesado. A mí también me gusta mi libertad.

¿Eso es lo que quieres? ¿Quieres que siga con mi vida, sin incluirte en ella?

Sin despedida. Sin un adiós ni un hasta pronto, pensó Paige antes de ponerse a escribir la contestación.

Al día siguiente era sábado. Mientras Paige y Charlie desayunaban, el hombre le dijo que esa noche la invitaría a cenar. Ella se alegró, porque empezaba a sentirse como una prisionera en su propia casa.

Jay leyó el correo tan pronto se despertó.

Hola, guapísimo.

No creas que estoy disfrutando, mi encierro me está volviendo loca. Y te equivocas, porque verte es lo que más deseo. Yo también echo de menos estar contigo. La espera se me está haciendo insoportable.

Gracias por tu regalo. Nunca he usado un vibrador y no sé cómo me sentiré.

Charlie me riñe por no salir, dice que tengo que divertirme. El problema es que no quiero salir a divertirme con nadie, que no seas tú.

Seguiré encerrada hasta que no pueda soportarlo más, y entonces te buscaré. Dijiste que siempre estarías disponible para mí. Sólo faltaría que fuese a buscarte y entonces me dijeras que sales con alguien, ese sería un buen motivo para suicidarme.

Me sucede algo gracioso. Me siento feliz porque es viernes, como cualquier trabajador con el fin de semana libre por delante. ¡Menuda gilipollas estoy hecha! Nada cambiará para mí el fin de semana.

Cualquier mujer desearía salir con alguien como tú, y yo no voy a ser una excepción. Así que, sí, en algún momento me he preguntado cómo sería salir contigo, como pareja. Pero deseché la idea rápidamente. No quiero complicarme la vida.

Me atrae la idea de que me dejes dolorida de tanto disfrutar. Tío, eres increíble follando. Ya salió mi vena romántica, jajaja.

¿Crees que me acuesto con mis clientes? Porque, la idea de que pienses eso, no me gusta en absoluto. Mis clientes son trabajo. Y sólo por pensar eso de mí ya no me apetece verte. ¿Y crees que, precisamente tú, que te acuestas con otras, tienes algún derecho sobre mí? Si no te conociera pensaría que estás celoso.

No es que seas la tercera opción, es cuestión de un orden en una lista. Pero te diré que, echaría de menos el sexo contigo; echaría de menos tus correos; y echaría de menos verte y sentir lo que experimenta mi cuerpo cuando estás cerca.

En alguna ocasión me he parado a pensar en las cosas que no me gustan de ti. Y me ha sorprendido encontrar, NADA. No hay nada que me disguste de ti. Sé que no hay nadie perfecto, pero si hubiese un hombre perfecto, ese serías tú.

Puede que te guste hacer el amor conmigo y no quieres que nadie más lo haga... y en ese caso no se podrían llamar celos, porque los celos aparecen sólo cuando hay amor por medio. Sería más bien como si quisieras poseerme, en exclusiva. Pero eso ha quedado claro que no sucederá entre nosotros.

Y esto me lleva a cuestionarme una pregunta. ¿Por qué yo estoy al corriente de que te acuestas con tu novia y ella no sabe que te acuestas conmigo? ¿Soy menos que ella?

Jay, haz lo que quieras con tu vida, esté yo en ella o no. Si lo pienso detenidamente, para mí sería un gran alivio que no quisieras volver a verme. Eso acabaría con mi encierro.

Te dejo. Voy a pensar un rato en ti.

Paige

Capítulo 15

Paige llevaba un vestido rojo camión de bombero estrecho, con los hombros caídos y por encima de la rodilla y Charlie vestía traje. Había sido él quien decidió que irían arreglados, porque Paige no se preocupaba de su aspecto últimamente y quería que eso cambiara. Llegaron al restaurante de Tom y se sentaron en una de las mesas.

Jay y Julie estaban en el restaurante. Jay los vio llegar porque estaba en la mesa de cara a la que habían ocupado ellos. De repente se sintió intranquilo y se maldijo por no haber llevado a Julie a cenar a la ciudad. Lo último que deseaba era que Paige lo viera con otra mujer.

Charlie y Paige estaban mirando las cartas para elegir la cena cuando el móvil de Paige sonó en el bolso. Al ver que era Elizabeth contestó.

—Hola, cariño.

—Hola, Paige.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, es sólo que mi padre ha salido a cenar y me ha dicho que pasaría la noche fuera, y me preguntaba si te importaría que me quedara con vosotros.

En ese momento Paige se dio cuenta de la presencia de Jay y de Julie y se le aceleró el pulso. Las miradas de Jay y ella se encontraron y Paige la retiró rápidamente.

—Claro que no me importa, ¿has cenado?

—No, iba a prepararme algo ahora.

—Charlie y yo acabamos de llegar al restaurante de Tom, íbamos a pedir la cena. Voy a recogerte, tengo el coche en la puerta.

—Vale.

—Charlie, voy a por Elizabeth. Por lo visto Jay ha salido y le ha dicho que pasará la noche fuera y se quedará en casa con nosotros.

Paige se levantó, se puso el abrigo y cogió el bolso. Luego se marchó.

Jay pensó que se había ido porque los había visto. Le dijo a Julie que iba a saludar a Charlie y se levantó. Julie se volvió para mirar hacia la mesa donde estaba el hombre solo.

—Hola, Charlie.

—Hola, Jay, no sabía que estabas aquí.

—He venido a cenar con Julie. He visto a Paige marcharse. ¿Vas a cenar solo?

—No, volverá enseguida. Tu hija acaba de llamarla para decirle que pasarías la noche fuera y quería saber si podía quedarse con nosotros. Ha ido a recogerla.

—Entonces te dejo.

Jay volvió a su mesa maldiciéndose porque Paige supiera que iba a pasar la noche con Julie. *¿Qué importa? ¿No me dijo que siguiera con mi vida?*, pensó Jay intentando no sentirse culpable.

Paige y Elizabeth se acercaron a la mesa y se sentaron.

—Tu padre y Julie están allí —dijo Charlie.

La chica miró hacia la mesa que Charlie le indicó y saludó a su padre con la mano.

Paige no lo miró en todo el tiempo que permanecieron allí. Se sentía contrariada.

A la mañana siguiente, Charlie les dijo a las dos, mientras desayunaban, que iba a ir a pescar con unos amigos y que no volvería hasta el martes por la noche.

La chica se marchó después de desayunar y Charlie lo hizo una hora después.

Paige pasó la mañana en el despacho. Vio que tenía un correo de Jay, pero no lo leyó y posiblemente tampoco lo leería esa noche. Se planteó seriamente apartarlo definitivamente de su vida. Pensó que Jay, aunque no lo supiera, estaba enamorado de Julie.

Estaba cansada de estar encerrada en casa. Intentaba centrarse en el trabajo, pero no podía apartar de su mente la imagen de Jay y Julie, juntos. Sabía que le gustaba Jay, ¿a quién no? Pero lo que ella sentía era algo diferente, algo que jamás había experimentado. Estaba sufriendo por un hombre que no sentía lo mismo que ella.

No pudo comer nada al mediodía. Sus pensamientos daban vueltas en su cabeza, atormentándola sin descanso.

Por la noche se comió un bocadillo y luego salió a dar un paseo por la playa. Se sentó en un banco, mirando al mar, y permaneció allí intentando no pensar en nada, sin conseguirlo. A las diez y media se levantó porque estaba congelada y caminó hacia la calle principal. Jay y su hija volvían de cenar en la ciudad.

—Para, papá.

—¿Qué pasa? —dijo él deteniendo el coche.

—Es Paige —dijo ella abriendo la puerta y bajando del vehículo.

La chica atravesó la calle corriendo hasta ella.

—Hola, cariño.

—¿Qué haces por la calle a estas horas?

Jay había dado la vuelta en la calle y había parado junto a ellas. Bajó la ventanilla para oírlas.

—He ido a pasear por la playa y me he sentado un rato en uno de los bancos. He estado todo el día trabajando y necesitaba despejarme.

—¿A la playa? ¿Con este frío?

—Sí, hace un frío de narices. Me voy corriendo a casa a sentarme junto a la chimenea.

—¿Por qué lloras?

—Puede que porque se acerca el invierno y estoy aterrada.

—Subid al coche —dijo Jay a través de la ventanilla.

—Iré andando, gracias.

—¡Sube al coche! ¡Maldita sea! Estás congelada.

Paige subió en el asiento trasero, cerró la puerta y miró por la ventanilla. No tardaron ni dos minutos en llegar. El coche se detuvo en la puerta de la casa. Paige abrió la puerta y bajó.

—No deberías salir sola a estas horas —dijo Jay.

—Esto no es Nueva York. Gracias por traerme.

—De nada.

—Te veré mañana —dijo Paige a Elizabeth.

Pasaron los días y Jay seguía esperando la contestación de Paige. El viernes, cuando terminó de cenar fue a casa de Charlie. Detuvo el coche en la puerta y permaneció allí unos minutos, indeciso de si entrar o no. Pero necesitaba saber la razón por la que ella no le había contestado a su último correo, después de casi una semana.

Bajó del coche, caminó hacia la puerta y llamó.

—Hola, Jay.

—Hola, Charlie. ¿Vas a salir? —preguntó al ver que llevaba la chaqueta puesta.

—Voy a tomar una copa, pero pasa. ¿Sucede algo?

—Quería hablar con Paige. ¿Está en casa?

—Siempre está en casa. Ha subido hace unos minutos a acostarse.

—¿Te importa que suba un momento?

—Por supuesto que no, ya sabes cual es su habitación.

—Gracias.

—Jay —dijo el hombre mientras abría la puerta para salir—. Esta semana no se ha encontrado muy bien. No la hagas enfadar, por favor.

—Esa no es mi intención.

—Bien, me marcho —dijo Charlie abandonando la casa.

Jay subió a la planta superior. Paige había salido de la ducha hacía unos minutos y estaba poniéndose crema en las piernas, sentada en la cama. Jay llamó a la puerta.

—Pasa, Charlie.

Cuando Paige levantó la mirada y lo vio se quedó paralizada. Jay la miró de la cabeza a los pies. Tenía el pelo mojado, iba descalza y estaba envuelta en una toalla, no demasiado grande. Jay sintió deseos de abalanzarse sobre ella.

—Hola —dijo Paige tímidamente—. ¿Qué haces aquí?

Jay se sentó en la cama junto a ella.

—He venido a preguntarte por qué no has contestado a mi correo. Aunque tal vez debería preguntarte si lo has leído.

—No lo he leído, he tenido mucho trabajo y no he tenido tiempo —dijo ella terminando de ponerse crema en las piernas y en los pies.

—Has tenido tiempo cada día para estar con mi hija, y también has tenido tiempo para hablar con ella por teléfono. Has tenido tiempo para ir a correr y para salir a pasear con Charlie. ¿No has podido dedicar cinco minutos de tu tiempo para leerlo?

—De acuerdo, tienes razón. Esta semana no me he sentido muy bien y no me apetecía leer ni escribir. Lo leeré esta noche. ¡Qué demonios! Te dije en una ocasión que te contestaría cuando quisiera, y esta semana no he querido. ¿Algún problema?

—Es por lo del sábado pasado, ¿verdad?

—¿Qué?

—Me viste en el restaurante con Julie y sabías por mi hija que no iría a dormir a casa.

—¿Crees que iba a importarme eso?

—Creo que estás cabreada conmigo, precisamente por eso.

—No seas engreído.

—¿Tú me dices a mí que soy posesivo contigo? Me da la impresión de que tú también lo eres conmigo, y no te gusta que esté con nadie, que no seas tú.

—¡No seas estúpido!

Paige fue hacia la cómoda a coger un camisón.

—No deberías haber venido, y mucho menos haber subido a mi habitación.

—¿Por qué?

—Porque cuando te tengo delante no pienso con claridad. Máchate, por favor.

Jay se levantó de la cama dispuesto a salir del dormitorio.

—¿Puedo pedirte algo antes de que te vayas?

—Claro —dijo mirándola.

—¿Puedes abrazarme?

Jay pudo ver la tristeza en sus ojos. Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

Paige apoyó la cara en su hombro y le rodeó la cintura. Permanecieron así.

—¿Estás bien? —dijo Jay besándola en la sien.

—Sí, sólo necesitaba un abrazo.

—¿Necesitabas un abrazo mío o de cualquiera?

Ella se apartó un poco de él y le dedicó una cálida sonrisa. Subió las manos para acariciar el pelo de Jay, que tanto le gustaba y enredó sus dedos en él acercándolo hacia ella. Luego le pasó la lengua por los labios y le mordisqueó el labio inferior, antes de meter la lengua en su boca. Poco después estaban los dos explorándose la boca y enredando sus lenguas. Se devoraron como si no pudieran volver a tener ocasión de hacerlo. Jay bajó una de sus manos para introducirla por debajo de la toalla para apretarla a él cogiéndola del culo. La otra mano la tenía en la nuca de ella para que no pudiera separarse de su boca. Paige notó crecer la erección. Se separaron con la respiración entrecortada. Jay la abrazó y ella se apretó a él. No quería separarse de Jay. Lo añoraba tanto que casi no lo podía soportar.

—Podría correrme sólo besándote —dijo él deslizando la mano desde el culo hacia delante, por debajo de la toalla, para acariciarle el clítoris. Paige soltó un gemido.

—¡Oh, Dios mío! Cuánto te echaba de menos —dijo ella lanzándose de nuevo a su boca.

Jay la estaba volviendo loca con los dedos. Se apartó de ella y se sentó en el borde de la cama. Luego la atrajo hasta colocarla entre sus piernas. Le quitó la toalla que cayó al suelo.

—¡Madre mía! Eres una preciosidad.

Jay empezó a lamer y chupar uno de los pezones y llevó la mano a su clítoris, rozándolo con la yema de los dedos formando círculos. Luego atacó el otro pezón. Y cuando la penetró con dos dedos, ella empezó a jadear. Pronto empezó a sentir la primera convulsión del orgasmo.

—No pares, por favor.

—No voy a parar. Córrete para mí. No sabes cuánto echaba de menos tocarte.

—Sí, sí, no pares. Oh, Jay.

—Tengo unas ganas locas de follarte.

Esa frase fue el detonante para que Paige estallara en mil pedazos.

—¡Jay! —gritó Paige abalanzándose sobre su boca con desesperación.

Ella lo empujó para que cayese sobre la cama y se echó sobre él para seguir besándolo y tocándolo.

—Siéntate—le ordenó Paige.

Cuando Jay volvió a sentarse en la cama, ella se sentó sobre sus muslos, le quitó la chaqueta y la dejó a un lado. Luego le sacó la camisa de dentro de los pantalones y empezó a desabrocharla.

—¿Qué haces?

—Necesito verte. Quiero ver tu cuerpo de nuevo.

—Vale. Supongo que sabes que estamos en tu casa —dijo él riendo.

Paige se levantó y cerró la puerta con pestillo. Luego volvió a sentarse sobre él. Le sacó la camisa y le acarició los musculosos brazos, los pectorales y el abdomen. Luego le desabrochó el cinturón.

—Sí, lo sé, pero te debo un orgasmo y te lo voy a provocar ahora —dijo desabrochándole el pantalón y bajándoselo junto con el bóxer.

Paige se puso de rodillas en el suelo y empezó a deslizar la lengua a lo largo del miembro, que estaba duro y enorme. Lo mordisqueó, lo chupó y lo lamió.

Luego se lo metió en la boca y empezó a moverse arriba y abajo mientras Jay le acariciaba el pelo.

—Eres la hostia. Cómo me gusta follarte la boca. Te aseguro que podría haberme corrido besándote, pero esto es... ¡Joder!

Jay empezó a respirar agitadamente, estaba perdiendo el control. Poco después pronunció un

rugido de placer y se dejó llevar. Poco a poco retiró el miembro y ella lo lamió hasta que desapareció el último rastro de esperma.

—Me gusta tu polla —dijo sonriendo y levantándose del suelo.

Jay se rio. La cogió de las manos y la echó encima de él cayendo los dos sobre la cama. Volvió a besarla apasionadamente y luego Paige apoyó la cara sobre el pecho de él.

—Ahora me siento mucho mejor. Puede que necesitara que alguien me follara la boca.

—He tenido suerte de pasar por aquí —dijo él riendo.

—Deberías marcharte.

—Sí. Charlie no tardará en volver.

—No sabía que se hubiese marchado.

—Ha ido a tomar una copa.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Crees que habríamos hecho esto de estar Charlie en casa? Cariño, yo soy un hombre serio.

—Has hecho trampa. Seguro que has estado más relajado que yo.

—Tú nunca estás relajada cuando estoy cerca. Deberíamos levantarnos.

—Sí —dijo ella deseando que se quedara más tiempo—. Me pondré el camisón y te acompañaré hasta la puerta.

Paige cogió la prenda de seda color champán, se la metió por la cabeza y el camisón resbaló por su cuerpo amoldándose completamente a él.

—¡Joder! Estás preciosa. Tengo que follar contigo, ¿nos vemos mañana? —dijo mientras se metía la camisa por dentro del pantalón—. Di que sí, por favor. Organizaré una cita completa y pasaremos la noche juntos.

—No sé...

—Ponte un vestido de noche descarado para que me vuelvas loco cuando te vea.

Jay se abrochó el pantalón y se pasó las manos por el pelo para peinarlo.

—Mañana te enviaré el nombre del hotel —dijo cuando estaban en la puerta de la calle.

—Vale.

Volviéron a besarse con desesperación.

—Leeré ahora tu correo —dijo ella con una radiante sonrisa.

—La próxima vez que te demores, vendré y te follaré duro, como castigo —dijo abriendo la puerta.

—Menudo castigo.

Jay sonrió.

—Procura descansar hoy porque mañana no tendrás posibilidad de hacerlo.

Cuando Jay se marchó y Paige cerró la puerta se dio cuenta, en ese preciso instante de que estaba irrevocablemente enamorada de él. Supo que ya no había vuelta atrás. Ahora sólo deseaba estar con él el mayor tiempo posible para conocerlo a fondo y que él la conociera.

Paige se acostó, se apoyó en el cabecero y leyó el correo.

Hola, preciosa.

Si verme y estar conmigo es lo que más deseas, ¿por qué coño sigues encerrada?

Ya me contarás cómo te has sentido con el vibrador. ¿Sientes más placer con él que conmigo?

Me gusta saber que deseas hacer el amor sólo conmigo. Y te prometo que no tendré una relación seria con nadie hasta que se aclare tu problema. De manera que estaré disponible para ti en todo momento.

Me siento bien cuando haces el papel de madre con mi hija. Y no sé la razón.

Desde que te conozco me ocurren muchas cosas que no me puedo explicar. Antes de conocerte lo tenía todo bajo control, pero ahora... Me siento desconcertado.

Si quisieras, podría cambiar los fines de semana para ti. Encontraría un lugar para que estuviéramos solos y no nos viera nadie.

No tenía ni idea de que se te había pasado por la cabeza salir conmigo. Yo tampoco quiero una relación seria. Me gustaría disfrutar un poco más de mi libertad.

No es que esté celoso, pero desde que estuvimos juntos la primera vez, no me gusta pensar que nadie te toque como yo lo hago. O puede que sí esté un poco celoso. La verdad es que me gustaría tenerte sólo para mí.

Es imposible que no haya en mí nada que te disguste, eso es porque no me conoces lo suficiente. Voy a pensar también en las cosas que no me gustan de ti.

¿Lo he entendido bien? ¿Quieres tenerme en exclusiva?

Puede que te haya dicho que me acuesto con Julie y con otras porque tú y yo somos amigos y confío en ti. Y hemos hablado de cosas muy personales.

¿Cómo puedes pensar que creo que eres menos que ellas? Te he dicho que no disfruto con nadie como lo hago contigo, ¿eso no es suficiente?

Si quieres seguir con tu encierro, por cabezota, lo siento. Pero no pienso renunciar a ti. Te echo de menos.

Deseo que pases una noche estupenda. Y si no puedes dormir, que sea porque pienses en mí.

Hasta pronto. Un beso.

Jay.

Paige contestó al correo y lo envió. Luego se metió en la cama y, por primera vez desde hacía días, se durmió enseguida.

Jay bajó a la cocina cuando se levantó al día siguiente. Era sábado y no tenía que ir al trabajo. Mientras se hacía el café cogió el ordenador y reservó habitación en un hotel. Luego le envió a Paige un mensaje.

He hecho una reserva en el hotel Paraíso. Pregunta por mí en recepción te darán el número de habitación. Yo iré sobre las siete y me ducharé y vestiré allí. Recuerda que tienes que ir elegante. Si quieres puedes ir temprano y nos cambiamos juntos.

Paige le contestó unos minutos después.

Hola.

De acuerdo. Estaré allí sobre las siete y llevaré un bonito vestido.

Jay leyó el correo de Paige mientras tomaba café.

Hola, tío bueno.

Aún no he usado el vibrador. Esta semana no me he sentido muy animada.

Hace tanto tiempo que no practico sexo que he olvidado lo que se siente. Aunque el avance de esta noche no ha estado nada mal.

Por el momento nos divertiremos con el sexo. Las otras diversiones, saliendo juntos,

puede que lleguen más adelante. Todo dependerá de ti. De lo que tú quieras. De lo que me desees.

Si piensas a menudo que hago el papel de madre con tu hija, puede que sea porque empiezas a necesitar una esposa. Tal vez deberías buscar a tu media naranja. Pero dame un poco más de tiempo para que disfrute de ti antes.

¿Qué cosas han ocurrido desde que me conoces que no puedes explicarte? ¿Son cosas buenas o malas?

Pasar juntos los fines de semana... ¡Dios! Eso sí que es tentador. Pero sabes, basta que no quieras que te vean para que aparezca alguien. Y no puedo arriesgarme.

Me alegro de que tú tampoco quieras salir conmigo, así que nos limitaremos a divertirnos, hasta que nos cansemos el uno del otro. Porque cuando se tiene una relación únicamente sexual, no suele durar mucho.

Yo no he hecho el amor con nadie como lo hago contigo. Pienso que para hacer ciertas cosas hay que estar conectado con la otra persona. Y creo que tú y yo hemos conectado muy bien. Es más, creo que desde que nos vimos por primera vez, estábamos predestinados a tener lo que tenemos.

¿Un poco POSESIVO? ¿No te gusta que otro hombre me toque?

¿Un poco CELOSO? ¿Quieres tenerme sólo para ti? ¿¡Tú de qué vas!?! ¿Quieres que te espere en casa mientras te follas a otras? Y sabes, a pesar de todo te entiendo, porque a mí también me gustaría tenerte en exclusiva.

De momento, no estoy interesada en firmar ningún acuerdo con ningún hombre.

Pero hablando del acuerdo de exclusividad, y teniendo en cuenta lo que dices en tu correo sobre celos, posesión y tenerme para ti solo..., parece que a ti sí te gustaría que lo firmara.

Hoy podremos conocernos un poco más durante la cena, pero sólo durante la cena. Porque el resto de la noche voy a hacer que te sientas tan agotado, que sólo desees morir.

Te veré esta noche. Un beso.

Paige.

Esta mujer va a conseguir volverme loco, casi lo ha conseguido ya, pensó Jay sonriendo cuando terminó de leer el correo. Le contestó y cerró el portátil.

Paige salió del despacho a media mañana para tomar un café con Charlie. El hombre le dijo que trabajaba demasiado y que debería descansar al menos los fines de semana. Y Paige aprovechó para decirle que esa noche había quedado con Jay.

Después de comer Paige subió a su habitación a dormir la siesta. Cuando se puso el pijama se subió a la cama y leyó el correo de Jay.

Hola, cariño.

Cierto, lo de anoche no estuvo mal, como aperitivo. Esta noche disfrutaremos del plato fuerte.

No es que no me sienta satisfecho con las otras mujeres, pero con ellas, el sexo no es tan excitante como contigo.

Me pones cachondo con las cosas que me dices, ¿cómo puedes pretender que no piense en ti?

Me encantaría suplicarte que parases, aunque no creo que lo consigas. Me gusta demasiado tu cuerpo para detenerme, y no sé cuando volveremos a vernos después de hoy.

De manera que, esta noche puedes destrozarme, ya descansaré mañana.

A veces pienso en buscar a una mujer para compartir mi vida, pero me vienen a la cabeza mis años de matrimonio, y me desprendo de esa idea rápidamente. Así que, puedes utilizarme todo el tiempo que quieras, ya buscaré mi media naranja cuando te canses de mí.

Ahora no recuerdo las cosas que me han sucedido desde que te conozco, pero por mencionar una, te diré que no soy inmune a ti. Mi control se resiente cuando te veo.

Yo creo que es una idea genial que pasemos los fines de semana juntos, podríamos conocernos rápidamente. Piénsalo detenidamente.

Necesito que se solucione pronto “el problema”, porque necesito verte fuera de casa.

Y estoy pensando que, si no sales a la calle por miedo a encontrarte conmigo y que nos vean juntos, puedes estar tranquila. Sal las veces que necesites. Ya sabes que paso todo el día en la ciudad. Y te doy mi palabra que si en alguna ocasión te encuentro por la calle no me acercaré a ti. Supongo que de esa manera acabaría tu encierro.

No sé qué decirte, porque cuando el sexo es bueno, dura mucho. Así que no creo que me canse de ti. ¿Crees que nos olvidáramos el uno del otro, si nos cansáramos de acostarnos? Si llegara ese momento supongo que ya nos conoceríamos lo bastante bien para que fuéramos buenos amigos.

Yo también pienso que hemos conectado muy bien, y no sé si estábamos predestinados a tener lo que tenemos, lo que sí te aseguro es que, aún sin estar predestinados, me habría acostado contigo. Te deseé demasiado durante semanas.

Me alegro de que no te vayas a ir. No me gusta la idea de tener que volar a otro Estado, sólo para follarte.

Eres la dueña de mi cuerpo, cuando hacemos el amor. Y me gusta ser el dueño del tuyo. Aunque, de momento, no haya exclusividad.

Sí, intentaremos conocernos únicamente durante la cena, haremos que sea lo más larga posible, porque realmente quiero que nos conozcamos.

Te veo luego. Quiero que esta primera cita, de muchas, sea perfecta, como tú.

Jay.

Paige sonrió dejando el ordenador al otro lado de la cama y se metió dentro. Se sentía confundida. Se preguntaba si él estaría de acuerdo en tener exclusividad en su relación. Pero también pensó que, si sólo sentía atracción sexual por ella, no querría dejar de ver a las otras mujeres con quienes mantenía una relación. Esa idea la hizo sentir mal. Estaba locamente enamorada de él y empezó a sentir una aguda preocupación por ello. ¿Qué ocurriría si él nunca llegaba a sentir por ella lo que ella sentía por él? Pensando en ello se quedó dormida.

Paige entró en el hotel de cinco estrellas y se dirigió a recepción.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola —dijo Paige al recepcionista—. Tengo que reunirme con el señor Hammond en su habitación, ¿sabe si ha llegado ya?

—Ah, señora Hammond. Su marido la espera arriba, ha llegado hace unos minutos. Está en la habitación 905. En la novena planta.

—Muchas gracias —dijo ella con una ligera sonrisa.

—Un placer. Disfruten de su estancia.

Señora Hammond, suena bien, se dijo sonriendo mientras subía en el ascensor.

Se detuvo delante de la puerta de la habitación y respiró profundamente, antes de llamar. La

puerta se abrió y vio a Jay, únicamente con un vaquero de cinturilla baja y descalzo. Eso hizo que su corazón se disparara.

—Estoy buscando al señor Hammond, mi marido —dijo ella dedicándole una traviesa sonrisa—. No sabía que estaba casada, pero si usted es mi marido, no tengo nada que objetar.

—Hola, preciosa. Es mejor que piensen que estamos casados. Pasa, por favor.

—Bien pensado, así no especularán sobre nosotros.

—Además, he dicho que era nuestro aniversario e íbamos a celebrarlo aquí. Y lo de señora Hammond... me gusta —dijo él cerrando la puerta.

—¿En serio?

—Sí, suena muy bien —dijo besándola en los labios.

—¿Por qué estás medio desnudo? Casi me da un infarto al verte así en la puerta.

—Iba a meterme a la ducha —dijo él sonriendo.

—¿Sin esperarme?

—Quiero que esta cita sea perfecta. Cena, copa, baile y sexo.

—¿Tiene que ser en ese orden?

—Son las normas en una cita.

—Las normas están para incumplirlas. ¿Puedo besarte, al menos?

—Cielo, tú puedes hacerme lo que quieras.

Paige se acercó a él. Le acarició los brazos y los pectorales. Puso su boca sobre la de él y le pasó la lengua por los labios. Jay la cogió por la cintura para acercarla más a él y la besó. Paige enredó los dedos entre su pelo y le devolvió el beso.

—¡Madre mía! Se me está poniendo dura, sólo por besarte.

—Yo ya estoy completamente húmeda.

—No creo que aguante hasta después de cenar para estar dentro de ti —dijo volviendo a besarla con desesperación, sujetándola de la nuca para que no se moviera y metiendo la otra mano por debajo de la camiseta para acariciarle el pecho.

Paige soltó un gemido de placer. Jay se apartó de su boca para besarla en el cuello. Luego le quitó rápidamente la camiseta y la arrastró hasta la cama. Se sentó en el borde y la colocó entre sus piernas. Se lanzó a besar sus pechos por encima del sujetador y le sacó uno de ellos por la parte superior de la prenda, y luego el otro.

—¡Dios mío! Tienes unos pechos preciosos.

Dirigió la boca a uno de ellos para chupar y mordisquear el pezón y con la otra mano le retorcía y apretaba el otro. Paige lo cogió del pelo y lo acercó a su pecho para que no se detuviera. Jay deslizó la mano hasta el borde de la falda y fue subiéndola hasta su entrepierna, acariciando el clítoris por encima del encaje de las bragas. Paige echó la cabeza hacia atrás gimiendo. Luego bajó la cabeza hacia él para encontrar su boca y le metió la lengua masajeando la de él y explorando su interior. Se subió la falda, que era estrecha, para poder abrir las piernas y sentarse a horcajadas sobre él y volvieron a besarse desesperadamente. Ella sintió la polla grande y dura sobre sobre sus bragas.

—Te necesito dentro de mí.

—¡Joder! Esto no es lo que había planeado para nuestra primera cita.

—A la mierda con la cita. Quiero que me folles ahora.

—No hay nada que desee más que follarte ese coño.

Paige volvió a besarlo completamente excitada. Jay la sentó en la cama y le sacó las botas y los calcetines. Le bajó la cremallera de la falda y la deslizó por las piernas para dejarla en el suelo.

—Tienes un cuerpo perfecto. Me gusta tu ropa interior.

Jay la cogió por la cintura, la levantó a pulso y la echó de espaldas sobre la cama. Se puso sobre ella. Le pasó las manos por detrás de la espalda. Con una la elevó y con la otra le desabrochó el sujetador.

—Vaya destreza, y con una sola mano —dijo ella riendo—, algunos hombres tardan una eternidad para desabrochar el sujetador, incluso, con las dos.

—La destreza se adquiere con la práctica —dijo sacándole el sujetador.

Jay le bajó las bragas muy despacio, besando cada trocito de las piernas por las que rozaba el encaje. Se puso sobre la cama con las rodillas a ambos lados de ella y cogiéndola por debajo de los brazos, la arrastró hacia el centro de la cama. Luego llevó la boca a sus pechos para devorarlos. Fue descendiendo, acariciando con sus labios y su lengua las costillas y el vientre.

—Separa las piernas.

Paige las separó mirándolo a los ojos y mordiéndose el labio inferior, excitada.

Jay se colocó de rodillas entre ellas y le sonrió.

—Más. Te quiero muy abierta para mí. Y flexiona las rodillas. Así me gusta tenerte.

Jay metió la cabeza entre las piernas para alcanzar el clítoris y jugó con él con la lengua. Paige jadeaba con la respiración agitada mientras él le acariciaba los pezones. Cuando la penetró con la lengua Paige llegó al clímax soltando un grito, y pronunciando el nombre de él se corrió. Se echó sobre ella para besarla de nuevo.

—Ahora voy a follarte duro y rápido, no tenemos mucho tiempo. Espero que estés preparada para mí.

—Estoy preparada desde que me has abierto la puerta. Fóllame, no pierdas tiempo.

—Así me gusta —dijo él sonriendo y colocando las piernas de ella sobre sus hombros.

La penetró sin contemplaciones, de una sola embestida. Paige soltó un grito al sentirlo dentro. La cogió de las caderas para pegarla a él y empezó a bombear una y otra vez.

—Me gusta tu polla. Esta noche voy a hacerte la mamada de tu vida.

—Vaya.

Paige empezó a gemir acariciando los abdominales de él y luego sus potentes muslos. Jay aumentó el ritmo con embestidas salvajes.

—Jay no pares.

—No podría parar aunque quisiera. No sabes el gusto que me estás dando. Me gusta tenerte así, abierta para mí. Ahora eres toda mía. Sólo mía.

—Sí, soy tuya y puedes hacerme lo que quieras. Métemela hasta el fondo, y más fuerte. ¡Dios! Cómo me gusta que tu polla me folle.

—Cariño, me estás matando con tus palabras.

—Más fuerte, Jay. Quiero tenerte más hondo —dijo respirando con dificultad.

Los dos empezaron a jadear con la respiración entrecortada. Paige sintió las convulsiones del orgasmo que se acercaban.

—Voy a correrme.

—Sí, cielo, córrete para mí. Me gusta verte así, descontrolada. Estás buenísima.

Jay la embistió hasta lo más profundo de su ser y Paige se corrió con un fuerte grito. Jay lo hizo después de dos embestidas más soltando un rugido. Esperó hasta que terminó de vaciarse en ella y luego bajó las piernas de sus hombros. Se echó sobre ella para besarla, compartiendo los últimos retazos de la excitación. Luego escondió el rostro entre el pelo de ella y permaneció allí hasta que su respiración volvió a la normalidad y mientras Paige le acariciaba la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó sin apartar la cara del cuello de ella.

—Estoy mejor que bien. Ha sido salvaje y excitante.

—Eres la mujer perfecta en la cama.

—Yo pienso lo mismo de ti.

Jay se incorporó para besarla de nuevo, esta vez no con tanto ímpetu.

—Eres el tío más bueno a quien me he tirado. Sabía que serías increíble en la cama.

—Tenemos que arreglarnos.

—Sí, vamos a ducharnos —dijo ella.

—No lo había planeado así. Primero tenía que haber sido la cena.

—Entonces olvidaremos lo que hemos hecho. La cita empezará cuando empecemos a cenar —dijo ella dedicándole una cálida sonrisa.

—Buena idea.

—Vamos a ducharnos. Me llevará, al menos, media hora secarme el pelo y maquillarme. Cenaremos en la habitación, ¿verdad?

—Por supuesto que no, esto es una cita. He reservado la cena para las nueve.

—Pero, Jay, en el comedor... —dijo siguiéndole hasta el baño y admirando la vista que tenía delante.

—Te dije que me ocuparía de todo. Tenemos un reservado e iremos por separado —dijo entrando en la inmensa ducha y regulando la temperatura del agua.

—Estás tirando la casa por la ventana —dijo entrando en la ducha tras él.

—La ocasión lo merece. Estamos cambiando el orden de las cosas, pero no cambiaría nada de lo sucedido hasta ahora.

Jay se metió debajo del chorro de agua mojándose el pelo y se lo echó hacia atrás con las manos. Paige lo miró en esa posición, con los bíceps en tensión y los abdominales bien marcados.

—¡Dios! Estás buenísimo.

—Cada vez que abres la boca para decir algo, consigues que me empalme —dijo cogiéndola de las manos para que se acercara a él.

Paige empezó a besarlo por todas partes. Luego acercó la boca a la de él y lo besó bruscamente mientras bajaba su mano para acariciarle el miembro.

—¡Hostia! —dijo él apoyándose en la pared de mármol y cerrando los ojos—. A este paso no bajaremos a cenar.

—Me gusta mucho tu cuerpo, muchísimo. Y tu boca me vuelve loca. Me gusta que me devores los labios —le dijo ella al oído sin dejar de acariciarle la polla.

—Me vas a matar.

—De eso nada. Antes tengo que hacerte disfrutar mucho —dijo arrodillándose en el plato de la ducha. Empezó a darle lametones.

Quince minutos después salieron de la ducha.

—Ya estoy agotado y no hemos empezado la cita —dijo él envuelto con una toalla a la cadera y secándose el pelo con la otra. Paige lo contemplaba, mientras los músculos se tensaban y destensaban con el movimiento del secador.

—¿Te gusta lo que ves?

—Me gusta tanto que estoy barajando la posibilidad de no bajar a cenar.

—De eso nada. Quiero que tengamos una cena muy larga y que nos agobiemos a preguntas para que nos conozcamos. Voy a vestirme, todo el baño es tuyo.

Paige salió del baño maquillada y desnuda. Él se estaba anudando la pajarita.

—¿Seguro que no te apetece que nos quedemos aquí? —preguntó ella al ver cómo la miraba.

—No, deseo verte con el traje de noche —dijo mientras se ponía la chaqueta.

—Cuando volvamos a la habitación voy a desnudarte lentamente. Estoy húmeda de nuevo sólo por verte vestido así.

Jay suspiró.

—Me marcho, porque si me quedo aquí te follaré de nuevo. Tomaré una copa en el reservado mientras te espero. Pregúntame por mí en recepción y te indicarán donde ir.

—¿Tengo que preguntar por mi marido?

—Eso es —dijo él sonriendo y besándola ligeramente en los labios.

—Señor Hammond, su esposa ha llegado.

—Muchas gracias —dijo él levantándose del sofá para recibirla.

El chico se hizo a un lado para dejarla pasar y luego se retiró cerrando la puerta. Jay se quedó mirándola mientras caminaba hacia él. Paige llevaba un vestido largo color dorado. Era muy entallado con descarados escotes delante y detrás y un corte que le llegaba a la mitad del muslo. Los zapatos eran muy altos de raso, del mismo tono que el vestido. Lucía un increíble collar a juego con la pulsera y los pendientes. Paige se acercó a él y lo besó en los labios.

—He cambiado de opinión. Cenaremos lo más rápidamente posible para volver a la habitación. Estás increíble.

—Gracias.

Jay retiró la silla para que se sentara. Se inclinó y la besó en el hombro desnudo. A Paige le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo al sentir el roce de los labios sobre su piel. Jay se sentó frente a ella.

—Ahora sé, con toda seguridad, que no tienes que esforzarte para seducir a una mujer, es suficiente con tu presencia.

—¿Quieres avergonzarme?

—Tú no eres de los que se avergüenzan por algo así, porque sabes lo que provocas en las mujeres. Eres un depredador nato.

Jay soltó una carcajada.

—Me gusta como hablas. Me he permitido elegir la cena.

—Me parece bien.

Un camarero entró y les sirvió el vino. Luego se marchó.

—Antes de hablar de nosotros para conocernos, me gustaría saber algunas cosas. ¿Serás sincera?

—Por supuesto.

—¿Has ido a cenar con James, el médico?

Dos camareros entraron y les dejaron los cócteles de langosta. Luego se retiraron.

—Me llamó el lunes pasado. En un principio pensé en declinar la invitación, pero decidí ir para dejar las cosas claras entre nosotros. Esperé a que mencionara algo que me hiciera pensar que teníais razón, al decir que yo le gustaba. Y estabais en lo cierto. Le dije que estaba saliendo con alguien. Por supuesto no le dije que eras tú. Me dijo que si lo nuestro no funcionaba que estaría esperándome.

—Vaya con el doctor. ¿Qué me dices del cantante? ¿Te llamó?

—Sí, pero le dije que estaba muy ocupada. Me llamó un par de veces más y al no contestar su llamada lo dejó estar.

—¿Por qué no quedaste con él? Me dio la impresión de que te gustaba.

—Te dije que cuando estoy con un hombre no salgo con otros.

—¿Por qué tardaste casi una semana en leer mi correo?

Paige lo miró con una tierna sonrisa.

—Cuando te vi con Julie... No sé, me di cuenta de que no me gustaba compartirte. No quería que hicieras con ella las cosas que hacemos tú y yo. Así que, quise olvidarme de ti unos días.

—Yo no hago con Julie lo que hacemos tú y yo.

—Jay, no le des más importancia de la que tiene. Soy consciente de que puedes hacer lo que quieras, con quien quieras, al igual que yo.

A continuación hablaron de las relaciones que había tenido Paige, y luego las de él.

—¿Con cuántas mujeres te estás acostando ahora?

—¿Tengo que contestar?

—Puedes hacer lo que quieras, yo también lo haré.

—Con cuatro. ¿Ninguno de los hombres con los que saliste te llenaban lo suficiente para pensar en casarte?

—Con ninguno sentí esa química que debería haber, ese desasosiego...

—¿Te refieres a lo que sientes cuando yo estoy cerca?

—Lo que siento contigo es atracción sexual.

Luego hablaron de la época de estudiantes, de los dos. Y de lo que ella había tenido que trabajar para poder ir a la universidad. Y a continuación hablaron de sus comienzos en sus trabajos. Paige le habló de la relación que tenía con su jefe y con Jason.

El camarero volvió a entrar para retirar los platos de los entrantes y poco después les llevaron el plato principal y les sirvieron vino.

Paige le habló de cuando era pequeña y de lo unida que estaba a su padre.

—¿Le has hablado a tu padre de mí?

—Sabe la clase de relación que tenemos. Yo confío en él y en sus consejos.

—¿Sabes que me invitó a pasar las navidades con vosotros?

—Sí. Le dije que no era buena idea. Recuerda que en aquel entonces, tú y yo no nos hablábamos. Me dijo que el invitaba a su casa a quien quería.

—¿Te gustaría que fuéramos?

—Falta mucho para Navidad. Es posible que para esas fechas, nuestra relación haya terminado.

—Esperaremos a ver qué sucede.

Después de cenar el camarero retiró todo lo de la mesa y les llevó una botella de champán en una cubitera con hielo y dos copas. Cuando salió, Jay cerró la puerta con llave. Luego puso música y después de tomar una copa de champán se levantaron a bailar.

—Me vuelve loco bailar contigo. Supongo que eres consciente de que con vestidos como este provocas a los hombres. Ningún hombre podría evitar tener pensamientos impuros viéndote vestida así.

—¿Tú tienes pensamientos impuros?

—Por supuesto. Al igual que los camareros que nos han servido la cena.

—A mí me gusta que los hombres como tú me miren.

Jay la besó apasionadamente. Se inclinó para besarla en el escote y fue bajando sus labios hasta la parte superior de sus pechos, que estaban casi al descubierto por el descarado escote. Paige echó la cabeza hacia atrás y él le mordió el cuello.

—Me vuelves loco. Quitate las bragas. ¿Cómo es posible que no pueda pensar en otra cosa que no sea follarte?

—Porque estoy muy buena —dijo quitándose el tanga de encaje. Jay lo guardó en el bolsillo de su chaqueta—¿Vas a follarme aquí?

—Por supuesto, no puedo esperar a llegar a la habitación —dijo acercándola a él para seguir

bailando.

Jay metió la mano por la abertura de la pierna del vestido y la deslizó hacia atrás apretándola fuertemente del culo hacia él. Ella pudo sentir la erección sobre su sexo.

—Quiero tenerte dentro, ahora.

—Dios mío, me da la impresión de que no voy a sobrevivir a esta noche.

Paige se lanzó sobre su boca, desesperada.

—Mañana es domingo y podrás descansar todo el día. A no ser que hayas quedado con otra mañana. En ese caso la compadezco, porque no será su mejor día de sexo.

—¿Crees que no podré tener otra sesión de sexo mañana?

—Cuando acabe contigo, no.

—Acércate a la mesa.

Paige se acercó mirándolo y el pulso se le aceleró de nuevo. Lo encontró impresionante vestido de etiqueta y apoyado en la mesa donde pensaba follarla. Cuando llegó junto a él, Jay se dio cuenta de que tenía la respiración acelerada.

—¿Qué te ocurre?

—Creo que nunca me acostumbraré a estar relajada cuando te veo.

Jay volvió a besarla y a continuación le sacó el vestido por la cabeza y lo lanzó al sofá. Luego hizo lo mismo con su chaqueta.

—No me canso de mirarte. Y así, con las joyas y los tacones estás para comerte.

Jay se apoyó en la mesa y la atrajo hacia él para besarla mientras le acariciaba el clítoris. Paige se apartó de él para recuperar el aliento que le faltaba. Él bajó la boca hasta sus pechos y le mordió uno de los pezones sin apartar los dedos de su entrepierna. Ella soltó un gemido que hizo que Jay se excitara más de lo que ya estaba. Él puso una rodilla en el suelo.

—Coloca la pierna sobre mi hombro.

Cuando lo hizo, Jay bajó la boca hasta su sexo, chupando, lamiendo y saboreándolo. Se detuvo en el clítoris y ella dio un grito apagado de placer.

—¡Jay...! Me encanta todo lo que me haces —dijo cogiéndole del pelo para que no se apartara de su sexo.

Jay metió dos dedos en su interior y empezó a moverlos adentro y afuera. Primero lentamente y aumentando el ritmo poco a poco. Paige empezó a jadear, casi sin poder respirar. Él le bajó la pierna al suelo y se puso de pie sin dejar de penetrarla con los dedos. Empezó a morderle uno de los pezones y con la otra mano se ocupaba del otro pecho.

Pronto apareció un orgasmo que la devastó. Jay la besó para recoger en su boca todos los jadeos. Y siguió besándola hasta que se relajó.

—Tumbate sobre la mesa, boca abajo y abre las piernas. Voy a follarte desde atrás.

Paige lo hizo.

—En esta posición estás preciosa, ofreciéndome tu culo y con esos taconazos —dijo acercándose a ella y restregando la punta de la polla por su sexo.

La penetró con una sola estocada y Paige soltó un grito.

—Esto es una maravilla —dijo inclinándose para besarla por toda la espalda.

—Fóllame fuerte, Jay.

—Tus deseos son órdenes —dijo cogiéndola de las caderas y embistiéndola con fuerza.

—Sí, así. Métela hasta el fondo. Tu polla y tú me volvéis loca.

Paige se corrió pronunciando el nombre de él una y otra vez. Y Jay la siguió segundos después. Se desplomó sobre su espalda completamente agotado.

—Ha sido estupendo —dijo ella satisfecha.

—¿Te parece bien que subamos a la habitación?

—Sí, necesito hacer uso de la cama.

—Yo también estoy cansado.

Paige fue al baño a adecentarse un poco.

—Saldré yo primera. Te espero en la habitación.

—Vale —dijo él dándole la llave.

—Hasta ahora, señor Hammond —dijo dedicándole una radiante sonrisa desde la puerta.

Cuando la puerta se cerró Jay pensó en si le gustaría que Paige fuera la señora Hammond. Abandonó el reservado poco después. Estaba agotado y no se sentía las piernas, pero en sus labios se dibujaba una sonrisa de satisfacción.

Paige se había quitado el vestido y llevaba sólo el tanga y los tacones cuando abrió la puerta. Nada más entrar Jay en la habitación y la puerta se hubo cerrado se abalanzó sobre él y lo empotró contra la pared para besarlo desesperadamente y él le devolvió el beso con el mismo desenfreno.

—Tengo que verte —dijo ella quitándole la pajarita y besándolo de nuevo—. Tengo que sentir tu piel bajo mis manos y sobre mi cuerpo.

—¿Vamos a follar otra vez?!

—No es necesario, sólo quiero verte y tocarte —dijo desabrochándole los botones de la camisa a toda velocidad.

Jay la contemplaba extasiado. Tenía las mejillas sonrosadas, los labios hinchados y un brillo increíble en sus preciosos ojos verdes. Paige terminó con el último botón y luego desabrochó los gemelos. Sacó la camisa de dentro del pantalón. Lo cogió de la cintura y lo besó mientras lo conducía hacia la cama. Le quitó la camisa y la dejó caer al suelo. Le desabrochó el cinturón y luego el pantalón. Se lo bajó y empujó a Jay para que cayera sobre la cama. Jay la miraba entusiasmado al verla luchar con la hebilla y los botones. Le quitó rápidamente los zapatos y los calcetines y a continuación, el pantalón y el bóxer. Ella se quitó los zapatos y el tanga.

—Parece que tienes prisa —dijo él sonriendo.

—Y así es. Yo no puedo moverte como haces tú conmigo así que, ponte en el centro de la cama y la cabeza sobre la almohada.

El lo hizo y Paige se acostó sobre él para que sus cuerpos estuvieran en contacto.

—¡Por fin! Necesitaba sentirte cerca. ¿Crees que ha ido bien la cita?

—Hemos alterado el orden, pero ha sido increíble —dijo mirándola a los ojos.

—Cuando vuelva a casa voy a echarte mucho más de menos.

—Ya te dije que no tienes porque seguir encerrada. Si te encuentro por la calle no me acercaré a ti. Además, hoy todo ha salido bien y podemos repetirlo. Sabes, es extraño lo que me sucede contigo.

—¿De qué hablas?

—Cuando hago el amor contigo, vuelvo a desearte de nuevo, una y otra vez, como ahora, y no quiero que termine. Aunque esté completamente agotado. Con las otras es diferente.

—¿Y con Julie? ¿Cuando estás con ella tampoco quieres que termine?

Jay la miró a los ojos, sopesando qué decir.

—Con ella es... diferente, nos conocemos de toda la vida. Con ella sucede como con las otras, pero...

—Pero con ella te sientes a gusto.

—Sí, supongo que es eso.

—¿La quieres?

—Claro, somos amigos desde siempre. Cuando me separé y vine a vivir aquí me ayudó a

centrarme.

—En el pueblo dicen que es tu novia. De hecho, es ella quien dice a todos que sois novios.

—Yo nunca he pronunciado esa palabra.

—Quien calla otorga. Es soltera y únicamente sale contigo. Supongo que es lógico que piense así. Y tú sabes que está enamorada de ti desde siempre. ¿Te ha hablado alguna vez de matrimonio?

—Lo ha mencionado en alguna ocasión, pero siempre le he dicho que nunca volvería a casarme. Nunca le he hablado de amor ni de compromiso.

—¿Estás enfadado porque te he mencionado a Julie? —preguntó Paige al verlo serio.

—Tal vez un poco. No me gusta hablar de una mujer, cuando estoy con otra.

—Pues tu polla no parece enfadada conmigo —dijo al sentir la erección despertar entre sus muslos.

—No la puedo controlar contigo encima.

—Me gustas muchísimo.

—Y tú a mí.

—Si no hubiéramos tenido la clase de relación que tenemos, creo que podría enamorarme de un hombre como tú.

—¿Me lo dirías si te enamoras de mí?

—Es posible. Yo no soy cobarde. Apuesto a que me atrevería, incluso, a pedirte que te casaras conmigo.

—¿Lo harías?

—Si estuviera enamorada, no tendría problema. ¿Quieres que hagamos algo o prefieres seguir descansando?

—Ya he descansado suficiente y mi polla se ha despertado.

Después de un último asalto se durmieron rápidamente.

A las siete y media de la mañana Paige empezó a acariciarle el pecho y el vientre y fue bajando hasta llegar al miembro que despertó con el contacto de su mano.

—¿Todavía no has tenido bastante? —preguntó Jay acariciándole la espalda.

—Nunca me canso de ti.

—Siéntate sobre mí. Quiero que me folles mirándome.

Cuando se sentó a horcajadas sobre él, ella introdujo el miembro en su vagina. Se removió un poco hasta que estuvo en lo más profundo.

—Mírame, no apartes la mirada de mí.

Poco después Paige pronunció el nombre de él con un grito y él capturó su boca para besarla mientras se derramaba en su interior.

—Quedémonos aquí todo el día de mañana. Puedo llamar a mi hija y...

—Jay, creo que por esta vez es suficiente.

—No hace falta que hagamos el amor. Podemos pasar el día hablando y comiendo.

—Tienes que pasar tiempo con tu hija.

—Entonces ven a casa, podemos pasar el día juntos, los tres.

Se ducharon juntos y se vistieron mientras les subían el desayuno y luego se sentaron a la mesa. Paige lo miraba mientras comía, pensando que él nunca se enamoraría de ella y eso hizo que se le humedecieran los ojos. Lo que ella no podía imaginar era que Jay estaba atormentado, pensando lo mismo. Porque se había dado cuenta de que estaba loco por ella.

De pronto Paige tenía prisa por marcharse. No quería retrasar más el momento de la despedida. Ya lo echaba de menos y todavía no se habían separado. Se acercó a él y se besaron.

—Me marcho yo primera. El último es el que paga —dijo ella con una tierna sonrisa.

- Lámame pronto para que nos veamos.
- ¿Todavía no te has cansado de mí?
- Por supuesto que no. Conduce con cuidado.
- Tú también.

Capítulo 16

Elizabeth estaba desayunando cuando Jay entró en casa. Le acarició el pelo y la besó en la cabeza. Luego se preparó un café y se sentó con ella.

—Has llegado tarde. O temprano, según se mire. ¿Lo pasaste bien anoche?

—No estuvo mal.

—¿No estuvo mal?

—No, nada mal —dijo mirándola y sonriendo.

—Eso está mejor. ¿Qué vamos a hacer hoy?

—Estoy un poco cansado. ¿Qué tal si nos quedamos en casa?

—Vale. ¿Quieres que invitemos a Paige y a Charlie a comer? Puedo preparar algo.

—¿Vas a cocinar para todos?

—¿Por qué no?

—De acuerdo. Llámalos a ver si les apetece venir.

Jay pensó que Paige no aceptaría, pero se equivocó. Él se alegró. Se preguntaba por qué tenía tantas ganas de verla, después de pasar doce horas juntos.

Después de saludar a Charlie, Paige subió a su habitación a acostarse un par de horas, pero primero volvió a leer el correo de Jay y lo contestó.

Jay apagó la alarma de su móvil poco antes de la hora de comer, después de dormir tres horas. Se sentó en la cama y cogió el portátil para ver si Paige había contestado a su correo. Se alegró al comprobar que así era y lo leyó.

Hola, guapísimo.

Todavía no he estrenado el vibrador, pero después de lo de anoche y esta mañana, no creo que lo haga. No voy a conformarme con menos de lo que tú me das.

Tengo que decirte que me has vuelto completamente loca en todas esas horas que hemos estado juntos. Podría follar cada día contigo y no sería suficiente. Y no me refiero a que no me dejes satisfecha sino a que, necesito verte más veces.

Durante la cena te dije que eras el hombre más mayor con quien había estado. Y me alegro de haberte encontrado, porque ahora estoy convencida de que con la edad se mejora. Estuviste increíble. Nuestra primera cita fue alucinante.

Es cierto que no quiero que nos vean juntos, pero te aseguro que no voy a desaprovechar ninguna oportunidad que se presente, para follar contigo. Eso, si tú quieres, claro. Así que, reorganiza tu agenda y deja algunos huecos para que me ocupe de ti y tú de mí.

No entiendo cómo tu mujer te dejó escapar. A mí me gustaría follar contigo todos los días del resto de mi vida. ¡Esa tía es una gilipollas!

Tengo que admitir que he llegado a casa exhausta y destrozada. Tan pronto termine este correo voy a acostarme un par de horas para reponerme.

¿Puedes creerte que, sólo de pensar que voy a volver a verte en un rato, estoy temblando de impaciencia?

Si vas a esperar a que me canse de ti para empezar a buscar a la mujer de tus sueños, lo llevas claro, porque no pienso cansarme. Además, sé que con la práctica mejorarás tus técnicas, y entonces sí será difícil encontrar a un tío que esté a tu altura.

*El vibrador ya no me interesa. Sería como comparar un Clio con un Ferrari.
Aunque el sexo se acabara entre nosotros, me gustaría que fuéramos amigos el resto de nuestras vidas.
¿Irias a otro Estado sólo para hacer el amor conmigo? Jajaja.
Voy a dormir un rato. Necesito relajarme un poco, antes de que mi cuerpo vuelva a descontrolarse cuando te vea.
Hasta luego.*

Jay se levantó y se puso un vaquero y un suéter azul con cuello de pico. Mientras se ponía los deportivos se dio cuenta de que estaba intranquilo y se preguntó si sería porque iba a ver a Paige en unos minutos. Nunca había sentido nada parecido antes de ver a una mujer.

Llamaron a la puerta y Jay fue a abrir.

—Hola —dijo al ver a Paige.

—Hola —dijo ella.

Charlie miró a Jay a los ojos, y supo que estaba loco por ella.

—Hola, Jay.

—Hola, Charlie —dijo poniéndose a un lado para dejarlos pasar.

—¿Dónde está Elizabeth?—preguntó Paige.

—En la cocina. Creo que todas las cosas que estaban en los armarios están sobre la bancada.

—Iré a ver qué tal va todo —dijo Paige sonriendo.

Charlie y Jay fueron al salón a tomar un whisky.

—¿Te ayudo en algo? —preguntó Paige entrando en la cocina.

—Creo que lo tengo todo controlado. La comida está en el horno. Voy a preparar los aperitivos.

—Entonces iré despejando la cocina —dijo Paige empezando a meter cosas en el lavavajillas y fregando algunas a mano.

—Gracias —dijo Elizabeth sonriendo—. Es complicado cocinar para más de dos.

—En ese caso tendremos que venir más a menudo para que practiques. Lo estás haciendo muy bien y lo del horno huele de maravilla.

—Es una de tus recetas.

—Muy bien. Iré poniendo la mesa —dijo Paige sacando el cuenco con fruta que había en el centro de ella.

—¿Vamos a comer aquí?

—Cariño, no somos invitados, somos de la familia.

Jay sonrió al entrar con Charlie en la cocina media hora después al ver la cocina recogida. Paige no quería restar protagonismo a la chica y la dejó hacer. Elizabeth le pidió a su padre que abriese la botella de vino y Jay se levantó a coger el sacacorchos. Cuando volvía a la mesa se dio cuenta de que Paige lo miraba de arriba abajo y él le sonrió guiñándole un ojo.

Después de comer, Elizabeth sirvió el café en el salón y lo acompañó con las magdalenas que Paige había llevado. Jay estaba orgulloso de su hija.

Charlie se marchó después del café porque había quedado con unos amigos y Paige se quedó con ellos a petición de Elizabeth. Aunque no tuvo que rogarle porque no había nada que le apeteciera más que quedarse con ellos.

Decidieron hacer una sesión de películas. Vieron una acostadas las dos en uno de los sofás mientras Jay dormía en el otro.

—¿Te quedarás a cenar? —Preguntó Elizabeth a Paige.

- Acabamos de comer, ¿ya tienes hambre?
—No, pero como Charlie ha dicho que no cenaría en casa...
—Puede que tu padre tenga otros planes.
—Su padre no tiene otros planes —dijo Jay.
—Mi padre me ha dicho que hoy no quería salir porque estaba muy cansado.
Paige lo miró sonriendo y él puso los ojos en blanco.
—En ese caso me quedaré.
—Puedes quedarte a dormir, si quieres.
—Ya veremos...

Jay no prestaba atención al televisor sino a ellas. De repente se dio cuenta de que eso era lo que deseaba. Quería a Paige en su casa, viviendo con ellos. De pronto se sintió aterrado. No por lo que sentía por ella sino porque sabía que Paige no sentía lo mismo por él. Cerró los ojos. Necesitaba pensar la manera de actuar. No quería asustarla, hablándole de sus sentimientos. Los dos estuvieron de acuerdo desde el principio, en no mantener una relación seria, pero él no tenía previsto enamorarse. Ahora tenía un serio problema entre manos. Tenía que pasar con ella el mayor tiempo posible para que se enamorara de él.

Cuando acabó la película Elizabeth fue a la cocina a preparar palomitas. Jay volvía a estar dormido. Paige se levantó y lo tapó con una manta. Le acarició el pelo, retirándoselo de la cara. Se inclinó hacia él y lo besó en los labios. Jay abrió los ojos. La cogió de la nuca y la acercó a él para besarla dulcemente.

Elizabeth se detuvo en la puerta al verlos y regresó a la cocina contenta.

- ¿Vais a ver otra película? —preguntó Jay poco después viéndolas comer palomitas.
—¿Tienes un plan mejor? —preguntó su hija.
—No, yo voy a seguir en el sofá. ¿Salimos luego a cenar?
—Yo prefiero quedarme en casa —dijo Elizabeth que sabía que Paige no quería que la vieran con él—. Podemos preparar cualquier cosa aquí.
—¿Paige?
—Yo pienso como ella, a mí tampoco me apetece salir.

Jay volvió a dormirse y cuando se despertó estaba solo en el salón. Cogió el móvil de la mesita y vio que tenía una llamada de Julie, que no había oído porque lo tenía en silencio. La llamó.

- Hola, Jay.
—Hola, Julie.
—No me has llamado para quedar en todo el fin de semana.
—He estado muy ocupado.
—¿Quedamos para cenar hoy?
—Hoy cenaré en casa con mi hija.
—Me tienes abandonada.
—Sabes que tengo responsabilidades con Elizabeth.
—¿Y conmigo no?
—Julie, sabes que me importas, pero mi hija es lo primero. Podemos comer mañana, si te va bien. ¿Quedamos en el restaurante de enfrente de la inmobiliaria?
—Prefiero ir al hotel.
—De acuerdo, nos veremos en el hotel de siempre y comeremos en la habitación.
—Tengo que ir a comprar unas cosas cerca de la inmobiliaria cuando salga del trabajo, te recogeré allí.

Paige iba a entrar en el salón, pero al oír que estaba hablando por teléfono, se detuvo en la puerta y esperó hasta que terminó de hablar. No le gustó saber que al día siguiente Julie y él comerían en la habitación de un hotel. Iba a preguntarle si quería una copa de vino, pero se arrepintió y volvió a la cocina a preparar la cena. En ese momento decidió que pasaría la noche con Jay y haría lo posible para que terminara agotado.

Después de cenar recogieron la cocina entre los tres. Elizabeth subió a ducharse y a acostarse porque al día siguiente tenía que ir al instituto. Paige se acostó en el sofá junto a Jay y estuvieron besándose y acariciándose como dos adolescentes.

Más tarde subieron a la habitación e hicieron el amor una y otra vez hasta que quedaron de nuevo exhaustos.

Y al día siguiente se despertaron temprano y Paige lo buscó para repetir. Y luego volvieron a hacerlo en la ducha.

—A este ritmo voy a desfallecer —dijo Jay entrando en el dormitorio envuelto en una toalla.

—Yo también estoy agotada, pero ha sido fantástico —dijo ella terminando de vestirse.

—Vuelve a la cama y duerme un rato más.

—Tengo un montón de trabajo pendiente. Y quiero llegar antes de que Charlie se levante. Lo he pasado muy bien —dijo dándole un beso en los labios y saliendo de la habitación—. Hasta pronto.

Paige fue a la ciudad a comprar algunas cosas que necesitaba de la papelería. Hacía un día precioso. Llevaba un vestido muy entallado negro que se adaptaba perfectamente a sus curvas. Era de manga larga y con los hombros caídos. Se puso un cinturón rojo, a juego con el bolso y los zapatos, y un colgante en el cuello con un rubí a juego con los pendientes.

La secretaria de Jay llamó a la puerta de su despacho y él le dijo que entrara. Jay miró a la mujer y luego miró las flores.

—¿Qué es eso?

—Flores —dijo ella sonriendo—. Las acaban de traer para ti, con este sobre.

La mujer dejó el jarrón con las dos docenas de rosas amarillas a un lado de la mesa y abandonó el despacho. Jay abrió el sobre y leyó la nota.

Gracias por todos los orgasmos que me has provocado en las últimas treinta y seis horas, llevándome una y otra vez al borde del abismo y dejándome caer al vacío. Eres un hombre fascinante.

Jay soltó una carcajada. Quería haber llamado a Paige, pero su secretaria le pasó una llamada y luego lo visitaron dos clientes. La llamó a las doce, cuando se quedó solo.

—Hola, Jay.

—Hola, preciosa. He recibido tu regalo, es la primera vez que alguien me regala flores.

—Entonces me alegro de haberlas enviado. Tu despacho necesitaba un toque de color y apuesto a que el amarillo queda genial.

—No te equivocas. Estás en la ciudad.

—¿Cómo lo sabes?

—Has escrito la nota a mano, he reconocido tu letra.

—He venido a comprar unas cosas que necesitaba. Ya he terminado y voy a volver a casa. ¿Puedes dedicarme unos minutos? Ya que estoy aquí, me gustaría decirte hola en persona, y darle a mi cuerpo la dosis de excitación y descontrol que siento al verte.

Jay se rio de nuevo.

—Para ti siempre tendré tiempo.
—No te robaré mucho, estaré allí en diez minutos. Hasta ahora.

—Buenos días —dijo Paige dirigiéndose a la secretaria de Jay.
—Hola. Usted es Paige. Elizabeth nos presentó cuando vinieron a ver a su padre.
—Sí. El señor Hammond me ha dicho que podía dedicarme unos minutos.
—La está esperando. Pase, por favor.

Paige llamó a la puerta y abrió sin esperar contestación. Jay se levantó del sillón y la miró de arriba abajo.

—Hola —dijo ella entrando y cerrando la puerta.
—Hola —dijo él acercándose para besarla en la mejilla.
—Qué formal —dijo ella sonriendo.
—No quiero borrarle el color de los labios.
—Es a prueba de besos y mamadas.
Jay soltó una carcajada.
—Estás preciosa. Ese vestido te queda fantástico.
—Gracias, era de mi madre, lo diseñó y lo hizo ella.
—Ahora entiendo a quien le pareces con el buen gusto. Es muy bonito.
—Gracias de nuevo—dijo acariciándole los abdominales por encima de la camisa—.

¿Puedo besarte?

—Te dije que podías hacer lo que quisieras conmigo. Y así probaremos si ese lápiz de labios es realmente a prueba de besos.

Paige empezó a acariciarle los labios con la lengua. Deslizó las manos hacia la espalda de él por dentro de la chaqueta. Jay le acarició los labios con los suyos. Le rodeó la cintura con sus brazos para atraerla hacia él y le metió la lengua en la boca. Ella subió las manos hasta su nuca y pocos segundos después estaban devorándose el uno al otro. Paige se pegó más a él al notar su erección.

—¿Eso te ocurre sólo por besarte? —preguntó ella mirándolo a los ojos.
—Sí, eso es lo que tú me provocas. Parece ser que el carmín de tus labios no ha sobrevivido.
—Es a prueba de besos, pero no de esta clase de besos —dijo ella con una cálida sonrisa—.

¿De cuánto tiempo disponemos?

—De cuarenta y cinco minutos. ¿Por qué? ¿Tienes algo en mente?
—Bueno... Tengo una fantasía.
—¿Tienes una fantasía conmigo, en mi despacho?
—Sí. Sólo nos llevará unos minutos.
—Entonces, adelante, hagamos tu fantasía realidad.
—Siéntate en tu butaca y hazla un poco para atrás.

Jay se sentó y ella se colocó delante de él después de coger un cojín del sofá.

—Separa las rodillas.
Paige colocó el cojín en el suelo para no romperse las medias y se arrodilló sobre él.

—Oh, Dios mío, no puedo creer que vayas a hacer lo que imagino.

Paige empezó a desabrocharle la camisa, sin quitarle la chaqueta. Se miraron. En los ojos de ambos se veía la excitación expectante.

—Necesito ver y acariciar tu cuerpo —dijo tirando de la camisa para sacarla de dentro del pantalón—. No entrará tu secretaria, ¿verdad?

—Si no quiere que la despida se abstendrá de hacerlo. Le he dicho que no nos moleste bajo ningún concepto.

—¿Planeabas hacer algo conmigo? —dijo desabrochándole el resto de los botones.

—No estaba seguro de lo que iba a pasar —dijo él sonriendo.

—¿Te importa que haga esto? —dijo desabrochándole el cinturón.

—Para nada. En estos momentos, que me hagas una mamada, es lo que más deseo.

—Me alegro de poder complacerte —dijo bajando la cremallera del pantalón.

—¿Tenías esto planeado?

—En absoluto. Únicamente quería decirte hola, pero cuando te he visto... Me pones muy caliente y no puedo evitarlo —dijo bajándole el pantalón y el bóxer sólo lo necesario para liberar la erección.

Paige lamió el miembro desde la base hasta la punta y Jay recibió de pronto una oleada de placer que tensó todo su cuerpo.

—Así que esta era una fantasía tuya —dijo sonriendo mientras le acariciaba el pelo.

—Ajá —dijo metiéndose la punta en la boca y girando la lengua a su alrededor—. Aunque en mi fantasía, tú seguías trabajando, como si no ocurriera nada.

—No creo que pudiera trabajar teniéndote ahí. Sigue cariño, no pares por nada del mundo. Llévame hasta el borde del abismo.

Paige empezó a moverse subiendo y bajando mientras le acariciaba los pectorales y el estómago. Cuando vio que estaba sobreexcitado se detuvo y jugueteó con la lengua y los dientes.

—No sabes cómo me gustas, haces que me sienta especial contigo. Sigue así. Me gusta muchísimo follarte la boca. ¡Joder! Qué gusto.

Paige lo volvió loco hasta que Jay no pudo más y se corrió. Ella lamió la punta de la polla hasta que desapareció el más mínimo resto de esperma. Jay tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sillón intentando serenarse.

—Vamos a esa habitación, tengo que follarte —dijo cogiéndola de la cintura y poniéndola de pie—. Eres una mala influencia para mí.

—Si quieres me voy.

—Te irás, después de que te folle. Y porque he quedado para comer con un cliente, de lo contrario, iríamos a un hotel —dijo cogiéndola de la mano y llevándola a la habitación.

Jay se sentó en el borde de la cama, la acercó a él y le acarició los costados subiendo y bajando delicadamente por encima del vestido.

—Tienes un cuerpo fantástico.

—Tú también —dijo ella acariciándole el pelo.

Jay se puso de pie y le quitó el cinturón. Luego le bajó la cremallera del vestido y lo dejó caer al suelo. Paige movió los pies para que él cogiera el vestido y lo lanzó al sofá.

—¡Santo Dios! —dijo haciéndola un poco hacia atrás para observarla.

La ropa interior de Paige era del color de los rubies que llevaba y las ligas de las medias negras eran del mismo color que el encaje.

—Mira cómo me has puesto otra vez —dijo cogiendo la mano de ella para llevarla a su erección.

Paige deslizó la mano a lo largo de la polla y la apretó.

—Sabes, nunca me ha gustado la ropa interior roja, pero acabo de cambiar de opinión. Con la liga, las joyas, tus uñas y tus labios..., el conjunto es fascinante. ¿Sabes que me vuelves loco?

—Jay, me gustan las cosas que me dices y no quiero darte prisa, pero si has quedado con un cliente...

—No me presiones. Quiero disfrutar de esto —dijo acariciándola por encima del sujetador.

—¿No puedes cancelar o retrasar esa cita con tu cliente?

—No.

Jay le bajó las bragas y la hizo inclinarse sobre la cama. Estaba tan excitado cuando la vio desde atrás, con las piernas separadas y con las medias y los tacones que, tan pronto la penetró, estaba listo para correrse y tuvo que sacar la polla varias veces para relajarse y aguantar un poco más, para que ella llegara al final.

Cuando terminaron se inclinó hacia delante para besarla en la espalda, acariciándole los pezones hasta que sus respiraciones volvieron a la normalidad.

Paige salió de la inmobiliaria a la una y cuarto, caminó hasta el coche y se metió en él. Y esperó. Quería saber si Jay había cancelado la comida con Julie para comer con el cliente que le había dicho, o si le estaba mintiendo. A la una y media vio llegar a Julie. Y a los cinco minutos salieron los dos, cogidos de la mano. Jay desbloqueó las puertas de su coche con el mando y Julie dio la vuelta por delante del vehículo para subir. Jay miró hacia la carretera para ver si podía abrir su puerta sin peligro de que viniera un coche y en ese momento Paige pasó junto a él. Sólo se miraron un instante. Jay subió al coche preocupado porque Paige había descubierto que le había mentido.

—He olvidado algo, ahora vuelvo.

—Vale —dijo Julie.

Paige giró a la derecha en la primera calle y detuvo el coche en la puerta de un garaje. Tenía un nudo en la garganta y sabía que las lágrimas aparecerían en cualquier momento. Oyó la entrada de un mensaje en el móvil. Era de Jay y lo leyó.

No voy a acostarme con ella.

Paige le contestó.

Eso no es algo que me preocupe, pero sí me ha molestado que me mintieras, dijiste que nunca lo harías. Últimamente tu palabra deja mucho que desear.

De haber sabido que habías quedado con tu otra “amiga”, no habría ido a verte, o al menos, no habría hecho nada contigo. Siento haber ido a tu trabajo.

Jay, entre nosotros no hay ningún compromiso, sólo sexo, y somos libres de hacer lo que nos plazca.

Te he pedido que cancelaras tu cita para estar juntos, pero supongo que la antigüedad de tu “amiga” tiene prioridad ante las otras.

Me has demostrado que tienes mucho aguante y podrás cumplir también con ella.

Diviértete.

Paige envió el mensaje, respiró hondo y puso el coche en marcha para volver a casa.

A las ocho de la noche llamaron a la puerta de Charlie y abrió él. Era Jay. Después de saludarse le preguntó por Paige y el hombre le dijo que seguía trabajando en su despacho. Se dirigió hacia allí y llamó a la puerta.

—Pasa, Charlie, no sé por qué llamas a la puerta —dijo ella mirando hacia allí cuando esta se abrió. Al ver a Jay le dedicó una radiante sonrisa, lo que hizo que Jay aún se sintiera más culpable.

Jay entró en la estancia y se quedó frente a la mesa.

—¡Vaya! ¿A qué debo el honor de tu visita? —dijo echándose hacia atrás en el sillón.

—¿Estabas vigilándome en la puerta del trabajo?

—¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que vigilarte? ¿Crees que eres el centro de mi vida? Tenía el coche aparcado cerca de tu inmobiliaria. Al subir al coche he recibido una llamada de un cliente y he hablado con él durante unos minutos. Ha sido una coincidencia que terminara de hablar cuando salías con Julie del trabajo, cogidos de la mano, como buenos amigos —dijo ella con sarcasmo.

—¿No estás enfadada?

—¿Por qué iba a estar enfadada? Es cierto que no me ha gustado que me mintieras, más que nada, porque no era necesario. ¿No habrás venido porque te sientes culpable? Jay, los dos sabemos lo que hay entre nosotros. Yo no tengo derecho sobre ti para decirte a quien puedes ver y a quien no y tú tampoco lo tienes sobre mí. Lo pasamos bien cuando estamos juntos. Mientras sea así, seguiremos viéndonos y cuando uno de los dos deje de estar interesado, se acabó.

—¿Quieres que vayamos a cenar?

—Sabes que no puedo ir a cenar contigo.

—¿Cuándo nos veremos?

—Pues... no sé. ¡Vaya, tío! Tienes un aguante increíble.

—¿Por qué no nos vemos en el estudio después de cenar?

—Hoy no.

—No quieres verme porque estás enfadada conmigo.

—No estoy enfadada contigo, pero hoy no puedo porque tengo trabajo. Podemos vernos mañana, si quieres. En la carretera.

—¿En la carretera?

—Sí. Nos veremos en la gasolinera que hay entre el pueblo y la ciudad. En el aparcamiento de la cafetería. Allí decidiremos donde ir a pasar un rato.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—Avísame cuando vayas a salir del trabajo y yo saldré de casa.

—Vale —dijo él levantándose.

Paige se levantó también, se acercó a él y lo besó.

—Te acompaño a la puerta.

—Piensa en mí esta noche.

—Siempre lo hago.

Jay estaba realmente cansado cuando subió a su habitación, así y todo contestó el correo de Paige. Y luego se metió en la cama. Por muy cansado que estuviera no pudo evitar pensar en ella. Lo estaba matando saber que no sentía nada por él, cuando él no podía quitársela de la cabeza. Estaba loco por ella y la necesitaba.

Paige leyó el correo de él cuando se metió en la cama.

Hola, preciosa.

No te esfuerces en controlar tu cuerpo, cuando veas que se está descontrolando llámame y me encargará de darle lo que necesita hasta tenerlo bajo control.

Recuérdame que no me enamore de ti, no podría soportar a una esposa celosa y posesiva, a pesar de que sé que yo también lo soy.

Desde este momento, mi agenda está en blanco, y tú eres mi prioridad.

Dices que te dejé exhausta, pero tengo que decirte que, con nuestra sesión del sábado, con la del domingo y con la de hoy, por poco acabas conmigo.

Gracias por compararme con un Ferrari. Yo no podría compararte con nada, porque tú, eres única.

¿Crees que pienso en ti por deseo propio? Cariño, aunque lo intento, no puedo apartarte de mi mente.

Iría al fin del mundo por follar contigo.

La mamada de mi despacho fue genial. Estás haciendo cosas conmigo que ninguna otra mujer ha hecho, y he de reconocer, que me gusta.

Tienes razón, en el sexo nos complementamos a la perfección. Parece que nuestros cuerpos se hayan diseñado para estar juntos.

Tengo que decirte que, cuando he estado hoy en tu despacho, también he tenido una fantasía contigo.

No sé si es justo que esté siempre en tu mente, pero sí sé, que eso es justo lo que quiero.

Cielo, te dejo. Estoy en la cama y te aseguro que estoy muy cansado. Pero, cansado o no, me gustaría tenerte aquí, a mi lado.

Qué descanses.

Mientras Paige conducía para reunirse con Jay pensaba en él. Últimamente pasaban mucho tiempo juntos y se preguntaba qué estaría pensando Julie al respecto, porque seguramente Jay la vería menos que antes. Sabía que Julie no lo dejaría escapar así como así. De pronto supo que tenía que tener extremo cuidado por si se ponía nerviosa y le daba por vigilar a Jay. O a ella.

Paige llegó a la gasolinera y condujo hasta el aparcamiento de la cafetería. Jay ya había llegado. Bajó de su coche y subió al de él. Se abalanzó sobre Jay para besarlo como si no se hubieran visto en semanas, y él la estrechó en sus brazos, completamente feliz.

—Te he echado de menos durante todo el día. Mucho de menos.

—Yo también a ti —dijo él sin dejar de abrazarla—. Bien, ¿dónde vamos?

—Me gustaría ir a algún sitio para darnos un revolcón en el coche. Ya sabes, a donde vayan las parejas a meterse mano.

—Yo no hago eso. Vamos a un hotel, estaremos más cómodos.

—Eres un poco arrogante, ¿eh? ¿Crees que porque tienes dinero no puedes hacer las cosas que hace la gente que no tiene tu suerte? Pensaba que, en el fondo, eras una persona sencilla y que podía disfrutar de las cosas sencillas. ¿Qué problema hay en pasar un rato con una chica en el coche? De todas formas, no lo harías en un utilitario, como la mayoría de las personas, sino en un coche de gama alta y con un montón de espacio.

—Paige...

—Jay, hoy no me apetece ir a un hotel, como cualquiera de las mujeres con las que te acuestas. Además no voy adecuadamente vestida. Me marcho a casa —dijo cogiendo la manecilla de la puerta para abrirla.

—Espera. No puedes irte. No puedes dejarme así.

—¿Así, cómo?

—Así —dijo él cogiéndole la mano y llevándola hasta su erección.

—Esa es una buena razón para que me quede, pero sigo sin querer ir a un hotel.

—¿Vas a obligarme a hacerlo en el coche?

—Yo no voy a obligarte a nada. Puedes elegir que me quede o me vaya.

—Ponte el cinturón —dijo él poniendo el coche en marcha e intentando no sonreír—. Sabía que una mujer como tú me traería problemas.

—La vida sin problemas es aburrida.

—Para no querer que te vean conmigo, estás tentando mucho a la suerte —dijo haciendo marcha atrás y saliendo del aparcamiento.

—El riesgo también es excitante.

—Es imposible discutir contigo. ¿Siempre eres tan testaruda?

—Me gusta hacer lo que quiero.

—Y arrastrar a los demás contigo. Tengo una reputación, ¿eres consciente de ello?

—En una ocasión me dijiste que no te importaba lo que pensarán o dijeran los demás.

—En realidad, no me importa que hablen de mí, pero no quiero que lo hagan de ti. Cualquiera que vea el coche sabrá que es el mío. No hay otro igual en el pueblo.

—Lo que yo digo, un millonario arrogante. Que está muy bueno, por cierto —dijo ella cogiéndolo de la mano y sonriendo—. No te preocupes por mí. Apagaremos las luces interiores para que no se enciendan si abrimos las puertas, así nadie nos distinguirá.

—¿Por qué íbamos a abrir las puertas?

—No sé, por si estamos incómodos en los asientos delanteros y queremos pasar al de atrás.

—¡Mierda!

—Tranquilo, cariño. Conseguiré que te relajes, y puede incluso que quieras que volvamos a ese sitio otro día.

—Eso no sucederá. Ya estamos llegando.

—¿Cómo sabes de este sitio? Pensaba que tú no hacías estas cosas —dijo ella riendo.

—Yo también he sido adolescente.

—Como eres tan responsable, estirado y rico, pensé que te habías saltado esa época.

—Pues no, no me la salté. ¿Soy estirado?

—A veces. Aunque supongo que al ser tan rico no podrás evitarlo.

—¿También te molesta que sea rico?

—A mí me da igual el dinero que tengas, yo no tengo tanto como tú, pero eso no me quita el sueño. Charlie dice que eres el hombre más rico del pueblo.

—¿Eso dice Charlie?

—Sí. Tal vez sea una de las razones por las que Julie quiera casarse contigo. Y apuesto a que tarde o temprano lo conseguirá.

—¿Eso crees?

—Dijiste que la quieres y que te sientes a gusto con ella. Puede que sus tácticas no sean perfectas, a mi parecer, te deja demasiada cuerda. Te estás acostando con tres mujeres, además de con ella. Si quiere cazarte, debería atarte más corto.

Jay la miró sonriendo y pensando que si se casaba con alguna mujer, sería con ella.

—Por cierto, me dijiste que, en estos momentos, te estabas acostando con cuatro. ¿Me contabas a mí? ¿Yo soy la cuarta o la quinta?

Él volvió a mirarla sonriendo, porque, últimamente no se acostaba con nadie que no fuera ella. Ni siquiera lo hizo el día anterior con Julie porque le dijo que no se encontraba bien. Pero Paige interpretó mal la sonrisa.

—Vaya, soy el quinto elemento, como la película de Bruce Willis.

—Eso es lo que eres, un elemento. Ya hemos llegado.

Había tres utilitarios aparcados en la oscuridad.

—Ahora pensarán que teniendo este coche podría permitirme ir a un hotel.

Paige soltó una carcajada.

—¿Dónde quieres que nos pongamos?

—Delante de todos.

—Perfecto, así podrán ver el coche y la matrícula con claridad, por si tenían dudas de que fuera yo —dijo Jay completamente serio.

Paige volvió a reír.

—Lo he dicho porque el cristal de las ventanillas traseras de tu coche es negro y no podrán distinguir nada al tenernos delante.

Jay paró el coche delante de todos y apagó las luces.

—Esto no me gusta.

—Estás tenso.

—Tengo treinta y cinco años, la gente de mi edad no viene a estos sitios.

—Entonces vámonos, podemos vernos otro día.

—Ahora estamos aquí y nos quedaremos —dijo él desconectando la luz interior para que no se encendiera y bloqueando las puertas—. Bien, ¿qué hacemos ahora?

—Ahora haremos lo que solemos hacer cuando estamos juntos —dijo sentándose a horcajadas sobre él—A ver si consigo que te relajes.

Paige empezó a besarlo y mordisquearle los labios. Le metió la lengua en la boca. Jay le acarició la espalda mientras la besaba. Aún seguía preocupado por estar allí.

—No he logrado que te relaje, pero sí he conseguido excitarte —dijo al notar la erección entre sus piernas mientras le desabrochaba el chaleco.

—¿No pensarás desnudarme...?

—Sólo en parte, el resto te lo quitaré en el asiento de atrás. Te he puesto las cosas fáciles al ponerme falda.

—Eres muy considerada.

—Lo sé. Y además, no llevo ropa interior, para facilitarte las cosas un poco más.

—¡Madre mía! —dijo Jay lanzándose a su boca para devorarla.

Paige le desabrochó la camisa y le acarició el pecho. Jay seguía llevando la chaqueta, el chaleco y la camisa, pero las tres prendas estaban desabrochadas. Él le metió las manos por debajo del suéter para acariciarle los pechos y ella se echó hacia atrás, recostándose sobre el volante.

—Me vuelves loco, cielo —dijo cogiendo el jersey por el borde inferior y sacandoselo por la cabeza.

—Así me gusta, soy toda tuya, haz conmigo lo que quieras.

Jay se metió un pezón en la boca mientras acariciaba el otro.

—Esto es muy incómodo, vamos al asiento de atrás.

Jay abrió la puerta, completamente excitado y sin tener en cuenta que tenían espectadores. Salió del coche y entró en la parte de atrás.

Paige pulsó el botón para volver a bloquear las puertas y pasó entre los dos asientos.

—Esto es otra cosa. Menos mal que tienes un coche grande —dijo ella desabrochándole el cinturón.

—No me desnudes del todo, no vaya a ser que se presente la policía y tenga que bajar del coche.

—Te dejaré los zapatos y los pantalones, aunque bajados —dijo ella riendo mientras le desabrochaba el pantalón.

—Parece que te estás divirtiendo.

—¿Tú no?

—Sigo estando preocupado. Pero esto empieza a ponerse interesante —dijo mirándola cómo le desabrochaba el pantalón y se lo bajaba hasta las rodillas junto con el bóxer.

—¿Te apetece una súper mamada para que te relajes?

—No estaría mal, para empezar —dijo metiéndole la mano por debajo de la falda.

Jay la penetró con dos dedos y ella se echó hacia atrás en el asiento, empujando las caderas

hacia la mano de él para que no se detuviera.

—No pares, cariño, me encantan tus dedos.

—Me has puesto a cien al saber que no llevabas bragas.

Jay la besó mientras metía y sacaba los dedos de su interior y ella lo abrazó fuertemente para que siguieran besándose. Él siguió con la penetración y Paige empezó a gemir, descontrolada. Y poco después jadeaba con la respiración alterada.

—Córrete para mí. Me está empezando a gustar haber venido aquí. Vamos, cielo, dámelo todo.

Paige sintió una convulsión y luego otra más mientras él la penetraba frenéticamente con los dedos y le devoraba los pezones con los labios y los dientes. Jay capturó su boca cuando supo que iba a correrse para recoger el grito en ella mientras la besaba. A Paige le faltaba la respiración, pero no se apartó de la boca de él, prefería ahogarse que separarse.

—Ahora me ocuparé de ti —dijo ella cuando su respiración volvió a la normalidad. Y le hizo la súper mamada que le había prometido.

—Eres fantástica haciendo eso. No pares, cielo.

—¿Y si viene la policía?

—Pagaré la multa de buen grado.

Paige se rio y volvió a concentrarse en lo que hacía. Jay estaba muy excitado. Sus gemidos se hacían notar junto con las frases obscenas que le dedicaba a Paige y que la hacían reír. Y eso todavía lo excitaba más.

—Ahora te voy a follar despacio y me voy a tomar mi tiempo.

—Parece que has conseguido relajarte. Y yo no tengo prisa.

—Creo que siempre conseguirás lo que quieres de mí.

Una hora y media después dieron la sesión por terminada.

—No sabes cuánto me gustas. Creo que repetiremos esto —dijo Jay sonriendo mientras la tenía abrazada en el asiento de atrás.

—Sabía que te gustaría. Además, de esta forma ahorras dinero. ¿Crees que los de los coches dirán en el pueblo que te han visto aquí?

—Eso no me preocupa, no tengo que dar cuentas a nadie. Lo único que quería era que no te viesen a ti, y no lo han hecho.

Llegaron a la gasolinera y Jay paró el coche junto al de ella.

—Estás poniendo mi mundo patas arriba. Y lo que más me sorprende es que me gusta. Creo que vas a ser mi perdición.

Paige se sentó en su regazo y se besaron durante mucho tiempo. Antes de salir del coche Jay le dio un sobre con las llaves del estudio y el mando del garaje, por si quedaban allí algún día.

—¿Fue todo bien anoche con Jay? —preguntó Charlie a Paige al día siguiente mientras desayunaban.

—Sí.

—¿Ya no te preocupa que os vean juntos?

—Sí me preocupa, por eso quedamos fuera del pueblo.

—¿No vas a contarle lo de Julie?

—No. Jay no está interesado en mí, de la misma forma que yo en él.

Paige pasó la mañana trabajando. Sabía que Jay salía a comer sobre la una y media y eran las dos menos cuarto. Deseó que no estuviera con Julie. Le envió un mensaje.

Jay estaba en el restaurante de enfrente de su negocio y lo leyó.

Hola.

Sólo quería decirte que te echo de menos y he pensado en ti durante toda la mañana. Te habría llamado, pero no sabía si estarías acompañado.

He pensado que, ya que tengo las llaves de tu estudio, tal vez estés interesado en que nos veamos allí hoy. Pero si has quedado con alguien, tienes otros planes o, simplemente estás cansado, podemos vernos otro día. Aunque si no quieres que hagamos el amor, podemos tomar una copa y charlar.

Un beso.

Tan pronto terminó de leer el mensaje, Jay la llamó.

—Hola, Jay.

—Hola, cielo. Yo también te echo de menos. Me habría gustado tenerte conmigo en la cama anoche, y me habría gustado verte ahora, en vez de hablar contigo por teléfono.

—¿Dónde estás?

—En el restaurante de enfrente de la inmobiliaria, y estaba pensando en ti. Tengo que ver a un cliente en media hora.

—No te tomas mucho tiempo para descansar.

—Prefiero tener menos tiempo libre al medio día y adelantar las citas para terminar antes por la tarde. Y sí, estoy muy interesado en verte. Llegaré al pueblo sobre las siete.

—Perfecto, yo iré un poco antes y meteré el coche en el garaje. Tengo ganas de verte.

—Y yo a ti.

Paige preparó la cena por la tarde y la dejó lista a falta de calentar.

Jay llegó al estudio a las siete menos cuarto. Metió el coche en el garaje, después de asegurarse de que no había nadie en la calle que pudiera ver el de Paige en el interior. Pensó que ella le estaba contagiando su paranoia de que los viesan juntos.

Entró al salón por la puerta interior del garaje. Nada más abrirla, Paige se levantó del sofá, se dirigió rápidamente hacia él y se echó en sus brazos.

—Me están gustando tus recibimientos —dijo él después de que se besaran.

—Es que me alegro cuando te veo.

Al final no habían sólo charlado mientras tomaban una copa. Se sentían agotados tras la brutal sesión de sexo. Sentirse así ya era la costumbre en ellos. Se vistieron y se sentaron en el sofá a tomar una copa.

—Creo que he tenido más orgasmos contigo que con las otras mujeres, desde que me divorcié.

—Eso no puede ser.

—No bromeo. Quería hablarte de algo.

El corazón de Paige le dio un vuelco. Pensó que iba a decirle que quería que terminara lo que había entre ellos.

—¿Quieres que cortemos?

—¿Qué?

—¿Te has cansado ya de mí? Tal vez haya sido demasiado intenso y estés agobiado.

—¿Qué estás diciendo? No quiero que cortemos.

—Me habías asustado. ¿De qué quieres hablar entonces?

—Me gustaría pasar contigo el próximo fin de semana.

—Los fines de semana es cuando aprovechas para hacer cosas con tu hija.

—Paige, mi hija ya es una mujer. Le he dedicado diecisiete años de mi vida y ya va siendo

hora de que piense un poco en mí. De todas formas lo comentaré con ella. Un amigo tiene una cabaña en las montañas, sin televisión, sin teléfono, sin Internet... Hace un frío de muerte y estaremos aislados del resto del mundo. Te aseguro que nadie podrá vernos juntos. Por favor, ven conmigo. Necesito estar a solas contigo, aunque sólo sean un par de días, sin tener que escondernos de nadie. Solos tú y yo —dijo cogiéndole las manos y acariciándole los nudillos con los pulgares.

—Creo que me has convencido con todos los detalles que me has dado sobre lo que “no” dispondremos en la cabaña.

Los dos se rieron.

—Iré contigo.

—¡Sí! Envíame un mensaje con la lista de las cosas que necesitamos llevar de comida. Allí no hay ningún sitio para comprar nada.

—Yo llevaré lo que necesitamos.

—Vale. Nos vamos el viernes por la tarde y nos quedaremos hasta el domingo por la tarde. Me llevaré ropa de abrigo y me cambiaré en el trabajo. Te enviaré un mensaje con la dirección a la que tienes que ir y la hora.

—De acuerdo.

Cuando Jay se metió en la cama por la noche, agotado, leyó el correo de Paige que tenía pendiente.

Hola, cariño.

Últimamente nos estamos viendo tan a menudo que empieza a preocuparme. El problema es que, cuanto más te veo, más te deseo.

Te estás ocupando tan bien de mi cuerpo, que no le das tiempo a que se descontrole. Y estás cumpliendo pero que muy bien, para tu edad.

Pensabas que no ibas a poder seguir mi ritmo, pero no me has defraudado ni una sola vez. Y no has de preocuparte por eso, esto es cosa de dos. Cuando uno de los dos se resienta, nos amoldaremos a ello, como un equipo.

Recuérdame tú también, que no me enamore de ti, no vaya a olvidarlo.

Dices que te dejo exhausto, pero cuando te veo al día siguiente, estás fresco y resplandeciente, y pareces preparado para follarme de nuevo durante toda la noche. No sé quién acabará antes con el otro.

Me alegro de que no tengas intención de casarte, de momento, y confío en que lo aplaces por mucho tiempo. Aunque, ya tienes edad para pensar en el futuro y sentar la cabeza. Así que tendré que esforzarme mucho más, para que te olvides de ello. Tengo que superarme para volverte tan loco, que tu cerebro no pueda trabajar sin pensar en el sexo conmigo.

¿Por qué quieres apartarme de tu mente? ¿Ya no me deseas?

Por cierto, ni se te ocurra enamorarte de mí. Tenía que recordártelo.

¿Cómo es posible que no hayas follado antes en tu oficina? Cualquiera mujer que entre en tu despacho y se encuentre a solas contigo, no podrá pensar en otra cosa.

Si tienes una fantasía conmigo en mi despacho, tendremos que hacerla realidad. Te avisaré cuando sepa que Charlie va a salir para que pases por casa.

Esperaremos a ver qué nos tiene preparado el destino para mañana, puede que quiera que nos veamos de nuevo.

Buenas noches.

¿Me recuerdas que no me enamore de ti? Demasiado tarde, cielo, ya me tienes atrapado, pensó Jay. Contestó al correo antes de meterse en la cama.

Al día siguiente, Paige le envió un mensaje a Jay después de desayunar.

Hola.

Sólo quería informarte de que Charlie cenará hoy con unos amigos y luego irán a casa de uno de ellos a jugar a las cartas. Te lo digo por si te interesa hacer tu fantasía realidad esta noche.

Si quieres puedo preparar la cena.

Te echo de menos.

Jay le contestó unos minutos después.

Hola.

Me parece perfecto. Avísame cuando se marche de casa. Llamaré a mi hija y le diré que no me espere para cenar.

Yo también te echo de menos, sobre todo por las noches.

Jay llegó a casa de Paige quince minutos después de que Charlie se marchara. Tan pronto estuvo dentro de la casa Paige se abalanzó hacia él para besarlo. A Jay le gustaban sus efusivos recibimientos.

—Aquí estamos. Ya puedes hacer realidad tu fantasía —dijo ella entrando en el despacho y cerrando la puerta tras ellos.

—Te has puesto vestido, perfecto. Vamos a la mesa.

Jay se sentó en la butaca y la colocó delante de él. Le bajó las bragas y se las sacó por los pies.

—Vas rápido —dijo ella sonriendo mientras hacía a un lado todas las cosas de la mesa que estaban detrás de ella.

—¡Dios! Ya estás empapada —dijo él que había metido la mano por debajo del vestido para tocarla.

Jay la cogió de la cintura y la elevó para sentarla sobre la mesa. Luego le levantó la falda hasta las caderas.

—Coloca los pies sobre los brazos de la silla. Perfecto —dijo después de que ella lo hiciera. Jay miró su sexo y luego la miró a los ojos—. Así me gusta tenerte, expuesta para mí. ¿Cómo te sientes?

—Muy expuesta. ¿Puedes besarme antes de que me muera de ganas?

Jay la cogió de la nuca para atraerla hacia él y la besó de forma desesperada.

—¿Esta es tu fantasía? —dijo ella echándose hacia atrás y apoyándose en la mesa con los codos. Separó las rodillas para estar aún más expuesta.

—Mi fantasía es lamer, chupar, morder y devorar tu precioso coño, en esa posición.

—No tengo nada que objetar al respecto. Adelante, ya sabes que mi cuerpo te pertenece —dijo con una traviesa sonrisa.

—Me vuelves loco —dijo él acercándose a ella para besarla de nuevo.

Jay le subió el vestido y se lo sacó por la cabeza. Paige no llevaba sujetador. Llevó su boca hasta un pezón y luego hasta el otro, y ella gimió. Luego fue bajando su boca lentamente, rozando su piel con los labios. Se sentó cuando llegó a su sexo. Paige dio un grito cuando la lengua de él le

rozó el clítoris. Unos minutos después un orgasmo se presentó de repente, pero Jay no se detuvo. Siguió martirizándola hasta que la llevó de nuevo a lo más alto, sin darle tregua, y ella se dejó caer al vacío de nuevo. Jay la arrastró hacia él para tenerla sentada en sus piernas y besarla a placer.

—Ha sido fantástico —dijo mirándola a los ojos—. Ahora quiero que te echas sobre la mesa y pongas los tobillos sobre mis hombros. Y ella lo hizo.

Jay se puso de pie, se desabrochó el cinturón y el pantalón y lo dejó caer por las piernas junto al bóxer. Y a continuación le metió la polla hasta el fondo de una sola estocada, lo que hizo que Paige soltara un grito, y se detuvo dentro de ella.

—¿Quieres que te folle fuerte?

—Sí.

Jay la penetró una y otra vez con furiosas embestidas mientras la sujetaba fuertemente por las caderas. Paige se corrió y poco después él se derramó en su interior. Se echó sobre ella y enterró el rostro en su cuello.

Jay se incorporó y se subió el pantalón. Ayudó a Paige a que se incorporara y la acercó a él para devorarle la boca y los labios.

—Tienes un cuerpo precioso. Me estás volviendo loco.

—Y tú a mí —dijo poniéndose el vestido—. ¿Tienes hambre?

—Mucha.

—Pues vamos a cenar. ¿Satisfecho con tu fantasía?

—Muy satisfecho.

Durante la cena Jay le estuvo hablando de la cabaña a la que iban a ir. Y mientras le contaba cosas de las montañas, ella iba haciendo una lista mental de los víveres que tenía que llevar.

—¿Quieres postre?

—Si ese postre eres tú, sí.

Paige lo miró con los ojos brillantes.

—¿Quieres que subamos a mi habitación?

—Me gustaría.

—Me tienes alucinada.

Nada más entrar en el dormitorio Jay cerró la puerta y la empotró contra ella. Empezó a besarla en el cuello y Paige le desabrochó la camisa para acariciarlo. Segundos después estaban devorándose la boca mutuamente. Jay le quitó el vestido por la cabeza y se lanzó a morderle y chuparle los pechos mientras ella se aferraba a sus brazos. Paige buscó su boca de nuevo, desesperada por besarlo, como si fuera la primera vez que sus labios se rozaban. Le desabrochó el cinturón, el botón del pantalón y le bajó la cremallera en un tiempo récord. Introdujo la mano en el bóxer para acariciarle el miembro y Jay ronroneó en el cuello de ella, gimiendo de placer. Jay llevó la mano hacia abajo para meterla en el interior de las bragas. Rápidamente se deshizo de ellas y se bajó el pantalón.

—Rodéame con la piernas, quiero estar dentro de ti, ya.

Jay la ayudó a subirse y ella lo rodeó con las piernas. La penetró bruscamente y la folló con fuertes embestidas. Paige volvió a apoderarse de su boca, gimiendo en ella. Las convulsiones del orgasmo que se avecinaba aparecieron y él aceleró las embestidas, haciéndola gritar pronunciando el nombre de él, antes de desplomarse en su hombro.

Jay siguió con sus acometidas hasta que se detuvo y se vació en ella. Los dos buscaron desesperadamente sus bocas y se besaron con las respiraciones agitadas.

—No entiendo cómo puedo desearte de esta forma.

—A mí me sucede lo mismo.

—Es la primera vez que lo hacemos contra una puerta —dijo él ayudándola a poner los pies en el suelo.

Todavía volvieron a follar una vez más, en la cama. Esa vez se lo tomaron con calma y disfrutaron haciendo el amor lentamente.

A los dos les temblaban las piernas cuando bajaban la escalera, agotados.

—Llámame la próxima vez que Charlie salga a cenar y te haré una visita —dijo Jay cuando llegaron a la puerta.

Paige soltó una carcajada.

—Parece que te ha gustado.

—¡Dios! Eres perfecta para follar.

—¿Crees que resistiremos todo un fin de semana?

—No lo sé, pero no perdemos nada por intentarlo. Aunque soy consciente de que este ritmo no lo podremos prolongar durante mucho tiempo.

—Lo sé. Yo estoy destrozada.

Jay la estrechó en sus brazos y ella lo abrazó fuertemente. Luego se besaron y él se marchó.

Cuando regresó Charlie, Paige le dijo que Jay había estado allí y que habían cenado juntos. Y al hombre le gustó saberlo. Estaba seguro de que esos dos eran perfectos el uno para el otro. Y luego le dijo que pasarían el fin de semana juntos en las montañas. Ella tenía una lista de las cosas para llevar y Charlie le ayudó a recordar otras importantes.

Cuando Paige se fue a la cama leyó el correo de Jay.

Hola, preciosa.

Empiezo a pensar que tengo mucho aguante. No me lo había planteado antes, porque nunca había hecho el amor como lo hago últimamente. Dios, no me canso de ti.

Yo también me he preguntado hasta cuando durará esto, pero no parece que mi cuerpo tenga intención de cansarse del tuyo.

Estamos viéndonos cada día, y cada uno de nuestros encuentros es más excitante que el anterior. Cada vez que estamos juntos pienso que eso no podrá superarse, pero siempre me equivoco. Creo que nos superamos día a día.

Hasta ahora, siempre has querido quedar después de que yo terminara el trabajo, pero quiero que sepas que estaré disponible siempre que me desees. Sólo tienes que decírmelo y cancelaré todo lo que tenga previsto, para estar contigo.

Te recuerdo que no te enamores de mí y no olvides recordármelo tú también.

Después de una noche de sueño reparador, al día siguiente estoy preparado para lo que sea. Y si ese “lo que sea” eres tú, es suficiente aliciente.

No es que quiera apartarte de mi mente. Es que duele tenerte tan dentro.

¿Cómo puedes preguntarme si ya no me excitas? ¿Acaso no lo notas cada vez que nos vemos? Cariño, me excitas, incluso, con tus mensajes, aunque no hables de nada excitante. Únicamente con saber que el mensaje es tuyo, mi mente empieza a trabajar conjuntamente con mi entrepierna.

Puede que yo me controle mejor que tú, pero te aseguro, que en mi interior, sucede algo cuando te veo.

A veces me he preguntado por qué no he disfrutado del sexo hasta ahora como hago contigo. Me he vuelto loco buscando la respuesta, hasta que me he dado cuenta de que la respuesta, eres tú.

Quiero follarte en cada superficie plana, en cada rincón y en cada pared de la cabaña.

*Tú también me estás matando de cansancio, pero me gusta sentirme así.
Buenas noches, cielo.
Jay.*

Paige cerró el portátil y lo dejó en el suelo. Luego se metió en la cama y se tapó con el edredón.

¿Qué pensaría Jay si supiera que estoy locamente enamorada de él? ¡Madre mía! No quiero ni imaginarlo. ¿Qué pasará si él nunca llega a sentir nada por mí? Si me dijese que se ha cansado de mí, o que ha conocido a alguien... Soy consciente de que ese día llegará. Puede que ahora lo pasemos bien, pero un día se parará a pensar en su futuro. ¿Me incluirá en el? ¿Buscará a una mujer más seria, menos frívola?, pensó Paige antes de dormirse.

Después de desayunar, Paige fue a su despacho a hacer algunas llamadas de trabajo. A media mañana Charlie y ella fueron al supermercado a comprar lo que necesitaban para la casa y lo que Paige tenía que llevarse a la cabaña esa tarde. Después de comer y de tomar café, Paige metió las cosas en bolsas y las llevó al recibidor. Oyó la entrada de un mensaje en el móvil, era de Jay y la leyó.

Hola.

No hace falta que te lleves nada de ropa, porque no vamos a salir de la cabaña y voy a tenerte desnuda los dos días. Con lo que lleves puesto será suficiente, pero que sea muy abrigado, y coge guantes, gorro y bufanda.

Te espero a las seis en el helipuerto "Blue Mountain". Está en el GPS.

No te retrases porque tengo unas ganas locas de verte.

Ella le contestó.

¿Nada de ropa? Jajaja.

Vale, seré puntual.

Capítulo 17

El coche de Jay estaba parado frente a la puerta del helipuerto cuando Paige llegó a las seis menos cinco. Paró el vehículo junto al de él y bajó para subir al coche de Jay.

—Hola —dijo ella subiéndose a su regazo para besarlo.

—Nunca me acostumbraré a estos saludos tan efusivos.—dijo él sin aliento, después de besarse.

—Lo siento, a veces no puedo reprimirme.

—Yo no lo siento, me encanta que seas así. ¿Lo llevas todo?

—Creo que sí. Pero lo cierto es que no necesitaría nada, si tú estás conmigo. Podría pasar perfectamente sin comida los dos días.

—No voy a permitir que pases hambre. ¿Llevas muchas cosas?

—Sí.

—Por cierto, tienes que decirme lo que has gastado en la comida.

—Tú pones el transporte y el alojamiento y yo la comida. Somos un equipo, ¿recuerdas?

—Un equipo sexual —matizó él.

—Sí, pero un equipo, al fin y al cabo.

Jay la miró con una cálida sonrisa.

—Bien, pongámonos en marcha, no quiero desperdiciar tiempo. Sube al coche y sígueme

—Te seguiría hasta el fin del mundo.

Él la miró sonriendo.

Jay paró el coche junto al helicóptero azul marino y plateado y ella detuvo el vehículo junto al de él. El piloto se acercó a ellos y abrazó a Jay, y este le presentó a Paige. Los dos hombres subieron todas las bolsas al aparato y dos empleados del club se llevaron los coches para dejarlos en el aparcamiento de los clientes.

Jay cogió a Paige de la cintura y la subió al helicóptero sin ningún esfuerzo. Luego subió él y se sentó a su lado. La ayudó a abrocharse los arneses y luego abrochó los suyos.

El aparato despegó. Paige estaba radiante de felicidad y Jay se sintió bien al verla tan entusiasmada. Jay le cogió la mano y entrelazó los dedos con los de ella. Paige lo miró y le dedicó una tierna sonrisa. Ella no pronunció palabra en los veinte minutos que duró el trayecto. Se limitaba a mirar por la ventanilla como si no quisiera perderse nada. Paige acercó sus manos a su boca y besó la mano de Jay y él se estremeció por el detalle.

El aparato descendió para aterrizar a cincuenta metros de la cabaña. Jay se puso la chaqueta y la ayudó a ella con la suya. Paige se puso el gorro, la bufanda y los guantes y bajaron a tierra. Los dos hombres sacaron las bolsas y las dejaron en el suelo. Rechazaron la oferta del piloto de ayudarles a llevarlas hasta la casa. El hombre les dijo que los recogería el domingo entre las siete y siete y media de la tarde.

—Bien, ya estamos aquí, aislados del resto del mundo —dijo Jay sonriendo.

Paige se abalanzó sobre él para abrazarlo y besarlo.

—Eso me gusta, a pesar del frío que hace.

—Toma la llave y entra en la casa, yo llevaré las bolsas.

—No pienso despegarme de ti ni medio metro, no vaya a ser que me abandones aquí.

Jay se rio y volvió a abrazarla. Llevaron las bolsas a la casa entre los dos, las dejaron en el

recibidor y Jay cerró la puerta.

—Vaya, esta cabaña es preciosa. Aunque un poco fría.

—Encenderé la calefacción, es muy potente y la casa se caldeará enseguida. Voy a encender la chimenea del salón. Echa un vistazo a la casa mientras.

Paige se paseó por todas las dependencias, sin sacarse nada de ropa. Hacía un frío de muerte.

—Esta cabaña es fantástica. Y hay chimeneas en todas las habitaciones. ¿Tendremos leña suficiente?

—No podremos quemarla toda. En unos minutos entrarás en calor y podrás quitarte la ropa.

—Bien. Llevaré las bolsas a la cocina. ¿Tienes hambre?

Jay la miró a los ojos y Paige pudo ver el deseo en ellos.

—Vale, la comida puede esperar, meteré las cosas en la nevera.

Poco después, Jay entró en la cocina sin chaqueta.

—¿Todavía tienes frío? —preguntó él al ver que sólo se había quitado los guantes y se acercó a ella para quitarle el gorro y la bufanda. Luego la besó abrazándola fuertemente—. Deja eso para luego, vamos al salón a inaugurarlo.

—Buena idea, así me harás entrar en calor.

—Estaré encantado —dijo besándola junto a la chimenea.

—Aunque ya no hace tanto frío. Ahora se está bien aquí.

Jay extendió una manta muy gruesa en el suelo, junto a la chimenea.

—Desnúdate —le ordenó él.

—Si me lo pides tan delicadamente —dijo mirándolo con una pícaro sonrisa mientras se iba quitando prendas.

—Lo siento, tengo prisa. No tenemos mucho tiempo y quiero hacer demasiadas cosas contigo —dijo desnudándose también.

Jay la tendió sobre la manta y se colocó sobre ella para besarla. Le acarició el cuerpo con las manos y la boca. Y luego la penetró una y otra vez mientras ella lo rodeaba con las piernas. Cuando terminaron se abrazaron mientras sus respiraciones iban volviendo a la normalidad.

—El primer orgasmo en la cabaña no ha estado mal —dijo ella acariciándole la cara.

—Me moría de ganas por follarte —dijo él sonriendo.

—Ahora se está genial aquí, hace incluso calor.

—¿Quieres que terminemos de guardar lo de la cocina?

—Sí, y mientras que tú lo haces, calentaré la cena. La he preparado esta tarde para no perder tiempo. ¿Tienes hambre de comida?

—Piensas en todo, y sí, tengo hambre, hoy sólo he comido un sándwich para almorzar —dijo él acariciándole el pelo.

—Pues vamos. Tendremos que organizarnos bien.

—¿Organizarnos?

—Bueno, dijiste que sería un fin de semana intenso, follando indiscriminadamente. Así que, alternaremos el sexo con la comida. Sería buena idea comer poca cantidad, pero a menudo. Entre orgasmo y orgasmo, ya sabes, para reponer fuerzas.

—Buena idea —dijo él riendo.

Se levantaron de la manta y ella se puso el suéter por si hacía frío fuera del salón. Jay se puso el bóxer y el jersey. El empezó a guardar la compra en los armarios mientras Paige metía las berenjenas y el pan con ajo en el horno para que se calentaran.

Cuando Jay terminó su tarea la cogió de la cintura y la elevó para sentarla sobre la bancada.

Le quitó el suéter y la besó con desesperación. Y luego se abalanzó sobre sus pechos para saborearlos.

—Vas más deprisa de lo que pensaba.

—Quiero aprovechar hasta el último momento de nuestra estancia aquí —dijo él bajando la mano y penetrándola con dos dedos.

—Oh, Dios mío —dijo rodeándolo con los brazos para besarlos. Luego le sacó el suéter por la cabeza.

—¡Joder! Siempre estás lista para mí. No entiendo cómo puedo desearte tan desesperadamente.

—Porque soy muy buena follando —dijo ella con una cálida sonrisa.

—Esa es una buena razón —dijo bajándola al suelo y llevándola hacia la mesa mientras la besaba.

—Échate boca abajo.

Cuando Paige lo hizo, Jay la penetró sin perder tiempo, sujetándola fuertemente de las caderas. Las embestidas eran terroríficas y Paige gritaba con cada una de ellas. Esa vez se corrieron los dos a la vez.

—¡Madre mía! Hemos empezado fuerte, no sé si sobreviviremos el fin de semana —dijo ella con la respiración entrecortada.

Mientras terminaron de hornearse las berenjenas rellenas, Paige preparó una ensalada y Jay puso la mesa y descorchó el vino. Luego se sentaron el uno frente al otro para saborear la exquisita cena.

—Me gusta mucho estar contigo —dijo Jay.

—Y a mí contigo.

Durante la comida hablaron de los negocios que Jay tenía en diferentes Estados y cómo se organizaba para atenderlos todos.

Entre los dos recogieron la cocina y fueron al salón a tomar un café descafeinado con unas galletas que Paige había preparado en casa.

Volvieron a hacer el amor en el sofá. Y más tarde, cuando decidieron inaugurar la cama, no pudieron llegar hasta allí. Jay la folló contra una pared. Cuando lograron llegar al dormitorio decidieron dormir un rato. Pero no fue muy largo, porque Paige se despertó y empezó a acariciarle la polla hasta que Jay tuvo una erección y ella le hizo una mamada en toda regla.

A las tres de la mañana decidieron bajar a la cocina a reponer fuerzas y tomaron un vaso de leche con unos bollitos dulces con mermelada. Ninguno de los dos comprendía cómo era posible que, teniendo un orgasmo tras otro, no dejaran de desearse.

Probaron todos los posibles lugares en los que podían satisfacerse, como Jay había deseado. Se olvidaron de los relojes, sus cuerpos marcaban su propio horario, y lo cumplieron a rajatabla.

A pesar de que hacía un frío de muerte, salieron a dar un paseo cada día. Jay le propuso follar fuera, en el bosque, pero Paige se lo quitó de la cabeza.

El domingo, el último día de su estancia allí, Paige preparó para comer todo lo que quedaba en la nevera, que no era mucho. Había llevado comida para pasar tres o cuatro días, pero la devoraban como si no hubieran comido en semanas.

El domingo por la tarde Paige preparó dos cafés con leche con la leche que les quedaba y lo acompañaron con las cuatro últimas galletas que restaban. Estaban hambrientos después de, lo que habían pensado, sería su última sesión de sexo.

Jay había pensado en varios momentos, durante el fin de semana, decirle que la quería, pero cada vez se echaba atrás. Tenía miedo de que ella sólo estuviera interesada en el sexo y no quería

asustarla. Estaban sentados en el sofá, exhaustos. Jay empezó a besarla dulcemente recostándola en el sofá. Recorrió el cuerpo de ella rozándolo con las yemas de los dedos, con ternura. Paige estaba sorprendida, esperaba que, de un momento a otro cambiara el ritmo, para follarla, de la forma que estaban acostumbrados.

Jay seguía acariciándola suavemente, ahora con los labios, tomándose su tiempo. Paige le siguió el ritmo. Después de correrse, los dos estaban algo confundidos. Permanecían acostados en el sofá, abrazados y en silencio. Ya no necesitaban más relaciones sexuales, el fin de semana había llegado a su fin.

—Me gustaría hablar de algo contigo —dijo ella acariciándole los pectorales.

—Dime.

—No he estado con ningún hombre desde que vivo aquí, excepto contigo. Déjame terminar, por favor —dijo al ver que él iba a hablar.

—De acuerdo.

—No voy a estar con otro mientras tú y yo nos veamos. Y me estaba preguntando si tendría derecho a pedirte que hicieras lo mismo. Sé que cuando hablamos del acuerdo de exclusividad lo mencionamos en broma, pero el caso es que, en estos momentos, desearía tener contigo un acuerdo de ese tipo. Puede que sea un poco posesiva, como tú. Y tal vez, incluso, esté algo celosa, como tú. Pero no me gusta que estés con otras mujeres, me refiero a mientras estemos juntos.

—Tienes todo el derecho. Firmaré lo que quieras y seré sólo tuyo.

—Vale. El acuerdo tendrá validez hasta que uno de los dos decida cortar la relación.

—Muy bien.

—Por supuesto, no tenemos que firmar ningún papel. A mí me vale tu palabra y confío en ti.

—Y yo en ti.

—¿Qué te parece si nos hacemos un regalo, algo que podamos llevar, mientras estemos juntos —dijo ella mirándolo con una sonrisa—. Podemos grabar algo como por ejemplo: “Mi cuerpo es sólo tuyo”.

—Me gusta la idea —dijo estrechándola en sus brazos.

—Aunque es difícil comprar algo para un hombre, algo que tenga que llevar siempre puesto.

—Un anillo sencillo sería perfecto. Podemos grabar la frase en el interior y nadie lo sabría.

—Vale. ¿Te importa si me encargo yo de comprar los dos?

—Por supuesto que no.

El piloto llegó a las siete y diez. Jay metió las dos bolsas que llevaban en el helicóptero y luego ayudó a Paige a subir al aparato. Paige no quiso ponerse los arneses y se sentó en el regazo de Jay abrazándolo. Permanecieron en silencio durante el trayecto. Los dos estaban contentos por haber acordado la exclusividad. Pero había algo más, por las dos partes. Algo más serio y profundo, que ninguno de los dos se atrevió mencionar al otro.

Al llegar al helipuerto fueron a coger las llaves de los coches a las oficinas.

—No has hablado nada en el camino de vuelta —dijo él apoyándola en el coche y mirándola a los ojos.

—Tú tampoco.

—Pareces triste. ¿Qué pasa? ¿No lo has pasado bien?

—¿Qué dices! Ha sido el mejor fin de semana de mi vida.

—Entonces lo repetiremos.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. Para mí también ha sido un fin de semana especial.

—La próxima vez traeremos a Elizabeth con nosotros.

—¿Te has aburrido conmigo? —preguntó Jay.

—Cariño, contigo es imposible aburrirse.

—Si viene ella, no podremos hacer lo mismo.

—Tendremos las noches para nosotros.

—Como quieras.

—Otra cosa. Tenías razón, es mejor que dejemos los correos de lado. Nos vemos todos los días y, con todos esos polvos diarios, cuando me acuesto por la noche estoy muerta y no tengo ganas de leer ni escribir.

—Yo pienso lo mismo. Si queremos decirnos algo usaremos el teléfono.

—Vale.

Jay se acercó a ella para besarla y ella le rodeó el cuello con los brazos pegándose más a él.

—Gracias por haberme hecho feliz durante estos dos días. Has conseguido que este fin de semana sea el mejor de mi vida, con diferencia —dijo Jay besándola de nuevo.

—Sé que tengo que irme, pero no quiero hacerlo.

—Ven a casa y pasa la noche conmigo.

—Mejor no, volvamos a la realidad. Mañana hay que trabajar y estamos cansados. Gracias por este increíble fin de semana.

Jay la besó ligeramente en los labios y abrió la puerta para que ella subiera al volante.

—Me voy, seguro que volveremos a vernos —dijo ella a través de la ventanilla.

—Puedes estar segura de ello.

La compañera de trabajo de Julie se incorporó a su puesto el lunes, después de las vacaciones. No le había enseñado a Julie las fotos que les hizo a Jay y Paige en la discoteca, porque entonces era Julie quien estaba de vacaciones y había ido a ver a su madre. Estaban comiendo juntas y al hablar Julie de Jay, la amiga recordó las fotos que les había hecho semanas atrás y se las enseñó. Le pidió que se las enviara a su móvil, estaba rabiosa. Por la tarde llamó a Jay para decirle de ir a cenar, pero él le dijo que tenía que cenar con un cliente y terminaría tarde.

La secretaria de Jay entró en el despacho con un ramo de rosas rojas.

—¿Más flores? —dijo él sonriendo.

—Parece que te estás portando bien con alguien —dijo dejando el jarrón sobre la mesa y dándole el sobre que acompañaba las flores.

Cuando la chica salió del despacho Jay abrió el sobre y leyó la nota.

Gracias por el maravilloso fin de semana.

Esto va a ser duro para mí. Hemos pasado tanto tiempo juntos que ahora te echo muchísimo más de menos. Ni siquiera puedo dormir por la noche, porque no estás a mi lado para abrazarte.

Paige

Al día siguiente Julie volvió a llamar a Jay para quedar al mediodía y él volvió a decirle que no podía. Ella insistió y le dijo de verse esa noche después del trabajo y Jay volvió a rechazarla poniendo una excusa. Julie estaba de muy mal humor porque hacía tiempo que no se veían y él le estaba dando largas.

Julie estaba en el supermercado, era su turno en la caja para pagar. La cajera y ella se conocían desde siempre.

—¿Sales todavía con Jay? —le preguntó la chica mientras pasaba los artículos por el escáner.

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Porque la semana pasada vieron su coche en el bosque, en el sitio al que van los jóvenes, ya sabes, y estuvo más de dos horas. Y parece ser que anoche estuvo allí de nuevo.

Jay y Paige fueron al estudio después de cenar y pasaron la noche allí, juntos. Volvieron a casa antes de que Charlie y Elizabeth se levantaran.

Julie se encontró a una vecina cuando volvió a casa del trabajo y le dijo que vio salir a Paige del garaje del estudio de Jay y que dentro estaba el coche de él. Ahora estaba completamente segura de que Paige era con quien se estaba acostando su novio. Al entrar en casa llamó a Jay para invitarlo a cenar esa noche en su casa y él le dijo que estaba todavía en el trabajo y terminaría tarde. Ella le echó en cara que no la hubiera llamado el fin de semana y Jay le dijo que había estado en las montañas, en la cabaña de un amigo.

Esa noche Paige fue a casa de Jay cuando Elizabeth ya estaba dormida y pasó la noche con él. Por la mañana se levantó temprano y se marchó a casa, y nadie se enteró de que habían pasado la noche juntos.

Julie llamó de nuevo a Jay a media mañana para ir a comer juntos y él volvió a decirle que no podía. Estaba desesperada, estaba perdiéndolo y eso la asustaba. Julie lo siguió hasta el pueblo cuando Jay salió del despacho. Vio que metía el coche en su garaje. Ella permaneció en el vehículo, un poco alejada de la casa, pero desde donde podía ver la puerta de entrada. Estuvo esperando más de una hora, preguntándose si estaría confundida y Jay no la engañaba. Veinte minutos más tarde iba a marcharse cuando vio acercarse un coche. Y se quedó de piedra al ver que era el coche de Paige y estaba entrando en el garaje. La puerta del garaje se cerró y poco después se encendió la luz del dormitorio y vio que cerraban las cortinas. Julie se marchó a casa echando chispas y pensando en la forma de deshacerse de Paige.

Al día siguiente Julie tenía el día libre. Había pasado la noche pensando en la estrategia a seguir. Quería difundir un rumor sobre Paige y, ¿qué mejor sitio que la peluquería para que se expandiera rápidamente?

Desde ese momento, empezó a correrse el rumor sobre Paige y su escandaloso comportamiento. Esa misma noche prácticamente todo el pueblo estaba al corriente de la falsa noticia.

Charlie no se enteró porque pasó el día con un amigo fuera de la ciudad y volvió bastante tarde por la noche. Y tampoco Jay porque cuando volvió al trabajo fue directamente a casa. Esa noche no iban a verse porque al día siguiente era el cumpleaños de Jay y ella quería hacerle una tarta.

Paige se despertó temprano y le envió un mensaje a Jay para felicitarlo.

Deseo que pases un feliz día, y que parte de él estés conmigo.

Parker lo llamó a las ocho para felicitarlo, despertándolo. Jay le envió un mensaje a Paige tan pronto terminó de hablar con su amigo.

Muchas gracias. Has sido la primera, eso me ha gustado. Voy a pasar contigo todo el tiempo posible. Te echo mucho de menos.

Jay fue a desayunar al restaurante de Tom. Cuando el hombre le sirvió el desayuno lo notó

intranquilo y no hablaba con él como de costumbre.

—¿Estás bien, Tom? —preguntó Jay—. Pareces nervioso.

—Corren rumores por el pueblo y no me gustan. Supongo que también los habrás oído.

—¿Rumores sobre qué?

—Sobre qué no, sobre quien. Hablan sobre Paige.

—¿Y qué dicen de ella? —preguntó Jay pensando que tal vez alguien los había visto juntos.

—Parece que esa chica no es lo que pensábamos. Ha estado acostándose con muchos hombres del pueblo, en el poco tiempo que lleva aquí. Algunos, incluso casados. Entre ellos estás tú, Charlie, que dicen que se acuesta con él para no pagar alquiler. Y Parker también está en la lista.

A Jay le cambió la expresión del rostro en unos segundos.

—Pensé que tú lo sabrías, al haber estado con ella.

Jay dejó el dinero sobre la mesa y se marchó sin desayunar. Estaba furioso. Se dirigió a su casa. Subió a su habitación y cogió la caja con los gemelos que Paige le había regalado. Luego bajó al salón. La noche anterior vio allí el estuche con los pendientes y el colgante de brillantes que Paige le había regalado a su hija y lo cogió también. Luego salió de casa y subió al coche.

Charlie estaba desayunando en casa de Kate. Ella le pidió que fuera porque el día anterior oyó los rumores que circulaban por el pueblo y quería hablar con él sobre ello. Sabía que Charlie apreciaba a Paige y no sabía cómo decírselo, así que esperó a que terminaran de desayunar.

Jay llamó a la puerta y Paige abrió. Al verlo sonrió, pero borró la sonrisa de sus labios al notar que le pasaba algo. Su rostro reflejaba... No sabía cómo definir su expresión.

—¿Qué sucede?

—¿Está Charlie?

—Acaba de irse, ha quedado con Kate para desayunar —dijo cerrando la puerta después de que él entrara—. Jay, ¿qué pasa?

—¡Cállate! No quiero que digas nada.

—¿Qué...? —dijo molesta por el tono en que le hablaba.

—He dicho que no hables, ¡joder!

—¿Perdona? —dijo ella empezando a cabrearse por su comportamiento—. Será mejor que me digas lo que sucede, de lo contrario mejor te marchas y vuelves cuando te tranquilices.

—¡He dicho que te calles! No quiero oírte ni respirar. Y no te preocupes que me marcharé enseguida..., y no volveré.

Paige lo miró muy confundida. No entendía nada.

—Antes de nada, esto es tuyo. No quiero nada que provenga de ti, y mi hija tampoco. Y no te acerques a ella nunca más —dijo él enfurecido y entregándole los estuches.

—Jay, ¿qué...?

—¿Estás sorda? ¡Hostia! ¡Cállate! Sabes, en vez de estar hablando aquí, debería follarte, como hacen todos. Pero sabes, me das asco.

—¿De qué hablas?

—Como me has engañado. He sido un estúpido.

—Jay, hablemos. Puedo explicártelo.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar y no necesito tus explicaciones. Eres una zorra. ¿A cuántos hombres te has cepillado en el pueblo?

—Jay, es mejor que te marches, estás diciendo cosas muy fuertes y si sigues así, acabará lo que hay entre nosotros.

Paige estaba asustada porque se había dado cuenta de que todos sus temores se habían hecho

realidad.

—¿Lo que hay entre nosotros? Entre tú y yo no hay nada. ¿Lo pasaste bien con Charlie? ¿Y con Parker? Algo en mi interior me decía que follabas con él. ¡Dios mío! Sólo de pensar que te he follado sin protección se me revuelve el estómago. Espero que no me hayas contagiado nada.

—¡Lárgate de mi casa!

—¡No quiero que vuelvas a abrir la boca! ¿Te gustó follar con Parker?

Paige intentaba por todos los medios no llorar, pero no podía evitar tener los ojos brillantes.

—Eres una puta, muy buena por cierto, pero una puta. Lárgate del pueblo, aquí no queremos zorras. Eres basura y aquí ya no tienes nada que hacer.

Paige ya no pudo contenerse y las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Y no te atrevas a acercarte a mi hija.

Jay se dio la vuelta, abrió la puerta y salió dando un portazo.

Paige estaba sentada en el sofá, preocupada y muy asustada. Tenía la mente en blanco y no podía reaccionar. Oyó el sonido de un mensaje y cogió el móvil rápidamente pensando que sería Jay pidiéndole perdón. Era un número desconocido y lo leyó.

Supongo que habrá llegado a tus oídos el rumor que corre sobre ti en el pueblo. Te dije que no te acercaras a Jay porque era mío. Te advertí de lo que pasaría si no le dejabas en paz, pero parece ser que me subestimaste.

Estuviste con él en una discoteca bailando muy acaramelados, sabiendo que él tenía novia.

Eres una puta, pero he de reconocer que lo has hecho bien. Habéis estado en hoteles, en su estudio e incluso te has atrevido a acostarte con él en su propia casa, estando su hija allí. Eso sólo lo hacen las putas, y Jay lo sabe muy bien.

Y te ha llevado a un descampado para follarte. Él jamás haría algo así, tiene demasiada clase y no se lo permitiría en su posición. Sólo lo haría con una zorra, como tú.

Supongo que, el que todo el pueblo sepa que eres una puta, ayudará a que te largues con el rabo entre las piernas. ¿Pensabas que él se casaría contigo? Eso es lo que buscabas, ¿no es cierto? ¡Qué ilusa! Ibas detrás de su dinero, pero no te ha salido bien. Su dinero sólo lo disfrutaré yo.

Espero que tengas bastante con esto, pero si no es así, puedo echar más leña al fuego, si todavía no estás convencida de que en este pueblo ya nadie te verá de igual forma. Para todos eres una zorra y jamás lo olvidarán. ¡Lárgate de aquí, puta!

A continuación, Paige vio las fotos que le había enviado bailando con Jay en la discoteca y sentados en el sofá, muy cerca el uno del otro.

Paige se paró a pensar un instante en su situación. Necesitaba marcharse unos días, alejarse del pueblo para que todo se tranquilizara y decidir qué iba a hacer a continuación. Como tenía que visitar a un cliente en Los Ángeles, decidió ir allí. Cogió el móvil y compró un billete. Por suerte el vuelo era para esa misma noche a las once. Llamó a Parker para decirle que esa noche salía para allí y él le dijo que iría a recogerla al aeropuerto.

Tan pronto Kate le dijo a Charlie lo que había oído en la peluquería sobre Paige, el hombre le dijo que todo era mentira y se marchó a casa. Quería hablar con Paige antes de que saliera y se enterara en la calle.

Paige seguía en el salón cuando el hombre llegó a casa.

—Paige, tengo que decirte algo.

—Si es sobre lo que se rumorea en el pueblo sobre mí, puedes ahorrártelo. Jay ha venido a informarme personalmente. No pensé que Julie fuera tan cruel.

—¿Se lo has contado a Jay?

—No, y no voy a hacerlo.

—Entonces lo haré yo.

—Me diste tu palabra de que no le dirías nada.

—Lo sé, pero... Paige, esto es muy serio. ¿Estaba enfadado Jay?

—Sí, muy enfadado. Y sabes, aunque hubiera querido decírselo, no habría podido porque no me ha dejado hablar.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a aprovechar que tengo que ver a unos clientes en Los Ángeles y pasaré allí unos días. El vuelo es esta noche a las once. Así daré tiempo a que se calme la tempestad. He llamado a Parker y me quedaré en su casa.

—Bien.

—Voy a escribir una nota para Jay. ¿Te importaría llevársela mañana, junto con unas cosas que te daré?

—Por supuesto que no. ¿Quieres que salgamos hoy a comer?

—Charlie, si no te importa, prefiero quedarme en casa.

—¡Mierda! Había olvidado lo sucedido. Pero no prepares comida, traeré yo algo. Pareces cansada.

—Anoche me acosté tarde preparando lo del cumpleaños de Jay y además no dormí muy bien. Y encima lo de hoy... Voy a trabajar un poco hasta la hora de comer.

—¿Por qué no quieres decirle a Jay lo sucedido?

—Porque no ha confiado en mí. No me ha preguntado nada, simplemente ha venido a decirme que todo había terminado entre nosotros, bueno... y que era una puta. Ha creído los rumores sin darme la oportunidad de explicarme. ¿Crees que eso es amor, Charlie?

Tan pronto Paige subió al taxi para ir al aeropuerto, Charlie sacó de la nevera la tarta que Paige le había preparado a Jay y la metió en la caja que había comprado para ella. Pegó encima con celo el sobre que Paige había planeado que la acompañara. Luego fue al coche con la tarta y la otra caja que le había pedido Paige que le llevara a Jay. Él no estaba en casa y se las dejó a Elizabeth. La chica ya estaba al corriente de lo ocurrido porque Paige la había llamado cuando iba hacia el aeropuerto y le había enviado las fotos y el mensaje que Julie le había enviado.

Jay llegó a casa pasada la media noche. Había invitado a Julie a cenar para celebrar su cumpleaños y luego habían ido a casa de ella a hacer el amor. Quería olvidarse de Paige, cosa que no consiguió.

Al entrar en la cocina vio la dos cajas sobre la barra de desayuno. Había una nota de Charlie y la leyó.

Hola, Jay.

Paige se ha marchado unos días y me ha pedido que te trajera la caja oscura que te he dejado en la cocina. La blanca que está junto a ella no tenía que habértela traído, porque no me lo ha mencionado, pero era tu regalo y anoche pasó mucho tiempo preparándolo, así que me he tomado la libertad de traértelo también. Espero no haberme equivocado.

Charlie.

Jay abrió la caja oscura, cogió el sobre que había dentro y vio debajo el vestido y los

estuches. Fue a leerlo al despacho.

Me ha sido muy difícil redactar esta carta. No encontraba las palabras adecuadas para escribirle a alguien que ha sido tan cruel conmigo?

Te devuelvo tus regalos. Como comprenderás, no tengo ninguna ilusión por conservarlos. Puedes regalárselos a tu novia, seguro que le entusiasmarán.

En cuanto a los gemelos, yo no puedo utilizarlos, de manera que, si no los quieres conservar, puedes tirarlos a la basura.

Y en lo referente al regalo que le hice a tu hija, no es algo de tu incumbencia. Puede que eso sea lo único que hay en tu casa que no te pertenezca y sé que te joderá, simplemente por ser un regalo mío. Pero en estos momentos haría cualquier cosa para joderte. Tú no eres nadie para disponer de algo que no es de tu propiedad. No tienes ningún derecho. Así que, si alguien tiene que devolvérmelo tendrá que ser Elizabeth.

Me has dicho que no me acerque a tu hija y la verdad es que me importan una mierda tus palabras. Veré a tu hija cada vez que me apetezca y no podrás hacer nada para impedírmelo.

Cuando has llegado a mi casa esta mañana eras un desconocido para mí. Has entrado dispuesto a castigarme. Ni siquiera te has planteado pedirme una explicación. No me has dado ni la más mínima oportunidad para defenderme. Simplemente me has sentenciado y castigado con tus crueles palabras. Y sabes, en el fondo tiene gracia, porque lo que ha sucedido, estaba relacionado con “el problema” ese que me tenía tan preocupada. Creía que eras un hombre justo y, he de admitir, que pensaba que lo resolverías de forma diferente. Me has demostrado que no confiabas en mí y que yo te importaba bien poco. Ahora ya no tiene sentido pensar en ello, lo has resuelto así y no hay vuelta atrás. Pero puedes estar seguro de que no era yo quien merecía tus crueles palabras. Deberías haberme otorgado el beneficio de la duda. Pero para ti ha sido suficiente escuchar un rumor, para declararme culpable.

Pensé que sentías algún aprecio por mí, pero me has demostrado que todo era una farsa.

Feliz cumpleaños.

Jay se sentía nervioso, cabreado, triste, traicionado y confundido. Dirigió la mirada hacia la pared y vio la nota enmarcada con las tres frases que le había prometido a Paige de las cosas que nunca haría: *No tengo que odiarla. No le haré daño. Nunca dejaré de escribirle.* De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas.

No comprendía a qué se refería Paige al decir que él había resuelto su problema, aunque no esperaba que lo hiciera de esa manera. Pero sí comprendió que ella le había recalcado esas tres frases porque sabía que podría darse el caso de que él resolviera el asunto de ese modo, al descubrir que se acostaba con otros. Y además, le daba vueltas en la cabeza lo que ella había escrito: *No soy yo quien merecía esas crueles palabras.*

Jay metió la carta en el sobre y lo guardó en el cajón.

Pensó en la otra caja, que tenía un sobre en la parte superior. Charlie le había dicho que ella no quería enviársela y que la había preparado la noche anterior, antes de que sucediera todo. De pronto Jay quiso leer algo agradable. Quería olvidar, por un momento la amargura que le embargaba. Necesitaba relajar la mente, al menos, un instante. Necesitaba unas palabras cariñosas de ella.

Volvió a la cocina, y vio el contenido de la caja oscura. Vio el vestido que le regaló y

recordó el día que ella lo llevaba puesto. También estaban los estuches, con los gemelos, las esmeraldas y el del regalo que le hizo ella a su hija por su cumpleaños. Cerró la caja y despegó el sobre que había pegado sobre la caja blanca. Lo dejó a un lado. Retiró la parte superior de corcho blanco de la caja y apareció una preciosa tarta en forma de corazón. Jay vio ese corazón enorme rodeado por las treinta y seis velas. Luego leyó el *te quiero* y miró la cajita de cristal en forma de corazón. Pudo distinguir perfectamente los dos anillos en su interior. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Cada vez se sentía peor. Le temblaban las piernas y las manos. Su cerebro le decía que se olvidase de ella, que lo había traicionado. Pero su corazón le decía todo lo contrario.

Se sentó en uno de los taburetes altos que había frente a la tarta. Cogió el sobre, lo abrió y leyó la carta.

Hola, bombón.

Ante todo quiero desearte que pases un feliz día de cumpleaños. Y esta noche quisiera pasarla contigo para celebrarlo a nuestra manera.

Tengo que decirte tantas cosas, que no sé por dónde empezar.

He estado pensando en todo lo que he sentido por ti desde que te conozco. Siempre he creído que era una irresistible atracción física, porque eso es lo que siento cada vez que te veo. Pero en mi interior, siempre he sabido que había algo más.

Últimamente he recordado todas las cosas que mi padre me contó que había sentido por mi madre, sus deseos, sus inquietudes... Un montón de cosas que nunca había comprendido y que de repente cobraron sentido y las asocié a lo que sentía por ti. Pero, al darme cuenta de lo que eso significaba, me asusté. La verdad es que me sentí aterrada. Sospechaba que estaba enamorada de ti, pero no quería darme por aludida. Sé que para ti, nuestra relación, es exclusivamente sexual, como acordamos. Pero en una ocasión me dijiste que sería capaz de decirle a un hombre que lo quería, aunque él me rechazara. Así que, he decidido hacerlo, aunque no en persona. Creo que no soportaría que me dijeras que no sientes nada por mí. Pero por escrito es diferente. Así que allá voy.

Yo nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. No voy a conformarme con decirte que "te quiero", porque esas dos palabras no abarcan lo que siento por ti. Lo que deseo es pasar el resto de mi vida contigo.

Como habrás podido comprobar, hay dos anillos en la tarta. En los dos está grabada la frase "Mi cuerpo es sólo tuyo". También me he permitido grabar en ellos la fecha de hoy, porque hoy quiero pedirte que te cases conmigo.

Si no sientes lo mismo que yo y no quieres casarte, te ruego que no menciones nada. Y así sabré que todo seguirá como antes, hasta que te canses de mí.

Te quiero.

Paige.

¿Iba a pedirme que me casara con ella? Eso sería lo que pretendía todo este tiempo, pescarme, pensó Jay.

Jay se sirvió otra copa y volvió a su despacho más aturdido que antes. Se sentó en la silla y se bebió el whisky de un trago. Se echó hacia atrás y cerró los ojos.

Capítulo 18

Elizabeth entró en la cocina a coger un vaso de agua a las dos de la mañana. Vio la tarta y la nota de Charlie. La carta de Paige estaba abierta y la leyó.

¿Paige le ha pedido que se case con ella? ¡Mierda! Y ahora él está cabreado y la ha hecho enfadar, hasta el punto de no querer volver a verla, se dijo la chica abrumada.

Luego abrió la caja y vio el vestido y las joyas, incluidas las suyas. Cogió el estuche de los pendientes y el colgante y subió al dormitorio de su padre, pero él no estaba. Como no le había dicho que dormiría fuera lo buscó por la casa. Lo encontró dormido en el sofá del despacho. Había una botella de whisky casi vacía en el suelo junto a un vaso.

—¡Papá! —dijo Elizabeth en voz alta al verlo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué esos gritos?

—¿Qué hacía lo que Paige me regaló en la caja que te envió con Charlie?

—Paige y yo hemos terminado. Se los devolví y le dije que no necesitábamos nada suyo — dijo él sentándose en el sofá.

—No tenías derecho a devolver algo que no es tuyo.

—Eso mismo ha dicho ella. No quiero que vuelvas a verla. No es la persona que creíamos que era.

—No voy a dejar de verla porque hayáis discutido.

—No es una petición, es una orden.

—No voy a obedecer esa orden. ¿Qué le has hecho para que no quiera volver a verte?

—Supongo que ya ha hablado contigo. ¿No te ha contado lo ocurrido?

—Sólo que habéis discutido y que le has dicho algunas cosas que no le han gustado. Y que no volverá a verte.

—Yo tampoco quiero volver a verla, nunca más.

—¿Te has asustado porque te ha pedido que te cases con ella?

—Has leído la carta.

—Estaba abierta en la cocina.

—Eso lo escribió antes de que discutiéramos, ahora ya no importa. Mejor haber descubierto la clase de mujer que es, antes de que leyera la carta. Lo único que quería era pescarme. Y tú también deberías olvidarte de ella.

—No pienso olvidarme de ella. ¿Qué es lo que dicen en este pueblo de mala muerte de Paige? Parece que esos rumores son los que te han hecho terminar con ella.

—No estaba viéndose sólo conmigo, se ha acostado con medio pueblo, incluidos Charlie y Parker.

Elizabeth soltó una carcajada. Jay la miró extrañado.

—¿Y tú has creído algo así? Te tenía por alguien inteligente.

Elizabeth se dio la vuelta para abandonar el despacho y vio en la pared el cuadro con la nota de lo que él le había prometido a Paige. Entonces se volvió hacia su padre.

—No sé a quien le has hecho esas promesas, pero imagino que a ella. Has incumplido dos de las tres, procura, al menos, cumplir la última. Deberías haberte dado cuenta de que Paige es la mujer perfecta para ti. A ver si consigues arreglar lo que sólo tú has provocado porque, si la pierdes, serás infeliz toda tu vida.

Paige había pasado todo el vuelo girada mirando hacia la ventanilla, llorando. Parker estaba esperándola en el aeropuerto. Nada más verla supo que le había pasado algo, tenía los ojos rojos y una mirada triste. Se abrazaron muy fuerte y a ella se le saltaron las lágrimas.

—¿Esas lágrimas son porque te alegras de verme?

—Sí —dijo ella sonriendo.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada, ya hablaremos.

—Pareces cansada.

—Últimamente he trabajado mucho, además de hacer otras cosas.

—¿Por qué has venido hoy? Mi padre me dijo que cenaríais con Jay para celebrar su cumpleaños —dijo cogiendo la maleta de ella.

—Al final se canceló la cena.

—¿Por qué?

—Me temo que lo he cabreado. Y luego, él me ha cabreado a mí.

—Siempre estáis igual.

—No volverá a suceder. Jay y yo hemos terminado. Ya hablaremos de ello —dijo porque notaba que tenía los ojos llenos de lágrimas de nuevo—. Bonito coche.

—Gracias —dijo Parker metiendo el equipaje en el maletero y abriendo la puerta del copiloto para que ella subiera.

Parker rodeó el coche por delante y se sentó al volante.

—¿Tenías trabajo aquí, o has venido para alejarte de Jay?

—Necesitaba salir del pueblo por unos días y como tenía que venir a ver a unos clientes he aprovechado para hacerlo.

—¿Has cenado? —preguntó Parker cuando entraron en su casa.

—No, pero no tengo hambre. Prefiero acostarme, estoy cansada. Vaya... tienes una casa preciosa.

—Gracias. Te llevaré a tu habitación y mañana te enseñaré el resto.

Parker dejó la maleta en la habitación de Paige y le dio las buenas noches. Estaba preocupado porque la notaba triste.

Paige estaba sentada en una hamaca frente a la piscina cuando Parker se levantó.

—Buenos días. Has madrugado.

—No podía dormir. Buenos días.

—¿Por la cama?

—No, la cama es perfecta.

—Vamos a desayunar.

Los dos entraron en la casa y Paige siguió a Parker a la cocina.

—Vaya, esta cocina es preciosa.

—Gracias. ¿Por qué no ves la casa mientras preparo el desayuno?

—De acuerdo —dijo ella saliendo de la cocina.

Paige vio la planta baja y luego subió a la superior.

—Tienes una casa fantástica —dijo entrando poco después en la cocina.

—Gracias. Siéntate, el desayuno está listo.

—No tengo mucha hambre.

—Anoche no cenaste —dijo sentándose frente a ella.

—Tengo el cuerpo un poco revuelto. ¿Vivías aquí cuando estabas casado?

—Sí.

—¿Cómo te dejó tu mujer teniendo una casa como esta?

—Seguramente le habría gustado vivir en ella, sin mí.

—No lo entiendo, tú eres tan fantástico como la casa.

—Vaya, muchas gracias. ¿Estás flirteando de nuevo conmigo?

—Te aseguro que en estos momentos no estoy en condiciones de flirtear.

Parker puso mantequilla en una tostada y se la pasó a ella con un plato.

—Cómetela. Bien, ¿me cuentas que te ha sucedido con Jay?

—Para contártelo tendría que decirte algo antes.

—Jay me dijo que no querías que os vieran juntos. Estaba muy cabreado por ello. ¿Tiene algo que ver con eso?

—Sí.

—A estas alturas no tendrás problema en hablarme de ello. ¿Por qué no querías que os viesen juntos?

—Te lo diré, después de que me des tu palabra de que quedará entre nosotros.

—No se me ocurriría comentar con nadie nada de lo que hablemos tú y yo. Pero tienes mi palabra.

Paige le contó el encuentro con Julie.

—¿Te dijo todo eso, y delante de Elizabeth?

—Sí.

—¿Por qué no se lo dijiste a Jay?

Parker seguía viendo la tristeza en sus ojos, que le brillaban como si fuera a llorar de un momento a otro.

—Porque entonces se pelearía con ella y la relación que ellos tenían no era asunto mío. Yo sabía que Jay se acostaba con Julie, y con otras, pero habíamos decidido no mantener relaciones serias. Él quería su libertad.

—¿Tú querías lo mismo? ¿No te importaba que estuviera con otras mujeres?

—Esa es otra historia. Y no es que no me importara, pero habíamos llegado a un acuerdo y tenía que respetarlo. Pero... algo cambió en mí. El pasado fin de semana Jay me llevó a la cabaña de un amigo en las montañas. Fue un fin de semana inolvidable. Yo sabía que Jay me gustaba, que me gustaba mucho, pero ese fin de semana me di cuenta de que no era sólo eso. Me di cuenta de que quería pasar el resto de mi vida con él. Pero sabía que él no sentía nada por mí.

—¿Te dijo él que no sentía nada por ti?

—No, pero tampoco dijo lo contrario. En la cabaña le pedí que no viera a otras mujeres mientras estuviéramos juntos.

—¿Se lo pediste tú?

—Yo sólo he estado con él desde que llegué a Alaska. El caso es que aceptó y decidimos comprar unos anillos para llevarlos siempre, mientras durara lo nuestro.

—Qué romántico. ¿Llegasteis a comprarlos?

—Sí, me encargué yo. Compré dos alianzas sencillas. Pero no tuve oportunidad de dársela. Pero de eso te hablaré más tarde.

Paige estuvo en silencio durante unos segundos.

—Las últimas dos semanas Jay y yo nos vimos todos los días. A pesar de que nuestra relación era estrictamente sexual, fue fantástico. Y excitante, porque como yo no permitía que nos vieran juntos, nos veíamos a escondidas.

—Puede que estés confundida y Jay también sienta algo por ti.

—Ahora nunca lo sabré, Julie se ha encargado de ello.

—¿Julie ha sido la culpable de que Jay y tú hayáis terminado?

—Ha sido el detonante. Jay ha sido quien ha decidido terminar con lo nuestro. Espera, te enseñaré las fotos y el mensaje que Julie me envió ayer por la mañana —dijo buscándolos en el móvil y mostrándoselos.

—¿Julie te envió estas fotos?

—Sí. Fue la noche que Jay y tú me llevasteis a la discoteca. Lee el mensaje.

Parker lo leyó.

—¡Hostia! ¿Qué hizo?

—Ha difundido el rumor de que he mantenido relaciones sexuales con muchos hombres del pueblo, algunos casados, incluidos, tu padre y tú.

—¡Hostia puta! Cuando Jay me dijo que no querías que os vieran juntos le dije que eso sonaba a que te habían amenazado, pero nunca podría haber imaginado que era cosa de esa... Sabía que esa tía era una zorra. Le dije a Jay muchas veces que no me gustaba, pero él siempre la defendía.

—Puede que esté enamorado de ella.

—Si estuviera enamorado de ella no se habría acostado contigo, ni con ninguna otra. Él no haría algo así. Y Jay se enteró del rumor que corría por el pueblo.

—Sí. Ayer, a las siete y media de la mañana le envié un mensaje para felicitarlo y me contestó, estaba contento. A las nueve y media se presentó en casa. Cuando lo vi se me heló la sangre. Sus ojos eran fríos como el hielo y en su mirada se podía apreciar el odio y el desprecio que sentía por mí.

Las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas y Parker dijo de hacer un intermedio. Recogieron lo del desayuno, se pusieron los bañadores y fueron a la piscina a tomar un rato el sol. Allí Paige le contó todo lo que Jay le dijo cuando se presentó en su casa. Y luego le contó que había pasado muchas horas el viernes por la noche preparando la tarta de cumpleaños para Jay. Y le habló de la carta que pensaba que acompañara la tarta.

—¿Le pediste en la carta que se casara contigo?

—Lo hice, pero no hay problema porque no le di la tarta ni la carta. Y menos mal, de lo contrario, en estos momentos me sentiría avergonzada.

—No tienes por qué avergonzarte por hablarle a un hombre de tus sentimientos.

—Desde que conozco a Jay, mi vida ha sido un caos de emociones. Me he sentido nerviosa y con las piernas temblando. Intranquila y con la respiración alterada. He tenido el corazón desbocado. Me he quedado sin palabras como si entrara en shock. Me he sentido insegura, como si él me intimidara... Y todo eso, simplemente, con tenerlo cerca.

—Yo nunca he sentido nada de eso.

—Pues tienes suerte, porque te aseguro que es desconcertante. Me he sentido extraña, como si no fuera yo misma. Aunque, al mismo tiempo me fascinaba sentirme así.

—Entonces, Jay no sabe que estás enamorada de él.

—No. Cuando me marché la tarta seguía en la nevera. Espero que tu padre haya guardado la cajita con los anillos.

—¿Por qué no le dijiste a Jay lo del mensaje de Julie ayer cuando fue a tu casa?

—No me dejó hablar y creeme que lo intenté. No se molestó en preguntar nada. Creyó todo lo que había oído de mí, sin darme oportunidad a que se lo explicara. Vino a castigarme y es lo que hizo. No puedo borrar de mi mente algunas cosas de las que me dijo.

—¿Qué cosas? Porque te dijo muchas y ninguna agradable.

—*Lárgate del pueblo. Aquí no queremos putas como tú. Estás acabada. Eres basura...*

Paige empezó a llorar de nuevo.

—Tu padre llegó poco después. Se acababa de enterar de los rumores y estaba muy preocupado por mí. Me temo que, desde que vivo con él, sólo le he causado problemas.

—Eso no es lo que él dice. Está encantado de tenerte en casa.

—Ahora no creo que le entusiasme que viva con él. Más tarde subí a mi habitación. Me sentía tan mal... No sabía qué hacer. Quería largarme de allí, olvidarme de todo por unos días. Y después de mucho pensar, decidí que tú eras mi mejor opción. No quería molestarte, pero necesitaba hablar con alguien...

—Me alegra haber sido tu mejor opción.

—Cuando le dije a tu padre que iba a venir aquí se alegró. Aunque vi tristeza en sus ojos y me maldije, porque yo era la culpable de que se sintiera así.

—¿Culpable? ¿Crees que eres la culpable de que una zorra psicópata te haya hecho daño cumpliendo una amenaza? ¿Mi padre sabe lo de Julie?

—Lo ha sabido siempre. Él quería que se lo dijera a Jay. Me dijo que si yo no quería hacerlo lo haría él. Pero le hice prometer que nunca se lo diría.

—Si lo hubieras hecho, no habría sucedido nada de eso.

—Si lo hubiera hecho, no sabría lo que sé ahora de Jay.

—¿Y qué es lo que sabes?

—Que no confía en mí. Que nunca ha sentido nada por mí. Lo siento por tu padre, no tenía que sentirse mal por un problema que es únicamente mío.

—¿Un problema tuyo? A mi padre le importas mucho y cuando alguien te importa te preocupas por esa persona. Es lo que hace la familia, y tú ya eres parte de la familia.

Poco después se vistieron y fueron a comer. Y luego tomaron café en una terraza. Luego volvieron a casa y decidieron dormir un rato porque la noche anterior se habían acostado muy tarde.

—Estoy muy preocupada —dijo Paige entrando en el salón donde estaba Parker.

—No estás preocupada, cielo, estás asustada. ¿Vamos a dar un paseo y compramos unos helados antes de ir a cenar? En las películas, las chicas siempre toman helado cuando tienen problemas de chicos.

—Es verdad —dijo ella sonriendo—. Es una buena idea.

Compraron dos cucuruchos en una heladería y se sentaron en un banco frente al mar para comérselos.

—Supongo que tienes razón. Siento pánico sólo de pensar en volver al pueblo. Pero tengo que hacerlo, he de organizar el traslado.

—¿Vas a marcharte de Alaska?

—No puedo seguir viviendo allí. Y no por lo que hablen de mí, eso me trae sin cuidado. Además, tengo el mensaje de Julie en el móvil y desmentiría el rumor con sólo enseñarlo. Pero el pueblo es muy pequeño y, aunque no quisiera, me encontraría con Jay en algún momento. Él es como un hijo para tu padre y si yo estuviera allí, no tendría libertad para ir a verlo, como hace a menudo. Parker, ha estado bien mientras ha durado, pero ya no podría vivir allí. He experimentado la relación sexual más increíble de mi vida y sólo por eso ha merecido la pena ir a vivir a Alaska. Y sabes, a pesar de haberme demostrado que no significo nada para él, no me arrepiento de lo que ha habido entre nosotros.

Paige rompió a llorar de nuevo y él la abrazó.

—Habíamos quedado en que no llorarías más.

—Supongo que me llevará algún tiempo hacerme a la idea de que todo ha terminado. Estoy

irrevocablemente enamorada de él. Pasará mucho tiempo antes de que vuelva a tener relación con un hombre y, aunque en un futuro encuentre a un hombre con quien compartir mi vida, jamás olvidaré a Jay. ¿Y sabes por qué? Porque él es mi otra mitad. Él es mi vida.

—Te sentará bien volver a casa y a tu trabajo.

—Gracias por haber pasado el día conmigo y haberme escuchado.

—Estaré disponible siempre que me necesites.

—Gracias. ¿Por qué crees que Jay quiso terminar conmigo?

—No estoy seguro. Jay es un hombre justo y razonable. Nunca se habría comportado como lo hizo contigo. Él jamás le habría hablado así a una mujer. Puede que estés totalmente confundida y esté enamorado de ti. Supongo que esa podría ser una razón válida para excusar su comportamiento. Oír que te estabas acostando con un montón de tíos debió ser un gran palo. Puede que se viera cegado por la rabia, la locura, la confusión..., los celos. Sé que la locura transitoria es un hecho.

—Voy a comprar un pasaje para irme el miércoles —dijo Paige mientras desayunaban.

—¿Por qué tan pronto?

—Mañana veré a mis dos clientes. Acabo de contratar por Internet una agencia de mudanzas para que lleven mis cosas a Nueva York y me han dicho que irán a casa el jueves a las siete y media de la mañana.

—¿Cuándo volverás a Nueva York?

—No lo sé, pero no estaré mucho tiempo después de que se lleven mis cosas.

—Iré contigo y me quedaré allí hasta que te marches.

—Parker, no soy una niña, no hace falta que me acompañes. Además, me has dicho que tienes mucho trabajo.

—Es cierto, pero lo organizaré todo en estos tres días. Sé que estás asustada por volver, así que no me despegaré de ti hasta que te marches.

—Si es lo que quieres... Gracias.

Charlie no estaba en casa cuando llegaron a las ocho menos cuarto de la noche y Parker lo llamó para decirle que habían llegado.

—Esta noche vamos a salir a cenar —dijo Parker mientras tomaba con Paige un café en la cocina.

—Yo prefiero no salir. Ve con tu padre.

—Iremos los tres.

—No sé si te has parado a pensar en lo que dicen en el pueblo sobre mí.

—¿Que te has acostado con mi padre y conmigo?

Paige se rio.

—¡Vaya! Te has reído.

—Es que me parece tan ridículo.

—Muchas gracias —dijo él sonriendo.

—Sabes que no lo digo por ti. No me importaría acostarme contigo. Ahora no, por supuesto, pero estoy segura de que lo habría hecho, si no hubiera conocido a Jay.

—Menos mal que lo has arreglado.

—Sigo sin querer salir a cenar.

—Dijiste que te importaba un pimiento lo que pensara la gente. Tienes miedo.

—No tengo miedo.

—En ese caso ponte guapa e iremos al restaurante de Tom. Hoy es viernes y seguro que

estará lleno.

—Estupendo —dijo ella con sarcasmo—. De acuerdo. Iremos a cenar.

—Así me gusta. Llamaré para reservar una mesa.

—Pero si Jay está cenando allí...

—¿Eso es lo que te preocupa? Jay cree que te has acostado conmigo, ¿cuál es el problema? Paige volvió a reír.

—Quiero verte así, contenta, hasta que abandones Alaska. Hazlo por mí.

—Lo intentaré.

—Sube a tu cuarto y empieza a ponerte guapa. Ya que todos creen que me acuesto contigo, que piensen que lo hago con una belleza.

—Elizabeth, ya estoy en casa —dijo Jay.

—Hola, papá —dijo acercándose a él y besándolo.

—¿Vas a salir? —preguntó al ver que estaba arreglada.

—Sí. Paige ha vuelto y Parker ha venido con ella. Vamos a ir los cuatro a cenar al restaurante de Tom. Te he dejado la cena preparada.

—No vas a ir a cenar con ellos, cenarás aquí conmigo.

—¿Para qué? Después de cenar te marcharás a ver a Julie, como haces cada noche.

—Te prohíbo que vayas.

—Mírame —dijo ella cogiendo el bolso y saliendo de la casa dando un portazo.

Paige llevaba un vestido espectacular y unas joyas increíbles. Tan pronto entraron, Tom les condujo a la mesa.

—¿Estás bien? —preguntó el dueño del local a Paige cuando les sirvió la cena.

—Muy bien. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tengo mal aspecto?

—No, estás preciosa, como siempre. Y se te ve contenta.

—Tengo razón para estar contenta. Estoy con las personas que más quiero del pueblo.

El hombre se retiró después de dejar los platos. Tom estaba confundido y se preguntó si los rumores serían ciertos.

—Tengo que deciros algo. Voy a volver a casa, a Nueva York.

—¿Es lo que quieres? —preguntó Charlie.

—Sí. Ya no podría vivir aquí, pero vendré a veros cada vez que pueda.

—¿Cuándo te marcharás?

—Mañana temprano vendrán a llevarse el coche y mis cosas. Y me iré en el siguiente vuelo.

—¿Por qué no te quedas unos cuantos días más? —preguntó Elizabeth.

—Porque las cosas desagradables hay que hacerlas cuanto antes. ¿Quieres que pasemos un día juntas antes de que me marche?

—Me gustaría —dijo la chica con lágrimas en los ojos.

—¿Te parece bien el sábado?

—Perfecto.

Después de cenar estuvieron en el pub que había junto al restaurante. Parker quería que todos vieran a Paige y que se dieran cuenta de que a ella y a los que la acompañaban, no les importaban las habladurías. Aunque Paige estaba muy intranquila, porque Charlie le había dicho que le había llevado a Jay la caja que ella le dijo, pero también la tarta y la carta que le había escrito y tenía miedo de encontrarse con él, después de haberle pedido que se casara con ella.

Parker cumplió su palabra y al día siguiente no se despegó de ella ni un solo instante.

Los de la mudanza llegaron a la hora acordada. Jay y su hija se dirigían a la ciudad poco después de las ocho y media. Pasaron por delante de casa de Charlie y vieron los dos camiones en la puerta. En uno estaban cargando cajas. El otro era para transportar vehículos. Cuando pasaron de largo Jay miró por el retrovisor y vio que estaban subiendo al camión el coche de Paige. En ese momento se dio cuenta de que la había perdido.

Cuando Frank, el jefe de Paige, supo que iba a volver a Nueva York, se alegró tanto que le dijo que le enviaría su avión y que un coche la recogería en su casa el lunes a las ocho y media de la mañana para llevarla al aeropuerto.

Paige le pidió a Parker a última hora de la tarde que la acompañara al lago. Quería ir por última vez y fueron hacia allí dando un paseo. Se sentaron en el banco que solía sentarse ella y estuvo llorando un buen rato.

Paige recogió a Elizabeth temprano el sábado y se marcharon a desayunar a la ciudad. Jay se quedó en casa cabreado porque le había prohibido que se fuese con Paige y ella no le había hecho ni caso, otra vez.

Parker llamó a la puerta y Jay abrió.

—¡Vaya! Eres la última persona a quien esperaba ver. Lárgate —dijo Jay empezando a cerrar la puerta.

Parker lo empujó para que se apartase y entró en la casa dirigiéndose a la cocina. Jay cerró la puerta contrariado y fue tras él. Sobre la barra de desayuno seguían la caja con las cosas que Paige le devolvió, junto a la tarta.

—¿Todavía no te has deshecho de esto? —dijo Parker abriendo la caja.

—¡No toques eso!

—Veo que te devolvió el vestido. ¡Lástima! Estaba muy sexy con él.

—Tú y yo siempre hemos tenido buen gusto para las mujeres —dijo Jay.

—Tienes razón. ¿No probaste la tarta? Paige me dijo que la había preparado con toda la ilusión.

—¿Por qué no te largas de una puta vez? No tengo ningún interés en hablar contigo.

Parker abrió la cajita de cristal que había sobre la tarta y que contenía los anillos.

—¡He dicho que no toques eso!

—Paige quiere su anillo y le he dicho que se lo llevaría —dijo Parker cogiéndolo y guardándolo en el bolsillo.

—Le faltó tiempo para ir a buscarte, ¿eh? Nunca habíamos compartido una mujer. Tendrás que admitir que es fantástica en la cama. Lástima que sea una puta.

Parker se acercó a él y le propinó un puñetazo.

—¡Vaya, vaya! Parece que tú también te has enamorado de ella —dijo Jay tocándose el labio y comprobando que estaba sangrando.

—¿Ese *también* significa que estás enamorado de ella? Porque, de ser así, no lo entiendo. Nadie le dice todas esas cosas a una mujer a quien quiere.

—Le dije lo que se merecía.

—Sabes, Jay, para mí eres como un hermano y nunca te traicionaría. Yo no me he acostado con Paige. Tú has sido el único que ha tenido ese privilegio.

—No lo niegues, todos saben lo que ha hecho. ¿Acaso no fue corriendo a verte?

—Fue a verme porque estaba asustada. ¿Por qué no viniste a darme a mí una paliza cuando te dijeron que me había acostado con ella? No se merecía lo que le dijiste.

—Es una puta, Parker.

Parker se acercó a él y lo cogió de la pechera.

—No vuelvas a repetirlo o te daré una paliza. ¡Yo no me he acostado con Paige!

—Eso no es lo que dicen en el pueblo.

—Tal vez deberías preguntar a todos los hombres y averiguar si alguno ha estado con ella. Deberías preguntárselo a mi padre, aunque seguro que te partiría la cara si lo hicieras. Todo lo que dicen de ella es mentira.

Jay lo miró con una ligera sonrisa.

—Fue a Los Ángeles a contarte, precisamente a ti, lo sucedido. Cuánta amabilidad, ¿no? Estaba loco por ella.

—¿Estabas? ¿Ya no lo estás? Mi padre le dijo cuando volvimos que te había traído la tarta con la carta y ha estado intranquila desde que llegamos. Se siente avergonzada de que sepas que te quiere. Esa chica está loca por ti.

Jay lo miró sin decir nada.

—El lunes se marcha a Nueva York.

—Me parece bien.

—¿Por qué le dijiste todas esas cosas sin dejarla hablar?

—Cuando me enteré de lo que había hecho, me volví loco. Me sentí traicionado. Y no pude contenerme.

—Pero no dejaste que se explicara.

—¿Qué tenía que explicar? Mira, Parker, es mejor que dejemos el tema. He estado viendo a Julie a diario desde el sábado. Me voy a centrar en ella. Es una buena persona y está enamorada de mí.

—Estoy seguro de que Julie sería capaz de hacer cualquier cosa por casarse contigo. Sabes, Jay. Mereces un castigo por haber tratado a Paige como a una cualquiera y que te cases con Julie es el mejor castigo que puedas recibir. Y ten por seguro que te arrepentirás si lo haces. No puedo perdonarte lo que le has hecho a una buena chica. Que sepas que todos los rumores que circulan sobre ella son falsos. Y voy a decirte otra cosa. El día que descubras la causa de todo lo sucedido, y estoy seguro de que tarde o temprano lo descubrirás, entonces sabrás lo que es realmente sentirse mal, al haberla perdido.

Cuando Jay se quedó solo empezó a preguntarse por qué Parker seguía insistiendo en que no se había acostado con Paige. No tenía motivos para mentirle, no ahora que todo había terminado entre Paige y él.

Cuando Parker le dio el anillo a Paige ella se lo puso en el dedo anular y le abrazó muy fuerte dándole las gracias.

Amaneció el lunes, el día que Paige abandonaba Alaska

Mientras desayunaban, Charlie bromeaba con ella diciendo que se marchaba para no pasar allí el invierno que tanto temía.

Cuando Jay y Elizabeth iban camino de la ciudad vieron a Charlie, Parker y a Paige en la puerta de casa. Había un Mercedes negro parado frente a ellos. Elizabeth ya se había despedido de ella la noche anterior, pero le dijo a su padre que parara el coche. Cuando lo hizo la chica corrió hacia la casa y se abrazó a Paige. Jay se estremeció al verlas.

Paige abrazó a Charlie y a Parker y luego volvió a abrazar a Elizabeth. Cuando iba a subir al coche miró por encima de este y vio a Jay y sus miradas se cruzaron por un instante.

Luego Paige subió al vehículo y se marcharon.

Paige fue al trabajo al día siguiente. Estuvo mucho tiempo hablando con su jefe. Él la encontraba triste y ella le habló de Jay. Le dijo que habían mantenido una relación, pero que todo

había terminado entre ellos.

Y el siguiente día, miércoles, lo pasó en casa porque le llevaron el coche y todas sus cosas. Se había propuesto colocar todo en su sitio, pero no hizo prácticamente nada. Echaba de menos a Charlie, a Elizabeth, a Parker pero, sobre todo, no podía dejar de pensar en Jay. Y cada vez que pensaba en él aparecían en su mente las palabras que le dijo y se le ponía un nudo en la garganta.

Jason fue a casa de Paige a última hora de la tarde.

—Ya te han traído tus cosas —dijo Jason al ver el montón de cajas que había a un lado del salón.

—Las trajeron esta mañana temprano, pero aún no las he abierto. Me siento rara.

Jason vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Por qué has vuelto de Alaska? Hablamos hace unos días y todo iba bien. No he querido llamar a Jay para preguntarle, porque prefiero que me lo digas tú. Sé que tu vuelta está relacionada con él. ¿Qué os ha pasado?

—Lo que había entre nosotros, si es que había algo, terminó.

Poco después Paige le contó lo sucedido.

Era jueves. Jay y su hija estaban cenando en la cocina cuando llamaron a la puerta y Elizabeth fue a abrir.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a tu padre.

—La próxima vez llama antes de venir, porque mientras esté yo en casa, tú no entrarás. Aquí no eres bienvenida —dijo Elizabeth cerrándole la puerta en las narices.

Jay oyó las palabras de su hija y salió al recibidor.

—¿A quién le has hablado así?

—A Julie.

—¿La has echado? —dijo él abriendo la puerta y viendo el coche alejarse.

—Sí, no la quiero en casa —dijo volviendo a la cocina y sentándose.

—Parece que has olvidado que esta es mi casa. No has sido muy educada.

—Dile que te llame antes de venir. Mientras esté yo, ella no entrará.

—¿Qué estás diciendo?

—Esta también es mi casa, ¿no? ¿o sólo es tuya?

—Por supuesto que es tu casa.

—En ese caso, no quiero a esa zorra aquí.

—Estás hablando de una amiga mía.

—Vaya casualidad, tú me has dicho, varias veces, que una amiga mía es una puta.

—No irás a comparar a Julie con esa...

—Por supuesto que no, esa zorra no le llega a Paige ni a la suela del zapato.

—Voy a aprovechar ahora que estamos hablando, porque desde que se marchó *tu amiga*, no es que hables mucho conmigo. Y Tengo que hablarte de Julie.

—Pues la verdad es que no me apetece que me hables de ella.

—Sé que estás disgustada porque una amiga tuya se ha ido. Pero tienes que comprender que es mejor que se haya marchado.

—¿Mejor para quién?

—Para todos. Ya eres una mujer y no eres estúpida. Supongo que has oído lo que dicen de ella.

—Sí, lo he oído y no me importa lo que digan de ella. Paige es mi amiga, mucho más que una amiga.

—No me gusta lo que sientes por ella, pero lo respetaré. Y tú respetarás a Julie cuando venga a casa, porque es amiga mía y me gusta estar con ella.

—¿Entonces también podrá venir Paige a casa? Es amiga mía. ¿La respetarás?

—Eso es diferente.

—Porque crees que es una puta, ¿no? Pues yo pienso lo mismo de tu amiga. Y no entrará en casa mientras esté yo.

—Te estás portando como una niña consentida. Despierta de una vez y reconoce que tu amiga es una zorra que se ha acostado con medio pueblo.

—¡No hables así de ella!

—¿Por qué? Es la realidad. Para mí, Paige está muerta. Y es mejor que se haya largado, porque aquí no queremos basura como ella. Y aunque no quieras escucharme hablar de Julie, tengo que decirte que voy a pedirle que se case conmigo.

—¡Me diste tu palabra de que no lo harías!

—Las cosas han cambiado.

Elizabeth se levantó de la silla. Cogió el plato, el vaso y los cubiertos y se acercó al fregadero tirándolos, con rabia y rompiéndolo todo. Jay la cogió del brazo.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo Jay muy enfadado—. ¿Estás cabreada porque voy a casarme con Julie? ¿O porque sabes que tu amiga es una zorra?

Elizabeth se dio la vuelta para mirarlo. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Jay se acercó a ella para abrazarla y ella le empujó del pecho para que se apartara.

—No estoy cabreada porque digas que Paige es una zorra, porque no lo es. El día de tu cumpleaños, cuando te dijeron todas esas cosas y hablaste con ella, ¿le pediste una explicación? ¿le diste la oportunidad de hablar y defenderse? —dijo gritando y sin dejar de llorar.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque siempre me has dicho que no debo creer lo que digan de una persona, hasta darle lo oportunidad de explicarse. Siempre me has dicho que no hay que hacer caso de las habladurías sin oír las dos partes. ¿Eso no se aplica a ti? ¡Eres patético!

—Elizabeth, no voy a tolerar que emplees ese tono conmigo. ¡Cálmate, cielo!

—¡No quiero calmarme! ¡Y no me llames cielo, porque ya no quiero ser tu cielo! Te vas a arrepentir toda tu vida de haberla perdido. Me has repetido muchas veces que Paige no te interesaba, pero entonces, ¿por qué sigue ahí tu tarta de cumpleaños y la caja con sus cosas? Reconoce que ya estás arrepentido de haber hecho que se marche.

—¿Arrepentido? ¿Te preocupa que sus cosas sigan ahí? De acuerdo —dijo Jay cogiendo la tarta y tirándola al cubo de la basura—. Luego sacaré la otra caja al contenedor. Te aseguro que ya no estoy interesado en ella. No es una buena persona. Y vuelvo a decirte que no sigas en contacto con ella. ¡Es una puta! Mézetelo en la cabeza.

—Si crees que voy a quedarme aquí para ver como Julie se va adueñando de la casa, y de ti, estás confundido. Iré a vivir al estudio, al fin y al cabo es mío, porque me lo dejaron mis abuelos. Y ellos se encargaron de dejarme dinero suficiente para mantenerme por mí misma, así que no te necesito.

Elizabeth estaba furiosa. Le hablaba a su padre gritando, sin dejarlo hablar y no podía soportar por más tiempo que dijese que Paige era una puta una y otra vez. Cogió el móvil, busco las fotos y el mensaje de Julie que Paige le había enviado.

—Al hacer esto voy a faltar a mi palabra, pero no soporto que sigas hablando así de ella. A lo mejor, lo de faltar a la palabra lo he heredado de ti, porque me prometiste que nunca te casarías con Julie. Pero sabes, en estos momentos creo que precisamente que te cases con *esa* es lo que te

mereces. Mira esas fotos y lee el mensaje que tu *novia* le envió a Paige el día de tu cumpleaños, después de que acabaras con ella. Y luego decides quién de las dos es la zorra —dijo entregándole el móvil a su padre.

Elizabeth salió de la cocina y luego abandonó la casa dando un portazo.

Jay leyó el mensaje una y otra vez. No podía creer lo que estaba leyendo. Dejó el móvil sobre la mesa y salió a la calle a buscar a su hija. La encontró sentada en los escalones de la entrada.

—Estás aquí, iba a buscarte.

—Cuando he salido me he dado cuenta de que llevaba el pijama —dijo llorando.

Jay se sentó a su lado y la abrazó.

—Perdona todo lo que te he dicho —dijo él llorando también.

—Tú eres el padre y se supone que no tienes que llorar.

—He hecho algo terrible.

—Lo sé.

—Entremos en casa.

Volvieron a entrar y se dirigieron a la cocina.

—Has tirado la tarta con la carta a la basura.

—¡Mierda! —dijo cogiendo la cajita de cristal y el sobre que estaba manchado.

Jay sacó la carta del interior del sobre. Luego limpió la cajita con una servilleta de papel y sacó el anillo de su interior. Leyó la inscripción: *Sólo seré tuya. Para siempre.* Jay sonrió mientras se sentaban a la mesa al darse cuenta de que Paige había añadido el *Para siempre*, que no habían acordado. Se puso el anillo en el dedo.

—¿Desde cuando lo sabes?

—Desde hace dos meses. El día que fuimos a tu trabajo a dejarte las bolsas de las compras nos encontramos con Julie en la puerta cuando salíamos. Le dijo a Paige cosas horribles, que era una zorra y que iba detrás de tu dinero. La amenazó diciendo que si se acercaba a ti haría correr un rumor por el pueblo y tendría que marcharse.

—¡Dios mío! Por eso no quería que la vieses conmigo. ¿Por qué no entraste a buscarme?

—Es lo que iba a hacer, pero Paige no me dejó. Me dijo que no era asunto tuyo.

—¿Que no era asunto mío?

—Paige no quería marcharse del pueblo porque tú y yo estábamos aquí —dijo ella secándose las lágrimas.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Tú lo arreglarás. Siempre lo arreglas todo.

—Le dije cosas horribles. Parker y tú tenéis razón, no la dejé hablar. Estuve insultándola mientras lloraba. No confié en ella.

—Sé que he roto mi palabra, pero no podía soportar que dijese eso de ella. Paige te quiere, está loca por ti desde hace mucho tiempo. Te pidió en la carta que te casaras con ella y te regaló el anillo.

—Eso fue antes de que la tratara como si fuera basura.

—No importa lo que le dijeras, ella lo entenderá. Porque te quiere, y a mí también.

—Intentaré solucionarlo, pero antes, tengo que ir a matar a Julie —dijo levantándose de la silla.

—Papá, no vayas a verla, por favor. Si le haces algo te perderé y me quedaré sola —dijo ella poniéndose de pie y abrazándolo—. Llámala por teléfono. Corta con ella por teléfono, así no podrás hacerle daño.

—No, cielo. Esto tengo que hacerlo en persona. Tengo que decirle cara a cara que es una zorra y que estoy locamente enamorado de Paige. Y no te preocupes porque no voy a hacerle daño. Quiero que me envíes el mensaje y las fotos que me has enseñado —dijo poniéndose la chaqueta—. Después de cortar con ella iré al restaurante de Tom a tomar una copa y se los enseñaré a todos los que estén allí.

Antes de salir, Jay fue a su despacho llevando con él la carta de Paige que acompañaba la tarta y se sentó en la butaca detrás de la mesa. Sacó del cajón la otra carta y las leyó una y otra vez hasta que casi podía recitarlas de memoria. Se sacó el anillo y volvió a leer la inscripción. Las lágrimas acudieron a sus ojos y se le puso un nudo en la garganta. Cuando levantó la cabeza y vio en la pared el cuadro con las tres frases que Paige le había pedido que no olvidara aún se sintió peor. En ese momento decidió que cumpliría la última de las promesas que le había hecho, escribiéndole. Encendió el ordenador y escribió un correo, luego se lo envió.

Después de cenar con Jason, Paige volvió a casa. Como le había dicho a su jefe que no iría a trabajar hasta el lunes, porque tenía que organizar todo lo que le habían enviado de Alaska, decidió empezar a abrir las cajas y a ordenar su ropa. A las tres de la mañana se acostó, no había terminado, pero estaba agotada. Oyó la entrada de un correo en el móvil y lo cogió para comprobar quién se lo enviaba a esas horas de la madrugada. Se quedó de piedra al ver que era de Jay. Por un momento pensó en eliminarlo sin leerlo, pero no pudo hacerlo, necesitaba al menos leer unas palabras suyas.

Hola, preciosa.

Puede que no leas este correo, así y todo, tenía que escribirte.

Hace unos minutos he sabido, por fin, cual era ese problema que tanto te angustiaba. Por favor, no culpes a mi hija por romper su palabra contándomelo. Empecé a decirle cosas horribles sobre ti, y no pudo soportarlo.

¿Por qué no me hablaste de ello? Las cosas habrían sido diferentes, de haberlo sabido. De todas formas, tengo que decirte que, en el momento he conocido la verdad me he puesto el anillo que compraste para mí y, como dice la inscripción, seré tuyo, para siempre. Desde hoy, no habrá más mujeres en mi vida.

Te hice tres promesas, las dos primeras las he roto, pero cumpliré la tercera. Te enviaré un correo cada semana del resto de mi vida.

Un par de semanas antes de que lo nuestro terminara, me había dado cuenta de que mis sentimientos por ti no se limitaban al sexo, supe que estaba enamorado de ti. El fin de semana que pasamos en la cabaña descubrí que tú eras lo que había estado esperando durante toda mi vida. Estaba preocupado porque tú te referías a lo que había entre nosotros como algo estrictamente sexual y pensaba que no sentías nada por mí. Ese fin de semana pensé, en muchos momentos, decirte que te quería y que deseaba casarme contigo, pero cada vez me echaba atrás. Tenía miedo de que no sintieras nada por mí y, de ser así, no quería perderte.

El sábado, el día de mi cumpleaños, fui a desayunar al bar de Tom y él me habló de los rumores que circulaban por el pueblo. De pronto algo cambió en mi cabeza. Me sentí herido, traicionado. No podía dejar de pensar que otros hombres te habían hecho lo que yo te hacía y que tú los tocaras a ellos como me tocabas a mí. Te imaginé con Parker y mi rabia se incrementó, porque él era como un hermano para mí y me había traicionado.

Cuando abriste la puerta y te vi fue como si vieses a una desconocida. Como si nunca hubieras significado nada para mí. Yo no te habría hablado como lo hice, ni te habría

dicho las cosas tan terribles que te dije, de haber estado en pleno uso de mis facultades. Sé que te hice mucho daño y lo siento de todo corazón.

Espero que alguna vez puedas perdonarme.

Ahora voy a salir. Tengo que ir a casa de Julie para cortar con ella. Parker tenía razón, he estado ciego y no me daba cuenta de que era una mala persona.

Te quiero.

Jay.

Paige rompió a llorar. Le echaba mucho de menos y deseaba tenerlo junto a ella para abrazarlo. Pero las cosas no eran tan simples. Jay le había dicho cosas muy fuertes y tenía que esforzarse más, disculpándose en persona. Aunque para ello tuviera que ir a Nueva York. Apagó el móvil y se metió en la cama.

Capítulo 19

Llamaron al teléfono de casa de Charlie y Parker contestó.

—¿Diga?

—¿Charlie?

—Soy Parker.

—Parker, me alegro de que sigas aquí. Soy James, el médico.

—Ahora se pone mi padre.

—No, es mejor que hable contigo. Escucha, ha habido un accidente a la salida del pueblo.

—¿Un accidente?

—Sí. Es Jay. Acaba de llevárselo la ambulancia al hospital. Parece algo serio. Iba a llamar a su hija, pero...

—Yo me encargaré de Elizabeth. Gracias por llamar. Saldremos enseguida para el hospital.

—Bien, nos veremos allí —dijo el médico antes de colgar.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie.

—Jay ha tenido un accidente, acaban de llevárselo al hospital.

—¡Dios mío! Voy a vestirme.

—Voy a por Elizabeth, te recogeré en unos minutos.

Poco después iban los tres en el coche. Cuando se acercaban a la salida del pueblo vieron las luces de los coches de policía, y el coche de Jay a un lado. Estaba destrozado, boca abajo y aplastado por todas partes.

—¡Santa madre de Dios! —dijo Charlie en voz baja al ver el vehículo.

—¿Creéis que mi padre estará bien? —preguntó la chica llorando.

—Eso espero, cariño.

Charlie, Parker y Elizabeth estaban en la sala de espera. James, el médico entró en ese momento.

—¿Ha visto alguien del pueblo lo que ha ocurrido? —preguntó Parker al médico.

—No, era tarde y no había nadie por la calle. Han salido de algunas casas al oír el ruido y han visto el coche dar las últimas vueltas de campana, pero no había ningún vehículo más —dijo el médico—. Voy a preguntar a ver si saben ya algo del estado de Jay.

—Elizabeth, ¿sabes dónde iba tu padre tan tarde? —preguntó Parker.

—Tío Parker, yo soy la culpable de su accidente —dijo ella llorando de nuevo.

—Cariño, tú no has tenido culpa de nada —dijo él abrazándola.

—El accidente ha sido culpa mía —volvió repetir Elizabeth sin dejar de llorar—. Mi padre y yo habíamos discutido. Él estaba diciendo cosas horribles de Paige y luego me ha dicho que se iba a casar con Julie... Entonces le he enseñado el mensaje que Julie le envió a Paige. Estaba muy preocupado, se ha encerrado un rato en su despacho y cuando ha salido ha dicho que iba a ver a Julie para cortar con ella.

—Cariño, tú no tienes la culpa de nada. Lo que haya pasado para que tuviera el accidente, no tiene nada que ver contigo.

Dos horas más tarde un médico salió por una puerta y preguntó por los familiares de Jay. Ellos tres y el médico se levantaron.

—¿Son familiares del señor Hammond?

—Sí, ella es su hija Elizabeth, Charlie, su padre y yo soy Parker, su hermano. Y nuestro médico, el doctor Curtis —mintió Parker para que no les hicieran preguntas.

—¿Cómo está? —se interesó el médico.

—Tiene algunas contusiones pero, extrañamente, ningún hueso roto. Por suerte saltaron los airbags. Lo que más nos preocupa es el golpe de la cabeza. Las radiografías muestran una inflamación muy preocupante en el cerebro y nos hemos visto obligados a inducirle el coma.

—¿Cuánto tiempo estará así?

—Eso no lo podemos saber, habrá que esperar a ver cómo evoluciona la inflamación. Pero sí puedo adelantarles que serán unas cuantas semanas. Esta noche permanecerá en cuidados intensivos y no podrán verlo, así que les aconsejo que vayan a casa y descansen. Mañana lo trasladarán a una habitación y podrán acompañarlo las veinticuatro horas del día, si quieren. Si sucede algo, les avisaremos.

Parker le dio una tarjeta con el número de su móvil para que le llamara a él si sucedía algo.

Elizabeth fue llorando durante todo el trayecto hasta el pueblo. Primero fueron a casa de la chica a que cogiera lo necesario para que se quedara con ellos. Parker llamó a Paige tan pronto llegaron a casa.

—Hola, Parker. ¿Has vuelto a casa?

—Hola, Paige. Sigo en Alaska.

—Pero ahí son ahora las cuatro y media de la mañana. ¿Qué pasa? ¿Has salido de marcha y acabas de llegar a casa?

—Ojalá. Te llamo porque ha sucedido algo.

—¿Tu padre está bien? ¿Y Elizabeth?

—Los dos están bien. Es Jay. Anoche tuvo un accidente y está en coma.

—¿Qué?

Parker le contó lo que sabía del accidente y lo que les había dicho el médico. Y luego le dijo que Elizabeth se sentía culpable porque habían discutido y ella le había enseñado a Jay el mensaje de Julie.

—Cuando íbamos al hospital esta tarde hemos visto el coche de Jay, estaba destrozado. Jay siempre ha sido muy prudente conduciendo. Puede que estuviera alterado al enterarse de que Julie era la culpable de todo lo que os había sucedido...

—Voy a buscar un vuelo, estaré allí lo antes posible. Dile a tu padre que se ocupe de Elizabeth, por favor.

—No te preocupes, voy a quedarme aquí.

—Entonces te veré pronto.

Parker llamó al instituto al día siguiente, antes de que empezaran las clases. Informó al director de lo ocurrido y le dijo que Elizabeth no asistiría en algunos días.

Paige y Henry, su padre, llegaron el sábado al mediodía y fueron directamente al hospital. Encontraron a Charlie y Elizabeth acompañando a Jay. Paige miró a Jay y le recorrió un estremecimiento por todo el cuerpo.

—Hola —dijo Paige adentrándose en la habitación seguida de su padre.

—¡Paige! —dijo la chica acercándose a ella para abrazarla—. Has venido.

—Por supuesto que he venido.

—Hola, Henry —dijo Elizabeth abrazando al hombre.

—Hola, cariño.

Paige se acercó a Charlie y lo abrazó.

—Papá, él es Charlie, el hombre que ha cuidado de mí el tiempo que estuve aquí. Charlie, él

es Henry, mi padre.

—Me alegro de conocerte, Henry, tu hija me habló mucho de ti.

—Y a mí de ti.

Paige se acercó a Jay con los ojos vidriosos y le acarició el rostro.

Charlie se llevó a Henry y a Elizabeth a la cafetería para que Paige se quedara unos minutos a solas con Jay.

—He recibido tu correo. No te he contestado y no pienso hacerlo, tendrás que ir a verme y disculparte en persona. Yo también llevo puesto tu anillo y también siento que soy tuya. Mi padre ha venido conmigo. No es el mejor momento para conocerte, pero estaba preocupado por ti y por Elizabeth. Nos marcharemos el lunes, pero yo procuraré venir a verte y estaré en contacto con Parker para que me vaya informando de tu estado. Y hablaré todas las noches con tu hija. Tienes que hacer un esfuerzo para salir cuanto antes de aquí porque ella te necesita. Tienes suerte de tener en tu vida a Charlie y a Parker porque ellos se ocuparán de Elizabeth tan bien como tú. Quiero que sepas que no te he perdonado, todavía, pero te quiero y eso no puedo cambiarlo —dijo Paige besándolo en los labios.

—Hola, cariño —dijo Parker entrando en la habitación.

—Hola —dijo Paige abrazándolo—. ¿Dónde has estado?

—En la inmobiliaria de Jay y en la compañía de seguros. Me quedaré hasta que Jay salga del hospital y me ocuparé de sus negocios mientras tanto.

—¿Y tu trabajo?

—Jay es mi familia y la familia es lo primero. He dejado a cargo a un amigo arquitecto para que se ocupe de revisar los proyectos.

Los dos hombres entraron con Elizabeth y Paige le presentó a Parker a su padre.

—¿Te apetece un café? —preguntó Parker a Paige.

—Sí. Ahora volvemos.

Se sentaron en una mesa de la cafetería con los cafés.

—La secretaria de Jay está organizando la agenda para que vea a algunos clientes que habían quedado con él y cuando lo tenga todo al día iré a Nueva York. Parece que también hay algunas cosas que resolver allí. ¿Por qué no me echas una mano en la oficina de allí en tus ratos libres o los sábados?

—Parker, yo no sé nada del trabajo de Jay.

—Yo tampoco.

—Tú eres arquitecto y Jay vende casas y terrenos, es tu elemento.

—Eres la persona más capacitada que conozco. Y además, muy guapa. Apuesto a que podrías hacer que nuestro amigo se enriqueciera un poco más, mientras él está aquí, sin pegar golpe.

—Si crees que puedo hacerlo, te ayudaré.

—Tengo poderes de Jay para ocuparme de sus cosas, iremos al notario para extenderlos a ti.

—De acuerdo.

Parker llegó a Nueva York dos días después a las ocho y media de la tarde. Paige lo recogió en el aeropuerto y fueron a su casa. Jason fue poco después para cenar con ellos.

Parker la llevó a la inmobiliaria al día siguiente por la mañana para que los empleados supieran que ella estaba al mando, en ausencia de Jay. Y por la tarde fueron los dos a enseñar algunas propiedades para que Paige se hiciera un idea de en qué consistía el trabajo.

Dos días más tarde fueron a Boston y repitieron la misma operación. Paige le dijo que se encargaría de las dos inmobiliarias. Y Parker se encargaría de la de Los Ángeles y Alaska.

Julie iba a ver a Jay a menudo, pero cuando estaba Elizabeth no le permitía entrar. Sólo lo

hacia cuando Charlie estaba solo. Al hombre le daba lástima, a pesar del daño que le había hecho a Paige. Y por esa razón no le dirigía la palabra.

Parker recogió a Paige en el aeropuerto el sábado por la mañana. Elizabeth estaba en casa y Charlie con Jay. Julie salió de la habitación y se encontró con Paige y Parker.

—¿Qué haces aquí, zorra? —dijo Julie.

Paige no se lo pensó dos veces y le dio un puñetazo que casi la hizo caer al suelo.

—¿Tú estás loca? Te voy a denunciar.

—Adelante —dijo Paige

—Cuando Jay salga del coma va a acabar contigo —la amenazó Julie.

—¿En serio? ¿Ves esto? —dijo Paige sonriendo y enseñándole el anillo—. Jay me pertenece y yo a él, así que ya puedes olvidarte.

—Eso es lo que tú querías. Jay y yo nos casaremos cuando salga de aquí.

—Sí, cuando salga de aquí va a casarse, pero conmigo. Y tal vez deberías buscar otro sitio para vivir, antes de que muestre en el pueblo el mensaje que me enviaste y todos sepan lo que hiciste. Ah, y no hace falta que vuelvas por aquí. Cuando Jay tuvo el accidente iba camino de tu casa, había leído el mensaje que me enviaste e iba a cortar contigo. Seguramente hayas sido la culpable de su accidente, porque estaba furioso contigo.

Después de eso Paige entro en la habitación.

—Parker... —dijo Julie.

—Hay que ser mala persona para hacer lo que hiciste. Lárgate del pueblo porque Paige no bromea. Ahora eres tú la que está acabada —dijo Parker antes de entrar en la habitación y cerrar la puerta.

Jay abrió los ojos el viernes día veinticinco de noviembre. Le dieron el alta el lunes siguiente y Charlie y Parker lo llevaron a casa porque se quedaría con ellos.

Jay no tuvo necesidad de ir a cortar con Julie porque ella había desaparecido del pueblo semanas atrás. Así y todo, Jay se encargó de que todos en el pueblo se enteraran de lo que había hecho.

Jay y Parker tuvieron una conversación antes de que su amigo volviera a su vida en Los Ángeles. Jay le había dicho que no recordaba nada del accidente ni por qué había sucedido.

—¿Qué sabes de Paige?

—Ha pasado en el hospital los fines de semana desde que te ingresaron. Y Henry, su padre, vino tan pronto se enteró del accidente. Está tan guapa como siempre. ¿Vas a ir a verla?

—Iré tan pronto pueda. Si ha venido a verme tantas veces, supongo que le importará algo. ¿Crees que me perdonará?

—No lo sé. Puede que haya venido para comprobar que tu hija estaba bien —dijo Parker sonriendo al pensar lo que Paige le había dicho a Julie en el hospital sobre la boda.

—Si no me perdona seguiré escribiéndole y tendré que conformarme con eso. No voy a salir con ninguna mujer. Ella es mi mujer y siempre lo será.

—Bien, ahora sólo tienes que pensar en recuperarte, porque estás hecho un asco.

—Lo sé. Parker... Gracias, por todo. Si no fuera por ti y tu padre...

—Jay, somos familia y eso no va a cambiar nunca.

Paige recibió un correo el sábado siguiente, después de que Jay saliera del hospital. En Nueva York eran las once de la noche y estaba en la cama. Cogió el teléfono y al ver que era de Jay lo leyó rápidamente.

Hola, cielo.

Me han dicho que viniste a verme cada fin de semana mientras estuve en el hospital. No sabes cuánto te lo agradezco.

Tengo que decirte que, después de que termináramos, fui a ver a Julie cada día después del trabajo. Y cada día hicimos el amor. Hasta que me enteré de todo. Y también me siento muy culpable por haber estado con ella. Lo hice por rabia, quería demostrarme a mí mismo que no te necesitaba cuando, en realidad, mi vida ya no tenía ningún sentido sin ti.

Desde que no estás conmigo me siento solo y perdido. Me gusta llevar el anillo porque me hace recordar en todo momento, que soy tuyo.

Sé que tengo que disculparme en persona y creeme que lo haré. Pero desde que he salido del hospital estoy hecho una mierda y necesitaré un tiempo para recuperarme. Estoy yendo a rehabilitación porque tengo problemas al andar, pero me han dicho que es lo normal en mi caso y que me recuperaré.

Elizabeth y yo estamos viviendo con Charlie, está preocupado por mí y no deja que nos vayamos. Estoy durmiendo en la que fue tu habitación y eso hace que piense mucho más en ti por las noches.

No me apetece salir de casa. Ahora soy yo quien siente la necesidad de recluirme en ella. Aunque Charlie me obliga a salir a dar paseos, como hacía contigo y salimos a comer o a tomar una copa.

Ya he empezado a trabajar, aunque me lo estoy tomando con calma y sólo voy por las mañanas. Las tardes las dedico a la rehabilitación y a dar largos paseos.

Quiero que sepas que te echo mucho de menos y que pienso en ti todos los días y a todas horas.

Espero que cuando nos veamos me perdones porque te quiero con locura y ya no podría vivir sin ti.

Jay.

Jay fue a Nueva York el jueves de la semana siguiente y cuando lo tuviera todo al día allí, volaría a Boston.

Estaba sentado en su despacho después de que los empleados se marcharan. Quería revisar las transacciones que se habían hecho en su ausencia. Abrió la primera carpeta. Era la venta de un edificio de apartamentos que habían vendido en veintiocho millones de dólares. Todo estaba en orden, hasta que vio el nombre y la firma del intermediario en el contrato. Revisó las otras carpetas y comprobó que aparecía el mismo nombre en las operaciones más importantes. Cogió el teléfono y llamó a Parker.

—Hola, Jay, ¿todo bien?

—Sí. Estoy en el despacho, revisando las ventas que se hicieron en mi ausencia.

—¿Algún problema?

—No, todo está bien. Es sólo que...

—Ya veo. Has visto el nombre de Paige en algunos contratos.

—Sí.

—Bueno, yo no soy tú. No podía con todo y le pedí ayuda. Paige se encargó de las oficinas de Nueva York y Boston. Y creo que no lo hizo nada mal. Consiguió un montón de propiedades para vender y las vendió.

—Lo sé.

—Ha ayudado a aumentar tu fortuna sustancialmente.

—Sí, ya lo he visto. ¿Le pagaste las comisiones?

—Yo no tenía que pagarle, porque Paige tenía poderes para actuar como propietaria del negocio, pero cuando se lo mencioné dijo que lo hacía como un favor a un amigo.

—¿A qué amigo se refería?

—No se lo pregunté. Puede que se refiriese a mí.

—Esa chica no deja de sorprenderme.

—Pon a trabajar tu mente y empieza a comportarte como tú mismo. Puede que te quede alguna posibilidad con ella. ¿Vas a ir a verla?

—En este viaje no. Pero la veré pronto.

Antes de marcharse del despacho, Jay llamó a Henry, el padre de Paige y le dijo que iría a verle el sábado.

Jay llegó a última hora de la tarde al aeropuerto de Miami. Alquiló un coche y fue a casa de Henry.

—Hola, supongo que eres Henry —dijo Jay cuando el hombre abrió la puerta.

—Sí, soy yo. Me alegro de que estés bien —dijo abrazándolo—. Pasa, por favor.

Henry fue al salón seguido de Jay.

—¿Hasta cuando te quedas?

—Me marcho mañana al mediodía.

—Entonces tenemos tiempo para hablar. ¿Has cenado?

—No.

—Vamos, te enseñaré tu habitación y mientras te instalas terminaré la cena.

—Pensaba ir a un hotel.

—Ni lo sueñes.

Jay entró en la cocina poco después.

—Siéntate. ¿Te apetece un whisky? Paige me dijo que es lo que sueles beber.

—Sí. Yo me lo serviré —dijo Jay cuando vio que el hombre dejó la botella y el vaso en la bancada.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Estoy consiguiendo coger peso, perdí bastante en el hospital. Y he estado haciendo rehabilitación. En unos días más estaré como antes.

—¿Cómo está Elizabeth?

—Ahora ya está tranquila. Parece que lo pasó mal cuando estuve en coma. Pensaba que la iba a abandonar.

—Eso es lo que pensaba mi hija cuando la dejaba en la guardería y me iba a faenar. Por eso decidí llevarla conmigo y que se saltara la época de preescolar.

—Gracias por ir a verme, y por llamar tan a menudo.

—Quería comprobar que Elizabeth estaba bien y..., bueno, eres muy importante para mi hija. ¿La has visto ya?

—No. Le he escrito varios correos, pero no me ha contestado a ninguno.

—Lo sé —dijo el hombre sonriendo—. Supongo que espera que te disculpes en persona.

—Y lo haré, pero después de que esté completamente recuperado. ¿Te habló de lo que sucedió?

—Sí, vino a pasar aquí el fin de semana siguiente de que terminarais. Tuve que soportar sus lloros durante dos días. Le hiciste mucho daño.

—Lo sé. Y estoy muy arrepentido de haberlo hecho.

—¿La quieres?

—Estoy locamente enamorado de ella.

—Entonces, todo se arreglará. Ella siente lo mismo por ti.

Mientras cenaban Jay le habló de cómo conoció a su exmujer y lo del embarazo. Y luego le contó cómo había sido su vida de casado y de padre.

—Deberíais venir a pasar las navidades con nosotros.

—¿Crees que a Paige le gustaría?

—No lo sé, pero en Navidad siempre suceden cosas buenas. Sé que eres un buen hombre, Jay y me gustaría que te casaras con mi hija y tener a Elizabeth por nieta.

—Yo deseo pasar el resto de mi vida con las dos. Y compartir nuestras vidas contigo. ¿Sabes que tu hija y Parker se han ocupado de mis negocios mientras estuve en coma?

—Sí, ella me lo cuenta todo.

—Tienes una hija fantástica.

—Gracias. Tú también.

—Aceptamos pasar las navidades con vosotros. Le he comprado un regalo a Paige y he decidido que se lo daré aquí.

—Estupendo. ¿Puedo preguntar qué le has comprado?

—Una casa en Nueva York. Es preciosa y a mi hija le encanta.

—Pensé que querías pasar el resto de tu vida con ella, pero vives en Alaska.

—Si acepta casarse conmigo, nos mudaremos a Nueva York.

—Me alegro, así estaréis más cerca de mí.

Esa noche Jay le escribió a Paige el correo semanal y ella lo leyó.

Hola, cariño.

Esta semana no me he sentido muy bien. Creo que no volveré a sentirme bien nunca más. He perdido las ganas de ir a trabajar.

He cogido algo de peso y ya he terminado con la rehabilitación. Ahora voy al gimnasio cada día. Está siendo duro, pero necesito esforzarme para estar bien cuanto antes y poder ir a verte.

No puedes imaginar cuánto te echo de menos. Espero que me perdones porque, de no hacerlo, sé que no voy a ser capaz de vivir sin ti.

Cada día espero con ansia la hora de la cena, porque Elizabeth siempre habla de ti mientras cenamos.

Echo de menos besarte y hacer el amor contigo.

Cuando tus manos o tus labios me acarician es como si volara y necesito volver a volar para salir de este agujero oscuro en el que me encuentro.

Por la noche, cuando me voy a la cama, me gusta ver las fotos que tengo tuyas y de mi hija en el ordenador y eso me hace sentir un poco mejor. Estás preciosa en todas ellas.

Piensa en mí, por favor. Y no olvides que te quiero.

Jay

Una semana antes de Navidad Jay estaba casi recuperado. El sábado volvió a escribirle a Paige un correo. Y ese sería el último, porque el siguiente sábado estaría en casa de Henry. Paige lo leyó cuando se metió en la cama, como de costumbre.

Hola, preciosa.

Esta semana he estado pensando en todas las veces que hemos estado juntos. He recordado la fiesta de cumpleaños de mi hija. Ese día hiciste que me sintiera muy feliz. Bueno, cada día que hemos estado juntos has hecho que me sintiera muy feliz. En la fiesta

no soportaba que estuvieras cerca de Parker, porque los celos me estaban matando. Puede que estuviera con Julie, pero te aseguro que tú eras la única mujer que me importaba. No sabes cuánto me arrepentí de haberla invitado.

Mi corazón es tuyo, siempre ha sido tuyo. Era tuyo, incluso aquellos días que decidiste terminar conmigo. Sólo podía pensar en ti y en que me faltabas para respirar.

Estoy comiendo como un cerdo, así y todo, aún me faltan dos kilos para pesar como antes del accidente, pero antes de las fiestas volveré a estar como entonces.

Te echo tanto de menos, que en mi mente no hay cabida para nada más que no seas tú.

Hace unos días fui al bosque, al sitio donde fuimos a darnos aquel memorable revolcón y paré el coche delante de todos. Estuve recordando todos los momentos vividos allí, contigo. Fue glorioso.

Y cuando voy al estudio salgo a la terraza y miro el banco en el que tú acostumbrabas a sentarte e imagino que estás sentada en él.

He estado pensando en el fin de semana que pasamos en las montañas. Ese fue el mejor fin de semana de mi vida. Allí me di cuenta de que quería pasar el resto de mi vida contigo.

Te echo de menos, cielo.

Te quiero.

Jay.

Jay y Elizabeth llegaron al aeropuerto de Miami el viernes veintitrés por la mañana. Sabían, por Henry, que Paige llegaría ese mismo día por la noche. Henry no iba a trabajar ese día, ni ningún día mientras ellos estuvieran allí. Pensaba ir a recogerlos, pero Jay le dijo que no lo hiciera porque había alquilado un coche, que recogería en el aeropuerto.

Nada más llegar fueron con el todoterreno de Henry a comprar el árbol de Navidad para que cuando llegara Paige lo adornara, como hacía cada año.

Jay estuvo nervioso todo el día. No se habían visto desde que él le dijo que se largara del pueblo y ni siquiera le había contestado a los correos. Y estaba realmente acojonado por si ella no lo perdonaba.

Henry vio que su hija estaba triste cuando la recogió en el aeropuerto y se alegró de que Jay y Elizabeth hubieran ido a pasar las fiestas con ellos. Él sabía que Paige lo perdonaría porque estaba loca por él.

Paige se quedó helada en la puerta del salón cuando vio a Jay y a Elizabeth. Todo lo que tenía en la mente se dispersó y no era capaz de tragar saliva. Ni siquiera podía respirar. Jay se levantó y ella no pudo apartar la mirada del espectacular cuerpo de ese hombre.

Elizabeth fue hacia ella para abrazarla. Jay se acercó y le dio dos besos en las mejillas.

—No me habías dicho que teníamos visita —dijo Paige a su padre.

—Sabes que los invité a pasar las fiestas con nosotros hace algún tiempo. Elizabeth, ¿tienes todo preparado para decorar el árbol?

—Sí.

—Pues entonces, poneos a ello mientras Jay y yo preparamos la cena.

Paige miró a Jay un instante antes de que abandonara el salón. Aquel hombre la dejaba sin aliento y se adueñaba de sus sentidos, y sin hacer absolutamente nada.

—¿Te molesta que hayamos venido? —preguntó Elizabeth.

—Por supuesto que no, sólo me ha sorprendido veros. Mañana tendré que comprar un regalo para tu padre. Por suerte esta mañana compre el tuyo en Miami, tuve que visitar a unos clientes allí y al pasar por un escaparate vi algo que me gustó para ti. Pensaba enviártelo junto con el de mi padre.

—A mi padre no le importará si no le compras nada.

—En Navidad todos se merecen un regalo. Me alegro mucho de que estés aquí.

—¿Te alegras también de que esté mi padre?

—La verdad es que sí. Tiene buen aspecto.

Jay la había observado con una intensidad que la hizo sentir incómoda. Aunque mantuvo los ojos apartados de él durante toda la cena, Paige sentía el peso de su mirada clavado en ella. Se podía sentir la tensión entre ellos, algo que se deslizaba del uno hacia el otro entrelazándose en el camino.

Henry y Jay salieron a tomar una copa al porche después de cenar y ellas se unieron a ellos cuando terminaron de recoger la cocina. Los dos hombres estaban sentados en las mecedoras y ellas en el sofá columpio que había a un lado. Las miradas de Jay y Paige se cruzaron varias veces y en alguna ocasión habían permanecido mucho tiempo mirándose. El torbellino de emociones que había entre los dos al verse de nuevo había sido tan fuerte y turbulento que Paige había sabido, instintivamente que, de darle rienda suelta no habría sido capaz de controlarlo. Y Jay tampoco.

—¿Qué pasó con tu coche? —preguntó Henry a Jay—. Parker me dijo que estaba completamente destrozado.

—Estaba asegurado a todo riesgo y lo tenía sólo desde hacía unos meses. Parker no sabía si aceptar el dinero para comprar otro nuevo, porque no sabía lo que yo quería, así que les dijo que lo repararan, costara lo que costase. Y me alegro de que lo hiciera, porque en ese coche han ocurrido muchas cosas que no deseo olvidar —dijo Jay mirando a Paige.

Al día siguiente Paige y Elizabeth fueron a comprar el regalo de Jay y luego a la playa. Henry y Jay fueron a tomar una cerveza con unos amigos del hombre. A Jay le hizo gracia que lo presentara como el novio de su hija, sin saber si quiera si Paige lo perdonaría.

Henry y Jay se reunieron con sus hijas en la playa. Cuando Paige vio acercarse a Jay, el corazón le dio un salto. Ese hombre siempre producía en ella un efecto arrollador, algo que a Paige no le gustaba. Pero era totalmente consciente de que, en lo referente a Jay Hammond, perdía la voluntad.

Después de que comieran en un chiringuito y tomaran un café volvieron a la playa, excepto Henry que fue a jugar una partida de cartas con unos amigos.

Paige miró a Jay salir de agua y caminar hacia ellas. Las mujeres que había alrededor se lo comían con la mirada y Paige estaba irritada por los celos que sentía. Se mantuvieron las miradas mientras Jay se acercaba.

A última hora de la tarde volvieron a casa, Henry estaba en el porche leyendo. Se ducharon y salieron a tomar un café granizado con él. Poco después Paige se levantó y salió disparada al ver a su amigo David acercarse. Se echó en sus brazos y él la levantó del suelo para dar una vuelta con ella, abrazándola. A Jay no le gustaba que aquel hombre se tomara tantas confianzas con lo que era suyo.

—Hola, preciosa. No te había reconocido. Estás aún más guapa que la última vez que te vi —dijo el chico a Elizabeth abrazándola cariñosamente.

—Hola, David —dijo ella sonriendo.

—¿Qué tal, Henry?

—Muy bien. ¿Cuándo has llegado?

—En estos momentos. Quería ver a Paige la primera —dijo mirando a su amiga.

—David, te presento a Jay, el padre de Elizabeth. Jay, él es David, un amigo de mi hija.

—¿Tú eres el padre de Elizabeth? —dijo dándole la mano.

—Sí, un placer conocerte —dijo Jay estrechándosela.

—Lo mismo digo. Dios mío, podríais pasar por hermanos —dijo sentándose en los escalones detrás de Paige y acercándola a él para tenerla entre sus piernas.

Paige vio que Jay se puso tenso al verlos tan juntos y sonrió.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó Henry.

—No, gracias. ¿Os apetece venir a tomar un helado conmigo? —dijo mirando a las dos chicas.

—Claro —dijo Paige levantándose —Vamos, Elizabeth.

—¿Cuándo piensas hablar con ella? —preguntó Henry cuando se quedaron solos.

—Pensaba hacerlo hoy, si en algún momento nos quedábamos a solas.

—Te quedan pocas oportunidades, Jay. Las cosas buenas suceden en Navidad, y mañana es Navidad. Esta noche iremos a cenar a casa de unos amigos y no creo que puedas hablar con ella.

—Lo haré esta noche, cuando volvamos de cenar. ¿Crees que me perdonará?

—¿Tienes miedo de que no lo haga?

—Sí. Por cierto, ¿hay algo entre ese... David y ella?

—Veo que estás celoso. No, no hay nada entre ellos, son amigos desde que eran pequeños.

Cenaron en casa de un matrimonio amigo de Henry. Paige y Elizabeth iban muy guapas, pero sin nada ostentoso y Henry y Jay llevaban traje, pero sin corbata. Fue una cena familiar, se notaba lo unidos que estaban todos, por conocerse durante tanto tiempo.

A Paige no le gustaba que Jay fuera tan atento con Paula, la hija de veinticinco años que estaba sentada frente a él y la tenía embobada.

Cuando volvieron a casa, Henry y Elizabeth les dieron las buenas noches y entraron en la casa. Lo habían planeado para que se quedaran solos.

—¿Podemos hablar un momento? —dijo Jay antes de que entraran en la casa.

—Claro —dijo Paige quitándose los zapatos y sentándose en una de las mecedoras. Jay se sentó en la otra a su lado.

—Te he echado de menos. Habría ido a verte a Nueva York, pero como te dije en uno de mis correos, quería recuperarme antes. Quería disculparme en persona por todo lo que te dije. Fui un estúpido, me cegué por los celos y lo estropeé todo. Cuando tuve el accidente iba a ver a Julie para cortar con ella..., y no pude hacerlo.

—¿Entonces todavía sois novios?

Jay la miró sonriendo.

—Cuando me desperté en el hospital me dijeron que tú te habías encargado de ella y que había desaparecido del pueblo.

—Le di a probar su propia medicina.

—Sí, la amenazaste, pero no diste a conocer lo que había hecho.

—Yo no soy como ella. Y ya no vivía allí y no me importaba lo que pensarán de mí.

—Eres demasiado buena. Yo no lo soy tanto, y tan pronto salí del hospital, me ocupé de limpiar tu nombre.

—No hacía falta que lo hicieras, pero de todas formas, te lo agradezco.

—No he podido dejar de pensar en ti ni un solo día desde que ... fui tan cruel alejándote de mi lado. Me pediste que me casara contigo.

—En realidad no lo hice. Que Charlie te llevara la tarta de cumpleaños fue iniciativa suya, yo no tuve nada que ver.

—¿Ya no quieres casarte conmigo?

—Todo cambió al decirme todas aquellas cosas. Pasé muchos días, antes de aquello, temiendo que tú no sintieras nada por mí. Tenía miedo de tener que dormir cada noche sin que

estuvieras a mi lado. Y estaba asustada de sí, después de decirte que te quería, teníamos que separarnos. Temía no volver al ver el brillo de tus ojos cuando me mirabas.

—Pero sigues llevando el anillo, igual que yo. ¿Significa que sigues siendo sólo mía?

Paige no contestó y siguió hablando como si él no hubiera pronunciado palabra.

—Tus palabras me hicieron mucho daño, pero no tanto como saber que no confiaste en mí. Oíste un rumor sobre mí y lo creíste, sin dudar. Y cuando te presentaste frente a mí no me diste opción de hablar y explicarte lo que había sucedido con Julie. La falta de confianza es lo que más daño me hizo, porque yo siempre he confiado en ti. De todas formas, puedo entender que lo hicieras por celos. Los celos son una enfermedad peligrosa. Y por eso te perdono y no te guardo ningún rencor. Y a pesar de todo, la corriente que hubo entre nosotros sigue ahí, encendiéndose lentamente en mi vientre... Buenas noches, Jay —dijo levantándose y entrando en la casa.

Jay siguió allí sentado, solo, confundido y más asustado que antes de que hablaran. Sí, Paige le había perdonado, pero no había contestado a la pregunta que le hizo Jay de si seguía queriendo casarse con él.

El día siguiente era Navidad. Paige y Elizabeth bajaron a la cocina con pijama y felicitaron a Henry a a Jay, y ellos a ellas. El desayuno estaba listo y se sentaron a desayunar. Jay vio que Paige y su hija estaban contentas y decidió dejar de lado sus inquietudes, de momento.

Después de desayunar fueron los cuatro al salón a abrir los regalos.

Elizabeth le había comprado a Henry un suéter que al hombre le gustó mucho. A su padre un set del perfume que usaba. Y a Paige le compró un abrigo de Christian Dior, que le encantó.

Paige le regaló a su padre unas botas y una chaqueta para el trabajo, porque las que tenía estaban viejas, aunque él siempre decía que podían usarse un año más. A Elizabeth le regaló un bolso y unos zapatos a juego de Prada y la chica estaba entusiasmada. Y a Jay le compró un llavero de oro con sus iniciales. Henry le regaló a su hija una pulsera que perteneció a su madre y ella se emocionó. A Elizabeth una chaqueta muy abrigada. Y a Jay un cinturón negro de piel.

Jay le regaló a su hija un colgante para el cuello precioso. Y a Henry una cartera de piel. Luego le entregó a Paige un paquete plano.

Ella lo miró extrañada.

—¿No vas a abrirlo? preguntó Henry.

—Sí —dijo Paige desgarrando el papel y encontrándose con un sobre más grande que un folio.

Miró a Jay, pero no vio ninguna expresión en su rostro. Abrió el sobre y sacó una escritura. Abrió el documento y vio que se trataba de una propiedad en Nueva York a su nombre. Paige no entendía nada.

—¿Qué es esto? —preguntó mirando a Jay.

—Abre el otro sobre —dijo Elizabeth.

Paige lo hizo y sacó varias fotos y unas llaves. Fue mirando las fotos una a una. Las lágrimas acudieron a sus ojos haciéndolos brillar.

—¿Por qué me has comprado una casa? —preguntó mirando a Jay.

—Íbamos a pasar las navidades con vosotros y tenía que comprarte algo. Además, tenía que agradecerte, de alguna forma, que te ocuparas de mis negocios, mientras estuve en el hospital, sin cobrar ninguna comisión. Me has hecho ganar un montón de millones. Me gustó la casa cuando la vi y a Elizabeth también. Tiene habitaciones suficientes para que puedan ir a verte Charlie, Parker, tu padre, Jason, mi hija y..., todos juntos. Y para los hijos que puedas tener. Está sólo a quince minutos de la ciudad.

Paige no podía hablar, se había quedado sin palabras.

—Muchas gracias. Disculpadme un momento —dijo pasándole las fotos a su padre para que las viera y levantándose para salir del salón.

Cuando volvió a entrar, todos se dieron cuenta de que había llorado, pero nadie dijo nada.

Ese día no cocinaron. Henry había encargado un pavo en el restaurante de un amigo suyo, no quería que perdieran horas metidos en la cocina. Henry y Jay fueron a recoger la comida mientras Paige y Elizabeth preparaban la mesa.

—¿Has elegido ya la habitación en mi nueva casa? —preguntó Paige a la chica sonriendo.

—Sí, una muy alejada de la vuestra, no quiero que me molestéis con vuestros gritos de recién casados.

—¡Serás tonta! —dijo Paige dándole un codazo en broma—¿Piensas que me voy a casar con tu padre?

—Estoy completamente segura, mamá —dijo Elizabeth riendo—. Aunque él está asustado por si no lo perdonas.

—Ya lo he perdonado.

—Entonces está asustado por si no quieres casarte con él.

—Le dejaremos que sufra un poco más.

—Me parece bien, se lo merece, por estúpido —dijo la chica sonriendo.

Henry y Jay volvieron con la comida. Habían llevado marisco de entrantes, el pavo y los postres. Además de vino blanco, tinto y champán.

—Ojalá podamos beber el champán celebrando algo importante —dijo Henry antes de entrar en la casa.

—Yo también lo espero. Esta noche voy a pedirle que se case conmigo.

La comida fue fantástica y se alargó hasta la eternidad por la sobremesa tan larga que hicieron. Luego fueron a tomar café al salón y cantaron villancicos.

Para cenar comieron las sobras del medio día. Paige se quedó terminando de recoger la cocina y los demás salieron al porche a sentarse y disfrutar de la espléndida noche. Paige salió al porche cuando acabó.

—¿Dónde están Elizabeth y mi padre? —dijo Paige apoyándose en la barandilla frente a él, que estaba en la mecedora.

—Han ido a dar un paseo con Ranger y a tomar un helado.

Paige lo miró durante un instante, sin decir nada. Luego se acercó a él y se sentó en su regazo. Escondió el rostro en su cuello y le rodeó el cuello con la mano.

—Te quiero.

—¡Oh, Dios mío! Yo también te quiero, cielo. Estoy loco por ti —dijo abrazándola fuertemente—. Pensé que iba a morir de angustia. No me decías nada...

—Me encanta la casa. Pero..., cuando has mencionado a todos los que iban a ir a visitarme, no te has nombrado.

—Yo no voy a ir a visitarte, porque viviré en ella —dijo sacando del bolsillo un anillo y mostrárselo—¿Quieres casarte conmigo?

Ella lo miró durante unos segundos, sin poder creer lo que le decía. De pronto sonrió.

—Sí, por supuesto que quiero —dijo lanzándose a su boca para besarlo.

Jay le puso el anillo en el dedo. Paige miró aquella maravilla, un brillante rosa precioso, mientras le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

—Sabes, decidí ir a dar un paseo por Alaska y experimenté allí la relación sexual más increíble y maravillosa que podría haber imaginado. Y además, conseguí cazar al tío más bueno

del pueblo.

—Y el más rico.

—Sí, eso también —dijo Paige sonriendo — ¿Qué vamos a hacer con nuestros apartamentos, si vamos a vivir en esa casa tan fantástica?

—Venderemos uno de los dos y el otro lo conservaremos para usarlo de picadero, para cuando podamos escaparnos del trabajo —le dijo él al oído.

Paige soltó una carcajada.

—Esa es una gran idea —añadió ella metiendo la mano dentro de la chaqueta para estar más cerca de su piel.

—Cielo, no sabes cuánto te he echado de menos.

—Y yo a ti.

—Quiero decirte algo respecto a la boda. Necesito que nos casemos ya. Me da igual cómo lo organices, pero no quiero esperar más de lo necesario. Quiero que seas completamente mía cuanto antes.

—Yo no tengo problema, ya tengo el vestido de novia.

—Elizabeth me dijo que querías casarte con el que se había casado tu madre.

—Sí. Y además, me gustaría casarme en la iglesia donde se casaron mis padres. Sé que tú no tuviste una gran boda y tal vez desees tenerla ahora, pero en este pueblo no hay nada muy elegante.

—Casarnos aquí me parece perfecto y tu padre se sentirá feliz llevándote de su brazo en la misma iglesia que ellos se casaron. Y ya que estamos aquí, ¿por qué no lo arreglas y nos casamos antes de marcharnos?

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

—De acuerdo. Llamaré a Charlie y a Parker por la mañana para informarlos. Te quiero, Jay.

—Y yo a ti, preciosa.

—Tengo que decirte que estaba asustada por si no ibas a verme a Nueva York. Ya me estaba planteando ir a Alaska a pedirte, por segunda vez, que te casaras conmigo.

—¿Lo habrías hecho?

—No te quepa la menor duda.

Jay la estrechó en sus brazos y la besó.

—No sabes cuánto te deseo.

—Y yo a ti —dijo ella volviendo a besarlo—. Voy a destrozarte follando.

Ahora fue Jay quien soltó una carcajada.

—Tendremos que esperar a volver a casa o a después de casarnos —dijo ella— No creo que sea correcto hacerlo aquí, en casa de mi padre.

—Ni lo sueñes. Cuando vuelva hablaré con él y si no le parece bien, pasaremos los días aquí y las noches en un hotel. Tengo que follarte esta noche.

—¿Qué romántico! Dios, que vengan pronto —dijo ella abrazándolo—. Tengo unas ganas locas de estar contigo. Te quiero más de lo que puedo soportar y sabes, Jay. Tú eres la razón de que mi corazón siga latiendo

—Llévate a Elizabeth dentro y dile que no volverás a dormir con ella —dijo Jay cuando los vieron aparecer en la lejanía—. Y luego ve a mi habitación, subiré en unos minutos.

—Vale —dijo sonriendo mientras se levantaba de sus piernas.

Jay entró en el dormitorio quince minutos después. Paige estaba echada sobre la cama.

—¿Qué ha dicho mi padre?

—Se ha puesto a llorar.

—¿Ha llorado porque le has dicho que querías acostarte conmigo?

—No —dijo él riendo—. Ha llorado cuando le he dicho que nos casaríamos en unos días, aquí. De lo otro no he tenido que hablarle porque cuando se ha serenado ha dicho: *Paige te estará esperando y tendréis ganas de estar juntos*. Quiero preguntarte algo sobre nuestros anillos.

—¿Te refieres a los que vamos a comprar para casarnos?

—No, a los que llevamos puestos.

—¿Y qué quieres saber?

—Acordamos que la inscripción diría *Sólo soy tuyo, o tuya* —dijo él sentándose en la cama a su lado—, pero en el mío añadiste *Para siempre*. Me gustaría saber si lo añadiste también al tuyo.

—No, no lo hice. Porque entonces no sabía cuales eran tus sentimientos hacia mí.

—Pues ahora ya los sabes. Cuando vayamos a comprar las alianzas de boda quiero que le digas al joyero que añada esas dos palabras. Porque yo, sólo seré tuyo, para siempre.

—De acuerdo —dijo ella sonriendo—. Sabes que a partir de ahora no podrás librarte de mí. Y me he dado cuenta de que soy muy posesiva contigo, así que, ándate con cuidado.

—Lo mismo te digo. Por cierto, ¿dónde quieres que vayamos de luna de miel?

—A la cabaña donde me llevaste aquel fin de semana —dijo ella sin necesidad de pensar.

—Eres consciente de que soy muy rico, ¿verdad?

—¿Hay un lugar mejor para ti, señor millonario?

Jay se lanzó a su boca para besarla y la dejó casi sin sentido.

—Me gustaría que esta noche me hicieras el amor como me lo hiciste la última vez en la cabaña. Esa vez, mientras lo hacíamos, pensé que no sólo me deseabas sino que me querías. Fue cuando decidí pedirte que te casaras conmigo.

—Y no te equivocaste en tus pensamientos, porque quería demostrarte, sin palabras, todo lo que sentía por ti. Te quiero más de lo que puedas imaginar.

—Y yo a ti. ¡Dios! Acabo de darme cuenta de que tengo una hija de diecisiete años. Todos me van a envidiar.